ESTUDIOS ECONÓMICOS

330
G64

MARCIAL GONZÁLEZ

ESTUDIOS ECONÓMICOS

PRECEDIDOS DE UN PROLOGO

POR

DON EDUARDO DE LA BARRA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG
38—ESTADO—38
—
1889

PRÓLOGO

I

Los opúsculos que este libro encierra no son por cierto la obra completa de don MARCIAL GONZÁLEZ, su autor, quien en el desarrollo político y económico de Chile tuvo parte activa y prominente durante una larga vida, que se extiende desde los confines de la Independencia hasta nuestros dias.

Ellos representan una parte de su labor,—extensa en el parlamento, en la prensa, en el bufete y en los círculos políticos y literarios que frecuentaba,—pero, suficiente para darnos á conocer su espíritu y sus tendencias, y permitirnos estimar al pensador y al hombre.

Mas, para comprenderlo y juzgarlo rectamente, es menester hacerse cargo de las situaciones diversas en que estos escritos se han producido, pues que, la idea luminosa que hoy guía como una columna de fuego, mañana se apaga y acaso, pasando á ser del patrimonio común, se vulgariza y á nadie sorprende. Tal es la suerte de las obras de actualidad: se les pasa su dia como á las flores, frescas y lozanas en el jardín, y después mustias y descoloridas en el herbario en que se las conserva.

Felizmente, algunos de estos estudios no han perdido del todo esa actualidad prestigiosa que les dió vida, y hoy mismo se verá que entrañan más de una enseñanza útil y de provecho, tanto para el obrero alucinado por halagadoras utopías, como para los gobernantes que, ocupados de satisfacer sus ambiciones personales, olvidan que la política es el arte noble de hacer la felicidad de los gobernados.

Estas páginas que se refieren á circunstancias ya pasadas en los últimos 30 años, no sólo servirán de valioso documento para trazar la historia económica de Chile en ese período embrionario y fundamental, sino que ellas ofrecen á los hombres estudiosos una fuente viva de enseñanzas y de experiencia. Muchas de sus doctrinas y previsiones, aquilatadas hoy por la confirmación de los hechos, han crecido en importancia, ya que en su origen fueron miradas por no pocos, como simples especulaciones del espíritu, sin aplicación, ó como mirajes sin realidad, y eso mismo contribuirá á acreditar las demás y á conceder á su autor el mérito que le corresponde por haber visto claro y haber advertido á tiempo en aquellas situaciones nuevas y difíciles para nosotros, en que él produjo los más de sus opúsculos, bien intencionados y previsores.

Cuando no hizo una recta aplicación de las doctrinas económicas de la escuela ortodoja ó liberal, que era la suya, ilustró al menos con abundantes datos y oportunas advertencias algunas de las situaciones más oscuras y difíciles de nuestra infancia nacional, en que pagamos tributo á nuestra inexperiencia.

En comprobación de lo expuesto este libro hablará más alto que cuanto nosotros pudiéramos decir, y, por lo mismo, dejamos de preferencia al recto criterio del lector, la apreciación de los interesantes estudios que él contiene. Por nuestra parte, nos contraeremos á dar algunos rasgos biográficos de su autor y á bosquejar rápidamente el escenario en que le tocó figurar y ejercer su acción social y política, siempre provechosa, honrada y patriótica.

II

Remontando la corriente del tiempo por convenir así á nuestros propósitos, llegamos á aquella época,—al terminar el año de 1817,—cuando el Supremo Director, don Bernardo O'Higgins en persona, estrechaba al bizarro Ordónez en Talcahuano, quien se sostenía en sus posiciones aguardando el refuerzo de tropas que en breve debía mandarle el Virey del Perú.

Sabedor O'Higgins de la próxima llegada de esa división realista, de acuerdo con San Martin, resolvió replegarse al norte para unir todo el ejército patriota á orillas del Maule. Pero antes quiso hacer el vacío en torno del ejército invasor, y al efecto ordenó el desamparo de Concepción y sus alrededores, debiendo los habitantes retirarse con sus ganados y caudales, á fin de privar al enemigo de recursos y comunicaciones.

Entre los que salieron precipitadamente de Concepción iba el respetable caballero don Antonio González y Palma, y su esposa doña Mercedes Ibieta y Benavente, de ilustre sangre patriota, quienes, llevando en brazos á un tierno infante, tomaron el penoso camino del norte hasta llegar á Melipilla, donde pensaba permanecer el tiempo necesario para que se restableciera la tranquilidad en el sur.

En aquella pacífica villa fué donde vió la luz su hijo Marcial, el 15 de junio de 1819. Nacido á la vida cuando aún no se disipaba el humo de la porfiada guerra de independencia, iba más tarde á cooperar, con los pocos hombres progresistas de su tiempo, al afianzamiento de las instituciones liberales y á la emancipación del espíritu, complemento de aquel gran paso que nos constituyó en nación independiente y soberana.

Las páginas de este libro darán testimonio de esa cooperación, bien que, como ya lo advertimos, sólo en parte muestran la participación de

Marcial González en la evolución que se va operando lenta, pero irresistiblemente en nuestra sociabilidad chilena, porque ellas no encierran todo lo que pensó y escribió, ni ponen á la vista su acción personal y constante en más de cuarenta años de vida pública.

III

La familia del señor González se estableció definitivamente en la capital, y el niño Marcial, quien desde temprano mostró la bondad de su carácter y sus buenas disposiciones para el estudio, después de haber cursado primeras letras por los métodos imperfectísimos de aquella época, más de palmeta que de razón, hubo de incorporarse al Instituto Nacional, cuna de chilenos ilustres, fundado por los Padres de la Patria al mismo tiempo que rompían la cadena de la esclavitud y daban su sangre en aras de la independencia.

El Instituto, borrado por mano de la reconquista, fué restablecido por O'Higgins en 1819; pero, su instrucción rudimentaria se reducía casi á la enseñanza del latín y de la filosofía escolástica, como preparación para el estudio de la Lejislación impregnada de teología de la época.

Freire más tarde, puso algún empeño en mejorar la cosas, y en 1823 convirtió al Instituto en un pequeño centro universitario creando la Academia Chilena y á él anexa, la cual se dividió en tres secciones: la de ciencias morales y políticas, la de ciencias físicas y matemáticas, y la de literatura y artes.

Mucho de esto quedó en el papel: las ciencias verdaderas tuvieron poco ó ningún desarrollo, mientras que los estudios legales prevalecieron, y tanto, que al año siguiente la Academia Chilena se redujo á su primera sección, convirtiéndose en la *Academia de práctica forense*. Lo peor era que hasta el año de 1826, se enseñaba tan poco y mal, que

equivalía á nada. Dominaba hasta entonces el espíritu escolástico de la edad media, y aquel pecado original de nuestra instrucción parecía no estrañar á nadie, cuando Infante, con su espíritu perspicaz, comprendió el mal y quiso ponerle remedio.

Aquel gran patriota aprovechando su interinato en la suprema dirección de la República, colocó á Mr. Lozier al frente del Instituto, y lo autorizó para introducir nuevos métodos y nuevos textos en la enseñanza.

Lozier que comprendió la importancia de su misión, comenzó por plantear un curso de matemáticas y ciencias físicas como base de la instrucción, y, con el fin de crearse cooperadores para llevar adelante sus vastas miras de reforma, al mismo tiempo organizó una Sociedad para el estudio y propaganda de los métodos de instrucción. Esta asociación, reducida pero empeñosa, fundó el *Redactor de la Educación*, y se dedicó á sacar la enseñanza republicana de la celda monacal en que se asfixiaba.

Un golpe de la rutina herida dió al traste con estos juiciosos proyectos. Infante salió del poder y Lozier separado de su puesto, fué reemplazado por el presbítero Meneses, el feroz asesor de Marcó del Pont, y uno de los que más han influido en el entronizamiento de la reacción colonial bajo el solio de la República.

IV

Por este tiempo MARCIAL GONZÁLEZ comenzaba sus estudios. Las buenas semillas arrojadas por Lozier no se perdieron del todo y germinaron por la fuerza de las cosas, apesar de Meneses y los que lo sostenían. El latín y la filosofía se enseñaron en español, lo que era una novedad; Vial abrió sus cursos de economía política y de derecho natu-

ral y de gentes, y Gorbea enseñó las matemáticas y tradujo y esplicó á Francœur.

Don José Joaquin de Mora en tanto, daba á su famoso *Liceo* un plan de estudios superior á cuanto hasta entonces se conocia, y, junto con formar una juventud de espíritu liberal y progresista, despertaba la emulación de los jóvenes del Instituto. El *Mercurio Chileno* (1828-1829) revista mensual fundada por Mora, servia á sus propósitos educacionistas y al desarrollo intelectual del país.

Los pelucones opusieron al *Liceo de Mora* el *Colegio de Santiago*, y entre ambos establecimientos se trabó la lucha saludable que ya agitaba á aquella sociedad incipiente, cuando de repente toda luz se apagó. El desastre de Lircay seguido de violentas persecuciones produjo el terror en el país, y todo volvió á la ignorancia y al silencio no perturbado á que aspiraba el viejo espíritu colonial de nuevo triunfante.

¡Qué escuela aquella para los jóvenes que, como Marcial González, entonces se educaban! Por aquellas jemonias del espíritu sólo pasaban ilesas las almas muy bien templadas. Los más se inclinaban ante los vencedores y seguian sus aguas, para aprovechar de los beneficios que los tiranos dispensan á los corrompidos.

La Constitución de 1833 fué obra de los vencedores contra los vencidos y estaba destinada á perpetuarlos en el poder. Como si esto fuera poco, se vivia á merced de la dictadura, y el despotismo pelucón que no conocia freno, perseguia á muerte á los *pipiolos*, y á todos aquellos que de algún modo pudieran turbar el *orden*, es decir el dominio absoluto de la oligarquía, que ni el pensamiento toleraba fuera de sus convenciones é intereses. Para realizar sus fines no omitia medios: el consejo de guerra llegó á ser una institución permanente, se estimulaba el espionaje y la delación; el patíbulo político estaba siempre en pie, y sin forma de juicio se llevaban á cabo violentas ejecuciones. Era el régimen del terror blanco.

Rehabilitado así el sistema colonial, Chile independiente se vió atado á la roca estéril de su pasado. El pensamiento quedó estancado en esta época tristísima de depresión social y política, sin escritores ni maestros, sin prensa ni instrucción. «La educación de la juventud,—según un notable historiador de aquel entonces,—no sólo era insuficiente, sino incapaz de todo punto para producir hombres ilustrados.»

Era un peligro pensar, un peligro hablar, un peligro apartarse un punto de las convenciones impuestas á las costumbres y aún al lenguaje, por aquella oligarquía tan estrecha como suceptible y vengativa. Juan Nicolás Álvarez, era declarado díscolo y perseguido, y hubo alumnos del Instituto que fueron deportados á Juan Fernández, por haber dado suelta á la lengua en conversaciones entre ellos mismos!

Entre tanto se establecia el Seminario Conciliar de Santiago, (1835) y don Andrés Bello daba lustre á la oligarquía pelucona poniendo á su servicio su notable saber y su talento. El innovaba en los estudios y al mismo tiempo servía á la reacción dominante.

Inclinó á los jóvenes al cultivo de la forma, les enseñó retórica según Hermosilla, los hizo puristas y adoradores de los clásicos españoles, y les impuso el derecho romano en latín y de memoria, enseñanza que, á los ojos de los hombres que piensan, no sirve á la emancipación del espíritu ni favorece en nada el desarrollo democrático.

A la sazón, un joven chileno discípulo de Mora, escuchaba atentamente las lecciones de Bello, y mientras más meditaba y comparaba más sentía desarrollarse en su mente poderosa las semillas liberales sembradas en el Liceo por el ilustre poeta español. A pesar de los obstáculos, aquel joven difundía el espíritu nuevo lenta y cautelosamente, pero siguiendo un plan fijo y definido. Era éste don José Victorino Lastarria, el verdadero fundador de la escuela liberal en Chile, que tanto habia de influir más tarde en la marcha política de Marcial González,

su amigo de corazón y á toda prueba, y que, aún después de muerto seguirá influyendo en el progreso del país.

En estos tiempos turbios y calamitosos para la formación de la juventud, fué cuando MARCIAL GONZÁLEZ hizo sus estudios de colegio hasta graduarse y recibir el título de abogado el 20 de Agosto de 1839.

V

En esos momentos el país sentía la satisfacción expansiva del triunfo de sus armas en los campos del Perú. La victoria decisiva de Yungay derrocó la Confederación Perú-boliviana. Prieto comenzó á relajar la tirantez de su política y restablecido el imperio de la Constitución, cerró aquellos consejos de guerra permanentes, abiertos en una hora terrible, —la del vértigo de sangre y venganza que produjo el fusilamiento del ministro Portales.

El joven abogado entraba, pues, al ejercicio de su profesión en tiempos relativamente bonancibles y bajo felices auspicios.

Lo abonaban sus distinguidos antecedentes de familia, su bellísimo carácter, bondadoso, abierto, leal y franco, su título flamante, su afición al estudio, y hasta su hermosa y distinguida figura. MARCIAL GONZÁLEZ había nacido para tener muchos amigos y ningún enemigo, que tal era el conjunto de buenas condiciones de su alma noble y elevada.

Lo primero que llamó la atención del joven abogado, cuando acaso lo preocupaba el rumbo que daría á su actividad y la dirección política que tomaría,—debieron ser aquellas famosas *Cartas Patrióticas* de Junior que á la sazón, (1839) llamaban fuertemente la atención de los santiaguinos. Justas, liberales, mesuradas y realmente patrióticas, aquellas Cartas anónimas tuvieron la virtud de despertar el espíritu público, lo que era mucho hacer en aquellos tiempos de inercia y de letargo.

Y tanto más debían influir esas Cartas en el ánimo del joven González, cuanto que salían de la pluma de don Diego José Benavente, su deudo inmediato, y, sin duda una de las cabezas mejor organizadas que ha producido el país. La acción política de este patricio está aún por estudiarse, pero la influencia que ejerció sobre el ánimo de González, debió empujar á éste por el camino entonces escabroso del liberalismo.

Mayores no obstante, eran los atractivos y tentaciones del campo contrario. La sociedad brillante del día, la *juventud dorada* como hoy se dice, era pelucona. Allí estaban sus condiscípulos García Reyes que acababa de ser empleado, Sanfuentes que luego iba a distinguirse como poeta, Tocornal, siempre hidalgo, y tantos otros que naturalmente ejercían influencia por su brillo y posición sobre el novel abogado. Aquellos jóvenes, hijos de los dominadores, pulidos por don Andrés Bello, elegantes y de finas maneras, daban el tono á los estrados santiaguinos, y afectaban mirar con desdén á los pocos mozos educados que se atrevían á llamarse liberales, sinónimo de herejes y revolucionarios. Orgullosos y mimados contaban con los favores del Gobierno, mientras que sus contrarios tenidos por sospechosos, eran espiados y perseguidos.

Y acaso sucedió que, deslumbrado, siguiera Marcial González á sus condiscípulos, por que su nombre no figura al lado del de Lastarria, cuando este hombre público, infatigable sembrador de ideas, iniciaba el plan de propaganda política y literaria á que iba á consagrar toda su vida, y abría nuevos horizontes á la juventud chilena, y la infundía un espíritu nuevo desde su cátedra de derecho público (1839) y desde la silla de director de la primera *Sociedad literaria* que tuvo la República.

¡Y qué tiempos tan duros aquellos! La educación era escasa, casi nula: se formaba una juventud casuista en derecho, purista exagerada

en las letras, apocada, fanática, casi sin pensamiento propio y estéril en la producción. Tal era el producto natural de la reacción triunfante, que, con su política, había conseguido avasallar el espíritu público y apagarlo. Temerosa siempre de que cundieran las ideas revolucionarias, que solían atravesar como relámpagos fugaces aquella atmósfera tenebrosa, prefería el estanco del pensamiento, y no dejaba más camino á la expansión juvenil que el del brillo exterior y la elegancia en las formas.

Por lo mismo, apenas iniciaba Lastarria su movimiento de ideas, la reacción abrió el oido á las sospechas, y el canónigo Puentes, rector del Instituto (1840), mirando como revolucionaria y peligrosa la enseñanza de la Ciencia política, pidió informe sobre los textos, en són de hostilidad. Más tarde el gobierno aprovechó un motín militar para desterrar al profesor de Legislación y derecho de gentes y cerrar la clase que abría los ojos á los ciegos.

En suma, hasta aquí tenemos que Lozier y Mora inician, por su educación liberal, el movimiento intelectual de Chile, y Lastarria, con nuevo vigor y acentuada personalidad lo desarrolla y sirve tenazmente según un plan político fijo y determinado.

VI

Hasta 1841, año del advenimento del general Bulnes al Poder, los gérmenes de esta propaganda vegetaban ocultos bajo tierra.

La época que se iba no desapareció sin remachar antes la pesada cadena de la ley del Régimen interior, amarra de hierro destinada á afianzar la omnipotencia del ejecutivo á costa del individuo, del municipio y de la nación, y á extender su acción incontrastable hasta las últimas extremidades de la máquina gubernativa.

La época que llegaba era de esperanza. Bulnes subía al poder con

toda la popularidad de sus recientes glorias militares, é iniciaba su gobierno con medidas propias de su carácter generoso, que le conciliaron muchas voluntades.

Ya comenzaba á alzarse una juventud progresista frente á frente de aquella otra juventud ensimismada, mantenedora de las tradiciones. Ella comprendia que la obra de la independencia se esterilizaria mientras no le consiguiera la emancipación del espíritu, y que la república no es posible si no se la afianza en la libertad política. Unos pocos de estos jóvenes consiguieron abrirse paso hasta el Congreso Nacional, acaudillados siempre por Lastarria.

Fué en esa situación y en esos dias cuando llegó á Chile la emigración argentina, que trasmontó los Andes huyendo de la salvaje tiranía de Rosas. Entre esos emigrantes figuraba una brillante pléyade de jóvenes de talento, muchos de ellos escritores, que tenian en sus ojos el fuego del tribuno y en su corazón toda la osadía de los hombres libres, acostumbrados á pensar y á obrar de su cuenta. Hijos legítimos de la revolución, de espíritu independiente y de pasiones fogosas, progresistas y audaces, debieron experimentar una estraña sorpresa al encontrar de este lado, figurando en primera línea, una juventud formada bajo el régimen monacal, tan diferente al de la escuela de donde ellos salian.

Entre estos jóvenes argentinos ya sobresalian algunos que después han ilustrado su nombre, como Mitre, Gutiérrez, Alberdi, Frías, Sarmiento, López, Piñero, Ocampo, los Rodriguez Peña y otros. Su conocimiento del mundo, sus maneras fáciles, desenvueltas y elegantes, su ilustración variada, más que profunda, y su locuacidad al servicio de un ingenio vivo y chispeante, debian contrastar grandemente con el orgullo, estiramiento y gravedad de los jóvenes pelucones formados bajo un perverso régimen y con su horizonte limitado por las moles nevadas de los Andes.

Esta diferencia de escuela y de aspiraciones y la misma viveza y pe-

tulancia juvenil de los recién llegados, despertaron los celillos de los nuestros, y al fin las olas irritadas de las pasiones estallaron en ruidosas polémicas por la prensa, las cuales contribuyeron no poco al depertar de la juventud santiaguina.

Lastarria aprovechó esta emulación que favorecía sus miras, para fundar una *Sociedad literaria* con jóvenes principiantes, entre los que figuraban Lindsay, Espejo, Rengifo, Bilbao, Valdés, Astaburnaga y otros. Y, cosa curiosa, estos reclutas destinados á formar una falange que oponer á los argentinos, recibieron por bautismo de fuego las burlas acerbas de sus propios paisanos, quienes afectaban desdeñar á estos por liberales y revolucionarios, y á los argentinos por ignorantes y charlatanes.

Los argentinos á su turno, se reian del afectado *purismo* y de la exagerada importancia que sus contrarios atribuian á la *gramática*, á falta de ideas con que nutrir el espíritu, y del prurito de buscar como modelos únicos para todo, los rancios clásicos españoles, que ellos miraban en menos, como impropios para formar una juventud republicana alimentada con la médula de su siglo.

VII

El bienestar relativo de la política, trajo una germinación favorable en la vida social. El movimiento literario ya iniciado y mantenido con calor, merced á las mismas rivalidades de escuela y nacionalidad, dió por fruto la fundación casi simultánea de tres periódicos literarios. La *Revista de Valparaíso*, fundada por don Vicente F. López, con la cooperación de Gutiérrez y Alberdi, apareció en Febrero de 1842; inmediatamente después Ribadeneira daba á luz *El Museo de Ambas Américas*, bajo la dirección del escritor colombiano don Juan García del Río. Ambos periódicos se publicaban en Valparaíso y eran dirigidos por

extranjeros: el de los argentinos se mostraba progresista, y el otro sostenía los intereses conservadores. Entretanto Sarmiento redactaba *El Mercurio* convertido en tribuna de su genio indómito, chispeante de originalidad y lleno de aquella maravillosa intuición con que entonces suplía su escasez de conocimientos.

La capital no quiso ser menos. Lastarria no tardó en ponerse en campaña para fundar *El Semanario* como órgano de la Sociedad literaria que dirigía. Lo acompañaban en la empresa el fiel Espejo, Núñez, más gramático que todos los conservadores juntos, y Francisco Bilbao que recién ensayaba sus alas poderosas. Don Andrés Bello intervino para asociar á aquel propósito á algunos de sus discípulos, é hizo que tomaran parte Sanfuentes, Tocornal y Ramírez. El fundador por su lado, ensanchando la empresa, obtuvo de cooperación de García Reyes, Varas, Talavera, Joaquín Prieto Warnes y Marcial González, quien por primera vez aparece entre los liberales, embarcado en esta fusión literaria. En torno de tan vigoroso núcleo figuraron después otros escritores, Hermógenes de Irisarri, Chacón, Vallejo y Agustín Olavarrieta. Al fin, el día 14 de Julio de 1842, apareció *El Semanario*, reuniendo en un solo haz á los jóvenes chilenos más distinguidos, quienes daban tregua á sus diferencias políticas para darse la mano bajo la noble bandera de las letras. El árbol seco de la Patria reverdecía de nuevo y se cubría de esperanzas. Es cierto que la vida de *El Semanario* fué breve, pero fecunda en buenos resultados, pues dió confianza á los escritores noveles, estableció cierta concordia entre todos los círculos, y, tras de ardientes polémicas, apagó las rivalidades entre chilenos y argentinos. Más aún, el supersticioso respeto á los preceptos rigurosos y el apego á las minúcias de la lengua, se modificó grandemente; los hombres se acercaron, se conocieron más y se estimaron mejor; y con la mayor independencia de juicio, se vigorizó el pensamiento y la libertad de la palabra.

VIII

El movimiento progresista se estendió en la sociedad y comenzaba á llegar aún á las inexpugnables alturas oficiales. De allí salió el decreto del 25 de febrero de 1843, que daba al Instituto Nacional un nuevo plan de estudios, organizado sobre más amplia base que los anteriores, y la creación de la *Universidad de Chile*, que se instalaba solemnemente el 17 de setiembre de aquel mismo año.

El espíritu público iba en marcha: los jóvenes se atrevían ya á ser liberales en política, románticos en las letras, libre-cambistas en economía y libre-pensadores en religión, aunque esto último lo guardaban todavía en reserva.

Fué muy poco después sin embargo, cuando Francisco Bilbao conmovió á Santiago con su *Sociabilidad Chilena*, escrito de un adolecente, que hoy nos sirve de jalón para estimar la situación moral de aquella sociedad entumecida por el peso de tres siglos de coloniaje. Hoy, cuando mucho, ese escrito provocaría una sonrisa desdeñosa, y entonces alarmaba á la sociedad, y, acusado por el fiscal, era condenado por «blasfemo, inmoral y sedicioso» y quemado por mano del verdugo! Su autor, joven de alma candorosa y pura, fué perseguido y expulsado del Instituto Nacional; pero, en cambio, la juventud naciente lo alzó en triunfo, y del mártir se hizo un apóstol.

Este estado de cosas no convenía al viejo régimen apoyado tenazmente por los eclesiásticos, Argos de cien ojos que no se duerme, y, á su turno, comenzó á fortificarse en previsión de lo que venía. En 1835 habían fundado el Seminario y en 1843 el *Instituto Nocturno*, dos avisperos clericales, y el mismo año sacaron á luz La Revista Católica, valiéndose así contra el progreso de sus propias armas,—la escuela y la

prensa. Por ese tiempo introdujeron furtivamente á los jesuitas expulsados de Chile, y con ellos dieron comienzo á la invasión clerical que hoy nos ahoga, y nos convierte en colonia romana.

De 1844 á 1845 por diversas causas concurrentes, la reacción política y literaria se desataba de nuevo, y se necesitaba no poco valor para afrontarla.

Y en esas duras circunstancias MARCIAL GONZÁLEZ, que ya había fijado el rumbo á su espíritu, se puso valientemente al frente de EL SIGLO, periódico político, franco y decidido, que redactaba junto con Lastarria, su fundador.

Valiente, sincero y cortés, amante leal de la verdad y la justicia, sirvió González con honor su ideal político, y, llamando sobre sí la atención de los hombres independientes, en 1849 fué llevado á la Municipalidad de Santiago y elegido al mismo tiempo diputado por Talca. Comenzaba desde ese momento su carrera política que sólo la muerte había de interrumpir cuarenta años más tarde.

El jóven González querido y estimado de todos, se ocupaba activamente en el foro, la política y la literatura. Colaboraba en EL CREPÚSCULO, violentamente suspendido por el artículo de Bilbao, en EL SIGLO, en EL PROGRESO, en el AGUINALDO, libro que publicó Lastarria en 1848, en LA BARRA y otros periódicos liberales; visitaba con asiduidad las escuelas municipales y completaba por medio de la lectura la educación indeficiente que había recibido. Pero, su inclinación natural lo llevaba de preferencia á ocuparse de las cuestiones económicas y financieras, que él miraba como la base de la prosperidad nacional, mientras que su alma sensible y delicada se sentía irresistiblemente atraída por el esplendor de la belleza artística, cuando el arte aun estaba en mantillas entre nosotros.

Cediendo á su afición, en 1848 publicaba en la REVISTA DE SANTIAGO un estudio sobre los *intereses comerciales de América*, y otro relativo

á la *emigración europea* con relación al engrandecimiento de los países hispano-americanos.

Aquel mismo año el movimiento revolucionario de Francia repercutía en los Andes, produciendo encontradas impresiones en los partidos chilenos. Las aspiraciones á constituir la República bajo un régimen de libertad se manifestaban de una manera enérgica en el Congreso y en el país, que pedía la reforma de la Constitución retrógrada del 33 y la abolición de las leyes tiránicas que la completaban.

A medida que la *oposición* crecía, más tenaz se manifestaba el Gobierno contra las exigencias de la opinión, hasta que los pueblos exasperados arrojaron sus esperanzas á la vorágine de la revolución. El país entero se envolvió en humo y sangre, y sobre bayonetas fratricidas se levantó Montt á la presidencia.

De nuevo comenzaron las persecuciones y los estados de sitio. Las cárceles se llenaron de ciudadanos, y muchos hombres distinguidos, á veces sin culpa, salieron á buscar el pan amargo de los proscritos. Los más se dirigieron á Lima, donde también fué González, que era á la sazón Procurador de la Ciudad de Santiago. Allí residió por más de un año.

IX

Cuando se reorganizó la oposición, Marcial González tuvo una parte conspicua en el centro liberal; pero no halló cabida en el Congreso, donde sólo figuraban los adictos á la administración, y muy rara vez sus contrarios.

Desde su puesto contribuía con oportunas y sensatas observaciones á encaminar la opinión, y á veces se hacía oir en los momentos más aflictivos, sobre todo en aquellas situaciones nuevas que se producían

por el crecimiento natural del país, la explotación de su riqueza y el manejo de la Hacienda Pública.

Para comprender la inexperiencia de esos años basta recordar que, como dice el señor GONZÁLEZ: «El crédito en aquella época (1850, cuando Arcos quizo fundar un Banco), no existia legalmente y, era apenas considerado como una quimera, ó como una peligrosa y falaz ilusión.» Asombran hoy las ideas absurdas sobre ferrocarriles que se abrian paso hasta el Senado, como asombra también la ignorancia del Gobierno al contratar el famoso empréstito de los *siete millones*, que hizo venir en lingotes de oro, con una pérdida de más de medio millón de pesos, debido exclusivamente á esa ignorancia primitiva. Sobre este empréstito, que el pueblo llamó *la gran piñata*, y sobre su traslación y su inversión, GONZÁLEZ publicó un artículo, que se encuentra en esta colección, el cual abrió los ojos del país provocando la cólera de los contratantes. Poco después daba á luz en la REVISTA DEL PACÍFICO otro interesante estudio sobre la Hacienda Pública, y más tarde, á medida que llegaba la ocasión, escribía ya sobre nuestras minas de carbón, entonces vírgenes, ya sobre los *ferrocarriles* chilenos como industria de Estado, ya sobre las diversas *crisis* como la de 1873, que él llamó *de los negocios* y las que ha denominado, *crisis de los gastos públicos* y *crisis del cambio*, ya sobre la reorganización de la beneficiencia, ya, por fin, sobre la suerte de nuestros obreros, su situación, sus ideas descaminadas y la manera de mejorarlos de condición. Estos y otros tópicos, ocuparon constantemente la pluma clara y correcta de don MARCIAL GONZÁLEZ, con lucimiento para él y provecho para sus conciudadanos.

X

Especial preferencia daba al gran problema de la instrucción del pueblo, desde el comienzo de su carrera. Por eso se asoció gustoso al

movimiento que en ese sentido provocó don Manuel Carvallo, quien, si no nos equivocamos, fué el verdadero iniciador de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, aunque nunca se le nombra entre sus fundadores, (1) Carvallo, hoy injustamente relegado al olvido, es digno como Benavente de encontrar una mano reparadora que le coloque en el alto pedestal que le corresponde. Los pueblos ingratos pierden muchos buenos servidores.

En 1856, Marcial González era nombrado miembro correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata; en 1859 miembro vitalicio del Instituto de África en Paris, y en ese mismo año, junto con los más distinguidos literatos del país, fundaba el famoso Círculo de Amigos de las Letras que se reunia al pie del Cerro de Santa Lucía, en casa de Lastarria, su director. Al año siguiente la Facultad de Humanidades lo elegia en reemplazo del poeta don Salvador Sanfuentes, y casi al mismo tiempo, recibia el nombramiento de Miembro del Congreso Internacional de Beneficencia.

XI

El dia en que don Manuel Montt trasmitia la banda presidencial, dia de júbilo y nuevas esperanzas, apareció un libro tremendo en que, acaso antes de tiempo se juzgaba su obra y su política. Las pasiones aún vivas y rugientes perturban el criterio del historiador más severo y

(1) Ningún documento tengo á mano y sólo escribo por mis recuerdos. La Sociedad de Instrucción Primaria fué fundada en 1856, y en su primer directorio se hace aparecer ahora á muchos que entonces no estaban en el país, y se olvida á otros que fueron incansables en el trabajo como Benicio Alamos González, á la sazón muy joven, entusiasta, y de alma noble y de avanzadas ideas, y hoy uno de los más distinguidos agentes diplomáticos de la República. Los libros primitivos de la Sociedad que pudieran consultarse, quedaron en poder de don V. B. quien, en un cambio de directorio, se negó á entregarlos.

frío, y, por bien intencionado que él sea, no le permiten ser juez. Aquel grueso panfleto de actualidad, llevaba por título: CUADRO HISTÓRICO DE LA ADMINISTRACIÓN MONTT, y había sido escrito é impreso en veinte dias, por Lastarria, Santa María, Barros Arana y González. A éste le correspondió emitir su juicio sobre la Hacienda Pública.

La elección de don José Joaquín Pérez, sucesor de Montt, y uno de los mejores presidentes que Chile ha tenido, fué una sorpresa tan inesperada para el agraciado como para el país. La suerte tirada á los dados nos favorecia. Antes de mucho el rumbo de la política cambiaba en manos de Pérez y los proscritos del decenio volvian al escenario.—Santa María, Errázuriz, Lastarria, Vicuña Mackenna, A. Reyes, Amunátegui, González entraban libremente á la Moneda, y con ellos viejos pipiolos como don Bruno Larrain y don Francisco Prado Aldunate, conservadores como Tocornal y Covarrubias, jóvenes liberales como los Arteaga Alemparte, y jóvenes nacionales reformados como Balmaceda y Vicente Reyes.

Funcionaba entonces el *Club de la Reforma*, fecundo en su propaganda política; el *Círculo de Amigos de las Letras* que representaba la autoridad literaria y tenia por órganos *La Semana* y *La Revista del Pacífico*; el partido radical alzaba su bandera flamante en *La Voz de Chile*, nuevos jóvenes aparecian dia á dia en las letras y en la política, mientras que las ardientes discusiones del Congreso mantenian vivo el espíritu público que encontraba un desahogo en las *libertades prácticas* de Pérez y en la franca risa á que lo provocaban «*El Charivari*» y «*La Linterna del Diablo.*»

Las puertas del Congreso Nacional se abrian de nuevo para los hombres de valía del liberalismo, y MARCIAL GONZÁLEZ volvió á franquearlas elegido diputado por Coelemu en 1864, y reelegido por el mismo departamento en el siguiente período legislativo.

XII

Don MARCIAL GONZÁLEZ había fundado entretanto, un hogar feliz y un hogar modelo, oasis de paz en medio de las agitaciones de la vida turbulenta y revolucionaria de entonces. Dueño de una cuantiosa fortuna, algunos años más tarde, en 1868, se dirigió con su familia á visitar la Europa, cumpliendo así uno de los deseos más fervorosos de su juventud. Visitó las grandes capitales del Viejo Continente, y se detuvo sobre todo en Roma y en París, donde su espíritu culto y refinado encontraba mayores atractivos.

Ligado en estrecha amistad al economista Courcelle-Seneuil, á cuya escuela perteneció de lleno, y amigo de Hipólito Passy, un día fué agradablemente sorprendido con la nueva de su elección para miembro de la SOCIEDAD DE ECONOMISTAS DE PARÍS, á que sus concienzudos estudios le daban buen derecho. (1868)

Antes de eso, el Gobierno de su propio país, haciendo honor á sus conocimientos, le había confiado comisiones delicadas y pedídole su dictamen en materias bancarias y de la hacienda pública, y, en más de una ocasión, la opinión pública lo había designado para la cartera de hacienda. Por nuestra parte, más de una vez nos hemos preguntado:—¿Por qué Marcial no fué Ministro?.....

En Europa visitó de preferencia los museos de pintura, y allí refinó su gusto artístico. Á su regreso convirtió su casa en una galería de pinturas; y su mesa esquisitamente servida,—porque también se refinó en el arte de Brillat Savarin,—reunía con frecuencia lo más selecto entre los dignatarios del talento y la riqueza, de las letras y la política, que hallaban en aquella casa hospitalaria un centro culto, elevado y distinguido, tan lleno de atractivos que no lo olvidarán mientras vivan.

XIII

Vuelto González á la política, Valparaíso lo elegía diputado en 1870, y la Cámara lo hacía su Presidente. Poco después era elegido Vice-presidente de la Academia de Bellas Letras, fundada por el infatigable Lastarria, que jamás supo arriar su bandera.

Comenzaba á preocuparle mucho, según recordamos, la manera de mejorar la abatida condición de los obreros chilenos, y, en 1878, si no nos equivocamos, emitió un informe sobre estos asuntos, y, al mismo tiempo que llevaba las luces de su saber y experiencia á diversas comisiones de beneficencia, de inmigración, de tarifas y reglamentos de aduana, trabajaba en la oscura, pero fructuosa labor de las comisiones parlamentarias donde se prepara el camino al legislador, y encontraba tiempo todavía que consagrar á las letras y las bellas artes.

En premio de su labor y acierto fué elevado á la categoría de Senador de la República. Concepción, la segunda capital de Chile, lo eligió en 1879 y volvió á reelegirlo en 1882 y en 1885.

El Senado haciendo honor á sus méritos, lo hizo Consejero de Estado y lo llamó á su Vice-presidencia, altos puestos en que lo sorprendió la muerte.

XIV

Marcial González era un ciudadano útil á la comunidad. Grande amigo de sus amigos y enemigo de nadie, con razón, era de todos estimado y querido. Uno de sus adversarios políticos de más crédito, don Zorobabel Rodríguez, hace un año escribía de él estos conceptos: «Casi no se fundó sociedad ni publicación literaria para la cual no solicitaran del señor González los fundadores, un concurso que éste no les negaba

nunca. Leal con su partido y amigo de sus amigos los sirvió durante toda su vida con llaneza y modestia, como quien cumple un deber agradable, aceptando de buen grado las comisiones que le confiaban y los puestos que le daban, olvidando los títulos que hubiera podido hacer valer para aspirar á otros más encumbrados. Así, más bien llevado por la corriente de los sucesos que por la ola de personales ambiciones, fué sucesivamente diarista, diputado, proscrito, senador y consejero de Estado; conquistándose la reputación de escritor estimable y de un político de sanos propósitos, de formas urbanas y templadas y de una consecuencia no sujeta á veleidades ni eclipses.»

Marcial González, bienquisto y afortunado, era feliz. Mas, ¿quién lo es del todo en esta tierra? Llegó para él como para Job, una hora negra y fatal que llenó su corazón de amargura para siempre y lo arrastró al sepulcro.

«Desgracias domésticas acortaron su benéfica vida,» decía Juan E. Lagarrigue al borde de su tumba, y luego agregaba: «Tan sencillo era Marcial González, que ha sucumbido al peso de la melancolía que lo agobiaba desde la pérdida de sus dos queridos hijos varones, muertos en la flor de su edad...» y... muertos trágicamente!

Dios lo compensó de su terrible pérdida con la ternura de su cumplidísima hija; pero, él no supo tener la resignación de Job, y agobiado por el dolor, fué languideciendo poco á poco, y apagándose hasta morir en los brazos de aquella niña, á quien amaba con delirio.

El 23 de Diciembre de 1887, el teléfono nos comunicaba la triste nueva y en el acto nos trasladamos de Valparaiso á su pintoresca residencia de Viña del Mar, donde nuestro amigo había entregado su alma al Creador. Contemplamos un instante aquel pálido rostro que conservaba aún la placidez habitual de su vida. Mudo y triste fué aquel adiós de la tierra; pero no eterno.

XV

Al dia siguiente la sociedad de Santiago tristemente conmovida con la noticia, se dirigia al Cementerio á pagar el último tributo al hombre bueno que acababa de perder.

La pompa y los honores fúnebres debidos á su alto rango, eran pequeña ofrenda ante las lágrimas sinceras que saltan del corazón.

La concurrencia fué distinguida y muy numerosa. Al abrirse la puerta de la tumba para recibir aquellos restos queridos, un venerable anciano, profundamente emocionado se abrió paso entre el cortejo. Era Lastarria, su amigo de infancia. El viejo luchador, el maestro de dos generaciones, el apóstol más conspicuo del liberalismo chileno, el primero de nuestros escritores, el gran orador, pálido, conmovido, se inclinó ante aquel ataud para él tan caro, y, besándolo piadosamente, dijo con voz solemne:

«Yo amaba á este hombre, señores: era mi hermano por el espíritu y el corazón, por la comunión de ideas y de sentimientos. Dejadme saludar su inmortalidad al borde de su tumba.

«No vengo á decirle adiós. *Nos vamos á juntar pronto en el seno del infinito.* Vengo á darle el tributo de mis lágrimas, para afirmar su memoria.

«Él era un joven hermoso, simpático, de prominente posición social por su esmerada educación y sus brillantes prendas personales, cuando se inició en esta tierra de Chile una audaz campaña contra el pasado, contra las preocupaciones políticas y sociales que mantenian en estagnación el desarrollo intelectual de la juventud, apegándola más y más al sentimiento y á las prácticas de la añeja civilización colonial.

«Una de las primeras manifestaciones de aquel osado esfuerzo, fué un periódico, que, si bien no lo servia completamente, era á lo menos el

sagrado depósito de las primicias de nuestro progreso intelectual en servicio de la nueva causa, y de nuestra fe en la nueva civilización. Allí, en *El Semanario*, estaba á mi lado ese brillante joven que se llamaba MARCIAL GONZÁLEZ.

«Ayer no más, González era uno de los tres que sobreviviamos de aquella falange de obreros. Éramos dieciseis los de *El Semanario*, y la memoria de cada uno de ellos es una gloria: Francisco Bello, José María Núñez, Juan N. Espejo, Salvador Sanfuentes, Juan Enrique Ramírez, M. A. Tocornal, Antonio García Reyes, Antonio Varas, Manuel Talavera, Joaquín Prieto Warnes, J. J. Vallejo, Hermójenes de Irisarri, Agustin Olavarrieta, y por fin, Marcial González: todos han muerto; pero todos han dado honra á su patria, y han dajado nobles ejemplos. Quedamos con Chacón..... solos, para llorarlos; pero siempre en la acción!

«En esa pléyade múltiple de glorias, González acaba de ocupar su lugar. Principia para él la inmortalidad, y la tiene bien conquistada, á fe, si no con una acción batalladora y estrepitosa, á lo menos con sus constantes servicios al progreso liberal en política y en letras, y con sus escritos inspirados siempre por una alta razón y un ascendrado patriotismo.

«Desde aquella época remota, Marcial colaboró constantemente en todos los periódicos políticos y literarios que han servido la causa liberal en la política y en el desarrollo intelectual; y fué uno de los más asiduos obreros en el Círculo de Amigos de las letras y en la Academia de Bellas Letras, como lo fué, siempre que se le presentó la ocasión, en la Facultad de Filosofía, de Humanidades y Bellas Letras de la Universidad de Chile.

«Sus escritos eran tan sobrios como bien pensados, tan lógicos como correctos, tan sencillos como luminosos en la aplicación de los principios científicos á las cuestiones prácticas de economía política, que era

el estudio de su predilección, y á los intereses de la causa liberal, que servia con fe y con abnegación.

«Tenia ese mérito, ese raro, ese gran mérito de ser liberal sincero y abnegado, sin ambición y sin pasiones odiosas. Siempre recto, siempre independiente en sus juicios, no se doblegó jamás á intereses mezquinos, ni á intereses de partido contrarios á la lógica de la justicia; ni se plegó á las circunstancias para medrar, ni siquiera para salvarse de la cárcel ó del destierro. Servia á su causa con la lealtad y la elevación de un caballero, y la sirvió en la prensa, en los consejos municipales y de asociaciones industriales, en la tribuna como diputado y como senador por largos años, porque así creia servir bien y con provecho á su patria. Lo que le atraia respeto y consideración en todas esas funciones era su tranquilidad, realzada por una serenidad placentera, que jamás le abandonó, ni aun en las persecuciones, ni aun en las prisiones, ni aun en el destierro que sufriera por aquella causa de su corazón.

«Pero es que en esas situaciones tan distintas prevalecia la magnanimidad del hombre. ¡Y de qué hombre! ¿Quién fué más sincero en sus afectos y en sus adhesiones? ¿Quién más convencido y lógico en sus ideas y sus principios? ¿Quién más franco y sin doblez, sin reticencias en la expresión de sus conceptos y de sus sentimientos? ¿Quién más honrado, más noble y benévolo en sus juicios, ni más confiado en las intenciones y en la honradez de los extraños?

«Y ese noble servidor de una gran causa baja hoy al sepulcro arrastrado por sus hijos, cuya pérdida laceró su corazón, pero sin domeñarle. Azotado y debilitado por su desgracia, mantenia aún la serenidad de su juicio para comprender que hacia el servicio de sus preclaros antecedentes á los amigos que le obligaban á mantenerse en el servicio público con un pie sobre su tumba. Me lo decia últimamente al separarse de su casa por salvarse de tan molesta situación: «¡Déjame morir sin remordimiento y con el consuelo de no haber hecho mal á nadie!»

«Fueron sus palabras de despedida, que vengo yo á divulgar aquí para su honra.

«¿Sabéis, señores, lo que es morir en la vejez, después de cuarenta años de vida pública, sin haber hecho un solo mal á nadie?

«Preguntadlo á ese cadáver, sobre el cual no se ven las sombras de la tétrica sonrisa de la envidia, ni del odio, ni de la venganza, sino las luces de la inmortalidad; porque él fué la urna sagrada del espíritu más noble y más benévolo que jamás haya animado á un hombre bueno!»

XVI

¿Quién habría de decir al viejo atleta aún vigoroso, que la muerte ya lo asechaba? ¿Quién pudo creer que aquellas solemnes palabras eran las últimas que saldrían en público de sus labios elocuentes? ¿Quién hubiera pensado que tan luego iba juntarse á su amigo en el seno de lo infinito, en donde, después de todo, comienza la verdadera vida del espíritu tras del sueño angustioso de esta tierra miserable!

La generación á que perteneció MARCIAL GONZÁLEZ, se va! Ellos lucharon rudamente, y en tiempos muy crudos, por la emancipación del espíritu, complemento obligado de la emancipación política. ¿Quién los reemplazará ahora en sus puestos de combate? ¿Cuál es el peligro? ¿Cuál el deber de la hora presente?...—El enemigo es el mismo, llámesele coloniaje, reacción pelucona ó jesuitismo.—El peligro está en el descuido incomprensible de los liberales gobernantes dispuestos á entregarle la llave del porvenir, que es la educación del pueblo. El deber es siempre el mismo:—completar la evolución iniciada por nuestros padres, por el establecimiento de la verdadera república fundada en la libertad.

Y el mejor homenaje que podemos tributar á la memoria de nuestros predecesores no consiste tanto en las pompas fúnebres, en coronas de

flores que al otro día se secan, sino en comprender, continuar y mejorar su obra, con fe en el progreso, que es ley divina, seguros de que el aliento del siglo combate por nosotros, y con aquella constancia incontrastable que vence los obstáculos y remata en la victoria.

Cada soldado que cae en el campo debe encontrar un reemplazante que tome su fusil y avance haciendo fuego en defensa de la Patria.

Marcial González era una voz ilustrada que en las horas de crisis señalaba el peligro y marcaba el rumbo. ¿Quién será el que lo reemplace, ahora, cuando sube la marea de la mayor de nuestras crisis, la crisis de la riqueza fácil y corruptora, que engendra tantos males?...

Felizmente estas enfermedades pasan, aún cuando dejen terribles huellas como el cólera. Para los pueblos que se corrompen siempre llega la hora del castigo, y cuando los omnipotentes se creen más seguros, hay abismos como el de Sedán que se abren á sus plantas. Mas, la nación reverdece y el progreso la corona de flores primaverales.

Los obreros que se van, encontrarán reemplazantes más vigorosos; y, á pesar de los errores y obstáculos, la evolución natural ya iniciada seguirá desarrollándose cada vez más lozana y poderosa.

Lo que importa es que los obreros pósteros conozcan la obra de sus antecesores, para que se orienten y rectifiquen el rumbo, si es preciso, y esa es la importancia de las Colecciones como ésta, en que va compendiada la acción benéfica del inolvidable Marcial González.

¡Ojalá, como en los juegos antiguos, los jóvenes, de hoy, reciban las antorchas encendidas de los que se van, para trasmitirlas radiantes á los que vienen!

E. de la Barra.

Limache, 20 de febrero de 1889.

PREFACIO

Doy á luz el presente libro, en una edición de pocos ejemplares, cediendo al deseo de algunos amigos y para repartirlo entre ellos y otros cuantos raros aficionados á este género de estudios. Sin contener nada de nuevo, compónese sólo de algunos de los opúsculos y artículos que he publicado antes de ahora en revistas ó diarios de Santiago, y, hablando sin sombra de falsa modestia, me anticipo á declarar que nadie mejor que yo conoce sus defectos, pero que reimprimo en volumen separado esos opúsculos para que no se pierdan por completo, ya que todos ellos ó casi todos tratan de cuestiones de cierta actualidad y que afectan más ó menos á la economía y sociabilidad de nuestro país.

Por lo demás, hojeando estas páginas luego se conoce que ellas no contienen grandes enseñanzas científicas, ni amenidades históricas, políticas ó literarias, sino que sólo se trata en ellas, principalmente, de asuntos sociales ó económicos, ingratos, de ordinario, para la generalidad de los lectores, pero que tienen cierto atractivo para los que buscan en el estudio la mejora moral ó material del pueblo en que viven, de sus instituciones ó de sus costumbres,

de su administración pública ó de la observancia de las leyes que reglan el derecho y las relaciones de los ciudadanos.

Es muy probable, sin embargo, que escritos esos opúsculos con poco detenimiento y al correr de la pluma periodística, no para enseñar, sino más bien para difundir el gusto por esta clase de trabajos, mi tarea haya sido estéril y no haya prestado yo ningún servicio positivo á las letras ni á la ciencia. Así será tal vez y en tal caso mía sóla será la culpa. Pero la práctica de los estudios sanos por sí sola ya es un bien: acércanos á la verdad y nos muestra que uno de los goces más puros de la vida está en la contemplación biológica y sociológica de nuestro país; de suerte que si ese trabajo no ha sido útil desde luego, por lo menos habrá tenido una cierta atracción hacia el bien y merecerá, siquiera, alguna pequeña simpatía de parte de aquellos que desean servir á su país en cualquiera forma, y por débil que sea la medida de sus fuerzas.

Podrá ser esta simple cuestión de gustos ó de mera vocación; pero es lo cierto que desde años atrás esos estudios han tenido para mi particular interés. Siempre que he podido los he debatido en la prensa; los he cultivado con afición en los libros y en la marcha general de los negocios; y después de una observación que ya no es de pocos años, he llegado á persuadirme que ellos son utilísimos y que conviene mucho fomentarlos y cultivarlos entre nosotros; así como las inclinaciones de los individuos y su verdadera vocación debieran ser el principal estudio de los profesores y maestros para aprovecharlos y obtener siempre de la educación los mejores resultados.

Mi preferencia por este género de asuntos nace también de que ellos, hablando en estricta verdad, no exigen talen-

tos ni luces especiales, sino puramente *buen sentido* ó sea *sentido común*. Yo recuerdo siempre que un viejo estadista chileno, (el señor Benavente, apropósito de los triunfos financieros de su amigo el Ministro Rengifo) aseguraba «que, sabiendo las cuatro reglas de la aritmética, cualquiera podía ser un águila como hacendista.» Y pienso que en ello afirmaba una gran verdad creyendo decir un chiste, porque las finanzas, como el estado económico de un pueblo, son mucho más fáciles de estudiarse y comprenderse que lo que generalmente se imagina, y que, cuando ignoramos lo que pasa á este respecto en nuestro país, no es á la dificultad sino á la pereza y á la negligencia de nuestro espíritu á lo que debemos achacar nuestra ignorancia.

Realmente, en la vida de toda nación no hay asunto que toque más de cerca á los intereses colectivos é individuales que la economía, y por eso creo yo que nos hacemos culpables de una falta grave relegando el examen de las cuestiones económicas á la meditación de unos pocos, cuando lo justo y lo patriótico sería que todos tratásemos y comprendiésemos esos problemas de fácil alcance, cuya solución tanto interesa á todos los chilenos en su carácter de contribuyentes ó de productores y consumidores. Es muy cierto que se puede muchas veces huir el bulto á las querellas de la libertad ó de la política; pero nunca ni por nada debe abandonarse al acaso la suerte de los individuos ó de la nación.

Por otra parte, en el culto que hoy se tributa al bienestar material, el hombre se ve obligado á buscar, cada día con mayor esfuerzo, sobre qué suelo y á qué profundidad deben echarse los cimientos de la riqueza, del comercio y las industrias. Y he ahí por qué los pueblos todos vuelven los ojos á la economía política, que les enseña no

sólo á producir y á consumir los valores creados por el trabajo, sino que les da lecciones de moral y de justicia, para buscar el progreso en la mejora de las costumbres y de las prácticas sociales ó económicas; como que á cada paso dado en la senda del progreso nos encontramos con un error y una preocupación arraigada, con un vicio ó una deficiencia legal ó administrativa, y no es posible destruir esos obstáculos de un golpe, para quedar sepultados bajo las ruinas, sino que debemos ir reconstruyendo por partes el edificio hasta llegar á mejorarlo y perfeccionarlo según lo deseamos.

Desde hace algún tiempo la política propiamente tal ha perdido entre nosotros su importancia, porque no responde á los intereses liberales ni á los conservadores, á los reformistas ni á los ultramontanos, pero sí responde á los intereses patrióticos de una situación económica difícil y que era indispensable atender con preferencia para mejorarla y restablecer la fortuna pública de los estragos del derroche y de la imprevisión. Por eso lo que vemos en el fraccionamiento y la marcha actual de los partidos no es la política activa y militante, con ideas concretas y propósitos determinados, sino un hacinamiento de doctrinas y de hombres heterogéneos, en que la falta de unidad de miras y de intereses turba las pequeñas aspiraciones, pero consolida la libertad en el orden y evita las intrigas, los conflictos y las vanas agitaciones parlamentarias de otras épocas, que ya van quedando sólo como recuerdos históricos.

El progreso realizado por Chile desde entonces y los que deben seguirle en adelante, obligan, pues, á los chilenos, por su interés particular, á conocer, y á estudiar bien, cuanto se relaciona con el interés general de la sociedad. Todo

aquí se ha transformado de tal suerte que pueblo é individuos somos hoy unos de los otros, como que afianzado el orden por la justicia, apoyada en el trabajo y en la libertad, han perdido su influencia los partidos personales y la política ha dejado de ser campo de rivalidades y de preocupaciones para convertirse en una grande y progresiva asociación en que á todos nos afecta el mal ó el bien común.

En efecto, la difusión de las luces, ayudada por el buen sentido de nuestros compatriotas y por las sanas nociones de economía social que la prensa y la enseñanza pública distribuyen diariamente, nos han hecho abandonar todos los antiguos errores políticos y domésticos, comerciales é industriales que nuestros padres nos legaron. Después de una corta vida de ensayos y breves períodos de anarquía interior, que por fortuna ya están lejos de nosotros, hemos declarado guerra á la guerra, y los partidos, como las industrias en vez de destruirse y aniquilarse entre sí, se han acercado en un interés común, y las conquistas preciosas de la ciencia y del trabajo parece que han reemplazado á la fiebre de la ambición y al furor de los combates fratricidas.

Pero el progreso de los pueblos no viene sin sacudimientos; caen ciertos intereses para que otros se levanten; muere un error para que ocupe su puesto una verdad. Mas á cada transformación que la sociedad experimenta al través de los años y del estudio, se presentan nuevas y nuevas cuestiones por resolver, como que á los pueblos jóvenes cada época trae consigo fenómenos que vienen á comprometer su organización y aún su vitalidad económica ó social. ¡Cuántas crisis más ó menos profundas no han removido aquí, en los 20 años últimos, al comercio y la agricultura, las

industrias y el tráfico, las rentas públicas y particulares, todo aquello, en fin, que constituye nuestro modo de ser actual?

Por eso es que en nuestros dias, á las cuestiones políticas ya resueltas han sucedido las cuestiones económicas por resolver que no son menos importantes, pues si no tenemos la guerra en perspectiva, ni una nueva organización constitucional que plantear, y si no necesitamos por fortuna, combatir el monopolio ni la esclavatura, ni el pauperismo, ni «*la comuna*» de pueblos más viejos, tenemos que trabajar para pagar nuestros consumos crecientes y tenemos, empero, que equilibrar los peligros con las ventajas de la concurrencia extranjera para que los obreros chilenos no carezcan de ocupación y puedan prosperar nuestras industrias internas, que necesitan atenderse, multiplicarse y mejorar sus procedimientos para ponerse á la altura de la época.

Antes de este período de renovación industrial, uno que otro de nuestros conciudadanos sólía ponerse al frente de los nuevos progresos para impulsarlos con su fortuna ó su inteligencia en la minería, en el comercio, en sus haciendas ó en sus depósitos y descuentos. Ahora esa es la tarea común. Hoy es más rico que todos los ricos y más hábil que todos los hábiles «*el señor todo el mundo.*» Y por eso es que la misión noble de impulsar el progreso, que antes se ejercitaba en el secreto del escritorio, incumbe hoy á todos los chilenos, gracias á la libertad del trabajo y de la investigación, gracias á la independencia del pensamiento y á la publicidad de tentativas de mejoras que aprovechan á todo el mundo, como que el teatro de las experiencias no está ya tras de bastidores: el laboratorio del comercio y de las industrias y de las artes es de cristal y no tiene

secretos para nadie. La victoria en este combate de nueva especie, es del talento y la actividad moral, del trabajo y de la ciencia: nunca ó casi nunca del favor y de la fortuna.

Pero, no obstante los grandes progresos de nuestro país, mucho es todavía lo que queda por hacer, y esa es la obra común á que acabamos de referirnos. Ahí están, sino, la reforma económica, rentística, industrial y rural de la república. Mucho queda por hacer para la mejora de nuestras clases pobres y para fomentar entre ellos el espíritu de economía y moralidad. Y ¿habrá quién crea que ésta puede ser la obra de un día ni de una sola generación? Nó, porque ella necesita de mucho tiempo y del concurso empeñoso de todos los chilenos.

El individualismo ha imperado aquí por largo tiempo. Los ricos antes querían hacerlo todo. El hacendado era molinero, acarreador, comerciante y hasta detallador de sus trigos, maderas, cecinas y mostos, cuando no era, también, cortador y vendedor en los mataderos. Así se creía obtener ventajas de riqueza, influjo y predominio en los asalariados y dependientes, y hasta cuando se trató de organizar el ferrocarril central se le hizo oposición, porque no se sabía qué podría hacerse aquí con las recuas de carretas y de mulas y con el ejército que teníamos de arrieros y acarreadores.

Hoy día, gracias á los progresos de la economía política, que no es otra cosa que la ley del buen sentido, todos esos errores se han abandonado por completo. La división del trabajo, aumentando la riqueza, ha multiplicado los servicios como su retribución; el bienestar general ha crecido extraordinariamente; se ha abandonado el régimen absurdo que hacía que el comercio chileno estuviese siempre en

lucha con el de nuestros vecinos, cuyos productos rechazábamos ó cargábamos con fuertes derechos aduaneros; se han facilitado considerablemente los negocios con las importaciones en tránsito y se ha visto que con la fecundidad del suelo y la laboriosidad de nuestros compatriotas, no necesitamos otra cosa para ver al país feliz y próspero que conservar el orden y seguir en la administración los sanos preceptos de la buena economía pública.

Mas, á medida que las distancias se acercan por la fusión de los intereses y que se borran las preocupaciones, á medida que la producción y el tráfico aumentan desde que nuestros puertos están francos para las naves nacionales y extranjeras, á medida que los bancos y el vapor y el telégrafo facilitan los negocios y nos ponen al nivel de los pueblos más adelantados; así también á las cuestiones antiguas, y ya resueltas, suceden otras cuestiones que exijen nuevos estudios para resolverlas convenientemente. Suceden la de la concurrencia en todas sus ramificaciones y hasta en la liberación del cabotaje para el extranjero; el agio y hasta los excesos de la especulación en negocios papeleros; la necesidad de fomentar la agricultura y la minería; la irresponsabilidad de los administradores de sociedades anónimas; la libertad de las instituciones como de las operaciones de crédito; la reforma del régimen tributario para que todos paguen conforme á sus haberes; la colonización extranjera y medio de realizarla con ventaja del país; las obras públicas, hechas con capitales tomados á préstamo, y sus resultados económicos sobre todo en la administración de los ferrocarriles fiscales; la falta de trabajo para buen número de obreros; y por último, la necesidad imperiosa de fundar instituciones de previsión á fin que nuestros compatriotas pobres adquieran los hábitos

de laboriosidad y de ahorro, que son la única base sólida del progreso y la moralidad del proletario.

Todas estas cuestiones y otras varias de igual ó mayor interés están insinuadas siquiera, ya que no tratadas con toda la detención que merecen, en las páginas estrechas de este libro.

Y esa es, como decíamos arriba, la razón que tenemos para darlo á luz, deseando que plumas más bien cortadas y escritores de más fuste, se sirvan de esas indicaciones para meditar mejor esos asuntos y para estudiarlos y profundizarlos, hasta sacar de ellos las consecuencias compatibles con el progreso del país y con el desarrollo y mejora de nuestra naciente sociabilidad.

Yo pienso que en el estado actual de nuestro país la gran misión del gobierno y de los hombres patriotas se reduce á estas dos cosas: á difundir la instrucción pública creando si es posible una escuela práctica en cada calle ó en cada caserío del campo y á mejorar la suerte de los trabajadores pobres, del artesano, del inquilino y del obrero, no sólo por la enseñanza de los primeros rudimentos del saber, sino por la difusión del espíritu de moralidad y de economía y por la multiplicación de los establecimientos que lo aseguran y vivifican; por la subdivisión de la propiedad, la libertad del trabajo, la mejora de los procedimientos industriales, y, más que nada, por la moralidad que trae siempre consigo la práctica del ahorro y la seguridad del porvenir.

Todos debemos trabajar en este sentido; cada chileno debe traer á esta obra su grano de arena, á fin de que las varias instituciones que deben ser el complemento de la reforma no sólo nos hagan conocer á todos el mecanismo social, sino que nos persuadan de la mancomunidad en que

vivimos los hijos de este país y nos prueben que del adelanto de todas las clases sociales depende el progreso general de la nación.

Una crítica severa podrá hallar en el curso de las páginas de este libro, acaso mucho que censurar ú observar; pero estoy cierto que, al recorrerlas, todo lector desapasionado, tendrá que reconocer que palpita en ellas un fondo de sincera buena fe y un sentimiento inalterable de vivo amor por el progreso material é intelectual de mi patria.

M. GONZALEZ.

ESTUDIOS ECONÓMICOS

OJEADA

SOBRE

LA HACIENDA PÚBLICA

Y

MEDIOS DE MEJORARLA [1]

I

Por el estado en que se hallaban las arcas fiscales al ingreso del gobierno actual, todos han visto que la administración pasada, abusando de su cometido, ha dejado el erario exhausto y las rentas unas agotadas y otras en sensible decadencia. Fuera del desfalco de capitales y de la malversación de los fondos del empréstito, nadie ignora ya que la renta de aduanas, por sí sola, debe disminuir este año como un millón y cien mil pesos del rendimiento que tuvo en el año anterior. Pero no sólo las contribuciones indirectas, sino que hasta las directas y fijas, como el impuesto territorial y el de patentes, anuncian una baja considerable, nacida tan solo de la situación en que hoy se encuentra la industria, el comercio y todas las esferas de la actividad del país. Mientras tanto, las necesidades públicas aumentan ó al menos están léjos de disminuir y

1. Folleto publicado en Valparaiso, Imprenta de Santos Tornero. 1861.

es forzoso arbitrar los medios de seguir satisfaciéndolas como en lo pasado. Tal es el objeto á que nos proponemos servir escribiendo estas líneas, faltas de mérito por el estilo, pero que por su asunto deben llamar la atención de los amigos de la verdad y del progreso de la patria.

No hace más de dos meses que el ex-Ministro Novoa, dando cuenta de la inversión del oro venido de Londres en 59, presentaba nuestra hacienda en el estado de prosperidad más envidiable. Los datos acompañados á su memoria y los estados de la última Cuenta general de entradas y gastos de la república revelaban igual prosperidad. Pocos días han bastado, sin embargo, para demostrarnos que los documentos aquellos no decían la verdad; que se ha podido dudar de la palabra de los ministros y de la fe de los más altos empleados del último gobierno; que el *sobrante* de $ 6.150,167 que consigna aquella cuenta, es un verdadero *déficit* de más de dos millones de pesos para el servicio del año actual; que el incremento de las rentas se ha desvanecido y que la decantada prosperidad del erario sólo ha sido un pretexto de que se echaba mano para esquilmar al país y poder excusar á los hombres que abusaban de la confianza pública malgastando la fortuna de la nación con porfiada temeridad.

Y en efecto, aunque no tengamos todavía un balance oficial del estado de las arcas públicas á la salida del gobierno Montt, lo que se ha dicho en la última sesión de la Cámara de Diputados basta para probarnos que hay en ellas un desfalco de más de *un millón y seiscientos mil pesos*. Según la exposición que hizo allí el señor Ministro Renjifo, el dinero existente en todas las tesorerías el 1.° de setiembre último, componía, aproximativamente, la suma de *setecientos treinta mil pesos*. Ahora, pues, estando

á las palabras del ex-Ministro Novoa en la sesión del 22 de agosto y á los documentos con que las apoyaba, resulta que en esa fecha debían existir en arcas fiscales por lo menos las siguientes partidas:

Fondos tomados del empréstito para los ferrocarriles	$ 1.237,000	
Id. id. del capital consagrado á compra de pastas y amonedación	160,199	12
Id. de depósitos en dinero de particulares	191,098	01
Id. de rentas generales percibidas	500,000	
Id. del semestre de contribución agrícola, cobrado anticipadamente	333,399	46
Suman	$ 2.421,696	59
La existencia líquida sólo ha sido de	730,000	
Luego queda un *déficit* de	$ 1.691,696	59

Nótese que aquí hablamos sólo de los dineros que debían encontrarse en las tesorerías del Estado á principios del pasado setiembre, no del millón treinta y tantos mil pesos que se daban por existentes en los cofres de la Moneda y que existían en realidad. En cuanto á esta partida nada hay que decir. Pero usando de esta expresión ambigua, *arcas fiscales*, el ex-Ministro Novoa presentaba como existentes en ellas, aparte del depósito en los cofres de la Moneda, nada menos que *un millón doscientos treinta y siete mil pesos;* y rectificada ahora esa cuenta y vistos los datos remitidos de las oficinas de hacienda, resulta que la existencia de todas ellas alcanza sólo á *setecientos treinta mil pesos*: lo que deja un desfalco de *quinientos siete mil*

pesos en la sola partida tomada del empréstito, habiéndose además evaporado *un millón ciento ochenta y cinco mil trescientos noventa y seis pesos* de las cuatro partidas restantes, sin embargo de que ellos debían constituir una verdadera existencia en arcas, destinada á cubrir mes por mes los gastos de la administración.

Aún hay mas, y es que el señor Novoa en la sesión citada del 22 de agosto, aseveró, una y varias veces, que aquel millón doscientos treinta y siete mil pesos de fondos del empréstito se encontraba en metálico en la Tesorería General, cuando ahora, por el robo intentado en esta oficina y por las palabras del Ministro Renjifo, ha venido á saberse que el 31 del mismo mes, esto es, siete días después de la aseveración aquella, sólo existían en esa oficina *ciento trece mil y pico de pesos!* El país dirá ahora si ha correspondido á la confianza pública el que así ha faltado á la verdad ante el Congreso, y si es *capáz de estimar lo que vale la honradez* el que ha burlado de esa suerte la moralidad de todos sus predecesores en el ministerio de hacienda!

Para que se haga efectiva la responsabilidad de los mandatarios que así han engañado á la nación, urge, pues, que se forme cuanto antes un balance verdadero del estado del tesoro público á mediados de Septiembre, y que se publique inmediatamente, porque en ello están interesadas la honra y la moralidad de la presente y la pasada administración. Pero urge al mismo tiempo tratar de sacar al erario de la triste situación en que hoy se encuentra, sea incrementando las rentas actuales, ó bien creando otras nuevas que permitan satisfacer las crecientes necesidades del servicio público. Si queremos que el nuevo gobierno realice el bien, preciso es darle los medios de ve-

rificarlo, porque nada ó muy poco bueno puede hacerse con un erario adeudado y exhauto. Lo que hoy atraviesa el país en materia de negocios privados como de rentas públicas, no es una crisis transitoria: es una larga era de decadencia y postración, por no decir de abatimiento y de ruina, y ciertamente que es forzoso acortarla ó remediarla.

Meditando sobre esta situación y estudiándola en sus faces principales, nosotros hemos llegado á convencernos de que ella nace exclusivamente de dos causas: la una *natural*, la otra *artificial*. La pérdida de los mercados de California y Australia, la baja del cobre, el alza del interés por la escasez de capitales propios, el agotamiento de las minas de plata y la estagnación de nuestros frutos agrícolas, constituyen la primera de estas causas.—Los abusos del crédito y el mal manejo de las empresas industriales, la rutina en sus procedimientos y la falta de contabilidad, el lujo sin freno, la militarización del país, la multiplicación de empleos innecesarios y el aumento excesivo de los sueldos fiscales, constituye la segunda.—La primera debemos considerarla como un mal providencial, y desde que no es posible cambiar en un dia las condiciones de la producción, ni abrirnos nuevos mercados, ni crear pueblos que consuman los frutos de nuestra agricultura, ni hacer ricas las minas que se han vuelto pobres, ni pagar el interés de un cinco por capitales que valen entre nosotros el doce por ciento, claro está que esa causa es fatal é irremediable. Mas, la segunda, que es obra exclusiva de la imprevisión de los particulares, y de la impericia del gobierno pasado, nadie duda que puede repararse en sí misma y en sus terribles efectos sociales, y esta es sin duda la importante y gravísima tarea que hoy tiene á su cargo la nueva administración.

A mandatarios honrados y patriotas nada debe detenerlos para hacer el bien. La obra de reparación es hoy urgente en Chile y el primer deber del gobierno, así que cuente con un estado verídico del activo y pasivo fiscal, es acometer esa obra con energía y sin escrúpulos ni miramientos, porque el interés del país está mucho más alto que las consideraciones y las conveniencias de unos cuantos individuos. La administración inaugurada hace un mes con el asentimiento de todos los partidos, ha de tener por base la justicia y la moralidad y no debe ni puede transigir con el mal: debe, al contrario, atacarlo y destruírlo cuándo y dónde quiera que se presente. Para ello cuenta con la premiosa necesidad, y con el apoyo del más fuerte de los poderes públicos: la opinión! Escuchando solamente la voz del patriotismo y deseando ilustrar por el debate los intereses públicos, vamos pues á tener el coraje de apuntar algunas ideas que podrían servir á esa obra de pronta REPARACIÓN que á todos nos ocupa y nos afecta.

II

Entre los varios arbitrios que podrían emplearse para sacar al Estado de la situación en que hoy se encuentra, nosotros nos atrevemos á recomendar desde luego como realizables y fecundos en beneficios los siguientes:

I. Establecer cuanto antes un impuesto directo sobre las herencias, legados y donaciones que excedan de quinientos pesos, gravando á los descendientes con el uno por ciento, á los ascendientes con el dos, á los cónyujes con el tres, á los hermanos, tíos y sobrinos con el cuatro, á los demás parientes colaterales con el seis, y los legados,

donaciones y herencias de personas extrañas con el ocho por ciento de su importe líquido, esto es, deducidas las cargas y gravámenes de la sucesión.

II. Reconsiderar nuevamente y tratar de conocer en sí mismas y en sus resultados económicos las grandes obras de los ferrocarriles de Valparaíso y del Sur:—estudiar la contrata gravísima celebrada tan ligeramente con Meiggs, respecto del primero, y tratar de que su ejecución, si es que se lleva á cabo, se garantice debidamente para el Fisco:—estudiar en su conjunto y sus detalles los trabajos convenidos, ejecutarlos sobre presupuestos formales y exactos y no marchar á ciegas como hasta aquí en un asunto de tamaña trascendencia:—tratar de enajenar ó al menos de ceder la continuación de esas obras, en su parte fiscal, á compañías de capitalistas extranjeros, mediante la garantía de un mínimum de interés;—y sin perjuicio de proseguirlas como al presente *con los recursos nacionales disponibles*, someterlas desde luego á una mejor contabilidad y á un arreglo más justo y económico en sus procedimientos.

III. Disminuir los excesivos sueldos de ciertos puestos públicos, suprimir empleos inútiles, rebajar el ejército, negarse á otorgar nuevas pensiones y gracias, y ajustar los gastos fiscales á un estricto sistema de orden y economía.—En cuanto á los empleos y sueldos, no sería difícil determinarlos; pero nadie puede proceder en este punto con mejores conocimientos que el gobierno, atendiendo á los servicios que prestan los empleados, á la naturaleza de sus funciones, á las circunstancias del erario y á la baja general que debe operarse en los consumos y en las subsistencias.

IV. Abolir el estanco para favorecer el cultivo del ta-

baco en el país y acabar con ese monopolio inmoral que pesa tan enormemente sobre la clase menesterosa, que cuesta en rigor casi el triple de lo que produce y que sólo sirve á los factores, contratistas y defraudadores, y reemplazar los 320,000 pesos de su rendimiento líquido con los derechos del 30 por ciento que podrían imponerse á las mercaderías estancadas; con el interés de los capitales consagrados á este negocio de absurda fiscalidad; con el ahorro de comisiones, empleados y sueldos que cuestan anualmente 123,618 pesos 98 centavos; con el mayor aumento de la riqueza nacional; con las economías que haría el consumidor chileno y que hoy sólo aprovechan á los contrabandistas; y por último, con la adquisición de un valioso artículo de consumo y de retorno que en breve serviría para pagar una parte del saldo que nos dejan nuestras crecientes importaciones de mercaderías extranjeras. El pequeño déficit que podría resultar para el erario, se cubriría con la parte de impuesto territorial que entraría á pagar la producción del tabaco, para lo cual se distribuiría proporcionalmente entre todas las provincias y departamentos productores del artículo.

V. Propender desde luego al establecimiento de una módica contribución general y directa que grave con igualdad todas las propiedades y todos los valores, rentas, profesiones, artes y oficios, de manera que no haya solamente dos industrias gravadas, sino que cada ciudadano contribuya á los gastos públicos en proporción de sus haberes, como la justicia natural y la Constitución de la República lo exijen. Esta medida requiere trabajo y tiempo; pero su base está echada ya en la ley que operó la conversión del diezmo. Si se adoptase, desde luego, ella permitiría reformar y perfeccionar en pocos años nuestro

sistema tributario, y, sobre todo, nuestra contribución agrícola, que á pesar de ser del 9 por ciento de la renta calculada de las propiedades rústicas, apenas rinde la mitad por la desigualdad de su repartición, por la injusticia de las comisiones avaluadoras y por todos los demás defectos que han venido reconociendo en ella los mismos ministros que la establecieron.

VI. Efectuar una modificación beneficiosa en los impuestos de patente y papel sellado, según las bases del proyecto de ley sometido al Congreso de 58 ú otras análogas; aumentar los derechos á la imposición de censos y capellanías, que no convienen desde que esos valores pasan ordinariamente á manos inactivas que no sacan de las cosas su natural provecho; y suprimir la alcabala de los fundos de campo para facilitar la venta, permuta y subdivisión de las propiedades rurales, haciendo que el monto del derecho en un año dado se reparta también como un ligero aumento en el impuesto territorial.

VII. Coadyuvar por todos los medios que la prudencia aconseje al pronto establecimiento de las líneas inglesa, francesa ó norte-americana de vapores por Magallanes, y subvencionar por dos ó tres años alguna compañía nacional ó extranjera que establezca en el Estrecho una empresa de vapores de remolque.

VIII. Tratar de restablecer nuestro antiguo comercio de Valparaíso con los pueblos de la costa del Pacífico y de facilitar los cambios internacionales mediante una ley que mande admitir en las oficinas fiscales y en las transacciones mercantiles toda moneda extranjera por *su valor efectivo.*

IX. Hacer que los minerales de subida ley cubran verdaderamente el 5 por ciento de derechos de exportación,

pues hasta aquí, según los estados remitidos al Ministerio de Hacienda, sólo han cubierto el 2 y medio por ciento, y bajar desde luego á este último límite los derechos del metal fundido en ejes ó en barras, tanto para favorecer la explotación de las minas de metales pobres, que son las más abundantes, como para vivificar nuestros establecimientos nacionales de fundición, que están de pára, fomentar el consumo del carbón de piedra de las provincias del Sur y aliviar á la industria minera que hoy es casi la única que hace frente á nuestras importaciones.

X. Celebrar tratados con el Perú, el Brasil y Uruguay en términos análogos al que tenemos con la Confederación Argentina como medio de facilitar los intercambios y de procurar en aquellos países mercados estables y ventajosos á nuestros agricultores.

XI. Ordenar por una ley el establecimiento en Londres de una *Ajencia del Banco Hipotecario de Chile*, para que sus billetes puedan negociarse en las plazas europeas y se cubran allí los intereses de las letras enagenadas, se abaraten entre nosotros los descuentos, aumente el numerario y medren la industria y el comercio del pais con la introducción de fuertes capitales extranjeros.

XII. Dar a las escuelas de agricultura y de artes y oficios el impulso práctico que necesitan a fin de abaratar el trabajo del ingenio mecánico, y poder tener pronto establecidas entre nosotros nuevas industrias como el cultivo de la seda, el lino, el cáñamo, el arroz, la linaza, el tabaco, la crianza de ganados lanares en vasta escala y otros productos de fácil trasporte y de seguro expendio.

XIII. Trabajar por la canalización ó navegación sin inconvenientes de algunos de los ríos del Sur, el Ñuble, por ejemplo, y entregar á empresas particulares la mejora

de los caminos que necesitan algunas de nuestras provincias para el acarreo de sus frutos del interior hacia la costa, permitiendo á los empresarios cobrar peajes, y reservándose el Estado el derecho de rescatarlos más tarde. La forma sola de nuestro territorio, larga y angosta faja de tierra entre el mar y los Andes, basta para probarnos que lo que necesitamos no es tan sólo un gran ferrocarril al centro, sino tantos y tan buenos caminos carreteros ó fluviales como son nuestros departamentos productores. Sólo así podremos abrir salida á nuestros frutos desde la cordillera al litoral, único mercado para nosotros de seguro y ventajoso expendio.

XIV. Fomentar la marina mercante con medidas prudenciales, reorganizando la Escuela Náutica, otorgando favores de corto tiempo á los que naveguen nuestros ríos, y procurando incrementar los buques nacionales para libertar al comercio de la prisión que circunstancias extrañas pudieran ejercer sobre nuestras exportaciones. Se dice siempre que cuando hay demanda de fletes no faltan embarcaciones; pero es un hecho que cuando se piden al extranjero vienen tarde, y en materia de remesas comerciales, sobre todo de frutos agrícolas, no hay duda que el ahorro de tiempo es una ganancia considerable.

XV. Decretar un sistema uniforme de contabilidad para todas las oficinas fiscales, porque sin buena contabilidad no hay orden ni economía posibles, y obligar por una ley y bajo severas penas á que arreglen la suya todos los establecimientos de giro y todas las empresas industriales ó comerciales.

XVI. Y finalmente, propender por el Ministerio de la Guerra á que con las tropas de la frontera se establezcan entre el Bio-Bio y el Malleco colonias militares agrícolas,

y por los Ministerios del Interior y la Hacienda, así como por la prensa, á que se trabaje, como se hace en todo país, por salir de la postración en que estamos, sacándose el mejor partido posible de las calidades del suelo y de las facultades de los hombres.

Los buenos patriotas, los capitalistas ilustrados, los escritores públicos, la juventud ardorosa y entusiasta, todos estamos en el deber de coadyuvar á la pronta y completa rehabilitación de nuestro país. Lo primero y lo más necesario para ello es armarse de energía, tratar de fomentar por los medios posibles el espíritu de empresa y de cuerdas asociaciones, y sobre todo, sacudir la pereza y decir adiós! para siempre á la rutina.

Las circunstancias de Chile requieren un cambio completo en el sistema de cultivo seguido hasta aquí, y es forzoso apelar á nuevas industrias para poder hacer frente á nuestro consumo, cada día mayor, de efectos extranjeros. Urge, pues, trabajar por salir cuanto antes de la decadencia en que nos hallamos, á pesar de nuestra virilidad y de nuestros poderosos elementos de riqueza y desarrollo, y para conseguirlo, preciso es recurrir á los arbitrios que pone en nuestras manos el adelanto industrial de otros pueblos, abandonando los malos métodos y acometiendo con valor empresas nuevas á las cuales aguarda sin duda un brillante porvenir en nuestro suelo.

Pero esas medidas que se proponen para sacar al Estado de la situación en que hoy se encuentra, se nos preguntará, ¿son todas realizables desde luego, y de un éxito inmediato, seguro, infalible? ¿Cómo se puede á la vez in-

crementar las rentas públicas y desagravar la producción para que el erario juntamente con el comercio y la industria nacional se desarrollen y prosperen?

Imposible sería responder satisfactoriamente á estas cuestiones sin hacer alarde de un ridículo empirismo. Varias y muy estrechas han sido hasta ahora las opiniones emitidas en cuanto á la crisis que atravesamos, y ciertamente que sería bien difícil conciliarlas; pero más difícil aun sería emitir otras completamente acertadas y en cuya conveniencia y practicabilidad todos estuviésemos acordes; en tal caso la situación del país ya estaría remediada tiempo há. Por eso nosotros no hacemos más que someter humildemente las nuestras á la apreciación de los hombres ilustrados.

Á Dios gracias, no somos empíricos, ni abogamos tampoco en favor de intereses mezquinos. Miramos la cuestión económica de Chile desde un punto más elevado, y deseando, como amigos de la economía bien entendida, que el gobierno intervenga lo menos posible en las relaciones de la industria, pensamos sin embargo que las reformas propuestas en este opúsculo son todas aceptables, desde que sin gravar las rentas públicas sino más bien aumentándolas, propenden á ensanchar la producción y á darle por base, así como á ciertos impuestos, la equidad, la igualdad y la libertad!

III

La situación actual del erario de Chile es bien grave. No sólo se necesita regularizar su administración y purificarla, restableciendo la verdad y la exactitud en el ma-

nejo de los caudales públicos, sino que es indispensable introducir en la hacienda un sistema de bien entendida economía, y además procurarse recursos para satisfacer las crecientes y multiplicadas exigencias del país. Hoy las arcas están exhautas, y sin embargo, en este mes y los dos que faltan para concluir el año 61, tendremos que pagar tan sólo por deudas interior y exterior, sueldos y gastos fijos, algo más de 2.000,000 de pesos! Por eso hemos indicado como una de las medidas más urgentes la de establecer un impuesto sobre las herencias, y en verdad que de todos los arbitrios fiscales que podrían proponerse, ninguno hay más justo, ni menos gravoso, ni más fácil de llevarse á una pronta y cumplida realización.

Entre todos los pueblos que se dicen cultos, Chile es uno de los que menos pagan por impuestos. La mayor parte de los que tenemos son indirectos, que cargan sobre el consumo y se cubren insensiblemente, al paso que los directos sólo están reducidos á las contribuciones agrícola y de patentes. Pero estos impuestos son tan desiguales y tan mal repartidos, que su injusticia salta á la vista. ¿Por qué no hacer entonces una reforma en ese ramo, cuando ella podría reunir todas las ventajas económicas que recomiendan los impuestos indirectos?

Hasta ahora las herencias, aun cuando hayan sido de millones, no han tenido entre nosotros más gravamen que los seis pesos que se pagan por mandas forzosas. Y sin embargo, una herencia se recibe siempre como venida del cielo, nadie cuenta con la certidumbre de obtenerla, y tanto menor es la probabilidad cuando se trata de suceder á parientes colaterales ó extraños. Atendidos los apuros del erario y las necesidades de la administración, cuán

justo no sería, pues, gravar esas herencias con un tanto por ciento de su importe líquido á beneficio fiscal?

Si es indispensable que todos contribuyamos á los gastos públicos en proporción de nuestros haberes y para defender nuestras personas é intereses, para tener una buena administración de justicia y para conservar el orden que es la base de toda prosperidad, lo único que debemos pedir es que no se nos cobre sino lo necesario y que las contribuciones se voten con toda la equidad, igualdad y generalidad posibles. Con estas condiciones, y sobre todo con la facilidad del pago y la economía en la recaudación, no hay impuesto que limitándose á las necesidades estrictas del erario, pueda ser combatido con sólidos razonamientos.

Debe observarse, además, que todo impuesto, sea cual fuere, es el precio, ó si se quiere la retribución que cada ciudadano paga por la protección social. El que adquiere una herencia por testamento, ó *ab intestato*, es el primero en aprovecharse de esa protección; recoge sus frutos y es justo que contribuya á sostenerla pagando siquiera una pequeña parte de los bienes que se le trasmiten; bienes sobre los cuales tendría tal vez fundadas espectativas, pero que no habría entrado á poseer sin los respetos de la ley y de la autoridad. El impuesto de que se trata es, pues, de todo punto racional y fundado en los principios más incontestables del derecho: lo único que se necesita para establecerlo sin resistencias es que se reparta igual y equitativamente, y esto se consigue haciendo que su tasa sea tanto menor cuanto más directo sea en el heredero el derecho natural de sucesión.

En efecto, el principio regularizador del impuesto sobre las herencias es que su cuota se mida siempre por la dis-

tancia del parentesto. Mientras más remoto sea éste, menos puede el heredero contar con la seguridad de la herencia y más por consiguiente debe elevar la sociedad el precio de su protección. Establecido de esa manera, se combina perfectamente con la espectativa más ó menos lejana, más ó menos remota que el sucesor pueda tener respecto de los bienes que se le trasmitan por herencia, y entonces tiene muchas de las ventajas de la contribución indirecta, siendo además progresivo como la población, la industria y los valores, y pudiendo aun aumentarse con el tanto por ciento sobre las donaciones entre vivos, gratuitas, remuneratorias ó nupciales, lo que incrementaría más aun la renta fiscal y permitiría suprimir otros impuestos tan onerosos y absurdos, como el estanco y los derechos compulsivos de los párrocos.

Esta contribución sobre las herencias no es una cosa nueva sino en Chile y en algunos pueblos de Sud-América; pero aun entre nosotros, recordamos que ella ha sido ya propuesta por el Ejecutivo para consagrar sus productos al fomento de la instrucción primaria. En Europa y hasta en las antiguas comarcas del Asia y del África vemos que existe desde tiempos remotísimos.—Desde la primera época del imperio romano, Augusto estableció el impuesto llamado *vicesima hereditatum*, ó sea la veintésima parte de las herencias, cuyo producto estaba afecto al mantenimiento del ejército y se cobraba sobre todas las sucesiones, legados y donaciones por causa de muerte, excepto las de los herederos en primer grado y las de los pobres. Plinio ha dado la causa de esta excepción, y hablando de tal impuesto lo llama: «*tributum tolerabile et facile hæredibus, duntaxat extraneis, domesticis grave.*»

En un trabajo publicado recientemente por Mr. de Pa-

rieu sobre esta materia, encontramos algunos datos curiosos, que vamos á resumir en pocas palabras, para dar á conocer las leyes de los principales pueblos europeos en cuanto á derechos de sucesión.

Según aquel escritor [1], el impuesto sobre las herencias existe en Francia desde el siglo pasado. La sucesión debe anunciarse á la autoridad por los herederos seis meses después de la muerte del antecesor, y si omiten cumplir con esta formalidad, son obligados á pagar por vía de pena un 50 por ciento más del derecho establecido. Los notarios tienen también el deber de dar cuenta de los actos de sucesión en que intervienen, y á ellos incumbe la responsabilidad de hacerlos registrar en el término prescrito. Si no lo hacen, quedan sometidos á una pena pecuniaria ó á pagar un doble impuesto, á título de multa. Pero el Fisco percibe el derecho de sucesión sobre el valor total de los bienes y sin tomar en cuenta sus gravámenes, lo que es una enorme injusticia, pues dos individuos que heredan igual cantidad pueden quedar el uno rico por falta de cargas y el otro pobre á causa de las deudas de su instituyente, sin embargo de haber pagado ambos idéntico derecho. El plazo para el pago es de seis meses, y su monto, en la línea recta de ascendientes ó descendientes, es del uno por ciento; entre esposos, del 3; entre hermanos, tíos y sobrinos, del 6; entre primos, tíos-abuelos y sobrinos-nietos, del 7; entre parientes fuera del cuarto grado, del 8, y entre extraños, del 9 por ciento sobre el monto total de las herencias ó legados.

La gradación y percepción de este impuesto son análogas en casi todos los demás pueblos de Europa. En Aus-

1. *Journal des Economistes*, Julio de 1861.

tria es del 10 por ciento, pero no afecta á los herederos consanguíneos, y las deudas y cargas se deducen del activo de la sucesión. En Rusia los colaterales y los herederos extraños sólo están sometidos á la contribución y pagan unos y otros el 4 por ciento. En varios de los Estados que hoy componen el reino de Italia están exceptuadas las sucesiones en línea directa: en el Piamonte los derechos se elevan á 10 por ciento, en las Romanias al 8, en el estado de Parma al 5, y en Módena al 5 por ciento. La Bélgica reconoce en materia de herencia dos derechos, el de *sucesión* y el de *mutación:* por el primero se paga entre parientes colaterales el 6 por ciento, y entre extraños hasta el 10, abonándose por el segundo 1 por ciento en la línea directa y 5 por ciento en la colateral. Las herencias de ascendientes y descendientes están libres del derecho de sucesión. En España sucede otro tanto: el derecho sólo se paga por la herencia de colaterales y extraños, y debe ser bien limitado, pues que sólo produce *en todo el reino* como 18 millones de reales ó sea 900,000 pesos. En Inglaterra está sujeto á anomalías y caprichos de legislación verdaderamente inexplicables: es algo como lo que sucede en Francia respecto á gravarse el total de las herencias sin exceptuar las deudas; pero en resumen, el derecho que se cobra en la línea directa es del 1 por ciento, entre hermanos del 3, entre tíos y sobrinos del 6, y entre todos los demás colaterales y extraños el 10 por ciento del acervo total de los legados, herencias y donaciones.

Reconociendo la justicia de este impuesto y la equidad con que se ha establecido en algunos de esos pueblos, el señor de Parieu dice: «que una de las cuestiones más importantes á que él da lugar, es la de saber si conviene hacer pesar el derecho sobre todo el activo de las sucesiones,

ó simplemente sobre su producto líquido, rebajadas las cargas». Pero si esta es una cuestión grave en Francia, para Chile no lo es ni puede serlo. La dificultad verdadera para nosotros estaría más bien en: el avalúo de las herencias y en las distinciones que habría que establecer entre propiedades muebles é inmuebles, créditos y títulos, acciones y derechos heredados, y en los términos, plazo y forma que se adoptasen para el pago del impuesto. En cuanto á las deudas y cargas, parécenos fuera de duda que ellas no deben computarse para el cobro de la contribución, pues todos sabemos que por nuestras leyes no se llama herencia sino lo que sobra después de pagadas las deudas. Sobre todo, nadie ignora que la base de todo buen sistema de impuestos es la proporcionalidad, ó sea la igualdad en la repartición, y nadie duda que se faltaría á ella asentando el impuesto de las herencias sobre un activo neutralizado por deudas.

Careciendo de datos estadísticos en materia de sucesiones, sería difícil poder determinar desde luego el rendimiento anual de ese impuesto entre nosotros.... Pero atendidos los capitales del país, es seguro que, votado en la forma que indicamos arriba, su producto no bajaría de 300 á 400,000 pesos por año, cantidad más que suficiente para cubrir, mientras se establece una contribución general y directa sobre todas las rentas y profesiones, el corto *déficit* que dejaría al fisco la supresión inmediata del estanco y de las alcabalas de fundos rústicos, que impidiendo el cultivo y la trasmisión de la propiedad son un poderoso obstáculo al desarrollo agrícola y comercial de la república.

Semejante aplicación sería por ahora transitoria: duraría los dos ó tres años que demorase el reparto territorial; y si la proponemos es más bien por vía de ejemplo, pues

ya hemos dicho que el *déficit* de las alcabalas y del estanco debiera distribuírse como aumento de nuestro actual impuesto agrícola. Y ciertamente que, aceptada la idea, dentro de poco esta contribución sería una nueva fuente de riqueza para el Estado; y el medio de hacerla efectiva no podría ser más sencillo. Dictada la ley, ninguna herencia sería deferida sino por decreto judicial y después de haberse tomado razón de su monto líquido en la respectiva oficina de hacienda; de suerte que el derecho de los herederos no vendría á hacerse efectivo sino después de pagado el impuesto fiscal.

IV

La segunda medida económica que recomendamos es tanto más urgente cuanto que el negocio de nuestros ferrocarriles es gravísimo, y que la contrata celebrada con Mr. Meiggs importa para Chile un tercer empréstito extranjero, hipócrita y solapado, es verdad, pero no menor ni tal vez menos funesto que los dos anteriores. Á la administración pasada no le bastaron los estupendos desaciertos que cometió dirigiendo el de Valparaíso y haciendo nacional esa obra de utilidad puramente local, sino que después de haberla paralizado tres años cuando se había contraído una deuda de 5.000,000 de pesos sólo para continuarla, ha venido en sus últimos momentos á darle el golpe de gracia haciéndola proseguir mediante un contrato particular tan imprudente como ruinoso para el Estado.

Bien fácil sería objetar ese contrato y demostrar sus irregularidades si él no fuese ya una ley aprobada y sancionada. Pero se trata de su cumplimiento y por lo mismo

que el contratista está activando los trabajos cuanto le es posible, por eso mismo creemos que de parte del gobierno deben tomarse también datos seguros sobre la naturaleza y circunstancias de la obra que se ejecuta. Más tarde ya no habrá tiempo de hacerlo y el mal sufrido será irremediable.

La primera dificultad que á todos ocurre es que hasta hoy no se tienen presupuestos formales ni fidedignos de la porción de camino que resta por hacerse. El artículo 2.° del supremo decreto librado la víspera de celebrarse el ajuste con Meiggs, decía así: «Procédase sin demora á los trabajos de detalle y *formación del presupuesto* para la parte de la línea comprendida entre Polpaico y la cima de Montenegro.» Tampoco había *presupuesto* de lo más grave de la obra, y por eso el artículo 3.° mandaba *admitir propuestas* para la fracción comprendida entre la cima de Montenegro y el socavón del Centinela.

Faltaban, pues, datos exactos y aun aproximativos; pero eso no impidió ajustar la obra de carrera y en millón de pesos más ó menos. La contrata se hizo por 6.000,000 justos, siendo facultativo para el gobierno cubrir con bonos á un 6 por ciento de interés y con un fondo de amortización de 4 por ciento anual, tanto los dos tercios del valor de los trabajos que se hagan en la línea desde Montenegro hasta Quillota, como el importe de toda la ferretería que se emplee en la construcción del camino y el medio millón de premio que debe entregarse al contratista caso que concluya la obra dentro de tres años.

Resulta de aquí forzosamente que el gobierno, que no tendrá en estos años como cubrir ni aún los gastos ordinarios e indispensables de la administración, se verá en la necesidad de emitir bonos por 3 ó 4.000,000 de pesos, con cuádruple amortización y mayor interés que los bonos del

último empréstito levantado en Inglaterra; de suerte que los compromisos del país se habrán duplicado sin que contemos ni con la solidez de la obra del ferrocarril, ni con la garantía de que ella se terminará en tal ó cual tiempo, ni menos con la seguridad de que el importe de los trabajos ejecutados será el mismo que aparezca de las cuentas que cubra la administración.

Por otra parte, computados los intereses de este nuevo empréstito y los que actualmente se pagan por amortización y réditos de nuestra deuda externa, tendremos que el Estado habrá de consagrar anualmente más de un millón de pesos á este sólo gasto. ¿Y podrá el erario sufragarlo? Atendida la marcha descendente de las rentas públicas, por efecto de la crisis general que atraviesa el país, nosotros creemos que no. Si así sucediese, es evidente que nuestra deuda nacional iría en tal caso aumentando en un millón de pesos cada año, y como es probable que la actual situación económica se prolongue, puesto que hasta ahora no se le divisa término, claro está que nos colocaríamos entonces en la dura extremidad de tener que estar contrayendo anualmente nuevas deudas y cargándonos con nuevas gabelas sólo para satisfacer los intereses de las deudas antiguas.

Se ha dicho que bastarán para ello los productos del ferrocarril. ¿Mas, quién puede asegurarlo? ¿No será este uno de los muchos cálculos alegres que la experiencia venga á desvanecer? La multa de 10,000 pesos mensuales impuesta al contratista para el caso de no concluir el camino en el término estipulado, ¿equivaldrá nunca al medio millón de pesos que se le da como premio en caso de terminarlo? En seis meses de atraso la multa aquella sólo importará para el Estado una indemnización de 60,000

pesos, indemnización mezquinísima si se atiende á los capitales comprometidos en la obra, al paso que el contratista vendrá á lucrar cerca de 84,000 pesos por sólo cada mes que anticipe la conclusión de los trabajos de la línea.

Sobre todo, falta que la contrata se garantice debidamente para el fisco, y que éste tenga en el camino empleados inteligentes y fieles que intervengan en la contabilidad y arreglo del negocio, para que la administración nunca cubra cuentas por mayores cantidades que aquellas que se vayan gastando mes á mes. Y por eso insistimos en que el primer deber de los actuales encargados de nuestra hacienda pública, es reconsiderar esa contrata y estudiarla nuevamente en su conjunto y sus detalles, á fin de que los errores del gobierno pasado no se conviertan en un gravamen eterno para la nación, en una vorágine profunda que absorba nuestras rentas y pese sobre las futuras generaciones, sin otra ventaja que haber satisfecho un sentimiento de orgullo nacional y haber servido al interés de dos ó tres provincias á costa de los sacrificios de toda la República.

Esta medida es tanto más precisa cuanto que la conversión del ferrocarril de Valparaíso en empresa fiscal no ha sido un hecho determinado por ninguna necesidad urgente: ha sido sólo un loco estímulo que la vanidad gubernativa otorgó á una obra que indudablemente se habría llevado á cabo por los simples esfuerzos de la industria y del interés individual. So pretexto de un finjido amor al progreso, se ha querido sólo que tuviésemos ferrocarril á toda costa y aún cuando fuese por arreglos aleatorios, sin pararse en precio ni en condiciones, sin haber hecho un verdadero estudio del asunto y sin conocer aproximativamente siquiera el presupuesto ni las demás particularida-

des de la sección de la línea que resta por ejecutarse, como si con ello no se gravara enormemente al erario nacional y no se sacrificase á las vanas fantasías del presente los recursos y esperanzas del porvenir!

Al legislar sobre esta materia (decímoslo humildemente, pero con una profunda convicción), ni el gobierno ni el Congreso pasado han cumplido su deber. Ni el uno ni el otro supieron resistir á los arrebatos irreflexivos de la vanidad que, por necesidades transitorias y contestables, les han hecho imponer á la nación gravámenes enormes y permanentes. Ellos no pensaron en la conveniencia de esperar que los mayores conocimientos de la obra hubiesen permitido llevarla á cabo por hombres, compañías y capitales extranjeros, ni menos en la necesidad de no echar nuevas cargas sobre nuestro tesoro pública exhausto, sino por una urgencia absoluta y en términos breves y moderados. No se imaginaron que practicando las diligencias del caso habríamos logrado encontrar empresas europeas que viniesen á concluir el camino á su costa y sólo con la garantía de un bajo interés sobre el total de los gastos, como lo propusieron antes Wheelwright y Campbell y como se están haciendo hoy mismo los ferrocarriles de España, Rusia, Austria, Prusia, el Piamonte y hasta de Roma.—Congreso y gobierno desoyeron estas lecciones de la culta Europa, vieron sólo en la prudencia un huésped importuno, y antes que patriota cuerdos y económicos, prefirieron mostrarse mandatarios laboriosos y progresistas, como si la laboriosidad y el progreso consistieran en hacer á ciegas y de cuenta del Estado lo que ellos, con mayor meditación, no habrían hecho de seguro por su propia cuenta!

El cambio radical operado en el ferrocarril de Valpa-

raíso por la contrata de que venimos hablando, ha sostituído á estas prudentes instrucciones acuerdos totalmente contrarios. Por una singular inversión de los papeles, el de las autoridades tutelares no se ha aplicado esta vez á moderar sino al contrario á excitar la funesta tendencia de nacionalizar una obra de utilidad local, de sacrificar el porvenir al presente y de realizar en pocas horas, por un falso espíritu de progreso y sin conocimientos exactos del negocio, un contrato que por una ni por otra parte debió llevarse á cabo sino después de prolijos estudios, de presupuestos sérios y formales, y de contar con la seguridad de no poderse concluir el camino por compañías de capitalistas extranjeros. Y así como el ex-ministro don Antonio Varas, interpelado en la Cámara sobre el costo aproximativo de la obra que quedaba por hacerse, no supo decirlo, así también hay quienes afirman que el contratista, al obligarse á terminarla en tres años y por 6.000,000 de pesos, apenas había visto una sola vez y á vuelo de pájaro el trazado del camino!!! Si no hubiera tantos otros datos que apoyan cuanto dejamos dicho, este sólo bastaría para convencernos de que se ha estado muy lejos de proceder con la madurez necesaria en un asunto de tan grave magnitud.

Todos sabemos, sin embargo, que la obra de que se trata es una medalla de dos caras, en una de las cuales se ve el camino de hierro con sus ventajas, pero en la otra aparecen de relieve las dificultades y los sacrificios que impone á un Estado toda empresa de trabajo nacional ejecutada con los dineros del pueblo y por su cuenta. Olvidándose de esta faz del negocio para pensar sólo en aquella, el gobierno pasado ha procedido como el pródigo que, después de consumir su fortuna en una serie de banque

tes y fiestas entre amigos, se felicita del brillo que supo darles, pero sin acordarse de que ya no podrá repetirlas, ni tendrá siquiera cómo pagar las cuentas de sus proveedores. *Proteste* él enhorabuena que su conciencia está *satisfecha* y que no ha obrado mal con *intención*: cuando la historia lo juzgue ella se lo tomará en cuenta. Mas nosotros creemos que para toda administración inteligente y honrada ninguna obra pública es buena cuando no retribuye lo que cuesta, cuando no rinde servicios equivalentes á los sacrificios que demanda, pero, sobre todo, cuando para llevarla á cabo no se parte de datos seguros ni se cuenta con resguardos y garantías suficientes. Y eso es lo que desgraciadamente ha hecho el gobierno pasado, sólo por la vanidad de vincular su nombre á empresas de aquellas que se aplauden aún cuando sean absurdas y ruinosas; porque el vulgo sólo ve la obra con sus beneficios, pero no se sabe lo que cuesta, ni puede compararlo con los gravámenes y sufrimientos que ella impone á la nación.

En compensación de estos males, se nos dice que Chile vendrá á parecerse á la Bélgica por sus empresas de caminos de hierro de cuenta del Estado, y por el desarrollo que dará á todos los negocios del país la pronta terminación del ferrocarril de Valparaiso. Distamos mucho de creerlo así, porque son muy diversas nuestras circunstancias de las de aquel pequeño pueblo, donde la industria, el comercio, la pureza de los empleados y la experiencia administrativa y económica de los trabajos públicos han llegado a su apogeo. Pero, aparte de los graves compromisos que esa obra ha de traer aquí al erario, llevándose adelante en la forma convenida, forzoso es confesar que uno de sus primeros resultados económicos ha de ser para nosotros el encarecimiento de la producción por el retiro

de muchos de los brazos consagrados hoy á la agricultura y la minería; y nadie ignora que si estas industrias no logran producir más y á menos precio que al presente, mal podrán salir de la postración en que hoy se encuentran, ni menos aún ponerse en aptitud de hacer frente á la concurrencia de nuestro vigoroso competidor del Norte.

En un pueblo escaso de habitantes como Chile, consagrar millares de individuos á una industria nueva, equivale también á romper bruscamente y para mucho tiempo el equilibrio natural entre la oferta y la demanda de jornales. Y aún cuando se diga que el alza del salario es un bien, nosotros contestaremos que esto solo es cierto cuando ella se opera lenta y gradualmente. Entonces, lejos de excluir la economía, el alza la provoca. Pero cuando el precio del trabajo se eleva con demasiada rapidez, el pobre no tiene tiempo de traer al nivel ordinario lo que hay de inexperado en su fortuna. La plata que le viene de improviso se le va del mismo modo, y la moral y la conveniencia pública pierden en ello más de lo que ganan. En el interés de los trabajadores mismos como en el de los capitalista y del Estado debe, pues, considerarse como un mal todo procedimiento económico que tienda á dislocar, sin preparación y sin medida, el equilibrio natural de los capitales con las necesidades de la industria, el trabajo y los salarios. Y si esta es una verdad de todos los tiempos, ahora no hay duda que sus efectos económicos deben hacerse más patentes entre nosotros, así por la escasez del numerario que determina una baja en todos los productos y con mayor razón en los jornales, como por la crisis que atraviesa el país á causa de los hechos naturales y artificiales que apuntamos en nuestro artículo primero.

Por estas consideraciones y para evitar á Chile los com-

promisos y dificultades que puede traerle el nuevo empréstito votado en la aprobación de la contrata de Meiggs, pedimos al gobierno que la reconsidere y estudie en sus detalles y trate de que su ejecución, si es que se lleva á cabo, se garantice debidamente para el Estado: que no se marche á ciegas, como hasta aquí, en un asunto de tanta gravedad: que se trate de enajenar ó ceder la continuación de la obra, en su parte fiscal, á compañías de capitalistas extranjeros, con la garantía de un cierto interés sobre lo que se gaste en terminarla; y que en todo caso y sin perjuicio de proseguirla con los recursos nacionales *disponibles*, pero sin empréstitos disfrazados y ruinosos, se la someta desde luego á una mejor contabilidad, á un arreglo más justo y económico en sus procedimientos, y á un sistema tal de fiscalización que haga que sólo se gaste lo necesario y que en ningún caso cubra el fisco sino las cantidades que hayan sido *bien y verdaderamente invertidas.*

V

Otra medida que aliviará al erario, es la rebaja de los sueldos de ciertos puestos públicos, la supresión de algunos empleos inútiles, creados ó sostenidos por puro favoritismo, el negarse á otorgar nuevas pensiones y gracias por cuenta del tesoro, y someter los gastos fiscales á un estricto sistema de orden y economía.

En presencia de la crisis que atraviesa el país y que aflije á todas las industrias y á todas las familias, que abate todos los valores y disminuye las rentas particulares tanto como las públicas, parece imposible que se nie-

gue la justicia de un tal procedimiento, y hasta sería inoficioso apoyarlo con razones, porque nadie sostendrá que en esta tormenta deshecha de las fortunas sólo el que vive a expensas del Estado debe quedar boyante, libre de cuidados y ajeno al sufrimiento general.

Gran parte de los sueldos que hoy se pagan por el servicio de la administración en sus diversos ramos, fueron proporcionados al bienestar que daban á la república sus minas de Copiapó y Coquimbo y las ventajosas especulaciones sobre California y Australia; pero evaporada esa riqueza accidental, paralizada la industria y la exportación, aumentados los gastos y disminuídas las entradas fiscales, natural es que esos sueldos se pongan hoy al nivel de las subsistencias en las cuales se está ya operando una baja considerable.

Mas, ¿qué empleos y sueldos son los que podrán suprimirse ó disminuírse?—Nada difícil sería determinarlos, y ya *El Mercurio*, en sus números del 22 y 23 de octubre, ha propuesto una economía sencilla y justísima de 49,140 pesos anuales, tan solo en las impresiones, empleados de estadística y oficinas de Aduana, Comisaría y Estanco de Valparaíso, aparte de las que todavía podrían hacerse en esas mismas oficinas, reduciendo el personal de sus empleados subalternos, muchos de los cuales son verdaderamente innecesarios. Para conocerlo basta saber que el solo servicio aduanero en este puerto cuesta anualmente la enorme suma de 219,261 pesos 63 cts.

Razón tenía un ex-ministro de Hacienda del pasado decenio, para decir que «la obra de los almacenes fiscales, que costó 1.300,725 pesos, no alcanzaba á producir al Estado el interés anual de 3 ½ por ciento, y que su rendimiento, que en la mayor actividad de nuestro comercio

apenas llegó á 43,566 pesos, ni aun basta siquiera á cubrir el sueldo de los empleados encargados de custodiarlos.» Mayor sería ahora su admiración si supiese que el año pasado hubo que gastar, además, 31,748 pesos 58 cts. en arriendo de almacenes particulares, como si todavía no bastasen los construídos por cuenta del Estado y que tanto cuesta vigilar y conservar!

Si la disminución de la renta pública es evidente, también es indudable que el gobierno, en materia de economías, debe desatender toda consideración personal desde que están de por medio los verdaderos intereses del país. Y si en las solas oficinas citadas puede hacerse un ahorro tan considerable de empleados y sueldos, ¿cuál no sería el que se hiciese en todas las demás de la República procediéndose á un nuevo y mejor arreglo tanto del personal como de las atribuciones de los jefes y subalternos? El solo rebajo de un 5 por ciento en las dotaciones que excediesen de 1,000 pesos anuales, como lo han hecho otros pueblos en situaciones análogas á la nuestra, sería de suyo un poderoso alivio para saldar el presupuesto de los diversos ministerios. ¡Y cuántos destinos superiores no podrían también suprimirse por inútiles! ¡Cuántos gastos superfluos no pueden ahorrarse en los varios departamentos de la administración! Haciéndolo con prudencia, estamos seguros que en nada se perjudicarían los intereses del servicio público y de que la nación por su parte lograría satisfacer exijencias mucho más imperiosas y de más fecundos resultados.

El gobierno, pues, que tiene á la vista la planta general de empleados y sueldos, es quien debe fallar en este asunto y proceder á la reforma con perfecto conocimiento de causa. Desatendiendo los miramientos personales para se-

guir tan solo los dictados de la conveniencia general, él puede fácilmente operar esa reforma en vista de las circunstancias del erario, de los servicios que presten los diversos empleados, de la naturaleza de sus funciones y de la mayor ó menor desproporción de sus emolumentos con la baratura actual de los consumos.

La abolición del Estanco no es una medida que deba desde luego incrementar las rentas públicas, pero favorecerá mucho el desarrollo de la riqueza general, facilitando el cultivo de un valioso artículo de consumo y de retorno y acabando con un monopolio dispendioso, inmoral, que impone al pobre inmensos sacrificios, esteriliza la producción, cuesta infinitamente más de lo que rinde al erario y sólo sirve al enriquecimiento de los factores, contratatistas y defraudadores. Condenado ese monopolio por la opinión general desde que se estableció, debe serlo con tanta mayor razón ahora que las circunstancias del país requieren un cambio completo en los sistemas de cultivo; y ciertamente que pocas industrias rurales nuevas podrían plantearse en Chile con mejor éxito que la del tabaco, artículo de primera necesidad para nuestro pueblo y que tan fácil como ventajosamente se produciría en algunas de nuestras provincias centrales.

Siendo así, la cuestión sólo queda reducida á reemplazar al fisco los 320,000 pesos del producto líquido de esta renta. Pero fuera del mayor aumento que la cesación del monopolio traería á la riqueza general, de las economías que haría el consumidor chileno y que hoy sólo aprovechan á los contrabandistas, del ahorro de comisiones, empleados y sueldos que cuestan como 124,000 pesos al año, y de la adquisición de un producto que en breve serviría para pagar el saldo de nuestras importaciones, es evidente

que los derechos del 30 por ciento que se impondrían á las mercaderías estancadas y el interés de los capitales consagrados á este negocio absurdo, bastarían para cubrir la mayor parte de esa suma, y el *déficit* que resultase podría saldarse repartiéndolo entre todas las provincias y departamentos productores como un ligero aumento de la contribución territorial que hoy pagan.

La condición actual de nuestras clases pobres hace esta reforma no sólo necesaria sino urgente. Y si el gobierno cree que la época no es buena para suprimir ramo ninguno de rentas públicas por cuanto cualquier desfalco en ellas sería sensible y demandaría tiempo para reponerse, haciendo justicia á sus temores, nosotros pensamos, sin embargo, que ni aun por esa causa debe dilatarse la supresión del Estanco de tabacos, sino que el desfalco que esta renta sufre debe cubrirse desde luego, bien sea con los caudales consagrados al giro de la Factoría general, ó bien con el producto del impuesto sobre las herencias ó con el aumento que debe dar la mejora de las leyes actuales sobre patentes y papel sellado. Pero aun suponiendo que el reparto del *déficit* entre las provincias productoras, como contribución territorial impuesta al cultivo del tabaco, demorase más de dos años, lo que sería realmente un exceso de tiempo, siempre es indudable que los 600,000 pesos que producirán las existencias actuales del estanco bastarían para cubrir ese déficit al menos durante cuatro ó cinco anualidades. Lejos estamos de pensar que nuestro sistema rentístico sea un modelo de perfección, pero nadie duda que la mantención sola del Estanco es un borrón que basta para oscurecerlo y afearlo!

Es un principio incuestionable en economía que el más perfecto de los sistemas tributarios es aquel que grava

con igualdad pero módicamente todas las propiedades y todos los valores, rentas, profesiones, artes ú oficios, de manera que no haya sólo ciertas industrias recargadas, sino que cada individuo contribuya á los gastos públicos en proporción de sus haberes y de los provechos que reporta del estado social. Así lo ordena la justicia y lo exige también nuestra Constitución política.

Esto no es desconocer la ventaja de los impuestos indirectos y principalmente de los que gravitan sobre el consumo, porque ellos se confunden con el precio de las mercaderías impuestas, de suerte que cada cual puede dejar de cubrirlos limitando sus gastos, y porque una contribución pagada insensiblemente y cuándo y cómo quiere el consumidor no puede dejar de tener recomendaciones que la hagan preferible á los impuestos directos. Sin embargo, entre nosotros se ha hecho de este arbitrio un uso realmente exagerado. Las aduanas han contribuído á los gastos de la administración en más de la mitad, y como gran parte de nuestros consumos son de efectos extranjeros, resulta que pagamos por ellos casi el doble de lo que debiéramos.

Pero la crisis que hoy atraviesa el país no sólo ha disminuído sus capitales abatiendo el valor de las propiedades y de sus productos, sino que amenaza también las rentas fiscales y urge venir en su auxilio incrementando equitativamente la contribución sobre la industria y los valores flotantes. Hasta hoy Chile es uno de los pueblos menos gravados por impuestos, pero los que tenemos son tan desiguales y tan mal distribuídos, que su injusticia es palpable. Las patentes y el impuesto territorial, únicas contribuciones directas establecidas hasta ahora, sólo produjeron el año pasado 606.055 pesos y en el presente

empezarán á dar el máximum de 745,916; de manera que la capitación en Chile, atendida la población, asciende cuando mucho á 50 centavos de peso por individuo; y ya se comprenderá que no hay pueblo alguno conocido que pague menos, pues nuestros vecinos de Bolivia y el Perú pagan catorce veces más, y en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España, la contribución personal es veinte, treinta y hasta sesenta veces mayor que entre nosotros.

Esto nace de que en Chile sólo la agricultura y la minería están gravadas, pero sin equidad y en más de lo que debieran. ¿Por qué entonces no hacer una reforma en este ramo de ingresos? ¿Por qué no gravar la propiedad urbana con el 1 por ciento siquiera de su renta calculada, según la base del impuesto municipal que ahora pagamos? Sobre todo ¿por qué no imponer una módica contribución á los capitales á interés y á los censos y capellanías?

Si las circunstancias del erario son aflictivas, aplíquese, pues, el impuesto al capital en todas sus ramificaciones, en todas sus formas, porque el mejor sistema tributario es aquel en que todas las industrias, todas las profesiones, todos los valores reproductivos están cargados con pequeños gravámenes, en proporción á la renta ó provecho que rinden. Es cierto que una reforma tal demanda tiempo, pero la base está echada ya en la ley que operó la conversión del diezmo: tarde ó temprano está llamada á complementar nuestra legislación rentística, y el Ministro que tenga la energía de realizarla habrá con esto sólo merecido bien de la Patria!

VI

Puesto que la reforma de la contribución directa demanda tiempo, nada impide el que se haga mientras tanto una modificación en los impuestos de patentes y papel sellado, conforme á las bases del proyecto de ley sometido por el Ejecutivo al Congreso del 58. El erario recibiría en esto un beneficio no pequeño, que podría aumentarse duplicando el derecho que se cobra por la imposición de censos y capellanías, que no conviene fomentar desde que esos valores pasan ordinariamente á manos inactivas y que no sacan de ellos el provecho que pudieran. Creemos, también, y con buenas razones, que la alcabala por enajenación de fundos rústicos debiera suprimirse desde luego para facilitar la venta, cambio ó subdivisión de la propiedad rural, haciéndose que el monto de la contribución en un año dado se reparta asimismo con un mayor aumento en el impuesto territorial. La agricultura recibirá en ello un nuevo gravamen, pero á más que la repartición del impuesto aquel ha favorecido á los propietarios, el aumento lo compensarán éstos perfectamente con la libertad de enajenar, permutar y fraccionar sus propiedades cuando lo necesiten, según sus deseos.

La frecuente comunicación de Chile con Buenos Aires, Montevideo y Río Janeiro por la vía del Estrecho de Magallanes, ligándose la línea de vapores que se establezca á los que hoy viajan desde allí á los puertos de Estados Unidos, Francia é Inglaterra, es otra de las medidas que debe ocupar con preferencia la atención del gobierno. Si hemos recomendado la urgencia de celebrar tratados con

el Perú, el Brasil y el Uruguay en términos análogos al que tenemos con la Confederación Argentina, es porque con esos pueblos podremos hacer un comercio activo, extenso y mutuamente ventajoso. Nuestros frutos tendrán en sus puertos seguro mercado; en retorno ellos nos enviarán los suyos de que tanto carecemos; y fácil es comprender lo que con este cambio continuo de productos podrán llegar á ser en *poco tiempo* la industria y las relaciones mercantiles en todos estos países.

Hasta aquí la falta de esa comunicación ha hecho que nuestros competidores yankees hayan abastecido con sus harinas todos esos mercados, que son *naturalmente* los nuestros; pero desde que ella se establezca de un modo regular y periódico, y desde que el vapor ligue al Pacífico con el Atlántico, la salida de nuestros cereales queda asegurada en toda esa parte de América. El día en que los vapores reemplacen los buques á vela para el paso del Estrecho, haciéndose conocer las ventajas de esta nueva vía, que son evidentes, ella obtendrá la preferencia para la conducción de mercaderías y pasajeros; Valparaíso vendrá á ser el emporio del comercio de toda la parte occidental de América, y después de abrir amplia salida á nuestras producciones por todos los puertos del litoral y de facilitar el intercambio con nuestros vecinos, habremos dado también el paso más importante en favor del desarrollo de nuestros minerales de carbón de Lota y Coronel.

Hoy que el país necesita de todo género de impulsos para salir de la postración en que ha caído por un conjunto de fatales acontecimientos, es un presagio feliz el de que las compañías inglesas y norte-americanas traten á la vez de llevar cuánto ántes á cabo tan importante em-

presa. Sensible es que los pasos dados tantos años atrás por Mr. Griffin no hayan hasta ahora producido efecto. Pero, sea él ó el agente de la compañía rival quien obtenga la subvención solicitada, es de esperar que esta vez la negociación quedará concluída y que nuestros actuales mandatarios, seguros de que esa idea es una de las que interesan al porvenir del país, no descuidarán de contribuir con todos los medios que la prudencia aconseje á su pronta realización.

Ya se ha visto que no somos partidarios de los empréstitos, porque vista la fatal inversión que casi todos tienen aquí como en otros pueblos, pensamos que no se debe recurrir á ellos sino en la última extremidad. Sin embargo, si se nos arguyera con la falta de fondos para no subvencionar una línea permanente de navegación á vapor por Magallanes, aconsejaríamos hasta el medio más extremo por tal de ver realizada cuanto antes esta idea que desde muchos años viene siendo el deseo de todos los chilenos ilustrados.

El establecimiento de colonias militares agrícolas como medio de asegurar la frontera y disminuir el ejército, la admisión de la moneda extranjera por su valor efectivo, el impulso práctico de la enseñanza en las escuelas de agricultura y de artes y oficios, el fomento de la navegación fluvial y el entregar á empresas particulares la mejora de los caminos que necesitan algunas de nuestras provincias para conducir sus frutos del interior hacia la costa, permitiéndoles cobrar peajes y reservándose la nación el derecho de rescatarlos más tarde, son todas mejoras de incuestionable utilidad, que no demandan gastos y que pueden plantearse fácilmente y dar en poco tiempo resultados benéficos al comercio, á la industria y á la conser-

vación del orden público. Por lo demás, omitimos fundarlas con detención, refiriéndonos únicamente á lo dicho sobre estos particulares en nuestro artículo segundo.

La supresión del derecho de los cobres nos parece una cuestión grave y difícil de resolverse, sobre todo en las presentes circunstancias. La justicia que asiste á los que la piden es evidente, porque ese gravamen quedó compensado con el mayor derecho de importación impuesto á las mercaderías extranjeras por la Ordenanza de Aduanas de Marzo de 1851. También es indudable la necesidad de proteger las fundiciones del país y la explotación de las minas de metales pobres, que son las más abundantes, así como la de fomentar y activar el consumo del carbón de nuestros minerales del Sur. Pero ¿es posible hacerlo en la situación actual del erario público? ¿Bastará abolir el dederecho de exportación del cinco por ciento para hacer provechoso el trabajo de los metales de baja ley? ¿Podrán nunca los fundidores chilenos, faltos de capitales y pagando fuertes intereses, competir con los fundidores ingleses que cuentan con caudales enormes y que sólo pagan por ellos el 3 ó el 4 por ciento, cuando nosotros pagamos el doce?

También es cierto que convendría á toda costa ahorrar el millón y medio de pesos ($ 1.500,000) que gastamos en fletes de los metales enviados á Swansea. ¿Pero cómo conseguirlo? ¿Podrán jamás fundirse aquí todos esos metales dándose á buena cuenta las fuertes anticipaciones que demandan los explotadores de minerales de subida ley?

Cuestiones son estas que sólo vendrán á fallarse cuando la situación del erario haya mejorado ó cuando se presente algún medio de reemplazar la renta de 385,891 pesos que hoy produce ese derecho. Para entonces, y procediendo

con datos más seguros, tal vez no será difícil establecer un impuesto directo sobre las minas, votado anualmente por las Juntas de minería, con lo cual quedará abolido todo gravamen á la exportación de metales ó minerales y se habrá dado el paso más útil en favor de la equidad y regularidad de esta contribución, hoy tan gravosa como injusta.

Para regularizar la administración y purificarla, pero sobre todo para restablecer la verdad y la exactitud en el manejo de los caudales públicos, nada hay más necesario que el establecimiento de un buen sistema de contabilidad. Sin él no hay orden ni economía posibles, y demasiado lo prueban los desfalcos y defraudaciones que se han hecho en varias oficinas fiscales durante la pasada administración. Por su falta, más que por otras causas, ha tenido lugar al menos una mitad de las quiebras que hoy lamentamos, y por eso pedimos al gobierno decrete la práctica de un método uniforme de contabilidad para todas las oficinas de hacienda, obligando por una ley y bajo severas penas á que arreglen la suya todas las casas de comercio y todas las empresas industriales establecidas en el país por nacionales y extranjeros.

La institución de la Caja de Crédito Hipotecario no ha rendido hasta aquí los servicios que prometía, porque, á la falta de sucursales en las provincias, al abuso del crédito y á los préstamos otorgados al favor más que á la justicia, se agrega el mal empleo que los deudores han dado á sus cédulas y más aun la dificultad de negociarlas sin pérdida en la plaza. Con el objeto de hacer fácil la colocación de esas cédulas hipotecarias en el extranjero, que por ahora es lo más importante, apoyamos de muy buena gana, no la garantía que un proyecto ministerial quería exigir del

Estado, sino simplemente la creación en Londres de una Agencia de dicha Caja, que se encargue de la cotización de las cédulas y de pagar sus intereses ó amortizaciones en los plazos correspondientes. No pensamos que en ningún caso sea el gobierno quien deba garantirlas para que se enajenen en el extranjero, porque eso sería dar al poder una arma peligrosa y de la cual podría abusarse con suma facilidad. Antes estaríamos por la fundación de un Banco Nacional, seguros de que sus ventajas serían mayores sin ser graves los inconvenientes. El establecimiento sólo de la agencia que recomendamos basta, pues, para satisfacer la necesidad de negociar en Europa las letras hipotecarias, y si se realiza, él hará que en breve tengamos aquí fuertes capitales que abaraten los descuentos y den un vigoroso impulso al comercio y á las industrias del país.

EL CARBÓN DE PIEDRA EN CHILE[1]

La explotación de la hulla nacional es, indudablemente, una de las industrias que más influjo deben tener en el incremento de la riqueza de nuestro país: así lo acreditan ya la experiencia del pasado, las promesas del presente y las fundadas expectativas que creemos confirmará el porvenir. Sin estar en una situación que le permita desdeñar el amparo que los gobiernos pueden prestarle, las proporciones que va tomando esa industria en el sur y la marcha ascendente que ha seguido hasta aquí, nos hacen pensar que su importancia será mayor cada día, y que, sin mengua de los intereses generales, bien pudiera protegérsela de modo que su fomento sirva á la vez al desarrollo de la prosperidad nacional. Pero al estampar aquí la palabra *protección*, no vaya, en mala hora, á creerse que tratamos de monopolios, privilegios ni exclusiones: nó por cierto! Queremos tan sólo decir algo de la industria carbonífera para que los hombres patriotas, á la par con los poderes públicos, cooperen á que ella obtenga en Chile la consideración que de justicia le corresponde.

1. Folleto publicado en Santiago, Imprenta Nacional. 1862.

Nadie ignora ya que la misión principal de la economía política es reducir y simplificar la acción gubernativa, restituyendo á la actividad de los individuos el libre ejercicio de todos los ramos industriales, que por su naturaleza están fuera de las atribuciones racionales de la autoridad pública, pero que, no obstante, los gobiernos han querido siempre dirigir, reglamentar ó monopolizar. Bajo una administración como la que tenemos en Chile, la sociedad necesita sustraerse al pupilaje que, en casi todos sus actos políticos y económicos, se ha tratado de imponerle inútilmente y aun muchas veces en su daño. Pero hay ciertas faces de la actividad industrial que, en sí mismas ó por las circunstancias especiales de cada país, son dignas de llamar particularmente la consideración de los gobiernos. Sin violar las leyes inmutables de la ciencia y sin favores especiales, ni primas, ni subvenciones, pero prestándoles el apoyo ilustrado que merece toda grande empresa de trabajo nacional, hay industrias que pueden ser en pocos años una riqueza eterna para pueblos nacientes como el nuestro. ¡Cuántos y cuán grandes sacrificios no nos cuestan nuestras líneas de ferrocarriles en ejecución? Pero sea como fuere, y aun cuando podrían haberse hecho de otra manera mucho mejores y á menos costo, ¿quién duda que, aun así como son, ellas están llamadas á realizar nuestras más halagüeñas esperanzas y á labrar en breve la prosperidad del país?

También es incuestionable en economía, que cuando la oferta de una mercadería cualquiera aumenta más que la demanda, su precio baja en proporción, y, que, al contrario, si la demanda crece en progresión mayor que la cantidad ofrecida, sube su precio inevitablemente. En otros términos, es sabido que si la demanda sobrepuja, por ejem-

plo, la cantidad de carbón que producen nuestras minas, subirá el valor de este artículo y la industria privada por sí sola doblará su producción; al paso que si la suma ofrecida es mayor que la pedida, la superabundancia causa al instante el abatimiento del artículo y desde entonces su producción se desalienta y decae. Dedúcese de aquí que la más sabia ley de las industrias es siempre la de la *oferta* y la *demanda*, y que lo que no haga en esta materia el interés individual, mal podrán hacerlo por su lado los gobiernos. Sin embargo, también es indudable que el poder colectivo de que éstos disponen, aun sin alterar la constitución económica de la sociedad, puede contribuir á la perfección de algunas de sus facultades industriales y al fomento de la producción y del consumo de ciertos artículos, por medio de providencias hábilmente calculadas: puede servir al desarrollo de toda actividad útil con medidas que no dañen á ciertas industrias por servir á los intereses de las otras, sino que las hagan ayudarse á todas mutuamente en bien suyo propio y para el mayor incremento del progreso general.

Hé ahí el propósito con que nosotros vamos á escribir este lijero estudio que dividiremos en tres partes.—La primera, que consagraremos á la industria carbonífera en Chile, contendrá en compendio la historia de las minas y pueblos de Coronel y Lota, con algunas de las muchas observaciones á que ella en nuestro concepto da lugar.—En la segunda, trataremos de la influencia del trabajo de esas minas sobre la industria fabril, los hornos de fundición, el comercio, la agricultura y la marina nacional; concluyendo por indicar, en la tercera, algunas de las medidas que podrían tomarse para levantar la producción y el consumo del carbón de piedra á la altura que exijen

las conveniencias de los propietarios y el progreso del Estado.

I

Diez años hace apenas que los lugares que en el día ocupan las poblaciones de Lota y Coronel, y los establecimientos de minas que les han dado la importancia que hoy tienen, eran una playa triste, pobre y casi desierta. Uno que otro rancho miserable, ocupado por campesinos que cultivaban malamente un pedazo de tierra ó vivían como salvajes, de la caza y la pesca, era todo lo que allí se veía, y el rendimiento de esos terrenos, si es que alguno daban, se reducía á la cosecha de unas pocas fanegas de trigo, frejoles y arvejas. ¡Cuán distinto es el aspecto que ahora presentan, así como su valor y el de sus producciones! Principiáronse á explotar las minas y como por encanto se han improvisado dos pueblos de importancia, habitados por vecinos pudientes, con buenas casas, bien provistos almacenes, hoteles, establecimientos industriales de mucha consideración, fábricas, y á su alrededor las faenas mineras y sus vastos establecimientos, que son como otros tantos centros de riqueza y población.

Los frutos agrícolas de las provincias de Arauco y de Concepción encuentran allí desde entonces un mercado vecino y seguro. Como en todos los pueblos nuevos donde la administración no está aun bien constituída, faltan datos estadísticos para poder determinar el consumo que allí se hace de trigo, harina, afrecho, cebada, legumbres, carne, vino y otros artículos de primera necesidad; pero fácil es calcularlo desde que las poblaciones y establecimientos

aquellos no bajan de ocho mil habitantes; mucho más si se considera que por sueldos y salarios de empleados y trabajadores de las minas se pagan allí más de 50,000 pesos mensuales y que visitan esos puertos como 350 buques al año. La producción de la baja frontera en su totalidad y la de la alta en gran parte se conducen á Coronel y Lota, y las harinas del Tomé, como los mostos de Penco, cuentan en ambas localidades con un cierto y ventajoso expendio. Las comunicaciones con los otros centros de poblacion de las dos provincias que quedan á derecha del Bio-Bío, son activas y frecuentes, así como los cambios de mercaderías y el tráfico de pasajeros y negociantes; por manera que la influencia de las nuevas ciudades en la agricultura y comercio del sur son palpables, habiendo ellas contribuído en gran parte al incremento que todos los ramos de industria han tomado en esos pueblos durante los diez años últimos.

Los mercados interiores, aunque no los más provechosos, nadie ignora que son los más seguros tanto para la agricultura como para las otras esferas industriales. Ellos no están expuestos, como los exteriores, á la competencia con las otras naciones, ni á las vicisitudes ocasionadas por los cambios en la política comercial de los diversos pueblos. Independientemente de las leyes protectoras de la industria nacional, concurren otras circunstancias para alejar la competencia extranjera, como la cercanía y consiguiente baratura del transporte, la continua comunicación entre los habitantes de la localidad productora y la consumidora y la natural facilidad para satisfacer las demandas al día siguiente en que se hacen. El cambio de productos con poblaciones mineras, que consumen bastante y pagan pronto y bien, tiene además otras ventajas; y cier-

tamente que la condición de la agricultura chilena, que ha sido tan triste en este último tiempo, habría sido infinitamente peor si no hubiéramos contado en las provincias de Coquimbo y Atacama con mercados abundantes y seguros.

En Coronel y Lota, desde la fundación de estos pueblos, Chile tiene pues otra buena salida para sus productos agrícolas, con la ventaja de estar esos mercados sobre la ribera del mar, que facilita los transportes, y en el centro de un territorio fértil y bien elaborado. El desarrollo de la minería de carbón irá dando mayor importancia á ese mercado, ya bastante considerable de suyo, y así es que todo lo que se haga para fomentar la industria del carbón mineral, contribuirá también de un modo eficaz al incremento de nuestra agricultura y de nuestro comercio interno.

Como en todo asiento de minas donde los jornales son subidos, en Lota y Coronel se advierte un notable consumo de mercaderías extranjeras. Imposible sería determinarlo careciéndose de datos estadísticos; pero á juzgar por sus numerosos y bien provistos almacenes, fácil es imaginarse que él debe ser considerable. Con respecto á la población, es seguro que sólo en los minerales del norte podrán hacerse consumos tan fuertes de tales mercaderías, pues el comercio debe proveer no sólo á las necesidades ordinarias de los habitantes, sino también proporcionar los variados artículos que se necesitan para el laboreo de las minas y el ejercicio de las muchas máquinas de vapor que allí existen.

II

La influencia que el trabajo de las minas de carbón está ejerciendo sobre la agricultura, el comercio y todas las industrias del sur, es pues evidente y no se necesita que nos detengamos mucho á comprobarla. Basta saber lo que eran, en materia de trabajo industrial, las provincias de Arauco y Concepción no há muchos años y ver lo que son hoy día, para convencerse de que el progreso en que marchan no es tan sólo la obra natural del tiempo, sino que se debe en su mayor parte á la explotación en grande escala del carbón mineral, cuyo negocio, aun en esta época de decadencia agrícola, ha operado por sí sólo un cambio completo en el modo de ser de aquellos pueblos. Y eso que hasta hoy los laboreos han estado reducidos sólo á ciertas minas de situación muy privilegiada, siendo imposible, por falta de demanda, la explotación de muchas otras que existen sembradas en toda la zona de la costa.

Pero tantas y tan abundantes deben ser allí estas capas de carbón fósil, que tratando de este negocio, nosotros recordamos habérsenos ofrecido en venta una valiosa hacienda, contigua al Tomé, sólo á condición de pagar una onza de oro por cada farellón ó reventón de capas carboníferas de las que aparecían sobre su superficie. Esa misma abundancia ha hecho que las antiguas labores de Talcahuano, Coliumo, Lirquén y Dichato se hayan abandonado, y que aun en Lota continúen algunas sus trabajos con dificultad, por las vicisitudes á que está sujeta la demanda del carbón chileno. En Coronel mismo sabemos que se han suspendido ya algunas faenas y que sólo continúan traba-

jándose aquellas muy favorecidas por sus fuertes capitales, abundancia y buena calidad de su carbón y, sobre todo, por la excelente situación en que se encuentran para el arranque de sus laboreos y el fácil transporte del artículo hasta depositarlo en la bodega de los buques cargadores. Sin embargo, tan importante será esta explotación, andando el tiempo, que una buena parte de la base de la isla Quiriquina[1] es toda de carbón mineral (cosa que nosotros hemos visto) y sabemos que su existencia se manifiesta asimismo en toda la costa del sur, principalmente en Coliumo, Lebu, Valdivia, Chiloé y Magallanes. Varios escarpes superficiales que se han hecho después, prueban que también existen mantos carboníferos, bien que de poco espesor, en las provincias de Colchagua y Santiago y aún en las de Aconcagua, Coquimbo y Atacama al norte.

III

Aunque desde el año de 1840 se explotaban ya las minas de Talcahuano y poco después las de Coronel y Lota, sólo desde 1851 puede decirse que se dió á esta industria

---

1. En el *Arauco Domado*, canto IV, pinta Oña la escasez y pobreza de la Isla de la Quiriquina, donde había desembarcado D. García Hurtado de Mendoza con la jente que traía del Perú, y agrega:

> Hallóse toda la ínsula sembrada
> En copia tal, cardumen y caterva,
> Que en abundancia frisa con la yerba
> De un género de piedra encarrujada:
> La cual una con otra golpeada
> Produce vivo fuego y lo conserva,
> Sin que se mate en más de medio día,
> Que tanto tiempo en sí lo ceba y cría.

Sigue refiriendo que con estas piedras, que no eran otra cosa que el carbón mineral, prepararon sus comidas los soldados castellanos.

un vuelo considerable. Las de Talcahuano, que explotó algún tiempo la compañía inglesa de vapores del Pacífico, se habían abandonado ya en esa época por la mala calidad del carbón, y los trabajos se han reducido desde entonces sólo á Coronel y Lota, salvo algunos ensayos que se han hecho sin buen resultado en Dichato, Lebu i otros puntos de la costa de Arauco. La buena calidad del carbón de aquella comarca, tanto para el uso de la navegación como para el de las fraguas y fundiciones de cobre, y la demanda que en consecuencia hubo de ese artículo, llamaron la atención de los especuladores y las minas de Lota y Coronel principiaron á trabajarse en vasta escala, invirtiéndose capitales considerables en la apertura de piques y malacates, en la compra y planteación de máquinas de vapor para el desagüe de las minas y extracción del carbón, en la construcción de ferro-carriles para conducirlo, de muelles para embarcarlo, y en fin, de todas las obras y útiles que sirven para encontrar aquel fósil y extraerlo en gran cantidad y con economía. Tal vez no hay en Chile establecimientos industriales mejor montados que aquellos y aun hay quienes piensan que no son mejores los que de su clase existen en la Gran Bretaña. A la fecha, pasa ya de 2.000,000 de pesos el capital invertido en las obras y establecimientos carboníferos de Lota y Coronel, y basta para conocerlo leer la *Noticia* publicada oficialmente en 1857, los documentos dados á luz por el *Mercurio* de Valparaíso en febrero de este año y, sobre todo, los importantes datos que suministra el *Anuario Estadístico* de 1861.

En la actualidad sólo existe en Lota uno de esos establecimientos y cinco en Coronel. Fácil sería dar idea de cada uno de ellos y de los trabajos y útiles con que cuentan para la explotación; pero como estos antecedentes es-

tán ya consignados en aquellas piezas, nos limitaremos á decir que existen más ó menos 25 piques y boca-minas, 12 máquinas de vapor, fuera de malacates movidos por caballos, 3 muelles, en uno de los cuales atracan buques, algunas millas de ferro-carriles, edificios costosos y otras varias obras de mucha consideración. Con tales elementos y á pesar de la ruinosa competencia que les hace el carbón inglés, por circunstancias de que hablaremos más tarde, la explotación de ambos minerales ha ido en progreso visible desde el día en que se estableció.

La prueba está en la explotación que fué:

En 1852 de.....	5,348	toneladas
" 1853 "	23,400	"
" 1854 "	27,292	"
" 1855 "	44,989	"
" 1856 "	63,659	"
" 1857 "	140,934	"
" 1861 "	160,600	"

De todo este carbón exportado del sur, la mayor parte se consume en Chile, especialmente en las fundiciones de cobre de Aconcagua, Atacama y Coquimbo: á Iquique se lleva considerable número de toneladas y la exportación á California ha tomado el año último bastante incremento, pues no bajaron de 25,000 toneladas las que se embarcaron con destino á San Francisco. Calculando ahora en 8 pesos 50 centavos el valor de cada tonelada puesta en el lugar del consumo, tendremos que las 160,000 toneladas del año 61 han producido el valor de $ 1.360,000; capital que desde ahora en adelante entrará año por año en la circulación interior, repartiéndose entre los dueños de las

minas de carbón y los mayordomos y empleados de las faenas, los trabajadores que lo extraen, los jornaleros que lo embarcan, los armadores que lo conducen y los proveedores que surten esos establecimientos; capital que queda en Chile vivificando todas las industrias y que, sin nuestras minas de carbón, ó no vendría, ó saldría á invertirse fuera del país; capital, en fin, que puede aumentarse á medida que se fomenten la producción y el consumo del carbón chileno y por eso será justo nos detengamos á examinar las causas que contrarian el desarrollo de esta valiosa industria.

IV

Una de las principales causas que obstan al desarrollo de nuestra explotación carbonífera es la escasez de capitales ó sea lo subido del interés que pagamos por ellos: mientras el interés del dinero en Chile no baje del 10%, será imposible que el carbón chileno se produzca en tan considerable escala, ni á tan ínfimo precio como en Inglaterra, donde el jornal y los capitales cuestan dos tercios menos. Otra causa son las dificultades con que tropieza siempre toda industria nueva, particularmente entre nosotros, donde las nuevas industrias, lejos de contar con el auxilio de las antiguas, tienen que estrellarse contra la resistencia de costumbres inveteradas y muchas veces absurdas. La falta de hábitos industriales y aun de capacidad mecánica son también otro grave inconveniente, porque la minería no puede surjir sin la ayuda de otras labores que ó no existen ó apenas principian su existencia en el país, fuera de que las máquinas y herramientas que ella

emplea son traídas todas de Europa y llegan aquí excesivamente recargadas en sus costos. Sin embargo, todos estos inconvenientes son transitorios de suyo y el trabajo y la industria, tarde ó temprano, habrán de superarlos. Por eso aquí nos contraeremos principalmente á investigar la causa primordial que traba la explotación de nuestras minas de carbón, la causa grave y permanente que no es otra que la competencia del carbón extranjero y particularmente del carbón inglés.

Á primera vista debe sin duda parecer extraño que el carbón inglés, que para llegar á nuestros puertos tiene que atravesar una distancia inmensa, pueda competir en Chile con el carbón nacional: este hecho, sin embargo, tiene en sí mismo una explicación bien fácil.—Las mercaderías que la Europa remite á los pueblos situados en la parte occidental de nuestra América española, y especialmente á Chile y el Perú, son todas ó casi todas de aquellas que en poco bulto encierran un valor considerable. Los artículos con que nosotros pagamos esas mercaderías son el huano, el salitre, metales y minerales de cobre, lanas, cueros, carnes saladas, artículos todos de mucho volumen. Para llevar del Pacífico á los puertos europeos un valor que de allá puede venir en un solo buque, nosotros necesitaremos tres, cuatro ó tal vez más de las mismas dimensiones.

Es, pues, necesario que, además de los buques que vienen de Europa con mercaderías para nuestro consumo, vengan también buques en lastre para llevar nuestros artículos de retorno, y fácilmente se concibe que, entonces, en vez de venir de vacío, toman de lastre el carbón, ó bien ladrillos, baldosas, piedras de cantería, etc. y, cualquier flete que obtengan, él es una ganancia para los armadores. Mientras tanto, los fletes en la costa del Pacífico son ca-

ros, y caros sobre todo cuando se embarca carbón, por la circunstancia de no haber retornos en los puertos donde se consume para aquellos en que se produce. Así es que mientras subsistan esas causas, mientras haya huano en el Perú, que es su principal riqueza, y mientras la Europa lo necesite para sus cultivos, el carbón chileno tendrá que luchar forzosamente con la competencia del carbón inglés; competencia, repetímoslo, que se hace en condiciones desfavorables para el carbón de Chile, por cuanto el flete de Coronel ó Lota á los puertos del norte puede considerarse más alto aún que el de Europa á esos mismos puertos por las circunstancias ya indicadas.

En presencia de estas dificultades, pero vista la extensión y sobre todo la grande importancia de nuestros mantos carboníferos y la necesidad que tenemos de explotarlos, mal podrá desconocerse el influjo que los trabajos que en ellos se emprendan deben tener en el desarrollo de la riqueza y en el estudio de las cuestiones de nuestra economía pública. Desgraciadamente, entre nosotros faltan todavía datos precisos sobre esta materia, y por eso desearíamos que el gobierno, cuyo principal deber es la reunión y coordinación de los documentos estadísticos, obligase expresamente á los propietarios de esas minas á mandar a la autoridad, semestral ó anualmente, el estado exacto de sus faenas y de sus productos, de las labores que explotan, del número de operarios que ocupan, de los accidentes que les sobrevengan, de los materiales y máquinas que empleen, etc., porque de otro modo ni llegaremos á formarnos verdadera idea de esa industria, ni sabremos tampoco los medios que deban emplearse para que su desarrollo sirva á la riqueza particular al mismo tiempo que á la prosperidad del Estado.

La Bélgica, con quien á menudo se compara á Chile, desde que creó un *ministerio* de trabajos públicos, ha dado á luz periódicamente una estadística completa y detallada de sus explotaciones carboníferas, acompañada de cartas topográficas, y, gracias á esto, ese país es ahora el segundo del globo en la producción del carbón mineral. Chile empezó una obra análoga en 1857, haciendo estudiar los terrenos carboníferos del Sur por el hábil injeniero don Paulino del Barrio y publicando, en seguida, su «*Noticia de los minerales de Coronel y Lota y de los trabajos de explotación emprendidos en ellos*». Pero sus observaciones, que sólo recayeron sobre las labores planteadas en los cuatro primeros años, no han sido continuadas hasta ahora, y aunque los estudios que hizo sobre los lugares poco dejan que desear, nada sabemos, sin embargo, oficialmente sobre la marcha que los trabajos han seguido desde entonces hasta la fecha.

V

A pesar de la muy ventajosa idea que el señor del Barrio formó desde luego de aquellas explotaciones, no pudieron, empero, ocultarse á su sagacidad las graves dificultades que les era necesario superar. «El carbón chileno, (dijo en el § X de su *Noticia*), debió luchar con la reputación ya muy bien establecida de las hullas inglesas y al principio fué vencido en la lucha. Y era natural que así sucediese. Todos los consumidores estaban acostumbrados al uso del combustible extranjero, todos los hogares en que se le quemaba estaban acomodados á él y por consiguiente lo hacian producir su máximo de efecto. Presén-

tanse en esas circunstancias las lignitas del sur y después de haber trabajado por vencer la fuerza de la costumbre, que por desgracia es muy grande en todo lo que en Chile se refiere á la industria, logran que se las ensaye; pero los ensayos se hacen en hogares que no les convenían, (hasta hoy parece que se continúa haciendo lo mismo), y el resultado no pudo menos de serles adverso. No quedaba más que pensar en halagar al consumidor con precios muy bajos: se tuvo el buen sentido comercial de hacerlo así, y desde entonces comenzó á marchar la exportación que Coronel y Lota hacían, primero á algunos puertos de la república y después al extranjero. Además, los vapores que navegan nuestras costas economizaban grandes cantidades abandonando las hullas inglesas, cuando su marcha les permitía ir á tomar á los centros de producción el carbón chileno, y últimamente *algunas medidas protectoras tomadas de parte del gobierno* han constituído en un buen ramo de riqueza pública lo que pudo quedar reducido á proporciones mezquinas si no se reunen todas esas circunstancias. Pero aún no se halla esta industria en tan brillante pié que pueda pasarse sin la protección que el legislador está en aptitud de concederle. Todo lo que tendiera á favorecer el establecimiento de ingenios, consumidores de combustible, en los lugares mismos en que éste se produce, daría sin duda muy buenos resultados no sólo para esa industria sino para la conveniencia misma del país. ¿Cuánto no ganaríamos, por ejemplo, si se lograra atajar esa exportación creciente de minerales no beneficiados, ó sólo beneficiados á medias, y dirijirla á los puertos de Lota y Coronel?»

Como se ve, la baja en el precio, pero una baja tal vez de 40%, vino á ser el medio único de vencer en su orígen

la competencia del carbón inglés. No sabemos hasta ahora cuáles hayan sido esas *medidas protectoras* de que hablaba el comisionado del gobierno, pues el establecimiento de ingenios ú hornos de fundición en el sur no ha sido hasta hoi otra cosa que un buen deseo del legislador: lo que sí sabemos es que la competencia aquella no está vencida definitivamente, sino que reaparece tan luego como se trata de subir un ápice los precios del carbón chileno. Conviene pues, y mucho, que nuestros propietarios de minas de carbón no pierdan nunca de vista esa circunstancia de los precios, que es el punto de partida para el buen éxito de sus trabajos. Comparado el precio del carbón de piedra con el de todos los metales útiles, es muy pequeño y reducido respecto al volumen del artículo, su acarreo es naturalmente muy costoso con relación á su importe y así es que, para que deje provechos, es necesario que su uso se generalice, que su explotación sea fácil y barata, buena su calidad, abundante su producción y que para conducirlo desde la mina á los lugares de consumo se recargue su valor neto lo menos posible.

Sin estas condiciones, la industria carbonífera en Chile dejará sólo sacrificios en lugar de utilidades, y por eso los propietarios, deben, ante todo, fijarse en la localidad de sus minas y en hacer previas exploraciones para conocer la extensión y espesor de sus mantos, averiguando si la cantidad del combustible que contienen es tal que pueda emplearse con ventaja sobre los otros de que se sirven las industrias ó el uso doméstico, pues de lo contrario sería locura emprender fuertes gastos y montar explotaciones en vasta escala que, por falta de salida, no podrían menos de acarrearles pérdidas considerables. Felizmente, en la mayor parte de los establecimientos de Coronel y Lota,

parece que estas circunstancias han sido bien consultadas y que todas han resultado favorables al futuro desarrollo de la industria de que tratamos.

Otra consideración conviene tambien tener presente, y es la del mérito comparativo de las hullas inglesas con el de la lignita que esplotamos en Chile, porque es claro que el consumo de esta última no podrá generalizarse si aquella se encuentra mejor y se obtiene á menos costo. A este respecto, parece que han sido igualmente favorables las observaciones hechas hasta aquí. Oigamos si no al hombre de la especialidad.—«Para el beneficio de los minerales de cobre, que son los que más carbón consumen, se busca siempre (decia el señor del Barrio), un combustible que produzca una temperatura elevada y que se aglomere un poco en la sabalera del horno». Por datos suministrados de Copiapó, vemos que en Caldera se valen para este fin, ó bien del carbón inglés que traen de Swansea (de $ 13 á $ 13.50 la tonelada) ó bien del carbón chileno ($ 10 á $ 10. 50 id), ó bien de una mezcla de ambos y se ha obtenido los siguientes resultados; «el carbon de Swansea, cuyo poder calorífico es mayor que el del sur, se aglomera demasiado y entorpece la operación; el carbón chileno casi no se aglomera, pero una mezcla de ambos produce los mejores resultados por la economía del tiempo y del combustible.»

Otro tanto se ha dicho del carbón de Coronel y Lota empleado en la navegación á vapor. «El *Nueva Granada* consumía 15 toneladas de carbón del país de Gales en cada 24 horas y le costaban 18 pesos la tonelada, ó 270 pesos al dia: consumió despues 18 toneladas del carbón de Lota, á 6 pesos la tonelada, y esto sólo le hizo ahorrar 18, 260 pesos en un año.» Personas competentes que han analizado ese carbón y el de Coronel y sometido el resul-

tado de sus observaciones á la Universidad, aseguran que es un combustible betuminoso muy bueno, que al principio, cuando lo sacaban de la superficie, no tenia la misma calidad, pero que, ahora, tomándolo en hondura, se halla de naturaleza muy diferente. «El vapor yankee *Blade* ahorró 7,000 pesos en la compra de 700 toneladas de carbón de Lota. El *América* hizo con este mismo carbón un viaje de Valparaiso á Panamá en menos de diez dias. Aquél, en las últimas 24 horas de su marcha, anduvo 277 millas y la diferencia entre el carbón de Lota y el de Cardiff fué solo de 5% en favor de este último.» [1]

VI

Más no solamente los hornos de fundición y los vapores están interesados en que se exploten nuestras lignitas minerales del sur, estánlo también, y en alto grado, nuestra naciente industria fabril y sobre todo la marina nacional. Nada harán los privilegios ni los favores que se otorguen á nuestra marina si ella no tiene qué cargar, pues el único medio seguro de tener marina es darle ocupación ó lo que tanto importa, procurarle carga. Si hay fletes en abundancia habrá tambien demanda de buques, y la necesidad y la conveniencia de los negociantes, mucho más poderosas que las primas y subvenciones gubernativas, irán formando poco á poco una vasta y durable marina chilena. La Inglaterra debe la suya, que es la primera del mundo, no á los privilegios con que la ha favorecido, sino á la

1. *Observaciones sobre las minas de carbón* por G. Bollaert. *Anales de la Universidad de Chile, 1854.*

carga constante que ha podido proporcionarle; débela al vasto tráfico establecido entre ella y sus colonias esparcidas por todo el globo; la debe á las pesquerías, á los abundantes productos de sus fábricas, y sobre todo, á sus minas de carbón y de hierro, productoras de millones de toneladas, que es preciso trasportar, sea al extrangero ó bien de un punto á otro de su territorio.

Siguiendo igual rumbo, nuestra marina mercante está llamada á desarrollarse en un paralelismo forzoso con el comercio y la industria del país; ella corre sus mismas vicisitudes y debe hallarse siempre á la altura de las necesidades que está llamada á satisfacer. La ley inmutable de la oferta y la demanda, he aquí la única base sólida de nuestra marina mercante: libertarla de todo cuanto pueda estorbar su desarrollo natural, he ahí el único deber del gobierno á su respecto.—La verdadera protección á nuestra marina nacional estriba, pues, en el incremento de la producción y del comercio, porque mal podría haber demanda de trasportes si Chile no tuviese qué cargar.—Cualesquiera otros favores que quisieran otorgársele, no podrían menos de ser estériles y aún funestos en sus resultados.

La solicitud hecha recientemente en contrario por los armadores nacionales, prueba que en la actualidad, si no fuese por nuestras minas de carbón, tal vez no tendríamos absolutamente marina mercante. Nuestro comercio exterior se hace todo por buques extrangeros, y el de cabotage que, excluído el carbón, está reducido al trasporte de artefactos europeos y productos de nuestra agricultura, no tiene hoy día otro medio de acarreo que el vapor. Antes había unos cuantos buques ocupados en conducir trigos y harinas de los puertos del sur á Valparaíso, Coquimbo

y Caldera, más, ahora, casi no existe ninguno porque todos esos envíos se efectúan por los vapores. Si no fuese por el carbón, no habría casi necesidad de marina mercante para nuestro cabotaje, y en realidad no la tendríamos. Los pocos puertos cuyos productos se extraen hoy por buques de vela, como Curanipe, Constitución, Llico, San Antonio y los Vilos, tienen ya ó tendrán pronto vapores que desterrarán á los buques de vela. Se dirá que los vapores son también marina: es cierto! Pero forzoso será confesar también que un vapor, por la celeridad de sus viajes, suple á muchos buques de vela y que nuestra marina, sin el acarreo de carbón, quedaría reducida á unos cuantos vaporcitos nacionales, que irían desapareciendo á medida que la compañía inglesa de vapores fuese aumentando sus buques y visitando más puertos.

Y llegado ese caso, ¿qué sucedería? Nos veríamos privados de todas las ventajas de una buena marina nacional, que consisten en el empleo que ella procura á gran número de individuos, en las industrias que dependen de la construcción y reparación de las naves, en la riqueza de las pesquerías y en las mil facilidades que da al comercio el poseer numerosos buques, pues con ellos pueden aprovecharse todas las oportunidades favorables que de otra manera son perdidas, como le sucede hoy á Chile, que, por falta de buques, no puede exportar sus cobres ni sus trigos, harinas y menestras, á pesar de saberse que en Europa, el Brasil, Montevideo y Buenos Aires tienen excelentes precios. La crisis misma que hoy sufrimos no habría sido tan intensa si oportunamente hubiésemos tenido buques para exportar nuestros frutos. Y aún aparte de estas ventajas, que son de suyo bien considerables, hay otra de orden distinto—pero que pesa

como todas ellas en su caso—y es la fuerza, el poder que un Estado adquiere contando con buenas naves y expertos marineros en el evento de una guerra extranjera.

De las razones que llevamos apuntadas arriba, se deduce que nuestra marina mercante debiera estar á la fecha completamente anulada, y, sin embargo, ateniéndonos á los documentos oficiales (*Memoria de marina de 1861*) ella ha progresado y progresa cada dia. ¿Por qué? Por el desarrollo natural del país y porque siguiendo las sabias leyes de la industria, ella no puede menos de crecer simultáneamente con la riqueza, el comercio y el tráfico, y, sobre todo, porque en las minas de carbón del sur ella ha encontrado y encontrará siempre una carga abundante y segura. El año de 1851 en que empezaron á explotarse los minerales de Coronel y Lota, nuestra marina mercante constaba sólo de 157 buques con 27,602 toneladas, al paso que diez años después y casi exclusivamente por el acarreo del carbón tenía 267 buques con 60,837 toneladas de registro. Otra prueba de lo que avanzamos está en el movimiento marítimo de aquellos puertos, que en los últimos años ha sido como sigue:

1858—1859

Entraron á Coronel y Lota.	247	buques con	70,105 ts.
Salieron de id. id.	233	» »	81,093 »

1859—1860

Entraron á Coronel.....	203	» »	58,303 »

No hay datos sobre Lota en la Memoria de este año.

1860—1861

Entraron á Coronel.....	216 buques	con	85,102 ts.
Salieron de id.....	217 »	»	85,649 »
Entraron á Lota.....	142 »	»	59,147 »
Salieron de id.....	139 »	»	10,201 »

En el último año de que tenemos datos oficiales entraron, pués, á Lota y Coronel 358 buques, que se han ocupado en trasportar como 100,000 toneladas de carbón chileno, cuyo tráfico ha venido á tener lugar precisamente cuando todo parecía complotarse para la ruina de nuestros navieros y la postración del comercio y las industrias nacionales; debiendo todavía observarse que, según los estados que resumimos, el 85 por ciento de esos buques han sido de nuestra marina mercante, que encuentra su negocio ocurriendo allí á cargar carbón para conducirlo á los puertos del centro y del norte de la República.

VII

Ni puede ser de otro modo. El carbón de piedra es en nuestros días la vida de la industria por cuanto todas las operaciones de ésta se realizan mediante el vapor. Las fábricas de Inglaterra, cuyos artefactos invaden el mundo entero, ó no existirían ó existirían en escala mui reducida si aquel país no contase con los millones de toneladas de carbón que producen sus minas. La importancia industrial de los diversos pueblos puede en rigor calcularse hoy día por el carbón que explotan y consumen. Los princi-

pales de entre ellos, los que marchan á la vanguardia de la civilización contemporánea, todos son productores de carbón. Según Taylor (*Estadística del carbón de piedra*), la producción de este combustible, en los países que lo poseen con mayor abundancia, era en 1845 la siguiente:

Gran Bretaña.....	31.500,000	toneladas.
Bélgica.....	4.960,000	»
Estados-Unidos.....	4.400,000	»
Francia.....	4.141,617	»
Prusia.....	3.500,000	»
Austria.....	800,000	»

Si quisiéramos formar una escala de las primeras naciones industriales según el orden de su importancia respectiva, tendríamos en estas cifras una clave casi segura para conocerla, porque esa importancia coincide con la escala de la producción del carbón que acabamos de copiar. Lo único que podría observarse sería la colocación de la Francia, que considerada como potencia industrial, debería tal vez situarse inmediatamente después de Inglaterra. Pero á esto tendríamos que hacer dos observaciones: 1.ª que en proporción á su población la Francia es un país menos industrial que la Bélgica y los Estados-Unidos; y 2.ª que por su vecindad á la Inglaterra y la Bélgica tiene gran facilidad para importar el carbón de esos países como realmente lo importa y en grandes cantidades, de modo que el consumo del carbón de piedra es en realidad mayor en Francia que en Estados-Unidos y en Bélgica.

Pocos habrá que ignoren que los progresos de la industria en estos últimos tiempos han consistido en reemplazar la acción del hombre por la más constante y segura

de la maquinaria, y luego en sustituir la fuerza animal que dió movimiento á las primeras máquinas por la del vapor. Si se exceptúa la labranza de la tierra, en el día casi todos las operaciones industriales se hacen por medio de máquinas de vapor. La industria de un país en que esas operaciones fuesen ejecutadas por la mano del hombre, ó por débiles máquinas movidas por el agua ó la fuerza animal, no podría nunca competir con la de los pueblos cuya industria emplea maquinaria movida por vapor. Una prueba palpable de esta verdad la tenemos en Chile: las frazadas, ponchos, rebozos, alfombras y tejidos diversos que salían de los telares de nuestros pobres, han sucumbido ante los mismos artículos fabricados en Europa, pués aunque tal vez de aquí mismo se ha llevado la materia primera para elaborarlos, á causa de la fácil é inmensa labor de las máquinas ellos pueden venir á vendérsenos á un precio mucho más bajo que los fabricados entre nosotros. Parecida cosa sucede en la India, la China y otros países donde cuesta muy poco la obra de mano, porque la industria moderna con sus admirables medios de acción, con las máquinas de vapor que producen mejor, más barato y en mucho mayor cantidad, no ha penetrado aún en estas sociedades, no se utilizan las fuerzas naturales, sino que el trabajo industrial se hace hoy lo propio que en los tiempos primitivos.

La manufactura moderna, pero sobre todo la manufactura por vapor, ha venido á ser en este siglo el vehículo más poderoso del progreso, de la fuerza y de la felicidad de los pueblos, y nada ha contribuído tanto como ella á los adelantos de la civilización bajo todas sus faces, porque es propio de la naturaleza de las artes manufactureras el acrecer su dominio y adquirir con el tiempo una

importancia más y más extensa. Todos los días decimos que Chile es un país esencialmente agricultor y que, fuera del cultivo de nuestros campos, nada podrá salvarnos de crisis comerciales y económicas como la que venimos atravesando; pero esto es porque olvidamos que en nuestra balanza comercial la minería, las fundiciones de cobre y la fabricación de harinas, llenan por sí solas casi exclusivamente el cuadro de nuestras exportaciones. Aunque nuestra agricultura no se estacione ni nuestras minas se agoten, ellas tienen sus límites marcados, tanto por la clase y cantidad de sus productos como por la extensión del territorio, al revés de la industria manufacturera cuyo campo es ilimitado y el número de sus productos infinito. El minero puede explotar diversos metales, como puede el agricultor modificar sus cultivos, pero el uno quita el campo á los otros, al paso que en la industria manufacturera se pueden producir inmensos valores sobre un pequeño espacio, porque ella no reconoce otro límite para sus productos que la extensión de los capitales y de las necesidades. Á pesar de cuanto se diga en contrario, está, pues, en la naturaleza de las cosas el que nuestra industria manufacturera vaya formándose y creciendo en importancia á medida que progrese la civilización del país; al paso que la agricultura seguirá proveyendo á nuestra manutención y suministrándonos algunos retornos, pero no cubrirá todavía en muchísimos años la fuerte suma que necesitamos para saldar nuestra creciente importación de artefactos extranjeros.

La facilidad de obtener carbón barato no sólo ha sido un bien para las industrias del país sino que ha dado ya lugar á que se establezcan entre nosotros fundiciones de hierro y máquinas de vapor para elaborarlo y también

para trabajar la madera. En Lota y Concepción, Valparaíso, Santiago y Caldera existen á la fecha varios de esos establecimientos, aplicados á diferentes usos. Nuestro *Anuario Estadístico* no ha consignado todavía su número y calidad ni la cantidad de trabajo que ejecutan, pero esperamos que lo haga en su inmediata entrega, porque este será un dato importante á la industria y un curioso punto de estudio para lo venidero. ¡Ojalá todos los pueblos de Chile pudieran á este respecto caminar al paso de Manchester, donde en 1790 se estableció la primera máquina de vapor y las que ahora existen en la ciudad y sus suburbios, tienen ya la fuerza de más de un millón de caballos! Sin máquinas y sin carbón para producir el vapor, no puede concebirse en estos tiempos un país industrial, porque sus industrias todas tendrán que ceder ante la abrumadora competencia de las industrias que el vapor anima. Ni puede ser de otro modo desde que el vapor es una fuerza á que el hombre puede dar un vuelo verdaderamente *ilimitado*. Según *The London Review*, las máquinas de vapor que hoy existen en la Gran Bretaña, hacen por sí solas un trabajo igual al que harían cuatrocientos millones de hombres, es decir, tanto ó más que toda la parte masculina de nuestra especie!

VIII

Si la explotación de las minas de Coronel y Lota ha influído visiblemente en los progresos de la agricultura, la marina i el comercio nacional, esa influencia ha sido tanto mayor y más favorable para nuestros hornos de fundición de metales de cobre. La vida de estos estableci-

mientos, al menos en las provincias de Atacama y Coquimbo que son los principales en ese ramo de industria, no pudo dejar de ser precaria antes que principiasen á trabajarse nuestras capas carboníferas del sur. Ellos dependian entonces del carbón inglés, es decir, de un artículo producido á 3,000 leguas de distancia, que venía á Chile no de un modo regular sino eventualmente y cuyo precio estaba sujeto al capricho ó á la codicia de sus tenedores. Antes de 1851 venía carbón europeo como viene ahora, cuando faltaban buques en el Pacífico y subian los fletes de nuestros puertos á los puertos del viejo mundo; pero los envíos se paralizaban ya por una guerra, como la de Inglaterra y Francia contra la Rusia, ya porque los fletes no abundaban ni habia tampoco falta de buques en nuestras costas. Sólo uno que otro raro fundidor, con relaciones directas en Europa, podia contar con la seguridad de tener combustible para su establecimiento. Los demás debian verse y se veian á menudo en el caso de paralizar sus hornos por falta de combustible: inconveniente de suma trascendencia y que por sí sólo era una rémora fatal al progreso de esa industria.

Ahora es ya otra cosa. Cualquiera que establezca en el dia hornos de fundición cuenta con la certidumbre de tener todo el carbón suficiente y á medida que lo necesite. Para poder antes fundir con carbón era necesario hacer como hacia Mr. Charles Lambert, esto es, enviar á Inglaterra cargamentos de metales en los mismos buques que le traian el carbón. Pero esto pocos podian hacerlo, y por eso los fundidores con carbón no eran otros que unos cuantos extranjeros, jefes ó agentes de casas consignatarias europeas que contaban para el efecto con fuertes capitales. Los fundidores chilenos generalmente no usaban en sus hor-

nos otro combustible que la leña. Pero pasado algún tiempo los bosques habrían concluido y la industria de fundiciones, obligada á existir con el auxilio del carbón extranjero, nunca habría salido de las manos de un corto número de privilejiados capitalistas; y así ha sido como el carbón chileno, abundante, seguro y que puede siempre obtenerse á bajo precio, ha puesto á esa industria al alcance aún de las pequeñas fortunas, facilitando á la vez la explotación de las minas de metales pobres y ocupando útilmente á millares de individuos.

Después de la época en que comenzaron á trabajarse formalmente las minas de Lota y Coronel, los hornos que funden con carbón de piedra se han multiplicado, particularmente hacia el norte, paralizándose al mismo tiempo muchos de los que en el interior empleaban leña, sea porque los montes iban agotándose, sea porque no podían competir con los hornos de lo costa que fundían con carbón mineral. Las fundiciones, pues, no sólo se han hecho más baratas, sino que han adquirido una existencia más regular desde que principió la explotación en forma de la lignita chilena, porque mediante ella, á más de contar de un modo seguro con el combustible necesario, han contado también con la ventaja de obtenerlo á un precio módico y sobre todo normal. Como la venida del carbón inglés era siempre eventual, á veces se vendía barato porque había abundancia, y en otras, por el contrario, se compraba excesivamente caro: unas veces se pagaba la tonelada á 15 pesos y otras á 30 pesos y aun más. Alternativas tan violentas y continuas en el precio del combustible no podían menos que perturbar el desarrollo de las fundiciones que encuentran en él su primera materia. Ahora el fundidor puede establecer su negocio contando con la seguridad

de obtener todo el carbón que necesite y á un regular precio. Si su establecimiento se halla situado desde Coquimbo al sur, puede fundar sus cálculos sobre el precio de ocho pesos por tonelada de combustible chileno y dos ó tres pesos más para el extranjero, y lo propio puede hacer el que tenga sus hornos en cualquier otro punto, sin más variación que la que produce la diferencia en el flete de los puertos de Coronel y Lota á los de Huasco, Caldera, Chañaral ó Mejillones al norte. Cualquiera puede ahora imajinarse cuán ventajoso no debe ser á esta industria el que los expeculadores en ella puedan proceder por largo tiempo sobre datos más ó menos seguros.

Á esas circunstancias de la estabilidad y modicidad de su precio ha debido sin duda nuestro carbón el incremento de su consumo. En el comercio interior por los puertos de la República, que subió el año 1859 á $ 5.086,914 el carbón de piedra entró por $ 455,274, ocupando el segundo lugar en el rango de importancia del artículo. En ese comercio sólo la harina ha superado en sus consumos al carbón mineral, que, según la estadística, subió en sólo ese año á 14 grados respecto al valor consumido en las demás mercaderías. Ni puede ser de otra suerte desde que el carbón chileno tiende á facilitar las fundiciones reduciendo el precio del combustible, á la vez que el fundidor, consumiéndolo en grande escala, contribuye por su lado á la prosperidad de las explotaciones carboníferas. Casi podría decirse por eso que ambas industrias están mancomunadas, puesto que el adelanto ó atraso de una de ellas no puede menos de refluir sobre la otra. Si ellas recibiesen el pequeño fomento que han menester, tal vez no estaría lejos el día en que el carbón de Chile lograse reemplazar completamente al de Inglaterra, cosa que ya está

sucediendo en gran parte, pues personas entendidas aseguran que algunos fundidores lo usan hoy en la proporción de dos toneladas de carbón chileno por una de carbón inglés.

Y bien: ¿habría jamás sucedido esto si nuestras lignitas del sur no se explotaran en grande? ¿habrían podido nuestros vastos establecimientos de fundición marchar sólo con el auxilio del combustible extranjero? Las dificultades provenientes de su falta de regularidad en la traída y las violentas alternativas de su precio de venta, ¿no habrían retardado y aun tal vez imposibilitado la marcha progresiva de esa industria? ¿No arrastraría ella una existencia débil é insegura desde que sólo pendiese de fuerzas y de causas extrañas? El día de un rompimiento entre potencios marítimas de primer orden, ¿no habrían quedado de un golpe paralizadas todas las fundiciones y arruinados, ó poco menos, los individuos interesados en ellas?

IX

Por otra parte, esta industria de fundición de metales es para Chile de la mayor importancia, es la base principal de nuestro comercio exterior, es la fuente, al parecer inagotable, con que venimos cubriendo desde muchos años el saldo de nuestras importaciones; y por lo mismo todos se sorprenden de que el gobierno y el congreso hayan permanecido mudos, indiferentes, impasibles cuando se ha tratado de levantarla ó por lo menos de ayudarla á salir del triste estado en que hoy se encuentra. La cuestión, sin embargo, es bien sencilla. Nadie desconoce que la exportación de un artículo en bruto es mucho más cos-

tosa que la del mismo artículo manufacturado; pero en pocos, en poquísimos artículos comerciales, es tan notable esta diferencia como en los cobres. Los que de Chile se exportan tienen, por término medio, una ley de 20 %, y como el flete que se paga de nuestros puertos á los europeos es ordinariamente de 22 pesos por tonelada, resulta que mientras el envío de una tonelada de cobre en barra costaría sólo 22 pesos, enviando esta misma cantidad en mineral de cobre tenemos que pagar 88 pesos más por flete de puras piedras. Así es como por no separar el cobre puro de la piedra ó ganga de metal con que sale de las minas, perdemos en cada tonelada cuatro veces mayor cantidad que la que pagaríamos exportando el cobre en barra.

Muchas veces se han ocupado en este asunto los periódicos y ciertamente que las observaciones hechas sobre él han quedado sin réplica. Según cálculos dignos de toda fe porque se apoyan en contratos y documentos públicos, es enorme la pérdida que irroga al país la secuela de un tal procedimiento. [1] En el año 1860, por ejemplo, Chile exportó 3.191,678 quintales, de los que 1.595,839 fueron ejes y minerales en bruto, 441,163 cobre fino y 1.154,676 pura piedra ó ganga de metal; por manera que para enviar á Europa y Estados Unidos como medio millón de quintales de cobre, hemos tenido que pagar cerca de millón y medio de pesos en sólo un año por flete de piedras

1. Véase á F. Green, *Revista del Pacífico*, Julio 1.° de 1861; á J. Evans, *Memoria sobre el derecho de exportación de los cobres*, Imprenta de *El Mercurio*, 1862, y véase también lo que el autor de estos artículos dijo en el *Cuadro Histórico de la administración Montt*, sección de Hacienda, pág. 395. La citada *Memoria* del señor Evans y las cifras del *Anuario estadístico de* 1861 van ahora á servirnos de base para los cómputos que haremos en este párrafo.

brutas!!! ¿De cuánto bien no habría sido para Chile que ese mineral de cobre llevado al extranjero, para fundirse con combustible extranjero y por operarios extranjeros, se hubiese fundido aquí con carbón chileno y por obreros chilenos? ¿Cuántos millones de pesos no circularían de más entre nosotros si este procedimiento absurdo no hubiera venido repitiéndose después de tantos años? ¿Y cuánto mayor no sería todavía nuestra fortuna, atendida la diferencia de precios entre Inglaterra y Chile, si todo ese cobre exportado en ejes y minerales lo hubiéramos mandado en barras, dejándose aquí la ganga inútil por cuyo flete hemos pagado en los últimos diez años algo como 12.000,000 de pesos?

Basta exponer estos cálculos para demostrar la enormidad del perjuicio que ha traído al país un tan errado sistema, y no hay duda que los gobernantes no han querido pensar en él, y no lo han estimado en lo que vale, cuando hasta hoy nada han hecho para remediarlo. Aún sin tomar en cuenta nuestra pérdida positiva, es fuera de duda que también sufrimos en esto una pérdida negativa de no poca magnitud, porque si todos esos cobres hubieran sido beneficiados en el país habrían consumido anualmente como 100,000 toneladas de carbón nacional; habrían ocupado á mayor número de hombres y de buques y la agricultura y el comercio habrían tenido mayores demandas; negociantes y hacendados, tenderos y menestrales habrían tomado su parte en el aumento de la riqueza general; habría sido menos sensible la crisis que atravesamos y hasta el erario habría incrementado sus rentas con el cobro de derechos equivalente á las mayores importaciones y á consumos generales más considerables.

Hemos dicho antes que los únicos metales que se expor-

tan son los de subida ley. Los que sólo tienen de 10 á 15 por ciento se funden forzosamente en Chile, porque su importe no bastaría á cubrir los gastos del envío á Europa ó á Estados Unidos; y si no se beneficiaran es claro que, ó no se explotarían, ó quedarían en las minas, perdidos como desmontes, y en ambos casos el estado no recibiría por ellos derecho alguno. Esta circunstancia y la de ser las minas de metales pobres las más comunes y las más abundantes, bastarían de suyo para que todos nos empeñásemos en fomentar una industria que da valor á objetos que no lo tienen, que los transforma para mandarlos al extranjero, á veces sin ninguna ventaja del fundidor, pero en todo caso con notorio provecho para el país.

Sucede, no obstante, que la ley chilena hace pesar sobre el fundidor un derecho tanto más fuerte cuanto mayor sea el trabajo que emplee para reducir á barra ó á ejes el cobre de baja ley. Mas claro, si 10 quintales de cobre de 10 por ciento se exportan al extranjero hay que pagar sobre ellos un derecho de dos reales; ese mismo mineral transformado en dos quintales ejes de 50 por ciento, tendrá que pagar doble derecho; y por fin, reducido á cobre puro por un mayor esfuerzo de la industria, adeudará á la aduana 70 centavos, ó sea 9½% sobre el capital que el fundidor empleó en comprarlo, fuera del trabajo, tiempo y gastos invertidos en su elaboración. Dedúcese de aquí que la tarifa valuadora del derecho que se cobra á los exportadores de cobres, no sólo no proteje las fundiciones nacionales sino que las imposibilita; no sólo no fomenta esa industria de tanta importancia para el país, sino que la grava con una carga onerosísima é imposible de soportarse largo tiempo.

X

Se ha dicho alguna vez que no es cierto el atraso de nuestras fundiciones de cobre, porque ellas han progresado lejos de decaer en los últimos años. Pero los que tal dicen sólo atienden á la exportación en globo y no hacen la debida diferencia entre el fundidor que elabora sus metales en el país y el minero afortunado que manda los suyos al extranjero. La estadística revela, es cierto, que la exportación en barras, ejes y minerales de cobre ascendió, en 1859 á 9.894,409 pesos, y en 1860, á 14.174,477 pesos, lo que deja un aumento á favor del último año de 4.280,068 pesos. Pero ha de advertirse que este aumento se debe casi en su totalidad á los nuevos descubrimientos y á la mejora de las minas ricas, más no á la mayor abundancia de las minas de metales pobres, ni menos á la marcha progresiva de la industria del fundidor. El *Anuario* de 1861, pág. 102, confirma esta verdad diciéndonos: «que en sólo un año *la exportación del cobre en barras ha bajado 36 por ciento respecto del año anterior.*» Así los mineros en beneficio han obtenido ganancias considerables exportando enormes cantidades de metales de subida ley, en tanto que muchos de los fundidores de metales pobres solo han hecho fuertes pérdidas y vístose obligados á cerrar sus establecimientos. La industria de los primeros ha surgido explotando abundantes metales y enviándolos en crudo al extranjero para que se beneficien allí con combustibles y por operarios extranjeros, mientras que los segundos, que toman metales sin ningún valor intrínseco y los elaboran con provecho de todas las industrias

del país, han tenido que abandonar casi la mitad de sus hornos y se habrán considerado felices sacando los costos de producción después de cubrir el derecho de salida de sus cobres.

El año pasado teníamos en Chile 347 hornos de fundición distribuídos como sigue:

Colchagua.....	2	Aconcagua.....	73
Santiago	24	Coquimbo.....	145
Valparaíso	19	Atacama.....	84

produciendo al día todos ellos como 210 quintales de metal puro.

Desgraciadamente nos faltan datos comparativos respecto de los años anteriores y así es que no podemos determinar con exactitud el atraso ó adelanto de esta industria; pero su progreso, si es que lo hubiera, no podría ser efecto de las leyes que la rigen, sino puramente del desarrollo natural del país así como del trabajo y de los capitales que lo fecundan. Basta saber que un fundidor cualquiera, que produce al mes 3,000 quintales de cobre en barra, tiene que pagar al año más de 25,000 pesos por derechos! Esa es la causa de que las fundiciones se paralicen y de que hasta en el centro de los más opulentos minerales cesen de trabajar establecimientos que costaban á sus dueños centenares de miles de pesos! Y esto á pesar de que en Coquimbo y en el norte de la provincia de Atacama, se han descubierto en los últimos años minas que producen hasta 10 y 12 mil quintales de mineral al mes, con ley de más de un 25% de cobre! Claro está, pues, que los dueños de esas minas cubrirán sin sacrificio el derecho de exportación de sus metales, más no puede decirse lo mismo de los dueños y fundidores de minerales

pobres, en vista de las consideraciones indicadas. Sobre todo, la baja que consigna la estadística de 36% en las exportaciones de sólo un año, no deja lugar á duda en cuanto á la decadencia de las fundiciones, cuya mitad ó por lo menos un tercio está hoy de pára.

Y la causa, repetimos, ¿donde está?—Está sólo en la desigualdad de los derechos que gravan la industria del fundidor.—Si su ejercicio no ha dejado últimamente pérdidas positivas á los empresarios de esos establecimientos, sabemos al menos que son muy contados entre ellos los que han logrado reembolsar sus gastos.—«Para que un impuesto sea justo, decía Montesquieu, es preciso que se acomode á las necesidades del Estado y á las de los ciudadanos: las rentas públicas han de medirse siempre, no por lo que una clase del pueblo *pueda* sino por lo que *deba* dar para el sostenimiento del gobierno.»—Todos los economistas, desde Turgot, han dicho otro tanto y en iguales ó parecidos términos. «Los ciudadanos de un Estado, agrega, Adam Smith, deben todos contribuir al sostén de la administración *en proporción de la renta que gozan*, no de otra suerte y siempre equitativamente y sin arbitrariedad.»

XI

Pero aun hay más. La ley con que la Aduana aprecia los minerales en bruto es como un tercio menor de la que en realidad tienen. Según documentos privados de los mismos exportadores, que consideran para sus cálculos el *Anuario* de 1861, tenemos que la exportación de cobre en 1858 fué:

Á Inglaterra.....	382,974 q[ls]	cobre puro reducido
Á Francia.....	55,082 "	" " "
Á Alemania.....	69,331 "	" " "
Á Estados-Unidos....	117,641 "	" " "
Total	625,028 "	que á 20 pesos hacen:
		$ 12.520,560

Según la estadística la exportación se redujo á.....	$ 8.728,413
Diferencia en el avalúo.....	$ 3.792,147

Sobre esta diferencia han dejado de pagar derechos los metales ricos que producen á sus dueños fuertes utilidades, cuando los fundidores han tenido que cubrir íntegro el derecho de exportación de sus cobres beneficiados en el país. Deducimos de lo dicho que no hay mancomunidad entre ambas industrias desde que la una prospera cuando la otra decae, y que si es justo dejar en pie el derecho que pagan al exportarse los metales de subida ley, la conveniencia del país aconseja modificar ese derecho respecto de los metales pobres y fundidos sobretodo con combustible nacional.

Movida por este principio la ley de 24 de Setiembre de 1845, dispuso «que no se cobrara ningún derecho por el cobre en barra ó rieles que se exportase desde el Cabo de Hornos hasta el puerto de Constitución inclusive; pero que para gozar de esta franquicia era necesario que el cobre hubiera sido fundido al sur del río Maule y que en la fundición se hubiera empleado combustible que fuera producto de Chile.» Como se ve, el objeto de esta ley fué proteger las fundiciones nacionales y fomentar al mismo

tiempo la explotación de los mántos carboníferos del sur; pero sus resultados no han correspondido á los deseos del legislador porque la industria ha encontrado más útil situar los ingenios cerca de las minas que llevar los metales en busca del carbón. Desde ese momento la ley no pudo dejar de ser ineficaz y los hornos construídos en Lirquén, y el decreto Supremo de 24 de Enero de 1846 que habilitó ese puerto para la exportación de cobres, ni trajeron provechos á los propietarios ni menos aun á las industrias que se había tratado de favorecer. Hoy más que nunca convendría que se diera cumplimiento á aquel deseo y para ello bastaría hacer extensivo el favor de esa ley á las fundiciones que se planteasen tanto en el sur como en el centro y el norte de la República.

En efecto, considerada la importancia de las explotaciones carboníferas del sur y el acrecentamiento que ellas han traído á la riqueza general, acrecentamiento que será tanto mayor cuando se asegure á nuestro carbón mineral un consumo más considerable, ¿no sería justo hacer algo en ese sentido? ¿No importaría mucho al país encontrar algún medio para que el carbón chileno reemplace los miles de toneladas de carbón extranjero por los cuales pagamos cada año sumas enormes? ¿Debemos someternos ciegamente al *laissez faire* y no dar paso ninguno en favor de una vasta empresa que principia, que tiene que luchar con graves dificultades, pero que sin embargo está destinada á ser una de las principales fuentes de nuestra riqueza nacional? ¿Deberá Chile cruzarse de brazos y no hacer nada, absolutamente nada, por una industria que produce anualmente á la Gran Bretaña un capital superior al rendimiento de todas las minas de metales preciosos del mundo?

La respuesta brota de suyo y por eso creemos que librar este asunto á la iniciativa individual y al simple juego de los intereses privados, es como contravenir á una verdad matemática, es resolver la cuestión sin tomar en cuenta el más importante de los términos que la componen. Los negocios industriales, como todas las cosas humanas, sufren constantemente el imperio de influencias múltiples, y en lugar de estar regidos por una fuerza única, obedecen en muchas ocasiones al resultado de impulsos contrarios. De aquí nace el desacuerdo, que muchas veces se nota en la economía de los diferentes pueblos, entre la doctrina y la práctica; pero ese desacuerdo, sobre todo en negocios como el que nos ocupa, es mucho más aparente que real. Aunque la ciencia exista en una esfera superior, ella no puede dejar de tomar en cuenta los hechos generales ó especiales, que muchas veces modifican la acción de los principios por medio de aplicaciones transitorias, pero sin que por eso los principios cambien ni las verdades de la ciencia dejen de quedar inmutables y eternas.

XII

La magnitud de nuestros mantos de carbón y el desarrollo que su laboreo dará con el tiempo á la riqueza del país son hechos reconocidos por todos, así como lo es el influjo que los actuales trabajos de Coronel y Lota han tenido sobre las fundiciones de cobre, la marina, la agricultura y el comercio nacional. Resta sólo averiguar si convendrá ó no anticipar el desarrollo de esa riqueza, que sin el fomento á que es acreedora quedará por muchos

años abandonada y estéril; pero la necesidad que tiene Chile de apelar á nuevas industrias para salir de la languidez en que hoy se encuentra, hace inútil toda reflección sobre el particular.

Varios medios se han indicado con aquel objeto, pero el más expedito y el que primero se presenta á la mente de los interesados es el de gravar con un corto derecho la importación del carbón extranjero. Tratándose del interés general del país y de incrementar nuestra renta aduanera, acaso no tendría mucho de injusto esta medida, pues cuando nuestro carbón va al extranjero no deja de pagar en algunos de sus puertos derechos fuertísimos. Un cargamento de carbón norte-americano puede introducirse libremente en Chile, y no obstante, un cargamento de carbón chileno paga en California un 50% de su valor. No sería, pues, grande injusticia equiparar el carbón extranjero con cualquiera otra especie de las que se importan por nuestras aduanas, pues si respecto de algunas se ha hecho la excepción de declararlas libres, ha sido por consideraciones que no militan á favor del carbón mineral. Pero esta medida encontraría fuerte resistencia de parte de nuestros fundidores de cobre, que á más de necesitar en sus establecimientos el carbón extranjero para mezclarlo con el chileno, temerían un alza en el precio de este último por falta de la competencia de aquel.

No se nos oculta que ese temor en gran parte sería quimérico, porque además de la competencia del carbón extranjero, existiría siempre entre los explotadores la competencia del carbón nacional, que nunca facilitaría una subida de precios. Aparte de las inmensas capas de ese combustible desparramadas en toda nuestra costa del sur, abundancia que haría se estableciesen labores en mu-

chos otros punto que los actualmente explotados, tendríamos siempre que Lota y Coronel, por sí sólos, podrían producir lo que se consume en todo Sud-América y aun mucho más; de suerte que los dueños de minas se verían constantemente en la necesidad de ofrecer su carbón al más bajo precio posible por la exigüidad de la demanda; fuera de que nunca se emprenderían las costosas obras que exige la extracción del carbón mineral para sólo vender un corto número de toneladas, porque entonces los resultados no sólo no dejarían provechos á los empresarios, sino que ni aun bastarían á reembolsarles el interés de los capitales invertidos en sus faenas. Otra cosa será el día en que ellos cuenten con que colocarán siempre, aun cuando sea á bajo precio, la considerable cantidad de toneladas que pueden exportarse y consumirse en el país anualmente. Pero este arbitrio, repetímoslo, no puede ni debe tocarse, á causa de la queja fundada ó infundada de los fundidores del norte, que se creerían amenazados por alzas fuertes y repentinas en el precio del carbón nacional.

Se ha indicado igualmente la conveniencia de abolir los derechos de exportación que paga el cobre fundido, y se cree que así aumentará la producción de este mineral, se multiplicarán las fundiciones y á más de ahorrar el país un millón y medio de pesos por año en el pago de flete sobre piedras, se fomentará también considerablemente el consumo del carbón chileno. En efecto, es indudable que la supresión y aun la baja de los derechos del cobre en barra influiría notablemente en el desarrollo de la industria carbonífera, no sólo por los motivos indicados, sino porque destruiría esa diferencia injustificable que hace nuestra ley en el avalúo del cobre mineral y del cobre fundido: diferencia que, si por una parte ha perjudicado

al fisco como en un tercio de los derechos del mineral de cobre de subida ley, ha venido por otra á gravar al minero con el pago de fletes fuertísimos y á dar el golpe de gracia á las fundiciones del país y al trabajo de las minas de metales pobres que son las más abundantes. En 14 pesos se avalúa en nuestras aduanas el quintal de cobre fundido y á razón de 5% paga 70 centavos por derecho de exportación, al paso que diez quintales de mineral de 10% de ley, que hacen un quintal de cobre puro, se avalúan en 5 pesos y el derecho que pagan es sólo de 25 centavos. Así es, pues, que gravamos en más del doble el cobre fundido en Chile, el metal que nuestra industria ha transformado y aprovechado, que el metal que sale en bruto de nuestros puertos para fundirse en Inglaterra, Francia ó Alemania.

XIII

Las quejas de los industriales y de la prensa sobre este particular han sido hata ahora desoidas, tanto porque las circunstancias del erario no han permitido disminuir la renta fiscal, como porque la discusión del asunto se ha extraviado siempre en el choque de intereses contradictorios, y de pretensiones racionales unas, pero otras evidentemente injustas. La supresión absoluta del derecho de los cobres es un asunto grave y que no puede resolverse bien en nuestro actual estado económico. La justicia que asiste á los que la reclaman es evidente, porque todos sabemos que el derecho de los cobres debiera estar abolido tiempo há.

Nadie ignora que la lei de 26 de diciembre de 1850

autorizó al ejecutivo para reformar el régimen de las aduanas, y que en su virtud, y después de varios acuerdos con los comerciantes de Valparaiso, se convino en suprimir gradualmente los derechos de exportación de metales y minerales, recargando con un 5 por ciento el derecho que pagaban las mercaderías extranjeras al introducirse en el país. Conforme á este convenio se dictó el 8 de marzo de 1851 la *Ordenanza de importación y exportación* que dispuso: "que todo producto de procedencia extranjera, gravado hasta entonces con el 20 por ciento, pagase en adelante 25 por ciento de derechos en su internación para el consumo." Pero, á línea seguida dispuso también "que el derecho de la plata sería completamente abolido en cinco años, y que el cobre en barra y los minerales de cobre pagarían el 4 por ciento el primer año y el 2 el segundo, *quedando extinguido todo derecho sobre ellos desde el vencimiento de este último plazo.*" Así es, pues, que la ley de 20 de octubre de 1852, al restablecer el derecho sobre los metales, no sólo ha contravenido á esa Ordenanza cuyos plazos estaban aun vijentes, sino que también ha perjudicado enormemente al comercio, gravado la industria y traicionado la buena fe con que se dió crédito á las promesas del Gobierno.

La necesidad que tenemos de aliviar las fundiciones del país y facilitar la explotación de las minas de metales de baja ley, es por otra parte tan incuestionable como lo es la conveniencia de fomentar el consumo de nuestro carbón mineral. Pero ¿bastará abolir el derecho de la exportación del 5 por ciento para hacer provechosa la explotación de los cobres de baja ley? ¿I podrán nunca los fundidores chilenos, poco experimentados y que pagan por sus capitales el 10 ó el 12 por ciento, competir con

los eximios fundidores ingleses, que cuentan con caudales enormes y que sólo les cuestan el 3 ó 4 por ciento de interés anual?

Nosotros, francamente, no lo creemos.—Pero entretanto, á nadie se le oculta que Chile no podrá pasarse sin fundiciones mientras tenga carbón mineral y cobres de baja ley: las causas que obstan al desarrollo de esa industria son transitorias y tarde ó temprano cederán ante la fuerza irresistible del trabajo y de los capitales. Conviene también esforzarnos para ahorrar, aun cuando sea con algun sacrificio, el millón y medio de pesos que anualmente pagamos por flete de puras piedras. Sobre todo, tres ó cuatro de nuestras provincias más productoras ven ligado su presente y su porvenir al desarrollo de la minería y á la vasta explotación de nuestros mantos carboníferos del sur. ¿Acaso sus votos no merecerán alguna vez ser atendidos? Sus intereses, íntimamente ligados con los de la agricultura, el comercio, la marina, la fabricación y todas las esferas industriales del país, ¿no son bastante poderosos de suyo para que nos empeñemos en que salgan cuanto antes de la decadencia en que hoy se encuentran?

XIV

Los arbitrios que para esto proponemos pueden reducirse á los siguientes:—1.° hacer extensivas á toda la República las disposiciones de la ley de 24 de setiembre de 1845. Si ellas no han surtido efecto en el sur, ensáyense en el centro y en el norte, porque sólo así cumplirá el gobierno la palabra que empeñó al dictar la Ordenanza

de 7 de marzo del 51 y la obligación perfecta que tiene de no gravar con fuertes derechos las producciones del país permitiendo la libre introducción de productos similares extranjeros.—2.° Variar el avalúo que para cobrar los derechos de exportación se hace del mineral en bruto y del cobre fundido, estableciéndolo de manera que no se proteja la exportación del primero recargando la del segundo, como sucede ahora, en que un quintal de cobre en barra paga más del doble que igual cantidad de cobre exportado en piedra metálica, con cuyo proceder, lejos de fomentar la industria, sólo conseguimos hacer una gran pérdida anual pagando flete por materias inútiles.—J 3.° establecer un impuesto directo sobre todas las minas, inclusas las de carbón de piedra, cuya cuota será fijada anualmente por las juntas de minería, y abolir desde entonces todo derecho á la exportación de metales y minerales, con lo cual quedarán fundadas la equidad y regularidad de este impuesto hoy tan gravoso como arbitrario.

La adopción de cualquiera de estos medios, hecha por una ley bien calculada, no dañaría ningun interés particular, ni privaría al fisco de la renta que hoy le da la exportación de los cobres. Si nosotros hubiéramos de optar por uno de los tres, preferiríamos el último, cuya base no es más que el punto de partida de todo buen sistema tributario. Debemos agregar, sin embargo, que la adopción del primero es urgentemente reclamada, y con sobrada justicia, por dos de nuestras principales industrias, y aun por la conveniencia general del país que sólo mediante ellas puede cubrir el saldo de sus crecientes importaciones de mercaderías europeas.

La adopción del segundo arbitrio tampoco minoraría la renta fiscal. El decreto del Ministro de Hacienda de 7 del

corriente marzo, que hace extensivas á los minerales de cobre en bruto, calcinados ó en ejes las disposiciones del supremo decreto de 28 de febrero del 55, no puede menos de aumentar en cerca de un tercio los derechos que hoy pagan al exportarse los metales de subida ley. Cubriendo esos metales *verdaderamente* el 5% que les corresponde, (hasta aquí sólo han pagado el 3% según resulta de la estadística), es claro que ese mayor derecho, tomado de una industria que deja considerables ganancias, no sólo permitiría bajar á este último límite el derecho del metal en ejes, sino libertar de toda carga el cobre en barra de 96% fundido en Chile con combustible nacional. Ese medio podría plantearse alterando simplemente el avalúo, de manera que un quintal de cobre fundido se estimase como una cantidad de mineral equivalente, gravándose á la vez la exportación del mineral en bruto con el *máximum* del derecho que ha de venir á cubrir el corto saldo que dejaría la rebaja acordada al cobre en barra.

La exportación del artículo cobres, en el año último, fué como sigue:

25,728 toneladas ejes de cobre.
36,705 » minerales de id.

62,433 toneladas en todo.

Pero si esos ejes y minerales se hubieran fundido en el país, habríanse empleado 134,354 toneladas de carbón, que siendo todo chileno valdría como 1.300,000 pesos: se habría ahorrado igual suma por pago de fletes inútiles y en cada año tendríamos 2.600,000 pesos más repartidos en

todas las industrias del país pero principalmente entre mineros, fundidores, navieros, agricultores y comerciantes. Esa fuerte exportación de cobre, cuyos $\frac{2}{3}$ no tienen valor alguno, ha exigido además el empleo de un número considerable de buques, lo que ha hecho elevarse sobremanera el flete del Pacífico á Europa. Y como una consecuencia inmediata de la reforma que se pide sería la baja de ese flete, claro está que desde luego podríamos contraernos á exportar v. gr. nuestros trigos, que á causa del alto flete no pueden llevarse, si no es cuando circunstancias excepcionales los hacen subir en los puertos europeos á precios exhorbitantes.

XV

Ha sucedido por desgracia todo lo contrario: grandes capitales se han evaporado, y las minas de carbón, como las de metales pobres y los hornos de fundición, siguen de pára: muchas pequeñas industrias ligadas con éstas ya no funcionan: millares de obreros han quedado inactivos, y mientras tanto el país sigue desperdiciando sus poderosos elementos de riqueza y vitalidad.

Estos males, no hay duda alguna, se remediarán en gran parte con la reforma que pedimos. El actual Presidente de la República, que, como Ministro de Hacienda, formuló la ley de setiembre de 1845, vista su ineficacia en 16 años de prueba, no trepidará en hacer extensivas sus disposiciones á todos los ingenios del país, porque así lo aconsejan las necesidades de la industria y el servicio de los bien entendidos intereses públicos. Nuestra legislación aduanera, en lo general de sus disposiciones es conforme

á los principios más avanzados de la ciencia económica, por huir del sistema protector ha caído en el extremo opuesto, gravando con fuertes derechos las producciones nativas, cuando permite la casi libre introducción de productos similares extranjeros: pero así hemos protegido a los extraños en tanto cuanto hemos gravado á nuestros nacionales. Una vaca chilena que entra al consumo ha pagado ya al Estado su parte de la contribución territorial y catastral del fundo de donde sale, al paso que una vaca argentina se mata y vende en el mercado sin haber contribuído en nada al erario nacional. Otro tanto sucede con el carbón de piedra extranjero: su libre introducción sólo sirve para facilitar el expendio del huano del Perú, así como el privilegio que estamos concediendo á la exportación de los metales de cobre sirve sólo para que los ingleses nos impongan la ley, pues si los cobres se enviasen de Chile refinados, es claro que podrían llevarse con más cuenta que á Inglaterra á muchos otros puntos del globo.

En sus cortos años de existencia muchos bienes lleva ya hechos al mundo la economía política, muchas injusticias ha reparado, muchas preocupaciones ha desvanecido; pero sus reglas, como las de toda ciencia social, deben aplicarse siempre con relación al estado y circunstancias de cada país. Ni la teoría ni la práctica de la ciencia económica justifican los absurdos, y por eso el principal deber de los gobiernos es hacer que sus leyes no produzcan resultados contrarios á su objeto, que no debe ser otro que impulsar el desarrollo de la riqueza y del bienestar de los pueblos.

Al abogar así en favor del carbón mineral y de los establecimientos de fundición, no lo hacemos por respeto á intereses movibles y transitorios, sino en vista de las verdaderas necesidades industriales de Chile y desdeñando hasta cierto punto los expedientes por los principios, las conveniencias y las preocupaciones del momento por los intereses positivos y serios de un cercano porvenir. Y ahora, si se nos dijese que hablar como lo hemos hecho es pedir protección para ciertas industrias con daño de las otras ó por lo menos con mengua de las rentas públicas, nos limitaríamos á negar el hecho y á repetir que muchas veces lo que es estrictamente verdadero como principio está lejos de ser completamente hacedero en la práctica. Además, cuando se escribe para un pueblo como el nuestro, contenido en su vuelo por el malestar general, pero cuya riqueza debe necesariamente desarrollarse á la sombra del comercio, la industria y las artes, no es posible negar á su prosperidad futura la seria atención que de derecho le corresponde.

LOS FERROCARRILES CHILENOS

Y EL ESTADO[1]

OBJETO DE ESTE ESCRITO

«Para destruir lo que es peligroso y falso, nada hay mejor que aceptar con decisión lo verdadero y útil.»

W. Ellis, *Economie sociale.*

Todos vemos en nuestros ferrocarriles un poderoso elemento de civilización, sin creer por eso que el gobierno deba encargarse de hacerlos, ni mucho menos de explotarlos. Otros piensan de diverso modo y llegan hasta sostener que construyendo el Estado vastos caminos de hierro, y administrándolos de su cuenta, *realizaría como por encanto* la prosperidad de la patria.

No es ésta la verdad.—Los ferrocarriles gubernativos, más que cualquiera otra empresa de trabajo industrial, son obras de dos caras, en una de las cuales se ven los beneficios, *pero en la otra* resaltan los inconvenientes, los compromisos y las pérdidas. El genio del sofisma, aplicado á las vías de comunicación, quiere no obstante convertir

1. Folleto publicado en Santiago, *Imprenta Chilena*. 1863.

para Chile el daño en provecho, el beneficio en deuda y la excepción en regla general; pero una sociedad y un gobierno que se dicen ilustrados no pueden dejarse arrastrar por preocupaciones ilusorias, sino que deben sólo guiarse por la conveniencia y la verdad.

Lo cierto es que si los caminos de hierro que ejecuta la industria particular son un gran bien, los contruidos y administrados por el gobierno jamás retribuyen los sacrificios que demandan, y esto lo prueban y repiten en alta voz la ciencia y la experiencia propias y extrañas. Ya, pues, que nuestros ferrocarriles de Valparaíso y del Sur se hicieron contra lo que aconsejó á su tiempo la prensa independiente, esto es, con capitales propios y no con capitales extraños; después de haber hecho entonces lo que debiamos, venimos á traer ahora nuestro grano de arena á la grande obra de reparación que el país está en circunstancias de acometer.

A fe de republicanos, creemos que el primero de los deberes que debemos al pueblo y al gobierno es el de manifestarle francamente la verdad. Por eso nos imponemos la tarea ingrata de impugnar la manía de los ferrocarriles costeados y administrados por el Estado, tarea doblemente penosa, porque ataca una preocupación recibida y porque nada hay tan difícil como tener que demostrar la evidencia. «*Lo evidente se enseña*», dice Thiers, hablando de la propiedad, «*pero no se demuestra.*» Sea como fuere, vamos á intentarlo!

Para iniciar desde luego esa empresa de fácil reparación y de bien entendida economía pública, y llegado como ya lo está el día de resolver el grave negocio de nuestros ferrocarriles fiscales, pedimos respetuosamente á los hombres del poder que en bien del país consideren y acuerden:

—1.° Que estas obras se ofrezcan en venta á compañías de capitalistas extranjeros, anunciándose el contrato en Europa y América con dos años de anticipación.—2.° Que mientras corre este plazo y se verifica el negocio con todas las ventajas que son de esperar, se arrienden con buenas garantías á contratistas particulares, bajo la suprema vigilancia del gobierno.—3.° Que no se continúe la vía férrea del Sur por cuenta fiscal, sino que simplemente se la estudie y se estimule y auxilie á las empresas privadas, que más ó menos pronto habrán de llevarla á cabo por su propia cuenta.

Si las páginas que siguen arrojan alguna luz sobre esta importante materia, quedará satisfecho el propósito que nos mueve á publicarlas.

Santiago, 23 de agosto de 1863.

EL FERROCARRIL CENTRAL

I

Dentro de pocos días quedará concluída y entregada al tráfico la línea férrea que unirá á la capital con su gran puerto marítimo. ¿Qué se piensa para entonces? ¿Convendrá administrarla por cuenta del Estado, ó será mejor arrendarla á empresarios particulares? Tales son las preguntas que los diarios vienen haciéndose, desde una semana, y como la cuestión es grave y urgente, bien merece que se la estudie con tiempo y que se trate de resolverla después de un serio y concienzudo acuerdo.

Dos son entre nosotros las opiniones dominantes en materia de ferrocarriles. Hay quienes quieren la absorción gubernativa de los caminos de hierro y piden que el Estado, no sólo se haga dueño de las líneas de Valparaíso y del Sur, prolongando esta última hasta Concepción, sino también que sea el gobierno quien las explote y administre por su cuenta. Otros, que forman verdaderamente el mayor número, conociendo las insuperables dificultades que hay para que un gobierno sea buen empresario y especulador, claman porque esas líneas se vendan á compa-

ñias de capitalistas, ó al menos, se arrienden á contratistas particulares bajo las correspondientes garantías.

En tesis general, nosotros creemos que, obrando económicamente, los gobiernos jamás deben hacerse empresarios, ni mucho menos gerentes de caminos de hierro. Que les otorguen auxilios y facilidades, esto es lógico, conveniente y justísimo, porque los gobiernos tienen el deber de impulsar el progreso y éste sólo se alcanza ilustrando á los pueblos por la ciencia y el trabajo y fomentando su riqueza por la industria, la seguridad y el bienestar que traen consigo los adelantos materiales, entre los que figuran, en primer término, las buenas y fáciles vías de comunicación. Pero su papel no pasa más allá, sino que concluye justamente allí donde principia el libre movimiento de la actividad y del interés de los individuos.

Nadie duda que ciertos trabajos públicos sólo pueden ejecutarse por cuenta del Estado: tales son aquellos que interesan á todos los ciudadanos en igual grado, aquellos en que la utilidad es general y colectiva, como los colegios y escuelas públicas, las aduanas, cárceles, palacios legislativo y de gobierno, etc. En estos casos el beneficio es común, y justo es que el gasto que demanden esas obras sea también común. Pero no se encuentran en igual categoría los ferrocarriles que favorecen á determinadas localidades y que gravan sin embargo las rentas generales del país, porque entonces no hay justicia para obligar á todos los contribuyentes á pagar su parte de gastos por trabajos que sólo algunos de ellos utilizan, ni puede haber conveniencia en hacer y administrar de cuenta del Estado una obra meramente local, que no interesará á la generalidad de la nación y cuyos productos tal vez no equivalgan á los gastos y sacrificios que demande.

Por esta razón general y teórica, aparte de las razones especiales y prácticas que expondremos después, nosotros estamos decididamente contra los ferrocarriles gubernativos, y más aún contra su explotación por orden y cuenta del Estado, después de construídos. La simple comparación de lo que ha sucedido y sucede en las líneas de Copiapó y Coquimbo, Valparaíso y San Fernando, aquellas ejecutadas sólo por particulares y éstas con la intervención del gobierno, sobra para convencernos de que el progreso verdadero de los ferrocarriles, como el de toda otra industria, sólo puede alcanzarse mediante la libertad y el estímulo poderoso del interés individual.

Tal opinión no es nueva: el que esto escribe la ha sostenido muchas veces por la prensa desde que nuestros ferrocarriles se comenzaron, en *El Mercurio*, *El País*, *La Revista del Pacífico*, y últimamente en el *Cuadro histórico de la administración Montt*, sección de Hacienda, capítulo XV. Poco tendría ahora que agregar á lo que expuso entonces; pero atendiendo á la gravedad del negocio y á la urgencia que hay de tomar una pronta determinación sobre la línea de Santiago á Valparaíso, que debe entregarse en el entrante mes, se le permitirá hoy volver sobre él y recopilar las razones allí apuntadas, para que, si algo valen, la prensa las debata y se tomen en cuenta al tiempo de resolver ya sea la administración ó el arriendo de esa línea.

II

Los que opinan por la absorción gubernativa de los ferrocarriles ó al menos porque el Estado sea quien adminis-

tre de su cuenta los de Valparaíso y del Sur, no han fijado sin duda su mente en las lecciones de nuestra propia experiencia, ni quieren hacerse cargo de los infinitos detalles que constituyen la buena organización industrial de un vasto camino de hierro. A nuestro juicio, basta tener una ligera idea de esos detalles para convencerse de que á ningún gobierno menos que al nuestro le sería permitido llenarlos con exactitud, ni seguirlos en sus variadas y multiplicadas direcciones.

Encargado de una tarea vasta, desmedida, inmensa, el gobierno en Chile, como en cualquier otro pueblo, se compone de hombres cuyos conocimientos y actividad son naturalmente limitados. Ellos no pueden absolutamente saberlo todo, vigilarlo todo, ni llevar su acción á todas partes, y como obran sin verdadera responsabilidad personal, cada vez que cometen errores y desaciertos, el Estado es quien los sufre y los paga sin apelación.

¿Para qué entonces reagravar su pesada tarea? ¿Para qué extender más y más la acción gubernativa, ya de suyo demasiado extensa? A qué fin multiplicar las atribuciones del gobierno con daño evidente del buen servicio público? ¿Para qué abrir nuevos y más anchos caminos al error como á los abusos y á los fraudes? ¿Qué de males no ha traído al país ese sistema absorbente que en política, sociabilidad, riqueza y hasta en industria, ha hecho que hasta aquí la capital y el gobierno lo sean todo, y los pueblos y los individuos nada? ¿Cuántas veces, á pesar de nuestra decantada probidad administrativa, no hemos visto las empresas de obras públicas convertidas en semilleros de inmoralidad y favoritismo? ¿I cuántas veces no han servido ellas como elementos de influencia política, ó bien para premiar con puestos y contratos aleatorios á hombres

que el poder se habria avergozado de emplear de otra manera?

A aparte de estos inconvenientes, que saltan á la vista, y que podrían denominarse *negativos*, la administración del camino de hierro central por el Estado tiene otros inconvenientes que llamaremos *positivos*, pero que no son menos trascedentales ni menos dignos de tomarse en cuenta al resolver este asunto. Encomendada la dirección en jefe de la administración de la línea á los ministerios del Interior ó de Hacienda, los Ministros no podrían materialmente ejercerla por sí mismos: necesitarían delegar sus atribuciones, nombrar superintendentes y elegir un vasto personal de empleados subalternos para la contabilidad, fuera de los ingenieros y empleados de la línea. Y sabido es que la autoridad que tiene que obrar por delegados rara vez deja de engañarse, sea por falta de conocimientos ó por errores, sorpresas, descuidos ú otras causas; y como desgraciadamente esos yerros vienen á conocerse tarde, sucede que son casi siempre contestables y que para rectificarlos y repararlos hay que someterse de ordinario á largas discusiones, siempre fatales al buen éxito de la negociación.

Todo lo contrario sucede en el trabajo de que se encarga el interés individual. La vigilancia es infinitamente mayor y más activa, el campo se limita, es mucho menor el número y aún la dotación de los brazos auxiliares, pero la utilidad crece en proporción que disminuyen los gastos, y cada día se hace mayor y más segura, porque la natural y sapientísima ley de la conveniencia privada determina el movimiento de una manera constante, arregla la oferta á la demanda, satisface oportunamente las necesidades del negocio y tratando en toda ocasión de conciliar los inte-

reses de la empresa con los del público, obra, y no puede menos de obrar, siempre con provecho mutuo del individuo y de la sociedad.

Los que pretenden otra cosa, los que quieren hacer al gobierno, no sólo constructor de ferrocarriles como empresas de trabajo nacional, sino también administrador y gerente de las líneas después de terminadas, olvidan sin duda las muchas y raras cualidades que necesita el gerente de una empresa industrial, sobre todo de una empresa tan vasta y complicada como la del camino de hierro de que tratamos. El gerente de este ferrocarril necesitaría no sólo ser un buen ingeniero mecánico y civil, sino que debería tener la capacidad de concebir y ejecutar planes hábilmente combinados, á más de saber verificar y comprobar, por cuentas regulares y llevadas con inteligencia, todos los ramos y accidentes de la especulación. Necesitaría, sobre todo, conocimientos prácticos y teóricos del negocio á su cargo y más que nada el talento de las aplicaciones y una grande actividad y economía para la acertada ejecución de los trabajos que hubiesen de practicarse bajo sus órdenes. El gerente sería, por lo tanto, como el alma del negocio, al que necesitaría consagrar no sólo toda su inteligencia, sino su saber y su tiempo. Por eso es que en todas las empresas industriales, del valor y competencia del gerente, depende el valor y buen suceso de la negociación que se le encarga.

Nosotros, francamente, no descubrimos para la gerencia de nuestro ferrocarril central un hombre semejante. Talvez otros tengan la fortuna de encontrarlo; pero vistas las cualidades que en él debieran exigirse, cualquiera comprende cuán difícil no es que un gobierno como el nuestro pueda consagrarse él mismo á la dirección de una empresa

extraña á sus atribuciones, ó que logre encontrar entre sus agentes, á sueldo, hombres que reunan las condiciones enumeradas, i aunque los encontrase, lo que dudamos mucho, siempre habria de faltarles la primera de todas, que es la de la responsabilidad directa y positiva y el estímulo irreemplazable del interés individual.

III

Los que abogan por el manejo gubernativo de nuestros caminos de hierro, citan siempre en apoyo de su opinión el ejemplo de la Bélgica, país que por ley de 1834 ha establecido en su territorio una red de ferrocarriles que se han hecho y se explotan por cuenta del Estado. Pero tal ejemplo es de todo punto inaplicable á las líneas ejecutadas entre nosotros con la concurrencia del gobierno. Las líneas belgas recorren completamente el territorio y comunican á todas las localidades de alguna importancia del reino, al paso que las nuestras sólo van á cruzar el centro de la República y por consiguiente sólo pueden servir á tres ó cuatro provincias.

Fuera de esto, la Bélgica posee el sistema administrativo más perfecto y económico que se conozca, y por eso es que su gobierno puede acometer toda clase de empresas industriales, seguro no sólo de la pureza de los administradores que emplea, sino de su capacidad y de su organización reglamentaria, que es la más completa y la mejor calculada para servir á las necesidades del país y evitar todos los errores y los fraudes. Pero ¿cuán distinta no es nuestra situación? ¿Cómo podremos hacer otro tanto nosotros con un vasto territorio, con una administración no

acostumbrada á trabajos de esa especie, y sobre todo sin conocimientos ni actividad para explotar tales empresas por cuenta y bajo la dirección del Estado?

Para países como el nuestro, el sistema belga es, pués, de todo punto irrealizable, y así es que en la disyuntiva de administrar nuestro ferrocarril central por delegados del gobierno y de cuenta de la nación, ó de arrendarlo á empresarios particulares bajo los resguardos y garantías correspondientes, nosotros no trepidamos en recomendar el último de estos extremos. Y si sigue esta opinión, no sólo se traerán al Erario economías y aún provechos positivos, sino que se libertará al gobierno de una carga insoportable, y se impedirá también que el favor y la política vengan á imperar en ramos del servicio que son del exclusivo dominio de la ciencia y de la industria.

El fijar equitativamente las tarifas sería entre nosotros el único inconveniente que tendría el arriendo del ferrocarril central á empresas particulares. La reducción en el flete de las mercaderías y el tráfico de pasajeros son hoy la primera necesidad á que debe atenderse, si queremos que esa grande obra sirva, como le corresponde hacerlo, al desarrollo del comercio y á los rápidos adelantos de la producción y del tráfico.

Atendido el estado en que se hallan las industrias del país y principalmente la agricultura, puede decirse que esa es hoy la cuestión principal, la cuestión de vida ó muerte para nuestros productos agrícolas, que, después de luchar con las malas condiciones del trabajo y las dificultades del acarreo, acaban por no poder salir al litoral y se quedan formando plétora en los mercados estériles del interior.

El ferrocarril central viene hoy en socorro de esta situa-

ción y es preciso, urgente, indispensable que el negocio de fletes y pasajes se resuelva, no en el sentido del interés fiscal, sino en el grande y bien entendido interés de la producción y del tráfico, que son la verdadera fuente de la riqueza general. Cediéndose la explotación de la línea á contratistas particulares por plazos que no excedan de cinco años, puede muy bien satisfacerse esa necesidad, si es que el gobierno fija de antemano las tarifas y el tiempo porque deban regir, como no dudamos que lo acordará al estatuir la forma y términos en que deban celebrarse los contratos de arrendamiento.

IV

El espíritu fiscal ha hecho hasta hoy que nuestros ferrocarriles gubernativos no llenen absolutamente el fin á que están destinados. Así es como se ha visto que la carga introducida por ellos, á Valparaíso desde Quillota y Aconcagua, y á Santiago desde Rancagua y San Fernando, no ha llegado al tercio de la introducida por carretas y mulas. Semejante fenómeno no dejará de repetirse mientras las tarifas queden como están, porque hace cuenta á nuestros muleteros y carreteros competir con los ferrocarriles que cobran aún mayores fletes. Para librarse de tan ruinosa competencia, y para volver á la industria todos esos brazos y capitales que hoy se le quitan por un acarreo inútil y que debiera estar suprimido tiempo há, nuestros caminos de hierro gubernativos no tienen más arbitrio que bajar sus tarifas hasta hacer imposible todo otro acarreo que el del vapor: es preciso que con la baratura del trasporte maten la concurrencia ridícula de las carretas y las mulas,

y sin ello, seguros estamos, de que no obtendrán en muchos años la carga suficiente y la producción, ni la riqueza, ni el tráfico interno recibirán el impulso de que tanto han menester.

Pero si la tarifa para el acarreo de mercaderías debe ser lo más baja posible, sobre todo en los primeros tiempos, ¿por qué no ha de serlo también la de los pasajeros que ocupan en los ferrocarriles el mismísimo puesto que la carga? ¿Por qué el camino de hierro, que de la capital á Valparaíso cobrará 20 centavos por quintal de trigo ú harina, ha de pedir 400 centavos por el trasporte de un pasajero? ¿Será una paradoja querer asimilar el pasajero á la mercancía, ú obrando en este sentido entraremos en una verdadera vía de prosperidad para los ferrocarriles y para el público? Nosotros creemos lo último y como prueba de que tenemos razón, apelamos á la experiencia adquirida, pues hasta hoy las elevadas tarifas del ferrocarril del sur y del de Santiago á Valparaíso, no sólo han obrado en daño suyo respecto de la carga, sino que han perjudicado al interés general de la circulación y á sus consecuencias inmediatas, que son el aumento de la riqueza y del tráfico y la mayor difusión de las luces y del bienestar entre todas las clases del pueblo.

Sólo satisfaciendo el interés y sirviendo á las necesidades del mayor número es como los empresarios de trasportes pueden alcanzar grandes y positivas ganancias, y exijiendo ese interés la baja de las tarifas, resulta que la conveniencia verdadera del empresario está en disminuir el flete hasta el más ínfimo precio en que le haga cuenta trasportar pasajeros y mercaderías. En otros términos: para ganar lo más posible es preciso que la unidad de los beneficios sea pequeña á fin de que pueda multiplicarse

fácil y considerablente, porque es sabido en economía que *mientras* más se disminuye la tasa de un beneficio, si la venta y el consumo del producto crecen, son mayores y más seguras las ganancias. Y hoy está averiguado que lo que es cierto para un comerciante lo es también para una empresa de ferrocarril y lo es aún para el Estado: que la suma de los provechos crece, en la venta de un producto monopolizado, en razón misma de lo que disminuye su tasa, y que por este medio, no sólo son solidarios el consumo y la producción, sino que hasta la masa misma de los impuestos públicos sube cuando su peso se minora.

Cien ejemplos podrían citarse en apoyo de estas verdades; pero nosotros sólo nos limitaremos á recordar á los incrédulos, que nuestra renta de correos, cuando ahora poco *cada carta costaba 25 centavos, solo producía 40,000 pesos* anuales, siendo que hoy que cada carta está gravada sólo con 5 centavos, su número se ha multiplicado de tal suerte que la renta ha subido el año pasado á 215,287 pesos! Y si el pago de patentes comerciales se hiciera general aunque mucho más limitado, ¿quién duda que esa contribución daría al erario público el cuádruplo que al presente? ¿Y por qué este principio, reconocido en la industria privada y en la experiencia gubernativa, no ha de dar idénticos resultados si se aplica, como es de esperarlo, á la tarifa de nuestros ferrocarriles de Santiago á Valparaíso y San Fernando?

Preciso es entrar en esta vía con resolución y con miras elevadas y patrióticas: nada de temores ni vacilaciones, nada de absurda fiscalidad: recuérdese tan sólo que necesitamos adelantar el porvenir y tratar de sacar al país á toda costa del marasmo en que hoy se encuentra. La gran dificultad para la baja de las tarifas estaría por el momento

en la poca abundancia de fletes y de pasajeros. Pero téngase presente que estos últimos son una mercancía muy cómoda porque ellos se cargan y descargan solos, y en cuanto á los fletes, recuérdese que el objeto de todos nuestros afanes y sacrificios debe ser, por ahora, abrir á la industria nuevos horizontes y buscar salidas fáciles y abundantes á la estancada producción nacional.

Reduciéndose las tarifas á la mitad de su precio actual, débese esperar una circulación triple, y en tal caso, supuestos los mismos gastos, las ganancias de los ferrocarriles y del país serán por lo menos doble mayores que al presente. Fuera de que los caminos de hierro, vías externas de todo progreso, desempeñarán entonces por entero su papel civilizador, llevarán muy lejos la difusión de los conocimientos y el cambio de ideas, de hombres y de productos útiles, y, pocos años bastarán, para operar un cambio completo en la riqueza y el bienestar del país.

V

Para que el país y el gobierno hagan su negocio, acuérdese, pués, ante todo, la baja de las tarifas actuales, pero una baja moderada y discreta, que armonice los intereses bien entendidos del productor y del consumidor. De lo contrario, nuestro gran ferrocarril chileno perdería sus ventajas y quedarían burladas la ciencia y la experiencia; habrían sido inútiles las lecciones elocuentes de la práctica; las industrias no saldrían de su postración actual; los productos seguirían estancados en el interior por falta de mercados seguros en el litoral, y ni su expendio, ni el cambio continuo de ideas, de hombres y de relaciones

útiles, corresponderían á las aspiraciones del país, ni bastarían á producir los frutos de bienandanza y prosperidad que todos aguardamos de la baratura de los fletes y trasportes. Por eso clamamos é insistimos en que, acordándose el arriendo de la línea, lo primero debe ser fijar una tarifa módica, en que el interés fiscal y el del contratista se pospongan á los grandes intereses del comercio nacional y al incremento rápido de la producción y de la riqueza en nuestras provincias centrales.

Otro punto en que también es casi unánime el sentir de los hombres ilustrados es el de no aceptar como conveniente la dirección del Estado en la empresa de que tratamos. Reservándose el gobierno la facultad de intervenir en la fijación de las tarifas, nosotros creemos que los intereses generales quedarán perfectamente consultados, y desde entonces la administración fiscal no tendría razón alguna en su apoyo; porque ni la práctica de los pueblos cultos, ni los más obvios principios de la ciencia económica pueden ya cohonestar el que los gobiernos se hagan empresarios y á la vez gerentes de ferrocarriles, que, aun siendo buenos como negocio remuneratorio, no podrían traerles á ellos sino embarazos y dificultades y á los pueblos sacrificios y aun tal vez malos ejemplos de favoritismo y de inmoralidad.

La administración de nuestro camino de hierro central por el gobierno ó sus agentes, sólo sería aceptable en el caso extremo de que faltasen interesados al arriendo de la línea, lo que por fortuna no sucede, ni debe lójicamente esperarse que sucederá. Sólo una necesidad premiosa podría en tal caso aconsejar la dirección del Estado, y eso como excepción y de un modo esencialmente transitorio, porque nadie ignora que en empresas como la de un fe-

rrocarril gubernativo es cosa bien fácil armonizar el interés privado con los altos intereses públicos. Fuera de que, también se sabe ya por todos que para el buen éxito del trabajo y de la producción en sus diversos ramos, no hay mejor estímulo que los esfuerzos naturales de la industria libre y el ahinco poderoso é incontrastable de la conveniencia individual.

Si la administración del gobierno pudiera reunir las condiciones requeridas para la gerencia de toda empresa industrial, no hay duda que ella sería preferible al arrendamiento, porque mayor protección puede dar á los intereses públicos un gobierno que un empresario particular ó una compañía que arrendase la línea, y porque las utilidades del negocio redundarían en tal caso en bien de la sociedad entera y no sólo en provecho del contratista ó especuladores. También es cierto que en caso de arriendo, habrá dificultades para la entrega y recibo del equipo, así como del material inmueble del camino, y que el arrendatario, más interesado en utilizar que en conservar la propiedad cuyo uso se le cede, al fin de la contrata dejaría á cargo del Estado el hacer gastos de reparación y renovación poco menores tal vez que el canon recibido.

Pero, con la vijilancia superior que debería en todo caso reservarse el gobierno y con inventarios prolijos y hechos por personas entendidas, no dudamos que quedarían bien salvados todos estos inconvenientes. Y en cuanto á la razón de conveniencia, única que hay á favor de la administración por el Estado, creemos que falla por su base, pues el gobierno empresario y gerente de un camino de hierro y obrando por delegados nunca tendrá la unidad de acción, ni el celo, la actividad, la vigilancia, la econo-

mía para plantear las reformas y remediar los abusos y mucho menos la responsabilidad y el interés que tanto recomiendan al empresario particular en sus relaciones con el público.

Aparte de esto, ¿quién ignora las dificultades, los miramientos y las dilaciones que entorpecen siempre entre nosotros aun las mejoras administrativas más urgentes? ¿No hemos visto millares de reclamos contra la gestión del ferrocarril de Valparaíso sin que ninguno se haya atendido en más de cuatro años? Y por qué el gobierno que no puede dar el flete ni el pasaje gratis, que necesitará de una administración costosa, que tendrá que sacar el interés de los capitales puestos en el camino y además sus gastos de explotación, ¿por qué ha de protejer mejor la industria con la baratura de los pasajes y fletes que un arrendatario que sólo tendrá que pagar su canon y los cortos gastos de una administración reducida y económica?

VI

Pronunciados, como lo estamos, abiertamente y sin ninguna mira ulterior en favor del arriendo de la línea, no aceptamos, sin embargo, ni aún creemos verosímiles, las dos contingencias adversas que apunta contra esta opinión el diario de la capital, á saber: «que el Estado tal vez va á regalar á la especulación lo que pudiera obtener para sí, y que el interés particular, por uno de tantos errores que son frecuentes en él, acaso crea encontrar su utilidad en medidas administrativas contrarias al interés general.»

Creemos infundados tales temores, porque en el arriendo de que se trata, los interesados y el gobierno parten de datos ya conocidos. Los productos de la línea central serán mayores ó menores, pero no son un misterio sino que son, al contrario, fáciles de calcularse aproximadamente: el rendimiento que este año ha dado la sección de Llay-Llay á Valparaíso, bien podrá tomarse como punto de partida para valorar el resto hasta Santiago. Preciso es también dejar algo á la especulación y á las eventualidades de lo imprevisto, porque, tratándose de negocios, nadie querría emplear su tiempo y sus capitales á pura pérdida. Ahora, en cuanto al supuesto choque entre los intereses públicos y el interés del contratista, él no existiría, ni podría existir desde que interviniese en la fijación de las tarifas el gobierno, que es el verdaderamente obligado á fomentar la industria y el tráfico nacional y que en esto sólo encontraría su ventaja, sin necesidad de tener que combinarse con el empresario para sacar del bolsillo de sus gobernados una ganancia metálica inmediata y directa, pero tan ruín como estéril á la postre.

Las razones que militan contra la administración de la nueva línea por el gobierno ó sus agentes, nos parecen tan claras y las hemos repetido tantas veces, que es inútil volver aquí á reproducirlas: el juicio de la sociedad y aún de la prensa han sido unánimes en preferir el arriendo por corto tiempo y sobre bases fijas á las cuales deberán ajustarse las propuestas de los interesados. El mismo diario *El Ferrocarril* que impugna hipotéticamente esta opinión, ha concluido por ceder á la evidencia, pues hablando de la dirección gubernativa, en su número de hoy, nos dice: «*No hay actividad, no hay celo, no hay inteligencia en el agente que sea capaz de suplir á la*

espuela del propio interés. Bajo este aspecto (y bajo todos aspectos, diríamos nosotros, una vez aceptada la intervención del gobierno en las tarifas), la ventaja se halla por el particular-empresario sobre el Estado-empresario.»

Y en efecto, mala memoria se ha menester para echar en olvido tan pronto las lecciones que en esta materia nos ha dado la experiencia. Por poco que miremos atrás no podremos dejar de percibir los rastros que la impericia, el favoritismo y aún el fraude y la mala fe han dejado estampados en la corta senda de nuestras obras públicas. Para impedir su repetición elevamos nuestra débil voz contra la irresponsabilidad de los agentes de estas empresas dirigidas por el gobierno. Sólo en el estímulo vigoroso del interés individual debe buscarse en adelante la garantía de la buena ejecución de esas obras y el cumplido servicio de la gran vía férrea de que hoy pende el porvenir del país. Diez años de errores y desaciertos administrativos en este solo ramo bastan y sobran para que los chilenos tengamos más fe en el libre juego de la industria y de la actividad privada, que en la irresponsabilidad de los agentes á sueldo y en el acierto dudosísimo de los gobiernos en asunto de trabajos industriales ó de mera especulación.

VII

Pero, ¿cómo y en qué términos debería hacerse el arrendamiento? Hé aquí lo más importante y lo que más urge resolver por el momento.

El que escribe estas líneas piensa que el plazo del ar-

riendo no debe extenderse á más de tres años ó á lo sumo cinco.

Así el contrato pierde muchos de sus accidentes aleatorios y viene á ser el ensayo de un gran negocio que podrá celebrarse en los años venideros por mayor tiempo y con mejores datos entre el gobierno y los empresarios.

La base ó minimum de las propuestas será la suma de 300,000 pesos anuales, algo menos de lo que, deducidos los gastos, ha producido en un año la sección entre Valparaíso y Quillota y de lo que debe producir la sección de Quillota á la capital.

El gobierno se reservará el derecho de fijar las tarifas de acuerdo con los arrendatarios de la línea, entendiéndose que en fletes y pasajes la baja que se haga no será más que de un 30 por ciento de la tarifa actual.

Lo principal es que el poder acuerde pronto estas bases ú otras que juzgue convenientes, y sobre todo, que se resuelva desde luego á recibir no sólo propuestas por arriendo sino también por venta de la línea. Este sería el mayor bién que podría, dentro de breve tiempo, hacerse al país. Para nosotros, la venta de nuestras líneas férreas es el mejor de todos los arbitrios imaginables. Cesando el Estado de ser empresario de ferrocarriles, podría dar un empleo mucho más útil á sus capitales y á su crédito, sin privar por eso á la nación de las líneas ya construídas, que, como empresas inmuebles, quedarán vinculadas al suelo de Chile y serán para siempre solidarias de su fortuna y prosperidad.

En efecto, ¿qué de mejoras, qué de beneficios no podrían traerse al país si se diera otro destino á sus capitales reproductivos? ¿Por qué la luz, la riqueza y la civilización, las artes, los telégrafos y ferrocarriles han de estar só-

lo en el centro de la república y no han de extenderse á las provincias, que vejetan, más que viven, algunas de ellas en la ignorancia y la miseria? ¿Por qué los chilenos todos no han de gozar de los beneficios de obras que todos costean y que todos ejecutan? ¿Por qué construir puentes para salvar las vidas, ya que no para favorecer el comercio interior, y trabajar en la canalización de nuestros ríos del sur, que son, como se dice, *caminos que andan?* ¿Y por qué viendo la forma de nuestro territorio, larga y angosta faja de tierra entre el mar y los Andes, no ha de dotarse á cada provincia al sur de Lontué de una salida fácil y cómoda desde la cordillera á la costa?

Pero si hubiéramos de seguir apuntando las necesidades que podrían satisfacerse con la venta de los ferrocarriles gubernativos, este escrito se haría interminable. La agricultura y la clase menesterosa del país claman por la supresión inmediata del estanco. Las industrias todas, postradas por la crisis, ansían porque se las estimule y fecunde, y urge sobremanera facilitar y abreviar la navegación por Magallanes. Los recursos de los ferrocarriles bastarían y sobrarían para estas y otras muchas y fáciles reformas. Lo que se necesita es una pronta y acertada solución. Con ella y con energía y actividad en el gobierno, tendríamos pronto entre nosotros las maravillas del vapor, sirviendo en todos sentidos al desarrollo de nuestros elementos de riqueza y de progreso nacional.

VIII

Si la gerencia de un vasto ferrocarril no es empresa demasiado ardua para recargar con ella las múltiples aten-

ciones del gobierno, al menos habrá de convenirse en que no es ni fácil ni ventajosa, porque en la dirección gubernativa no hay unidad, ni libertad de acción, ni verdadera responsabilidad, inconvenientes todos insuperables; y reuniendo esas y otras ventajas la gerencia particular, es es evidente que el estímulo poderoso del propio interés, que obra prodijios en materias de industria, podría encargarse de la explotación de la línea con más economía y mayor provecho para el individuo y la sociedad.

A pesar de cuanto se ha dicho en contrario, nosotros seguimos, pues, creyendo que la conveniencia del país, y los principios más obvios de la ciencia económica, aconsejan preferir el arriendo á corto plazo, por buen canon y suficientes garantías, reservándose si el gobierno la facultad de intervenir en el arreglo de las tarifas y de vigilar sobre la conservación del material y el buen cumplimiento de las obligaciones de los empresarios.

Sin negar, absolutamente, que podamos tener en Chile buenos administradores, hombres probos, económicos y de respetable moralidad para encargarles la gestión gubernativa de empresas de esta clase, todavía falta saber si reunirán esas dotes los empleados que se nombren, y falta, sobre todo, que en sus nombramientos se atienda sólo á la capacidad y al mérito y nunca al favor ni al espíritu de partido. ¡Es tan fácil que yerren los gobiernos cuando lo hacen todo y cuando tienen que ser....hasta gerentes de ferrocarriles!

Supuesta esa base indispensable para evitar pérdidas, abusos y fraudes, todavía es necesario que se mire el negocio más por su aspecto *nacional* que *fiscal*, pues de otro modo quedarían burladas la ciencia y la experiencia, y la línea que tantos sacrificios cuesta no correspondería

á las esperanzas del país. Por eso insistimos en que cualquier temperamento que se adopte para la explotación, lo primero que se acuerde deba ser una tarifa moderada, en que todo interés se posponga á los grandes intereses del comercio nacional y al incremento rápido de la riqueza en nuestras provincias centrales.

Como estas son cuestiones de interés público y no de amor propio, muy satisfechos quedaríamos si prefiriéndose la administración del ferrocarril por cuenta del Estado, viésemos cumplidas esas exigencias de rectitud, capacidad, independencia y moralidad que creemos indispensables para el buen éxito de la empresa. Llenándose estas condiciones y *siendo* ellas compatibles con la economía y aún con los provechos directos del erario (como algunos escritores lo aseguran, bien que nosotros lo creemos muy difícil), nos declaramos desde ahora contentísimos de haber llamado la atención pública sobre las dificultades de esa jestión para que se trate de evitarlas oportunamente. Ojalá así sea! Ojalá que en la nueva organización de la empresa sólo se oiga la voz de la justicia y de la conveniencia pública! Esa será para el país honra y provecho y así la grande obra en que hoy cifra sus más altas expectativas, no sólo vendrá á poner atajo á los desaciertos y errores antes cometidos, sino que dejará cumplidas las exigencias de nuestro ferrocarril del centro, sea que se le mire como empresa meramente industrial ó como fuente de riqueza y de vastos recursos fiscales para lo venidero.

IX

Vése, pues, que en cuanto á esperanzas y deseos de que se realice el bien público en la gestión del ferrocarril, estamos acordes con nuestros contradictores, salvo, empero, esta diferencia esencial: que, ó somos nosotros menos centralizadores y menos socialistas que ellos, ó tenemos mucha más fe en la libre acción de la industria y de la actividad privada que en el acierto dudosísimo de los gobiernos como explotador de empresas industriales. Esta es una opinión como otra cualquiera y libre es cada cual de seguirla ó desatenderla. Pero ella no es nuestra (así no tendría valor alguno) sino que es la opinión unánime de todos los escritores modernos que han tratado de los resultados del trabajo por la *autoridad* y la *libertad*.

El célebre Stuart-Mill no se ha cansado de repetir en sus *Principios de economía política*, que aún en las sociedades más civilizadas y en los gobiernos mejor constituídos, siempre es una verdad que toda empresa industrial es mejor dirigida por las compañías, ó los individuos, que, por los gobiernos. «La razón (dice) se expresa muy bien por el adagio popular de que las gentes comprenden mejor sus negocios y sus intereses y los atienden mucho más, que lo que los gobiernos pueden atender y comprender y cuidar los negocios generales que tienen á su cargo. Esta máxima es verdadera en la mayor parte de los negocios de la vida, y cada vez que se presente, *debemos condenar toda intervención gubernativa que la contraríe*. La in-

ferioridad de los gobiernos en casi todas las operaciones ordinarias de la industria y del comercio, se prueba por el hecho de que ellos no pueden sostener la concurrencia de los particulares, siempre que éstos tengan cierto espíritu de empresa y cuenten con suficientes medios de acción. Todas las facilidades que posee un gobierno para contar con buenos informes, todos los medios que tiene de remunerar y por consiguiente de emplear á los hombres más capaces, no compensan la inferioridad que le viene del sólo hecho de tener menos interés que un particular en los resultados del negocio que está á su cargo.

«No se debe tampoco olvidar que, aun cuando un gobierno fuese superior en ciencia é inteligencia á todo individuo considerado aisladamente, debe por necesidad ser inferior á todos los particulares que componen la nación tomada en su conjunto. A él no le es dable poseer en su seno ni enrolar en su servicio sino á una parte de los talentos y capacidades que el país encierra en una especialidad dada. Aún cuando escoja sus instrumentos sin considerar otra cosa que su aptitudes, deben necesariamente existir muchas personas tanto ó más capaces que las que el gobierno emplea, y éstas son precisamente las manos en que cae la obra mediante el sistema de empresas particulares, porque es indudable que ellas pueden ejecutar el trabajo de que se trate mejor y más barato que otro cualquiera. Admitida esta verdad, es evidente que el gobierno, excluyendo ó reemplazando la acción de los particulares en materia de explotación industrial, sustituye á los agentes mejores, agentes menos capaces ó al menos sustituye su manera de hacer las cosas á la infinita variedad de métodos y procedimientos que ensayarían muchas otras personas igualmente hábiles y propendiendo al

mismo resultado; concurrencia infinitamente más favorable al progreso que todo sistema uniforme» [1].

A pesar de esta teoría inconcusa y que para nosotros tiene la fuerza de una verdad evidente, tratándose del ferrocarril de que nos ocupamos no declaramos *imposible* su administración por el Estado, sino que, al contrario, la aplaudiremos siempre que ella sea provechosa, económica y encomendada á la ciencia y al mérito, nunca á favor ni á consideraciones de otra especie. Hágase así, y se verá que seremos los primeros en alabar semejante ensayo, porque estamos ciertos que la gerencia gubernativa habrá de ser esencialmente transitoria. Conocido y desarrollado el negocio del ferrocarril central, nada será más fácil, ni mejor para el país, que vender después con ventaja toda la línea á compañías de capitalistas nacionales ó extranjeros, pues que así la nación satisfará otras urgentes necesidades y dará más útil destino á sus capitales reproductivos, sin privarse por eso de las ventajas de esas obras que, como inmuebles que son, quedarán vinculadas al suelo de Chile y serán eternamente solidarias de su fortuna.

Al recomendar nosotros el arriendo de la línea en este primer año por propuestas cerradas y sobre el mínimum de 300,000 pesos, lo hemos hecho sin otra mira que el interés público, tal como nos lo indicaba la seguridad que teníamos de que otros interesados hiciesen subir el canon hasta dejar al gobierno beneficios en lugar de pérdidas, libertándole á la vez de la gerencia de una empresa que, por mil circunstancias, sólo debe traerle á él sacrificios y dificultades. ¿Qué es un año para un ferrocarril? ¿Qué es un año para el estudio y la marcha acertada de una em-

1. Stuart Mill, obra citada, t. 2.°, pág. 551.

presa semejante? Sea como fuese, vemos ahora que hay muchos que piensan de otra manera y decimos: tanto mejor! El primero de los derechos del país es el de que se le diga la verdad y en este sentido, buena es la discusión, bueno es el debate de todas las opiniones para que gobernantes y gobernados sepamos á que atenernos.

Pero la empresa del ferrocarril de Valparaíso á Santiago, como todo negocio industrial, ya se encargue de su gerencia el *gobierno* ó un individuo ó una compañía de capitalistas, tiene por necesidad que someterse á las leyes generales de la industria, tiene que cubrir sus costos de producción. Mientras menores sean éstos, mayor es la posibilidad que tendrá de bajar los fletes y trasportes y de conciliar así los buenos resultados del negocio con el completo servicio de los intereses públicos, que claman por un acarreo fácil y barato para el pronto desarrollo de la producción y del tráfico interno. ¿Y quién obtendrá más fácilmente ese resultado: el que tiene una administración estrecha y económica, ó el que la tiene complicada y dispendiosa? ¿El que tiene unidad de acción, vigilancia continua, responsabilidad personal y directa, é interés activo y constante en reducir sus gastos porque en ello estriva justamente su ganancia, ó el que sirve nada más que á sueldo, sometido á los caprichos de una autoridad superior, sugeto á los vaivenes ministeriales y careciendo, sobre todo, de la eficacia de una garantía propia y del estímulo poderoso del interés individual?

Como á esto no se ha respondido hasta hoy satisfactoriamente y como á pesar de los buenos deseos de *La Voz de Chile*, no hemos podido explicarnos de qué modo organizaría ese diario la *administración gubernativa del ferrocarril con entera independencia del Ejecutivo*, ni

de qué servirían la publicidad de las cuentas y la vigilancia de los pasajeros cuando vemos que en reformas de personal de empleados son tan tardías las providencias de los gobiernos, justo y natural es que, por nuestra parte, sigamos prefiriendo el arrendamiento mientras no se nos demuestre que la administración fiscal es más económica y más útil á los verdaderos intereses públicos.

Pero en la discordancia de pareceres y no conociéndose fijamente las entradas y gastos de la empresa, es natural también que el gobierno adopte el partido de administrar, no por el vano temor de que un ávido empresario explote al Estado y al público, pues ya no estamos en épocas de logro ni de contratas á ciegas, sino por hacer un ensayo que ojalá salga feliz y deje para más tarde buenos resultados al erario. Lo que tememos, en tal caso, es que la administración fiscal concluya por hacerse eterna y que no se cambien radicalmente ni el sistema, ni las tarifas, ni la inútil dirección actual, pues que así nuestra gran línea férrea no dará ahora ni en mucho tiempo los frutos que de ella se promete el país. Ojalá este temor sea una quimera! Confiamos en la ilustración y moralidad del gobierno y esperamos!

Debatida ya la materia de actualidad y formada como debe estarlo la opinión sobre si convenga más que el Estado administre ó arriende la línea central, vamos á decir ahora algunas palabras sobre lo que atañe al porvenir, esto es, sobre los ferrocarriles ejecutados como empresas nacionales y fiscales. Pero antes de concluir, quede consignado siquiera en esta humilde página, que, nosotros, sin ocultarnos los inconvenientes de ambos sistemas, preferimos decididamente el arriendo á la administración, porque tenemos la certidumbre de que esta última ha de ser

mucho más complicada y dispendiosa y menos segura y económica para el público que lo que sería el arrendamiento á empresarios particulares. Como prueba de ello, apelamos á los hechos. Antes de seis meses ya los veremos. Para entonces emplazamos á nuestros contradictores que han de ser los primeros en reprobar el mecanismo que haya de darse á la dirección gubernativa. Por ahora sólo podemos decirles: para lecciones, la experiencia; como para verdades, el tiempo...

XI

EL GOBIERNO Y LOS FERROCARRILES

Apesar de las dificultades y desengaños que nos han traído hasta aquí nuestros ferrocarriles fiscales, el gobierno parece resuelto á seguir prestando á estas obras todo el estímulo y la protección de que es capaz. Hoy se ha presentado al Congreso un proyecto para la compra de las acciones particulares de la vía férrea del Sur por la suma de un millón de pesos, y ayer no más el honorable Ministro del Interior decía en el Senado: «que en Chile, como en Francia, el Estado debe ser tarde ó temprano dueño de los ferrocarriles, así como lo es de los ríos y de los caminos públicos.»

Para valorar estos propósitos convendría saber si nuestra hacienda está en aptitud de cumplirlos desahogadamente; pero el ministro del ramo, en su franca y excelente Memoria de este año, acaba de revelarnos un déficit de 1.341,096 pesos 32 centavos que tendrá que cubrirse con-

tratando un nuevo empréstito. Siendo así y cuando las rentas no bastan á saldar los gastos ordinarios del Estado, ¿será prudente echarnos encima obligaciones nuevas comprando á la par acciones depreciadas de ferrocarriles? ¿Producirán éstos la mitad siquiera del interés de los capitales empleados en su ejecución? Convertidos en empresa exclusivamente fiscal, ¿tendrá fondos el Erario para cubrir la otra mitad de ese interés sin gravar con nuevas cargas al comercio y las industrias que se trata de favorecer? Y en la fundada hipótesis de que el fisco no pueda pagar el saldo á su cargo sin apelar año por año al crédito, ¿será forzoso reconocer como un dogma que ese gravamen continuo, cuya importancia no es posible fijar desde luego, deba darse por bien compensado con las facilidades de la locomoción y del acarreo y con el incremento de la riqueza general? ¿Qué aconseja la prudencia respecto á la continuación de la línea del Sur y á los ramales proyectados en la del Norte? Hecho el gobierno empresario único de estas líneas ¿deberá administrarlas por cuenta del Estado ó será preferible enajenarlas á compañías de capitalistas nacionales ó extranjeros?

Cuestiones son estas que envuelven un problema de los más importantes para el país. Urje también responder al deseo de las provincias que con justicia piden su parte de goce en una obra que todas costean, que todas ejecutan, y saber además como debe darse cumplimiento á las disposiciones de la ley de 13 de diciembre del año anterior. El negocio es grave de por sí y como para que lo sea más, el jefe del gabinete querría que, siguiendo la práctica francesa, el Estado acabara aquí por hacerse dueño y empresario de todos los ferrocarriles.

Pero en vez de proponérsenos el ejemplo de la Francia,

que sólo ha traído allí sacrificios y que jamás ha merecido sino la crítica de los economistas independientes y de todos los hombres de ciencia y experiencia en materias de administración, ¿cuánto mejor no sería aconsejar al país que se dejase de protección y de absorciones gubernativas y que adoptase francamente para sus ferrocarriles el sistema inglés? En Inglaterra sólo impera la libertad industrial y gracias á ella ese país posee hoy innumerables canales, caminos, diques, muelles y una red de ferrocarriles tan completa y bien servida como no la hay igual en ninguna otra parte del globo terráqueo. Y ¿qué ha costado ese cúmulo de trabajos á los contribuyentes ingleses? Nada, ni siquiera un penique! El estado, es decir el presupuesto de la Gran Bretaña, no ha contribuído á esos gastos con un sólo chelín, sino que la industria privada y el simple interés de los individuos, satisfaciendo las verdaderas necesidades de la producción y del tráfico, han bastado para realizar en pocos años esas obras que hoy son la maravilla del mundo.

Tampoco es exacto que en Francia el Estado sea dueño de los ferrocarriles: el gobierno jamás ha costeado allí su ejecución, ni mucho menos ha caído en la mala tentación de administrarlos. Lo único que hizo en sus principios para favorecer esa industria nueva y poder rivalizar con Inglaterra fué otorgar privilegios por 99 años y asegurar á las compañías empresarias el interés del 4, 3 ó 2 por ciento sobre sus gastos ó bien ayudarlas con una corta subvención por cada kilómetro que entregaban al tráfico. Es cierto que las empresas férreas se declaran allí de utilidad pública y que para sus trabajos de reconocimiento, acarreo, terraplenes, nivelaciones, acopio de materiales, etc., gozan de los mismos privilegios que el Esta-

do. Pero el único derecho positivo que éste tiene sobre las líneas es el de poder rescatarlas pasados treinta años, pagando por ellas tanto cuanto valgan sus acciones en el mercado, y en algunas de las construídas últimamente el gobierno se ha reservado, además, el derecho de partir los productos netos con las compañías cuando ellos suban del 8 por ciento.

Sólo en este sentido limitadísimo ha podido sostenerse que el Estado sea en Francia dueño de los ferrocarriles: en rigor no lo será sino después de un siglo, salvo que los rescatase desde luego, lo que nadie podría aconsejarle. Tiene, es verdad, la superintendencia de todos ellos y están sometidos á su vigilancia para que el público sea siempre bien servido; pero nada más, pues ni las tarifas puede revisarlas sino pasado los 30 primeros años de explotación y ésto sólo en el caso de que los productos excedan para entonces del 10 por ciento del capital invertido. Así se hicieron los caminos de hierro de Paris á Orleans, del Havre á París, de Lyon á Marsella, de Burdeos á Teste, etc., y lo prueban los expedientes de cargos (*cahiers de charges*) que, impresos, tenemos á la vista.

XII

Dícese que los ferrocarriles deben ser de propiedad nacional y así lo cree nuestro gobierno. Pero estando en Chile no pueden dejar de serlo aunque se construyan por extranjeros, pues no se comprende el extranjerismo de los capitales cuando se trata de obras radicadas en el país. ¿Acaso las líneas férreas después de construídas, podrían sacarlas y llevárselas el extranjero? Sólo el señor

Presidente del Senado puede pensarlo así: «él no acepta (dice) la venta de nuestros ferrocarriles y *mucho menos á extranjeros,*» como si el país se arruinara introduciéndoseles nuevos capitales! como si los que vengan á ejercer aquí la industria de ferrocarriles no estuvieran sujetos á la mismas leyes que el común de los ciudadanos!

Comprendemos en los socialistas esa adoración por el Estado que según ellos debe serlo todo, monedero, vendedor de tabacos y de huanos, dispensador del crédito y hasta acarreador de hombres y mercaderías; pero no podemos explicarnos tales opiniones en hombres de otras escuelas, ni sabemos por qué hayan de equipararse los ferrocarriles con los ríos y los caminos públicos. Del Estado son estos últimos, porque su uso, como el de la luz y el aire, es libre y común á todos los habitantes del territorio. Los caminos se andan sin pagar peaje y los ríos también se pasan gratis, salvo que se ahoguen los pasantes; mientras que los ferrocarriles, cuya construcción y explotación son carísimas no trasportan bulto ni pasajero sin el competente derecho de flete. Los unos son públicos, aprovechan en igual grado á todos los ciudadanos y justo es que todos los costeen, puesto que les sirven sin retribuirlos: los otros no aprovechan inmediatamente sino á ciertas localidades y son un verdadero producto industrial de que nadie puede servirse sino pagando su valor.

Las diferencias no pueden ser más marcadas. Pero si á pesar de ellas se quiere que los ferrocarriles sean del Estado, no encontramos motivo alguno para que dejen también de serlo los molinos, las máquinas de elaboración y beneficio, las casas de provisiones, almacenes, pulperías, haciendas, minas, etc. Lucido saldría el Estado adueñándose de tales propiedades! Su administración le costaría

el duplo que á los particulares y no daría por resultado sino la ruina de las industrias. Por fortuna, el principio absorbente del gobierno se ha limitado por esta duda con que terminó su discurso senatorial el señor Ministro del Interior: «Quién sabe (dijo Su Señoría) si vendiendo el Estado sus ferrocarriles no ganaría aprovechando esa circunstancia para emprender otras obras públicas de grande utilidad!»

Nada sería tan acertado como convertir en un hecho esta hermosa expectativa. Considerados nuestros ferrocarriles fiscales por lo que sirven, lo que cuestan y lo que producen al país, forzosamente habrá de confesarse que ellos no pueden convenirnos como negocio remuneratorio ni como empresa industrial. Muchos años pasarán para que suceda lo contrario y en este tiempo el capital reproductivo que ellos han inmovilizado podría muy bien centuplicarse.

Para conocer esta verdad basta comparar el interés corriente del dinero entre nosotros con el producto de las líneas construídas: bajados sus gastos ellas no darán ni la mitad siquiera del beneficio que ordinariamente rinde aquí la propiedad territorial. Aunque no tendremos datos exactos hasta que estén algunos meses entregadas al público, bien podríamos hacer desde luego estudios comparativos con el rendimiento de otras líneas análogas; pero tal trabajo necesariamente sería incompleto y mejor es que aguardemos á ejecutarlo sobre cifras auténticas. Sin embargo, un escrito reciente del señor J. E. Ramírez contiene á este respecto demostraciones claras como una verdad matemática y que hasta hoy han quedado sin rebatirse. Y en efecto, para probar la importancia de nuestros ferrocarriles gubernativos no bastan ilu-

siones ni cálculos quiméricos sobre los beneficios de la industria, sino que se *necesitan* hechos y resultados *prácticos*, que demuestren la verdad de esas expectativas. Pronto, muy pronto, conoceremos los resultados y ojalá que ellos vengan á desvanecer nuestros temores!

Pero se ha dicho y se repite que al considerar malos nuestros caminos de hierro como negocio remuneratorio se parte de una base falsa, pues que ellos no son exclusivamente empresas industriales sino que cambian de carácter desde que se ejecutan por cuenta del Estado. Quiéres pues que las vías férreas se estimen antes como empresas nacionales que como obras de especulación ó de industria, y *partiendo de aquí se sostiene que es punto* secundario el cálculo de las ganancias ó pérdidas, llegándose hasta afirmar, «que por lo mismo que las empresas de ferrocarriles son malas para la industria particular, por eso mismo es que el Estado debe tomarlas de su sóla cuenta.» Esta es la cuestión francamente colocada, sin ambajes ni hipocresías; pero por poco que se la estudie, siempre resultará que si esas empresas no son buenas entre nosotros como negocio remuneratorio, todavía son mucho menos si se ejecutan como obras nacionales ó fiscales.

XIII

Nadie duda que los caminos de hierro son un bien grandísimo para los pueblos y que los nuestros están llamados á vivificar el tráfico, á multiplicar las transacciones y el cambio de ideas y de hombres y á fomentar poderosamente las industrias y las riquezas del país. Pero nadie

puede negar tampoco que esas obras, por el modo como se hicieron desde su principio las de Valparaíso y del Sur, han creado al erario nacional una situación económica, angustiada, peligrosa y digna por lo mismo de los estudios de la legislatura, del gobierno y de cuantos tengan interés por los negocios públicos.

Conocidos, hasta del vulgo, son los desaciertos y los errores cometidos hasta colocarlos en su estado actual, pero aunque se lograse repararlos todos (lo que desgraciadamente es ya imposible) y aún cuando ellas terminen por unir á la capital con Talca y Valparaíso y aún si se quiere con Chillán y Concepción, quedarán todavía por resolverse otras cuestiones que despiertan esas grandes empresas cuando se llevan á cabo por cuenta del fisco.

Deber del gobierno es dar impulso á la industria y á la riqueza nacional: esa es su misión y ahí está el beneficio público que es á lo que principalmente debe propender. Si el Estado tuviese fondos disponibles, no habría duda alguna, los ferrocarriles serían para él un objeto de primordial colocación. Pero faltan los capitales, preciso es traerlos del extranjero y pagar sus intereses y el fondo de amortización, y los caminos de hierro que en los Estados Unidos producen el 6 por ciento, en Francia el 5 y en Inglaterra el 4, no alcanzarán á dar en Chile ni siquiera el 2 por ciento.

Siendo así, ¿cómo y de dónde cubrir el déficit anual de un 6 sobre los fondos tomados en préstamos al 8 por ciento? el dinero no desciende milagrosamente á los cofres de nuestra tesorería, los intereses debe el fisco pagarlos por semestres y si los ferrocarriles no producen para ello, tendremos forzosamente ó que aumentar nuestra deuda año por año, ó que gravar con nuevas cargas las mismas in-

dustrias que tratamos de favorecer, ó que resignarnos á dar por compensada esa pérdida incesante y, cada vez mayor, con el incierto y paulatino progreso de la riqueza general.

Decir que «por lo mismo que las empresas de ferrocarriles son malas para la industria particular, es por lo que el Estado debe tomarlas bajo su responsabilidad,» no sólo es decir una paradoja sino un contrasentido económico manifiesto y por tanto inútil de rebatirlo seriamente. Para el Estado, como para los individuos, todo negocio improductivo es una pérdida de capital. Obligación suya es mejorar la viabilidad interior y tratar de acrecer por discretos medios la riqueza individual y pública. Los buenos caminos son un excelente vehículo de prosperidad, pero no lo son menos la instrucción y la justicia, y así como sería temerario pretender que el Estado esté obligado á poner una escuela y un juez en cada casa, así es ridículo querer obligarle á que cruce de ferrocarriles á vapor territorios cuya población y producción sólo pueden dar un reducido tráfico. Y si el crédito público se compromete para empresas semejantes, desde que su rendimiento sea menor que el interés de los capitales y el desarrollo del país, claro está que éste sufre una real y positiva pérdida.

Fuera de los caudales disponibles con que el gobierno contribuyó á los trabajos de los ferrocarriles de Valparaíso y del Sur, es sabido que para su prosecución se han emitido obligaciones por más de 13 millones de pesos, cuyos réditos, con la diferencia del cambio y el fondo amortizable, suben á cerca de un millón de pesos por año. Quiera Dios que entregados ahora al tráfico, y, después de cubrir sus costos de explotación, ellos dejen como producto neto siquiera el tercio de esta suma!

Atendiendo sólo á consideraciones generales, nadie podrá dudar que la primera de esas líneas traerá grandes bienes por el simple enlace de la capital con su gran puerto marítimo: ella viene á satisfacer necesidades positivas de la industria y del tráfico y basta eso sólo para que lo gastado tenga amplia retribución. En cuanto á la línea del Sur, tampoco negamos que si ella se continuase, su tarifa sería más baja que lo que se paga actualmente por los medios usuales de acarreo. Esto sólo hace conocer las ventajas que el público encontraría en servirse de esa vía nueva, pues que, pasajeros y carga la preferirían, y para alimentarla se contaría no sólo con el movimiento actual, sino con el desarrollo rápido y creciente de la producción y del trasporte. También es indudable que el servicio público de esas provincias y la capital se haría entonces más fácil y económico: el correo, los caudales, las tropas, los artículos de provisión y del estanco, todo iría en más breve tiempo por el ferrocarril y á menos costo. El contacto de los pueblos haría también que en las extremidades y en todo el tránsito de la línea, se abriesen á la industria y á la sociabilidad nuevos horizontes, de donde saldría, en más ó menos tiempo, un incremento notable de riqueza y de progreso general.

Nadie puede poner en duda estas ventajas, porque un ferrocarril, desde que fomenta las industrias y acrece los valores, es por sí sólo una fuente de prosperidad. Particulares y gobierno todos ganan con él, todos aprovechan de sus beneficios. Raros individuos, por ejemplo los acarreadores y fleteros, se verían accidentalmente dislocados, pero luego utilizarían del nuevo estado de cosas. Los agricultores y menestrales, el artesano, la mujer, el simple gañán, vendrían á los puntos donde los llamase la nueva activi-

dad comercial, otros quedarían explotando sus industrias con menos concurrencia y el bien se operaría, el progreso se haría efectivo y la ganancia pública se repartiría entre los ciudadanos sin dañosos sacudimientos y sin que el mal de algunos contrastase con la conveniencia de todos.

Pero éste es sólo uno de los lados de la medalla. ¿Y el otro? ¿qué pasajes ni qué fletes cubrirían los costos de producción y explotación de la nueva línea? ¿bastarían el tráfico y la riqueza actual, ni aún doblados que fuesen, para cubrir los gastos de un ferrocarril tan dilatado? Inglaterra y Bélgica no invierten menos de 10 mil pesos anuales en la explotación de cada quilómetro de sus caminos de hierro, y en Francia hay líneas, como la de Amiens á Boulogne, que atraviesan lugares industriosos y poblados y gastan sin embargo más del 55 por ciento de su producto. Juzgando por analogía ¿qué sucedería en un ferrocarril como el de San Fernando á Chillán que sólo recorrería enormes distancias de campos yermos y solitarios? «Hay muchas maneras de concebir los caminos de hierro, de ejecutarlos y adaptarlos á las necesidades de los pueblos (dice el *Dictionnaire de Commerce*); pero es locura aspirar á ese perfeccionamiento y gastar millones en países que no pueden dar durante largo tiempo sino un tráfico limitadísimo.»

XIV

Convenimos de buen grado en que los ferrocarriles son, como se dice «la perfección de los buenos caminos,» y en que mientras mejores sean las vías de comunicación, mayor debe ser y más activo el progreso intelectual, moral

y material del país. Pero es preciso no hacerse ilusiones sobre la verdadera misión de los gobiernos y sobre lo que ganará el Estado con la mayor actividad de las industrias y con que hombres y mercaderías hayan alcanzado un trasporte fácil y barato. Eso sería tomar los efectos por la causa y olvidarse de que, aquí como en todas partes, los caminos de hierro no son el origen, sino más bien la consecuencia y como el complemento de las otras conquistas del progreso.

La Europa no puede vivir sin ellos porque responden á una rigurosa necesidad de su existencia. Ella tiene millones de habitantes donde nosotros sólo tenemos yermos y despoblados campos. Sus ciudades, sus industrias, sus costumbres y hasta las artes y las ciencias, que ella cultiva con afán, requieren una comunicación continua, frecuente, activísima; en tanto que, Chile, con sus poblaciones diseminadas, su escasa producción y su limitado comercio, apenas puede ocupar durante la cosecha los cortos elementos de acarreo con que cuenta en la actualidad.

Y si á pesar de estas ventajas de la Europa y de lo bajo que es allí el interés de los capitales, todos sus gobiernos, aceptando las sanas doctrinas económicas jamás han querido encargarse de la ejecución y menos aun la dirección de los caminos de hierro, ¿qué diremos del nuestro que expontáneamente los prohija, y que, favoreciendo empresas improductivas, tiende á forzar por medios tan costosos el desarrollo de una industria que se quiere hacer *nacional* y pública cuando sólo debiera ser *individual* y privada? «Los ferrocarriles bien comprendidos (dice Teisserenc, una de las notabilidades de la Francia en este asunto), deben emprenderse y costearse teniendo siempre en mira el grado de riqueza, de actividad comercial y de

adelanto de los pueblos que estén llamados á servir. Si es racional adquirir una línea férrea muy económica, invirtiendo fondos considerables cuando se cuenta con una circulación activísima, sería insensatez proseguir la ejecución de vastos caminos de hierro en países cuya industria y población sólo pueden rendir mediocres resultados.»

Pero este juicio que no es sino la expresión del buen sentido y que coincide hasta en sus términos con la de los infinitos escritores que en libros y periódicos hablan de ferrocarriles, adquiere doble fuerza cuando se trata de convertir esas obras en empresas nacionales á cargo y bajo el exclusivo manejo del Estado, porque nadie ignora ya que en estas materias el verdadero progreso esta en desarrollar la actividad privada y en minorar, cuanto más se pueda, la tutela administrativa. Demasiado vasta es de suyo la tarea de nuestro gobierno para recargarla con la construcción y administración de grandes líneas de caminos de hierro, emprendidas por mera vanidad gubernativa y llevadas á cabo por un falso orgullo nacional, desatendiendo las condiciones de todo trabajo industrial y sin querer tomar en cuenta los inconvenientes y las pérdidas que podían traernos esas obras excesivamente superiores á nuestras necesidades y recursos.

Se habla mucho de los ferrocarriles como *empresas nacionales* para contraponerlos á las empresas industriales y sostener que nada importa en ellos el cálculo de las ganancias ó pérdidas; pero la verdadera industria y la prosperidad bien entendida del país están altamente interesadas en no dejarse extraviar por esas falsas ideas de protección sobre las que pesa hoy en todos los pueblos cultos el más legítimo descrédito. Empresa de trabajo

nacional se llamó en Francia, en 1848, la de los célebres talleres industriales y así se ha calificado, en España, la protección otorgada á las fábricas algodoneras de Cataluña. Para favorecer el trabajo nacional de fierros y aceros, la Francia ha estimulado también por largos años el monopolio de ciertas empresas metalúrjicas. Pero ¿quién ignora hoy los millones sacrificados estérilmente, ni los tristes resultados que á la industria y el progreso de ambos pueblos ha traído ese loco estímulo, acordado á industrias imposibles de sostenerse con la concurrencia y el comercio libre? ¿Quién desconoce los funestos efectos de la protección exajerada en materias industriales? Hay quién ignore lo que la Francia misma ha sufrido por causa de su fiebre de caminos de hierro, así como la Inglaterra con los excesos de sus especulaciones fabriles y los Estados Unidos con el abuso de su papel moneda? ¿A qué traer sobre nosotros cataclismos semejantes? ¿Acaso no bastan como lección los rigores de la crisis que atravesamos desde hace cuatro años?—Por eso creemos que sólo el desconocimiento de las teorías y de los hechos económicos y el olvido y el desdén de la experiencia adquirida, pueden hacer que se aconseje á Chile el embarcarse en nuevas empresas férreas, sin estudios previos y como para dar un funesto rumbo á su actividad, á sus recursos y á su crédito.

XV

La hipoteca de las rentas públicas y las angustias del Estado para tener caminos de hierro, se explican bien en pueblos que ven satisfechas todas sus primordiales necesi-

dades. En el orden de los trabajos públicos, los ferrocarriles son la sola exigencia y aun el principal negocio de pueblos como aquellos, que se ven forzados á dedicar á esta industria un interés preferente y gran parte de sus recursos disponibles. La acumulación de capitales ahorrados y que demandan colocación dejan allí frecuentemente millones de pesos que pueden cada año irse consagrando á empresas inmuebles. En muchos de ellos sobran capitales, obreros y materiales. El desarrollo de la industria de ferrocarriles ha creado hábitos de trabajo y una experiencia tal que se han hecho como del dominio público, y el poder de la mecánica y el empleo de las máquinas que explotan y elaboran el hierro, así como la baratura del capital y de los jornales, hacen por fuerza que esos pueblos vean vinculados sus progresos industriales y comerciales y hasta su importancia política en la posesión de vastos ferrocarriles.

Dedúcese de esto mismo toda la importancia y el progreso social que realizan tales vías.—Y entre nosotros, ¿cuán grande y útil no sería tener unidos por una línea férrea á Valparaíso con Chillán y los puertos de Concepción?—Más que ciego se necesitaría ser para no verlo. Pero proseguir los trabajos desde San Fernando al sur, ¿dejará beneficios ó pérdidas?—Y hecha por cuenta del Estado ¿bastará el tráfico actual, ni aún el de muchos años, para cubrir siquiera los gastos de la línea continuada?—Calculado su costo, nosotros pensamos que nó, y lo propio dirán cuantos juzguen del negocio desapasionadamente y sin hacerse ilusiones, porque las circunstancias del país, y, lo despoblado del territorio que se trata de recorrer, harán largo tiempo improductivo semejante destino de capitales. Fuera de que cualquier empleo de fondos para negocios industriales debe producir aquí un interés

análogo al de las demás industrias con que se nivela, y nosotros no contamos con recursos propios, ni nos encontramos en el caso de los pueblos europeos, sino que, al contrario, tenemos muchas otras necesidades más premiosas y más útiles á que atender con preferencia. Y ciertamente que el problemático acrecimiento de riqueza que esa nueva línea debiera traernos no basta para echar sobre el Erario tan cuantiosas gabelas, ni para sacrificar al entusiasmo loco del presente, las seguridades del porvenir, ni menos para gravar nuestras rentas, descuidar importantes servicios y comprometer á las generaciones futuras con el pago de fuertes deudas, sólo por la vanidad de poseer grandes ferrocarriles trabajados por el Estado, que apenas lograrán rendir un mezquino interés, insuficiente para cubrir los que reclaman las deudas por ellos contraídas.

Para los gobiernos, como para los individuos, ningún negocio es bueno sino cuando la suma que produce excede, en provecho moral ó material, al interés de los capitales consumidos ó invertidos: en caso contrario, siempre hay pérdida. Y no se nos venga con la quimera de la *empresa nacional*, del *trabajo nacional*, ni del paulatino pero forzoso incremento de la *fortuna nacional*. Lo que importa es el resultado definitivo, la diferencia entre los capitales consumidos y producidos; en suma, el acrecimiento verdadero de la riqueza ó la disminución de ella.

Los ferrocarriles emprendidos ó garantidos por el Estado no pueden juzgarse sino por esta regla general de los trabajos industriales, porque ellos son sólo un grande negocio industrial, y si son otra cosa, nosotros no sabemos cómo deba considerárseles, sea en lo económico ó sea en lo administrativo y lo político. Pero aun hay más, y es que encomendada su dirección y su inspección á los

agentes del gobierno nadie se empeña directamente en la conservación y rendimiento de los capitales comprometidos, á nadie interesan las economías que pudieran hacerse, como tampoco las ganancias, y con tal sistema jamás se asocian íntimamente el hombre y los capitales. Todo lo contrario sucede con la libertad de esa importante industria, pues entonces siempre son proporcionados el trabajo y su remuneración, la responsabilidad es directa, completa é inevitable y el éxito infinitamente mayor y más seguro que cuando la empresa se lleva á cabo por cuenta de la autoridad. Por eso hoy los gobiernos como los individuos están persuadidos de que el más poderoso estímulo del trabajo es la actividad expontánea que imprime el interés á los negocios humanos. La única ley que hoy preside y determina las labores todas, privadas ó públicas, materiales ó inmateriales, nacionales ó ejecutadas por extranjeros, es la utilidad, y de ahí proviene que en país ninguno se paga ya con los dineros del Estado la introducción de ciertas industrias que no riuden en proporción de lo que cuestan.

Tan evidente es esta verdad, sobre todo en materia de caminos de hierro, que no sólo los pueblos que abren la marcha del progreso, sino aun aquellos que siempre han desconocido las máximas del buen gobierno, (la Turquía, por ejemplo), comienzan ya á observarlas en este punto con todo rigor. ¿Quién lo creyera? La Sublime Puerta, ese bello ideal de los gobiernos absolutos, lejos de imitar á algún pueblo cristiano enloquecido por hacerse empresario de ferrocarriles, en lugar de imponer sus pachás, sus ingenieros y sus recursos propios para la ejecución de esas obras, ha abdicado completamente su iniciativa y entregádolas á la dirección y ejecución de los capitalistas ingleses.

Es la Inglaterra quien ha dotado á la Turquía con sus caminos de hierro. Empresarios y compañías inglesas lo han hecho todo. El campo estaba abierto á la libre concurrencia y los ingleses se han presentado casi solos. El Sultán no se habría mezclado en nada si las compañías mismas no hubiesen querido imponerse ciertas obligaciones reglamentarias para poder reclamar á su turno una corta garantía de intereses á favor de los capitales comprometidos.

«La Sublime Puerta (dice *La Revista Británica*, hablando de este grave negocio) no podrá jactarse de haber estudiado la cuestión bajo el punto de vista económico, ni de haber decidido con conocimiento de causa que la empresa privada era la más ventajosa al país. Sin agravio del Sultán, preciso es confesar que es la indiferencia y no la ciencia quien ha resuelto la cuestión. Pero esto ¿qué importa si el resultado es el mismo? Supóngase que los turcos, en vez de imitar á la Inglaterra hubiesen imitado á algún otro gobierno, comenzando ellos mismos por proyectar y construir sus principales líneas: su empresa habría indudablemente fracasado y el chasco, que habría sido grande y costoso, habría postergado los caminos turcos hasta las calendas griegas, pues la naturaleza del suelo y las condiciones sociales del imperio les eran adversas.»

XVI

Y bien, ¿por qué no ha de seguir Chile igual ejemplo siquiera para continuar sus líneas en proyecto? Ya que las que hoy tenemos no se hicieron así, como lo aconsejó muchas veces la prensa y como lo requerían

hasta los principios más vulgares del sentido común, ¿por qué nuestro ilustrado gobierno ha de mostrarse en esa materia más anti-económico aún que el de Turquía? Á pesar de la imprudente autorización de la ley de 13 de diciembre de 1862, ¿no creerá de su deber poner pronto atajo á esa manía de cruzar el país de ferrocarriles sin estudios previos, sin juiciosos cálculos y sin tomar en cuenta, para realizarlos á costa del Estado, ni las circunstancias y necesidades del país, ni las condiciones imprescindibles sobre que reposan el acierto y la prosperidad de toda empresa industrial?

Pero no es todo construir caminos de hierro con fondos tomados á interés y pasando sobre las dificultades de la despoblación y accidentes del territorio, de los grandes ríos y de nuestra inexperiencia en trabajos de ingenio civil: quedan todavía las dificultades de la explotación y los enormes gastos que ella demanda para administrar, vigilar y fiscalizar; el conservar y reparar las estaciones, terraplenes, puentes y acueductos; los sueldos de numerosos empleados y en fin, los gastos de ruta que abrazan el servicio de mantención y conducción de las locomotoras y trenes, así como el mantenimiento de la vía permanente. Estos gastos, en los caminos explotados con más economía, que son los belgas, se elevan á 54 por ciento en el central que va de Bruselas á la frontera de Francia, á 65 por ciento en el que se dirige á Prusia, y á 94 por ciento en el del Oeste que une á Malinas con Ostende y Gante [1]. Y si tal es el gasto de los ferrocarriles más reducidos y mejor administrados del mundo, ¿qué sucederá en los nuestros, donde naturalmente deben ser

1. *Dictionaire de Commerce et navigation. V. Chemins de fer.*

más los empleados, mayores las distancias y muchísimo menor el movimiento de mercaderías y de pasajeros?

El desistimiento de toda tutela gubernativa en materia de ferrocarriles no es cosa nueva, ni es sólo teoría inglesa, sino que es hoy un principio universalmente seguido en la práctica de todos los pueblos ilustrados. Los Estados Unidos y la Suiza, la Prusia y la Holanda, la Rusia y el Piamonte y hasta España, Roma y Turquía han hecho y siguen haciendo sus vías férreas por empresas particulares y con capitales extranjeros, porque han comprendido que así se enriquecen el doble y porque saben que la intervención de la autoridad, en asuntos de trabajo industrial, trae siempre como consecuencia mayores gastos, viola los principios de equidad en la industria, facilita el derroche de los dineros públicos y causa muchas veces la ruina de las empresas mismas por la impericia de los hombres á quienes la política y el favor encargan de ordinario el gobierno de esas obras.

¿Y por qué nosotros no hemos de seguir igual sistema? ¿Se han olvidado acaso los enormes dispendios de nuestras obras públicas? ¿No sabemos todos que la simple mayordomía de los almacenes fiscales de Valparaíso costó al fisco 150,000 pesos y la sola compostura de los techos de nuestra casa de Tribunales más de 45,000? Y el reparo de caminos, y la reforma del palacio de la Moneda, y mil otras obras, ¿no nos dicen muy alto que en los trabajos hechos aquí de cuenta fiscal siempre el Estado ha sido la víctima?—Siguiendo, pues, Chile el ejemplo de aquellos pueblos, no sólo se harán de suyo y económicamente las nuevas líneas que reclame la industria, sino que las líneas actuales serán mejor servidas, obtendremos ventajas dando otro fin más útil á nuestros capitales repro-

ductivos y el país entero habrá ganado, no sólo con un mejor reparto de los beneficios sociales, sino con los elementos de poder y riqueza, y ganarán, también las gentes industriosas, que vendrán á continuar y terminar esas obras cuando les llegue su turno.

XVII

Pero aun prescindiendo de estas consideraciones sencillísimas y que se apoyan en la práctica de los negocios industriales, contra la absorción gubernativa de los caminos de hierro tenemos todavía, que estas obras que tantos beneficios traen á la sociedad rara vez remuneran á los capitalistas que las emprenden. El precio de las acciones de ferrocarriles, aun en los pueblos donde son más productivos por la abundancia de capitales y el movimiento de hombres y mercaderías, es una prueba de esta verdad. *Los caminos de hierro son un negocio que la atención pública abandona*, dice el JOURNAL DES ECONOMISTES de Febrero de este año. *Los limitados productos de las principales líneas han contribuído á este resultado, y por eso es que, como especulación nadie quiere ya en Francia los ferrocarriles.*

Este abandono de los caminos de hierro se explica de sobra por su escaso rendimiento, pues los capitales comprometidos en ellos casi nunca producen un buen interés. Cuando estaba en todo su rigor la fiebre de los ferrocarriles, se trató, en Francia, de que el Estado rescatase todas las líneas y las administrase por su cuenta; pero á pesar de los recursos del tesoro y del favor que allí se daba á la especulación, el congreso francés rechazó por una in-

mensa mayoría el proyecto que se le presentó sobre el particular. (Véase para más detalles á M. Chevalier, *Diccionario de Economía Política*, artículo CHEMINS DE FER.)

Ya otras veces han venido á Chile hombres que ofrecían ejecutar el ferrocarril de Valparaíso á Santiago, trayendo del extranjero industria, brazos y capitales, y, comprometiéndose bajo fuertes multas, á entregarlo al servicio en cinco años, por siete millones de pesos y sólo con la garantía de un 6% de interés. Tampoco faltan ahora quienes quieran por su propia cuenta encargarse de prolongar el del Sur hasta Chillán y puede que hasta el Tomé ó Penco. El gobierno sabe bien que tales arreglos no serán difíciles y á nadie pueden ocultarse los beneficios que de ellos reportaría el país. Nuevos horizontes se abrirían á la industria nacional, aumentaríase la riqueza particular y pública con nuevos hombres y capitales, y el Erario no se expondría á graves pérdidas, pues sólo se limitaría á garantir un interés proporcionado á la importancia de la empresa, calculada según datos fidedignos y no sobre suposiciones y cálculos atrevidos, ilusorios y peligrosos.

Juzgando por analogías de territorio, no falta quienes crean que esa obra debe dar aquí iguales resultados que los ferrocarriles centrales de Estados Unidos. ¡Ojalá así fuese! Pero adviértase que los caminos de hierro norteamericanos producen un buen interés porque su costo ha sido muy ínfimo: el que más ha costado 118,000 pesos por quilómetro y el que ménos 13,000 pesos. El más vasto de todos, el de Illinois, que recorre 267 leguas, sólo ha importado á razón de 19,000 pesos el quilómetro y sumando el total de los que recorren aquel vasto territorio, se vé que, por término medio, sólo ha costado cada quilómetro 14,227 pesos, cuando los nuestros y principalmente

el de Valparaíso á Santiago costarán como 80,000 pesos el quilómetro, incluso su equipo, estaciones, maestranza, etc. Adviértase, además, que esos caminos se han construído allí por empresas particulares y no por el Estado. Pero aquí se quiere ó que el gobierno construya y explote por cuenta de la nación, ó que asegure á los empresarios un fuerte interés sobre los capitales que inviertan con poca economía y menos estudio, lo que no puede dejar de ser ruinoso para el Erario si los ferrocarriles de cuya continuación se trata no dan mayores rendimientos que el de Santiago á San Fernando, porque en tal caso es indudable que se tendría que pagar casi todo el minimum de intereses garantidos. Según el célebre ingeniero Allan Campbell, la explotación de nuestros ferrocarriles debe ser también mucho más costosa que la de los Estados Unidos. Por eso estimaba él los gastos anuales de la línea entre Valparaíso y Santiago no menos que en 588,000 pesos, y así es que, calculando su producto en la suma de 800,000 pesos, la entrada líquida quedaría reducida para el fisco á 212,000 pesos al año, cantidad que no alcanza á cubrir el 2% del capital empleado en ejecutarlo y en compra de material rodante, de locomotoras, carros, equipo, maestranza, etc.

Los ferrocarriles de nuestras provincias del norte, emprendidos sin la ayuda gubernativa, pero llamados á satisfacer una necesidad vital para esos pueblos, se han llevado á cabo en breve tiempo y con felicidad porque han contado con el acarreo de metales, carga abundante, fácil y segura y, mediante ella, sus empresarios han obtenido ventajas considerables, en tanto que los iniciados por el fisco y que se continúan como empresas nacionales producen poco, y aún después de concluídos con graves

dificultades y dispendios, por la manera en que se han ejecutado, es muy de temer que no rindan resultados equivalentes á los sacrificios que demanda.

Enajenadas, pues, estas líneas y entregadas á la industria particular como lo recomiendan la experiencia europea y americana y los buenos principios de la ciencia económica, el país tendría disponibles sus capitales y su crédito para atender á servicios más necesarios y más útiles y no por eso se privaría de sus caminos de hierro, sino que, al contrario, los vería adelantados y ramificados más pronto; mayores riquezas vendrían á fomentar nuestras industrias y á multiplicar la producción abaratándola y poniéndola al alcance de los consumidores; se daría empleo á mayor número de brazos y con la introducción de operarios, caudales, ingenieros y mecánicos que acudirían á esas obras, tendríamos pronto en Chile las maravillas del vapor sirviendo en todos sentidos al desarrollo de la riqueza, del comercio y del progreso.

XVIII

CONCLUSIÓN

Como cuanto se diga de líneas que están por terminarse ó que sólo principian á servir á su objeto no puede dejar de ser incierto y aún tal vez inexacto, de propósito no hemos querido entrar en cómputos estadísticos ni en cálculos numéricos para probar la verdad de nuestros asertos. Hay, sin embargo, un hecho práctico incuestionable y es que conocido el estado de la industria y el alto interés del di-

nero en el país, nuestros costosos ferrocarriles gubernativos no sólo no dejarán provechos como negocio remuneratorio, sino que gastarán más y producirán mucho menos que otros ferrocarriles europeos ó americanos desde que aquí faltan la gran masa de habitantes y la activa producción que debieran alimentarlos.

La circulación regular es la primera de las condiciones de todo camino de hierro. Cuando pasajeros y mercaderías se equilibran, los gastos son mucho menores que cuando hay alternativas de mucha y poca carga, tiempos de plétora y tiempos en que faltan completamente el flete y los pasajeros. Pero ¿qué otra cosa que desequilibrio puede esperarse de una línea como la del sur que sólo va á servir á poblaciones agrícolas?—Terminada la cosecha y concluídos los viajes veraniegos, ella no contará sino con un escaso movimiento y así es que sus gastos de conservación y equipo, sueldos, reparaciones, combustible, etc., se harán en muchos meses á pura pérdida.—Fuera de que cada línea tiene sus condiciones de explotación que le son propias y que influyen sobre sus gastos anuales, sea para aumentarlos ó disminuirlos, y las primeras de entre ellas son el adelanto industrial y la frecuencia y actividad del tráfico. Y ¿podrá reunir en mucho tiempo estas condiciones una línea que recorra largas distancias tan faltas de habitantes como de industria y de recursos comerciales?

Colchagua goza ya de todas las ventajas del ferrocarril central y Talca tiene el Maule por cuyas aguas envía sus frutos á Constitución. Además, entre Chillán y aquel pueblo el movimiento de pasajeros es nulo y el acarreo de productos no basta á ocupar una vía férrea, ni la necesitan realmente esas localidades que tienen vías más cortas y

baratas de comunicación con los mercados del litoral. Todo lo contrario sucede con nuestro ferrocarril de Valparaiso á Santiago.—¿Y por qué?—Porque él ha venido á servir á una necesidad imperiosa de la industria y del tráfico, y cualquier sacrificio era aceptable para satisfacerla. Resta sólo que sepamos aprovecharlo y que, deslindando la misión gubernativa de lo que sólo es materia de especulación y de libre comercio, el país recobre sus capitales inmovilizados y se deje á la industria privada y al ahinco del interés individual que lo exploten con ventaja suya y notorio provecho del público.

Por fortuna, al lado de los inconvenientes de nuestros ferrocarriles gubernativos, hemos vistos y palpado, sin salir del país, las ventajas de los construidos y explotados por la industria particular. Los de Copiapó, Coquimbo y Carrizal han surgido solos porque eran una exigencia de esos distritos mineros, marchan bien porque tienen fletes abundantes y aseguran el capital invertido y aún se venden su acciones con premio, porque dan á los empresarios dividendos de 9, 8 y 7 por ciento, al paso que los construidos por la autoridad ó por su intermedio no han dejado sino el 2 por ciento, como el de Valparaiso á Llai-Llai, ó ni siquiera han cubierto sus gastos, como ha sucedido en el de Santiago á San Fernando en este último tiempo. Y, fuerza es reconocerlo, esto sólo nace de que las obras y las explotaciones del Estado son siempre muy caras. Aún en pueblos donde el manejo fiscal de los ferrocarriles es tan económico, los costos de explotación se elevan en algunos, repetímoslo, á tanto casi cuanto montan sus entradas netas. Así pues, si calculamos aquí los productos que sólo deben llegar al tercio de lo que son allá, aún cuando los gastos no sean ni con mucho tan conside-

rables, tendremos averiguada una pérdida fija de dos tercios de intereses, y esto sin tomar en cuenta el mayor rédito que los capitales darían consangrándose al fomento de cualquier otra de las industrias del país.

Dícese, y con sobrada justicia, que hoy no puede concebirse el progreso sin los ferrocarriles; mas por lo mismo que ellos son un grande elemento de prosperidad, son también un gran peligro cuando no se adaptan á las necesidades de la producción ni á las condiciones inmutables del trabajo y de la industria. Si, pues, los que Chile ha construído ó rescatado por cuenta fiscal sólo ofrecen pérdidas porque no alcanzan, ni alcanzarán en largo tiempo á cubrir el interés de los capitales tomados á préstamo para realizarlos, es claro, incuestionable, evidente, que lo más acertado sería venderlos á compañías extranjeras que paguen sus costos y vengan á explotarlos con ventaja suya y de la sociedad. Así el país se enriquecerá doblemente, pues conservará sus ferrocarriles mejorados y perfeccionados y recobrará el importe de su construcción; consagrará á mejores usos sus fondos reproductivos; volverán á la industria los capitales que la fomentaban y que, reducidos como eran, no debieron jamás esterilizarse consagrándolos á empresas inmuebles; no tendrá el Estado que compensar sus pérdidas anuales con el acrecimiento incierto y paulatino de la riqueza general; y en todo caso, aún cuando se vendiesen las líneas á compañías extranjeras por menos de lo que cuestan, siempre es un hecho que la nación seguiría sirviéndose de ellas como al presente y aún con mayor economía y seguridad para el público.

Sabemos que se nos objetarán los reclamos diplomáticos, pero este no es más que un temor vano y pueril. Para evitar del todo esos reclamos, lo mejor sería cerrar nues-

tros puertos al extranjero y aislarnos y enclaustrarnos como la China ó el Paraguay. Esto es absurdo. Los extranjeros que vienen á Chile con sus capitales y su industria, con sus nuevos métodos, su ciencia y su laboriosidad, sobre ser para nuestro pueblo un verdadero catecismo, de estímulo y ejemplo, se someten á las mismas leyes que nosotros en el ejercicio de su profesión, y no hay más razón para temer reclamaciones por asuntos de ferrocarriles que por las fábricas que los alimentan, ó por el pago del capital y los intereses de la deuda que contrajimos en Inglaterra para construirlos.

La razón verdadera que podria alegarse contra la venta es la del monopolio que, á falta de competencia, podria implantarse en esas líneas sin rivales y vendidas tal vez á codiciosos especuladores. Pero esta es una objeción más aparente que real, más especiosa que sólida y nacida ó de un nacionalismo estrecho, ó bien del desconocimiento de las condiciones elementales de toda empresa industrial. Como el europeo sólo trata de asegurar para sus capitales un módico interés, el gobierno podria reservarse el derecho de intervenir en las tarifas pasando los productos del 5 por ciento. Sucede, además, que en los ferrocarriles la baratura crece á medida que la carga aumenta y como el movimiento de mercaderías y de pasajeros se desarrolla proporcionalmente al precio del trasporte, resultaria forzosamente que, por consecuencia de esa acción y reacción continua, los empresarios mismos encontrarían su ventaja en la baratura para evitarse toda concurrencia y poner en armonía su interés con el del público. Obrando de otra suerte, es claro que se arruinarian ó al menos no sacarian provechos del negocio, y el europeo sabe demasiado para no comprender la estrecha mancomu-

nidad de intereses que, entre el productor y el consumidor, crean siempre las empresas de trasporte.

XIX

Como resumen de lo expuesto, creemos que no pueden negársenos con *fundamento razonable* las siguientes consecuencias:

Primera,—que si la ciencia económica no prohibe á los gobiernos el que sean empresarios y administradores de caminos de hierro, por lo menos la ley de la conveniencia y hasta los dictados del simple buen sentido, al decir de todos los economistas célebres, les aconsejan no usar jamás, ó sólo en casos rarísimos, de semejante atribución *facultativa*.

Segunda,—que nuestros ferrocarriles gubernativos no han traído consigo sino errores, desengaños y dispendios, neutralizando su grande influjo en los progresos del país la circunstancia fatal de no ser ellos buenos para nosotros como negocio remuneratorio.

Tercera,—que la protección acordada por el Estado á las líneas de Valparaíso y San Fernando no ha sido más que un ensayo industrial arbitrario, un estímulo artificial é inútil, puesto que en menos tiempo y con menos costo las habríamos tenido hechas por el extranjero, sin necesidad de empeñar nuestro crédito y sin arrebatar á la angustiada industria nacional los capitales y brazos que estaban vivificándola.

Cuarta,—que si los ferrocarriles no se arriendan después de concluídos, no es porque no sean arrendables como se ha dicho, pues lo contrario se ve frecuentemente

en Inglaterra y Alemania, sino porque de ordinario los explotan las mismas compañías que los construyen, cosa que no hacen ni deben hacer nunca por su cuenta los gobiernos.

Quinta,—que el Estado tanto ó más que los particulares está sometido á las severas leyes que rijen el trabajo industrial, y para él, como para los individuos, donde quiera que haya una inversión improductiva de capitales hay real y verdadera pérdida.

Sesta,—que en la construcción de nuevos caminos de hierro chilenos el gobierno debe limitarse á estudiar las líneas ó ramales que se proyecten, auxiliando simplemente á las empresas particulares que tarde ó temprano habrán de realizarlo por su cuenta, si es que lo requieren las necesidades de la producción y del tráfico.

Séptima,—que las acciones que no pertenecen al Estado en el ferrocarril del Sur deben comprarse á los plazos que indica el proyecto del ejecutivo, pero no por su precio nominal, sino por el valor que tengan en el mercado, tanto más cuanto que el erario abona sobre ellas un fuerte interés no siéndole su adquisición ni productiva ni urgente.

Y, finalmente,—que como ni la experiencia ni la ciencia aconseja á los gobiernos que se hagan empresarios ni mucho menos gerentes de caminos de hierro, los que tenemos como empresa fiscal deben venderse á compañías de capitalistas extranjeros, tanto para reembolsar sus costos y tener con qué cubrir los intereses de nuestra deuda exterior, como para impulsar los adelantos de las otras industrias y dar un mejor empleo á los capitales y al crédito nacional.

Basta, por Dios, basta de ensayos en materia de ferrocarriles gubernativos! Recoja Chile sus fuerzas y aprovechándose de la experiencia adquirida, haga un uso más útil de sus elementos de riqueza y de poder. Los estímulos industriales arbitrarios, nunca, ó casi nunca, han producido los resultados que esperaban sus autores; han turbado si la industria sin excitar la producción ni la riqueza de un modo verdaderamente provechoso y tal ha sido el efecto de nuestros ferrocarriles fiscales.

Demasiado hace aquí el gobierno con velar sobre el cumplimiento fiel de las leyes, la moralidad de los empleados y el respeto al derecho de los ciudadanos. ¿Para qué ha de convertirse en gestor de empresas industriales ni en negociante de fletes y trasportes? «La libertad de la industria, acaba de decir el hábil Dupin, es para los gobiernos y los individuos un bien tan grande, una condición tan necesaria de poder y de progreso, que sus derechos deben dominar siempre sobre todas las teorías, sobre todas las concepciones, sobre todos los proyectos, aun cuando tengan el fin más laudable.»

La superabundancia de los capitales y lo bajo de su interés así como la falta de buenos negocios remuneratorios, tienen hoy á la Europa trabajada por la fiebre del agio. El europeo acudirá, pués, al llamado que le hagamos y vendrá gustoso á encargarse no sólo de la adquisición, sino de la terminación y explotación de nuestros ferrocarriles fiscales, con ventaja suya y provecho inmenso para el pais. La actividad natural de la industria, la rectitud de sus tendencias y la abundancia de sus recursos, bastan para convencernos de que lo mejor es que nuestro ilustrado gobierno los abandone á su propia energía, y limite él su acción á consolidar en la patria el imperio de la justi-

cia, de la moralidad y la libertad! Esto solo hará su gloria, no la protección ni el ejercicio de empresas industriales que para el poder son siempre caras, difíciles y peligrosas.

LAS SOCIEDADES ANONIMAS

Ó

EL CRÉDITO Y LA RIQUEZA EN CHILE

(Discurso leído ante la Facultad de Humanidades, en la Conferencia pública celebrada el 23 de diciembre de 1871. [1])

I

Si volvemos la vista veinte años atrás y observando el camino que hemos recorrido lo comparamos con el que en este tiempo han andado otros pueblos, no podremos menos de admirar el desarrollo extraordinario que ha tenido el nuestro en todas las esferas de su actividad, pero principalmente en las industrias y el comercio, el tráfico y los cambios, la instrucción y la riqueza tanto privadas como públicas. Este progreso es tan notorio que no ha menester comprobarse con citas ni apreciaciones históricas ó estadísticas. Basta haber vivido un poco y tener algo de memoria para conocer la enorme distancia que media entre el Chile de hoy y el Chile, por ejemplo, de fines del go-

---

1. Folleto publicado en Santiago, Imprenta Nacional 1872.

bierno Búlnes. Más que de toda otra época, es de ahí de donde arrancan los adelantos positivos y múltiples que el país ha hecho y que bastarían á enorgullecernos si no creyéramos en la ley de la perfectibilidad y si no supiéramos que todo progreso engendra necesariamente en la sociedad otros mayores y más fecundos.

Hay, sin embargo, un punto en el que esos adelantos han sido más notables y más útiles por lo mismo tal vez que eran en ese punto los menos apetecidos y los menos esperados. Al decir esto me refiero al crédito que en aquella época no existía legalmente, y era apenas considerado como una quimera ó como una peligrosa y falaz ilusión. Sin duda, señores, que no lo habéis olvidado. Tratóse entonces de fundar por una compañía á la vez colectiva y de accionistas y con él hoy tan conocido título de *Banco de Chile*, la primera institución bancaria ideada entre nosotros. El gobierno la autorizó; pero el alto comercio de Valparaíso, que era en aquel tiempo como el cuarto poder del Estado, se propuso destruirla minándola por su base y á poco esfuerzo lo consiguió sin dificultad. Alarmado de los peligros del crédito ó quizá por seguir gozando en paz de sus primicias, nombró una junta de diez y seis de sus miembros más repetables para que vinieran á representar al Ejecutivo los graves inconvenientes de los bancos de emisión. La comisión llegó á Santiago y agitó los ánimos, movió todos los resortes y el resultado fué que, á poco andar y revocando su anterior acuerdo, el gobierno acordó y decretó; «*que el Banco de Chile no podría emitir billetes de crédito pagaderos al portador á la vista ó á plazo, por no ser ellos admisibles en juicio, ni poder tampoco transferirse entre particulares por faltarles el endoso.*»

Este decreto, que si no fuera el atraso del tiempo parecería arrancado á la malquerencia por la emulación, lleva la fecha de 17 de abril de 1850 y figura en el Boletín de las Leyes, lib. 18, núm. 4.—La Corte Suprema que dictaminó, aconsejándolo, se fundaba: *«en que el Banco tenía entre sus operaciones no sólo las de cambio sino la de consignación y emisión de billetes, reunión*, decía, *que la ley no quiere se verifique directa ni indirectamente en caso alguno.»* Y por su lado la comisión de comerciantes agregaba *«que la circulación de billetes iba á irrogar al país los mayores perjuicios y que si ella tuviese efecto, el comercio suspendería sus operaciones á crédito y la actividad de las transacciones mercantiles padecería con menoscabo de los intereses de todos.»*

Mucho han variado las cosas de entonces acá y tanto, señores, que casi somos hoy en esta materia el reverso de la medalla. Pero, ¿qué ley era aquella que suponía reñido al crédito con las consignaciones y los cambios? ¿Por qué no se ha observado después ni tampoco el supremo decreto citado, sino que, al contrario, se ha permitido y facilitado tal vez hasta el exceso la circulación de la moneda fiduciaria? Los daños y peligros de su admisión ¿qué se hicieron? Y ¿cómo es que la circulación de billetes prohibida entonces, lejos de restringir el crédito como lo aseguraba el alto comercio, lo ha fundado y desarrollado multiplicando los negocios con provecho mutuo de los banqueros y del país?

Cuestiones son estas que pueden mirarse ya como de historia antigua y que no hay para qué debatir porque las luces y el tiempo las han resuelto en el sentido más satisfactorio. Yo no hago sino indicarlas como punto de partida de nuestra situación actual y sólo para que se vea, con

un ejemplo práctico, todo el camino que en pocos años hemos andado en materias de administración pública como de teorías comerciales y de instituciones de crédito.

II

Algo semejante ha sucedido con las sociedades anónimas. ¡Qué de dificultades para fundarlas y consolidarlas, comenzando por las del «Porvenir de las Familias!» ¡qué de obstáculos y desconfianzas no han tenido que vencer! ¡cuántos empeños y propagandas y promesas de gruesos dividendos no se han necesitado para persuadir á los accionistas de las ventajas de la asociación? Va para treinta años, señores, que se fundó entre nosotros la primera sociedad por acciones. Fué una que se llamó «*Compañía de Diligencias,*» con capital de 40,000 pesos, y cuyo objeto no era otro que conducir pasajeros y equipajes entre Santiago y Valparaíso. Si mis recuerdos no me engañan, las acciones fueron de 300 pesos y enormísimos los beneficios prometidos por los fundadores. Pero, sea que hubiese hipérbole en los cálculos ó que la administración fuera poco capaz ó poco diligente, el hecho es que en breve tiempo, en menos tal vez de dos años, el capital de la empresa y sus decantados beneficios se convirtieron en humo, sin repartirse un solo dividendo. La sociedad colectiva de acarreadores no pudo soportar la competencia de los birlochos de Palma (así como nuestros ferrocarriles de hoy no pueden, en ocasiones, vencer la competencia de las carretas de Loyola, especialmente para conducir objetos delicados ó de gran volumen) y después de liquidarse y venderse sus existencias sólo vino á cubrirse á los socios, al cabo de

veinticinco años, como siete pesos por cada acción de las emitidas y pagadas al iniciarse la empresa.

Igual ó parecida suerte cupo á nuestro «Ferrocarril Central,» la empresa que más influjo ha tenido después en el desarrollo de la agricultura y del tráfico en Chile. Recordaréis, señores, que ella comenzó también como sociedad anónima, establecida en participación entre el gobierno y los ciudadanos, pero que fracasó con ese carácter, hasta que por la ley de 5 de noviembre de 1857 y la compra de las acciones particulares acordada por el Congreso de 58, quedó constituida en empresa puramente fiscal, organizada por la administración y concluida de cuenta del Estado y con dineros tomados á préstamo del extranjero. Recuerdo que temiendo la ruina completa del negocio, unas pocas acciones que yo tenía en ella hube de venderlas con pérdida de 80 por ciento del capital pagado, pérdida que sólo puede compararse con la de las mal aventuradas «Diligencias» de que acabo de hablaros.

Por desgracia, los resultados económicos de la medida aquella han sido bien contestables y aún hoy mismo están dando campo á los debates de las cámaras y de la prensa. ¿Cuánto más no habría convenido entregar esa obra á compañías de capitalistas extranjeros asegurándoles un cinco por ciento de interés como lo pedían entonces Campbell y Wheewright? Por mi parte, yo no veo que hasta aquí la empresa á pesar de su activa administración, deje beneficios como negocio productivo, aunque es verdad que ha sido necesario habilitarla de cuanto le faltaba al entregarse al tráfico; y por esto mismo y creyendo que la utilidad es la única ley que preside á los trabajos industriales y que la energía del interés individual puede mucho más que los recursos y que la acción gubernativa, yo pienso

que hoy se haría un gran bien al Estado enajenando esa empresa á compañías *nacionales* ó extranjeras, pues en tal caso nos quedaría el ferrocarril que está ya vinculado al país y al mismo tiempo aprovecharíamos su importe dedicándose á otros objetos más reproductivos y no menos útiles.

Nuestro gran «Ferrocarril del Sur,» que vino poco después, también se inició y hasta ahora subsiste como sociedad anónima, establecida entre el Gobierno y los particulares con arreglo á la ley de 14 de Agosto de 1855. Las acciones emitidas fueron cinco mil, con valor de 1,000 pesos cada una, y de ellas corresponden al Estado 3,742 y á los particulares las 1,258 restantes. Su valor total está pagado hace tiempo y para cubrir al contratista los trabajos últimos se emitieron además bonos por 1.500,000 pesos. De manera que la línea y su equipo cuestan aproximativamente hoy día como 7.000,000 de pesos.

En sus primeros años esta empresa atravesó un largo período de dificultades y entorpecimientos de toda especie; pero ligada la línea con el ferrocarril central y entregada su dirección á un hombre activo, hoy rinde buenos beneficios y sirve maravillosamente al desarrollo de la producción y del tráfico en las provincias centrales de la República. Sus acciones, que en 1865 se vendían con descuento del 50 por ciento, hoy se cotizan al 110 por ciento y no se encuentran vendedores. En estos últimos años la empresa ha dado á sus accionistas un interés de 8 por ciento anual, fuera de un saldo de más de 80,000 pesos dejado como fondo de reserva, y el rendimiento de la línea es mayor cada semestre.

Las 3,742 acciones correspondientes en este negocio al gobierno valen, pues, más de 4.000,000 de pesos! Y como

el ferrocarril ya no ha menester de ayuda ni estímulos, porque su porvenir está asegurado con sólo el incremento cada día mayor de mercaderías y pasajeros, bien podría el Estado resolver la venta de sus derechos á compañías de capitalistas particulares. Así no sólo tendremos el ferrocarril que está vinculado á la porción más rica y populosa de nuestro territorio, sino que podremos prolongarlo sin sacrificio hasta los Ángeles y Nacimiento; atenderemos al servicio de nuestra deuda y á otros servicios no menos importantes, como el de retribuir mejor á los preceptores primarios y crear la policía rural; no seguiremos haciendo al crédito apelaciones tan continuas é intemperantes, y, sobre todo, la cuestión de dinero no seguirá siendo, como es hoy, la barrera insuperable de todas las mejoras trascendentales y urgentes.

Pero, señores, si los principios de nuestras sociedades anónimas fueron desgraciados y difíciles, andando los tiempos hemos visto que las compañías y los bancos de toda especie á que ellas han dado lugar no sólo se han fundado por docenas, sino que ya no hay quien desconozca los servicios que esos establecimientos prestan á todos los órdenes de la actividad y del progreso nacional. Si se hojea el *Anuario Estadístico* y se compara lo que fueron en 1851 y lo que son ahora las importaciones y exportaciones, la producción y el consumo, el comercio y el tráfico, las rentas privadas y los ingresos y gastos públicos, no podrá negarse que nuestro adelanto es evidente y que lo debemos no tanto á la paz y al desarrollo natural de la república, como á las sociedades colectivas y anónimas que creando ferrocarriles y vapores para la locomoción asegurando la propiedad y movilizándola, otorgando préstamos á la agricultura y al comercio en condiciones cómodas,

enalteciendo las transacciones y trayendo del extranjero capitales y hombres útiles, han levantado las industrias todas y multiplicado en breves años y como por encanto los recursos y la fortuna del país.

Esto se ve y se palpa, señores, pero también se sabe con el proverbio que *«no es oro todo lo que reluce.»* Las teorías y los hechos no siempre son correlativos y por eso es que, entre los que estudian la marcha social y económica de los pueblos, unos hay que sólo encuentran ventaja en las asociaciones, al paso que otros objetan á esta forma nueva del progreso graves inconvenientes y hasta aseguran que sus beneficios sólo son obra de la mentira ó por lo menos de la exajeración. La ciencia, es verdad, tratándose de la asociación de hombres ó de capitales para objetos de industria, no ve sino un hecho que puede ser bueno, malo ó indiferente, según los casos; pero ella no lo sanciona ni lo justifica sino cuando sus resultados son favorables al fin social y se conforman á la moral y al derecho. Ante la distinguida «Sociedad de Economistas de París,» yo mismo he visto combatir el régimen societario y con excelentes razones al célebre Cernuschi, que apoyándose en la teoría y la práctica europea, exclamaba: «En toda compañía que se establece por acciones las probabilidades de pérdida son mucho mayores que las esperanzas de buen éxito. El simple buen sentido lo dice y la experiencia lo prueba. Dejémonos, pues, de predicar la asociación y de presentarla como el primer signo del progreso y como la mejor fuente de prosperidad para los individuos y los pueblos. Nosotros, los economistas, (concluía) no debemos recomendar el contrato de sociedad más que el de locación ó compra-venta.»

III

De igual modo se opinaba entre nosotros, bien que por diversas causas, mal comprendidas las unas y peor explicadas ó interpretadas las otras. Lo que ha sucedido en Inglaterra con las compañías comanditarias (*limited*) y los ferrocarriles y las fábricas que han cubierto su territorio arruinando por lo común á los empresarios; en Francia con las sociedades del «Crédito Mobiliario» y de «Almacenes Generales» y otras; en los Estados Unidos con los bancos de emisión y con la mayor parte de sus vastos y mal retribuídos caminos de hierro; pero sobre todo lo que había pasado entre nosotros mismos, justificaba de sobra esos temores, nacidos aquí de la escasez de capitales é industrias productivas tanto como de una cuerda y bien entendida previsión. Un pueblo pobre, por más que desee trabajar por adquirir y mejorar su condición, si es discreto no se aventura fácilmente en negocios problemáticos. Por eso es que las asociaciones comerciales é industriales se proponían entre nosotros, pero no se aceptaban ni con beneficio de inventario, porque nuestros capitalistas, no creyendo más que en las ganancias del dinero á rédito y de las engordas ó las siembras, no podían tener fe sino en el éxito de las industrias y negocios conocidos, ni creían en otra eficacia útil que la de la responsabilidad propia y la del interés individual conocido y tangible.

Y era natural que así sucediese, porque dejando á un lado los ejemplos y teorías extrañas, hay de ordinario gran diferencia en los resultados del trabajo de aquel que gobierna sus propios negocios y del que sólo administra

los ajenos. Todos lo sabemos; la garantía como las probabilidades de acierto son mucho mayores en la gestión del comerciante, del prestamista y del hacendado ó molinero que en sus industrias respectivas comprometen su nombre y su fortuna, que en la gerencia irresponsable de los que dirigen sociedades colectivas ó anónimas en que tienen participación ó sueldo, pero de cuyas faltas de tino no responden y en las que los accionistas ó comanditarios sólo están obligados por el valor de sus acciones. Es un hecho que en este caso no hay verdadera responsabilidad de parte de los individuos, porque la sociedad ó el sér moral es el único comprometido, lo cual abre además ancho campo á los abusos y temeridades de que se han visto y siguen viéndose aquí y en todas partes frecuentes y dolorosos ejemplos.

Sucede, empero, que en los pueblos como en los individuos cada edad tiene sus exigencias, que el progreso tiene también leyes que cuando no se aceptan se imponen, y que en materia de crédito y de asociaciones, como en otras materias, la verdad se encuentra más á menudo en la lógica de los acontecimientos y en la satisfacción de necesidades verdaderas que en la rigidez de los sistemas radicales ó demasiado absolutos. Sea lo que fuere del crédito mal comprendido y practicado sin cordura ni buena fe, era innegable la utilidad ó más bien la necesidad de las asociaciones en paises nuevos como el nuestro, donde las industrias y el comercio apenas empiezan á tomar el vuelo apetecido; donde son escasos el arte y la ciencia que multiplican los productos y donde el alto interés del dinero dificulta los negocios porque faltan los capitales y aún los hombres que debieran impulsarlos y vivificarlos. Las asociaciones han venido, pues, á pesar de los obstácu-

los y han venido oportuna y felizmente, como que sin ellas y sin las facilidades que han dado al crédito no tendríamos lo que tenemos hoy:—bancos de todas clases,—ferrocarriles,—compañías de navegación á vapor y de explotaciones mineras,—sociedades carboníferas,—de fomento agrícola,—de seguros de toda especie y de consignaciones y depósitos,—diques flotantes,—muelles,—teatros y clubs,—etc., etc.; ni se habría emprendido tampoco una sola de esas vastas y fecundas especulaciones que, para plantearse como corresponde, exigen fortunas colosales que los individuos aislados rara vez poseen y que sólo pueden obtenerse mediante la asociación. Sin ellas, sobre todo, las industrias y el comercio no habrían salido de la rutina, ni levantádose en muchos años á la altura que hoy tienen; los negocios y la propiedad no se habrían restablecido del abatimiento en que los dejó el quebranto de 1861 y los cambio y el crédito, basados en la moralidad y la verdad, no habrían venido á duplicar como lo han hecho las energías del trabajo y de la producción.

Los mismos temores y desconfianzas y hasta la ojeriza de los legisladores han influido también por largo tiempo contra el espíritu de asociación en Inglaterra. A pesar de la sencillez y las ventajas de las compañías industriales y cooperativas y de la facilidad con que muchas de ellas realizan su objeto, han corrido allí largos años antes que la confianza pública y las leyes viniesen á aceptarlas y sancionarlas. Aún los privilejios inherentes á las antiguas cooperaciones se les han negado ó sólo se les han otórgado muy poco á poco y como á pesar de la autoridad. Las sociedades colectivas han corrido igual suerte que las anónimas, y así es que puede decirse que la tendencia de la legislación inglesa á este respecto, lejos de fomentar esas

sociedades, no ha hecho otra cosa que dificultarlas y combatirlas.

«No hace veinticinco años (dice un notable escritor inglés, Sir W. Brabrook), las sociedades de accionistas no podían constituirse en la Gran Bretaña sino por un documento privado, en que los suscritores se afianzaban, hasta con su último chelín, todas las deudas contraídas para cada cual de ellos á favor de la sociedad. En 1844 el Parlamento ordenó el registro y la publicidad de esas sociedades, pero nada hizo para restringir la responsabilidad mancomunada de sus miembros. Sólo desde 1855 y por la ley de garantía limitada (*limited liability act*), vino á permitirse á un individuo asociarse con otros sin correr el peligro de arruinarse por completo; pero sólo desde 1862 la legislatura reconoció á una compañía de accionistas el derecho de obrar en nombre propio y sin tener que recurrir á las ficciones legales. Aún más todavía, cinco años más tarde, esto es, en 1867, sólo ha venido á permitirse en Inglaterra la sociedad comanditaria admitida por la legislación francesa desde muchos años antes.»

Se vé, pues, que la asociación para fines industriales ó comerciales es un hecho nuevo aun en los pueblos que hoy abren la marcha del progreso. ¿Qué tendría entonces de extraño que lo fuese en Chile? La responsabilidad ilimitada de los accionistas, por una parte, y por otra el carácter anómalo y peligroso de algunas de esas sociedades, no han podido menos que ser obstáculos poderosos para su desarrollo. El recelo con que se miraban, por doquiera nacía de su vasta esfera de acción y no pocas veces, también, del poco crédito ó falta de competencia de sus fundadores y administradores. Pero la ciencia y la experiencia han ido mejorando las prácticas societarias y la

responsabilidad que entre nosotros no concluye nunca, según el art. 23 de nuestra ley, en las sociedades inglesas hoy está limitada sólo al valor de las acciones de cada socio y no dura sino hasta un año después que deja de formar parte en la sociedad. Toda compañía industrial ó comercial fundada por accionistas se hace corporación reconocida por la ley ó por el gobierno, tiene su sello propio y puede adquirir propiedades territoriales; demanda ó es demandada en juicio por su razón social, aumenta su capital según le conviene, guarda sus reservas y divide sus utilidades ó se liquida en la misma forma en que lo hacen las sociedades fundadas entre nosotros con arreglo á la ley de noviembre de 54. Esto prueba que la forma y la dirección de las sociedades anónimas ha venido progresando simultáneamente y que con ellas ha debido progresar á la vez la legislación que se había hecho insuficiente para corresponder al desarrollo social y á las exigencias cada día mayores de la industria, el comercio y el tráfico de los pueblos.

IV

Entremos ahora en un examen ligero pero detallado de las varias instituciones de crédito y compañías industriales mercantiles que han venido fundándose en Chile conforme á la ley de 1854 y á las disposiciones correlativas de nuestro Código de Comercio. Llámanse Sociedades Anónimas, porque como sabéis, señores, ellas carecen de nombre propio, sólo se conocen por la designación del objeto de la empresa y son personas jurídicas administradas por mandatarios revocables, constituyéndose mediante la

creación de un fondo común suministrado por accionistas que responden únicamente hasta el entero de sus acciones.» (Artículo 1.° de la ley.)

Tenemos con ese carácter como empresas de acarreo, los ferrocarriles de Copiapó y el de Santiago á Curicó, el urbano de Valparaíso, el de Tongoy á Cerrillos y los de Coquimbo, Carrizal y Cerro Blanco, las Compañías nacionales de vapores al norte y sur, y la Compañía americana Sud Pacífico. Para la reparación de naves contamos las de los Diques Flotantes de Valparaíso, para fundir cobres y producir carbón mineral la Sociedad Explotadora de Lota y Coronel, y como fundaciones creadoras ó dispensadoras de crédito poseemos el Banco Nacional de Chile, el Banco de Valparaíso, la Compañía Chilena de Depósitos y Consignaciones, el Banco Agrícola, el Banco Garantizador de Valores, el Banco Mobiliario, el Banco del Sur, y hasta la Bienhechora y el Banco del Pobre. Tenemos, además, como establecimientos particulares de emisión el Banco de A. Edwards y C.ª, el de Matte, Mac-Clure y C.ª, el de Ossa y C.ª y media docena más de casas bancarias de préstamos y descuentos, fundadas colectivamente ó por comanditas, pero cuya razón social envuelve la responsabilidad absoluta de los capitalistas que las administran en su propio nombre.

Casi no necesito decirlo, señores: entre estas importantes y variadas asociaciones la más notable de todas es el Banco Nacional de Chile, empresa considerable de simples particulares, pero que no honra menos á sus fundadores que al país, y que á más de sus oficinas principales de Valparaíso y Santiago cuenta con cuatro sucursales en las ciudades de Coquimbo, Talca, Chillán y Concepción. Iniciado en 1858 con sólo el fondo de 500,000 pesos, tiene

hoy un capital efectivo de más de 3.000,000, sin contar su reserva que es bien crecida. Sus depósitos pasan de 13.000,000 de pesos y sus acciones importan la responsabilidad sólidamente garantida de 9.000,000 de pesos, y cotizándose hoy en la plaza con un premio de 160 por ciento sobre el capital pagado, pero aun á ese alto precio no se encuentran vendedores.

Por la variedad y el número de sus asociados como por su situación excepcional, este Banco ha prestado á la industria y al comercio servicios eminentes y seguirá prestándolos con las mismas y aun mejores condiciones que podría hacerlo un Banco del Estado; pues su clientela está en todo el país, comenzando por el gobierno que tiene allí la cuenta corriente de los dineros públicos y concluyendo por las corporaciones, municipios y casas mercantiles ó de opulentos particulares que le toman préstamos ó le confian la guarda de sus fortunas. Por eso sus transacciones se elevan ordinariamente á más de la mitad del monto total de las transacciones bancarias de Chile.

El 1.° de enero de este último año sus billetes en circulación subían al 62 por ciento del total emitido por los otros seis bancos de su especie, su giro entraba por 46 por ciento en el giro de todos los demás bancos y su metálico en arcas por 63 por ciento del que existía en todas las otras oficinas bancarias. Sus obligaciones para con el público montaban en esa fecha á 14.499,000 pesos, sus billetes circulantes á 2.645,000, su numerario á 1.801,000, su capital efectivo y de reserva á 2.900,000 y su giro total á la gruesa suma de 17.743,000 pesos que, según ya dijimos, es casi la mitad del total giro de nuestros bancos de emisión, cuyos negocios en junto subieron el año pa-

sado á la cifra de 38.353,000 pesos. Para concluir, sólo agregaré que este banco está intimamente relacionado con grandes establecimientos europeos de igual clase, que sus giros por letras de cambio no bajan de 3.600,000 pesos anuales, y que, desde su fundación hasta hoy, ha repartido siempre á los accionistas un interés que pasa del 18 por ciento sobre el capital pagado á cuenta de sus acciones.

V

Al Banco Nacional de Chile siguen inmediatamente en importancia el Banco de Valparaíso y el de A. Edwards y C.ª, aquel con un capital efectivo de 2.240,000 pesos y haciendo transacciones anuales por 6.377,000 pesos, y éste con 1.383,000 de capital y un giro aproximativo de 6.145,000 pesos por año; aquel con cerca de 4.000,000 de pesos adeudados al público y con 462,000 pesos de billetes en circulación, y éste con una emisión fiduciaria de 592,000 pesos y además 4.800,000 pesos por valor total de sus depósitos y obligaciones de caja.

En pos de los mencionados entran, por orden, el Banco de Matte, Mac-Clure y C.ª, con un giro total de 2.580,000 pesos; el de Ossa y C.ª, con 2.316,000 pesos; el Banco Agrícola, con 1.618,000 pesos y el Banco Mobiliario, con 1.574,000 pesos. Como capital efectivo contaban: el primero, 509,000 pesos, el segundo, 665,000, el tercero, 976,000 y el cuarto, 560,000 pesos.

En vista de estos datos, fácil es comprender la responsabilidad de cada cual de esos bancos y los servicios que prestan al crédito y á la industria en las proporciones de

su capital ó de su giro, así como la mayor ó menor confianza que ellos inspiran al público, dado caso que ésta se mida por el monto total de sus depósitos. No obstante, como la parte principal de sus transacciones se opera con moneda fiduciaria, esto es, con billetes pagaderos al portador; para estimar la garantía de esa moneda conviene advertir que la proporción del metálico y de las obligaciones es, en el Banco Nacional de Chile, de 12,42 por ciento; en el de Valparaíso, de 15,49 por ciento; en el de Edwards y C.ª, de 2,39 por ciento; en el de Mac-Clure y C.ª, de 6,63 por ciento; en el de Ossa y C.ª, de 3,82 por ciento; en el Agrícola, de 13,48 por ciento y en el Mobiliario, de 4,68 por ciento. En cuanto á la proporción de su dinero en caja y de sus billetes circulantes, ella es, en el Banco de Chile, de 68,14 por ciento; en el de Valparaíso, de 133,30 por ciento; en el de Edwards y C.ª, de 19,42 por ciento; en el de Mac-Clure y C.ª, de 66,33 por ciento; en el de Ossa y C.ª, de 134,65 por ciento; en el Agrícola, de 54,86 por ciento y en el Mobiliario, de 437,60 por ciento, porque hasta ahora este último no ha hecho emisión, sea por no creerla necesaria ó bien por no haberle aún llegado los tipos de billetes pedidos al extranjero.

VI

Al hablar de la importancia de los establecimientos bancarios según su respectivo giro ya comprendéis, señores, que he venido á tocar, aún sin quererlo, la cuestión capital que envuelve el eterno debate sobre las restricciones ó libertad de los bancos. En efecto, guardada por los nuestros la proporción que acaba de verse entre sus bi-

lletes emitidos y su metálico en caja, ¿estará bastantemente asegurada la conversión de aquellos? ¿Se correrá el peligro de que puedan quedar insolutos si llega el caso posible de una crisis bancaria? Lo que es por hoy, yo no trepido en afirmar que á este respecto, la seguridad para el público es completa. Después de muchos estudios teóricos y de largas observaciones prácticas, las legislaciones de casi todos los pueblos que viven del crédito han fijado en un tercio, ó sea en 33 por ciento, la proporción del metálico á los billetes circulantes de los bancos. Y ya se ha visto que en los nuestros, el de Valparaíso ha tenido hasta 133 por ciento, el Nacional de Chile 68, el de Mac-Clure 66, el Agrícola 54 y así los demás; siendo de advertir que aquellos en que aparece más baja la existencia metálica son el de Edwards y C.ª y el de Ossa y C.ª, que justamente envuelven, aquél por la razón social colectiva y éste por su comandita, la sólida garantía del más entendido y opulento banquero sud-americano.

Fuera de que, los servicios que la moneda fiduciaria presta á las instituciones de crédito y á la sociedad toda son bastante notorios para que nos pusiéramos hoy á combatirla como lo hacían antes entre nosotros el alto comercio y los tribunales y el gobierno. No se ignora ya que el principal de esos beneficios es la economía de la moneda acuñada, á la vez que el ahorro de trabajo y de tiempo y la mayor facilidad con que se hacen las transacciones. Pero, conocidas como son las garantías de nuestros bancos, fundados con fuertes capitales y administrados comunmente con prudencia y tino, si sus emisiones se hiciesen demasiado abundantes hasta abatir la moneda fiduciaria respecto al valor en cambio de la moneda metálica, el reembolso de los billetes no se haría esperar, por-

que los tenedores acudirían en el acto á convertirlos y esto sólo bastaría para que luego se restableciera el equilibrio. Es sabido, además, que la emisión de billetes está sujeta á las prescripciones de nuestra ley de bancos y que ella no es arbitraria; ni puede hacerse al capricho de los banqueros, sino que tiene forzosamente que armonizarse con el estado general de los negocios y las exigencias ordinarias del cambio. En efecto, toda grande emisión de moneda fiduciaria que se añade á la moneda metálica aumenta en *otro* tanto la cantidad de unidades monetarias; pero si ese aumento *no* coincide con una extensión proporcional de las transacciones que exija el empleo de aquella moneda, resulta necesariamente que los billetes emitidos quedan ociosos y que viene á pedirse pronta é irremisiblemente su reembolso á la caja de los bancos.

Dedúcese, pues, de aquí que la necesidad ó más bien la obligación en que están esos establecimientos de convertir sus billetes á la vista en plata ú oro, es la verdadera garantía de las emisiones y que su límite no está sino en las exigencias del cambio y en la efectividad del contra-valor, representado en nuestros bancos por su capital efectivo y por la considerable extensión de sus depósitos y su ayuda mutua, circunstancias todas que les permiten hacer siempre sus reembolsos sin apuro ni dificultad. Aparte de ésto, y en lo general, sus administraciones son bien avisadas, su contabilidad buena y su solvencia notoria. Nunca sus billetes han dejado de pagarse al portador y gracias á ésto, la suspensión del reembolso que se decretó temporalmente durante nuestra guerra con España, no sólo no tuvo malos resultados, sino que fué justificable bajo todos aspectos y hasta útil al comercio y á la seguridad y tranquilidad

públicas. Semejantes medidas son, sin embargo, peligrosas y ojalá que Chile nunca vuelva á verse en la necesidad de adoptarlas!

VII

En seguida de los bancos de emisión llega, señores, el caso de hablaros dos palabras de las otras sociedades anónimas, que como sabéis ejercen también grande influencia sobre la industria y los cambios, tanto por sus operaciones propias y por las obligaciones ó cédulas que otorgan en préstamos, como porque sus acciones son hoy el campo casi principal de los negocios. Recíbense muchas como moneda corriente por las cotizaciones de los corredores de plaza y su importancia es tal que, cuando ellas suben porque crecen sus dividendos, el numerario decae y baja el interés, habiendo llegado algunas á convertirse no sólo en los más buscados objetos comerciales sino en verdaderas medidas del valor; lo cual es otra prueba más de los progresos del crédito aquí donde no había, hace pocos años, otros productos vendibles que el trigo y las vacas, ni más títulos negociables que los pagarées de aduana descontados por el gobierno al 12 por ciento, las obligaciones ejecutivas de particulares con dos buenas firmas y las escrituras públicas con hipoteca y fianza solidaria.

Indicados como quedan arriba los nombres y objetos de esas sociedades y no pudiendo entrar aquí en el examen prolijo de todas ellas, voy á permitirme siquiera decir algo de las principales. Comienzo por el Banco Garantizador de Valores que, como es sabido, se fundó hace siete años con fines análogos á los de la Caja de Crédito

Hipotecario, bien que con una esfera de acción mucho más utilizable y más vasta. Según la última Memoria de su consejo administrativo, el resumen de sus billetes circulantes en 1.° de mayo de 1871 era de 8.393,600 pesos y el total de sus negocios montaba nada menos que á la suma de 18.054,813 pesos. Su giro preferente ha sido el de préstamos hipotecarios á largos plazos y amortizables por dividendos iguales y pagaderos por semestres conforme á lo establecido para las transacciones de esa especie por la ley del 29 de agosto de 1855.

Lo que hay de notable en este Banco es que su emisión de cédulas que en 1866 sólo fué de 414,000 pesos, subió á 854,000 el año 1867 y desde entonces ha venido anualmente más que duplicándose, hasta alcanzar hoy á cerca de 9.000,000 de pesos. Pero si esto prueba, por una parte, el incremento cada día mayor de las especulaciones y del crédito en todo el país, y especialmente en este acreditado Banco, que ha convertido gran parte de los préstamos de la Caja Hipotecaria y da á sus deudores mayores facilidades, explica también, por otra, la baja cosiderable que sufrió su papel á principios de este año y de que hasta hoy no se levanta por la desconfianza que naturalmente inspira el exceso de las emisiones. La de cédulas del 7 por ciento, que subió últimamente á 6.464,400 pesos, dejó á la sola Compañía de Lota una pérdida de 64,000 pesos en la realización de un préstamo de 800,000 pesos. Mientras tanto, si los adquirentes de esas cédulas han hecho un mal negocio comprándolas sin tener noticia de las emisiones excesivas, parece que éstas lejos de dañar han favorecido no poco á los accionistas y á los fundadores de la institución según resulta de sus propios balances.

En efecto, señores, el capital nominal de esta sociedad

alcanza á 900,000 pesos, pero la mayor parte de sus acciones son de garantía y su efectivo metálico llega sólo á 200,000 pesos. Pues bien, si echáis una mirada al Cuadro que ella publicó con su balance del 30 de abril de 1870, veréis que esos 200,000 pesos, único capital verdadero que los socios entregaron en pago de sus acciones monetarias, les habían dado hasta ese día nada menos que 246,378 pesos por intereses, fuera de 43,149 pesos acumulados como fondo de reserva. Ambas partidas hacen la suma de 289,527 pesos recibidos, en cinco años, como productos líquidos del capital de 200,000 pesos. Se ve, pues, que el Banco Garantizador ha sido espléndido para sus socios, y eso que no tomo en cuenta lo más que habrá de corresponder á éstos en la suma de 559,967 pesos que deben percibir más tarde como beneficios pendientes por operaciones hipotecarias efectuadas hasta aquella fecha. Yo indico solamente estos resultados y os dejo á vosotros la apreciación de los hechos que los producen.

VIII

Respecto á la Caja Hipotecaria, que es la más antigua de nuestras instituciones de crédito y que, como he dicho, sirvió de modelo al Banco Garantizador, sólo tengo que observar que sus billetes, que al principio se cotizaban con descuento del 20 y hasta del 30 por ciento de su valor nominal, hace ya algunos años se venden con premio y se buscan y pagan como el papel más acreditado de la plaza, lo que yo no atribuyo sino á la circunspección con que desde entonces se gobierna el establecimien-

to. Después de atravesar una época difícil y de haber sufrido considerables pérdidas, recogió sus velas, salió de la tormenta con felicidad y hoy surca las aguas de un mar bonancible y próspero. Sus billetes circulantes llegan á 5.000,000 de pesos y su fondo de reserva, después de haber desaparecido con las bancarrotas del 61, hoy alcanza aproximativamente á 200,000 pesos.

Fundada según el sistema de los bancos agrícolas alemanes, pero sin capital propio y sin más garantía que la de su buena ó mala administración, es innegable que esa Caja ha prestado á la agricultura y á la propiedad urbana servicios importantes, haciéndoles avances con hipoteca y á largos plazos que han permitido á la vez el desarrollo de las industrias y la multiplicación de los cambios. Sin embargo, si se quiere que con el tiempo ella corresponda por completo á los fines de su institución, será forzoso dotarla de un fondo propio de responsabilidad que asegure sus operaciones, ó bien que el Estado, que la fundó y la sostiene, garantice sus billetes á fin de que éstos puedan negociarse con ventaja no sólo dentro del país sino en el extranjero. Para el efecto, bastaría con que se discutiese y aprobase un proyecto sobre el particular que duerme hace tiempo en las secretarías del Congreso.

La prosperidad de estas dos instituciones de crédito ha traído la fundación del Banco Agrícola y al mismo tiempo la del Banco Mobiliario de que hablé poco há. El capital del primero de estos establecimientos, cuyo objeto está indicado por su mismo nombre, es de 976,000 pesos, y el del segundo, que tiene una esfera de acción no menos lata, ha sido últimamente elevado á 650,000 pesos. Aquel tuvo en el año un giro total de 1.618,000 pesos y obligaciones para con el público importantes á 516,000 pesos, y

éste un giro de 1.574,000 pesos con obligaciones emitidas por 746,000 pesos. Ambos poseen su clientela especial y contribuyen cada cual en su esfera respectiva al desarrollo general de los negocios y los cambios. No obstante, su giro sería mucho mayor y más útil á los asociados y al país si se refundiesen los dos en un sólo Banco de Fomento como parece que pronto lo acordarán los accionistas de ambos.

Con un capital harto mayor que el de aquellos establecimientos se fundó, hace dos años, la Compañía Explotadora de Lota y Coronel. Su fondo social es de 5.000,000 pesos y su objeto principal el beneficio de los vastos mantos carboníferos que encierra aquella privilegiada parte de nuestra provincia de Concepción, así como la fundición de cobres que se facilita con la baratura del combustible y la exención de derechos de que goza el mineral fundido en el sur. Tiene además la explotación de haciendas y buques de vapor y una gran fábrica de ladrillos á fuego. El monto de su giro en el primer año ascendió á 6.730,260 pesos y según la Memoria presentada á los accionistas últimamente, la suma de utilidades que arroja el balance de la sociedad, en este año, monta á 506,049 pesos. Este beneficio, así como el hallazgo de una nueva y extensa capa de carbón en Lota, ha hecho subir considerablemente la cotización de las acciones que encontró en su origen algunas dificultades, al mismo tiempo que ha dilatado el porvenir de la empresa en el principal de sus ramos y acrecentado considerablemente el valor de la negociación.

Respecto á la Compañía chilena de Depósitos y Consignaciones podría extenderme mucho, no en atención á su importancia presente, sino á la que creo tomará en lo futuro por la eficacia de su objeto y de sus medios de ac-

ción. Ellos son susceptibles por sus estatutos de grande elasticidad, y facilitándole la extensión de su giro, la harán tomar en breve considerable influencia en el desarrollo de las transacciones que más afectan á la agricultura y á la industria nacional. Su capital suscrito es de dos millones de pesos, pero su haber social efectivo alcanza sólo á 244,000 pesos, suma demasiado exigua y que será preciso aumentar por nuevas cuotas salvo que los accionistas prefieran fusionar la Compañía con otras análogas como ya lo indicó su Consejo en la Memoria que acompaña al último balance, lo que permitiría salvar los inconvenientes de la competencia y, con los mismos gastos, abordar negocios ingentes que la escasez de sus recursos actuales no le permite por ahora acometer.

IX

Pero voy viendo, señores, que esta rápida ojeada se prolongaría demasiado si yo hubiera de entrar en detalles sobre todas las sociedades constituidas en Chile con arreglo á la ley de 1854, sean empresas de acarreo como los ferrocarriles de Copiapó y de Valparaíso y Coquimbo ó compañías de Navegación á vapor ó de Carruajes etc., sean sociedades de seguros como la América, la República, la Unión Chilena y la Nacional, de industria como la del Gran Hotel Santiago, la Explotadora y la Riqueza de Caracoles, etc., ó establecimientos de crédito tan respetables como el Banco de Valparaíso y el de Edwards y C.ª ó simples sociedades bancarias de préstamos y descuentos como existen en la capital y las provincias, porque en mayor ó menor escala todas ellas corresponden á

su objeto y todas concurren al desarrollo de la producción y á las mejoras de los negocios del país en sus respectivos ramos.

Bástame deciros que aunque la organización societaria sea un progreso nuevo para nosotros, las acciones de esas sociedades anónimas cotizadas en el mercado de Valparaíso á mediados de este año, según el cómputo de los bancos y de los corredores de comercio más acreditados, tenían por sí solas un valor nominal de 47.950,000 pesos y un valor efectivo pagado de 25.613,000 pesos, vendiéndose todas, por término medio, con un premio aproximativo de 24 por ciento. Agréguese á ésto que había entonces proyectadas y en camino de formarse otras nuevas sociedades con un valor de 21.000,000 de pesos y esto sin tomar en cuenta las que se han constituído después sobre el salitre y las explotaciones argentíferas de Caracoles, cuyo valor, según la estadística bancaria, no baja al presente de 14.000,000 de pesos. Por manera que sólo en las acciones de compañías de diversas especies que se negocian en esta capital y en el vecino puerto, tendríamos representado un valor aproximativo de 61.950,000 pesos!!! ¿Qué otra prueba mejor ni más clásica podría darse de los adelantos del país en materias de asociación, de riqueza y de industria?

Nuestro progreso agrícola ha nacido, puede decirse, de esas sociedades. Los ferrocarriles han suprimido las distancias y uniendo á las provincias han creado la vida de las relaciones y del cambio. Los caminos se han mejorado y con ellos los medios de locomoción y conducción, hasta hacer de nuestros mercados del interior y del litoral otros tantos centros de ventas y de consumo accesibles aun á los productos más lejanos. A favor de estos progreso y

gracias al comercio de exportación, las industrias se han desarrollado y la agricultura ha tomado un vuelo realmente extraordinario. Los salarios se han doblado y esto sólo ha sido uno de los grandes beneficios del progreso general, porque, cuando la riqueza aumenta, la parte atribuida al capital es siempre menor que la que se atribuye al trabajo, y de ahí ha nacido la mejor condición que hoy tienen nuestras clases pobres y la baja del interés del dinero, que, difundiendo el crédito ha permitido abordar negocios desconocidos antes y que hoy contribuyen no poco al incremento de la fortuna individual y pública.

Pero lo más importante del progreso agrícola ha sido la introducción y multiplicación de las máquinas de labor tan justamente preconizadas por el órgano de nuestra *Sociedad Nacional de Agricultura*. Para hacer frente al alza de los jornales á la vez que á las exigencias de un cultivo mayor y de una producción más extensa, nuestros agricultores han tenido que apelar á la mecánica y que pedir á las máquinas, que ahorran tiempo y brazos, la ejecución de trabajos que antes se hacían por medios mucho más imperfectos y costosos. La necesidad por una parte y por otra la ley del progreso han compelido, pues, á nuestros hacendados á entrar en esta excelente vía, y ojalá que cada día hagan en ella nuevos adelantos, porque toda máquina multiplica la producción y la mejora sin imponer al hombre otro cuidado que el de dirigirla y utilizarla. Los Estados Unidos han conocido esta verdad hace mucho tiempo y á ella deben su inmensa prosperidad agrícola. Para su uso y para el expendio fabrican millones de esas máquinas y en un libro que acabo de leer veo que una sola variedad de esas máquinas, la Cegadora, (*moissoneuse*), corta cada día en aquel país *ochocientas mil hec-*

táreas de trigo en yerba ó sea un sembrado de cereales tan extenso como toda nuestra provincia de Colchagua. Así, y sólo así, se explican las cosechas casi fabulosas de aquella privilegiada porción de nuestra América!

Ahora, para juzgar de los adelantos de nuestro comercio, basta hojear la Estadística Comercial de estos últimos años. En la que acaba de dar á luz la oficina del ramo en Valparaíso, aparece que el año 1860 entraron y salieron de los puertos de Chile 4,873 buques con 1.759,846 toneladas de registro, al paso que en 1870 el movimiento ha sido de 10,315 buques con 5.017,540 toneladas, lo que hace que en diez años se haya nada menos que cuatriplicado el movimiento mercantil del país.

Más ó menos igual ha sido en este tiempo el desarrollo de las importaciones y exportaciones. Las primeras crecen progresivamente con la población y el aumento de la riqueza, pero las segundas han subido en el decenio último en una progresión mucho mayor. De 1850 á 1860 el término medio de la exportación anual fué de 10.411,738 pesos, mientras que desde 1860 á 1870 ese término medio ha subido á 22.726,351 pesos por año.

Tomando ahora un solo artículo, el trigo, por ejemplo, su exportación ha sido en 1870 de 256.023,643 quilógramos, cuando el año de 1860 no alcanzó ni á la cuarta parte de esta suma. Sucede lo propio con la cebada, la linaza, el cáñamo, la seda, el vino y hasta con la moneda acuñada, cuya exportación crece como la de los otros artículos y también por las circunstancias del cambio. En 1866 ella fué de 101,000 pesos, en 1868 de 1.052,000 y en 1869 nada menos que de 1.816,000 pesos en oro y plata. El único artículo cuya exportación no marcha en aumento progresivo y rápido es el cobre y esto es por la baja que

ha tenido en Inglaterra y por el derecho que paga á su salida del país. Su precio, que en 1860 fué de 525 pesos la tonelada, bajó en 1870 á 348 pesos, lo que hace un menor valor de 177 pesos en tonelada para el productor. Esta considerable diferencia así como el derecho aquel, no han podido menos de disminuir mucho la producción y exportación del artículo, bien que el alza que hoy tiene en los mercados de Europa y que parece sostenerse volverá á esta importante industria el estímulo de que tanto necesita para mejorar su situación actual.

Lo dicho sobre estos puntos basta para mi propósito. No obstante, confesaré que á mi juicio y en previsión de emergencias no sólo posibles sino probables, la disposición de los incisos 1.° y 2.° del artículo 16 de nuestra ley de sociedades anónimas debería hacerse extensiva á los administradores de esas sociedades, que según el artículo 32 no son responsables sino de la ejecución del mandato que reciben, pero que por el hecho de su gestión «*no contraen responsabilidad personal ni solidaria relativamente á las obligaciones de la sociedad.*» Nosotros diríamos: mejor retribución del trabajo de los gerentes ó administradores y gruesas fichas de presencia para las sesiones de los consejeros, pero prohibición absoluta de todo negocio en participación con la sociedad y, sobre todo, responsabilidad más efectiva y completa para con los accionistas y para con el público. En cuanto á los bancos de emisión, agregaremos que sería muy conveniente la puntual publicación de los balances mensuales que hoy se retarda contra lo prevenido en el artículo 8.° de la ley de bancos y también que cuanto antes se lleve á cabo la comprobación de los libros, cajas y cartera de que habla el artículo 13 y que debe hacerse por un agente especial que nombrará el Pre-

sidente de la República. Nótese, sin embargo, que al hablar de responsabilidad nada digo yo de los asociados, sino que trato sólo de los directores ó gerentes, de la administración de las sociedades y de su consejo; porque la responsabilidad ilimitada y absoluta de los accionistas importaría nada menos que la muerte del espíritu de asociación. Y ¿quién querría esta muerte, señores, en presencia de las grandes y maravillosas creaciones que nuestra época debe á la asociación de capitales y que el porvenir no puede sino extender y multiplicar?

X

Los hechos y cifras que he presentado á vuestra consideración demuestran, me parece, de una manera evidente el desarrollo extraordinario del país en lo relativo á la marcha de la riqueza y del crédito. Todo ello ha sido la obra de pocos años, durante los cuales la producción ha incrementado notablemente, ha duplicado la propiedad su valor, el trabajo se ha visto mejor retribuído y la osadía de la especulación y el auge de las fortunas han permitido no sólo mejorar lo poco que teníamos, sino abrir á la industria y al comercio nuevos horizontes, abordar grandes negocios, suscribir empréstitos y acometer en lo moral y lo material, en lo social y hasta en lo político empresas que hace poco se reputaban colosales y aun quiméricas. Mucho queda todavía por hacer á la generación actual y á las que la sigan en la cadena de los tiempos. Hartas imperfecciones y hartas miserias tenemos que remediar. Basta decir que de 300,000 niños que tenemos en estado

de recibir educación, sólo se educan 59,885 y viven y mueren los demás en una completa ignorancia; basta decir que de los 2,936 criminales que acusa nuestra Estadística del año pasado, el 77% de los hombres y el 86% de las mujeres han carecido de toda instrucción!

Aparte de esto, es un hecho que la organización actual de nuestra sociabilidad no corresponde todavía á los grandes principios proclamados cuando nos emancipamos del despotismo español. Aunque hemos adelantado muchísimo, es indudable que los progresos de la instrucción y de la libertad, de la beneficencia y la igualdad, del trabajo y la seguridad indispensables al ciudadano, todavía no están á la altura de los preceptos consagrados en estas materias por la ciencia y que sirven de base á la República verdadera. Por eso es que como una tarea inagotable para los buenos patriotas, sean legisladores ó gobernantes, diaristas ó maestros de escuelas, estadistas ó simples particulares, siempre queda en pie la fórmula, ó sea el objeto de la sociabilidad, que no es otro que «*la mejora incesante y progresiva de la clase más numerosa*» que aquí como en todas partes es la más desgraciada y la más pobre. Y claro está, señores, que cuanto hayamos hecho ó podamos hacer en este sentido, cuanto hagan la administración ó las leyes por mejorar la condición del campesino y del roto, del gañán y del proletario será siempre el bien mayor y el más fecundo en resultados para nuestro país, porque nos asegura la paz y el bienestar común allanando los inconvenientes de la desigual distribución de la riqueza y del saber en los individuos y en los pueblos. Pero estamos en la obra, señores, y no nos faltan ni recursos ni voluntad. Nuestro país es joven y dada su situación actual, sería un fenómeno que se detuviese en la carrera de sus progre-

sos, iniciada por el trabajo y continuada bajo los auspicios del crédito, la ciencia y la libertad.

Pero ¿hasta cuando durará este período de adelanto y prosperidad que venimos atravesando?

Gracias al cielo, señores, el desarrollo de nuestros recursos generales no parece un accidente transitorio sino que es con verdad un efecto lójico de causas normales y permanentes. Para comprenderlo basta ver la topografía del país, sus producciones y su estadística de ayer y de hoy. Sus progresos graduales pero simultáneos, rápidos unas veces, lentos en otras, está visto que no se suspenden, sino que van cada día en aumento, porque son el resultado de circunstancias naturales y como características de la nación. Puede acontecer, sin embargo, que en más o menos tiempo ellos suban de punto ó acaso se retarden, porque todos los pueblos y principalmente los que viven del comercio y del crédito cuentan largos períodos de alza continua, para atravesar después otros más cortos, que se llaman *de crisis*, durante los cuales la producción y los cambios quedan en una especie de parálisis, que los obliga á una liquidación parcial para permitirles en seguida tomar un nuevo vuelo y superior al que había tenido hasta entonces.

No es difícil que esto suceda entre nosotros, visto el carácter de los negocios de hoy y el empuje cada vez mayor de las especulaciones aleatorias. Según el éxito de éstas, así serán los resultados, pero aun en caso adverso, nunca librariamos peor que en 1861. Recuérdese que la crisis de ese año cerró el primer período de nuestra prosperidad que databa de los venturosos tiempos de California y de Australia. Los malos negocios se realizaron y redújose la confianza. Valores y propiedades cambiaron de

dueños y convencidos los hombres de que nada ayuda tanto á remediar los males como remontar á las causas que los han producido, se investigó y reflexionó y vino á descubrirse que, á veces la imprudencia excesiva y á veces la incapacidad ó la mala fe, habían abusado del crédito hasta un punto que nuestras leyes como las de todos los países cultos reprueban y castigan. La liquidación se hizo entonces con no pequeños sufrimientos y dificultades, pero el país no quedó aniquilado ni empobrecido, sino que, al contrario, cobrando nuevos bríos y dando mayor impulso á sus fuerzas productoras, ha visto á las industrias y al tráfico doblar en un decenio las rentas y los capitales, la producción y la riqueza general.

Con todo, si esto último era posible, no era en manera alguna probable que los resultados del fenómeno se viesen tan pronto, porque esos períodos de gran prosperidad como el de las especulaciones californenses, seguidos de ordinario por crisis comerciales ó industriales, no se observan comunmente sino en los pueblos que hacen grande *uso* del crédito y nosotros sólo habíamos conocido sus *abusos*. Los negocios al contado nunca dan lugar á perturbaciones semejantes, como que ellas nacen sólo de las especulaciones á plazos. Pero aunque últimamente éstas se han hecho entre nosotros en mucha mayor escala que antes del 61, puede sostenerse con toda verdad que así como los excesos del crédito nos trajeron la crisis de aquel año, así también el crédito cuerdamente practicado ha venido á reparar nuestro quebranto y á restablecer sobre una base sólida las transacciones y la fortuna del país.

Las necesidades de la industria han demandado nuevos medios de acción y buscado el empleo de vastos capitales que sólo podían reunirse mediante la asociación. Así es

como el crédito se ha fundado y consolidado y así es también como las compañías de todo género han venido formándose, así es, por fin, como las leyes, expresión de las exigencias sociales, han venido reglamentándolas y perfeccionándolas hasta ponerlas en el estado que hoy tienen. Para ello no han sido precisos largos estudios ni mucha invención. Una ligera observación de los hechos ha bastado para que nuestra ley de Sociedades, que no es sino la ley francesa con algunas breves modificaciones requeridas por las circunstancias del país, viniese á satisfacer casi por completo las necesidades sentidas en el particular, y á ella debemos los beneficios que han venido á prestarnos esas sociedades, sirviendo á la vez al comercio y á la producción, facilitando el tráfico y los cambios y creando por todos estos medios una masa de capitales mucho mayor y más útil que los medios mismos que han servido para producirla. Además, la asociación que tantos bienes ha traído en lo general, también en lo particular trae la ventaja de conferir á los asociados una intervención más directa en sus negocios, despierta su inteligencia y sus facultades administrativas, les hace vigilar el empleo de sus propios recursos y les dá el conocimiento de las cosas y de los hombres que tanto se necesita en el curso de la vida. Y claro está que mientras mayor extensión tiene el crédito bajo un sistema semejante, tanto más aprovecha á la sociedad ese sistema, con tal, se entiende, que no se le saque de su esfera propia, que no se abuse de sus medios de acción y que éstos se empleen sobre todo con inteligencia y probidad.

XI

Pero ¿qué cosa es el crédito, señores? y ¿cuál debe ser la moralidad de la riqueza que él ha contribuído á producir en la república?

Los hechos mismos que acabo de recordar responden á la primera de estas cuestiones y prueban que el crédito no es otra cosa que la confianza ó sea la certidumbre de que toda obligación contraída se cumpla con puntualidad. Todo documento ó pagaré á plazo, toda promesa de cubrir cierta suma en un día dado, todo contrato ó título de valor que circula como numerario porque se da y se recibe en pago, he ahí lo que constituye el crédito. Pero el crédito, todos lo saben, no es útil sino en tanto que los que lo acuerdan y lo reciben no se engañan, esto es, en tanto que el capital prestado ó fiado para administrarlo se devuelva con exactitud. De otra suerte el crédito no se mantiene y por eso es que todo aumento de crédito supone un sentimiento general de bienestar, al paso que la falta de crédito viene siempre acompañada de desconfianzas y penurias, como que temerosos los hombres de perder su capital lo esconden, retráense de los negocios y sobrevienen pánicos como el de 61 ó como el que sucedió durante el bloqueo de nuestros puertos por la España el año 65.

Sin embargo, el crédito, señores, no es solamente la transferencia de un capital de mano en mano: es también una adición al conjunto de valores cambiables y aunque no hace de suyo el milagro de los panes del evangelio, pues no convierte uno en diez ni siquiera uno en dos, promueve no obstante el desarrollo de las riquezas hasta

un punto que el cambio y el metálico por sí solos no habrían jamás alcanzado. Más claro, el crédito no posee un poder productivo directo, pero allana, sí, la producción y la incrementa como los consumos, pues quien le goza tiene el poder de emplearlo para negociar ó para consumir. De la misma manera, los papeles de crédito no aumentan en rigor la riqueza del país, pero alientan las industrias y facilitan extraordinariamente los negocios así como la producción y los cambios.

Por eso, señores, marcaba poco há la diferencia que hay entre las operaciones al contado y á plazo, por más que se crea que esto peca de vulgar. En aquellas se compra un objeto, se paga su valor en plata ú oro y, asunto concluído; al paso que en éstas el negocio se hace á un término dado y se paga con documentos, es decir, con crédito. De ahí es de donde nacen las varias especies de crédito que todos conocemos:—el crédito de las corporaciones ó individuos, sean comerciantes ó especuladores, que hacen plata ó productos de sus pagarées;—el crédito de los capitalistas ó banqueros particulares que prestan ó descuentan con cheques ó vales suyos á la vista ó á plazo; —y el crédito, mucho más vasto, de los bancos de emisión que gozan del privilegio de acuñar moneda de papel. Todos operan de diverso modo, pero cada cual de ellos concurre, en su esfera de acción, á formar y sostener eso que se llama el crédito general que tantos bienes ha hecho entre nosotros en estos últimos años y que es como la base del crédito público ó sea el crédito de los Gobiernos.

XII

Entro ahora á mi última cuestión, porque después de hablar de la riqueza y del crédito nada más propio que decir dos palabras sobre el uso á que de ordinario se destinan. Sabéis, señores, que todo el que posee una fortuna libre y legítimamente adquirida puede emplearla como quiera; pero su uso puede ser bueno, malo ó indiferente y por eso los preceptos de la moral son en este punto tanto más necesarios cuanto que la ley positiva es completamente muda. Sabéis, también, que todos nuestros gastos son personales, industriales, ó de beneficencia, y que es propio de los primeros consumir el capital, de los segundos reproducirlo y aumentarlo, y de los terceros satisfacer las necesidades de los desvalidos ó menesterosos.

De estas dos últimas clases de gastos nada tengo que decir. Pero en cuanto á la primera clase, si son á toda luz buenos los gastos que hacemos para conservar y aumentar nuestra vida y la de nuestras familias, yo creo que no lo son absolutamente los gastos excesivos, los que se hacen para pagar servicios contrarios á la moral, ni menos todavía los gastos de lujo que, para ser mejor comprendido, llamaré yo de pura ostentación. Sin desconocer en lo menor ni la caridad ni la laboriosidad de nuestro país, y sin negar los sacrificios que él ha hecho y hace cada día á la beneficencia y á la industria, forzoso es, sin embargo, confesar que los gastos puramente personales son aquí los más considerables y que entre ellos los de fausto y pura ostentación ocupan un lugar muy prominente.

Según nuestra *Estadística Comercial*, Chile es uno de

los mejores mercados para la Francia. Ella es la que más provee á nuestro consumo después de Inglaterra y sólo nos envía artículos de gusto, pero nunca, ó cuando más en muy pequeña escala, los que se llaman de primera necesidad y para el uso del bajo pueblo. Así se explica el lujo realmente deslumbrador de nuestra alta clase y que se exhibe no sólo en palacios espléndidos, sino en muebles, trajes, coches, joyas, fiestas y á veces hasta en bagatelas que no procuran ningún goce directo, pero que tienden á dar una opinión elevada de la opulencia y liberalidad de los que las poseen.

La importación de mercaderías francesas en Chile fué en 1870 de 6.054,311 pesos, subiendo el total de las importaciones en ese año á 28.224,139 pesos, lo que da cerca de una cuarta parte del consumo general del país á las solas mercaderías traídas de Francia. Esto hace que el comercio franco-chileno se haya quintuplicado desde 1860 hasta la fecha.

Algo parecido nos sucede con Inglaterra, cuyo comercio con Chile es hoy cuatro veces mayor de lo que era diez años atrás. Pero no debe olvidarse que la mayor parte de los envíos de ese país son de objetos de primera necesidad, como géneros blancos y quimones, bayetas y driles, ó con carácter reproductivo como las máquinas é instrumentos de agricultura y minería, etc.

Nuestro comercio con Estados Unidos viene decayendo gradualmente desde 1856. Ese año alcanzó á 3.000,000 de pesos, pero en 1870 ha descendido á una cifra doce veces inferior á aquella, algo como 250,000 pesos.

Igual cosa sucede con Alemania. En 1857 nuestro comercio con este país llegó á su máximum, que fué de 941,000 pesos, pero desde entonces ha venido declinando

hasta quedar el año 70 en la insignificante suma de 126,911 pesos.

Atendida la importancia y variedad de la producción de estos dos últimos pueblos, yo no sé cómo explicar la decadencia de su comercio con Chile. La estadística oficial tampoco ha sabido darse cuenta de este fenómeno. No obstante, de los datos suministrados respecto á las importaciones de Francia é Inglaterra, resulta claramente que si los consumos generales de nuestro país han incrementado á la par con su población y su riqueza, han subido mucho más aún nuestros consumos de muebles y menajes de casa, coches, tapices, vestidos, alhajas, estatuas, cuadros, objetos de adorno y demás productos de la industria francesa, que son no sólo de moda y de gusto sino en su mayor parte de lujo y ostentación.

Yo confieso, señores, que cada día me sorprendo más y hasta me duelo de lo que noto á este respecto, sobre todo en Santiago. Cierto es que hay aquí gran riqueza y prosperidad, pero también las hay y mucho mayores en otros pueblos, que sin embargo no invierten en objetos de lujo ni la mitad que el nuestro. Yo he pasado, señores, algunas semanas en Florencia cuando era la cabeza del reino de Italia y puedo aseguraros que no he visto allí, ni con mucho, lo que veo en Santiago. Digo más todavía y es que la ostentación y el lujo son mayores, incomparablemente mayores, en Santiago que en París, Berlín y Londres, atendidos, se entiende, los recursos y la densa población de esas grandes capitales.

Pero, la moda, se dirá! La necesidad de no ser unos menos que los otros! Y luego, las grandes inversiones del fausto y la opulencia hacen prosperar al comercio y las industrias! Mas, ¿qué precisión tienen las gentes cuerdas

de vivir como viven las que no lo son? ¿qué provecho reportan de malgastar sus dineros en cosas que no les traen goce positivo ni á ellas ni á sus familias? Diréis, señores, que esto es predicar en desierto y que hacer sobre ello reflexiones y dar consejos es algo tan perfectamente inútil como escribir en el agua. Yo no lo creo así y pienso, al contrario, que la reforma á este respecto es fácil y hacedera con sólo algunos pocos y buenos ejemplos. Oidme, señores, un momento más.

Si las familias ilustradas que dan el tono á nuestra sociedad se convencen de las ventajas de un cambio y quieren ser algo más modestas, las otras al instante las imitarán;—cesará la competencia entre los ricos y los que no lo son tanto;—habrá en general más moralidad y más bienestar;—las clases pobres surgirán por el trabajo, la economía y la instrucción y el país aumentará su riqueza y su poder mediante inversiones más reproductivas y sobre todo más cuerdas que las de este último tiempo. ¿No habéis visto ayer mismo, señores, pagar 76,000 pesos por las llaves, esto es, por el derecho de preferencia para poder alquilar los palcos del Teatro Municipal, cuando esté concluído y entregado al público? Esto lo hacen sólo los ricos, señores. Y ¿para qué decir otras cosas ni insinuar tampoco debilidades y miserias de aquellas que cada día operan en las otras clases de la sociedad el fausto y la ostentación?

Por eso, señores, aunque sea trivial esto de hablar contra el lujo, yo creo que conviene combatirlo siempre y en donde se pueda y os invito á verificarlo con vuestra pluma y vuestra palabra, en vuestras casas y las de vuestros amigos, porque los gastos de esa especie son los peores á que puede prestarse el abuso de la fortuna. «La posesión

de las riquezas (ha dicho un sabio miembro de esta Facultad) confiere un gran poder y por consiguiente impone una grave responsabilidad. Cada cual responde de la satisfacción de sus necesidades y de las de su familia, pero también responde del deber en que está de dar á su fortuna un destino útil. Honremos, pues, el juicioso empleo de las riquezas, porque él es de un provecho grandísimo para la sociedad. Emplear para nosotros y para ella toda nuestra actividad y nuestro poder, hé ahí el objeto de la vida social y de todos los preceptos morales relativos al uso de la fortuna.»

XIII

Ahora, señores, una palabra más sobre los usos del crédito, y concluyo. De él debe decirse lo que de la riqueza: puede emplearse bien ó mal. Pero es indudable que, cuando sucede lo primero, la sociedad gana tanto como pierde cuando acontece lo segundo. Sobran hoy entre nosotros las industrias á que puede consagrarse ventajosamente el crédito; pero sobran, también, por desgracia, los negocios aleatorios que arruinando á unos levantan como por encanto el haber de los otros. Por mi parte, yo creo que ni la moral ni la ciencia deben aceptar y menos encarecer negocios semejantes, que si pueden ser ruinosos para los individuos, pueden traer también una perturbación á la sociedad por la mancomunidad del crédito y por los distintos servicios de garantía que están prestando en los bancos unos mismos valores.

Todos hemos visto, en este último tiempo, que el agio ha entrado con fuerza en Chile y que surge y prospera

haciendo como es natural algunas víctimas; pero hemos visto, asimismo, que la multiplicación de las transacciones eleva la propiedad, fortifica las industrias y dobla la energía de la producción. En el semestre que concluye la fiebre de los negocios ha sido tal que ha hecho alzar casi todos los valores, y ha causado como una revolución en los títulos de crédito y hasta en el metálico, porque la plata y el oro no han sido bastante manejables ni bastante rápidos para corresponder al ardor de la especulación. Por fortuna, tratándose hoy principalmente de empresas mineras, ya sean de plata como las de Caracoles ó de carbón y salitre como las de Coronel y Pisagua, lo que ellas rindan vendrá en definitiva á acrecer la riqueza nacional. Como lo que cuestan no sale de Chile, es claro que siempre ganará éste el total de sus productos netos, aún cuando los empresarios pudieran haber hecho negocios mal retribuidos ó tal vez á pura pérdida.

Pero sea lo que fuere del agiotaje y de los negocios aleatorios, hay, señores, en el día un hecho que honra altamente á nuestro país y es la puntualidad en los pagos y la exactitud en el cumplimiento de los contratos, cosas ambas que antes no entraban en las costumbres comerciales de Chile. Hoy generalmente los compromisos se cumplen, no hay atraso en los deudores, las carteras de los Bancos no están repletas, como en otro tiempo, de pagarées atrasados ó incobrables, y esto ha hecho que se aumente la confianza en los hombres y en los negocios, y que haya podido darse mayor impulso á la actividad industrial y comercial que hoy anima á toda la república.

Gran parte de este beneficio se debe, señores, al crédito y á la masa de capitales que han desarrollado las socieda-

des anónimas. Por eso el legislador, el gobernante y el industrial, los patriotas todos, y principalmente los escritores que trabajan por el bien del país, no sólo no deben perder de vista esas sociedades en que todos tenemos alguna participación, sino que deben estudiar su marcha para tratar de perfeccionarlas y generalizarlas y para difundir lo más posible los servicios que ellas prestan al Estado. Las escuelas y los colegios, con sus métodos de enseñanza y sus exámenes, nos permiten medir el adelanto intelectual de la república; las casas de caridad y los templos, nos dan la medida de la beneficencia y del espíritu religioso de nuestras poblaciones; pero las sociedades comerciales, por su vasta esfera de acción y sus recursos, así como por el desarrollo extraordinario que cada día adquieren, son la única medida verdadera del crédito y de los adelantos industriales de la nación.

Íntimamente persuadido de esta verdad, yo no vacilo, señores, en afirmar que esas sociedades, obrando simultáneamente con la difusión de la instrucción popular y el empleo de la mecánica en la industria, han sido la causa motriz del vuelo que la riqueza y el crédito han tomado entre nosotros en estos últimos años. Lo sensible es que ellas no extiendan todavía sus beneficios á nuestras clases pobres y laboriosas, mediante el establecimiento de asociaciones cooperativas como las que se han formado en otros pueblos y especialmente en Francia é Inglaterra. Sabido es todo lo que por su medio han ganado allí el artesano y el obrero, que no sólo han sacado mayor fruto de su trabajo sino que hasta se han hecho más morales y más fuertes, obedeciendo así á una ley de nuestra época que hace que todo hombre que se asocia con otros para el ejercicio de una profesión, se crea mucho más obligado

que antes á consagrarse á ella con una actividad cada día mayor y más fecunda.

XIV

Y ¡cuánto bien no harían entre nosotros esas sociedades, asegurando el trabajo y el orden en la clase social menos afortunada, promoviendo la mejora material y moral de nuestros artesanos, acabando con la ebriedad y el *San Lunes* y creando cajas de ahorro y de socorros mutuos para todos aquellos oficios ó gremios compatibles con la asociación! ¿No acabamos de ver en nuestros diarios la célebre carta que Sir Scott Russell, iniciador de la unión entre la nobleza y la clase obrera de la Gran Bretaña, dirige á los respectivos *comitées de lores y trabajadores*, explicando el origen y objetos á que hoy tiende el movimiento social de aquel país? ¿Y por qué entre nosotros no podría hacerse otro tanto cuando los medios de acción no nos faltan y cuando no tenemos aquí ni con mucho tan grandes exigencias ni tan graves dificultades que vencer?

Debe, sin embargo, tenerse presente que esas sociedades no son otra cosa que empresas comerciales ó industriales y que en este carácter ellas, como las compañías anónimas, están sujetas á las mismas reglas de conducta que dirigen á toda negociación honrada. La capacidad de los directores, la precaución contra los engaños y el fraude, el tacto para los contratos y la estricta sujeción á los estatutos y á la ley, todos sabemos que son la base y el fundamento de tales asociaciones. En cuanto á los beneficios, tampoco debe olvidarse que la ventaja social está en no repartirlos sino en la menor escala posible, porque

todo comercio tiene altas y bajas y si en tiempo de prosperidad se distribuyen todas las ganancias, en tiempos menos felices no habrá dividendos, y las compañías sufrirán en su crédito ó no podrán impulsar su giro por falta de capitales. Conviene, sobre todo, no alucinarse en el presente ni formarse esperanzas quiméricas respecto á utilidades futuras. Alentarlas sería convertir la asociación en una utopía no menos peligrosa que irrealizable, porque no siempre los negocios se aciertan y en los casos desgraciados el desencanto vendría á saldar con pérdida las ventajas de la cooperación.

Ahora, en cuanto á la gestión de nuestras sociedades anónimas, no puede dejar de notarse que alguna entre ellas, convirtiendo la confianza en sistema y haciendo á veces un uso exagerado del crédito, ha desviado de su verdadero fin el movimiento societario y sacrificado tal vez los intereses generales á la conveniencia individual o del momento, y yo creo que tampoco deben fomentarse estos abusos que siembran la desconfianza y minan por su base la solidez de las transacciones honradas. Merced á ellos es como se ha visto á los impacientes de la fortuna asegurar y probar con los hechos que, «en el manejo de esas sociedades, el negocio está sólo en el dinero de los accionistas y en la inocencia del público.» Así es, también, como á la sombra de procedimientos favorables en apariencia al bien común, se han levantado arbitristas que, como administradores o consejeros y obrando sólo en beneficio propio, de la noche á la mañana se han convertido en millonarios. Y cuidado, señores, que en estas materias el ejemplo es contagioso, pues aunque los maestros sean contados, los discípulos como los adoradores del becerro de oro son en nuestro tiempo innumerables!

Esas perspectivas de lucro á toda costa tienen todavía otro inconveniente y es que desmoralizan los negocios y producen el disgusto ó tal vez el menosprecio del trabajo. En efecto, ¿quién puede someterse á reunir lentamente y por economías y privaciones de toda especie, un pequeño peculio que asegure su pan y el de su familia, cuando á cada paso encuentra hombres venturosos que por una coincidencia fortuita, acaso por escribir un papel ó realizar una mala idea se levantan de repente una fortuna? El remedio de esos males incumbe, lo repito, á las mismas sociedades anónimas y á sus estatutos y sobre todo á sus accionistas, que deben prevenir los excesos de gestión y fijar bien la responsabilidad de los administradores ó gerentes; pero incumbe también á la ley, pues aunque el deber de reglar las responsabilidades sea del dominio puro de la convención particular, yo creo que respecto á terceros perjudicados hay en ello un alto interés de moralidad pública que legitima cierta intervención del legislador.

Mas, ¿de qué no se ha abusado y se abusa en este mundo? Los hombres rara vez podemos mantenernos en la medida de lo justo y de lo útil y por eso abusamos de todo, hasta de los principios más excelentes, hasta de las instituciones más benéficas y santas. Pero sea de esos abusos lo que fuere, no puede negarse que aún á pesar de ellos, las sociedades que doblan las fuerzas y los capitales productivos son una forma de condensación y de expansión que contribuye mucho al desarrollo individual y social y que, en este sentido, ellas son como el eje del mundo moderno, algo como la palanca de Arquímedes para levantar el progreso de los individuos y de los pueblos.

LOS NEGOCIOS Y LA CRISIS[1]

(Discurso leído en la Academia de Bellas Letras.)

I

En el predominio que hoy alcanzan los intereses materiales cuando las alzas y bajas del mercado, absorbiendo las inteligencias, alejan á los hombres del campo de las ideas para contraerlos exclusivamente á la especulación y al medro;—hoy que el país prescinde hasta de sus derechos más sagrados y cree que su vida está vinculada sólo al desarrollo de la riqueza, á los juegos de bolsa, las aventuras mineras y al agiotaje del papel fiduciario y de las sociades anónimas;—hoy, en fin, que el tanto por ciento es el tópico obligado de todos los círculos, escusadme, señores, si arrastrado por la corriente vengo yo á mi turno á hablar de negocios ante hombres como vosotros, reunidos aquí para servir al progreso intelectual y moral, pero que lleváis también en vuestro espíritu la luz de la verdad para en todas partes difundirla y enseñarla.

1. Publicado en *El Ferrocarril* de julio 5 de 1873.

Hace ya tiempo que los órganos más acreditados de la prensa, en sus revistas de la plaza, nos vienen repitiendo estas palabras: «Las acciones y títulos de las diversas compañías y aun de la deuda pública, los bonos y demás papeles de crédito, todos siguen bajando de precio y hay gran paralización en el mercado.»—Negociantes y corredores, banqueros y agentes de cambio, prestamistas y especuladores, comerciantes é industriales, todos se quejan del malestar de los negocios. Las transacciones siguen adormecidas aun sobre artefactos extranjeros y frutos nacionales; sólo se compra para el consumo ó á lo más se cambian papeles por papeles, y el comercio y las industrias sufren, como es natural, por consecuencia de esta situación anómala, indefinida, rara, y que pugna verdaderamente con la actividad y prosperidad general de nuestro país.

¿Dónde está, señores, la causa de esta situación que se prolonga ya como tres meses? ¿Cuándo terminará y qué remedios deben aplicarse al mal para impedir su repetición? ¿El desarrollo notorio de nuestro país será completo si el progreso material no marcha paralelo con el intelectual y con la honradez y moralidad de los negocios? ¿No serán estériles nuestros adelantos si la sociedad se extravía y pierde en su marcha el equilibrio que asegure su porvenir?

Estas son, señores, cuestiones de viva actualidad y de importancia no pequeña, porque están palpitantes entre nosotros, afectan á la mayoría de nuestros conciudadanos y caben de lleno en el cometido de nuestra sección sociológica, «destinada á estudiar los fenómenos científicos en conformidad con los hechos demostrados por la ciencia y por las leyes de nuestro desarrollo social.» Yo no desco-

nozco que esta Academia debe, por sus estatutos, «contraerse principalmente á los estudios de la lengua, como primer elemento del arte literario, para perfeccionarla y adaptarla á los progresos generales de la época;» pero tampoco dudo que la sección aquella, á que yo me honro de pertenecer, faltaría á su objeto si dejara de estudiar ciertos hechos económicos que se imponen por sí solos y que ocupan en la sociedad contemporánea un lugar que nadie podría atreverse á disputarles.

En efecto, los bancos, las sociedades anónimas y el crédito que alientan y multiplican la producción y los cambios; esas fuentes fecundas de trabajo y de riqueza, que surgen y se extienden por el suelo feraz de nuestro país; las exposiciones industriales y agrícolas, las instituciones de crédito y las fábricas libres ó privilejiadas; los ferrocarriles y las obras públicas que se inician y se desenvuelven sirviendo á veces al desarrollo social ó á veces perturbándolo; todas estas y otras que omito son, señores, cuestiones esenciales é imprescindibles para nosotros, ligadas estrechamente con nuestra sociabilidad y no podemos dar un paso adelante sin tropezar con ellas, que en la vida de los pueblos todo se eslabona y no sólo el progreso de la riqueza sino la instrucción misma y hasta la historia, que antes llenaban su tarea enseñando á leer ó refiriendo la parte moral y dramática de los acontecimientos, hoy parecen incompletas y nulas si no satisfacen las necesidades filosóficas de las nuevas generaciones y si no marchan acordes con los grandes intereses nacionales.

II

Sin entrar desde luego en antecedentes ni detalles numéricos, yo empiezo por una palabra tranquilizadora y creo, señores, poder afirmar, sin temor de ser desmentido, que lo que pasa actualmente en los negocios del país está muy lejos de ser una crisis. Es tan sólo una paralización accidental nacida de la escasez de moneda metálica, que ha motivado una súbita restricción del crédito y dado cierta tirantez á las transacciones, y que, alzando la tasa del interés y los descuentos ha depreciado los valores flotantes y ha puesto un término, tal vez útil á la larga, pero demasiado brusco y violento por ahora, á la fiebre del agiotaje y al ardor endémico de la especulación.

Por fortuna este mal es transitorio. La nación no ha sufrido pérdidas ni contrastes capaces de provocar una perturbación económica: las industrias siguen prósperas y las rentas públicas continúan en rápido incremento: las fortunas particulares tampoco han mermado por malas cosechas, ni por atrasos ó quebrantos grandes ni pequeños. Se ha operado, por causas diversas pero accidentales, una especie de parálisis en la marcha natural de las transacciones; se ha minorado el crédito individual más por prudencia que por necesidad y escaseando el metálico, ha subido por consecuencia el interés; pero ninguna crisis comercial nos amenaza, ningún trastorno serio, ningún quebranto grave sufren por ahora la riqueza ni la industria nacional. Pagados ya los últimos dividendos de nuestras principales sociedades y cubierto el impuesto agrícola en todo este mes, puede asegurarse que el males-

tar de los negocios pasará apenas venga la parte pedida del último empréstito. Y yo creo que basta apelar al testimonio de los hechos para convencernos de que los temores que se tienen en contrario son infundados, exageradas las quejas y vana y muy vana la alarma introducida en el mercado por los autores que á la vez son las víctimas verdaderas de esta extraña situación que atravesamos.

Si hay entre nosotros, señores, algo tan claro como la luz, es el desarrollo constante de la prosperidad material de nuestro país. Basta abrir la estadística para ver que las importaciones y exportaciones, la producción y el consumo, los capitales y las rentas, todo en fin, lo que constituye la riqueza nacional marcha en continuo y rápido progreso. La agricultura y la minería, el comercio y el tráfico, los cambios y la industria en sus múltiples manifestaciones, lejos de decaer cobran cada día mayor brío y combinadas con la actividad que imprime á los negocios el vapor,—que es la palanca del siglo, como el carbón es el alma de las industrias modernas,—auguran á la fortuna privada y pública un desarrollo extraordinario y que no nace de circunstancias transitorias sino que es un efecto lógico de causas normales y permanentes.

Para comprender esta verdad basta ver la topografía de Chile, sus producciones y consumos, su movimiento terrestre y marítimo, sus estados de aduana, sus entradas y gastos generales, la abundancia de trabajos de toda especie, el adelanto de sus poblaciones, su vida toda de ayer y de hoy. Nuestros progresos graduales pero simultáneos, rápidos en muchos ramos, lentos en otros, está visto que no se suspenden, sino que van cada día en progresivo aumento, porque son el resultado de causas naturales y características de la nación. Si así no fuese, ¿existirían hoy

las 94 sociedades anónimas que se han planteado en pocos años con un capital de 153 millones de pesos y pagando casi todas buenos intereses á sus accionistas? En vista de lo que hoy sucede, ¿quedarían sin reclamarse las gruesas sumas que existen depositadas en los bancos? ¿Se cubrirían repetidos y fuertes dividendos de millones á esos mismos bancos y sociedades sin que el mercado se resienta de tales desembolsos ni se eleven demasiado los descuentos? Si no tuviéramos todos plena confianza en la convertibilidad de los billetes y en la perfecta solvencia de nuestros establecimientos de crédito, ¿habría el público quedado impasible ante el espectro de la crisis con que profetas de mal agüero han querido amedrentarlo?

Nó, señores, nada de esto se vería si hubiera en la República síntomas siquiera de algunos de esos trastornos económicos á que están sujetos todos los pueblos que viven del comercio y del crédito, y que después de largos períodos de alza continua suelen atravesar otros que se llaman de *crisis*, durante los cuales se liquidan ciertos negocios para en seguida tomar todos los otros un vuelo nuevo y superior al que habían tenido hasta entonces. Tal situación no ha llegado ni llegará tan pronto hasta nosotros, porque un mal semejante no puede venir sin antecedentes sensibles y sin causas gravísimas que por fortuna hasta ahora no existen para Chile.

Sin embargo, el mal vendrá, señores, aunque sólo sea en apariencias, si el patriotismo y la cordura no se empeñan en conjurarlo, porque el pánico ya es de suyo un mal presagio, mucho más si se combina con la falta de crédito y la repetición de los negocios aleatorios. Recuérdese que causas parecidas produjeron la crisis de 1861, bien que entonces la razón verdadera estuvo no como ahora en el

uso, sino en el *abuso* punible del crédito, ejecutado á veces por la imprudencia excesiva y á veces por la incapacidad ó la mala fe. Eso trajo, como se sabe, la perturbación general que todos recordamos. Estalló el conflicto, se hizo la liquidación y cambiaron de dueño valores y propiedades; pero el país no quedó aniquilado ni empobrecido, sino que, al contrario, cobrando nuevos bríos después de la catástrofe y dando mayor impulso á sus fuerzas productivas, ha visto en poco más de un decenio triplicarse las rentas y los capitales, la producción y la riqueza general.

III

Es un hecho, señores, que en nuestras circunstancias como en las de cualquier otro pueblo, todo lo que pone espanto al capital y restringe el crédito perjudica gravemente á la fortuna individual y pública, porque paraliza el trabajo, disminuye la producción, y sembrando la desconfianza en los negocios y en los hombres, tiende á cegar en su origen las fuentes de la prosperidad social. Esto lo conocemos todos y desde hace noventa días lo repetimos y lamentamos, pero en presencia del mal y sin ignorar sus causas, nada cierto ni seguro se ha hecho hasta hoy para remediarlo. La tirantez de los negocios aumenta, lejos de disminuir, porque continúa la falta de moneda que trajo la restricción del crédito, acordada por los bancos, tanto para conservar en arcas el metálico necesario á la conversión de sus billetes, como para poner un término al agiotaje que había cundido como una epidemia desde el descubri-

miento de Caracoles y de nuestras novísimas y curiosas invenciones de sociedades anónimas.

Esta última causa, señores, que si no es la principal ha contribuído en gran parte á producir la situación que atravesamos, no es menos evidente que la de la escasez monetaria, ni deja de ser de suyo bastante grave para que yo no me permita llamar sobre ella por un momento vuestra atención y la de los hombres encargados en nuestro país de dispensar el crédito. Vosotros lo sabéis mejor que yo: el crédito no es solamente la transferencia de un capital de mano en mano; es también una adición al conjunto de valores cambiables y aunque no los multiplica, promueve, no obstante, el desarrollo de las riquezas hasta un punto que el cambio y el metálico por sí solos jamás alcanzarían. En otros términos, el crédito no posee, como muchos piensan, un poder productivo directo, pero allana la producción y la incrementa como los consumos, pues quien le goza tiene el poder de emplearlo para producir ó para consumir.

Pero si el crédito se representa por toda promesa de cubrir cierta suma en un día dado, ó sea por pagarées, billetes, cheques ó documentos, que circulan como numerario porque se dan ó reciben en pago, no se constituye, señores, verdaderamente sino por la confianza, ni significa otra cosa que la certidumbre de que toda obligación contraída se cumpla con puntualidad. Por eso es que la multiplicación de los papeles de crédito no aumenta la riqueza del país, bien que alienta las industrias y facilita los negocios y los cambios, y por eso es también que el crédito sólo es útil en tanto que los que lo otorgan y lo reciben no se engañan, esto es, en tanto que el capital prestado ó fiado se administra honradamente y se devuelve con exactitud,

porque es indudable que el crédito puede emplearse bien ó mal y que la sociedad gana tanto en el primer caso como pierde cuando acontece lo segundo.

Siendo esto así, ¿tendrá el crédito una base sólida cuando se presta para negocios de aventura y de azar? Tendrán sus operaciones la seguridad del éxito, ni habrá certidumbre de que se cumplan los compromisos contraídos, cuando las transacciones ejecutadas por medio del crédito versan sobre objetos de valor instable? Ciertamente que nó, y esta convicción general en cuantos conocen los negocios, es sin duda la que ha obligado á los bancos á restringir los préstamos que tanto fomentaban el agiotaje en este último tiempo.

Vosotros sabéis, señores, que las operaciones sobre bonos ó papeles fiduciarios son de dos especies: de *colocación* ó de *especulación*, y que las primeras tienen por objeto comprar, para invertir, economías ó fondos disponibles, asegurándose rentas, al paso que las segundas versan sobre compra y venta de papeles ó títulos para ganar ó perder según bajen ó suban los precios en el mercado. Sabéis también, señores, que el negocio de esta última especie es peligroso, porque se presta maravillosamente á confabulaciones y engaños, y cuando se ve protegido abre ancho campo á los abusos del crédito, así como á las especulaciones aventuradas que levantan ó destruyen al acaso la reputación y las fortunas. Por esta razón el público reprueba generalmente ese negocio llamándolo juego de bolsa ó de agiotaje, y aún hace más, porque confunde en la misma reprobación al especulador, al agiotista y al jugador, nombres que se creen sinónimos, pero sobre los cuales yo pienso que debe hacerse una distinción esencialísima. La especulación en sí misma no es más ni menos que el comercio.

¿De qué se trata en el comercio? De comprar á fin de vender á mayor precio y ganar la diferencia. Para obtener este resultado es preciso combinar el negocio, calcular sus elementos, apreciar bien las probabilidades favorables ó adversas, es decir, *especular*; de donde se sigue que la *especulación*, estrictamente hablando, no es otra cosa que el *comercio*. No obstante, el uso toma de ordinario la especulación en mal sentido haciéndola consistir en transacciones reprensibles desde que son aventuradas y pueden comprometer la fortuna ó la moralidad de los contratantes.

Sin el saber etimológico, de que nos dió en noches pasadas una ingeniosa muestra el señor Cood, yo creo con Garnier que la palabra *agiotaje* (que el diccionario define «operación que, para aprovechar ciertas circunstancias, se hace cambiando el papel en dinero ó el dinero en papel») viene del itálico *aggio*, (añado, agrego, aumento), de lo cual se deduce que agiotista es el que cambia lo que posee para aumentar su haber. Cambista y agiotista son por consiguiente sinónimos según la etimología; pero el uso lo quiere de otra suerte, haciendo del agio un equivalente del juego donde todo pende del acaso ó de la especulación arriesgada y punible á los ojos de la ley. Además, generalmente se cree que el cambio varía los poseedores, pero no produce utilidad ni agrega valor alguno á las cosas cambiadas.

Yo pienso, señores, que la ciencia debe también distinguir entre esos términos. El que *juega* lo entrega todo al azar, mientras el que *especula* piensa, discurre, combina y toma en cuenta todos los accidentes de su especulación. El que se ocupa en el agiotaje cambia su propiedad o trueca voluntariamente su cosa por otra, y, gana ó pierde,

según la marcha de las cotizaciones de plaza y el acierto ó desacierto de sus cálculos. De consiguiente, ganando en el cambio ambos contratantes por tener cada cual lo que más le agrada, síguese que la operación de cambiar es productiva de utilidad bajo el punto de vista individual, y como del libre juego de los intereses individuales resulta el interés social, síguese también que el agiotaje ó cambio de papeles por dinero es útil bajo el punto de vista individual y social.

Pero el mal, señores, no está aquí en el sentido de las palabras: el mal ha estado, para nosotros, en el trueque de valores y papeles de crédito convertido en especulación febril y en negocio exclusivo de millares de individuos, á tal punto que, sujetos de elevada posición, decían de voz en cuello á todo el que quisiera oirles:—«Compramos y vendemos papeles de toda clase, porque en todos ganamos plata y con sólo jugar al alza hemos en pocos meses triplicado nuestro capital.»—Así se ha dicho y se ha hecho, no por una sino por muchas personas y sociedades y ello ha contribuído grandemente á introducir la desconfianza, que mina por su base la solidez de las transacciones cuerdas y que, desmoralizando los negocios, produce el disgusto ó quizá el menosprecio del trabajo, como que nadie quiere someterse á reunir lentamente y por continuos esfuerzos y privaciones una módica fortuna, cuando á cada paso encuentra agiotistas, cambistas ó arbitristas que de la noche á la mañana se han convertido en millonarios.

¿Cuáles son entonces las operaciones del comercio honrado y las de la especulación? En esta materia yo creo, señores, que la diferencia es más aparente que real, porque el espíritu de especulación es el verdadero inspirador de todos los negocios comerciales. En efecto, todo el que compra

para negociar lo hace siempre con la esperanza de vender más caro en un momento dado, y el que vende lo hace ó para comprar más barato después, ó bien porque no encuentra ventajas en guardar lo que posee. Las transacciones de los agiotistas difieren sólo en que son algo más aventuradas que las del comercio común, porque el papel no tiene la fijeza de los otros valores, pero, en cuanto á la aventura, se parecen á todas las transacciones humanas, á todos los cálculos de las empresas comerciales, industriales ó agrícolas y más aun á las de las sociedades bancarias ó de crédito, en que se gana ó se pierde según la pericia ó impericia de los gerentes y consejeros, las situaciones del mercado y el acierto ó desacierto de los negocios que se realizan.

El objeto del agiotista, nadie lo ignora, es hacer muchos negocios con poco capital, así por las facilidades del cambio, como por la multiplicación de garantías que le presta un mismo valor con sólo variar de forma. Pero de esta suerte no hay duda que la propiedad se moviliza, las transacciones aumentan, el crédito se extiende y las industrias y el tráfico ganan en esa actividad de los esfuerzos y del trabajo humano. I ¿creéis, señores, que se deba renunciar en un todo á estas ventajas por evitar aquellos inconvenientes? ¿No hay en cada operación de agio razones diversas para creer en el alza ó baja de los títulos de crédito, razones que para ser bien apreciadas demandan cálculo, juicio, inteligencia? ¿No es siempre la previsión más exacta y que cuenta con mejores informes la que se ve más á menudo coronada por el éxito? ¿Ni quién podrá venir á decirnos con fijeza dónde deben detenerse esas combinaciones y esos cálculos, esos riesgos de pérdida ó probabilidades de ganancia, siempre aventurados, siempre aleatorios,

pero que difieren tanto del juego propiamente dicho, y, como tal, prohibido y castigado por la ley?

V

A nadie se oculta, señores, que aquí como en todas partes hay gentes á quienes el deseo de la ganancia extravía, que se engañan en sus raciocinios ó mistifican con ellos á los crédulos y á los incautos, que basan sus cálculos sobre ilusiones ó que se entregan sin criterio á especulaciones peligrosas y aun ruinosas.—Pero á este mal ¿qué hacerle? ¿Puede la ley convertirse en tutora de todos los ciudadanos? ¿No es evidente que con esa movilización no pueden quedar en la sociedad capitales improductivos?—La respuesta á estas preguntas salta á la vista y hágase lo que se haga, yo creo difícil, por no decir imposible, separar dos cosas que están estrechamente unidas y constituyen la base de todo mercado: el *negocio* y la *especulación*, que no sólo se ayudan y estimulan, sino que se completan y sirven para imprimir á los pueblos una actividad constante y por lo regular bienhechora y fecunda.

Y esa actividad, ese movimiento, esa vida que el cambio de títulos de crédito imprime á los negocios, sea que se venda ó se compre, son, señores, un beneficio inmenso para la sociedad, hoy sobretodo que la fortuna mobiliaria ha tomado entre nosotros tan vastas proporciones. Ella es útil al país entero: al gobierno como á los particulares y á las compañías; á los que tienen papeles y necesitan dinero; á los que desean colocar á rentas sus capitales ó á los que necesitan convertirlos en moneda para desarrollar ó plantear nuevas industrias; al Estado, en fin, porque el

incremento de los negocios vivifica la producción y despierta la riqueza y el crédito público.

No puede desconocerse, sin embargo, que los negocios de esa especie atraen un capital considerable arrancándolo tal vez á industrias más productivas, como la agricultura, el comercio, la fabricación de artefactos cuyas primeras materias poseemos, etc., y que, además, abren ancho campo á las maniobras de los especuladores avezados, que poniéndose de acuerdo y en ocasiones con sólo hacer moverse al telégrafo producen alzas y bajas ficticias para engañar á los incautos. Pero este, señores, es un inconveniente peculiar á todos los negocios y mientras haya mercados y transacciones, nunca faltarán, de tiempo en tiempo, intrigas, ventas simuladas, noticias falsas y todo ese cúmulo de arbitrios que la astucia y la mala fe emplean para medrar á costa agena.

Por eso es que el agiotaje, que había tomado aquí un vuelo excesivo, necesitaba reducirse á sus límites naturales y marchar acorde con los valores y el crédito verdadero, después de haber sido para nosotros, durante dos años, como una epidemia de esas que visitan periódicamente á los pueblos y cuyos estragos no se detienen sino cuando el mal ha completado su curso. Las acciones de todas las compañías en que se especulaba y hasta los bonos públicos, todo ha bajado de valor, todo ha sufrido más ó menos alguna depreciación con motivo de la falta de metálico y la tirantez del crédito, llevando la mayor parte de esta pérdida los negociantes en malos papeles, que la fiebre antes hacía cotizar con fuerte premio, pero que la fría calma de hoy ha reducido, exageradamente, aun á menos de su valor efectivo. Parece que esta situación terminará en breve, pero si continúa sin causa verdadera ó se com-

plica, ella tracrá una crisis efectiva para los tenedores de esos papeles. Los individuos ó las compañías efímeras y sin valor real ni vida propia se liquidarán; volverán en seguida los negocios á su estado ordinario; pero entonces la prosperidad renacerá de nuevo dejándonos como resultado esta verdad experimental: que no deben ponerse trabas á la libertad del trabajo ni á las industrias; que el crédito, para ser bueno y fecundo, debe otorgarse siempre con conocimiento de causa y que el agio, en su carácter de especulación febril, no conviene fomentarlo ni practicarlo, porque es peligroso y porque todos los que no son del oficio dejan en él su fortuna cuando no su honra.

VI

Pero al lado de las ventajas é inconvenientes de la especulación que han coincidido con la abundancia del trabajo en todas sus formas, el alza de los jornales, lo subido de todos los artículos de producción nacional y el consumo cada día mayor de objetos de uso común (lo que prueba el enriquecimiento público y la mejor condición de nuestras clases obreras) importa, señores, consignar otra verdad y es que en este corto tiempo y á pesar de que la organización societaria sea todavía un hecho nuevo entre nosotros, las acciones de las buenas sociedades industriales que se cotizan en esta plaza y la de Valparaíso tienen un valor enorme, y según el cómputo de los corredores de comercio se venden todavía muchas de ellas, no obstante la baja actual, con un premio aproximativo de 20 por ciento sobre su capital pagado. Siendo esto así, ¿qué mejor prueba pue-

de darse de los buenos efectos de la especulación en materias de asociación, de riqueza y de industria?

Es cierto que últimamente se ha abusado y no poco del espíritu societario, exajerándolo y desviándolo de su verdadero objeto, para convertirlo en negocio individual y muchas veces en red donde han caído los codiciosos y los bisoños. Así se ha visto en este tiempo sociedades mineras cuantiosas muertas al nacer y otras á poco de establecidas, lo que prueba que en ellas el negocio estaba sólo en el dinero de los accionistas y en la inocencia y credulidad del público. En pueblos tan prácticos como Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos ha sucedido otro tanto, y aún más, en diversas épocas y por accidentes análogos á los que han producido esta fiebre entre nosotros. Pero ¿de qué no se ha abusado y se abusa en este pobre mundo sobre todo cuando entran en juego la pasión y el interés?—Debe, sin embargo, no olvidarse que en nuestras sociedades liquidadas sólo ha habido cambio de valores, porque el capital no ha salido de Chile; que aquí el mal ha cesado pronto porque luego se han abierto los ojos y que en este corto tiempo la producción ha crecido, ha duplicado su valor la propiedad, los trabajos todos se han visto mejor retribuídos y el deseo de la ganancia, los estímulos de la riqueza y el auge de las fortunas han permitido, no sólo mejorar lo poco que teníamos, sino abrir á las industrias y al comercio nuevos horizontes, abordar grandes negocios, suscribir empréstitos, fundar asociaciones fecundas y sólidas y acometer empresas que no há mucho se juzgaban colosales y aún quiméricas.

Sin duda que todo esto no es poco y que ello sobra para inclinar la balanza en favor de los beneficios de la especulación. Pero algo más se ha visto, señores, en esta época

que honra á los hombres de negocios de nuestro país, y es la puntualidad en los pagos y la exactitud en el cumplimiento de los contratos, gracias á lo cual los compromisos se respetan, no hay atraso en los deudores, las carteras de los bancos no están llenas como en otro tiempo de pagarées incobrables, no se apura á los que deben porque todos están más ó menos garantidos y eso ha hecho aumentar la confianza y ha dado al crédito y á la actividad industrial el impulso que tantos bienes ha traído en estos últimos tiempos.

Esta situación feliz ha venido á turbarse, lo repito, por la gran extracción que se ha hecho, según parece, de nuestra moneda acuñada, con motivo de la subida del cambio y por la falta de ciertos retornos con que cubríamos nuestras importaciones. El metálico hoy existente en los once bancos de emisión sube á 3.500,000 pesos y entre particulares y otros establecimientos bancarios se cree que haya 2.500,000 pesos, lo que da un total aproximativo de 6 millones de pesos en moneda, que atendido el vuelo actual de los negocios no basta á las exijencias de nuestra circulación interior. Hace pocos años bastaba entre nosotros un circulante de cuatro millones, pero hoy que las transacciones se han multiplicado, necesitamos al menos el doble de esa suma. Hé ahí, señores, la exijencia principal de la situación y no cabe duda que ella pronto quedará satisfecha con el oro que viene de Londres y las pastas que ya han empezado á mandarnos Antofagasta y Copiapó. Pero si el metálico sale del país, obedeciendo á la ley ineludible de la oferta y la demanda, nada tiene esto de extraño, porque él volverá tarde ó temprano subiendo su precio ya sea por la baja del cambio ó como retorno de nuestras exportaciones minerales y agrícolas.

En comprobante de esta verdad véase lo que sucede con ese artículo, cuya extracción, como la de todos los que forman la producción nacional, ha venido aumentando gradualmente desde muchos años, sin que la cosa á nadie haya sorprendido.—En 1866 la extracción de la moneda fué sólo de 101,000 pesos, en 67 de 460,000, en 68 de 1 millón 52,000, en 69 de 1.816,000 y así ha seguido subiendo hasta el presente.—Igual cosa pasa, señores, con el trigo, el carbón, la cebada, el cobre, el cáñamo, los cueros, la miel, el vino, la lana, la seda, etc., cuya exportación crece por la mayor producción y la mayor demanda, así como por las circunstancias especiales del cambio. El trigo, por ejemplo, que en el año de 1870 se exportó á razón de 256 millones y medio de quilógramos, el año de 1865 no se exportaba ni siquiera por la cuarta parte de esta suma.

VII

Volvamos ahora al metálico. Nuestra casa de Moneda compró en pastas de oro y plata, el año 1871, por valor de 1.221,498 pesos y el 72 por 3.558,874 pesos. En el primero de esos años acuñó sólo lo que se necesitaba, 659,364 pesos y en el segundo 3.748,636 pesos, esto es 3.089,272 pesos más que el año anterior. I sin embargo de esta mayor amonedación, el metálico, que producido en tan corta cantidad abundaba el año 71, ha venido á escasear hasta ponerse en crisis este año 73, no obstante haberse acuñado con más abundancia que nunca en 1872. Tan sólo en doblones de oro y cóndores ese año se amonedaron más de dos y medio millones, y un millón doscientos treinta y

ocho mil pesos de plata, o sea bien cerca de cuatro millones de pesos que por lo visto han salido todos fuera del país.

Pero ¿como y en qué proporciones y por qué causas se ha hecho esta extracción de moneda? Yo no lo sé ni he podido averiguarlo por falta de datos exactos que ni las oficinas públicas ni los bancos tienen hasta ahora sobre el particular. Lo que puedo decir es que la exportación de minerales (entre los que se comprende ordinariamente la moneda) llegó en 1871 á 16.450,316 pesos, teniendo sobre la de 1870 un aumento líquido de 117,596 pesos. Este aumento es bien pequeño comparado con el de 1872 en que el cobre en barra, por sí sólo, tuvo una mayor extracción de 2.182,043 pesos y los ejes de cobre y plata la de 1.762,699 pesos, al paso que la plata en pastas desminuyó en 662,943 y la plata piña y en barras 744,434 pesos ó sean 1.400,000 pesos menos que la exportación del año 1871. Comparadas estas partidas entre sí y con las demás que componen la exportación general de productos mineros, resulta que en 1872 ésta excedió a la del 71 en 2.219,447 pesos, entre los cuales figura por 1.023,234 pesos la salida de la plata y el oro amonedados que fué de 968,749 pesos el año de 1870 y de 825,890 pesos el de 71.

Comparando ahora la extracción de nuestra moneda en 1871 y 1872, se ve que en este último año sólo tuvo un aumento de 197,344 pesos sobre la del año anterior, suma demasiado insignificante, no diré para producir en lo presente una crisis monetaria, pero ni aún para llamar la atención sobre un fenómeno tan natural como lo es el incremento continuo de la exportación de productos nacionales, entre los que figuran por mucho los metales y principalmente la moneda, sobre todo cuando escasean otros

retornos ó faltan buques cargadores y por lo tanto encarecen los cambios sobre Europa. Sin embargo, señores, esa exportación monetaria de 1.923,234 pesos el año 72, así como el pequeño exceso de 197,344 pesos que acusa ese año respecto á la exportación del anterior, no pueden considerarse como verdades incontestables, porque es bien notoria la fuerte exportación que se ha hecho de nuestra moneda metálica desde diez meses á esta fecha y porque la estadística es incompleta en el particular, como que sólo figuran en ella las cantidades que han sido declaradas al correr las pólizas de embarque.

Pero ¿á cuánto asciende las sumas de dinero que se sacan del país sin dejarse de ellas constancia alguna? ¿Cuál es el monto, si no seguro, al menos aproximativo, de las cantidades exportadas en monedas de oro y plata durante el año 72 y los seis meses corridos del año 73? Yo no lo sé, ni creo que nadie pueda decirlo con fijeza; pero indudablemente esas sumas alcanzan á una cifra muy superior á la que nos apunta la estadística. Cada cual exporta ó manda sus dineros á donde le conviene; son raros los que los manifiestan ó corren pólizas para embarcarlos; y por eso es que no sólo en Chile, sino aún en países tan bien administrados como la Francia y la Bélgica, las monedas de cambio no figuran en los estados del movimiento comercial, sino que aparecen siempre en cuadros separados, confundiéndose bajo la denominación común de *metálico* tanto el numerario como las pastas en barra ó lingotes, etc. Lo que puede, sí, asegurarse con datos exactos que yo debo á la bondad del jefe de nuestra estadística comercial, es que la exportación total de los minerales chilenos que en 1871 ascendió á 15.620,546 pesos, el año 1872 subió á 17.839,993 pesos, lo que da en favor de este

último año un aumento líquido de 2.219,447 pesos, que aún cuando hayan salido en moneda, significan no sólo más producción y más comercio, sino mayor riqueza y mayor facilidad para saldar nuestras importaciones y consumos.

Es claro, pues, si hay aumento en la exportación de la moneda, ello nace de las causas extraordinarias y complejas que aún no han sido bien estudiadas ni reconocidas, pero no cabe duda que las principales son las dos que dejo apuntadas, esto es, subida rápida de los cambios sobre Europa y necesidad de cubrir en dinero, por esa misma razón, el saldo de nuestras exportaciones que estábamos pagando con otros retornos como cobres, huano, salitres, etc. Fuera de que, también ha sido muy considerable la extracción de nuestro metálico para las provincias Argentinas, Bolivia y el Perú, así por la compra de ganados y otros artículos de consumo, como para proveer á las faenas mineras ó de salitres, bórax y otras sustancias que se explotan allí por industriales chilenos. Pero mientras tanto, como nuestros capitales verdaderos no han decaído ni evaporádose por la salida del metálico, los valores efectivos conservan toda su importancia y la producción y el crédito, un momento debilitados, recobrarán pronto su antigua energía y volverán á dar nueva fuerza y desarrollo á la riqueza nacional.

VIII

Para alcanzar este resultado ¿qué se ha menester? Yo creo, señores, que ante todo liquidar pronto las malas especulaciones, restablecer la confianza pública sobre la mo-

ralidad de los negocios, y poner para ello de acuerdo la buena voluntad de nuestros banqueros, hombres sobrado ilustrados para desconocer que una situación como la de hoy nada tiene de extraño, sino que, por el contrario, es frecuente en pueblos activos y que viven como el nuestro del comercio y del crédito. Fuera de que esta situación no es sólo de Chile ó más bien de Santiago y Valparaíso, sino de todos los mercados del mundo y en mucha mayor escala del Callao y Lima, Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, cuyas plazas, como lo decían telegramas de ayer y de hoy, se encuentran en plena crisis monetaria; el dinero al 24 por ciento y los bancos sin querer descontar á ningún precio, al paso que en Inglaterra la plata se ve al 5 por ciento, lo que prueba que por allá abunda tanto como escasea por acá y que, siendo el metálico una mercadería como cualquiera otra, poco tardará en restablecerse el equilibrio entre los mercados de Europa y Sud-América.

Conviene también, señores, no olvidar que en situaciones como la que atravesamos, los valores efectivos se movilizan fácilmente representándose por cheques, certificados de depósito y demás papeles que se negocian ó descuentan.—Que esos valores, emanados de la confianza merecida, reemplazan ventajosamente á la moneda, mucho más si se representan por billetes bancarios, que no habiendo pánico nadie convierte, aún cuando tengan la calidad de convertibles.—Que los bancos mismos, á quienes nadie pide la conversión de su moneda fiduciaria, son los más interesados en ayudarse entre sí y en cooperar al pronto término de esta situación anómala.—Y por último, que los pueblos más altamente colocados en la escala del crédito se dan por muy bien servidos cuando el metálico

figura en un 5 por ciento del valor total de sus transacciones ordinarias. Yo recuerdo, señores, que en Londres se hacia poco há una investigación pública sobre el curso de la moneda fiduciaria, y que el jefe de una de las casas más considerables declaró por los diarios, que en todo ese año no había recibido su caja en oro y plata más que el $2\frac{3}{4}$ por ciento del total de sus negocios. ¿Por qué en Chile no podría hacerse igual cosa, siendo tan perfectamente conocida la responsabilidad de los bancos como la efectividad de la riqueza y la prosperidad de las industrias?

Ni puede, señores, hacerse de otra suerte, hoy que el metálico escasea sin que los capitales ni el crédito hayan sufrido mermas ni quebrantos, porque felizmente estamos lejos, muy lejos, del tiempo en que la plata y el oro eran mirados como el único valor verdadero y como la riqueza por excelencia. No, eso no es cierto para cualquiera que haya saludado los negocios, porque el carbón y el fierro, con los tesoros de fuerza productiva que contienen, no valen menos que el oro y la plata. El trabajo fecundo de la tierra, el genio que ilumina las artes, los prodigios que opera la industria y, si puedo hablar así, el carro de la civilización que el vapor arrastra consigo, valen más, infinitamente más que los cuatro mil millones de pesos amonedados que hoy circulan en el mundo.

No, señores! Chile no se empobrece porque la plata que producen sus minas salga de sus fronteras. Lo que puede empobrecerlo y traerle crisis más ó menos dolorosas son las malas cosechas ó la mala política, los trastornos económicos, los conflictos internacionales ó la perspectiva de guerras inútiles; las especulaciones erradas ó aventuradas, el dinero locamente invertido, los gastos suntuarios privados y públicos y el lujo, sobretodo, el lujo que se pro-

paga y cunde como una lepra en el seno de nuestra naciente sociedad. Porque (triste es decirlo), la estadística nos revela, señores, que en nuestro comercio general el consumo suntuario es asombroso, como que la Francia sola figura por la cuarta parte de nuestras importaciones (7.054,311 pesos) y vosotros sabéis que ese país nos envía casi exclusivamente artículos de gusto, menajes de casas, coches, joyas, estatuas, muebles, cuadros, vestidos y demás objetos de lujo y de ostentación, que muchas veces no procuran goces directos ni verdaderos, pero que tienden á dar una idea elevada de la fortuna y liberalidad de los que los poseen.

Si así no fuera, señores, si la riqueza fuera la misma cosa que el dinero ¿qué sucedería? Sucedería forzosamente que estando la masa del numerario representada por una cantidad fija, aquella parte que uno tuviese, otro no podría tenerla; de lo cual nacería necesariamente el odio del pobre contra el rico, la lucha entre las clases sociales y hasta la guerra entre las naciones para apoderarse las unas de la riqueza de las otras. Porque, en efecto, si la teoría aquella fuese verdadera, los individuos ni los pueblos no podrían enriquecerse simultáneamente; lo que tendría el uno, el otro no podría tenerlo; todos querrían vender sin comprar, producir sin consumir y los hombres y los pueblos correrían desenfrenados en persecución tan sólo de los metales preciosos á título de riqueza por excelencia.

Otra vez no, señores! Este es un error que todos vosotros conocéis y que la ciencia ha disipado hace tiempo. Hoy sabemos todos que la riqueza verdadera está sólo en las facultades productivas de los individuos y de los pueblos, y de ahí el axioma moderno que coloca la educación, cultivo del hombre, sobre la agricultura que da valor al

suelo y sobre las minas, que producen millones, pero que sin el trabajo humano serían estériles. Lo que vale el hombre, eso es lo que valen la tierra y las minas, eso es lo que valen el comercio y las industrias. Y por eso es, señores, que mientras más se piensa en estas cuestiones, mayor es el convencimiento que se adquiere de que la educación general es la única solución verdadera de las dificultades sociales y económicas; y por eso es, también, que la economía no se reduce á crear y desarrollar las riquezas, sino que tiende principalmente á disipar errores peligrosos, que turban á los hombres y traen á los pueblos angustias y sufrimientos prolongados.

IX

Conocidas las causas que han venido á paralizar los negocios y á detener accidentalmente la marcha próspera del país, conviene, para que se restablezcan la confianza y crédito que son las supremas necesidades de hoy, no olvidar que si nuestros capitales verdaderos no han disminuído por cosechas ruinosas, broceos de minas, ni contratos económicos, tampoco han mermado en lo menor las sólidas garantías que ofrecen al público nuestros establecimientos de crédito. Según los últimos balances de los bancos, la deuda general de éstos monta á 43.685,047 pesos, al paso que sus haberes ascienden á 59.231,313 pesos, lo que deja en su favor un saldo de más de 16 millones de pesos ó sea como un 35 por ciento de sobrante después de solventados sus depósitos.

Si buscamos ahora la proporción entre su circulación fiduciaria y su metálico en caja, tendremos que el último

día de marzo, por ejemplo, subió aquella á 7.501,461 pesos, excediendo á la del mes de febrero en 400,000 pesos, al paso que el metálico, que en el primer mes subió á 4.186,345 pesos, bajó en el mes siguiente á 3.626,479 pesos, siendo la proporción aquella de 58 y 94 centavos por ciento, y esta última de 48 y 34 centavos por ciento; pero sin que pueda establecerse por falta de datos estadísticos si esta diferencia proviene de la exportación, ó de que todo ó parte de ese numerario se encuentre retenido en arcas de los particulares, porque no les convenga colocarlo ó porque no lo requieran el estado de la plaza y las necesidades del comercio.

Sea de esto lo que fuere, resulta siempre que la relación del metálico y los billetes está entre nosotros en una proporción mayor todavía que el 40 por ciento, cuando nuestra ley bancaria, así como la de 1866 y la práctica de los bancos de Europa y Norte América sólo exigen la proporción de 33 y 33 centavos por ciento. Hay más aún y es que el de mayor crédito entre aquellos establecimientos, porque cuenta con mejor clientela y más considerables capitales, en su balance de abril último arrojaba el siguiente resultado: billetes 2.411,402 pesos; metálico 2.423,762 pesos; lo que da, como se ve, un exceso de 12,360 pesos en favor del metálico. Puede darse una mejor seguridad?

Algo parecido podría decirse de los otros bancos, porque todos están bien garantidos y administrados, y merecen la confianza que se les presta, aunque servirían más y mejor al público, yo lo creo, fusionándose en dos todos los de segunda orden. Y en efecto, señores, entre los temores de la crisis y las angustias de la situación, ¿quién ha pedido á ninguno de esos bancos, por desconfianza, la

conversión de uno solo de sus billetes? ¿Cuál es el depósito que les hayan retirado el pánico ó el temor de un atraso cualquiera en el cumplimiento de sus compromisos con los accionistas ó con el público?

Pero si la solvencia de los bancos es completa y su situación desembarazada desde que la reserva metálica es mayor que lo que podría exigir la conversión de sus billetes, no sucede lo propio con las industrias que viven á su sombra, porque la situación de éstas es angustiosa y puede empeorarse si no se adoptan algunas medidas que la mejoren. Yo creo que ese deber es, antè todo, de los bancos mismos, que son como la causa eficiente de esta situación, porque convirtiendo la confianza en sistema y dando al crédito un vuelo excesivo, han desarrollado sin quererlo el agiotaje y la especulación febril, y, con la mejor intención y tratando de servir al público, han sacrificado alguna veces el interés general bien entendido á la conveniencia societaria y aún á la individual. Más aún, durante estos últimos siete meses todos ellos han forzado sus emisiones, han aumentado su capital nada menos que en 58 millones de pesos y pedido á sus accionistas cuotas de 5 y 10 por ciento sobre tan considerable suma. Y coincidiendo estas circunstancias con los pagos á las sociedades mineras é industriales y la exportación del numerario, la baja de los valores y la suspensión repentina del crédito, era imposible que dejasen de producirse la especie de pánico y la paralización de los negocios que hoy se sienten en el mercado.

Durante dos años y especialmente en los principios del semestre actual los mismos bancos han prestado con hipotecas ó prendas, con fianzas ó sin ellas y á veces sobre simples giros ó cheques, sumas superiores á la responsa-

bilidad verdadera de sus clientes, y como era natural, esa facilidad de obtener fondos á bajo interés elevó todos los valores y hasta los imaginarios; hiciéronse sociedades sobre todo y para todo, á tal punto que negocios nulos para los individuos eran para las compañías excelentes; multiplicáronse las promesas de acción ó títulos cotizables y combinándose este jubileo con las fantásticas riquezas argentíferas, ó de carbón y salitres, maderas y buques, etc., sobrevino la fiebre que causó una revolución en los papeles y hasta en el metálico, como que la plata y el oro no han sido en este tiempo bastante manejables ni bastante rápidos para corresponder al ardor de la especulación. La sed voraz de la ganancia fácil y vertiginosa elevó á cientos de miles las transacciones diarias de Valparaíso y Santiago. Todo negocio iba bien, en todos se utilizaba, hasta que los bancos, temerosos de una catástrofe y como arrepentidos de su liberalidad, á vista del alza continua del cambio, de la creciente exportación de la moneda y de la necesidad de asegurar la conversión de sus billetes, suspendieron de repente los préstamos y trajeron como consecuencia la cesación de los negocios de agio, el pánico de los capitales que se esconden, la ruina de ciertos negociantes que tendrán que liquidarse y la merma, que es natural, no sólo en los valores de mera estimación sino hasta en los valores reales y que constituyen la fortuna positiva del país.

X

Yo no hablo aquí, señores, de establecimientos ni sociedades determinadas, como las de Caracoles, Antofagas-

ta, Pisagua, Cañaral, Huasco, Tomé, Lota, Coronel, Carampangue ó Punta Arenas; no hablo de empresas basadas sobre la explotación industrial de esos valores; hablo sólo de las acciones y títulos de crédito más recomendados y buscados y pregunto ¿cuál ha sido en estos tres últimos meses la baja de esos papeles que todos se disputaban hasta mediados de marzo? Esa baja, señores, es bien considerable y si se le agrega la de los valores de afección, que para sus dueños eran verdaderos valores porque los daban y recibían en cambio, yo creo que, sin exageración, puede calcularse en doce millones de pesos la merma de nuestra fortuna en los noventa días corridos desde entonces. Y á no dudarlo, este es otro mal, que por lo mismo que carece de causas graves debe tratar de remediarse pronto, restableciendo en su justo límite el crédito de los hombres y de los negocios honrados y buenos; reduciéndose las empresas de aventura; entendiéndose los bancos para ayudarse en vez de hostilizarse entre sí; dándose unos á otros recibos con interés por el saldo resultante de su cange diario de billetes; recabándose, á costa suya, la traída al menos de dos millones del oro de Londres y contribuyendo los mismos bancos, no sólo por patriotismo sino por su interés propio, á que cese cuanto antes esta situación anormal, que si continúa ó se combina con otras causas eventuales, pero posibles, puede traer á la nación bien funestos resultados.

No obstante que las transacciones sigan adormecidas y que ciertos negocios se maleen y acaben por liquidarse, yo no encuentro razón que justifique la baja de nuestros valores efectivos, porque nada han disminuído los capitales fijos, ni nada ocurre que pueda traer el empobrecimiento ó la estagnación de nuestro país. Si por crisis se

entiende toda perturbación económica y más particularmente la de las funciones del cambio, que son para la vida social lo que la circulación de la sangre para la vida del hombre, nada tendría yo que deciros, señores, porque he comenzado reconociendo la paralización de todos los negocios de agiotaje y la restricción del crédito que viene sintiéndose desde mediados de Marzo. Esos son meros accidentes del mercado que pasarán pronto y que á la larga serán un gran bien, porque más tarde ó más temprano ellos acabarán por restablecer la honradez y sinceridad de las transacciones todas. Pero crisis verdadera no existe, porque, sea como fuese, la crisis verdadera nace siempre de una perturbación profunda, de un desarreglo más ó menos grave en la corriente de los negocios, causas ambas que arrancan de la presencia de acontecimientos trascendentales que no han tenido por fortuna lugar en nuestro país.

Nó, yo lo repito, señores, todo el mal ha estado para nosotros estos dos últimos años en la fiebre de la especulación que, provocando operaciones imprudente ó mal concebidas, ha traído como resultado necesario las dificultades que hoy se sufren, la paralización de los negocios aleatorios y los desembolsos excesivos que motivaron la salida del metálico y la restricción del crédito. Porque si el espíritu de empresa vivifica los negocios y realiza prodigios ayudado por la asociacion, también es verdad que este progreso no se obtiene sin dolorosas compensaciones, pues las lecciones de la experiencia cuestan caro y los capitales no se multiplican á nuestro antojo, sino que ó se sacan de industrias en actividad ó proceden del ahorro, y en uno y otro caso, ni se prestan gratis ni se emplean sin ser causa de sufrimientos y aún de ruinas.

La especulación y las empresas, para ser fecundas, deben, ante todo, señores, no exceder á los capitales disponibles y conformarse al estado y circunstancias de los pueblos en que se ejecutan. El olvido de esta verdad es lo que hace á veces que los grandes trabajos suntuarios que encarecen la vida de las poblaciones, sean perjudiciales en lugar de provechosos; que vastas empresas de ferrocarriles, fábricas y explotaciones mineras ó industriales que serían buenas en unas circunstancias, sean malas y hasta funestas en otras; y eso es, por último, lo que hoy trae á Chile una perturbación en su giro sobre papeles ó títulos de crédito, como lo han traído cien veces á los países más adelantados del mundo los excesos de la especulación en todos sus otros órdenes. Estos son males hasta cierto punto inevitables, pero ellos no equivalen, ni con mucho, á las ventajas que los pueblos obtienen del desarrollo y de la actividad de sus negocios. En comprobante, permitidme citaros la opinión del sabio redactor en jefe del «*Journal des economistes.*»

«Las crisis comerciales son periodos de crecimiento,» dice este escritor, «pues los países prósperos las atraviesan de vez en cuando, al paso que los países pobres viven en la inacción y en crisis permanente. Fuera de que el fenómeno aquel es esencialmente pasajero. Las bajas repentinas en el valor de las cosas atraen los compradores, facilitan el consumo y el cambio de productos, hacen cesar la plétora y provocan la liquidación de los malos negocios. En estas evoluciones algunos productores pierden, pero los compradores ganan: ciertas fortunas particulares caen, pero otras se levantan; hay sufrimientos individuales, pero bajo el punto de vista social no hay pérdida verdadera; el inconveniente cesa con la desaparición de los malos

negocios y después de un corto tiempo se ve que todo cobra en el país más vigor y actividad que antes.»—Yo espero y confío que este vaticinio tenga pronto en Chile su entera confirmación.

Para prevenir ese mal pasajero y evitar inútiles alarmas es para lo que sirve, señores, la economía, que yo siento se tenga generalmente por más árida y metafísica de lo que es en realidad. Reducida al lenguaje abstracto, ella no admite, ya lo véis, los encantos de la elocuencia, ni los bellos recursos de la imaginación, ni menos todavía el auxilio de esas experiencias brillantes y luminosas con que las ciencias físicas gravan en los espíritus sus admirables resultados. Debe, sin embargo, no olvidarse que lo que á las cuestiones económicas les falta de simpatía, les sobra de trascendencia y de utilidad porque los errores que combaten las ciencias físicas no dañan á los pueblos como las preocupaciones y los errores que disipa la ciencia social. Nuestro planeta, señores, que muchos todavía creen inmóvil, sigue moviéndose á pesar de la sentencia de los jueces que condenaron á Galileo; pero la libertad y la responsabilidad humanas cada día nos prueban que todo error moral ó económico es una causa segura de dolor y sufrimiento para los individuos y los pueblos.

LA CRISIS DEL CAMBIO EN CHILE[1]

SUS CAUSAS Y SUS REMEDIOS

(Conferencia hecha en la *Academia de Bellas Letras.*)

LA CRISIS ACTUAL

I

Desde hace dos semanas la prensa, transformada en Congreso, parece haberse constituído en junta permanente para discutir la situación económica del país, que hoy es la *orden del día* y el tema obligado no sólo de los escritores sino de los comerciantes, hacendados, industriales, hombres políticos, agentes de cambio, grandes empresarios y hasta de simples trabajadores. Hoy por hoy, todos hablan de nuestro estado financiero y creen conocerlo y tener arbitrios para remediarlo. Falta sólo que los que están revestidos del mandato popular, estudien pronto esta situación y procuren con buenas medidas librarnos de sus dolorosas consecuencias. La Cámara de Diputados

1. Folleto publicado en Santiago. Imprenta de *El Ferrocarril*, 1876.

ha nombrado ayer una comisión con ese objeto, el Senado mañana hará otro tanto, y así es de esperar que pronto se conjuren los peligros. Resta ahora que todos procedamos con calma y buen juicio, que los gastos y las importaciones se moderen y que los individuos y el Estado vuelvan al trabajo y al ahorro, agentes únicos que forman los capitales y evitan situaciones como la presente.

Pero esta grave preocupación pública, si no prueba que el fenómeno económico de que se trata esté bien conocido, ni haya sido hasta ahora debidamente compulsado, prueba al menos la existencia entre nosotros de una perturbación seria y que no deja de dañar visiblemente al desarrollo y prosperidad del país. ¿Viene ese mal de causas extrañas ó procede de nuestros propios desaciertos? ¿Son esas causas permanentes ó accidentales y transitorias? El negocio es complejo de suyo y puede considerarse bajo aspectos muy diversos. Pero, sean las que fueren esas causas, lo cierto es que la cuestión á que se refieren es de viva actualidad y que ella se impone por sí sola y ocupa en nuestro organismo social un lugar de preferencia incuestionable. Atravesamos sin duda una nueva crisis, y como éstas son de varias especies, yo me permito denominar la presente «*la crisis del cambio.*»

II

Las obras públicas hechas con dineros tomados á préstamo y cuyos intereses y amortización se pagan en Londres; el desequilibrio entre la importación y las exportaciones nacionales; la baja violenta en el valor de la plata; el alza del cambio que saca el numerario, retira los capi-

tales y trae una reducción considerable en la reserva metálica de los bancos; y últimamente, el alza del interés del 10 al 12 por ciento, que era como el resultado lógico é inevitable de tales premisas; he ahí, en cuatro palabras, apuntadas las causas que hoy asustan al crédito y alarman con no poca justicia al comercio y las industrias de nuestro país.

Indudablemente que la situación creada por estos hechos no tiene nada de lisonjero. Sin embargo, antes de detallar este estado y estimarlo en lo que vale, preciso es reconocer que de dos años á esta parte,—desde la crisis papelera de principios del 74 hasta los primeros meses del año en curso,—nuestra existencia económica interna no ha tenido que sufrir ninguna alteración extraordinaria cuyos resultados hayamos de lamentar al presente. Este es un hecho notorio é incuestionable y que los bancos se han apresurado á consignar en sus memorias respectivas. Ayer mismo *El Banco Nacional de Chile* nos decia por el órgano de su directorio: «El comercio y la industria general se encuentran hoy sanos y libres de las especulaciones ficticias de los años pasados, y el Consejo espera que, antes de mucho tiempo, se restablecerá el equilibrio y el estado normal de los negocios.»

III

En efecto, desde principios del 74 acá no se ha notado en la economía del país ningún fenómeno sensible de atraso ni de empobrecimiento, salvo en aquella parte de nuestro comercio internacional que se relaciona con la explotación y los envíos á Europa del salitre peruano. No

hemos tenido durante este tiempo broceos de minas, pérdida de cosechas, ni contrastes financieros. La renta pública ha aumentado 4.282,917 pesos en los cinco años últimos, y las fortunas particulares tampoco han mermado por atrasos ni quebrantos. La cesación del agiotaje trajo la desconfianza á la vez que la depreciación de los títulos fiduciarios, y por causas diversas, pero accidentales, se ha operado una paralización en los negocios de papeles y el crédito se ha restringido, en muchos casos, más por prudencia que por necesidad.

Hay más todavía. Después de la crisis del año antepasado, no sólo han cesado por completo las especulaciones aleatorias y fantásticas, sino que hasta la especulación honrada y discreta se ha reducido á sus justos límites, tan luego como se vió el riesgo que corrían los capitales que antes se prestaban para negocios de aventura y de azar. La liquidación de las malas cuentas ha ido haciéndose paulatinamente; los vencimientos se han renovado sin grave dificultad: las garantías se han mejorado en lo posible y con provecho mutuo de acreedores y deudores. Los bancos, así como el público, han debido felicitarse por ello, y según sucede en todas las crisis comerciales, lo que algunos han podido perder al liquidar un negocio desgraciado, otros lo han ganado y la fortuna general ha quedado como antes.

IV

En mi humilde concepto, esto prueba una verdad importantísima para apreciar la situación actual y es que Chile no ha decaído económicamente, ni decaerá, es de

esperarlo, si los gastos locos y las locas importaciones se moderan y si nuestros compatriotas aprovechan las lecciones de la experiencia en cuanto á la futura extensión del giro comercial, pero, sobre todo, si el Congreso y el Gobierno se resuelven á entrar en la senda de las economías y adoptan buenas providencias para restablecer el equilibrio en los presupuestos y para hacer que se mantenga en la circulación el metálico necesario á regularizar nuestros negocios internos.

Tanto menos difícil de hacer es esto cuanto que, al revés de lo que hoy sucede en otros pueblos de América y aun de Europa, en Chile los capitales y las rentas, los productos y los consumos, el comercio y las industrias, todo, en fin, cuanto constituye la riqueza nacional, todo está vivo y en plena actividad y todo prospera ó sigue por lo menos su desarrollo acostumbrado. No hay postración ni agotamiento en ninguna de las fuentes productoras, y así es que, aun cuando el país atraviese un período de prueba y bajo ciertos aspectos se detenga su desarrollo armónico, nuestra prosperidad podrá abatirse algún tiempo, pero no se interrumpirá; puede no marchar hoy paralela en todas las esferas de su actividad; pero no se suspenderá largo tiempo, ni aun se debilitará, porque ella no nace de accidentes transitorios sino que es un efecto lógico de causas normales y permanentes.

V

Dos son hoy los móviles principales de las alarmas exageradas, de las recriminaciones y aún de los vituperios que lanzan no pocos contra los bancos y contra el Go-

bierno. Es el primero la subida rápida de los cambios sobre Europa y el segundo el alza de un 2% en la tasa de los intereses bancarios. Pero, ¿son estos males tan tremendos como se cree? ¿merecen ellos las quejas y el pánico que han despertado en diversos círculos sociales?

Por mi parte, yo confieso francamente que estoy muy lejos de dar á esos males tan desmedida importancia, sin dejar de reconocer el daño que ellos traen al comercio y al crédito nacional, y pienso que el interés bien entendido de nuestro país, así como el amor á la verdad y al orden público, nos aconseja á todos no exagerar este estado ni asustarnos de sus consecuencias eventuales, sino estudiarla en sus causas verdaderas, tratar de conocerla en sus efectos y colocarnos en el terreno de la observación y de la ciencia para no dar lugar á trastornos que serían talvez irreparables.

No olvidemos que en casos como el presente los sufrimientos del comercio y de las industrias no nacen tanto de la falta de cambios, ni del alza de los intereses, ni de las liquidaciones violentas que trae consigo toda crisis económica, sino de los efectos del pánico que de ordinario se aumentan por debilidad ó por falta de conocimiento de los hechos, hasta malear el buen sentido público y convertir perturbaciones pasajeras en reales y verdaderos desastres. Otra vez lo hemos dicho: sucede en estos casos lo que en las epidemias, que doblan sus estragos donde quiera que el miedo paraliza la acción y domina los espíritus. Así es que, aun cuando hablemos de cuestiones engorrosas y abstractas, y aunque no se traigan á la situación que nos aqueja auxilios esenciales, siempre es bueno tratar de que las cosas se vean como son en sí, para que los ilusos y los obstinados abran los ojos y se dispongan á utilizar

en el porvenir la experiencia adquirida en el presente.

Proceder de otra suerte no es cordura ni es justicia. Todos, más ó menos, tenemos la culpa de lo que ocurre, todos hemos pecado y en lugar de recriminarnos por el mal que involuntariamente hemos hecho, y en vez de exagerar su alcance ó de abultar sus consecuencias, gobierno y congreso, sociedades é individuos, bancos de emisión ó establecimientos industriales, accionistas de compañías anónimas, hacendados, legisladores, funcionarios públicos ó simples particulares, todos los que hemos especulado ó negociado sin cordura, todos los que hemos importado ó consumido más de lo que nuestros recursos permitían, todos debemos entonar el *me penitet* y darnos cuenta de lo que hoy sucede para remediar el mal en lo posible y evitar que se repita en adelante.

VI

Desde cuatro años á esta parte los abusos del crédito como el exceso de la especulaciones, el optimismo gubernativo como las grandes obras públicas poco remuneratorias y hechas con capitales tomados á préstamo, han traído para Chile un estado vidrioso sumamente ocasionado á contrastes como el que hoy se experimenta con motivo del alza inusitada de los cambios. El exceso extraordinario de nuestras importaciones que ha coincidido con el agio y la especulación febril; la movilización de capitales que no teníamos disponibles, ni guardaban proporción con el estado de la riqueza y de la industria nacional; las obras públicas no retributivas y ejecutadas por el Gobierno mediante empréstitos sucesivos; el lujo de los particula-

res y la enorme cantidad de mercaderías europeas introducidas, pero no requeridas por nuestro consumo ordinario; todas estas, y otras causas aun más eficientes, han venido á dificultar los pagos que tenemos que hacer al mercado europeo por medio de letras de cambio, que suben á £ 500,000 en cada mes ó sea como á 30 millones de pesos al año.

Estos hechos, concurriendo con otros más determinantes, y que después detallaremos, han traído, como era de esperarlo, una alza extraordinaria en el cambio entre Chile y las plazas europeas, algo que equivale á una pérdida para los remitentes chilenos como de 27 por ciento. Pero roto el equilibrio entre las importaciones y la exportación y no teniendo otros retornos de que echar mano, se comenzó desde principios de este año por extraer el oro; después se ha extraído la plata, no obstante su depreciación; y agotadas las reservas disponibles en Europa, ya no se tiene sobre qué girar y nadie sabe hasta dónde pueda llegar la pérdida que haya de sufrir el país para el pago de sus obligaciones en el exterior.

VII

Como era de esperarlo, todas esas circunstancias combinadas han hecho escasear el metálico hasta el punto de comprometerse la reserva de los bancos, y para impedir su salida en mayor cantidad así como para limitar la demanda cada día más fuerte de capitales con motivo del giro, dos de aquellos establecimientos han acordado elevar en un 2 por ciento anual la tasa del interés por préstamos ó descuentos. ¿Qué cosa más racional ni más justificable?

Si se sabe que los bancos son los grandes dispensadores del crédito, ¿se ignora que, cuando descuidan su deber en situaciones como la actual, ellos son en caso de una catástrofe las primeras víctimas? Nó; tal medida nada tiene de insólito ni de temerario y estamos ciertos de que, meditándola sin pasión, ella no ha de merecer los anatemas que ha recibido de escritores ilustrados, pero cuyo celo por el bien público los ha puesto esta vez en desacuerdo con la verdad y con la justicia.

Los grandes bancos europeos son harto más sólidos que los nuestros y sin embargo, ¿quién los vitupera ni se sorprende por las mutaciones que allí sufre diariamente el interés? En la crisis de 1848, los de París y Londres lo alzaron, no en un 2, sino en un 8 por ciento: subieron el descuento del 4 al 12 y nadie les hizo cargo por ello. Volvió la calma, disminuyó la escasez del dinero con una cosecha abundante, y el interés *recobró entonces* su tipo ordinario. Y nada más natural, porque cada cual practica su negocio según le conviene, y quejarse de un banco porque alza los intereses es como hacer cargos al comerciante porque vende cara su mercancía. Si se quiere obtenerla más barata, se busca en otra parte y.... asunto concluído!

El dinero, todos lo saben, es un objeto de comercio como otro cualquiera y su precio sube ó baja según escasea ó abunda en el mercado. Por eso es que el interés y su tasa son fenómenos que se operan naturalmente y en que la ley no interviene sino para asegurar la libertad más completa al querer de los contratantes así como al desarrollo del crédito. El capital se alquila lo propio que la tierra ó el trabajo del hombre y el interés no es otra cosa que el precio que se paga por el uso del capital. Pero el interés

no se decreta sino que lo establece la ley indeclinable de la oferta y la demanda, y no habría ciertamente banco ni poder humano que lo constituyese obligatoriamente en otra forma. Si así no sucediese y si fuera lícito fijar autoritariamente un interés al capital, ¿por qué no se fijarían también al trabajo sus salarios, á la tierra sus frutos y á la venta de toda clase de objetos un valor estable?

Nada habría más contrario que esto al orden social ni á la libertad del comercio y de la industria. Por eso, si algo puede objetarse á la medida de que se trata no es su justicia, ni su oportunidad, sino puramente el que ella no se haya adoptado de común acuerdo entre todos los bancos, pues que, tomada sólo por dos de esos establecimientos, sobre ellos carga exclusivamente la responsabilidad de un hecho que todos los demás aceptan como necesario, desde que el dinero ha escaseado por su extracción á la vez que por la subida excesiva del cambio.

¿Sería preferible que en lugar de subir el interés, los bancos hubiesen cerrado sus puertas? Si la escasez de capitales y la necesidad de conservar su reserva metálica obliga á los dispensadores del crédito á alzar el descuento para que esos capitales, buscando su nivel, nos vengan del extranjero y se reduzca así la salida del numerario, que acrece con las exigencias del cambio, ¿no habría sido un mal infinitamente mayor rehusar todo préstamo y paralizar así la producción en vez de estimularla? ¿No sería mucho más sensible la perturbación económica si los bancos, en vez de alzar el interés un 2 por ciento, suspenden sus giros hasta procurarse el contra-valor de las mercaderías acumuladas, ó, sean, productos exportables, para pagar lo que adeudamos al extranjero?

VIII

La subida del cambio se explica también por las mismas razones que el alza del interés,—por la razón incontestable de la ley de la oferta y la demanda,—pues estando Chile desde años atrás en un desequilibrio comercial, habiendo exceso en las importaciones y faltando artículos de retorno para saldar nuestros consumos, ha sido forzoso disponer de nuestras reservas en Europa, exportar en seguida el metálico amonedado y hacer frente á la competencia del gobierno y del comercio ante los grandes negociantes y vendedores de letras. De aquí, la elevación cada dia mayor del precio de esas letras, de las que se compran cerca de dos y medio millones de pesos cada mes. Y agotado así el saldo que teníamos del último empréstito de Londres, concluída para el comercio la exportación de artículos chilenos y no quedando en el país más numerario que el indispensable para los cambios internos, se hace cada vez más dificultoso, no por falta de capitales, sino por falta de giros, el poder solventar nuestros compromisos con las plazas del exterior.

El cambio que nunca pasaba del tipo de 44 peniques por peso, hoy se encuentra acaso á 35d y todavía hay temor de que suba y se agrave la situación. Esto hace entre nuestra moneda y la inglesa ó francesa una diferencia en contra nuestra como de 27 por ciento, ó sea como de 19 por ciento más de lo que ordinariamente pagamos por pérdida en los giros sobre Europa. Tan enorme diferencia parece que no nace sólo de la desmonetización de la plata

en Alemania, ni de su baja en los mercados por extraordinaria producción de las minas de Estados-Unidos, sino que arranca principalmente del exceso de nuestras importaciones y de la pugna repentina en que el comercio y el gobierno se han puesto con motivo de la compra forzada de letras de cambio. Y lo peor es que esa diferencia, que irroga al gobierno un sacrificio considerable, ha de aumentar al presente con la merma en los derechos de aduana que debe aguardarse del menor consumo y de la reducción de las importaciones.

Las causas de este fenómeno económico no son misterio para nadie y tal vez pueden reducirse á las siguientes:

1.ª Exceso de importaciones comerciales traídas con motivo de nuestra Exposición ó de una especulación desacordada y febril, que han abarrotado el mercado chileno con tres veces más mercaderías de las necesarias para el consumo, pero que obligan á los importadores á pagar mensualmente á sus acreedores europeos con giros ó letras de cambio.

2.ª Aumento considerable de nuestra deuda extranjera, que hoy nos obliga á mandar en letras de cambio como cuatro millones de pesos anuales, suma que antes ha sido mucho menor y que hemos cubierto girándola sobre el monto de nuestros últimos empréstitos.

3.ª Carencia de los recursos que suministraba al comercio chileno la industria del salitre en las costas del Perú, cuyo precio se nos pagaba en letras sobre Londres, que hoy no recibimos por los nuevos arreglos fiscales á que se halla sometida esa industria; y

4.ª Falta de artículos de producción nacional para cubrir el saldo de nuestras importaciones que pasa de cuatro

millones al año, puesto que los cereales de la última cosecha fueron escasos y que la plata y el cobre han bajado considerablemente por las grandes explotaciones de Nevada y de Rusia.

IX

Si las causas apuntadas explican suficientemente la subida rápida del cambio en los seis meses corridos del año actual, no muestran ellas con no menos evidencia los graves efectos de ese fenómeno sobre nuestra situación económica presente. Como no se compran productos sino con productos, cuando uno ó varios ramos de la industria sufren, es claro que los otros sufren igualmente y que entonces el equilibrio comercial se rompe. Si la primera de las operaciones del comercio internacional es el cambio, á su turno *el cambio no es otra cosa que trabajo permutado*, como lo dice muy justamente el ilustrado redactor de *El Deber*, de donde resulta que para evitar sufrimientos como los de hoy día, se necesita que la capacidad consumidora del país esté en relación directa con su capacidad productora. De lo contrario las dificultades del pago se repetirán año por año, y forzando temerariamente las importaciones y los consumos, nuestro comercio por mayor que asedia á los bancos en solicitud de descuentos y de giros, lejos de enriquecerse y de servir á la prosperidad del país, no hará otra cosa que embrollar lo negocios é impedir por largos años su prudente y fecundo desarrollo.

Por fortuna, hoy debe esperarse que el desequilibrio que ha traído la crisis actual se equipare muy pronto con las exportaciones que facilita la subida misma del cambio,

y que, siendo así, el saldo que pueda quedar á cargo nuestro no supere á los recursos que debe traernos el empréstito próximo, ni menos á la suma que deben procurarnos ciertas providencias legislativas, afianzadas sólidamente por el trabajo, la riqueza y la reconocida probidad de nuestro país. Lo malo es que el desorden en el manejo de los caudales públicos se ha puesto como en trasparencia al anuncio de este nuevo empréstito, nacido de una autorización anterior y destinado á pagar deudas urgentes, pero que llega en mala hora á las puertas del Congreso y complica el negocio del cambio con la intraquilidad actual del comercio y la industria.

Con la subida del cambio, que sesudos comerciante y hombres observadores atribuyen en no pequeña parte á la especulación que se hace con las letras y con el oro, estamos viendo que el trigo, por ejemplo, alcanza hoy en Valparaíso el precio de $ 4,25 y el cobre $ 20,50, precio más alto que el que al presente tienen esos mismos artículos en Liverpool ó Swansea. Análoga cosa sucede con la lana, cueros, linaza, cera y demás frutos nacionales exportables y que están hoy dejando buenos beneficios á sus tenedores; lo que si prueba la mancomunidad estrecha en que viven el comercio y los cambios internacionales, prueba también que en la economía de los pueblos todo se eslabona, y que hasta las perturbaciones de la industria pueden traer lecciones provechosas cuando se sabe aprovecharlas. La misma pérdida en la compra de letras no es tan grande sino por la relación de su precio con el de la plata, que ha bajado tan extraordinariamente; y la prueba es que el cóndor chileno, que sólo valía $ 9,25, hoy se paga aquí á $ 12 y el que tiene oro y compra giros, no pierde sino una pequeña diferencia por el cambio.

X

Pero ¿dónde se detendrá esa baja de la plata y cuándo veremos el término de esta situación? Difícil es decirlo, porque ello pende de circunstancias y accidentes imposibles de determinar con acierto. No obstante, hoy se asegura ya que la producción de las minas de Nevada disminuye y que la plata comienza á afirmarse y aún á subir algún tanto, 1 y ½ peniques por peso. Si es así, esto disminuirá la perturbación de nuestros negocios comerciales, y con la perspectiva que tenemos de una cosecha abundante, reduciéndose las importaciones como los consumos y gastos exagerados de los individuos y del Gobierno, liquidándose las especulaciones excesivas y desproporcionadas con el estado de la industria, y volviendo al país el metálico y nuevos capitales por efecto de las operaciones financieras en curso, no es aventurado suponer, y aún afirmar, que los sufrimientos del corriente año pesarán casi todos sobre nuestras casas de comercio extranjeras y que el próximo año de 1878 principiará bajo auspicios favorables á la riqueza y prosperidad nacional.

Sin embargo, lo que hoy importa es dar confianza al capital y salvar las presentes dificultades del crédito apelando á los recursos del estudio y de la ciencia. Gobierno y Congreso, prestamistas ó negociantes importadores ó simples consumidores, todos hemos gastado y especulado sobre un capital mucho mayor que el acumulado por el trabajo y los ahorros disponibles. El ardor del agio, llevado aún á las operaciones mercantiles, y el empeño con que se ha oscurecido la sana noción del valor de las

cosas, han hecho dar á ese capital inversiones desproporcionadas con las necesidades verdaderas de la industria y del comercio y han traído la crisis en que nos hallamos. Solas ó combinadas esas causas producen donde quiera los mismos efectos, pero realizado el mal no queda otro arbitrio que soportarlo y aprovechar de la experiencia adquirida, porque violadas las leyes económicas, sería una quimera querer sustraerse por completo á la pena que esa violación trae consigo.

En cuanto á la suma que los comerciantes y el Gobierno tengan todavía que pagar en Europa, sea con letras ó metálico, yo no puedo comprobarla con cifras exactas, porque no se sabe lo que todavía reste por cubrirse del valor de nuestras importaciones, ni de los intereses y amortización de nuestra deuda externa. Seguro es que el comercio, falto de giros, tendrá que aguantarse y abonar intereses por la mora, suspenderá sus importaciones y cuidará de arreglarlas en lo venidero al estado y circunstancias del país. En cuanto al Gobierno, servido como lo está por los recursos del Banco Nacional de Chile, no habrá de pagar su saldo con el poco metálico existente en la circulación interior, lo que sería un mal harto sensible, sino que probablemente apelará á la solución del crédito, colocando en los mercados europeos, ya sea los bonos del empréstito que hoy solicita ó ya las cédulas hipotecarias, si es que se resuelve á garantir su pago, como se dirá más adelante.

XI

Ahora ¿qué medidas son aquellas y cuál será su alcance? No somos empíricos, ni creemos en la eficacia de todos los arbitrios que podrían emplearse para sacar al Estado de su situación actual, nacida según se ha visto de causas tan diversas y complejas como las que todos conocemos. Pero escuchando la voz del patriotismo y anhelando que los intereses públicos se ilustren por los debates de la prensa, ya que no somos legisladores, ni gobernantes, ni deseamos ni esperamos serlo, vamos á permitirnos, desde luego, recomendar como realizables y no estériles en beneficios las medidas siguientes:

1.ª Ordenar por una ley el establecimiento, en París ó Londres, de una «*Agencia de la Caja de Crédito Hipotecario de Chile*», que garantice el gobierno sus billetes ó cédulas para que puedan negociarse en las plazas europeas, pagándose allí los cupones de intereses como las amortizaciones de capital en francos ó peniques á un tipo regular de cambio, é hipotecándose en dicha Caja las propiedades raíces del Estado, á fin de que los billetes que se den sobre ellas los tome el comercio extranjero y así abaraten entre nosotros el interés y los descuentos, aumente el numerario, medren las industrias y el comercio nacional con la traída de fuertes capitales. Bastaría para esto mejorar y convertir en ley un proyecto que duerme desde 1858 en las secretarías del Congreso, cosa que hemos propuesto ya en dos ocasiones, en el «Cuadro histórico de la administración Montt» y en un «Estudio sobre la hacienda pública del año 1861».

2.ª Facilitar y aumentar nuestra exportación que desde muy atrás está en desequilibrio con las importaciones, dejando de gravar á su salida algunos de nuestros productos más valiosos, como el cobre, la plata y otros minerales, que en nuestro comercio exterior figuran por cerca de la mitad del consumo general del país, y eximir al mismo tiempo de derechos el fierro en bruto y otros artículos ó materias primas que son para la producción nacional elementos indispensables.

3.ª Hacer que se discuta y apruebe cuanto antes el impuesto sobre las herencias, legados y donaciones entre vivos que excedan de 500 pesos, gravando á los descendientes con el 1 por ciento, á los ascendientes con el 2, á los cónyuges con el 3, á los hermanos, tíos y sobrinos con el 4, á los demás parientes colaterales con el 6, y los legados, donaciones ó herencias de personas extrañas con el 8 por ciento de su importe líquido, esto es, deducidas las cargas y gravámenes de la sucesión.

4.ª Reconsiderar maduramente y estudiar en sus resultados económicos nuestros ferrocarriles de Valparaíso y del Sur, no para enajenarlos al extranjero (medida que ofrece mayores inconvenientes que ventajas,) sino para verificar bien su contabilidad y sus gastos arrendándolos á empresarios particulares, á fin de que su administración abarate y no siga costando al Estado como los dos tercios de su producto bruto.

5.ª Suprimir la medida inconsulta del 25 por ciento y aumentar los sueldos pequeños y disminuir los excesivos; acabar con ciertos empleos inútiles; rebajar el ejército ó convertirlo en policía rural; dar una prudente retribución, análoga á la del trabajo libre, á los servicios públicos; no decretar obras nuevas y empeñarse en nivelar el presu-

puesto; negarse á otorgar pensiones de gracias en caso que no sean *excepcionales* y ajustar el gasto general de la nación á un estricto sistema de orden y economía.

6.ª Abolir el estanco para favorecer el cultivo del tabaco en el país (que lo produce bueno, aun cuando el interés asegure lo contrario) y acabar con ese monopolio inmoral, que no grava al rico con el triste derecho específico, pero que pesa enormemente sobre la clase menesterosa; que cuesta en rigor más del doble de lo que produce; que sólo aprovecha á los contratistas y á los recaudadores; y reemplazar su rendimiento líquido con los derechos del 30% que podrían imponerse á las mercaderías estancadas; con el interés de los capitales consagrados á este negocio difícil de fiscalizar; con el ahorro de comisiones, empleados fijos y ambulantes, sueldos que cuestan al año sumas considerables y con el mayor aumento de la riqueza nacional; con las economías que haría el consumidor chileno que hoy sólo aprovechan á los contrabandistas; y, por último, con la adquisición de un valioso artículo de consumo y de retorno que serviría en breve para pagar una parte del saldo que nos dejan nuestras crecientes importaciones. El corto déficit que pueda resultar para el erario, se cubriría con la parte de impuesto territorial que entraría á pagar la producción del tabaco, para lo cual se distribuiría esa cuota proporcionalmente entre todas las provincias ó departamentos que quieran hacerse productores del artículo, ó bien podría procederse como en tantos pueblos donde se produce el tabaco y se obliga al productor á venderlo al Estado por su justo precio.

7.ª Dar á nuestras escuelas de Agricultura y de Artes y Oficios todo el impulso práctico que necesitan, á fin de

que se multipliquen y abaraten los trabajos de ingenio mecánico, para facilitar la ejecución y compostura de máquinas y poder tener pronto establecidas entre nosotros nuevas industrias, como el cultivo de la vid, la seda, el lino, el cáñamo, las conservas, el arroz, la linaza, el tabaco ordinario, los quesos, la crianza de animales lanares en vasta escala y otros productos de fácil trasporte y de seguro expendio, entre los cuales figura entre los primeros el carbón de piedra, cuya producción debe fomentarse como fuente poderosa de riqueza nacional.

8.ª Recargar el impuesto aduanero con el 10 y hasta el 20 por ciento sobre los artículos de reconocido lujo, esto es, aquellos que se consumen por puro fausto ú ostentación, y disminuir proporcionalmente el avalúo de los consumos indispensables al menesteroso, como el tocuyo, los géneros blancos, quimones, bayetas, driles, etc., gravando con fuertes derechos *ad valorem* ciertas mercaderías que hoy pagan derechos específicos, tales como los vinos finos, los cigarros habanos, el té, pues no hay razon para que se cobre lo propio por el vino del pobre que por el «Burdeos Margaux» ó el «Mouton Rotschild,» como no la hay para que pague tanto derecho el cigarro de un centavo del proletario como el «Imperial de Cabañas» que vale cien veces más.

XII

Apuntadas estas medidas, que en mi humilde opinión son hacederas y pueden servir aisladas ó combinadamente á la obra de *reparación* que á todos nos interesa y nos afecta, vuelvo á la cuestión de la crisis actual para decir

que su verdadera extensión no se conoce, porque sería hoy difícil y hasta imposible fijar la suma que nuestros comerciantes por mayor tengan que cubrir en Europa á virtud de las exigencias extraordinarias del cambio. No sucede lo propio respecto de los compromisos del gobierno, porque la Memoria de Hacienda, que acaba de publicarse, basta y sobra para demostrar los sacrificios que cada año cuesta el servicio regular de nuestra deuda. Aún con el recargo que han tenido nuestras principales contribuciones,—aduanas, impuesto agrícola y patentes—y no obstante la repetición de los empréstitos, todavía no se cierra el servicio de este año y el del anterior sin un déficit que sube como á 1.500,000 pesos entre ambos. ¿Cuánto mayor será en el venidero, á causa de las obligaciones hoy pendientes? ¿No sufrirá nuestro crédito y no tendrán sobrada justicia para inquietarse los acreedores ingleses cuando vean que nuestro erario jamás equilibra sus rentas con los gastos? ¿Qué razón de conveniencia ni aún de decoro podría escusarnos para mantener nuestros presupuestos en déficit permanente?

Las rentas públicas, que en los 50 años que llevamos de presupuesto se han decuplicado, hoy es seguro que disminuyen por consecuencia de la situación económica que atravesamos. La de aduanas, que es la principal, no por ser la mejor sino la que más rinde, bajará y no poco desde que por ahora se suspendan y para más tarde se disminuyan las importaciones excesivas. No obstante, nuestra deuda exterior sigue subiendo, y á tal punto, que sin acrecerla más de lo que hoy lo está, necesitamos para cubrir sus intereses y amortización es algo como 4 millones de pesos al año, suma fuertísima para un país como Chile que, si por ahora influye poderosamente en el alza de

los cambios, no dejará en adelante de dificultar el equilibrio de las rentas, ni de impedir el desarrollo de la riqueza nacional, que tan ligada se encuentra con el de la hacienda pública.

XIII

A más de 90 millones de pesos han llegado las entradas fiscales desde 1871 hasta 1875, y, sin embargo, todavía los gastos sobrepujan esa enorme suma, por lo cual no se equiparan las entradas y las salidas sino á fuerza de empréstitos sucesivos. ¿Tal estado de cosas debe continuar?—Todos los hombres patriotas y cuerdos piensan que nó y es de creer que el actual Congreso, imitando al de la República Argentina, que ha rebajado su presupuesto en tres y medio millones de pesos, se apresure á poner coto á ese mal de tan graves consecuencias. Y no se diga que ésto será asustarse ante la sola perspectiva de los empréstitos. Lejos de eso, todos sabemos que el crédito es la gran palanca del progreso de los pueblos y que los empréstitos se justifican por sí solos siempre que su inversión es remuneratoria. Pero, ¿cuántos son los que se invierten en aquello á que se destina? Cuántos producen, ni aproximativamente, el costo del cambio, comisiones, réditos y fondo de amortización?

Un pueblo, lo propio que un individuo, que gasta lo que no tiene ó consume más de lo que produce, no va ciertamente en camino de prosperidad. Y un Estado como Chile, que importa 43 millones de pesos en mercaderías, y sólo exporta 39, queda, año por año, con un saldo á su cargo, que aumenta como la bola de nieve, á virtud de los

intereses compuestos; y, para cubrirlo, como para equilibrar sus presupuestos en déficit, necesita irse adeudando consecutivamente ó caer en dificultades y pasar por sacrificios cada día más dolorosos y sensibles. Semejante mal no se remediará sino estudiando á fondo las causas que lo producen y que lo aumentan ó lo atenúan. Que vengan, pues, cuanto antes el estudio y el remedio verdadero de esta situación. Volvamos pronto á la economía y al orden para recaudar é invertir de las rentas públicas y privadas, y los resultados no se harán esperar, sino que ellos darán de suyo fin al mal que lamentamos. Dejarse estar por más tiempo ó seguir adelante en esta peligrosa senda, obrando sin datos ni conocimientos y con el corazón ligero, sería verdadera locura que nos expondría á empeorar este estado en vez de mejorarlo como el país lo ha menester. Esa será la hermosa tarea de nuestros legisladores y, confiamos y esperamos, que sabrán cumplirla!

LA SITUACIÓN FISCAL [1]

I

El nuevo empréstito de tres millones y medio de pesos es ya un hecho consumado y no hay para qué detenerse á examinarlo. Obra exclusiva de una necesidad ineludible, él está destinado á sostener el crédito nacional y á no paralizar el valioso servicio de nuestras obras públicas próximas á terminarse. Por dura que sea inclinémonos, pues, ante esta terrible ley de la fatalidad y tratemos de evitarla en adelante, ya que se sabe que esta inoportuna apelación al crédito no es para emprender obras nuevas, ni para aumentar en lo menor los gastos fiscales que todos querríamos reducir, sino para pagar deudas urgentes que pesan sobre el Estado y no admiten postergación.

Pero, aceptada la necesidad absoluta de este nuevo empréstito y satisfechos con su producto los desfalcos de 1877, ¿habremos de esperar que el equilibrio financiero se restablezca por sí solo? ¿Bastarán las rentas de este año y del venidero para cubrir el gasto ordinario y extraordinario que consignan los presupuestos? ¿ó habrán de tomarse

1. Folleto publicado en Santiago. Imprenta de la República 1878.

medidas serias que aseguren ese equilibrio y garanticen para lo futuro el crédito y la vitalidad de la nación?

Nosotros creemos esto último y lo propio piensan todos los hombres ilustrados del país, sin distinción de color político, porque todos saben que la marcha de nuestras finanzas es deplorable, que las necesidades de la administración pública exceden á los recursos fiscales y que es forzoso cerrar una vez por todas la era de los empréstitos, que no son otra cosa que impuestos anticipados y agravados, para acometer desde luego la reforma de nuestro sistema tributario, haciéndolo más productivo y restituyéndole la equidad que le falta desde que tenemos valores muy gravados cuando otros no lo están absolutamente.

II

En materia de finanzas, nada hay más temible que la falta de fijeza y claridad en las situaciones, porque entonces no se sabe de dónde se viene ni á dónde se va, cuáles son las causas de los fenómenos que se producen, ni cuál es el remedio que debe asignárseles. Desgraciadamente, esa es nuestra historia financiera desde hace algún tiempo, y á tal punto que el público no sabe lo que se pasa y que los conductores de la hacienda, ó han vivido de esperanzas y de ilusiones quiméricas, ó para escusar su optimismo y su falta de iniciativa han querido de propósito deliberado ocultarnos la verdad.

Hoy mismo, á pesar de los estudios hechos de cuanto se ha dicho últimamente de palabras y por la prensa, todavía no tenemos un estado claro y preciso de nuestra situación fiscal á fines del año que acaba de concluir. Pero,

de los documentos parlamentarios publicados resulta indudablemente que este año se ha abierto y cerrádose el anterior con un déficit que sube, entre ambos años, como á 4.000,000 de pesos, los mismos que hay que arbitrar pronto para salvar el crédito y restablecer el equilibrio perdido desde hace tiempo entre las rentas y los gastos del país.

¿Bastará el empréstito decretado para mejorar esta situación? Y si es evidente que nó desde que ocurrir al crédito sólo es un remedio transitorio y para pagar lo que hoy se debe y no lo de mañana; aún en la hipótesis dudosa de que el empréstito se cubra en su totalidad y á un tipo moderado de interés, ¿qué medidas deberán adoptarse para impedir que viva el país en déficit permanente? —Hé aquí la dificultad grave y que hoy absorbe la atención pública con sobrada justicia.—Varios arbitrios se proponen para resolverla y esos son los que vamos á examinar someramente: economías, revisión de impuestos antiguos, programa de otros nuevos, conversión de nuestra deuda pública, venta ó arriendo de los ferrocarriles y reforma de la tarifa de avalúos y ordenanza de aduanas.

III

Desde luego, salta á la vista un hecho gravísimo que figura como causa determinante de lo que pasa y es el exceso de gastos públicos que, á veces con sujeción al presupuesto general, y á veces aún sin ella, han venido haciéndose por el gobierno desde el año 1873 hasta el presente. Sábese, en efecto, que el 74 el gasto fiscal ordinario excedió á la renta en $ 2.069,512; el año 75 en

1.751,822 pesos, el año 76 en 2.599,565 y el año 77 en 2.300,000 pesos. Así es que en sólo estos cuatro últimos años, hemos tenido un mayor gasto de 8.720,899 pesos ó sea un déficit de toda esa suma, que ha tenido que cubrirse con fondos tomados á préstamo, con fuertes intereses.

Esto prueba sencillamente que se ha obrado muy mal y tanto más mal cuanto que el exceso de gastos ha coincidido con la disminución de las rentas, que en el presente año, según toda probabilidad, sólo excederán en 300,000 pesos á las del año 1873, cuando las salidas, según el presupuesto aprobado para este mismo año deben pasar de $ 17.000,000 con el interés y amortización de los nuevos empréstitos, cuyo servicio, junto con el de los antiguos, cuesta hoy al erario algo casi como la mitad de nuestra renta general.

Basta exponer este hecho para que se comprenda toda su gravedad; para que gobierno y congreso se convenzan, una vez por todas, de que es forzoso reaccionar contra semejante práctica erigida ya en sistema. Nó: no puede ya seguirse gastando en esa forma. Preciso es volver atrás y calcular muy discretamente las entradas para ajustarlas á las salidas, esto es, hay que estudiar bien los servicios públicos para atenderlos según su mayor ó menor importancia y con los recursos de que se disponga, para no seguir en ningún caso viviendo de prestado, porque las deudas abruman á la nación como á los particulares con enormes intereses, y, porque, sin faltar á la honradez, nadie debe ni puede gastar lo que no tiene.

IV

Como los gastos excesivos han coincidido, según queda dicho, con una enorme baja en la renta fiscal, demuéstrase así, por prueba y contraprueba, la imperiosa necesidad de las economías que tanto se recomiendan, pero que no se han hecho, pues el deber primordial de toda administración es nivelar sus salidas con sus entradas. La economía política, en este punto, ordena lo propio que la economía doméstica. Cuando las rentas disminuyen ó faltan los capitales disponibles, toca al Estado hacer lo que los particulares,—reducir sus gastos,—porque gastar fuera del nivel de los recursos ni es honrado ni es discreto.

Pero si las economías son lo primero que se necesita para saldar el déficit, ¿en qué ramos deben hacerse? ¿qué servicios públicos son los que pueden, sin mayor sacrificio, reducirse ó suprimirse?

Estas son cuestiones de mera administración y cuyo fallo sólo incumbe al gobierno y al congreso. Por eso creemos inútil recomendar aquí las economías tales ó cuales, ni mostrar simpatías por unas ú odio por otras: basta que se conozca la necesidad de realizarlas en la mayor escala posible, pero sin espíritu mezquino y con toda buena fe y sinceridad. Por lo demás, congreso y gobierno, son los únicos sobre quienes pesa la responsabilidad de rechazarlas ó adoptarlas y de escoger, en este último caso, las que menos afecten al progreso general y al buen servicio público.

Ahora, en cuanto á la forma en que se lleven á cabo esas economías, todo lo que debe pedirse es una estricta

equidad, ya que la ley de la necesidad es ineludible y que sobre toda consideración está el deber de nivelar los gastos con los recursos y de no contar, en ningún caso, con aquello que no se tenga.

Cuando se trate de reducir servicios necesarios debe, sí, advertirse que las economías que en ellos se hagan tienen que ser forzosamente transitorias, esto es, tienen que aprobarse sólo por un año financiero, para darse tiempo de estudiar mejor los negocios y de confrontar la teoría con la práctica, presentándose al año siguiente formulados los proyectos que conduzcan á obtener una mejor organización y distribución de los impuestos, á fin de dar orden y seguridad á los ciudadanos y de garantir á la vez el adelanto y la prosperidad del Estado.

V

Hoy la hacienda pública es como el reflejo de la situación del país. Después de tres malas cosechas y de los azares porque atraviesan la minería, la agricultura, el comercio, las industrias, los negocios y hasta el cambio, no es de extrañar que hoy la crisis se generalice y ahonde, ni que el tesoro público sufra como la fortuna particular, ya no sólo por el exceso de los gastos sino también por la baja de las entradas. Los elementos de esta perturbación general son patentes y harto sensibles para que se necesite enumerarlos, pero, en rigor, no tienen nada que sorprenda á los que estudian el fenómeno económico, nada que justifique un pánico, ni que siquiera amenace comprometer por largo tiempo la vitalidad del país.

Situaciones como la nuestra no son raras en los pueblos

prósperos, pues todos sabemos que los pueblos atrasados y pobres viven en crisis permanente. Los colosos de la fortuna, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, han atravesado crisis más ó menos profundas en 1858, 1865 y 1873, como lo dicen sus revistas y los balances de sus bancos, pero pronto han salido de esa perturbación, que parece como periódica en los grandes centros comerciales, para volver á su estado normal de progreso y fecunda actividad.

En Chile la estadística nos prueba que desde 1874 las importaciones han excedido á las exportaciones en muchos millones de pesos, y esto solo basta para demostrar que no estamos bien. El país se ha empobrecido cabalmente cuando más aumentaban sus consumos, y ésta es otra razón para que el gobierno y los particulares vuelvan á lo que fueron y limiten sus gastos hasta ponerlos al nivel de sus recursos.

VI

No ha faltado quien aconseje suspender el pago de lo que se debe hasta que esta situación mejore. Más claro, en vez de tomarse el trabajo de ahorrar y de arbitrar recursos, se ha llegado á pedir al país una liquidación. La palabra sola nos avergüenza. ¿Qué juicio formaríamos de un negociante apurado que dijese: «Yo no quiero disminuir los gastos de mi casa ni de mis banquetes, privarme de mi carruaje ni de mi palco en el teatro; quiero, sí, hacer la economía de... no pagar mi deudas!» Pero faltar á los compromisos no es hacer una economía, es simplemente un deshonor y hasta un crimen. Y si esto sería para el

negociante en falencia, lo propio sería para el Estado que obrase con igual criterio; pues si el uno quedaría fuera del comercio honrado, el otro merecería ser borrado de la lista de los pueblos cultos.

Cuando hay que cubrir un déficit fiscal y éste se encuentra reducido á su mínimum después de haberse agotado las economías, es forzoso que el país provea á su pago por nuevos impuestos ó por la agravación de los antiguos. La cuestión, en tal caso, está sólo en saber la suma precisa que deba pedirse al impuesto y cuál es la mejor manera de establecerlo; porque las necesidades públicas no pueden servirse de otra suerte y porque, en materia de impuestos, no es posible condenarlos todos en lo absoluto, ni juzgarlos por simpatías ó antipatías preconcebidas. Todo impuesto es más ó menos odioso y lo mejor sería no pagar ninguno. Pero en ocasiones la mala fama de un impuesto crece y se trasmite, no tanto porque sea intolerable ó abrumador, sino porque tal vez se le aplica de una manera inequitativa é inoportuna; y es por eso que los impuestos menos malos son aquellos que han nacido de más premiosas exigencias ó que, por ser más antiguos, el pueblo está más acostumbrado á pagarlos.

VII

¿Es posible reagravar nuestros impuestos ó sería mejor implantar otros nuevos?—Esta cuestión no es fácil de resolverse á primera vista y su resultado, si se obra con justicia, en un caso ó en el otro no sería igual para los contribuyentes. Lo que no admite duda es que hay desequilibrio en nuestras rentas y gastos públicos y que, una vez com-

probado el desfalco, la prudencia más vulgar nos ordena buscar los medios de cubrirlo, pidiendo recursos serios para salir de esta angustiada situación, no ya á los capitales y rentas hoy gravadas, sino á las rentas y capitales que hoy nada pagan. A éste y no á otro asunto es á lo que debieran contraerse el gobierno y el congreso para servir á las inspiraciones del patriotismo y conjurar los peligros de un pánico que sería el peor remate de la crisis que atravesamos.

En efecto, para cualquier pueblo el pánico es un mal gravísimo y de las más deplorables consecuencias; en lo moral, es como la locura que todo lo perturba y, en lo físico, como el terremoto que todo lo destruye. Y bien: el desconcierto de la política y la esterilidad de los debates parlamentarios, el desacuerdo de los partidos, las angustias del tesoro y el abandono en que se dejan los arbitrios que podrían subsanarlas, todo esto preocupa hoy con justicia los espíritus, propaga la incertidumbre, aumenta la desconfianza y para que tal situación no empeore, forzoso es discutirla, conocer sus causas verdaderas y estimarla en lo que vale para tratar de que se le asignen los remedios convenientes.

VIII

Convengamos desde luego en que esta situación es mala, pero no la exageremos, porque aún no se conoce bien el estado verdadero de la hacienda, ni el valor de sus recursos, ni las economías, ni los diversos arbitrios que pueden tocarse para restablecer el equilibrio perdido entre las rentas y los gastos. Porque las cosas no se componen en un

momento, no es posible echar á volar especies estrafalarias, ni suposiciones absurdas, que dañan tanto al crédito del país como al buen sentido de sus mandatarios.

La verdadera causa de esta crisis que hoy se siente está principalmente en el gasto público exajerado ó sea en el desarrollo excesivo que se dió á las obras fiscales durante el gobierno Errázuriz, y como esto ha coincidido el año último con una baja en las rentas proporcionada al aumento de los gastos, nada más fácil que explicarse la presencia del déficit de 1877 y la amenaza de otro déficit de igual magnitud para este año de 1878. Pero las obras están hechas ó por concluirse y el impulso ya está dado. Hemos ya cubierto los últimos compromisos provenientes de esas obras y ahora sólo se trata de utilizarlas, recuperando los intereses que nos cuestan con el aumento en la producción general y con un rendimiento algo mayor para el tesoro público.

IX

Antes de apuntar medidas que remedien esta situación es del caso preguntarnos si el déficit que se trata de cubrir será permanente ó transitorio? Nosotros creemos lo último, pero creemos también que, para equilibrar durante algún tiempo las rentas y los gastos ordinarios del Estado, se han menester en el Congreso y en el gobierno estudio serio y medidas de prudencia, energía y patriotismo. Y desde luego, esas medidas, consideradas genéricamente, no pueden ni deben ser otras que una severa economía en los gastos, combinada con la planteación de un impuesto que produzca recursos bastantes para salvar la situación fiscal.

Respecto á las economías, ya lo hemos dicho, al gobierno y al Congreso corresponde establecerlas con conocimiento de la importancia mayor ó menor de los servicios que convenga reducir. En cuanto al impuesto, lo que él requiere no es otra cosa que voluntad y buen espíritu para establecerlo con justicia y por la suma estrictamente necesaria para llenar el déficit; esto es, debe plantearse de modo que cada contribuyente no tenga que pagar sino una cuota justamente proporcionada á la necesidad fiscal y al monto del capital no gravado ya por otros impuestos.

X

Nadie ignora que el impuesto es simplemente el pago de la protección social ó el cumplimiento del deber que tienen los ciudadanos de contribuir al sostén de los servicios de la sociedad en que viven, pues donde quiera que esos servicios existan y haya que retribuirlos, es indispensable que exista también el impuesto que simboliza el pago de su importe. En cuanto á la base de su establecimiento, nadie desconoce que tanto da tomarlo de la renta como del capital: lo que importa es no hacerlo excesivo y proporcionarlo á las reglas de la equidad, de suerte que cada cual sólo pague la cuota que justamente le corresponda.

La base verdaderamente justa de todo impuesto es el haber del contribuyente. Así lo ha dicho nuestra constitución política que ordena que cada chileno contribuya al gasto público «en proporción á sus haberes,» los cuales consisten siempre en el conjunto de cosas útiles que posée cada ciudadano y de que goza ó puede gozar á su antojo.

Utilidad, posesión, trasmisibilidad: tales son, pues, los caracteres, de los bienes que constituyen el haber ó la riqueza de los ciudadanos y que deben tomarse como base segura del impuesto.

Esos bienes son, como se sabe, de dos categorías. La primera se compone de las cosas necesarias a la vida, como vestidos, habitación, muebles, provisiones de consumo ú otros objetos que, aunque disponibles, no producen ganancia al que los posée. La segunda la forman las cosas que, sin poder satisfacer nuestras necesidades, nos procuran, sin embargo, los medios de satisfacerlas ó de aumentar nuestra fortuna, tales son: las tierras, las minas, los establecimientos industriales ó comerciales, las casas de arriendo, los títulos de renta pública ó particular, los censos y capellanías, los bonos del Estado ó valores mobiliarios colocados á interés, valores todos que son fuentes de provechos ó de producción imponible, sea que se trate de gravar el capital ó las rentas de sus poseedores.

XI

La perfecta equidad del impuesto estaría en gravar con él ambas categorías. No obstante, como la primera es parte de la vida, está sujeta ya á la contribución indirecta ó de consumos y—no deja ganancias al poseedor—yo pienso que no se debe gravarla y que el impuesto debe pesar exclusivamente sobre la segunda categoría, comprensiva sólo de las cosas que se venden ó arriendan, que dejan siempre á sus dueños alguna utilidad ó algún provecho, que sólo se gozan por la protección social y, que, por lo tanto, necesitan pagarse á la administración pública.

Siendo así, el nuevo impuesto se establecería en forma directa sobre los bienes productores de rentas ó de provechos que sean visibles y conocidos, y, para evitar errores é injusticias, bastaría que fuese por el mínimum de la necesidad fiscal, que se proporcionase su cuota al monto del capital imponible ó á la cifra media de su renta; por ejemplo, cuatro por ciento de la renta líquida ó un cuarto por ciento del capital, deducidas las cargas que lo graven.

Ahora, en cuanto á los censos y capellanías, bonos públicos, acciones de sociedades anónimas, cédulas hipotecarias ó de los bancos garantizadores, títulos de renta en la deuda interior ó extranjera, escrituras de dinero colocado á préstamo, etc., nada más fácil que comprobarlas en las oficinas respectivas y cobrar el impuesto al percibirse los intereses anuales ó semestrales que les correspondan.

XII

Nadie desconoce la dificultad de establecer impuestos nuevos y, sobre todo, irreprochables, porque, cual más, cual menos, todos tienen graves inconvenientes, todos atacan el capital productivo y todos amenguan la fortuna de los ciudadanos. Los que se basan sobre el capital tienen la ventaja de estar en relación exacta con los haberes del contribuyente; pero al lado de esa ventaja tienen un inconveniente grave y que no puede dejar de tomarse en consideración. El capital que sirve al avalúo de los bienes productivos ó imponibles sufre fluctuaciones mucho más considerables que la renta, porque una buena ó mala cosecha, el alcance ó broceo de las minas, las crisis del comer-

cio ó de las industrias y otro cúmulo de circunstancias variables afectan ese capital y modifican su valor en los cambios. Algo peor sucede con las rentas, pues tanto ellas como los valores mobiliarios cambian de dominio incesantemente. Pero, ¿dejarán por esto de ser imponibles las rentas y los capitales? ¿No forman las unas y los otros el caudal tributario de que habla la Constitución cuando manda que todos los ciudadanos contribuyan al gasto público en proporción á sus *haberes?*

Los bonos del Estado y las cédulas hipotecarias ó los billetes de los bancos garantizadores de Santiago y del sur, juntamente con las escrituras de censos y capellanías, pueden considerarse como los valores más estables y menos sujetos á depreciación, y por eso yo creo que debe gravárseles con preferencia, porque al presente nada pagan á pesar de que producen renta buena y muy segura. Y si no se gravan ni los capitales aquellos ni estas rentas por temor á sus fluctuaciones cuotidianas, ¿sería preferible gravar el trabajo intelectual ó manual, recargando la patente de las profesiones ó de las industrias? ¿No perjudicaría esto doblemente á la equidad tributaria y al desarrollo de la prosperidad general? ¿Por qué han de pagar todos los valores, excepto los colocados á renta ó á usura? Sea lo que fuere, buscar la justicia en los impuestos y la equidad en las relaciones del Estado y de los contribuyentes es una tarea que honra á los que la emprenden, y, en las actuales circunstancias, nada parece tan urgente como emprender ese estudio y ver de arribar á una solución que permita conservar el crédito sin mengua de la prosperidad de las industrias ni del buen servicio público.

XII

Para salvar las dificultades de hoy día, el señor ministro de Hacienda ha dicho y repetido que lo necesario es un empréstito; porque su señoría encuentra «que el país está muy recargado y ya no le es posible pagar nuevos impuestos.» Pero, ¿qué diferencia nota su señoría entre los impuestos y el empréstito? Absolutamente ninguna, existe en mi sentir, porque en último análisis el país es quien paga tanto los unos como los otros, de lo cual resulta que la preferencia otorgada a los empréstitos es negocio de pura rutina ó de simple paralojización.

En efecto, lo que un Estado debe, lo deben sus hijos y, tarde ó temprano, tienen que cubrirlo con la diferencia de que los empréstitos se malgastan de ordinario, pero no así los impuestos, por cuyo motivo nosotros, sin trepidar, preferimos los últimos. Recordamos á este respecto que la Sociedad de Economistas de París discutía, poco há, si, contando la Francia con un sobrante de rentas, deberían rebajarse los impuestos ó amortizarse los empréstitos, y se resolvió unánimente que tanto daba lo uno como lo otro, porque en ambos casos el pueblo francés no hacía otra cosa que pagar sus deudas.

Los empréstitos, que según hemos dicho, no son sino el impuesto anticipado y reagravado con los intereses y el fondo de amortización, tienen, empero, otra desventaja y es la que se decretan con suma facilidad y comunmente con el corazón ligero, en tanto que los impuestos son actos ministeriales serios y graves, que se ejecutan con no pocas resistencias, que no se basan en promesas ni en

vagas aspiraciones sino en hechos económicos concretos, y que para su establecimiento exigen estudio, ciencia, observación y una energía poco común en estos débiles tiempos.

La situación de nuestras fianzas es lamentable, pues se sabe que los gastos anuales del país exceden en más de dos millones á las rentas ordinarias; pero, ¿qué remedio han puesto hasta aquí á ese mal las labores del gobierno ni de la legislatura? ¿Qué se hicieron las *economías implacables*, la reducción de los *servicios innecesarios*, la reforma del *sistema rentístico*, la mejora de *los malos impuestos*, ni toda esa falange de gratas esperanzas con que se ha distraído el espíritu público de la cuestión viva, inevitable, fatal, de la gravísima cuestión á la orden del día que no es otra que el *déficit permanente?*

Venga, pues, de donde quiera la indicación de ese remedio, de las cámaras ó del gobierno, de comisiones públicas ó particulares, de individuos retribuídos ó de hombres que estudien estos negocios por sólo el interés del patriotismo,—es lo cierto que el mal estado de nuestra hacienda no puede prolongarse y que es indispensable concebir y llevar pronto á debido efecto un plan cualquiera, cierto y definido, que cierre una vez por todas la puerta de los empréstitos pedidos á última hora y votados casi siempre con soberana indiferencia, para restablecer algún día el equilibrio financiero y dar al erario recursos permanentes, que aseguren la verdad y honradez de la administración.

XIV

Para alcanzar este resultado, parécenos que bastarían, por lo pronto, algunas providencias fáciles y hacederas, que no presentan los inconvenientes de una revisión general de nuestro sistema tributario, pero que, sin embargo, satisfarían la necesidad fiscal sin apartarse de la equidad distributiva, ya que hoy nadie desconoce la dificultad de implantar nuevos y pesados impuestos, atendido el malestar general de los negocios.

Chile atraviesa una crisis dolorosa que en rigor podría llamarse «de los *gastos públicos*,» y como toda violación de las leyes económicas tiene una sanción inevitable, el país y el gobierno habrán de sufrir las consecuencias de sus errores, bien que cooperando á mejorar la situación, ambos aprovecharán de las duras lecciones de la experiencia y del arrepentimiento.

En vista de lo que hoy se sufre no se abusará ya tan fácilmente del crédito público y privado, ni volverán tan pronto los excesos del agio y de la especulación; pero se negociará con mejor éxito sobre recursos efectivos ó disponibles y esperándolo todo de la inteligencia y del trabajo honrado. No se volverá á las grandes obras públicas *poco remuneratorias* y hechas con capitales tomados á préstamo en el extranjero; los dineros del Estado se administrarán con mayor escrupulosidad y rendirán provechos más seguros. No volverán á decretarse gratificaciones ni sobresueldos innecesarios, y de esa suerte, por medio de una severa economía y, gracias al buen crédito y al desarrollo natural del país, podrá restablecerse pron-

to la fortuna de los ciudadanos á la vez que el equilibrio entre las rentas y los gastos públicos.

Esta situacion, por lo demás, no es nueva, ni es sólo de Chile, sino de muchos otros pueblos de América y aun de Europa. Pero, por dolorosa que ella sea para el gobierno y los particulares, como sus causas nacen de un conjunto de circunstancias desgraciadas, sus efectos no pueden conjurarse sino por actos de cordura y de patriotismo, en lo privado y en lo público. La desconfianza y el miedo serían los peores consejeros, porque podrían traer la perturbación y el desastre de multitud de negocios que mejorarán de suyo si es regular la presente cosecha, si aumentan las entradas de aduana, si las minas de plata se afirman en el norte, si los cobres encuentran en el mercado europeo mejor precio, si los salitres y el huano de Mejillones se convierten, como todo hace esperarlo, en una fuente fecunda de riqueza para la renta y el trabajo nacional.

XV

Concretándonos, empero, á la situación fiscal, si tomamos en cuenta el nuevo empréstito, que no podrá menos de realizarse desde que es *inevitable*, resulta que á la fecha tenemos una deuda interior de $ 24.000,000 y una extranjera de 40.000,000, sumando, entre ambas, 64.000,000 millones de pesos, cuyo servicio debe costarnos anualmente $ 6.300,000, que corresponden, como lo hace notar la comisión de hacienda del Senado, á un 40% del término medio de nuestras rentas ordinarias en los tres años últimos.

Ahora, pues, dada esta enorme deuda y la dificultad que gobierno y congreso han opuesto á las economías *sustanciales*; cuando la postración de las industrias y la molestia de los negocios no permiten confiar en el pasado incremento de las entradas fiscales; cuando mecidos por esa halagüeña esperanza hemos vivido seis años de continuas apelaciones al crédito, ¿será posible que se persista todavía en el peligroso camino de los empréstitos y que, por temor á compromisos ó á dificultades gubernativas, se deje siempre en olvido el recurso de los impuestos?

Si el gobierno muestra aversión por las contribuciones que hoy son indispensables, ¿cómo quiere que el congreso se apresure á votarlas? ¿Cuánto podrá prolongarse este déficit de dos millones anuales que desde 1874 viene cubriendo con nuevos y nuevos empréstitos? ¿Hasta dónde habrá de llevarse este abuso continuo del crédito en un país pobre, que todo lo debe á su diaria labor? ¿Se ha probado siquiera que se conoce la situación fiscal cuando ayer se nos decía: "que no necesitábamos del crédito ni de economías dolorosas," y hoy se piden al congreso "economías inflexibles," y "empréstitos urgentísimos de 3.500,000 pesos?"

XVI

Semejante parsimonia tributaria no merecerá, de seguro, la crítica de los capitalistas ni de los banqueros, pero no tendrá tampoco la aprobación pública, porque ella no prueba gran conocimiento de los recursos del país, ni coraje para afrontar las dificultades, ni patriotismo para pagar y hacer que paguen su parte de gastos públicos algunos,

siquiera, de los muchos que hoy nada pagan ó que no están gravados como la Constitución y las circunstancias del erario lo exijen.

Y en verdad que, es un dolor y una solemne injusticia, el que debiendo todos los chilenos contribuir al gasto público en proporción á sus haberes, no sólo en épocas normales sino en épocas de verdadera angustia como la presente, deje nuestro sistema tributario completamente libres de gravamen á muchas rentas y capitales que viven y medran bajo el amparo de la autoridad. De ahí proviene la falta de equidad en el reparto de nuestros impuestos, y los reclamos justísimos que ello despierta en las diversas esferas sociales, pues mientras la minería agotada sucumbe bajo el derecho que la agobia, mientras la agricultura, cuyas tres últimas cosechas se han perdido, paga el nueve por ciento de su renta, los capitales á interés, los censos y capellanías, los bonos del gobierno, las cédulas y los billetes hipotecarios y otros valores como éstos se hallan libres de toda carga, no obstante que dan á sus tenedores buenos y seguros productos, merced á la protección social que debe necesariamente retribuirse como todo servicio público.

XVII

Es por eso que antes de aumentar las cargas del Estado con nuevos empréstitos que se doblan en ocho años por efecto de la amortización y de los intereses compuestos, y antes de acrecer este gravamen que ya se va haciendo insoportable puesto que hoy se lleva casi la mitad de nuestra renta pública, nada hay más prudente ni más cuerdo

que apelar á las economías verdaderas y lo que falte para llenar el déficit de las rentas exigirlo á todos aquellos capitales que hoy nada pagan por impuesto. Y, realmente, ¿por qué han de seguir exentos de toda contribución los poseedores de títulos mobiliarios y los que giran á la usura en grande escala cuando son ellos los que más gozan de los frutos del trabajo ajeno y de la protección de la autoridad?

Esto nos parece de toda evidencia y por eso pensamos que en adelante, en vez de buscar el equilibrio fiscal en nuevos dineros tomados á préstamo, lo que debe hacerse, necesariamente, es buscar ese equilibrio suprimiendo todo gasto que no sea «*indispensable*», y estableciendo una contribución nueva «*de títulos de renta ó de acciones y valores al portador.*»

Atendidos los capitales consagrados en Chile al giro del crédito y los bonos públicos ó cédulas hipotecarias que pertenecen tanto á nacionales como á extranjeros, cualquiera comprende que una contribución sobre ellos sería de fácil percepción, y, no gravando al contribuyente en más del cuatro por ciento de la renta, daría sin embargo un rendimiento que serviría de poderoso auxilio al tesoro nacional. Su resultado lógico sería el encarecimiento del interés ó la baja de esos títulos en medida más ó menos análoga á la elevación del impuesto. Pero nada influirá sobre las capellanías ó censos establecidos hasta hoy y adeudados por el fisco ó los particulares. Y en cuanto al alza de los réditos ó baja respectiva de los papeles, es indudable que ellas cesarán tan pronto como mejore la situación de los negocios, esto es, así que el crédito fiscal se consolide y vuelvan los capitales salidos por el cambio, y la agricultura, la minería, el comercio y las industrias recobren en nuestro país su probada actividad.

XVIII

Para los que tienen á su cargo la patriótica tarea de restablecer el equilibrio perdido entre las rentas y los gastos públicos, la economía es hoi más que una necesidad, es un deber imperioso é ineludible, porque sin ella, salvo la aparición de alguna fuente de riqueza que no se vislumbra, nadie puede por ahora descubrir otro remedio seguro á la triste situación que atravesamos.

Pero ¿cuál será esa economía y dónde debe buscarse? Las últimas discusiones parlamentarias han respondido lamentablemente á esta pregunta. Sin embargo, gobernantes y gobernados, ricos capitalistas ó pobres contribuyentes, todos reconocen que si la economía privada consiste en consumir menos de lo que se produce, la economía pública, que es la base del crédito y de la riqueza social, no puede consistir sino en la supresión de todo gasto exagerado ó innecesario, de todo empleado inútil, de toda inversión que material ó moralmente no sea remuneratoria. En resumen, prontamente, debe el Estado restablecer el balance de la hacienda pública reducir todo gasto que no sea indispensable y hacer de manera que el costo total de los servicios de la nación nunca exceda al monto de sus rentas ordinarias.

XIX

Para determinar esas economías, ya lo hemos dicho, se necesita conocer bien los detalles de la administración y

esta es la tarea que hoy tienen á su cargo el gobierno y el congreso ó bien la comisión financiera que acaba de nombrarse. No entraremos nosotros en esa tarea porque esperamos que ella será bien comprendida y patrióticamente desempeñada. Diremos, sí, que para que el mal de nuestra imprevisión no se haga crónico y aún tal vez irremediable, gobierno, congreso, y comisión de finanzas necesitan retrogradar á los presupuestos de 1872 y 73 para proporcionar los gastos ordinarios á las entradas ordinarias de este año, favorecer el aumento de las rentas á la vez que la disminución de los consumos, igualar en lo posible la retribución del empleado público con lo que paga la industria libre, reducir la marina y el ejército, á la vez que los gastos de ferrocarriles, suprimir las legaciones y reemplazarlas por consulados, vender los terrenos fiscales que nada producen y aceptar todas las otras fuentes de recursos que se apuntaron en la última memoria de Hacienda.

Sobre todo, ya que esas economías no han de bastar para colmar el déficit de este año y problamente de los inmediatos, gobierno y congreso necesitan indispensablemente establecer desde luego la nueva contribución sobre títulos y bonos, y hacer que se apruebe la de herencias, á fin de poner á flote el tesoro y no verlo cada año en la precisión de apelar al crédito para cubrir gastos ordinarios, que exijen por lo mismo recursos permanentes. Lo demás no es justo ni es serio; no es aplicar el cauterio á la llaga, ni buscar el remedio radical del mal que se lamenta; es aplazar las dificultades y dejar sin gravamen ninguno á los valores mobiliarios que hoy tanto producen y nada pagan, siendo que los capitales consagrados á otras industrias y hasta el trabajo mismo se encuentran gravados con impuestos no pequeños. Si tal estado de cosas hu-

biera de continuar, con mengua evidente de la equidad tributaria, él no ha de favorecer sino á los ricos, en tanto que los pobres ó sean los nueve décimos de nuestros conciudadanos, tendrán que seguir devorando las angustias en que hoy viven la industria y el erario nacional.

XX

El que escribe estas líneas sabe bien que no hay cuestiones más delicadas que las de impuestos, porque fijar lo que se deba al Estado por sus servicios y cómo se haya de pagarlos para que el contribuyente no se fastidie ni sufra la fortuna pública, es un problema que se discute desde mucho tiempo, sin que jamás se haya llegado en país alguno á una solución satisfactoria. Nacen de ahí las transformaciones que constantemente y en todas partes sufren los impuestos, que cambian con las circunstancias de cada pueblo, como que tienen que proporcionarse á las necesidades públicas y al desarrollo de la riqueza, ó sea á los gastos ordinarios de la administración y al engrandecimiento y progreso del bienestar común.

Sin embargo, la base fundamental de todo impuesto es la igualdad y por eso el padre de la ciencia económica, Adam Smith, establece como primera regla tributaria: «Que todos los conciudadanos deben necesariamente contribuir al sostén del gobierno, cada cual, lo más posible, en la medida de sus facultades, es decir, en proporción á la renta de que goce bajo la protección del Estado.» Tal regla no puede ser más justa ni más clara y es la misma que nuestra Constitución establece. Pero el sabio escritor agrega, que, «cuando el impuesto pesa desigualmente sobre las

diversas clases de la población y toma á las unas más y á las otras menos de lo que deben según su fortuna respectiva, viola la justicia, burla la equidad, rompe el equilibrio de la riqueza y sirve de obstáculo al desarrollo de la prosperidad general».

Y bien: ¿obedece á este principio nuestra legislación tributaria? Y si hasta aquí lo hemos violado ¿qué mejor oportunidad para cumplirlo que la presente?—Se ha dicho por el señor ministro de Hacienda que en circunstancias como las actuales un recargo exagerado de contribuciones puede traer por consecuencia la disminución de las entradas. Mas, ¿por qué el recargo ha de ser exagerado y no moderado por la prudencia de los legisladores? ¿Acaso no ha contestado su señoría mismo á esa observación, que sólo es de conveniencia y no de justicia, asegurando ante el congreso, que los contribuyentes deben dar recursos cuando son indispensables, apenas se les pruebe que se han reducido los gastos públicos en cuanto era posible?

XXI

Cuando se trata de llenar un déficit fiscal como el de Chile y están agotadas las economías como los empréstitos, es inútil discutir si ello ha de hacerse por contribuciones directas ó indirectas, puesto que se sabe que todas son objetables desde que todas tienen análogos inconvenientes. Pero nadie duda que si las primeras encuentran para plantearse grandes resistencias, las segundas se soportan con más facilidad desde que se pagan cuándo y cómo lo quiere el contribuyente al adquirir ó al consumir la mercadería gravada por el impuesto.

En este sentido, es un hecho que la aduana puede llegar á ser un instrumento nivelador de la necesidad fiscal, y así lo han entendido y practicado, varias veces, con buen éxito, Inglaterra, Francia, Estados Unidos y últimamente la República Argentina, gravando ciertos artículos de importación extranjera con el 50, el 80 y hasta 100% de su valor, para restablecer con el mayor impuesto el equilibrio de las rentas y llenar así la suma requerida por las necesidades públicas.

Si no nos equivocamos mucho, este sólo recurso adoptado en las presentes circunstancias, podría dar á nuestro tesoro angustiado un auxilio bien considerable. La simple elevación de un 25% en el derecho *ad valorem* de los azúcares refinado, blanco y prieto, nos parece que bastaría para aumentar en 1.000,000 de pesos la renta aduanera, disminuir desde luego el déficit en esa suma y acometer, para el año entrante, la reforma de dos malos impuestos, el de alcabala y el del estanco, que son dos rémoras opuestas á la movilización de la riqueza y al desarrollo de la industria nacional.

XXII

Todos sabemos que el azúcar introducido para el consumo del país alcanza á un valor de cerca de 6.000,000 de pesos por año. Ultimamente se publicó en Valparaíso un largo folleto para proponer, entre otras cosas, el estanco de este artículo y así saldar el déficit, asegurando su autor, después de un detenido estudio del asunto, que, *con sólo venderlo al precio corriente por menor*, ganaría el Estado en su expendio 4.600,000 pesos anuales.

Nosotros no vamos tan lejos en el cálculo, ni estamos de ninguna manera por el monopolio; pero creemos, sí, en muy buena compañía y después de consultado el punto con sujetos muy competentes, que el alza sola del derecho aduanero puede traer todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes del estanco propuesto; siendo, como es, un hecho evidente que los azúcares que consumimos no se producen en el país sino que vienen del extranjero, no contribuyen al desarrollo de ninguna industria interna, ni son otra cosa que un artículo, en que negocian en grande, cuatro ó seis casas de comercio y que sólo sirve para satisfacer el placer del consumidor.

En nuestra humilde opinión, vale, pues, y mucho, la pena de estudiarse detenidamente este asunto, porque sin dañar directamente á nadie, los recursos que él proporcione pueden ser de grande utilidad para el erario. Y respecto al cobro del derecho, pensamos que él debe hacerse según se indica en la página XXXV de la última memoria de Hacienda, esto es, por medio de una ley que determine la relación de los valores entre los azúcares refinado, blanco y prieto, siguiendo la clasificación más conveniente y tomando como unidad el valor del refinado, para que las modificaciones que se hagan periódicamente en la tarifa de avalúos no alteren la relación que se fije y así el impuesto siga en un todo la fluctuación de los precios establecidos por el comercio.

XXIII

Sin salir de la aduana y atendida la situación fiscal, no sería tampoco difícil formular desde luego otras útiles

indicaciones. El carbón de piedra inglés v. g. se importó el 1876 por valor de 803,377 pesos, y el año último se ha introducido aún en mayor cantidad y no ha pagado ningún derecho, siendo así que hoy están gravadas todas las mercaderías extranjeras que antes eran libres. Esto no es justo, y creemos llegado el caso de que se grave ese artículo con el 10 por ciento, pues no hay razón para exceptuarlo desde que el derecho produciría al fisco cerca de 100,000 pesos y fomentaría la grande industria carbonífera que representa entre nosotros fuertes capitales, ocupa muchos brazos y debe ser con el tiempo una fuente poderosa de producción y de riqueza para el país, como que el carbón es hoy el alma de las industria modernas.

Adoptada esta idea, debería, sí, abolirse el derecho igual de 10 por ciento que la ley de enero del año próximo pasado impuso al azogue, clavos de cobre y de composición, estopa y varios otros artículos que se emplean para el forro y carena de los buques, pues el efecto de esa medida contraproducente no ha sido otro que ahuyentar de nuestros puertos la marina mercante y hacerla ocurrir á los del extranjero con notable perjuicio de la industria nacional. Y á la vez que esto se haga, parécenos que debe también elevarse el derecho de las máquinas y de todo fierro elaborado al 15 por ciento, que es lo que hoy paga el fierro bruto ó en barras, á fin de igualar siquiera la condición desventajosa en que se encuentran nuestras fundiciones y talleres de ferretería para luchar con las importaciones extranjeras.

XXIV

De los documentos parlamentarios publicados hasta hoy, así como del balance de la oficina de Contabilidad General, resulta que las entradas ordinarias del año que acaba de terminar han sido las siguientes:

Aduanas	6.400,000
Tesorerías	550,000
Correos	236,000
Estancos	1.600,000
Papel sellado	160,000
Patentes	420,000
Impuesto agrícola	1.040,000
Alcabalas	400,000
Timbre	44,000
Ferrocarriles	2.900,000
Huaneras de Mejillones	400,000
Reintegro y redención de censos	80,000
Suma	$ 14.230,000

Este resultado, según se sabe, ha sido inferior al de las rentas de 1876 en 1.400,000 pesos, menor producto de las aduanas y del estanco, no obstante las esperanzas cifradas por el gobierno en el décimo adicional, que impuso á estos dos ramos, y á pesar de que el presupuesto de ese mismo año 77, sin contar los suplementos pedidos y las obras públicas en curso, estaba fijado en 17.337,600 pesos. Esa diferencia ha habido que pagarla, y como las

rentas del año actual serán iguales, sino menores que las del pasado, y los gastos de la administración no disminuyen, será forzoso que den los contribuyentes la suma precisa para cubrirlos.

En esta materia de rentas es algo bien curioso el estudio de nuestras memorias de Hacienda. Durante los últimos cincuenta años las entradas fiscales se han decuplicado entre nosotros. Las de 1861 fueron de 5.800,000 pesos, las de 1871 de 11.600,000 y las de 1876 llegaron á 15.400,000. Pero á medida que las entradas han aumentado, los gastos han ido subiendo en progresión harto mayor, á tal punto que los del último de esos años alcanzaron á la enorme suma de 23.492,496 pesos en ordinarios y extraordinarios.

Se comprende bien que, cuando se nada en la opulencia, se gaste de esa manera y se hagan ferrocarriles poco productivos, palacios, exposiciones internacionales y otras obras menos necesarias. Mas, cuando las rentas apenas bastan para las más precisas exigencias del servicio público, cuando se vive apelando al crédito para llenar necesidades ficticias, entonces tal conducta es injustificable y criminosa, porque cada obra no pagada es aumento de gabelas y fuente de pobreza para el país, que tiene que cubrir con impuestos, cada día más onerosos, deudas que crecen como la bola de nieve á virtud de los intereses compuestos.

XXV

Ahora, conocido el estado fiscal y las causas que lo han producido ¿qué medidas podrían recomendarse para

mejorarlo?—No somos empíricos y estamos muy lejos de creer en la eficacia de los muchos arbitrios que se proponen para remediar esta situación, nacida de causas diversas y complejas que todos conocemos, pero agravada no poco por la falta de espíritu de economía y por el exceso de los trabajos públicos. No pensamos, sin embargo, que ella pueda salvarse con la reforma general de nuestro sistema tributario, ni tampoco con la venta ó el arriendo de los ferrocarriles como lo indicaba poco há alguno de nuestros diarios.

Cuando uno es desgraciado ó cree serlo, le parece que minora su desgracia cuando se le dice que ella puede imputarse á la imperfecta organización de la sociedad, á las malas leyes de aduana, á la desigualdad de los impuestos ó á la poca protección que se presta al trabajo nacional. Es cierto que en estas materias la cuestión social no está entre nosotros bien estudiada ni bien resuelta, pero el trabajo es largo y difícil, las soluciones van mejorándose poco á poco en el buen sentido y no es en una sola de entre ellas donde debe buscarse el remedio del mal que se lamenta.

Mas, para arribar á ese resultado no se necesita exagerar la situación ni hacer la crítica de todo lo existente en materia de impuestos, ni asegurar «que los que tenemos vigentes son el cáos por su empirismo y multiplicidad, por las fuerzas que agotan, los actos que entorpecen, los objetos que gravan, por su enorme tasa y por cien otros defectos que pudiera notárseles y que forman un conjunto que estrangula la industria y perturba y siega las fuentes de la riqueza pública.»—¡Nó! no hay necesidad de exageraciones como éstas para hacer la crítica de nuestro estado fiscal, y, aunque ellas vengan de un escritor y

pensador estimable, no por eso las creemos justas ni oportunas, ya que todos saben que una reforma tributaria general no puede llevarse á cabo sino mediante el estudio y una prolongada y severa observación.

En cuanto á la venta de los ferrocarriles para pagar nuestra deuda, creemos que el negocio por ahora tampoco es posible. ¿Quién compraría el del sur, no estando concluído? ¿Y qué propuestas se harían por el del norte si el precio hubiera de equipararse á su producción actual? No es cierto, empero, que según la ciencia ó la experiencia los ferrocarriles deban ser del Estado, ni tampoco nos parece conveniente que sea el Estado quien haya de administrarlos. Lo contrario es más verdadero y creemos que eso es lo que debe recomendarse y practicarse entre nosotros; porque el provecho del país no consiste en ser propietario y administrador de líneas férreas, sino en gozar de la facilidad y baratura de los trasportes para fomentar la industria, y en hacer que los gobierne el interés individual para que su explotación abarate y puedan pagar el servicio de la deuda que representan.

XXVI

Decíamos poco há que no creemos en la eficacia de muchos de los arbitrios que se proponen para mejorar la situación fiscal, pero ya que no somos sino simples ciudadanos, atentos á los hechos sociales y á la voz del patriotismo, vamos á permitirnos recomendar las medidas siguientes con el vivo deseo de que se adopten y sean de alguna utilidad:

1.ª Que se convoque al congreso á sesiones extraordi-

narias para principios de abril y que se reuna desde luego la comisión propuesta por el Ministro de Hacienda para que estudie seriamente los negocios financieros.

2.ª Que se eleve al 5% el derecho *ad valorem* de los azúcares refinado, blanco y prieto á la vez que el de los licores, cigarros puros, carruajes, muebles finos, terciopelos, telas bordadas, géneros de seda y confecciones de sedería.

3.ª Que se establezca una nueva contribución sobre títulos de renta y bonos ó valores al portador, así como sobre las escrituras de censos y capellanías ó de capitales dados á interés, conforme á las bases establecidas en el párrafo XVII de este escrito ú otras análogas.

4.ª Que se estudie bien el negocio de los ferrocarriles y se comprueben sus productos y gastos para aumentar los unos y disminuir los otros y acordar que se arrienden á empresas particulares que los administren bajo la suprema vigilancia del gobierno.

5.ª Que se trate de hacer aprobar, cuanto antes, por el congreso la contribución hereditaria, y, así que esto se obtenga y esté decretada el alza del derecho aduanero, abolir la alcabala y el estanco en cuatro años, reduciendo las alcabalas y los beneficios de la mercadería estancada en una cuarta parte anual.

Sobre la alcabala es excusado decir palabra; pero sobre el estanco el señor Sotomayor, en la Memoria que firmó y presentó á las cámaras, asegura «*que en ese monopolio el fisco sólo aprovecha un* 50% *del consumo efectivo y el otro* 50% *lo obtienen los que se consagran á especulaciones clandestinas.*» Basta este aserto gubernativo para matar tan perversa institución!

XXVII

Para cerrar estas breves líneas consagradas á un estudio hecho rápidamente; pero sí con la previa meditación que requería la gravedad del asunto, réstanos sólo decir que, al lado de las dificultades y angustias porque hoy atraviesa el erario público, hay algo que verdademente ha contristado nuestro patriotismo. Ese algo es el pertinaz empeño, casi podríamos decir la obstinación, con que ciertos hombres notables del congreso y de la prensa, han hecho guerra cruda y sistemática á toda medida que se haya propuesto para salvar ó modificar siquiera esta triste situación. Economías grandes ó pequeñas, apelaciones al crédito, reducción de servicios, impuestos nuevos ó revisión de los antiguos, todo lo han creído inaceptable, mal preparado, dañoso, inoportuno, sin recordar que la crítica que nada propone nunca honra al talento verdadero y que, si ella es fácil en la prensa ó en el parlamento, no por eso cuenta con el apoyo de la opinión desapasionada. Merced á ese sistema y á pesar de que los compromisos de la hacienda no admiten espera, nada se ha hecho en seis largos meses de labor legislativa, no ha habido economías ni reducción de gastos, ni siquiera se ha aprobado el impuesto de herencias que á esta fecha podría ya estar dando ópimos frutos al tesoro nacional.

Pero aquí no recriminamos ni acusamos á nadie. Nos hemos limitado á dejar sólo nota de los hechos para que no haya equívoco ni duda sobre los antecedentss de esta situación, y para que los encargados de remediarla busquen pronto la manera de poner atajo al mal, procurando

al Estado los recursos precisos para llenar las necesidades del presente y omitiendo en adelante todo gasto que no esté justificado por la conveniencia pública y por una severa fiscalización. Es preciso que cese alguna vez lo inconsulto y lo arbitrario, que han sido como el sistema obligado de nuestros gastos generales; que se ponga coto al derroche y se viva con la economía de la honradez; que se equilibren los presupuestos, pagando en proporción á sus haberes aquellos que hoy nada pagan; y que, cubierto el déficit actual y asegurado con un impuesto racional y llevadero el servicio abrumador de nuestra deuda pública, cerremos para siempre la era de los empréstitos, que son la ruina de los estados. Así tendremos orden, y la riqueza y el trabajo devolverán pronto al país su antigua prosperidad.

XXVIII

Como en la vida de los pueblos todo se eslabona, por eso nuestra situación fiscal, que de suyo es grave, no sólo pone en dificultad al gobierno, sino que se reagrava por sus complicaciones inevitables con el mal estado general del comercio y las industrias. Esta triste crisis se ha visto venir desde fines del año 76, pero ni el último ministro paró mientes en ella durante los 14 meses de su ministerio, ni el gobierno ni el congreso han hecho después cosa ninguna para remediarla. Hoy arrecian las dificultades y sino se quiere que la crisis fiscal se convierta en un verdadero desastre, es indispensable que los gobernantes salgan pronto de su inacción, que se pongan desde luego á la obra con toda la enerjía del patrio-

tismo, y que, llamando en su auxilio á la comisión financiera últimamente nombrada y a todos los hombres que puedan traer alguna luz con sus consejos, traten de que el país, por medio de cuerdas providencias lejislativas, se libre cuanto antes de los peligros que le amenazan.

En esta obra de urgente reparación y hasta de vitalidad social, nadie ignora que lo primero y lo más premioso es asegurar el servicio de nuestra deuda pública, y como ya sabemos que para este año 78 las entradas serán 3.000,000 de pesos inferiores a los gastos, después de reducir los presupuestos al pie de la más estricta economía, pensamos que será de toda necesidad: 1.° aprobar lo más pronto posible la contribución hereditaria así como la de títulos de crédito y valores fiduciarios á la vista ó al portador; 2.° acordar que el producto de estas dos contribuciones se destine exclusivamente al servicio de la deuda extranjera y así pueda sobre ese valor negociarse en Londres un crédito que facilite su amortización; y 3.° revisar bien la tarifa de avalúos y la ordenanza de aduanas, y mediante su estudio y el de las cifras de la estadística comercial, proceder desde luego á aumentar el derecho de aquellos artículos que permitan acrecer la renta pública sin daño de las industrias, otorgando al comercio el plazo de seis meses para que la reforma que se acuerde empiece a producir sus efectos.

CONDICIÓN

DE

LOS TRABAJADORES RURALES EN CHILE [1]

El estudio de las Memorias relativas al estado del inquilinaje en Chile y á los medios de mejorarlo, ha ocupado detenidamente al Jurado que por comisión del Directorio de la Exposición constituímos hace un mes. Después de debatido el asunto en diversas sesiones y de leidos los manuscristos por cada cual de nosotros, hemos visto que, para dar cuerpo á las ideas comunes y para que la obra emprendida sea de alguna utilidad y no mero asunto de conversación y pasatiempo, es indispensable hacer por nuestra parte un escrito en que no sólo se examinen y comparen los trabajos presentados al concurso, sino en que se formulen y concreten los resultados del estudio de la cuestión y se indiquen los recursos convenientes para poner atajo al mal que trata de remediarse.

Sin embargo, como la preparación de ese trabajo demanda tiempo y como el informe que se nos pide urge

1. Folleto publicado en Santiago, Imprenta de la República, 1876.

presentarlo ya que los premios de la Exposición deben discernirse en pocos días, hemos resuelto emitir desde luego nuestra opinión respecto de las memorias aquéllas, sin perjuicio de que uno de nosotros se encargue de hacer y publicar en breve, con todo el estudio y detención que el asunto merece, un opúsculo que sirva como corolario de las medidas propuestas, ó sea un pequeño tratado que sirva en las escuelas como texto de lectura y que enseñe claramente las nociones elementales de la economía, la producción y los salarios, el trabajo y los ahorros, la riqueza y los cambios, la disciplina y la moralidad, tan necesarias al progreso de nuestras clases sociales, pero á que se vincula más particularmente el adelanto del inquilino así como la mejora del artesano y del obrero de las ciudades y los campos.

I

El programa de nuestra Exposición Internacional acordó establecer un premio de quinientos pesos, en dinero, á la mejor «Memoria en que se estudien las necesidades y el estado social de nuestras clases agrícolas, indicando los medios más adecuados para su regeneración.»—Los trabajos presentados sobre ese tema han sido tres y todos ellos, más ó menos, lo tratan con método y bastante conocimiento del asunto. Vamos á dar prolija idea del contenido de cada uno para fundar sobre esta base la resolución del Jurado.

La primera Memoria, por el orden en que han sido entregadas al secretario, se titula: «*Condición del trabajador y medios de mejorarla*» y trae por lema esta palabra:

«*Trabajo.*» Su autor cree que el estudio de esta cuestión puede ser trascendental si nos persuadimos de la importancia que la clase proletaria tiene en todas las sociedades, y si nos desprendemos de las preocupaciones heredadas del coloniaje que impedían todo contacto entre la gente ilustrada y la clase trabajadora, de donde ha provenido, según él, esa casta inferior, que no aprovecha del adelanto social y que odia á la gente ilustrada á la vez que es despreciada por ésta.—Piensa el autor que sólo la emigración de estos últimos años ha venido á preocuparnos respecto de un mal tan grave, pero que hemos vuelto á la inacción tan luego como aquella se ha reducido á su condición normal, y asegura que la escasez de brazos no debe atribuirse sólo á la emigración de los trabajadores chilenos, sino al incremento maravilloso de nuestra producción, agravado por las pasiones y la embriaguez del obrero que le inducen á trabajar tanto menos cuanto mayor es el aumento de su salario.

Haciendo en seguida la historia de nuestra clase trabajadora desde la conquista, nos habla de las encomiendas y dice que, después de abolidas éstas, nuestros gobiernos han tomado poco empeño por educar á los campesinos, que forman y renuevan la población de las ciudades, resultando de ahí que en la especie de constitución oligárquica que tenemos, el proletario queda sin representación ni influencia en los negocios generales y todo se hace en favor de la aristocracia. Y como prueba de que nuestro pueblo es muy capaz de ser influído por el medio en que vive, entra á determinar las diferencias de carácter y cualidades que se observan en los trabajadores del sur así como del norte y del centro de la República. En general, los cree á todos aptos para las labores que requieren fuer-

za y resistencia, pero faltos de honradez y moralidad, astutos para el engaño, dispuestos siempre á dar el menor trabajo posible en cambio del salario que reciben, aborreciendo el ahorro y despreciando á los que lo practican, careciendo de religión ó teniendo por tal sólo ideas supersticiosas, inclinados á la ratería como al juego y á la embriaguez, y con una tendencia marcada á cambiar de domicilio y aun á expatriarse á pretexto de mejorar de estado.

Esta última circunstancia no influye en los trabajadores de las provincias de ultra-Maule, pero, en cambio, el autor los cree más débiles y perezosos, lo primero por su alimento que no es bastante nutritivo y lo segundo por los hábitos del coloniaje y la lucha de la independencia, en cuyas épocas esas provincias fueron teatro constante de guerras y devastaciones en que dominaban las costumbres del soldado; poco amigo del trabajo por lo general y que, si en algo se ocupa fuera del servicio de las armas, no es sino con debilidad y sin entusiasmo. En el norte los cree más vigorosos y fuertes y sin la degradación que los del centro. Con espíritu y hábitos verdaderamente democráticos, la escisión entre las diversas clases sociales está allí menos pronunciada, tienen más honradez y fidelidad para con sus patrones, aunque son igualmente ignorantes y faltos de conocimientos acerca de las industrias á que viven consagrados.

En vista de este estudio, el autor piensa que está de manifiesto la posibilidad de modificar á los proletarios y de guiarlos por la vía del adelanto moral é intelectual. El mal sistema español fué el que formó los hábitos perniciosos que dominan entre ellos, así como la falta de equidad en la remuneración del trabajo fomentó en todas las clases

laboriosas la propensión al robo y á la vagancia. Con enseñarles á leer y escribir se hará bien poco mientras su educación moral sea tan nula como al presente. Son despiertos y generalmente tienen ideas claras respecto de la justicia y del deber, pero prevalecen sobre ellas los malos hábitos, que sólo desaparecerán al cabo de algunas generaciones y, eso, educándolos y moralizándolos desde luego.

En resumen, á juicio de este escritor es puramente la educación la que está llamada á remediar el mal que se lamenta. Como medios deben preferirse á todos la enseñanza religiosa y la enseñanza de la escuela, ambas deficientes hoy día, porque sólo se limita el alumno á aprender de memoria el catecismo y los rudimentos de la lectura y escritura. Cree, en consecuencia, que lo mas acertado sería la formación de una sociedad laica, que se proponga como único objeto enseñar y difundir la moralidad entre las clases menesterosas, valiéndose de profesores adecuados, haciendo imprimir textos especiales, abriendo cursos en las escuelas y teniendo por esos medios la inspección y vigilancia de los preceptores como de los alumnos y de sus familias. Mientras subsista la ignorancia intelectual, el mejor medio de darles conocimientos industriales es la emigración que trae consigo la enseñanza práctica, así como para obtener mayor suma de progresos y más rápidos es necesaria la cooperación de los propietarios rurales, que aumenten con su palabra y su ejemplo el estímulo y el caudal de noticias que esparcen la prensa por un lado y por el otro la Sociedad Nacional de Agricultura.

II

La segunda Memoria, escrita en forma epistolar y que se titula «*Poblaciones Rurales*,» contiene juiciosas observaciones de carácter general, pero aunque el autor conoce bien su tema y lo trata con elevación y verdadero conocimiento de causa, parece que de intento no ha querido bajar al fondo de las cuestiones, las trata como al correr de la pluma y omite los detalles, tal vez porque así ha convenido al estilo de sus cartas. Cree, desde luego, que el trabajador rural en Chile está lejos de ser un esclavo, sostiene que su salario no es bajo, y atribuye buena parte de su mala situación á que las gentes ricas no gustan aquí de la vida del campo; la toman sólo como medida higiénica ó de economía y el resultado de su labor lo dedican todo á satisfacciones urbanas, abandonando á la autoridad el servicio de los caminos, la policía y otras necesidades campestres. Pasa en revista á los mayordomos y á sus familias, á los inquilinos y las suyas y á los peones libres ó forasteros, que siendo niños trabajan para sus padres y luego los abandonan para entregarse á su pereza y malos hábitos. Ganan para sus vicios y descansan toda vez que han adquirido con qué satisfacerlos, de donde resulta que tienen para vivir, mas no para mejorar en cultura y moralidad, y de ahí nace la ignorancia y el mal sistema que rige las relaciones del hacendado y del trabajador, como la ausencia completa de esos agentes de la vida civilizada que se llaman religión, justicia, escuela y sociabilidad.

Esto en cuanto á la condición de los trabajadores rurales. Respecto á su mejora, el autor cree que debe comen-

zarse por un cambio radical en las costumbres de los hacendados, cosa que harán practicable las buenas casas de campo y los buenos caminos, la subdivisión de la propiedad y la policía rural, y luego la transformación de la escuela que instruya al niño y le enseñe á ser útil, infundiéndole los sentimientos del deber y de la religión para lo cual los preceptores deberán hacer practicar á los alumnos con el ejemplo las teorías de su enseñanza. Cree, por eso, que las escuelas de campo deben ser, ante todo, escuelas de aplicación, y que hoy no bastan la Agrícola y la de Artes y Oficios y es necesario crear becas en la Escuela de la Quinta Normal, para encargar á los favorecidos con ellas la dirección y el mejor cuidado de las escuelas rurales. Juzga que á los sirvientes é inquilinos les falta estímulo que los arraigue en los fundos de campo y, para subsanar ese inconveniente, cree que sería mejor darles sobre su salario ó como único estipendio un interés proporcionado á las utilidades del patrón.

A juicio de este escritor, el mejor sistema de explotación consiste en dividir la propiedad en cierto número de lotes para pequeños arrendatarios y cree que en el negocio mismo estará la garantía del éxito. «Esta medida (dice) traerá grandes bienes, proporcionará una posición independiente y lucrativa á millares de familias, aumentará la producción general y traerá como consecuencia necesaria el establecimiento de muchas pequeñas pero benéficas industrias.» En su sentir, el peón rural es de los mejor pagados y atendidas sus pocas necesidades, debería bastarle el salario que gana para modificar su condición civil, pero su falta absoluta de hábitos de economía es para ellos un obstáculo insuperable. No hay en los campos instituciones de ahorro, pero las oficinas postales podrían prestar ese

servicio recibiendo á interés y á plazo cuotas desde cincuenta centavos hasta cien pesos. Cree, por último, que para mejorar la condición de nuestro inquilinaje no se ha menester que intervenga la autoridad, sino que ello debe esperarse de la ilustración y del interés bien entendido de los hacendados, limitándose la ley á establecer garantías para la iniciativa individual, así como á facilitar la acción de la justicia en los campos mediante jueces de paz nombrados por los vecinos en elección directa. En resumen, piensa que la inmigración está ligada íntimamente con la mejora de las costumbres de nuestras poblaciones rurales; que en materia de policía vale más no tenerla que verla servida por unos cuantos soldados sujetos al capricho de los grandes propietarios; y fundado en las teorías y en los hechos, que conoce bastante, clama por que se atienda á la agricultura de cuyo engrandecimiento depende la riqueza y el bienestar del país.

III

La tercera Mermoria que lleva por título «*Ensayo sobre la condición de las clases rurales en Chile*» se concreta mejor al tema propuesto, contiene un estudio más práctico y más prolijo de la cuestión, expone y confronta con mayor claridad las teorías y los hechos relativos al inquilinaje, y busca la solución donde nosotros creemos que debe buscarse, esto es, en la observación constante de lo que sucede entre nosotros y en la aplicación invariable de los buenos principios de la ciencia económica.

Sostiene este autor que la mejora de nuestras clases rurales está en intima relación con el progreso de los cul-

tivos y el aumento de la producción, así como del valor de los productos; cree que el ensanche de la ilustración y el afianzamiento de las libertades públicas son el medio seguro de alcanzarla en un período más ó menos próximo; y concluye asegurando que no es al Estado á quien corresponde poner remedio al mal que se lamenta, ni aumentar el salario, ni mejorar el alimento y vestidos de los trabajadores, sino que debe limitarse á instruirlos en sus derechos y deberes, á garantir la paz pública y el trabajo y á dejar absolutamente libres la producción y los consumos. Haciendo en seguida la historia de nuestra clase agrícola, dice que, durante la conquista, ella estuvo sujeta á la más dura esclavitud y que, abolidas las encomiendas á fines del siglo pasado, los trabajadores se obligaron á ciertos servicios en las haciendas de campo, y de ahí nació el inquilinaje actual. Apunta sus vicios dominantes, indica sus causas y, como los mejores y más oportunos remedios, propone una ley que arregle las relaciones entre patrones y sirvientes, la reducción de los inquilinos á pobladores, y el establecimiento de la policía rural y de buenas escuelas primarias, y la creación de cajas de ahorro para las clases poco acomodadas.

Piensa este escritor y prueba con los hechos que la situación del obrero rural ha cambiado por completo en nuestro país, y que los antiguos siervos han desaparecido para dar lugar al trabajador libre, al propietario, al inquilino y al peón ambulante, todos activos y más ó menos laboriosos, todos iguales ante la ley civil y económica. Cree que la prevención que hay contra el sistema del inquilinaje proviene de que se le juzga por lo que fué, olvidándose de lo que es, y piensa que, dada la condición de nuestra agricultura, la extensión de las propiedades y la falta

de otras industrias, no es posible crear ni implantar por ahora otro sistema. A su juicio el inquilinaje en Chile es una institución completamente liberal, sujeta á contrato en que se estipulan ventajas y obligaciones recíprocas para el patrón y el inquilino, y éste, más que un individuo asalariado, es un agricultor que cria ganados y siembra cereales, que mira como propia la tierra que cultiva, se radica en ella para constituir una familia, aumenta sus economías para formarse un capital, y si sirve con inteligencia y honradez, obtiene ascensos como capataz ó mayordomo y lleva hasta su muerte una existencia cómoda. ¡Qué diferencia con el peón ambulante que, después de una vida de aventuras, tarde ó temprano vuelve pobre y andrajoso al antiguo hogar!

Piensa, por eso, que querer dictar leyes que determinen las relaciones del propietario con el inquilino, para mejorar á éste, sería un absurdo económico, que atacaría la libertad del trabajo y dañaría á la producción sin traer resultado alguno favorable, porque las leyes deben ser en beneficio de la libertad y de las industrias y no contrarias á su desarrollo. Y, como pruebas, «ahí están, dice, los efectos producidos por la conversión del diezmo, la liberación de derechos de la maquinaria agrícola, la desvinculación de los mayorazgos, la Caja Hipotecaria, la libertad de emigración,» etc., etc. Por otra parte, el aumento de los cultivos ha traído como consecuencia el alza de los salarios de estos últimos años, y eso, lejos de ser un mal para la agricultura, ha traído, al contrario, el desarrollo de la producción y de las exportaciones, que han dado por resultado el enriquecimiento del país y la mejor retribución de toda clase de servicios. Pero esa alza del salario ha sido tan grande que ya no es posible elevarlo mientras la agricultura no

pase al período industrial, pues comparado el salario en Chile con el de otros países que se encuentran en el mismo estado, resulta que es aquí bien equitativo y que su monto no ha podido ser causa para fomentar la emigración de nuestros trabajadores.

Según este autor, el bienestar de las clases rurales está ligado esencialmente á los progresos de nuestra agricultura. El aumento de la producción ha duplicado los jornales, á la vez que la escasez de brazos, mejorando la condición del trabajador, ha nivelado y mancomunado los intereses de patrones y sirvientes. Si algunos de estos emigran buscando una mejor remuneración de su trabajo, usan de su derecho, pero la prensa debía hacerles ver las miserias que se les aguardan en el extranjero. Y eso mismo basta para probarnos la necesidad de educarlos y hacerles comprender la ley invariable que rige los salarios, el empleo y formación del capital, la necesidad del trabajo y del ahorro, etc.

En seguida, este escritor estudia ligeramente la emigración, apuntando sus causas y sus efectos, deplora la de los campos y las ciudades, y cree que ella es un movimiento natural é inevitable, porque faltan los hábitos de vida rural en nuestras clases acomodadas y se viene á gastar á los pueblos el producto de las labores y economías del campo. Piensa que nuestros peones están siempre dispuestos á tentar fortuna, y que sería una falta tratar de impedírselo por la fuerza, pero cree que bajo del punto de vista material su emigración ha sido útil, porque ha servido para desengañarlos, á la vez que ha fomentado en la costa del norte industrias que necesitaban consumir nuestros productos, lo que ha ocasionado la subida de precio en éstos. Cree que el alza del salario no guarda relación con la moralidad de

nuestros trabajadores, y que hay una relación íntima entre el estado moral y el estado económico de la clase agrícola. Sin la instrucción y la moral el alza del salario estimula los vicios así como la baja produce idéntico resultado. Por eso piensa que el remedio único que debe emplearse para mejorar el estado de nuestra clase obrera es la instrucción y la libertad.

En las escuelas de los campos cree que la enseñanza es deficiente, porque los maestros y los alumnos desconocen en lo absoluto las leyes morales y económicas; los textos son inadecuados y hace notable falta entre ellos una Cartilla agrícola y un Manual de economía. Como medidas de mejora indirecta para nuestras clases rurales, recomienda también el libre cultivo del tabaco que puede dar trabajo útil y bien retribuído á numerosas familias; la reducción de los derechos del azúcar, de las telas ordinarias y otros objetos de consumo popular; la abolición de la alcabala para trasmitir la propiedad y facilitar los arriendos por más de nueve años, que son los más provechosos al pobre, desde que lo arraigan y lo vinculan con su familia al suelo en que vive. En resumen, este escritor cree y sostiene que el medio esencial de mejorar la condición, no sólo de las clases rurales sino de la sociedad entera, es practicar en todo las leyes de la economía política que están siempre basadas en la libertad y en la justicia.

IV

Después de este prolijo análisis, creemos que basta la relación de las Memorias que examinamos para poder emitir un juicio fundado acerca de su mérito respectivo.

En general, las indicaciones de los autores son justas y algunos de sus datos curiosos y bien estudiados. Todos parecen haber observado con inteligencia y celo la situación de nuestros trabajadores rurales, apuntan las conocidas causas del mal que los aqueja y recomiendan la educación como el medio más eficaz para mejorarlos y moralizarlos. Ellos mismos, sin embargo, reconocen las dificultades que hay para poner en práctica desde luego y con provecho sus benéficas indicaciones. Hábitos adquiridos y practicados durante largos años han llegado á formar en nuestras clases trabajadoras algo que constituye como una parte del carácter nacional. De los proletarios mismos poco debe esperarse, porque ellos nada harán de suyo para salir de su mala condición; pero la tarea es noble y digna de los gobiernos como de los hombres ilustrados, que deben acometerla y llevarla á buen término por humanidad, por interés y hasta por patriotismo. Tal es la conclusión á que todos arriban.

Sobre estos antecedentes, vamos á examinar y valorizar los trabajos aquellos que se nos ha hecho el honor de someter á nuestro humilde criterio. Pero, á pesar de sus méritos, que acabamos de reconocer, cumpliendo en conciencia el deber que nos impone el «Reglamento de Jurados,» tenemos el sentimiento de cerrar esta primera parte de nuestro informe, asegurando que, por la opinión unánime de los que lo forman, ninguna de las tres Memorias presentadas al concurso merece en su conjunto el premio ofrecido por el Directorio.

Faltando entre nosotros una estadística rural, los datos que ellas suministran son meras opiniones que no pueden servir de base sólida á reformas verdaderas, ni á medidas prácticas que mejoren realmente la condición del traba-

jador de nuestros campos. Por eso es que aquella falta, así como la vaguedad, generalidad y ambigüedad de los medios propuestos para alcanzar el resultado que se busca, no hacen de esas Memorias obras de un mérito notable, hijas de un largo estudio ni dignas de un premio tan especial como el que se proponen obtener. Aunque todas ellas sean buenas y estén escritas con bastante conocimiento del negocio y con verdadera elevación de espíritu, nos parece que su mérito respectivo no es absoluto y que está en sentido inverso de aquel en que las hemos analizado, es decir, que la última es más completa y demuestra mayor acopio de observaciones y conocimientos que las dos anteriores. Á su vez la segunda nos parece también más concreta, mejor observada y estudiada, más llena de noticias y datos y mucho más práctica que la primera. Sin embargo, aunque ninguna merezca premio especial, todas tres contienen ideas adelantadas y aprovechables, y estudiándolas con detenimiento ganarán en ello obreros y patrones, agricultores y artesanos, legisladores y gobernantes, patriotas y filántropos que deseen cooperar al progreso del país por el mejoramiento de nuestra clase trabajadora, que es la más numerosa y la más pobre, y por lo mismo la más digna de la consideración pública.

En consecuencia, tenemos la honra de proponer que todas esas Memorias se publiquen de cuenta del Directorio y la última con una recomendación especial, tanto por la juiciosa exactitud de sus observaciones, como por la verdad científica de los medios que ella indica para mejorar la condición de nuestros trabajadores rurales.

V

Acatando así lo acordado por el Directorio de la Exposición en cuanto al tema de las memorias que acabamos de examinar, nos inclinamos á creer que se habría hecho mucho mejor formulando ese tema en términos más generales, y extentendiéndolo no sólo á la investigación del estado de la clase agrícola, sino al estudio y mejora de todas nuestras clases obreras, porque realmente todas ellas necesitan moralizarse y educarse para salir de la triste situación en que hoy se encuentran. La ignorancia y la miseria, la imprevisión y la pereza, la ebriedad como la afición al robo, la falta de economía y método en la vida de los individuos como de las familias, la improbidad en los tratos y el ningún respeto al compromiso contraído ó á la palabra empeñada, ¿son acaso la herencia exclusiva de nuestros trabajadores rurales? Al contrario, ¿no son esos defectos el patrimonio común de nuestros obreros y jornaleros, mineros y artesanos, revendedores y pulperos, trabajadores libres ó peones ambulantes, que sirven de diversas maneras al desarrollo de la producción y al fomento del comercio y las industrias?

Pero, si esto es indudable, trátese de la mejora de todas esas clases ó solamente de la clase agrícola, cuando se propone una reforma cualquiera, es forzoso hacer abstracción de las intenciones y atenerse solamente a los resultados que ella debe producir según las teorías ó doctrinas que se recomienden. En semejante materia, más que en otra alguna, la pasión del bien no basta ni con mucho para producir el bien, sino que es necesario pene-

trar al medio en que se vive y conocerlo a fondo, comparar el pasado y el presente y escrudriñar con mucho cuidado los elementos que deben servir á la consecución del progreso que se busca. Porque, tratándose de fenómenos tan complejos como generales, observados en grupos tan numerosos y heterogéneos, que nacen de causas tan diversas como de tan antiguos é inveterados hábitos, ¿dónde puede encontrarse el elemento que dirija y modere las tendencias, los extravíos y las pasiones de toda esa gran fuerza social que se trata de alejar del mal y dirigir al bien?

Cuando para esto se recomienda y preconiza la educación, no se dice, pues, nada de particular, nada de nuevo, nada de extraordinario: se expresa sólo una verdad universalmente reconocida y que es el patrimonio común. Fuera de que la educación de grandes masas sociales, como la cultura y moralidad de las clases infereriores de todo un pueblo, es obra difícil, dilatada y vastísima: es como la esperanza de la edad de oro y el bello ideal de un porvenir en que sólo imperen la justicia y la verdad. Mas, cuando nos adherimos á esa esperanza, concebida por espíritus generosos y no poco alejados de la realidad y de la práctica, llegamos ciertamente a combinaciones que lisonjean el patriotismo y halagan la fantasía de los hombres ilustrados, pero que se acuerdan pocas veces con los hechos sociales, con las leyes inflexibles del orden moral y con las necesidades intransigentes del mundo material. La empresa es tan útil como hermosa y santa ¿quién puede dudarlo? «*Fomentar la instrucción*» es el deber primordial de nuestros gobiernos, como «*enseñar al que no sabe*» es, para el cristiano, la primera de las obras de misericordia. Mas, para realizar esas obras en todas las capas

inferiores de nuestro pueblo, es preciso inquirir bien su condición y sus necesidades respectivas, poner en práctica los medios adecuados, confrontar los métodos, ensayarlos y comprobarlos, estudiar el trabajo en sus formas complejas y hacer lo posible por llevarlo á término, pero sin dejarnos arrastrar por el extravío de nuestros buenos deseos á proyectos quiméricos ó á medidas dispendiosas, que amenacen el orden y tal vez no cambien en definitiva la situación de las clases que queremos mejorar con nuestra solicitud y nuestros esfuerzos.

VI

Sin embargo, ¿es tan mala como se cree y se dice la situación de nuestras clases agrícolas? Lejos de pensarlo así, nosotros estamos persuadidos de que los progresos de Chile en estos últimos años se han hecho sentir, con particularidad, en todo lo que se refiere á las industrias rurales y á la mejor condición de los trabajadores de nuestros campos. Desde el descubrimiento de California y de las especulaciones á Australia y al Brasil y posteriormente á los puertos europeos, la demanda cada vez mayor de frutos agrícolas chilenos, así como la introducción en este país de buenas máquinas de labranza, han fomentado la producción hasta triplicarla en un decenio, y aumentando la cantidad y el valor de los productos en proporción á su demanda, no ha podido menos de elevarse el precio del trabajo en todas sus formas, pero más particularmente el salario del inquilino y del peón libre, que, gracias a ese desarrollo de la riqueza y de los cultivos, hoy se encuentran en una situación que debe considerarse como el re-

verso de la antigua. Y nada más natural, porque esa es la ley del trabajo y porque el inquilino, como el jornalero y el peón, tienen que seguir la suerte del que los ocupa y ganan poco cuando los productos no tienen demanda, así como cobran fuertes salarios cuando el patrón se enriquece ó cuando ellos mismos se hacen productores y venden los frutos de su labor. Lejos, pues, de ser, como en otro tiempo, meros siervos ó trabajadores de encomienda, hoy son verdaderos hombres libres, que viven con cierta holgura y que, para ser felices, sólo han menester una mejor educación, esto es, un mejor cultivo de su espíritu y más orden, economía y moralidad en su conducta. Esta verdad nos parece innegable.

Todos sabemos que el trabajador rural es mayordomo, capataz, vaquero, inquilino, sirviente asalariado ó peón libre, y basta abrir los ojos y haber vivido unos pocos años para conocer la enorme distancia que media entre el presente y el pasado de esas clases de individuos. Todos ellos han mejorado de circunstancias, han visto doblarse en corto tiempo el valor de sus servicios, son hoy mucho más considerados, y, cualquiera que sea el oficio que desempeñen, si son inteligentes y honrados, cuentan con la seguridad de conservarlo y aún de mejorar su situación obteniendo ascensos ó aumento de salario y de garantías. Esto, ¿á qué se debe? Claro está, al progreso general del país, pero más especialmente al desarrollo de nuestra producción agrícola por la mayor demanda de sus frutos, á la carencia de brazos para el cultivo, y, también, a la mayor ilustración de nuestros hacendados, que hoy ven en todo buen trabajador el mejor auxiliar de su fortuna. En el común de nuestros fundos de campo ya no se encuentran opresores ni oprimidos, señores feudales ni

vasallos miserables y abyectos, sino que se trata al sirviente y al inquilino como á cooperadores indispensables, como á personas independientes y cuyos servicios tienen constante demanda y merecen cada día mejor retribución. Por eso el que es laborioso y honrado, si sale de un fundo, á poco andar encuentra en otro segura colocación, y así es que la reciprocidad de los servicios, mancomunando el interés de los patrones con el de los inquilinos, ha venido á dar mayor importancia y estabilidad á las relaciones de ambos.

Pero, si el inquilino y el sirviente rural han mejorado muchísimo su condición, no sucede lo propio con lo que se llama peón ambulante ó forastero, que si ha visto también doblarse en corto tiempo el monto de su jornal, no por eso ha ganado un ápice en moralidad ni en honradez. A pesar de ser fuerte y animoso, como lo es de ordinario el trabajador chileno, éste sólo vive del presente, carece de familia y de hogar, no tiene esperanzas ni recuerdos, es vagabundo por naturaleza, ratero por inclinación, disipado por instinto, y si llega á completar algunos días de trabajo en un fundo, gasta y pierde en media hora cuanto ha ganado en la semana, y luego emigra á otro fundo para hacer allí igual cosa, hasta venir á parar en el hospital ó en el presidio. Hé ahí, á nuestro juicio, la clase de trabajadores rurales que más importaría corregir, tanto para incrementar la producción como para sistemar y mejorar nuestras labores agrícolas.

Igual cosa hay que decir de muchos de nuestros obreros urbanos, faltos por lo común de honradez y moralidad, sin hábitos de orden ni espíritu de ahorro, burlando siempre que pueden la confianza de sus patrones ó maestros, disipados y derrochadores de ordinario, sin ningún senti-

miento del deber cumplido y extraños, casi siempre, al respeto y al amor de la familia. Nada nos parece tan urgente como trabajar por la mejora de esas dos categorías de individuos, y es muy de sentir que las memorias presentadas á este concurso no les hayan prestado mayor atención, sea para que una parte del territorio no quede estéril por falta de brazos y sufra nuestra agricultura atrasos lamentables, sea para librar á nuestras ciudades de las perturbaciones que traen consigo grandes masas de obreros entregados con frecuencia á la huelga y al vicio.

¿Cómo remediar aquel mal y conjurar este peligro?— Las memorias aquellas no lo dicen, y, sin embargo, el peón ambulante es indispensable al desarrollo de nuestra agricultura, las faenas campestres no podrán ejecutarse sin su auxilio, mientras no contemos con un inquilinaje más numeroso, y á la vez nuestras ciudades tampoco pueden carecer de la ayuda y de los servicios constantes del artesano y del obrero, que son la vida y el alma de las variadas industrias civiles. Parece, por tanto, que mientras la moralidad y el cumplimiento del deber no se generalicen y divulguen mediante la educación de esas dos clases de individuos, habrá forzosamente que pensar en la traída al país de inmigrantes europeos, ó obreros labradores, así como en el establecimiento de escuelas agrícolas y de artes y oficios elementales, para satisfacer tan premiosas necesidades. Esto, sin embargo, no significará en manera alguna que sea esencialmente mala la situación de esos trabajadores, sino que probará sencillamente que vale más el ejemplo que el consejo, y, que, atendidos los hábitos viciosos de nuestra clase proletaria, no debe

cesarse de recomendar para ella, como la mejor esperanza del porvenir, la difusión de la enseñanza popular, obligatoria, incesante y asidua.

VII

Tratándose de mejorar la condición de nuestras clases proletarias, saltan á primera vista tres cuestiones:—¿Cuántas son esas clases?—¿Cuál es su situación verdadera?—¿Cuáles son los sistemas ó los métodos que deben adoptarse para mejorarlas?—Respecto á la primera y la segunda cuestión, los datos que poseemos no son ciertos ni seguros, y con cifras imaginarias ó por buenos deseos y filantrópicas aspiraciones, se correría tal vez el riesgo de caer en el error y alejarse de la verdad. En cuanto á la tercera, bien poco se avanza con recomendar la educación religiosa y moral como el primero de los medios que deben emplearse para alcanzar ese fin. Acordes y muy acordes en su bondad y en su eficacia, preguntamos, empero, ¿cómo emplear con éxito ese medio? ¿cómo educar y moralizar, á la vez, al proletariado de las ciudades y los campos? ¿cómo infundir en clases tan numerosas y distintas el sentimiento del deber, el amor al trabajo y al orden, el deseo de la economía y el espíritu de ahorro? No hay duda que la escuela acabará por alcanzarlo, pero lo hará en mucho tiempo y sirviéndose de recursos combinados.

Algo semejante debemos decir del proyecto recomendado en la primera de las memorias que analizamos, dirigido á formar una sociedad laica, cuyo objeto único fuese la difusión de la moralidad entre las clases pobres, abriendo

cursos, publicando textos, dirigiendo ella misma las escuelas y teniendo, por esos medios, la vigilancia de los preceptores como de los alumnos y de sus familias. Algunos jóvenes ilustrados hacen esto en Santiago desde años atrás; pero ¿sería posible hacerlo en las provincias y en los campos? ¿Dónde se encontrarían la eficacia del interés colectivo, ni la abnegación y el sacrificio que exige una empresa tal para llevarse á buen término? ¿Por qué no han surgido en nuestros pueblos, á pesar del buen ejemplo y las instancias de la capital, las útiles y bellas sociedades de Instrucción Primaria?—Esto sólo basta para persuadirnos de que, cuestiones como la de que se trata, no son fáciles de resolver bajo cualquier aspecto que se consideren, porque las soluciones son complejas y están de ordinario llenas de inconvenientes y hasta de peligros, como que los rudos problemas que ellas despiertan en el seno de la sociedad han llegado á creerse durante largo tiempo y hasta por hombres muy distinguidos como males sin remedio.

Y, efectivamente, cuando nos encontramos en presencia de las pasiones y de la ignorancia de las aspiraciones, los vicios y las necesidades de grandes masas de individuos, por excelentes que sean los principios que se invoquen para ponerles remedio, la gran dificultad estriba siempre en su aplicación y en su oportunidad.—¿Dónde está la razón de este fenómeno?—Está en la ley ineludible de la armonía y del equilibrio social, pues por mucho que se haga y á pesar de todos los buenos deseos, el bienestar como el progreso de las sociedades no pueden seguir sino una marcha relativa, turbada á veces por incidentes imprevistos y donde las reacciones suelen destruir en un instante los esfuerzos y sacrificios de largos años. De ordinario la insuficiencia de los hombres y el influjo de los malos hábitos suelen

también paralizar la acción de los principios, y por eso es que todos los pueblos, aún los más adelantados en materias de educación social, marchan lentamente á través de esos escollos y no alcanzan sino con los esfuerzos y el tiempo una perfección bien relativa.

Por otra parte, cuando se nos habla de mejorar la condición de las clases menesterosas, entendemos que no se trata sólo de abrir escuelas aún á riesgo de que queden desiertas, sino de educar y civilizar grandes masas de individuos desparramados y que no pueden vivir más que de su trabajo, pues cuando no trabajan no comen. Trátase, pues, de una verdadera reforma social y en esta materia las tradiciones y los hechos tienen una importancia tan considerable como los principios mismos cuya adopción se recomienda. Más claro: para las mejoras que querrían implantarse, esas tradiciones, que son otras tantas maneras de ser de nuestra sociabilidad, suministrarían siempre las enseñanzas más seguras. Por eso es indispensable consultarlas y sólo después de haberlas interrogado concienzudamente y estudiado con detenimiento, sólo entonces podrán excogitarse y adoptarse las reformas, que han de ser el resultado de la ciencia y la experiencia y deben tomar como punto de partida el estado actual de los trabajadores con sus virtudes y sus vicios, sus instituciones y sus costumbres, conciliándose los derechos legítimos de todos con las imperiosas necesidades de algunos, consultando siempre las conveniencias del mayor número y respetando, en todo caso, la igualdad con la libertad que son el alma de la democracia.

¿Se quiere moralizar é infundir el espíritu de ahorro al campesino y al roto, al obrero y al gañán, al minero y al artesano?—Nada más bello ni más justo!—Pero es claro

que el resultado no se obtendrá sino educando á todas esas clases con el precepto y el ejemplo, trayendo á nuestras ciudades y campañas al inmigrante europeo, que cuando es bueno vale por sí sólo más que el mejor catecismo, y haciendo conocer simultáneamente á todas esas grandes agrupaciones sociales la luz del evangelio, la moral del trabajo, las nociones elementales de la economía pública y doméstica, la relación de los servicios y el salario y los efectos como las causas de la pereza y la miseria. Todo esto vendrá más ó menos pronto y tal vez el patriotismo y la ilustración lograrán anticiparlo. Sin embargo, no vivimos en Chile sobre un terreno nuevo y en que sea fácil decretar la reforma de los trabajadores todos, regimentándolos y emancipándolos súbitamente de sus malos hábitos ó de los vicios anexos á la pobreza y la ignorancia. Esa obra es larga y requiere contracción y tiempo, como que la ciencia social, de que esa reforma hace parte, sólo se constituye por el estudio paciente de los hechos y como que ciertos principios, cuya acción esta hoy perfectamente reconocida, sólo son el resultado de observaciones inteligentes y asidua de hombres y pueblos mucho más avanzados que el nuestro.

VIII

Estaremos tal vez equivocados, pero nosotros creemos firmemente que en el estado actual de los trabajadores rurales, como de las demás clases obreras, nada puede servir tanto á su cultura y mejoramiento como «*la educación declarada por la ley obligatoria,*» esto es, la obligación impuesta á todo ciudadano de frecuentar la

escuela del distrito en que vive, y la enseñanza en esos establecimientos no sólo de la lectura, escritura y aritmética, sino de un buen catecismo de moral, religión y economía, que, aprendido conscientemente, sirva al hombre como pauta y regla de su vida entera.—Si los filántropos que se ocupan en la conquista de las mejoras sociales no tienen fe en las teorías económicas que rigen la existencia toda de los individuos y los pueblos, preciso es que al menos estudien bien los hechos antes de ponerse á idear combinaciones que podrán ser nuevas y bellas, sin por eso dejar de ser estériles. Nada más justo que aspirar al progreso de los desvalidos y menesterosos: debemos buscarlo y alcanzarlo por conveniencia y hasta por humanidad. En lo relativo á esas clases, nuestras instituciones están lejos de ser perfectas; tampoco lo son nuestras costumbres y mucho hay que hacer para mejorarlas y moralizarlas. Faltan, sin embargo, los medios prácticos para conseguirlo, y exigir un cambio que importaría tal vez el abandono de otros deberes públicos, sólo porque todas esas clases no viven hoy en el orden y en la abundancia, sería retrogradar á los principios de nuestra independencia, á esas épocas de confusión administrativa y política, en que se pedía la salud del pueblo á leyes del acaso, y en que se consideraba la estabilidad como el mayor inconveniente del estado social.

Nadie deja de conocer que de las mejoras materiales de las masas depende en gran parte la elevación moral de los Estados; pero, respecto á la situación de nuestra clase rural, las Memorias que analizamos no presentan datos ni cifras que revelen males internos, ni que obliguen á emprender por necesidad reformas trascendentales é irreflexivas. Cuando el poder público y los estudios generales ó

particulares que se hagan en ese ramo hayan comprobado, por serias investigaciones, el estado del inquilinaje y la situación verdadera de los trabajadores de las ciudades y los campos, entonces se indicarán de suyo los arbitrios que deban tocarse para mejorarlos, y se verá claramente que, ante todo, debe buscarse esa mejora en una instrucción reducida pero sólida, en el desarrollo de las facultades industriales y morales y más que en nada en el cultivo de los buenos hábitos de orden y economía.

En efecto, la economía y el orden son la necesidad vital del proletario chileno. Entre las causas que influyen *más deplorablemente* sobre la moralidad y su bienestar, figuran en primera línea la disipación y la ebriedad; y está averiguado que esas causas obran con tanta más energía cuanto mayor es el número de operarios que se reune, sea en las *haciendas al tiempo de las cosechas*, ó sea en las faenas industriales, fábricas, construcción de ferrocarriles, caminos ó trabajos públicos, etc. Y bien! Sucede de ordinario que, al lado de cada cual de esas faenas, están el bodegón y la chingana de canto y juego ó de placer brutal, y allí es donde la salud se pierde con el dinero y donde las pasiones y los vicios del pobre se explotan primorosamente. El salario de una semana se gasta allí en breves minutos, y la suma que bastaría al sostén de un obrero honrado y de su familia, sólo sirve para dejar á los disipados en la degradación y la miseria. Esto es tan usual y corriente, que lo vemos donde quiera que haya masas de trabajadores, desde Atacama á Chiloé, y es el hecho constante en nuestro bajo pueblo.

Pero, si el licor y los excesos conducen á la cárcel y aún á la muerte, ¿cómo evitarlos? ¿dónde encontrar el remedio de mal tan inveterado? ¿cuál es el cauterio que

convendría aplicar á llaga semejante?—Para hacer sobrios al gañán y al roto de las ciudades y del campo, ¿bastará decirles y repetirles que una conducta arreglada es la dicha del trabajador y que de ellos solos depende el abanno de su miserable situación?—Ciertamente que nó, porque cuando un vicio ha echado raíces profundas en toda una clase social, no se puede extirparlo sin esfuerzos prodigiosos y sin poner en ejercicio recursos discretos y muy bien combinados y oportunos. La experiencia de cada día nos prueba que todo hombre embrutecido por los vicios nunca tiene la energía de carácter necesaria para corregirse por su sola voluntad. Necesita siempre de un impulso y de una fuerza exterior y por eso es menester que para la reforma de tales extravíos, el influjo venga de fuera y especialmente de las clases superiores, como que los patrones y los maestros ó empresarios que ocupan al pobre son los más interesados en velar por su moralidad, ya que en Chile, ni en pueblo alguno que sepamos, se han encontrado hasta hoy reglas ni medios prácticos para atacar el vicio en su base, ni menos para combatir sus consecuencias.

IX

Siendo esto así, mientras se emprenden estudios y reformas mejor calculadas y de mayor alcance, será preciso que, al menos desde ahora nos empeñemos todos: 1.° Por reprimir el mal trato de nuestros trabajadores, así como la codicia de algunos hacendados, que por fortuna ya no es común. 2.° Porque se establezcan la higiene y la salubridad en el rancho pajizo ó en la pobre habitación del campesino

y del obrero. 3.° Porque se funden cajas de ahorro con ventajas reconocidas, para que el proletario se persuada de la necesidad de formarse un pequeño capital. 4.° Porque se concilien la dignidad y la salud del menesteroso con la libertad de su trabajo y su justa retribución. 5.° Porque se mejoren y completen los textos de enseñanza con un buen Catecismo de moral y de economía, y porque todo padre sea compelido á mandar sus hijos al establecimiento primario de su distrito. 6.° Y, en fin, porque, sobre toda otra medida, procuremos que la escuela se coloque, si es posible, á la puerta de cada choza, para que el sirviente doméstico y el gañán, el artesano y el roto, el trabajador campesino y el de los pueblos, todos se convenzan de que en la escuela y sólo en la escuela pueden hallar su bienestar y felicidad.

Como medidas de efectos parciales convendría también 1.° Que los hacendados ricos, que no explotan por sí mismos sino que dan en arriendo sus fundos de campo, al tiempo de contratar, exigiesen formales garantías para que sus inquilinos y sirvientes no sean tiranizados por los arrendatarios, que cuando no reducen el jornal, reducen por lo menos las ventajas y aumentan las obligaciones de los unos y los otros. 2.° Hay, además, necesidad urgentísima de mejorar las obligaciones rurales, y esto pueden hacerlo los patrones á poca costa, por su propio interés y hasta por humanidad y decencia. Basta ver lo que es el rancho y la confusión y mezcla en que viven allí esposos, padres, hijos, hermanos y huéspedes, para comprender todo lo que les falta en comodidad y moralidad. 3.° Contribuiría también eficazmente á mejorar la condición de nuestras clases menesterosas, la reducción del derecho de alcabala para los arriendos enfitéuticos; la abolición del

estanco y el libre cultivo del tabaco, que es un valioso artículo de consumo y de retorno; la supresión de los derechos del fierro introducido en el país, y la baja en el avalúo de los géneros blancos y otras mercaderías de uso popular. 4.° Debería, por último, recomendarse la fundación de periódicos que sirvan al verdadero interés local y que ayuden á la mejora y progreso de las clases menos acomodadas, procurando al mismo tiempo que otros diarios de gran circulación, que se ocupan tal vez en demasía de política y actualidad, consagren algún espacio al examen de las cuestiones que interesan á los trabajadores.

Mediante estos arbitrios ú otros análogos, el odio á la chingana y al *San Lunes*, así como el sentimiento del deber y la necesidad del ahorro, que son la base de toda mejora en el proletario, vendrán naturalmente y como resultado lógico de su educación religiosa y moral. Las instituciones políticas y económicas que nos rigen no obstan, sino que, al contrario, estimulan y propenden á la realización de esa obra. El gobierno y los filántropos que quieran acometerla encontrarán en nuestras leyes mismas los elementos de la transformación gradual de toda esa clase tan numerosa como desvalida; y sin herir los derechos de la clase acomodada, sin alterar en lo menor las relaciones sociales, llegaremos en breve á una reforma que simbolice nuestro progreso popular, pero fundada en la razón y la observación, en el ejercicio de la caridad sublime y de la beneficencia fecunda, no en medidas empíricas ni en combinaciones violentas y contrarias á la prosperidad general.

Al decir esto y al indicar las medidas aquellas, de ninguna manera incompatibles con las que recomiendan los autores de las Memorias que dejamos analizadas, hemos

querido significar solamente que el problema de la mejora de nuestros trabajadores rurales ó urbanos, no debe resolverse á la manera de los socialistas ó de los autoritarios, porque no es posible cambiar las bases de la propiedad ó del derecho, ni sacar al obrero de su condición, ni dispensarle de la fatiga y del trabajo para darle en su lugar la pereza y la abundancia.—Nó: intentarlo sólo sería quimérico y hasta ridículo!—Desde que el hombre vive en lucha constante con los elementos así como con el hambre y la sed, todas nuestras necesidades, pero más aun las de las clases menesterosas, no pueden satisfacerse sino por medio de una labor activa y continua. Trátese, pues, no de disminuir el trabajo asalariado y de hacer vivir al pobre á costa del rico, sino de arreglar las condiciones de ese trabajo y de hacerlo fructífero mediante la economía y moralidad del trabajador, y desde que Dios nos ha dado inteligencia y fuerzas y voluntad, es de esperar que obtengamos la pronta realización de esa grande obra mediante el estudio y la acción combinada del gobierno y de los ciudadanos. Tal es la lógica del progreso en que marchamos los chilenos todos, y tal será, también, la consecuencia forzosa del desarrollo de la riqueza y de la instrucción en la República.

X

Todo cuanto se haga por mejorar al obrero aprovecha grandemente á la sociedad. Esta verdad es innegable, porque el bienestar social, donde quiera que se busque, está íntimamente ligado al de la clase trabajadora. Así

pues, no sólo por filantropía deben los gobiernos y más que ellos los hombres ilustrados é independientes, combinar sus esfuerzos para elevar el nivel moral del trabajador y alejarlo de la miseria, sino que deben proceder así por necesidad política y en el interés de la sociedad entera. Todos sabemos que los productos del trabajo útil se obtienen tanto más barato cuanto mejor resultado dan los esfuerzos del trabajador, que no puede entregarse á esos trabajos sin que la educación y las comodidades de la vida desenvuelvan en él las facultades de que se sirve para realizar tales esfuerzos. Por eso los salarios elevados coinciden muchas veces con la baratura de los consumos ó corresponden á una mayor suma de satisfacciones adquiridas en cambio de una igual suma de esfuerzos. De ahí resulta que la sociedad entera está interesada en el bienestar del obrero y que el antagonismo que se supone muchas veces entre inquilinos y patrones, maestros y operarios, contratistas y trabajadores á jornal, no es más que una preocupación detestable y cuyas consecuencias son de ordinario la miseria de los unos y el atraso ó empobrecimiento de los otros; es decir, disminución del bienestar general de la sociedad, como resultado inevitable de esa lucha entre los dos elementos de la producción,—el trabajo y el capital,—que deben ayudarse y servirse en vez de combatirse y debilitarse por torpes hostilidades.

Aumentar el bienestar y moralidad de los trabajadores, desarrollando su inteligencia por medio de una educación sencilla, pero seria y obligatoria para los padres como para todos los niños salidos de la infancia, tal debe ser, á nuestro juicio, el objeto constante de la solicitud de los gobernantes como de los filántropos, de los hacendados ó patrones de cualquiera especie que sean y siempre en interés

de la sociedad en masa y aún de su propio interés. Los medios de conseguirlo en breve tiempo nos parecen los que se han apuntado más arriba, y ellos podrían alcanzarse facilitando á los trabajadores el medio de adquirir buenos hábitos, desenvolviendo sus facultades por la adquisición de conocimientos útiles y prácticos, y perfeccionando la educación de la mujer del pueblo para que ella pueda cooperar eficazmente á la de sus hijos.

Este trabajo de la educación de las madres es el más corto y fecundo para mejorar el estado de los trabajadores, porque una mujer moral y honrada, vigilante y económica, no sólo cuida de la higiene y arreglo de su casa y educa bien á sus hijos, sino que sabe procurarse á bajo precio las cosas necesarias para satisfacer las necesidades de la familia, y hace siempre que la laboriosidad y el orden sean como el alma de su existencia y la de los suyos. Por su parte ella también concurre á la obra común con la obra de sus manos, y el amor de sus hijos la obliga á estudiarlos, á sacar de sus facultades un mejor partido, á darles cuando se distinguen una buena dirección y á procurar así una mayor suma de utilidad gratuita y por consiguiente de progreso y bienestar á la sociedad entera. Ella, en fin, es la llamada á sostituir gradualmente las causas que producen la miseria,—que son la embriaguez, el ocio, la mala conducta y sobre todo la ignorancia,—colocando en su lugar la moralidad enseñada de obra y de palabra, la instrucción, y, más que nada, el trabajo que es para el hombre la primera necesidad de su existencia.

En tiempos de la Colonia y hasta hace un cuarto de siglo, el egoismo ciego y sórdido y la vieja rutina decían entre nosotros á los hacendados, á los patrones y aún á

los mandatarios:—«Procura que tus inquilinos y trabajadores, dependientes ó subordinados, se mantengan en la ignorancia y la miseria; regocíjate de su imprevisión y mala conducta, de sus desgracias y hasta de sus vicios; porque así los tendrás siempre bajo tu dependencia, y su trabajo te enriquecerá y hará la dicha de tu familia.»—Hoy los adelantos materiales despiertan las malas pasiones del trabajador y le dicen: «Odia á tu patrón que se dice tu amo sin serlo y que te oprime y absorbe los frutos de tu labor; odia á la propiedad que hace al rico cada día más rico y al pobre cada día más pobre; trampea y engaña y roba siempre que puedas al que contrata contigo, porque así trabajarás menos y serás más libre.»

Hé ahí dos extremos de que debe huirse y dos grandes males que es preciso curar á toda costa. Por eso es que, con los autores de las Memorias que hemos analizado y con todos los hombres que aman á Chile, nosotros, por una conclusión enteramente conforme con la moral, lógicamente deducida de los principios de la ciencia y arreglada á los antecedentes que sirven de base á este Informe, diríamos á los hacendados y patrones:—«Amad á vuestros inquilinos y á vuestros obreros y sirvientes á jornal ó á sueldo; alejadlos lo más posible de las privaciones y de la miseria; tratadlos bien y desarrollad su moralidad y su dignidad con el precepto y el ejemplo, porque el bienestar del trabajador es el trabajo barato y bien ejecutado á favor de su patrón.»—Y al propio tiempo diríamos al inquilino y al menestral, al obrero y al artesano, al proletario, al peón ambulante y al rotoso gañán estas palabras: «Amad á tu patrón, porque sus intereses bien entendidos son los tuyos; ayúdale á aumentar su capital, que es la fuente de tus salarios, y cumple tus obligaciones para con

él y con tu familia; porque, sirvientes y patrones, inquilinos y hacendados, todos somos hermanos y debemos ayudarnos unos á otros, como todos somos ó podemos ser miembros útiles de la familia chilena.»

NOTA.—Después de firmado este informe en unión de mis colegas Don Claudio Vicuña y don Carlos Antúnez, abrimos los pliegos que contenían los nombres de los autores de las tres Memorias examinadas, y resultó que, *según el orden en que se recomiendan*, la primera es obra del señor Lauro Barros, la segunda del señor Antonio Subercaseaux y la tercera del señor Domingo Morel.

LOS OBREROS CHILENOS

ANTE LA PROTECCIÓN Y EL LIBRE CAMBIO[1]

EL MEETING DE LOS OBREROS EN SANTIAGO

I

Dos han sido según *El Ferrocarril* y *El Independiente*, las conclusiones adoptadas en el meeting obrero de esta capital: pedir liberación de derechos para veinte materias primas y la reforma de la ordenanza aduanera en un sentido de franca protección, y, nombrar un comité que presente esas bases al gobierno y le excite para que proteja la industria y ampare cariñosamente el trabajo nacional.—Está visto que en el pedir no hay engaño, pero como la cuestión es compleja y puede hacerse grave por el número y la incipiencia de los interesados, vamos á decir algo sobre ella, siquiera sea para declinar sobre los políticos promotores de esta loca cruzada toda la responsabilidad de sus peligrosas consecuencias.

1. Folleto publicado en Santiago, Imprenta de la República 1877, bajo el seudónimo de *Ignotus*.

Ante todo confesamos que, á nuestro juicio, algo bueno puede y debe hacerse en Chile por mejorar la condición de los obreros, clase la más numerosa y la más pobre, la menos dispuesta á la economía y al ahorro, y por tanto la más digna de la consideración pública. Nuestro estado social está lejos de ser perfecto y aquí como en todos los pueblos queda mucho por hacer para la mejora moral y material del hombre, así como para llevar á buen término la reforma tributaria, rural, industrial, administrativa y económica del país. Pero ¿conduce á alguno de estos resultados lo que hoy pretenden los trabajadores del meeting? Proclamando el malestar de las industrias, ¿se arriba acaso de súbito á alguna reforma hacedera y útil para la generalidad de nuestros artesanos?

Consignemos todavía otra verdad palmaria y es que desde el año 74 hasta hoy, las fortunas como las profesiones todas, las industrias y el comercio, el crédito y los cambios, las rentas privadas como las públicas, todo lo que constituye nuestro progreso ha sufrido y sufre un verdadero trastorno, todo ha cambiado y menoscabádose por efecto de la crisis general que hoy atraviesa el mundo de los negocios y que para Chile ha sido dolorosa y cruel, pero mucho menos sensible que para otros pueblos más prósperos que el nuestro, que todo lo debe á su diaria labor. ¿Y habrá quien crea que un mal tan universal y complejo puede remediarse sólo con lamentarlo? ¿Pueden cesar esos sufrimientos múltiples y profundos con sólo pedir que nos emancipemos del extranjero y proteja las industras nacionales?

II

Bien sabemos que los ilusos o los mal intencionados que empujan á nuestros obreros en este callejón sin salida les dicen y repiten: "que en economía popular no hay principios absolutos y que no se distingue lo verdadero de lo falaz, que se ignora realmente lo que constituye el bien y el mal para la generalidad, que no es posible investigarlo ni demostrarlo, y que el efecto inmediato de cada medida sobre mi bienestar personal, es el único criterio y la sola ley á que debo yo atenerme en mis procedimientos."— Pero negar hoy los principios es como negar los hechos sociales evidentes y palpables, es cerrar los ojos ante la luz para creerse en las tinieblas, puesto que los principios no son otra cosa que fórmulas claras que resumen todo un orden de hechos muy bien averiguados y comprobados.

Nadie ignora que en nuestro país la aduana es pura y simplemente una fuente poderosa de renta fiscal, mas cuando pierde ese carácter y entra á reagravar el producto extranjero para elevar artificialmente el producto similar chileno, desde ese instante la pretendida protección al trabajador nacional se convierte en robo y despojo temerario é injustificable del público consumidor. Esto no necesita prueba porque es evidente, y lo evidente, según dice Thiers es algo que se enseña pero no se demuestra.

En efecto, si mi calzado, mi sombrero, mi vestido y mis muebles hoy me cuestan 4 por efecto de la competencia y mañana 6 á causa del recargo en el derecho aduanero, el país no se enriquece en lo menor, pero esa diferencia de precio la pierdo yo para que la ganen sin esfuerzo el som-

brerero, el zapatero, el sastre y el mueblista favorecido por la protección. La masa del trabajo queda igual, pero el tercio de costos que he pagado demás tengo que cargarlo á la injusticia del impuesto, como que sin él esa suma la habría yo utilizado en satisfacer otras necesidades o por la vía del ahorro habría ella servido á incrementar la producción ó la riqueza nacional.

Por eso es un grave error de nuestros industriales el quejarse de la concurrencia y no conocer que, si el pueblo es productor también es consumidor, y que recibiendo menos por un lado y pagando menos por el otro, queda siempre en provecho de todos la diferencia resultante entre un sistema que comprime la actividad y otro que la excita y la empuja en la carrera del progreso general. Y á este respecto, permítaseme reproducir una ligera anécdota, que si no es verdadera por lo menos es muy justa y adecuada al asunto.

Cuéntase que el célebre economista inglés Cobden encontró un día, pescando en el Támesis, á un pobre hombre que vociferaba contra las máquinas y á quien preguntó:—«¿De qué máquina os quejáis?—De la máquina de tejer.—¿Trabajáis acaso con ella?—Nó, ya no hilamos, ni tejemos en Londres, pero pescamos.—¿Pescáis con redes ó con anzuelos?—Con redes y bien grandes.—Y por qué no con anzuelos?—Es claro, porque trabajaría mucho y pescaría poco.—Ah! replicó el economista. He ahí por qué no se hila ya con la rueca ni se teje con telar sino con máquina: porque así la obra es más provechosa y cuesta menos trabajo y menos tiempo.»

III

Parécenos que estas pocas palabras explican suficientemente la marcha y el rumbo del sistema industrial moderno, que acumulando los capitales y dividiendo el trabajo hasta lo infinito, diversificando las profesiones como las artes manuales y echando á los hombres y á los pueblos en la vías de aquellas en que pueden mejor distinguirse porque son más fecundas ó más útiles, no sólo dejan la completa libertad de acción al individuo y á la familia, sino que ejercen un poderoso influjo en el progreso de la sociedad.

En Chile sucede como en todas partes, el desarrollo general es lento y difícil, pues no se marcha á paso redoblado ni sin estorbos. Las industrias y el comercio sufren perturbaciones tanto más inevitables cuanto que ellas vienen, por lo común, de la actividad misma de los negocios como del desarrollo tal vez excesivo de la producción y del crédito. Pero seríamos más que ciegos, seríamos ingratos con la Providencia, si desconociéramos los adelantos prodigiosos que en los últimos veinte años y merced á ese sistema venimos haciendo en todas las esferas de nuestra naciente sociabilidad.

La riqueza en este tiempo se ha triplicado á la vez que la retribución de toda especie de trabajos; la condición de todas las clases sociales ha mejorado extraordinariamente; suben los jornales; el vapor y la electricidad llevan á todas partes la vida y la actividad de los negocios; el progreso ha sido tan notorio y general que no ha menester comprobarse con citas ni apreciaciones históricas ó esta-

dísticas; en suma, los adelantos positivos y múltiples que el país ha hecho bastarían á enorgullecernos, si no conociéramos la ley de la perfectibilidad y si no supiéramos que, al amparo de la paz, de la justicia y de la libertad, todo progreso engendra necesariamente en un pueblo joven otros mayores y más fecundos.

Realmente, desde el año 50 acá la industria de nuestro país ha experimentado una modificación tan favorable que ella puede sólo compararse con el desarrollo que en este tiempo han recibido la educación y la inteligencia popular. En la agricultura como en la fabricación elemental que aquí tenemos, todos los procedimientos se han mejorado; y aunque la vida ha encarecido y aumentádose sus necesidades, el trabajo ha tomado gran vuelo, se han facilitado los medios de adquirir, y el bienestar general se ha extendido, abaratándose la producción y poniéndose al alcance de toda clase de consumidores. Por la más fácil elaboración algunos productos han bajado, otros han subido por su escasez ó su mayor demanda; pero la facilidad de ganar el dinero no hay duda que ha procurado al buen trabajador mayores satisfacciones y mayor fortuna que antes.

IV

Gracias á este régimen, que es el reverso del antiguo, nuestra sociedad ha progresado enormemente, las rentas públicas se han decuplicado, mantenemos relaciones comerciales con todo el universo, el telégrafo nos une con Europa, se vive con cierta holgura cuando se trabaja y se ahorra; y aunque algunas industrias sufren por falta acci-

dental de crédito ó capitales, y aunque no nadamos en la opulencia porque el mundo no es un Edén para todos los humanos, somos infinitamente más felices y más ricos que lo que fueron nuestros padres y nuestros abuelos, que tenían vastos campos y espadas de oro y vajillas de plata de chafalonía, pero que no sabían leer y carecían de zapatos y hasta de camisas, como que la riqueza verdadera y el bienestar no están ya sino en la abundancia de los artículos necesarios ó agradables para la vida.

Tal vez y sin tal vez, los hijos de cualquiera de los trabajadores asistentes al meeting y que se quejan de la falta de protección social, gozan hoy de más ventajas que los niños ricos de hace treinta años, andan mejor calzados y vestidos, adquieren mayores conocimientos y disfrutan en su casa de más comodidades. Y en cuanto al artesano mismo que pide á los gobernantes un imposible bajo la amenaza ó de los *talleres nacionales* ó de *la comuna*, el que antes ganaba un peso diario hoy gana dos pesos, el gañán que trabajaba por 20 centavos hoy cobra un jornal de 60 centavos, bien es que por desgracia ni el uno ni el otro han entrado hasta hoy en la senda de la economía y del ahorro, pues por causas largas de detallar, aunque su salario haya aumentado, hoy como ayer es lo corriente que tan pronto lo ganan como lo gastan. Sin perjuicio de tratar de mejorar su condición lo que de suyo es ya un gran bien; he ahí el objetivo principal á donde hoy y siempre debiera dirigirse la mirada anhelosa del trabajador honrado!

Sucede, sin embargo, que los progresos mismos de la industria y del comercio suelen traer á los pueblos crisis más ó menos profundas, que dislocan á los hombres y los dejan temporalmente sin ocupación productiva, postran

los *negocios*, merman los capitales y traen á la sociedad en masa sufrimientos prolongados. Pero ¿puede suprimirse un mal semejante con leyes de amparo y medidas de protección para tales ó cuales industrias internas? ¿Será posible que el Estado se prive de su principal renta y que los trabajadores, con provecho suyo pero sin daño del consumidor, sostenga la competencia con la fácil y barata manufactura europea?

He ahí la cuestión y yo podría con ejemplos tomados en todas las industrias, artes ú oficios manuales, demostrar que esa competencia es imposible y frustránea á causa del subido interés del capital, de la carestía de los jornales, de la imperfección de los procedimientos, de nuestra deficiencia en la mecánica y de mil otras causas que harán por largo tiempo que la elaboración extranjera sea mucho más perfeccionada y menos costosa que la nuestra. ¿Cuándo y cómo llegarán nuestros ebanistas, por ejemplo, á trabajar y vender aquí muebles tan bellos, cómodos y baratísimos como los de las fábricas de Norte América? Sin elementos propios de elaboración ¿en qué tiempo llegaremos á producir siquiera algunos de los millares de artículos *útiles* que nos envían Francia, Inglaterra, Alemania é Italia?

Conviene y mucho que los obreros y sus consejeros tengan presentes esas circunstancias, y no olviden que todos somos á la vez productores y consumidores, porque sólo así pueden formarse un concepto cabal de la quimera que persiguen. El consumidor no debe ni puede proteger á nadie y si se recarga con fuertes derechos la ropa ó los muebles europeos, claro está que tendremos muebles y ropa más caros y tal vez de peor calidad, y habremos perdido buena parte de la renta de aduanas, sin perjuicio de

haber gravado con un derecho desigual á fortunas é industrias que se dicen extranjeras, pero que son verdaderamente nacionales desde que están radicadas en Chile y desarrollan nuestra producción, y aparte de haber protegido injustamente á capitales que figuran en nuestra industria interna, pero que en realidad pertenecen á extranjeros que tan pronto como concluyen su especulación se marchan y se los llevan. ¿Qué cosa podría justificar tales medidas que protegen ó destruyen así empresas industriales con detrimento del tesoro nacional ó daño evidente del público consumidor?

V

Con una población de dos millones Chile tiene, según la estadística, 876,745 industriales de todas profesiones, de los cuales los llamados propiamente artesanos ú obreros alcanzan al número de 206,931. Los reunidos el domingo último sólo fueron mil, incluso un ex-ministro-senador y un diputado. ¿Se quiere sólo el beneficio para este millar ó se quiere para todos los restantes? No lo sabemos, ni lo saben mejor que nosotros los interesados mismos, y no obstante, reclaman las ventajas de la igualdad y la libertad apoyándose en las doctrinas de la protección y del monopolio. ¿Cómo pensáis que se os complazca, señores obreros? Si la aduana no es instrumento de protección sino pura fuente de renta fiscal, ¿cómo queréis que ella sirva para protegeros con daño del fisco y de la sociedad entera? ¿Ignoráis acaso que *todo* favor otorgado á una industria es disfavor evidente para las otras?

Pedís con calor inusitado que se liberten de derechos 20

materias primas y que se graven los artículos similares de procedencia extranjera. Es decir, el sastre pide que se grave la ropa, el ebanista los muebles, el zapatero los calzados, el carrocero los coches, el vinicultor los vinos, el tonelero las vasijas, etc., etc. Pero á este paso la aduana se hace inútil, los ocho millones que produce se evaporan y no tendremos cómo cubrir el gasto público ni los intereses y amortización de nuestra deuda. ¿Y para qué? Claro está, para producir todos aquellos artículos á mayor costo y de calidad inferior.

Mas como la protección debe ser igual para ser justa, y como á la vez todos producimos algo, resultará necesariamente que nosotros también encareceremos nuestra mercancía y que al fin el equilibrio se restablecerá, bien que con no pocos sufrimientos y perturbaciones y después de haber echado por tierra la honra y el crédito del Estado. ¿Es ésto racional ó hacedero? Y antes de pretenderlo y de arruinar al país, ¿no podrán los trabajadores sin oficio buscarse otras ocupaciones en la agricultura, la minería, el comercio de menudeo ó entrar como operarios en establecimientos análogos á los suyos? Si el trabajo no permite por ahora cobrar salarios elevados ¿por qué no reducirse á otros algo menores pero seguros?

Es muy cierto que ni la administración ni la ciencia política pueden considerar á los trabajadores como entidades inertes y automáticas, cuando se ve que ellos y sus familias necesitan alimentarse, vestirse, vivir bajo de techo, y todos sabemos que la enfermedad como la miseria y el hambre no esperan. Y cuando consideramos que el rico ahorra con tanta dificultad sobre su pingüe renta, ¿será más fácil la economía para el pobre industrial á quien su trabajo no le procura sino lo estrictamente necesario para vivir?

¿Será fácil ensayar nuevas industrias á hombres que por su edad no están ya en circunstancias de aprenderlas? Hé aquí, entre otras consideraciones, las que nos hacen pensar que es preciso hacer algo y pronto en beneficio de esa gran clase social, donde no pocos individuos tal vez luchan hoy con la miseria.

VI

Se dice que á esta fecha tenemos en Chile millares de hombres faltos de ocupación, porque la crisis financiera, el encarecimiento de los capitales y la liquidación de los malos negocios han puesto término á muchas industrias. Tal situación, aún cuando se la exagera con propósitos deliberados, no tiene, en verdad, nada de halagüeño. Al contrario, ella constituye un estado doloroso y anormal para el gobierno y para el país. Pero, ¿dónde está el remedio? ¿Podremos apelar á las obras públicas para dar trabajo á esa muchedumbre desocupada? ¿Con qué fondo lo haríamos y qué se sacaría de esa protección? El mal se agravaría de suyo y todos marcharíamos á la decadencia y á la ruina con entera seguridad.

Por eso y sintiendo lo que pasa en lo íntimo de nuestro corazón, apenas si nos atrevemos á reconocerlo y á decirlo: el mal de que se trata no tiene por ahora otro remedio que la energía individual, no tiene otro correctivo que el tiempo, elementos ambos que, combinándose con una reforma discreta y bien madurada de la tarifa como de la ordenanza de aduanas, con la planteación de nuevas industrias, tales como la seda, la vinicultura, el cáñamo y el lino, los quesos, la producción de lana, remolacha, conser-

vas, etc., puedan, en una época más ó menos próxima, venir á restablecer el equilibrio de la riqueza con las necesidades de una mayor producción y de un trabajo más abundante y mejor remunerado.

Como para neutralizar esta triste situación hoy se nos ofrece, por fortuna, la prespectiva de una próxima cosecha abundante, el bórax, el salitre y los cobres argentíferos de los nuevos descubrimientos de Atacama, la convicción experimental entre los obreros de la necesidad del ahorro y la baja general que comienzan á tener el alquiler de las habitaciones, los artículos de consumo y aún las mercaderías europeas como consecuencia de esta nueva perturbación que atravesamos. ¿Por qué nuestros gañanes desocupados no se harían cateadores y exploradores del norte de Copiapó? ¿Por qué no han de encontrarse allí riquezas iguales sino mayores á las de Chañarcillo y tres Puntas, la Florida y Caracoles?

Nunca lo imprevisto ha tenido para nosotros más cabida que al presente. Y ¿quién puede decirnos lo que ha de traer á Chile el día de mañana? En todo caso y suceda lo que suceda, todos debemos persuadirnos de que esta crisis del trabajo será indudablemente transitoria y breve. Ella no es más que un fenómeno ordinario de los que marcan periódicamente la marcha y el desarrollo fecundante de pueblos prósperos como el nuestro. Los pueblos atrasados é inertes, pobres y sin vitalidad propia, no sufren sacudimientos como el que lamentamos hoy: ellos viven en crisis permanente y cada día que pasa los postra más y más en la inacción y en la miseria. Y conociendo la energía del carácter y la laboriosidad y actividad industrial de nuestros compatriotas, ¿habrá quien abrigue por Chile un temor semejante?

EL MEETING DE LOS OBREROS EN VALPARAÍSO

I

El movimiento proteccionista continúa desde el mes anterior y los diarios afirman «*que los industriales no descansarán hasta conseguir la protección á que creen tener derecho de parte del Estado.*» El domingo último han celebrado otro meeting en Valparaíso al que concurrieron delegados de Santiago, Quillota y Limache en el que se trató de aprobar las conclusiones del que se celebró en esta capital el 10 de diciembre. Pero, al votarse esas conclusiones, álguien se opuso por creerlas desacordadas y pidió el nombramiento de una comisión que discuta de nuevo las bases de la proyectada reforma aduanera. Así se convino, y nosotros, que acabamos de leer esas bases y la encontramos de todo punto deficientes y contradictorias, celebramos el retardo y esperamos que con un estudio más maduro del negocio, al fin pueda formularse algo hacedero y benéfico para las industrias y los industriales del país sin menoscabo del orden ni del derecho común.

Persuadidos de la gravedad de esta cuestión proteccionista y deseando vivamente que, al resolverla, se concilien los intereses del público con los de los obreros y de sus industrias, volvemos pues á la prensa para pedir que el debate se concrete á hechos prácticos y no á vanos deseos ni á teóricas generalidades de comercio y de economía. Todos queremos, sin duda ninguna, que se implanten y surjan en Chile las mejores industrias posibles,

y que el trabajo sea siempre abundante y bien retribuído para nuestros artesanos. Pero ¿qué industrias serán esas y cómo podrá protegérselas? si todos estamos acordes en los deseos protectores, no será fácil ponernos también de acuerdo en las industrias protegidas?—Vamos, pues, á los hechos y á los ejemplos, para combatirlos si son malos ó apoyarlos si son buenos y quedar, en todo caso, bien entendidos y conformes.

Hemos visto, sin embargo, que para apoyar sus pretensiones los abogados del trabajo nacional, nos dicen: «que la protección que solicitan será sólo el pago de los gastos de aprendizaje y planteación de las nuevas industrias, gastos que quiere cubran los consumidores pagando sus productos más caros que los extranjeros, ó bien que los cubra el gobierno por medio de subvenciones.» Pero, si es así, volvemos á preguntar: ¿qué artículos son esos que se quiere que Chile produzca *más caros que los extranjeros* y cuya diferencia de precio *la paguen los consumidores* ó bien la nación con el dinero de *los mismos consumidores?* —A lo que parece la cosa se dificulta, pero todavía puede allanarse si se citan hechos y ejemplos claros y concretos.

Tomando ahora el negocio por el lado que algunos de los asistentes al meeting de Valparaíso, se ve que sólo se trata ya de una discreta y bien meditada reforma de la ordenanza aduanera que liberando ciertas materias primas ó recargando algunos artículos elaborados, permita implantar ciertas industrias adecuadas á nuestra situación y dar trabajo abundante y bien retribuído á muchos de nuestros industriales que hoy se encuentra sin tener en qué ganar la vida. Siendo así, sólo falta determinar cuáles son esa materias primas cuya libre introducción ha de dar

bríos al trabajo nacional para vencer al operario extranjero y salir de su dependencia. En cuanto á los artículos que se quiera reagravar, la cuestión cambia de aspecto, pero tampoco sería difícil llegar á entenderse si sólo se trata de aquellos que puedan elaborarse aquí con ventaja mutua de los industriales y del país.

Por lo que á nosotros toca, ya hemos indicado muchas veces que la manera de dar ocupación á nuestros compatriotas que hoy no la tienen es fomentar la agricultura, horticultura y viticultura en todos sus ramos, la seda, el cáñamo, la paja y pita téxtil, el lino, la miel, la cera, los quesos y conservas de toda especie, la mantequilla, la remolacha y las plantas oleaginosas, el trigo y todos los cereales, el cobre, la plata, el oro, el plomo, el fierro, la lana, el bórax y los salitres, el huano y en suma todas aquellas materias brutas ó de elaboración fácil, en que podamos rivalizar con el extranjero y aun superarlo por el bajo precio y la buena calidad de los productos, porque este y no otro es el desideratum de los pueblos y el objeto único que hoy persiguen todas las industrias. Si protegiéramos elaboraciones más difíciles, ¿cuando podríamos competir en calidad con los productos europeos? Y si lo hiciéramos por un mal entendido interés, ó vanagloria nacional, ¿no es claro que tendríamos que pagar esa protección empobreciendo al país en tanto cuanto importe la diferencia de los precios?

II

Es un fenómeno y bien extraño el que los hombres que desde que nacen hasta que mueren viven del cambio, no

se den cuenta exacta de los motivos que los obligan á trocar recíprocamente sus productos. Sin embargo, la sociedad, como quiera que se mire, no es otra cosa que un cambio incesante de productos y servicios de toda especie. Se sabe que para los antiguos todo cambio con extraños se consideraba un mal, al paso que para los modernos no sólo es un gran bien, sino que es la base sólida del progreso que civiliza y multiplica el bienestar y riqueza de los individuos y de los pueblos.

Durante tres siglos en que fuimos los chilenos colonos de la España, el cambio de nuestros productos no se hizo sino en favor de los intereses de la madre patria; todo otro comercio era prohibido bajo severas penas y por eso, en tan largo espacio de tiempo, nunca logramos salir de la postración y la miseria. Hoy todavía estaríamos como entonces si la independencia, rompiendo las barreras del oscurantismo y del monopolio, no hubiera abierto nuestra costa al comercio de todos los pueblos, que trayéndonos hombres, industrias y capitales han hecho de este pobre rincón de la América un Estado venturoso y próspero, á pesar de sus pocos años de autonomía y de libertad.

Las valiosas conquistas que hasta aquí hemos alcanzado bastan y sobran, pues, para recomendar el sistema que ha sabido procurárnoslas. ¿Qué importa entonces que filósofos ó moralistas, proteccionistas ó autoritarios, obreros como industriales sin obra, respondan con el absurdo á las ventajas del comercio libre? La elocuencia de los hechos es incontestable, y aún cuando todos estemos animados de deseos de protección y aún cuando queramos producir lo más posible para enriquecernos y emanciparnos del extranjero, es indudable que nunca lograremos implantar y hacer que surjan en nuestro país todas las in-

dustrias, sino pura y simplemente aquellas que tengan los elementos necesarios para adquirir una robusta existencia. Lo demás es ilusión; y el obrero y el artesano, el trabajador y el jornalero, por lo mismo que son consumidores á la vez que productores pobres y necesitados, por eso mismo son los más interesados en saberlo y conocerlo á fondo.

¿Por qué razón el Perú, el Uruguay y el Brasil compran los trigos chilenos en lugar de producirlos ellos mismos en sus vastos territorios? Es claro, porque el suelo y el clima de Chile dan ese artículo á poca costa y en considerable cantidad, cuando en los pueblos aquellos se daría malo y caro ó no se daría absolutamente, y si lo cultivaran perderían su dinero y la tierra que consagran á otros productos más valiosos y adecuados á su situación. A su turno, Chile no produce azúcar, café, cacao, palos de tinte, añiles, carnes conservadas, etc., pero como no se compran productos sino con productos, toma estos artículos en cambio de sus trigos y harinas, se ahorra la pena de producirlos á gran costo y se procura lo que ha menester sustituyendo á ese trabajo estéril el servicio que gratuitamente le rinden su suelo meridional y su clima templado.

III

Los Estados Unidos y la India producen en gran escala el algodón, y la Italia y Suiza producen la seda, la Rusia y Chile producen el cobre; pero el algodón, la seda y el cobre no se elaboran en los centros productores, sino que marchan á Inglaterra, Francia y Alemania para ser allí

transformados por la industria y desparramados en mil formas diversas por el mundo y á precios más y más baratos, gracias á la concurrencia. ¿Por qué Chile compra el cobre laminado y por qué los yankees y los hindúes, después de haber vendido su algodón en bruto, compran á Inglaterra y á Alemania sus tejidos manufacturados en lugar de fabricarlos ellos mismos.

Es evidente, porque en Inglaterra y Alemania la fuerza motriz tiene bajo precio, porque allí se han inventado y generalizado las máquinas más ingeniosas y porque obreros y fabricantes, disponiendo de ingentes capitales y contentándose con un bajo interés, aprovechan su habilidad en el trabajo de esas manufacturas; en tanto que nosotros, los americanos, pagamos caro el combustible y carísimos los capitales, no conocemos las máquinas inglesas y alemanas ó no sabemos utilizarlas, y no empleamos y ocupamos á nuestros operarios en trabajos más provechosos y adecuados á nuestras circunstancias.

En cambios de esta especie no hay duda que ganamos todos y principalmente ganamos los más atrasados en la industria, porque obtenemos poco menos que gratuitamente la fuerza motriz y la mayor aptitud de los trabajadores extraños. Así, pues, sin que el americano engañe al inglés, ni el alemán perjudique al chileno ó al argentino que le *dan trigos, cobres, plata, cueros* y *lanas en cambio* de sus productos elaborados, todos nos utilizamos en el negocio. Y aún cuando la ganancia no sea perfectamente igual por ambas partes, ¿qué importa al que obtiene un beneficio que aquel con quien trata gane otro tanto y aún más? Desde que el cambio es voluntario y que yo doy lo que tengo por lo que me hace falta, es indudable que él implica una ventaja recíproca, que se resume para cada cual

de las partes en un ahorro de trabajo ó sea en adquirir más utilidad con menos sacrificio.

IV

Así se pasan las cosas en todos los cambios, sean del comercio local ó internacional. Y estas ventajas notorias son tan grandes que sólo á las facultades de cambiar y de economizar se debe la superioridad del hombre sobre el bruto, como que el hombre, si busca la sociedad de sus semejantes, lo que principalmente lleva en vista es el privilegio de cambiar sus productos y los servicios de que dispone por aquellos de que carece y que son indispensables para su felicidad. Y no sólo el hacendado ó el comerciante y el empresario industrial, sino que el obrero mismo, el artesano y el menestral ó el simple gañán, que cambia una jornada de su trabajo contra cierta cantidad de dinero, ¿cómo es que con esa débil suma de servicios prestados á un solo individuo, obtiene los medios de satisfacer tantas necesidades, de alimento, vestido y habitación, cuando su trabajo directo en ese corto tiempo no le bastaría tal vez para satisfacer ni una sola de aquellas necesidades?

Conocedoras de estas ventajas del cambio y para adquirir su monopolio, las naciones antiguas, todos lo sabemos, levantaban ejércitos, emprendían guerras costosas, conquistaban colonias, reducían pueblos enteros á la esclavitud y cometían todo género de iniquidades. Por el contrario, para extender esas ventajas al mundo entero, las naciones modernas consagran hoy inmensos capitales y hacen esfuerzos de poder y de ingenio á fin de facilitar las

operaciones comerciales; construyen ferrocarriles y telégrafos, atraviesan los continentes con vapores y locomotivas, abren canales, perforan montañas y ocupan falanges de trabajadores más valientes y más activos que los conquistadores de los pasados siglos de atraso y de barbarie.

Las vastas empresas modernas del Canal de Suez, del túnel del Monte Cenis, y del Istmo de Panamá ¿qué otro objeto han tenido sino acortar las distancias y facilitar las comunicaciones y los cambios en el mundo entero? Los ferrocarriles todos y los vapores y telégrafos chilenos ¿á qué otra cosa tienden? Y cuando esto vemos, ¿no es una desgraçia el que, reconocidas y confesadas universalmente las ventajas del cambio, las preocupaciones ó la ignorancia, los intereses personales de unos pocos ó las vocinglerías de un falso patriotismo, pretendan hacernos destruir con una mano lo que á tanta costa hemos levantado con la otra? ¿No es una fuerza contradictoria y estéril la que, so pretesto de protección á la industria y al trabajo nacional, tiende á paralizar entre nosotros esa libertad de los cambios y á detener el movimiento progresivo en que marchamos desde que nos pusimos en contacto comercial con el universo?

V

Desconociendo por un error de concepto más que por mal espíritu, que el interés general que se sirve con la libertad de las industrias no es otra cosa que la suma de los intereses particulares de todos los asociados, los proteccionistas que aquí como en otros pueblos piden una

nueva legislación de aduanas, que recargue las mercaderías extranjeras para fomentar el trabajo y facilitar la elaboración de las mercaderías similares chilenas, han creído que aumentan sus ganancias individuales disminuyéndose la suma de las ventajas generales. Pero en esto cometen una falta de que ellos mismos serían víctimas y que hoy expían cruelmente todos los países que han modificado en ese sentido sus leyes económicas.

En efecto y supuesto el cambio de sistema, de todas las fracciones sociales la que más sufriría por la protección indebida sería la misma clase trabajadora, como que toda trava á la libertad comercial traería para ella, por consecuencia forzosa, una mayor dificultad de obtener la satisfacción de sus necesidades á causa del encarecimiento de los productos, y otra dificultad, más grave aún, al alcanzar una justa remuneración de su trabajo á causa del abatimiento de los salarios que nunca deja de sentirse en casos semejantes.

Sin embargo, los que pretenden poner travas á la libertad de los cambios, invocan precisamente en favor de su doctrina el interés de los obreros, y por eso es que la teoría de las restricciones comerciales ha recibido de boca de ellos mismos el nombre *sistema de protección* ó *fomento al trabajo nacional*. Si hubiera de creérseles, el cambio de Chile con las naciones favorecidas de Europa, ricas en capitales y sumamente adelantadas en industria, paralizaría el trabajo chileno que es la fuente de nuestra riqueza y quitaría á nuestros obreros los medios de surgir y á la nación la posibilidad de utilizar sus fuerzas.

Pero esto es cerrar los ojos ante la evidencia y negarse caprichosamente á comprender que cuando un pueblo por medio del cambio, logra satisfacer sus necesidades ordina-

rias con una menor suma de trabajo, esas necesidades se aumentan y se multiplican, excitan las demás industrias, despiertan el jenio, descubren nuevas fuentes de riqueza, y el trabajo que ha quedado disponible por una mejor distribución de los dones de la naturaleza, encuentra empleos más fecundos y más útiles y viene á servir á la satisfacción de necesidades nuevas, que le dan mejor retribución y coadyuvan de esa suerte al desarrollo armónico de la prosperidad general. Así es como el verdadero trabajo nacional, muy lejos de encontrarse reducido y abrumado por el cambio extranjero, se encuentra acrecido por la multiplicación de las necesidades, sirve á intereses más positivos y más cuerdos, y se hace más fructífero por la facilidad con que se satisface las exigencias cada día mayores del comercio y de los consumos.

VI

Como estas cuestiones son complejas y hay pocos que las estudien, no faltan proteccionistas *dilettantis* y pretendidos apóstoles de una nueva escuela económica, que se imaginan que la fortuna comercial de nuestro país depende exclusivamente de sus leyes y tarifas de aduana, como si un decreto ó una mera disposición administrativa ó reglamentaria pudiesen tener fuerza bastante para crear la abundancia, la felicidad y la riqueza en todo un pueblo. Se apoya esta creencia en una serie de sofismas engañosos que tratan de igualar la condición de las naciones pobres y ricas, productoras é improductoras, adelantadas ó atrasadas, fabricantes ó agricultoras, comerciantes ó mineras, haciendo que «*la aduana sea en todas ellas el instrumen-*

to nivelador de las fuerzas productivas propias y ajenas.» Así lo dicen textualmente las conclusiones adoptadas por los industriales de Santiago y aplazadas por los de Valparaíso.

Pero ¿es ésto hacedero y posible? Si Chile aceptase tal base legislativa, ¿la aceptarían á la vez los demás pueblos que comercian con nosotros? ¿Cuánto tardarían en ponerse de acuerdo? Y si al fin lo hiciesen, ¿dónde encontraríamos el modo de compensar de las pérdidas sufridas hasta entonces en el impuesto aduanero como en el capital que vivifica las industrias?

La aduana, entre nosotros, no es ni puede ser «elemento nivelador de fuerzas productivas.» Es pura y simplemente la principal fuente de nuestra renta fiscal. Grava los artículos importados según su valor; pero cuando pierde ese carácter y recarga el producto extranjero para elevar artificialmente el producto similar chileno, desde ese instante la pretendida protección al trabajador nacional se convierte en sacrificio del público consumidor; como que todos somos á la vez productores y consumidores y como que la ley aduanera no crea los capitales, ni los obreros que ocupa la industria, sino que los arranca de otras ocupaciones tal vez más productivas y entonces la pérdida gravita exclusivamente sobre la nación. Veamos un caso práctico.

El año anterior Chile ha exportado, libre de derechos, en lana de todas especies, la suma de 477,584 pesos y ha recibido del extranjero, en paños y casimires, ropa hecha, pañuelos, frazadas, sombreros, géneros de abrigo, tripes y jergones, un valor de $ 2.473,491, que han pagado á su importación la suma de 818,372 pesos. Es decir, que siendo productores de lana la hemos exportado en vez de ela-

borarla, y hemos obtenido la ventaja de que el extranjero nos la haya devuelto manufacturada en artículos de primera necesidad, y que á más nos haya pagado, al importar esos artículos, justamente el doble de lo que valía la lana en bruto. Este solo ejemplo que tomamos de la *Memoria de la Junta de industriales para la reforma de la ordenanza de aduanas*, basta, á nuestro juicio, para probar que el argumento proteccionista es contraproducente y que la protección que querría otorgarse v. g. á las fábricas de tejidos chilenos no podría, en muchos años, equiparar sus beneficios con las ventajas manifiestas del libre cambio.

Otro axioma vemos estampado y preconizado en la *Memoria* aquella, y es que *cuando un país*, como Chile, por ejemplo, *produce una materia prima, debe elaborarla en toda su extensión y el gobierno tiene el deber de favorecer su desarrollo por medio de impuestos sabiamente combinados.*»—Con perdón del autor, cuyas buenas intenciones nos apresuramos á reconocer, es indudable que semejante axioma es falso y carece de toda base científica, desde que para establecerlo no se toma en cuenta la situación económica, industrial y manufacturera de los diversos pueblos productores de materias primas y que se querría comprometer á elaborarlas.

¿Acaso pueden decretarse las aptitudes y los capitales, las condiciones y los estudios que exige la elaboración dificilísima y complicada de las mil materias primas que ocupa la industria? ¿Bastará acaso un *fiat* para que la India ó el Perú trabajen sus algodones como lo hace la Gran Bretaña? ¿Qué de años y de esfuerzos no necesitará Chile para tener los capitales, las máquinas y los hombres que transformen el fierro de sus minas como lo hacen hoy y con tanta economía la Alemania y la Francia? Y luego,

¿cómo podría el gobierno de un pueblo atrasado, por más sabiduría que emplease en el cuadro de sus impuestos, cómo podría favorecer el desarrollo de esa fabricación múltiple sin agotar ó esterelizar por lo menos la industria y los capitales?

Esto no significa, de ninguna manera, que nuestra actual ordenanza de Aduana sea perfecta cuando carga la generalidad de los artículos importados con el 25 por ciento. Al contrario, nosotros creemos, con el autor de la Memoria citada, que la tarifa y la ordenanza aquella necesitan una reforma que ligue lógicamente los valores industriales y los grave realmente según convenga á nuestras circunstancias económicas, para utilizar así no sólo la fuente rentística sino también el trabajo hábil de nuestros compatriotas, á la vez que para hacer posible la inmigración de brazos y de capitales extranjeros que vengan á mejorar y á fomentar nuestras industrias nacientes. En tal sentido y aceptando su clasificación de las diversas industrias «basada en las necesidades que satisfacen,» creemos muy atendibles las nomenclaturas que establece para que se cobre el 5, el 10, el 20, y hasta el 40 % á ciertas mercaderías lujosas ó de última elaboración, bien que no creemos que deban cobrarse nunca derechos de 80 ni de 120 por ciento á los muebles finos y á las joyas, etc., porque ó no se introducirían al país ó la renta fiscal se perjudicaría si, recargadas de esa suerte, se introdujesen por contrabando.

* *

VII

Bajo todos aspectos son útiles y fecundos los estudios que se hacen para investigar las causas de nuestro atraso industrial y con razón debe aplaudírseles cuando se trata en ellos de incrementar el trabajo nacional y de buscarle una mejor retribución. Por desgracia, las cuestiones de esta clase no son fáciles de resolver sin daño de los intereses generales; pero en tal caso lo más expedito que se encuentra es pedir al gobierno que proteja la industria, gravando los productos extranjeros en términos que no puedan competir con los fabricados en el país; esto es, el sastre pide que se grave la ropa, el carrocero los coches, el ebanista los muebles, el viñatero los vinos, etc., sin acordarse para nada de la renta fiscal y sin tomar en cuenta que, con la mancomunidad de la vida moderna, todo favor otorgado á una industria es un disfavor evidente para las demás.

Sin embargo, como la protección debe ser igual para ser justa y como todos somos productores á la vez que consumidores, á poco andar todos encareceremos nuestras mercancías. El panadero explotará al sastre, el sastre al viñatero, éste al mueblista y al zapatero; el sembrador y el abastero, el gañán y el prestamista, el comerciante y el bodegonero, todos pedirán más por sus productos; habrá un período de perturbación, pero al fin el equilibrio se restablecerá quedando las cosas lo propio que antes, bien que con no pocos sufrimientos públicos y privados y no pocos desperdicios de fuerzas y capitales. Tal resultado sería inevitable.

Por otra parte, es un hecho averiguado que todo desarrollo en las industrias protegidas trae una postración equivalente en las otras, lo que reduce á nada las ventajas accidentales obtenidas por aquellas. Pero lo que queda sin compensación y lo que constituye, de consiguiente, una pérdida efectiva para el país, es el encarecimiento de las mercaderías que gozan de la protección y que obligan al consumidor á comprarlas malas y caras, cuando sin el privilegio podría obtenerlas de la competencia extranjera abundantes, buenas y baratas. Los ejemplos de esta verdad saltan á la vista.

Por fortuna, las industrias que se sienten lastimadas, en vez de volver al derecho común, piden y reclaman también su parte de privilegio, y el gobierno, quiera ó no quiera, si tiene algún respeto á la equidad y á la justicia, se ve en la precisión de concedérselo, de donde resultan entonces nuevos encarecimientos y desperdicios de hombres y de valores, á la vez que nuevos y más pesados impuestos para cubrir el déficit dejado en las aduanas por los artefactos extranjeros que no han podido introducirse gracias á la protección.

VIII

En apoyo de ese malhadado sistema, dicen no obstante sus partidarios que la concurrencia interior, excitada por los provechos del monopolio tarda poco en hacer bajar el precio de las mercancías, quedando á la larga en favor del Estado la posesión de nuevas industrias y un trabajo más abundante y mejor retribuído. Pero el hecho es inexacto, porque entonces no habría motivo para pedir

ni menos para mantener los derechos protectores. El país necesita *industrias*, trabajo y capitales, ¿quién no lo duda? Pero ¿acaso esos bienes pueden adquirirse á voluntad ó con simples medidas de protección para tales ó cuales industrias interñas? Será posible que por perseguir esa quimera se prive el Erario de su *principal renta* y que nuestros trabajadores de hoy, con provecho suyo, pero sin perjuicio de los consumidores, logren en muchas industrias sostener y dominar la competencia con la fácil y barata manufactura europea?

Esa es la cuestión, y mientras ella no se estudie y se nos demuestra la verdad comprobada por los hechos, nosotros seguiremos creyendo que, en la casi totalidad de las industrias adaptables á Chile, esa competencia es imposible para nosotros por efecto de la carestía del capital, de la impericia de los trabajadores, de la imperfección de los procedimientos, de nuestra deficiencia en la mecánica y de mil otras causas que harán, por largo tiempo, que la elaboración extranjera sea *mucho más pefeccionada* y menos costosa que la nuestra. Ya lo hemos dicho otra vez. ¿Cuándo y cómo llegarán nuestros ebanistas, por ejemplo, á trabajar y á vender aquí muebles tan bellos, cómodos y baratísimos como los de las fábricas extranjeras?—Sin obreros adecuados ni procedimientos ni capitales propios y pudiendo consagrar nuestros esfuerzos á trabajos mucho más productivos ¿cuándo llegaremos á producir aquí siquiera una vigésima parte de los variadísimos objetos útiles que á tan poca costa nos envían hoy los países europeos?

Es muy inexacto aquello de que la concurrencia interior excitada por las ventajas de la protección, haga bajar el precio de los artículos favorecidos, al contrario, los hechos

prueban que los industriales protegidos se coaligan siempre que pueden para impedir que el precio de sus productos se abata hasta el punto de llegar á perder el fruto de la protección. Esa es la verdad pura. Mas, admitiendo que la concurrencia interior abata los precios hasta reducir las industrias protegidas al nivel de la concurrencia extranjera, nunca el producto nacionalizado podrá comprarse aquí como el extraño, porque no hay concurrencia interior que baste á reemplazar el uso gratuito de ciertos agentes naturales de que gozan los países mui favorecidos. ¿Podremos nosotros producir la ferretería, los paños, el quimón y las máquinas al precio que Inglaterra? Ningún trabajo es mejor remunerado que el del acero: con una libra que vale 20 centavos se hacen 200 muelles de reloj que importan 200 pesos ó se hacen instrumentos de óptica que se pagan á precios muy elevados. Pero aunque protejamos estas industrias ¿cuándo lograremos hacer en Chile relojes e intrumentos de precisión al precio que se hacen en la Suiza y la Béljica?

IX

Resulta, pues, que los trabajos, como las industrias vienen de suyo y que, siendo naturales y no de artificio, nunca dejan de tener buena retribución. Por el contrario, la protección que encarece los productos no puede entregarlos á bajo precio; reduce los consumos é impide á las industrias protegidas luchar con sus rivales; empobrece al mercado con la carestía de los artículos y le aleja los consumidores que alientan y vivifican el tráfico; y hasta en las crisis comerciales, tan frecuentes en el régimen pro-

tector, ella no puede valerse del recurso de enviar sus artículos al extranjero, porque no soportarían la competencia y tienen que quedar estancados en el mercado interior, destruyendo los capitales, matando las industrias y dejando sin ocupación á los trabajadores.

Según nuestra estadística, Santiago tiene una población de 195,612 habitantes, de cuya suma resultan 84,397 *profesionales*, siendo de este número 54,905 hombres y 29 mil 492 mujeres. Las principales de esas profesiones son: abastecedores, albañiles, carpinteros, costureras, cigarreros, cocheros, estereros, ladrilleros, gañanes, herreros, horticultores, panaderos, sastres, sirvientes, sombrereros, toneleros, vendedores ambulantes y zapateros.—Desgraciadamente, la estadística no da el número detallado de cada cual de esas industrias por departamento: da sólo el de la república en globo y esto incluyendo á los agricultores, propietarios, abogados, artistas, empleados y negociantes, de los cuales no tenemos para qué ocuparnos por ahora.

Pero haciendo una cuenta de proporción, es indudable que, deducidas estas últimas clases, los industriales de Santiago no pasarán de 15,000 en números redondos.—Y sabidas como lo son las industrias que ejercen, ¿cuántos de entre ellos reclaman la protección industrial? ¿cuántos son los que hoy se encuentran sin trabajo y luchando, como se ha dicho, exageradamente, con la *miseria* y *el hambre*?—Averiguadas bien las cosas resulta que los que hoy no trabajan son muy pocos: falta el trabajo en las obras de construcción y en las sastrerías y ebanisterías, porque la disminución operada en la riqueza por la crisis ha traído naturalmente una reducción en esa clase de consumos.

En tal supuesto, ¿será racional y justo que por proteger

á los ebanistas, constructores y sastres, que son poquísimos y que volverán á tener pronta ocupación, se modifiquen la tarifa y la ordenanza de aduanas y abandonemos el sistema del libre cambio que tanto ha engrandecido al comercio nacional? Y cualquiera que sea la protección que se les otorgue, sea subvención, liberación de primeras materias ó agravación de productos similares, extranjeros, ¿no es en todo caso el país quién habrá de pagarla, ya que todos somos contribuyentes y todos productores y consumidores?

Conviene, sin embargo, que el gobierno y los proteccionistas sepan que el trabajo no falta aquí al obrero inteligente, honrado y económico: fáltale, sí, al hombre enfermizo ó poco diestro, al ignorante en su oficio y á los que desconocen la necesidad de la buena conducta y no quieren sobreponerse á la pereza ó á la miseria. ¿Y qué otra clase de protección habrá de acordarse á estos individuos, cuyo número se ignora, pero que carecen á la vez de capacidad y de obra?

X

Al discurrir sobre este asunto, más de una vez nos hemos preguntado si los ciudadanos que piden en Chile protección para su trabajo y sus industrias, habrán considerado debidamente lo que son las industrias y el trabajo y las leyes indeclinables que los rigen. Vivir es trabajar y la industria no es otra cosa que el trabajo perfeccionado y elevado á su más alta potencia; es la vida activa del hombre que se afana y produce para su felicidad y la de los suyos. Pero la industria, en su relación con los trabajos que la de-

senvuelven, es un *fenómeno* sometido á reglas naturales y que marcha progresivamente á su mejora y perfección; es como el árbol que nacido de una semilla informe y débil, se arraiga y fortifica, crece y se dilata paulatinamente hasta llegar á cubrir con sus ramas y sus hojas una vasta superficie; pero así como al árbol no puede mandársele que se desarrolle y extienda anticipadamente los beneficios de su sombra y de sus frutos, así tampoco es posible que los trabajos, las industrias de todo un pueblo surjan y prosperen sólo con leyes ó decretos.

Si así no fuese, ¿por qué causa habrían caído entre nosotros la fábrica de paños del Tomé, de azúcar de betarraga de Lavigne, la de tocuyos de Valparaíso, la de fundiciones de Limache, la de cristales de Lota, la de porcelana de el Mapocho y hasta la de sacos de el Artificio? La refinación misma de Viña del Mar, ¿subsistiría sin la subvención indirecta del derecho diferencial sobre los azúcares moscovados? Y esto, ¿no prueba que los capitales, los obreros, las máquinas y los elementos de elaboración y de beneficio en nuestro país no pueden todavía competir con los extranjeros? Y si no es así, ¿por que el comercio exterior paga fletes y derechos de aduana y, después de un avance considerable de fuerzas y capitales, todavía gana con nosotros trayéndonos todos esos artículos de mejor calidad y á menos precio?

Esto no quiere decir que porque aquellas industrias no han surgido, se deba condenarlas á todas y dejarlas entregadas á sus solas fuerzas. No por cierto, pues algo puede y debe hacerse con provecho de ciertas industrias y del país, bién que con estudio y madurez y no por puro espíritu de desacordada protección al trabajo nacional. ¿Acaso por que se nos traen buenos vinos extranjeros debe acon-

sejarse que se arranquen nuestras viñas? ¿Habrán de abandonarse nuestras hulleras del sur porque se nos vende bueno y barato el carbón inglés? De ninguna manera, pues de lo que se trata es de producir aquí en iguales ó mejores condiciones para enriquecer á la nación y no para que se enriquezca sólo el productor atrasado con daño de todo el mundo.

XI

San Pablo ha dicho: *el que no trabaja ni produce no debe vivir*. Pero de la necesidad de trabajar no se deduce que todo trabajo sea útil y fecundo. Por eso lo que aconseja el libre cambio es que todos trabajen y produzcan aquello que más cuadre á su situación y circunstancias, porque de lo contrario se gasta el dinero, la fuerza y el tiempo en una tarea tan vana como estéril. ¿No sería ridículo que nuestros obreros, en vez de consagrarse á industrias útiles, se emplearan, por ejemplo, en trabajar relojes, instrumentos de música, muebles finos, encajes, joyería y tantos otros artículos que la Europa nos manda abundantes, buenos y baratos? Si protegiésemos cualquiera de esas industrias ú otras parecidas, sólo por dar ocupación á nuestros compatriotas y emanciparnos del extranjero, ¿no es evidente que lo haríamos á pura pérdida y que tales industrias vivirían aquí como plantas en conservatorio, y morirían tan pronto como les faltase el calor necesario al mantenimiento de su artificial existencia? Y protegiendo á sombrereros, sastres, ó ebanistas, ¿no es también evidente que sin la competencia tendrá el país

que consumir esos artículos de inferior calidad y á mayor precio?

Preciso es no olvidar que la ventaja esencial del libre cambio consiste en lo contrario del proteccionismo, esto es, consiste en colocar siempre á la industria en condiciones de producir más con menos costo y de satisfacer así las necesidades del consumidor con un máximum de abundancia en cambio de un mínimum de sacrificio. Y pretender lo contrario, esto es, aumentar el sacrificio y reducir la abundancia en la protección, no sólo sería cometer un error garrafal, sería esquilmar á la nación por el vano placer de crear aquello que sólo crean pueblos mucho más adelantados y más prósperos? ¿Cuánto más cuerdo no sería consagrar esas fuerzas al fomento de industrias con vitalidad, de industrias naturales y no de mero artificio, de industrias peculiares nuestras y en que podamos no sólo rivalizar sino vencer á los productores extraños?

XII

Como tenemos un vivo deseo de que surjan y prosperen en Chile las industrias rudimentales que se dicen hoy perjudicadas por nuestra legislación aduanera, de propósito no hemos querido examinar en detalle las Bases de reforma de la tarifa y ordenanza adoptadas por la comisión de industriales de Santiago y que han vuelto á poner en estudio los de Valparaíso. La clasificación que allí se hace de las industrias según las necesidades que satisfacen—*alimento, hogar, vestido,*—y los tres momentos marcados en la vida humana—de satisfacción *estricta,* satisfacción *holgada* y satisfacción *fastuosa,*—comprendemos que pue-

dan influir y mucho en el aumento ó disminución de la renta aduanera, pero no en el desarrollo mayor ó menor de tales ó cuales industrias, salvo que para implantarlas y fomentarlas se graven excesivamente los productos de las industrias similares extranjeras, como los terciopelos, v. g., con 40 por ciento, las joyas, tapicería, estatuas, pinturas, porcelanas y coches con 80 por ciento, y las alhajas con pedrería fina y muebles dorados é incrustados, etc., hasta con 120 por ciento.

Para computar los resultados de esta reforma propuesta por la comisión de industriales, serían necesarios largos cálculos y detenidos estudios basados en la tarifa y en nuestra estadística comercial. Sólo así podría emitirse sobre ella un juicio más ó menos exacto, pero á nosotros no nos toca acometer esos estudios y bueno será que los hagan los aduaneros y estadísticos á la vez que los encargados de la Hacienda pública. Por nuestra parte, sólo diremos que, en tesis general, no aprobamos ni aceptamos los derechos excesivos que alejan la mercadería y acercan el contrabando, y que no produciendo Chile terciopelos, joyas, estatuas, porcelanas de Sèvres, alhajas con piedras preciosas, tapicerías de lujo, ni muebles dorados ó incrustados, esos derechos de 40, 80 y 120 por ciento influirían notablemente en el comercio honrado y en la aduana dificultando los consumos, pero no mejorarían en un ápice el estado de nuestros obreros desocupados que sólo quieren protección para su trabajo y sus industrias en actual ejercicio.

XIII

Como quiera que sea, lo que resulta del balance que hemos hecho de la protección es que, desperdiciando las fuerzas, sus beneficios son muy dudosos para los individuos, mientras que para los pueblos ella obra de una manera tan funesta como la miseria permanente, reduce los salarios, debilita el trabajo y los estímulos, se opone á la mejora y perfección de los productos, engendra desigualdades y animosidades entre los ciudadanos, dificulta la administración, agrava los impuestos y perturba el progreso social. Por eso es que en Chile, como en todo pueblo culto, la razón y la experiencia nos dicen á una voz que el bienestar de los industriales, obreros, artesanos y trabajadores, cualesquiera que sean, está ligado íntimamente á la libertad del trabajo y de los cambios, que es ahí donde debe buscársele y que toda traba puesta á este sistema engendra la miseria y sirve de rémora al progreso.

XIV

No hay ya quien ignore que aquí, como en cualquier otro país, no está en el poder de las leyes ni de los gobiernos el crear industrias ni trabajos cuando las circunstancias no los requieren, ni hacer que los consumidores á cargo de la sociedad se conviertan de repente en productores útiles y fecundos. Pretenderlo es pedir lo imposible y exponerse á no obtener nada por no solicitar oportunamente lo equitativo y hacedero. Así es que si los

abogados del proteccionismo quieren servir realmente á la causa de los obreros pobres y desocupados, deben empezar por aconsejarles que trabajen en lo que mejor puedan, porque trabajos no faltan, estudiar las necesidades de sus industrias y oficios para ver la manera de remediarlas con el apoyo del gobierno y de los filántropos, que tampoco faltan, pero no apelar a su descontento para empeorar la situación y comprometer tal vez el orden que no es otra cosa que el reinado de la justicia y de la igualdad para todos los chilenos.

Por lo tanto, en vez de contraponer los intereses del industrial ó del artesano á los intereses generales de la sociedad y de colocar al consumidor á merced del productor de industrias con privilegio indebidamente obtenido, reconozcamos y confesemos en alta voz que aquí todos somos solidarios como hijos del mismo país y que estamos estrechamente ligados los unos a los otros: que todos tenemos iguales derechos á la protección social, porque todos somos á la vez productores y consumidores: que aquí no hay esclavos y que con la libertad del trabajo y las industrias nadie se muere de hambre, nadie explota á nadie, ni el rico esquilma al pobre como en los tiempos de antaño; y que la prosperidad del Estado no consiste en que Chile lo produzca todo malo y caro por dar trabajo á sus hijos y emanciparlos del extranjero, sino en que se mejoren los procedimientos industriales y aumente el capital para que la producción abarate y se ponga al alcance de todos los consumidores. Lo contrario nos parece vana quimera ó palabreo peligroso ante obreros mal preparados para fallar con acierto estas cuestiones de economía y sociabilidad.

Y ahora, si la ley aduanera tiene defectos que lastiman

á la agricultura y la minería, al comercio y la marina, á las industrias y al tráfico, nada más fácil que apuntarlos para que se remedien, porque á todos nos afectan esos males, como á todos nos interesa la suerte de los obreros y del país. Abandónese, sí, la declamación vana como la crítica estéril y vengamos alguna vez a los hechos concretos y á las demostraciones prácticas. Puesto que sólo se busca «una reforma inteligente que permita al trabajador chileno vivir de su trabajo al frente de la importación extranjera», manos á la obra y si ella es tan fácil como es justa, nada habrá que la estorbe y pronto la veremos realizada y produciendo sus benéficos frutos.

Mas, por lo mismo que esta cuestión es económica y que afecta intereses tan varios, no se la traiga al terreno de la política, no se la mezcle con incriminaciones y exageraciones falsas é inútiles, porque con ello perdemos todos, la reforma se dificulta, se agrian los espíritus y tal vez se turba la paz que es la primera de nuestras necesidades públicas. En cuanto á nosotros, sin prevenciones contra nadie y sin rendir parias á los poderosos ni á los débiles, terciamos puramente por amor á la verdad y por servir á lo que nos parece el bien común; y aunque nuestros escritos nada valgan, y aunque nos duela combatir aspiraciones tanto más simpáticas cuanto que parten de gentes menesterosas, aceptamos el sacrificio de refutarlas en lo que tienen de injusto para cumplir el deber de decir con franqueza lo que consideramos dañoso á nuestro país.

Pero esas cuestiones son complicadas y no pueden tratarse en meeting, donde no se discute, sino que todo se aprueba atropelladamente por aclamación. Así es que si los obreros y sus abogados quieren hacer algo útil y

salir del terreno de la agitación estéril, deben desde luego nombrar un comité de cinco ó siete sujetos entendidos, aunque dos ó tres de ellos no sean de su seno, para que estudien y propongan la reforma que convenga hacer en la tarifa y ordenanza de aduanas y para que pueda ella solicitarse de quien corresponda en este año.

Debiera también pedirse á esa comisión un informe breve y concreto sobre los puntos siguientes: 1.° El trabajo de las mujeres y medios de fomentarlo y utilizarlo en todas aquellas cosas en que puedan suplir á los hombres. 2.° Enseñanza profesional de las diversas industrias que convenga implantar en el país, y cómo ella deba hacerse. 3.° Formación de sociedades cooperativas ó de ahorro y de socorros mutuos para mejorar los oficios y para auxiliarse los industriales en caso de enfermedad ó falta de trabajo. 4.° Modo de hacer efectiva la enseñanza obligatoria de los hijos é hijas de obreros desde la infancia. 5.° Medidas que tomar para que el trabajo y las industrias nacionales surjan y obtengan una mejor retribución en adelante.

Por último, convendría interesar á los directores y redactores de nuestros principales diarios para que, por medio del debate y de la publicidad, ilustren los puntos indicados ú otros que conduzcan directa ó indirectamente al progreso de los obreros y de sus industrias. Así es de creer que en breve tiempo podrá obtenerse lo que se pretende sin atropello del derecho ni perturbación del orden, que todos estamos en el deber de mantener incólume.

REORGANIZACIÓN

DE LA

BENEFICENCIA PÚBLICA EN SANTIAGO[1]

SEÑORES DE LA COMISIÓN DE BENEFICENCIA

Estimados colegas:

La importancia que han adquirido en esta capital los establecimientos de beneficencia y el deseo de que sus antiguos reglamentos se armonicen con las necesidades de la época, obligaron al gobierno á nombrar la Comisión especial que aquí nos reune para que, estudiando detenidamente la materia, le proponga una ordenanza general que reorganice la junta directiva y la reglamentación á que deban sujetarse esos establecimientos y, á la vez, un nuevo plan de rentas, gastos y recursos extraordinarios para atender á la mejora y progresos de este ramo.

Correspondiendo á tan elevado propósito, esta Comisión se ha dedicado á tan filantrópica obra con todo el

1. Folleto publicado en Santiago, Imprenta Nacional 1877.

celo que le ha sido posible. Ha visitado y examinado prolijamente todos los establecimientos benéficos de esta capital;—ha hecho estudios especiales sobre cada cual de nuestras instituciones caritativas y la manera de como se hallan servidas;—se han deslindado y circunscrito las necesidades de todas ellas;—se han comprobado sus gastos y rentas ordinarias y tratádose de aumentar estas últimas, así como las eventuales, por medio de providencias no menos cuerdas que oportunas;—y, finalmente, unificando los elementos de la beneficencia y tratando de aumentarlos y acrecer su eficacia por arbitrios adecuados al objeto que perseguimos, se han echado las bases de una reforma compatible con nuestras circunstancias, mediante estudios que se refieren particularmente á los establecimientos de Santiago, pero que contienen, sin embargo, observaciones y propósitos generales que pueden muy bien aprovecharse en el resto de la República.

Por mi parte, yo vengo á traeros hoy un proyecto de reglamento para la reconstitución del Consejo Superior de Beneficencia, que es como el eje sobre que deben girar las medidas que se adopten para la mejora de este importante ramo del servicio local. Los estudios especiales ya están hechos y aun entregados á la publicidad. La Comisión ha tomado conocimiento de los diversos informes que se le han sometido sobre un nuevo plan de rentas y gastos de beneficencia;—sobre hospitales y hospicios y los defectos que tienen ó las mejoras que piden;—casas de maternidad, de orates y de huérfanos;—asilos, lazaretos, clínica hospitalaria, internados, socorros á domicilio y por dispensarías, etc.—Falta sólo un pequeño trabajo de conjunto sobre las bases ó puntos de partida que deban adoptarse para reconstituir bajo una nueva forma la actual

Junta Directiva de la Beneficencia y eso es lo que tengo hoy el honor de someter á vuestra consideración.

I

Y, entrando desde luego en materia, ¿creéis que la autoridad gubernativa pueda tomar á su cargo todos los servicios de la beneficencia?—¿Deberá encomendarlos exclusivamente á los cuidados y diligencias de la caridad privada?—O bien, ¿será posible encontrar una combinación mista ó un justo medio que reuna las ventajas y no tenga los inconvenientes de las dos anteriores hipótesis?

Yo creo que la respuesta á estas cuestiones es bien fácil.—En la primera, el gobierno se haría cargo de una tarea excesiva, en gran parte contraria al objeto de su institución y, que, sobre todo, le traería una enorme responsabilidad en muchos casos difíciles y hasta imposibles de prever. Si marcha mal un establecimiento caritativo, si un hospital no puede admitir nuevos enfermos, si en una epidemia no bastan los lazaretos y hace en la población destrozos inevitables, ¿quién sería el incriminado sino el gobierno? Y si los particulares se quejan y con justicia, ¿quién tomaría la defensa de los intereses públicos desatendidos por una infinidad de atareados y en cierto modo irresponsables funcionarios?

En el segundo caso, el gobierno se haría simple espectador de la lucha entre el infortunio y la caridad, entre las desgracias públicas y la beneficencia individual ó privada, provista de un gran celo y de mucho ardor caritativo, es cierto, pero que no siempre puede tener á su alcance los vastos recursos ni el influjo poderoso que se

necesitan para remediar males públicos de considerable magnitud.

Queda, pues, sólo el tercer arbitrio y yo creo que este es el que debe aceptarse como el único posible y como el que promete los más provechosos resultados.—A mi juicio, él consiste en combinar la acción pública y privada y extenderla á todas las esferas de la caridad;—en unificar la beneficencia y darle vida propia, haciéndola independiente de toda otra autoridad que la conciencia individual y pública;—en asociar al trabajo caritativo un crecido número de hombres buenos y conocidamente filantrópicos, que se consagren con abnegación al alivio de la desgracia;—y, por último, en llamar en auxilio de la beneficencia a todos los intereses, todas las influencias, todos los círculos domésticos, políticos y sociales, para que, con su trabajo y sus recursos ó los de sus relaciones y teniendo una fácil y vasta esfera de acción sobre ese terreno neutral, puedan contribuir al lleno de las necesidades cada vez mayores de este *importante ramo del servicio público*. Hé aquí la idea concreta que vengo á proponeros y que detallaré en el proyecto de reglamento á que sirven de prefacio estas páginas.

II

La beneficencia, como toda obra humana, tiene siempre que subordinarse á los recursos con que cuenta para su ejercicio. Ella aumenta ó disminuye con la caridad que nunca falta en los corazones generosos y no sólo se considera como una virtud cristiana sino como un instinto ó propensión natural en todo sér que piensa y siente. Entre

nosotros se ha desarrollado bastante en los últimos años, pero ella no ha seguido ni con mucho el progreso alcanzado en otros ramos de la administración. Han crecido y multiplicádose en Santiago los servicios caritativos así como el número de las personas á quienes se socorre por la caridad. Pero cuando la población desborda y se difunden con ella las necesidades de la miseria, preciso es atenderlas y servirlas con los recursos que deben procurar á esta obra de verdadera conveniencia pública la riqueza y la civilización de nuestro país.

Ni puede ser de otra suerte ya que la caridad jamás falta entre nosotros y que la conciencia, como la religión y la moral, incesantemente nos recuerdan que los hijos de Adan somos hermanos y estamos todos en el estricto deber de socorrernos y ayudarnos. Y no sólo es este un deber moral sino de conveniencia, porque, en la mancomunidad de la vida moderna, la desgracia de los unos afecta necesariamente á la dicha ó desdicha de los otros. Por eso es que el sentimiento caritativo ha sido siempre de todas las gentes honradas, de todas las religiones y de todos los tiempos; y mucho se equivocaría quien creyese que la antigüedad pagana no haya conocido y practicado la beneficencia, porque mil testimonios nos dicen que ella era la primera atención de los gobiernos; que se la consideraba como la virtud que más cuadra á la naturaleza humana y que el rico se honraba á sí mismo cuando participaba de su fortuna con los pobres. ¡Cuánta mayor razón no habrá para cuidar de mejorarla en nuestra época!

Mas, los motivos que en el pasado empujaban á los hombres á ser benéficos, no son los mismos que hoy inspiran á la caridad. El ideal de esta bella y noble virtud ha cambiado por completo. Vosotros lo sabéis: en el pasado se

miraba la beneficencia sólo como un deber civil y político. Pertenecer á la nobleza y desempeñar altos puestos, era cosa sencilla para los ricos en las sociedades antiguas, en que sólo se les pedía ambición personal y en que se creía que los elegidos del pueblo debían comprar los sufragios que les daba la multitud. Necesitaban por eso los ricos alimentar y divertir á los pobres, celebrar juegos, constuir monumentos y distribuir víveres ó dineros, porque de otra suerte la fortuna ó la nobleza no habrían adquirido el derecho de dominar á las muchedumbres ni de utilizar sus influencias.

Según lo ha dicho Tácito, «el hombre grande y noble debía á sí propio y á sus abuelos el ser magnífico, pues la menor sospecha de parsimonia lo habría perdido á los ojos de sus iguales ó de sus inferiores. La casa de un rico no debía tener pobres, ni debía faltar nada á los emancipados ó á los libertos, pues la holgura de los que rodeaban al rico y formaban su corte daba testimonio de su generosidad, al paso que su miseria habría dado vergüenza á su avaricia.» Por eso, mientras duró en Roma la nobleza republicana, ella se hizo un honor de ser pródiga con todos cuantos se le acercaban. Pero entonces los ricos se arruinaban por un sentimiento mezquino y egoista, mientras que ahora la caridad se hace sin otra mira que la de contribuir al alivio de los desgraciados. La caridad antigua vivía por el interés personal, pero la moderna vive sólo de la abnegación y el sacrificio.

III

La aparición del cristianismo vino, pues, á modificar las formas de la caridad y desde entonces la beneficencia fastuosa y egoísta ya no parece la mejor. Después de llamar *pródigos* á los que dan al pueblo fiestas y espectáculos para conquistar sus votos, Cicerón añade: «El hombre verdaderamente liberal es el que usa de su fortuna para rescatar y asistir á los cautivos, emancipar á sus esclavos, pagar las deudas de sus amigos y ayudarlos á dotar á sus hijas.» Y obrando así el rico, según el célebre escritor, cumple todavía sus deberes de ciudadano; «porque redimir cautivos, libertar esclavos y enriquecer á los pobres, es siempre servir al Estado; como que la filosofía enseña que todos los hombres somos hermanos y que antes de ser miembros de la misma ciudad somos todos habitantes del mismo mundo que es la patria universal.»

Como se ve, hace ya dos mil años que se cree que las gentes que nos tocan de cerca, no sólo por los lazos de la familia sino como conocidos, amigos ó conciudadanos, tienen un derecho particular á nuestros beneficios. Por abundar en esta convicción, fué, sin duda, que Virgilio, tratando de los infiernos, no da entrada en ellos sino «*á los que no han querido participar de su fortuna con sus prójimos.*»

Desde aquel remoto tiempo veíase, pues, que la beneficencia necesitaba ir mucho más lejos.—Los preceptos mismos de los sabios toman mayor alcance y exigen que la generosidad comprenda á los indiferentes y aún á los desconocidos.—El célebre Horacio, dirigiéndose á un pródigo

que gastaba su caudal en fiestas y banquetes, le dice: «¿No podrías hacer de tu fortuna un mejor uso?—Mientras tú eres rico, ¿no ves á infinitos desgraciados que no merecen serlo?»

Séneca es aún más explícito:

«Nosotros socorremos, dice, á gentes que ni siquiera hemos visto y hasta damos al náufrago una embarcación para que vuelva á su país: él parte conociendo apenas el nombre de su salvador; no tiene ni la esperanza de volver á encontrarle y no puede sino confiar su reconocimiento á los dioses y pedirles que devuelvan en su nombre el beneficio recibido; y está visto que, obrando así, el hombre generoso no busca protegidos ni clientes, quiere sólo llenar un deber de humanidad y servir á su semejante sin mira ulterior y *sólo por ser quien es, ut homo homini.*» ¿Pueden darse más bellos sentimientos en escritores que se dicen paganos?

V

Pero estos principios no debían quedar sólo en los libros de los filósofos, sino que dieron desde aquel entonces un nuevo rumbo á la beneficencia general, haciéndola cada día más ilustrada y más fecunda. Como sabéis, de esos principios nació en Italia el gran sistema de caridad legal que se llamó «*de las instituciones alimenticias*» y que consistía en el reparto de socorros á todas las familias pobres, así como en la fundación de instituciones caritativas derivadas de puros sentimientos de humanidad y traducidas por la creación de hospitales, casas de huérfanos, escuelas para pobres, asilos de ancianos y mendigos, que

patentizan el influjo del cristianismo naciente sobre todos los actos de la beneficencia pública y privada de aquel tiempo. Hay más aún: es que ese ardor de la caridad se extendió en Roma desde los emperadores hasta el último de los ricos ilustrados para comunicarse en seguida con el ejemplo á toda la Europa.

El naturalista Plinio ha narrado detalladamente las larguezas de toda su vida, y como no conocía la virtud cristiana que consiste en ocultar los beneficios, nos cuenta lo que ha dado á sus amigos y á las ciudades á que tiene reconocimiento ó afección. Regala bibliotecas ó funda instituciones benéficas en vez de dar fiestas ó espectáculos de gladiadores; porque cree, como sus contemporáneos los padres de la Iglesia de Cristo, «que los juegos públicos son dañosos á la moral y á las costumbres.» Y lo propio hacen muchos otros ricos como Plinio. Por cada acontecimiento favorable ó adverso de su vida, por cada placer ó pena grave que experimentan, luego llevan á cabo una obra de caridad.

Los individuos y los pueblos trabajan de concierto por consolar la desgracia y aliviar la miseria. Á veces las ciudades mismas se imponen tributos ó echan contribuciones sobre los opulentos para subvenir á las necesidades de los menesterosos. Muchas veces son los mismos ricos los que voluntariamente crean instituciones útiles para los pobres, dejan legados ó herencias á los municipios ó al Estado, fundan buenas memorias por la muerte de un hijo, de un padre ó de un esposo y hasta se encuentra recordada por Séneca la caridad de un oscuro boticario (*aromatarius*), que deja su pequeño caudal, 1,200 liras, y á más trescientos botes de drogas para que se suministren remedios gratuitos á los pobres de su domicilio. Por eso se ven

todavía en viejas sepulturas de Roma estas palabras: *Haz el bien: esto será lo único que lleves contigo cuando mueras.*

Y ese ardiente amor á la beneficencia, ese vivo interés por los pobres y los desgraciados de todos los tiempos, lejos de debilitarse por lo que se llama el egoísmo moderno, parece que ha venido aumentando más y más con los progresos de la riqueza y de la ciencia social bien comprendida. Hoy mismo, en una revista general de Italia que publica *El Ferrocarril* de 1.° de setiembre, veo que las instituciones caritativas de ese bello país, tan trabajado antes por largos infortunios, funcionan á la fecha en número de 20,123 y disponen de un valor de *mil ciento noventa millones de liras* ó sean 238 millones de pesos de nuestra moneda! Y adviértase que todo este enorme capital es en su mayor parte reproductivo, como que lo utilizan los establecimientos benéficos de asistencia en común ó de socorros domiciliarios, las casas de expósitos y de insanos, hospicios, hospitales, lazaretos, escuelas-talleres, colegios de sordo-mudos, salas de asilo para niños pobres, pero más todavía las Cajas de Ahorros que existen en considerable cantidad, en las administraciones de correos, en las escuelas y hasta en el último villorrio, y, que, formando para los proletarios pequeñas fortunas, desarrollan la producción general y sirven maravillosamente á la seguridad y prosperidad del Estado.

VI

Después de aquella época y más aun con las conquistas de la civilización, la beneficencia ha venido incrementan-

do y variando de objetos y de reglas así en el viejo como en el nuevo mundo, lo que se explica fácilmente no sólo por las exigencias de la cultura popular y el desarrollo de la riqueza, sino porque los legisladores, lo propio que los filántropos, no se han definido exactamente el objeto que trataban de alcanzar, como que la beneficencia pública no estaba ni aun está fijamente constituída á pesar de estar bien reconocidas la verdad y la necesidad de sus principios. De ahí ha provenido que el legislador, incierto en su marcha, ya se abandona á un orden de motivos ó ya á otros, ya los cambia porque se engaña en la elección de los que deben dirigirlo, ó bien yerra el objeto porque desconoce la vía que á él conduce, ó lo sobrepasa porque ha querido hacer más de aquello á que se reduce su misión en el particular.

Pero es indudable que el interés social así como el de la religión y de la conciencia, ó sea el interés supremo de la moral y de la humanidad, en este nuestro Santiago más que en cualquier otro pueblo, nunca ha dejado de dar á la beneficencia el lugar que le corresponde. Le ha prestado desde muy atrás una atención preferente y atribuídole su verdadera importancia, procurando siempre á la desgracia socorros y consuelos por medio de una protección benévola y de un cuidado constante y asiduo. A veces la beneficencia ha visto aquí en la pobreza y la enfermedad un peligro público y ha tratado de conjurarlo; á veces una desgracia y se ha tratado de suavizarla y prevenirla; á veces el infortunio se ha visto entregado á los cuidados de la caridad oficial, ó bien se ha tratado de contenerlo y aliviarlo dándole á la vez el poderoso auxilio de la conmiseración pública y privada. Pero, haciendo cualquiera de estas cosas, la beneficencia no llena todavía su verdadero

objeto sino cuando se penetra bien de los motivos legítimos que deben inspirarla, y cuando asigna cuerdamente, después de maduro estudio, la satisfacción que corresponde á cada necesidad de la miseria.

VII

La misión de la beneficencia es vastísima, pues que se extiende á todo cuanto abarca el noble ejercicio de la caridad y no faltan escritores filántropos que la hayan estudiado y practicado hasta en sus más pequeños detalles. Pero en Santiago, atendidas nuestras circunstancias, su objeto se reduce particularmente á cuidar de la mejora de los establecimientos caritativos colocados bajo su guarda, así como á proponer y realizar la planteación de los nuevos servicios que se vayan necesitando y á cuyo fomento pueda atenderse con los fondos de la institución.—Toca, por tanto, á la beneficencia de esta capital el cuidado de los Hospitales, Hospicios, Lazaretos, Casa de Huérfanos lactantes, Escuelas-talleres para niños expósitos, Dispensarías de medicamentos y socorros domiciliarios, Casas de Maternidad, Casas de Orates y Cementerio General.—Administra los bienes de esos establecimientos y los incrementa y centraliza por medio de una Tesorería común.—Promueve el aumento de sus rentas, como la economía en sus gastos ordinarios y extraordinarios.—Hace efectivos los derechos y acciones que les corresponden.—Estipula y contrata en su nombre y administra los patronatos ó buenas memorias constituídas á su favor.—Hace que se cumplan las fundaciones y vigila, en fin, sobre el régimen y disciplina de las casas de misericordia, á la vez que cuida

de la observancia de los reglamentos, órdenes ó decretos supremos relativos á la beneficencia pública.

Ahora, todos sabemos que en Santiago la beneficencia no sólo atiende á sus propios desvalidos sino á los que acuden de todas las provincias de la República en busca de los auxilios de la ciencia ó de la caridad. Tenemos aquí, en efecto, diez establecimientos caritativos y en ellos se han asistido 95,602 individuos en sólo el primer semestre del presente año. Véase el detalle de lo que afirmo:

ESTADO que demuestra el número de los asistidos en los establecimientos que se mencionan durante los seis primeros meses de 1887.

	ASISTIDOS
San Juan de Dios	4,624
San Vicente de Paul	3,487
San Borja	7,043
Casa de Expósitos	1,065
Id. de Orates	578
Hospicio	524
Dispensarías diversas	77,615
Casa del Buen Pastor	167
Id. de María	202
Id. del Patrocinio de San José	85
Id. de Asilo del Salvador	212
Suman	95,602

Pues bien, en esta gran cantidad de asistidos por la beneficencia no se incluyen aquellos que socorre con alimen-

tos y medicinas el excelente Instituto conocido con el nombre de »*Hermandad de Dolores*« y que corre á cargo de algunas respetables matronas de esta capital. Pero aún así y sin tomar tampoco en cuenta los pobres de solemnidad enterrados gratis en el Cementerio, fácilmente se comprende que cerca de cien mil individuos, esto es, como la mitad de la población total de Santiago, en lo que va corrido de este año, ha recibido los auxilios de la caridad pública; y eso no puede explicarse sino por la afluencia á este pueblo de individuos de otras localidades, que multiplican el número de los menesterosos y prueban, una vez más, la necesidad urgentísima de acudir con nuevos y más abundantes recursos á los reclamos cada día mayores de nuestra beneficencia general.

VIII

Como se ha visto, los servicios prestados en Santiago por la beneficencia son tan variados como numerosos si se atiende á la población y á los cortos recursos de que dispone aquí la caridad. Mas, desde luego, forzoso es confesar que el motivo de todos esos servicios está sólo en el interés moral, como que en cada cual de ellos se trata solamente de ayudar á los desvalidos con lo que se reducen los estragos de la miseria, se asegura el orden y se aumenta el bienestar común, aliviándose el infortunio y satisfaciéndose á la vez los bellos instintos de la caridad y los nobles arranques del corazón. Porque la sociedad, todos los sabemos, no se ha constituído sólo para impedir que los hombres se roben ó se maten unos á otros, sino principalmente para asegurar la felicidad de los ciudada-

nos, para que todos nos ayudemos en nuestros infortunios y para que el bienestar general aumente mejorándose, y perfeccionándose, la vida civilizada, ya que la desgracia no puede suprimirse por completo ni aun en los pueblos más ricos y más cultos.

En efecto, es un hecho que todo lo que vemos y cuanto gira en derredor nuestro, todo lleva impreso la imagen de la desigualdad y de las inmensas diferencias que separan á los hombres. No lejos del palacio, vemos el rancho miserable; al lado del opulento, vemos al roto; al lado del fuerte, al débil. La miseria del pobre se codea con la ostentación del poderoso: la salud y la inteligencia brillan en unos, mientras que á otros la enfermedad y la escasez de facultades los colocan casi al nivel de los irracionales; y aun los mismos afortunados, los que hoy se creen hijos predilectos de la Providencia, ¡á cuántas vicisitudes no están expuestos en el curso de su vida! Nace de ahí, más que de toda otra causa, la necesidad de la mutua asistencia. Mas para llenar este importante objeto, vosotros lo sabéis, no basta el pensamiento de hacer el bien: es necesario que ese pensamiento sea ilustrado y bien dirigido. Es preciso investigar la naturaleza del mal para aplicarle el remedio conveniente, dar á cada necesidad el rango que le cuadre y atenderla lo mejor posible con los recursos de que se disponga.

Pero por grandes que sean los progresos de esta capital ó tal vez a causa de esos mismos progresos, las condiciones de desigualdad han crecido y multiplicádose aquí de un modo extraordinario en los últimos tiempos. El incremento mismo de la riqueza ha traído el desequilibrio de todos los valores: el precio de las cosas se ha duplicado en breves años y no hay renta ni salario que no hayan venido á

ser estrechos ante el alza excesiva de los consumos. Por eso es que aun cuando no haya aumentado el número de pobres, la pobreza, sin embargo, ha puesto en evidencia la desigualdad social, que condena á muchos á vivir en la desnudez y la miseria cuando otros nadan en la riqueza y la abundancia. Fuera de que las exigencias de la vida moderna han crecido considerablemente, las necesidades se han aumentado y coincidiendo esta circunstancia con la subida del valor de todos los consumos, ha resultado por necesidad un número mucho mayor de individuos desvalidos que hoy no pueden subsistir sin los auxilios de la beneficencia, que vive de la caridad privada ó pública.

IX

Ese gran encarecimiento de los consumos en Santiago, es un fenómeno gravísimo y que no puede, señores, ni debe olvidarse al tratar de la beneficencia, como que la carestía de que se trata dobla el gasto de los establecimientos misericordiosos y pesa particularmente sobre la clase desvalida que es la que reclama los servicios de la caridad. En efecto, basta leer la Memoria que acaba de presentar al gobierno el Intendente de esta provincia, para comprender que la vida del pobre va haciéndose aquí cada día más angustiosa y difícil.—Según ese documento, la carne que sale del matadero para el mercado paga diariamente por derechos $7\frac{1}{2}$ por ciento de su precio de costo; pero luego el consumidor tiene que comprarla por dos veces más de ese precio, esto es, tiene que pagar 160 pesos por la carne de un buey que vivo y en pié cuesta sólo 60 pesos. Tan enorme recargo proviene, según se sabe, de los

excesivos impuestos que hoy se cobran por matadero y asientos del mercado, que hacen que un vendedor de carne al menudeo pague por año como 23 veces el monto de su capital en giro. Y basta apuntar estas cifras para comprender que la situación de que se trata es insostenible y que urge ponerle un pronto remedio si no se quiere que las cosas empeoren.

Agrégase á lo dicho, que los puestos de abastos fuera del mercado pagan más todavía, pues tienen que cubrir el arriendo del local y la patente, á la vez que la contribución de alumbrado y serenos. Y descendiendo á los otros vendedores de comestibles, se ve que el impuesto que se les cobra es igualmente exorbitante, porque un vendedor de aves paga al año 73 pesos, los de pescado 36 y los de frutas ó verduras de 55 á 91, de suerte que una verdulera cuyo capital puede no ser sino de dos pesos, paga 12 por ciento de ese capital al día, ó sea 46 veces tanto como todo su capital en el año; lo que es realmente monstruoso, matador del trabajo y contrario á nuestra Constitución, que ordena que cada cual contribuya al gasto público en proporción á sus haberes y no al trabajo de sus manos. Así es como se ha hecho que Santiago, á pesar de la feracidad de su suelo y la baratura de los jornales, se haya convertido en uno de los pueblos más caros del mundo, mucho más caro que las grandes capitales europeas y muchísimo más que otros pueblos de igual situación en Sud-América. Urge, pues, remediar cuanto antes esta insostenible situación, creada para el fomento de nuestros gastos suntuarios, pero que «sólo la rutina, la dejadez y el hábito han podido dejar con vida hasta el presente.»

X

Pero, ¿es dado por acaso al poder de la caridad acabar con la indigencia? ¿Pueden suprimirse los adelantos de la civilización, las veleidades de la fortuna, ni las enfermedades y las miserias humanas?—Ciertamente que no!—Sin embargo y aunque carezcamos de una estadística exacta, el conjunto de los hechos estudiados y reconocidos en esta capital, nos enseña que, aún cuando el número de gentes que carecen de lo necesario haya aquí aumentándose por efecto de aquellas causas, la condición de los individuos designados como menesterosos ha mejorado visiblemente en estos últimos años. El *pobre de hoy* tiene para su servicio más establecimientos caritativos, se ha puesto más á cubierto de la indigencia y está, de ordinario, mejor alimentado y vestido que lo que estaban hace treinta años nuestros trabajadores válidos, peones ú obreros de situación independiente.

Y esto prueba que si las necesidades han aumentado, no es de ninguna manera por falta de recursos del vecindario, ni porque hayan mermado los esfuerzos caritativos, sino porque, para pobres y ricos, crecen las exigencias de la vida civilizada en relación con el alza cada día mayor de los *consumos*. Los *mendigos* y limosneros parece que se multiplican, no tanto porque su número vaya en aumento, cuanto porque su presencia hiere más vivamente los espíritus y forma contraste con la holgura y el bienestar común. Pero aquí no tenemos ley de pobres, no se ha puesto tasa á los salarios, ni se ha destruído en su germen la caridad tratando de hacerla obligatoria. Mientras

tanto, la acción de la beneficencia pública y privada se ha extendido y lo único que falta es regularizarla y tratar de que sus recursos aumenten para atender á las necesidades cada dia mayores de los establecimientos llamados á servirla. ¡Hé ahí la gran misión reservada á la nueva Junta de Beneficencia!

Esta necesidad de servir á los menesterosos, vosotros lo sabéis, es sagrada y urgente, se impone por sí misma y no sólo es una obligación de la conciencia, sino también un resultado lógico de los incrementos de la población, del comercio, de la industria y hasta del desarrollo de la riqueza en esta capital. ¿Dónde puede sentirse más necesidad de protección y amparo que en medio de una ciudad populosa, ilustrada y próspera, cuyas calles recorren diariamente enfermos sin hogar, porque no caben en los hospitales, niños sin padres ó madres cargadas de hijos miserables, mendigos, dementes, desnudos, sin pan, sin fuerzas y sin asilo? ¿Ni quién puede hoy desconocer las sagradas obligaciones impuestas á esta rica sociedad en favor de sus miembros desheredados de toda especie de fortuna? La Providencia nos manda amarnos y ayudarnos unos á otros y, para llenar ese deber, no basta la caridad legal, ni basta tampoco la caridad privada; preciso es entonces que ambas concurran y aunen los esfuerzos de las almas generosas para venir en auxilio de nuestros compatriotas desvalidos; y vuelvo á repetirlo, esa es la tarea encomendada, aquí, al Consejo de Beneficencia.

Además y por poco que atendamos á las condiciones de la vida moderna, mal podemos desconocer que hoy todos necesitamos más ó menos de la protección social. Si el hacendado y el comerciante, el propietario, el banquero, el negociante opulento y el especulador activo necesitan cada

día del favor público para adelantar sus intereses y mejorar su condición, mucho más lo necesita el pobre jornalero, postrado por la enfermedad, el anciano indigente á quien la edad y los achaques privan de los auxilios del trabajo, el niño recién nacido á quien abandona la miseria ó la crueldad de sus padres, el desgraciado, en fin, que en los presidios ó las cárceles purga sus delitos ó el quebrantamiento de las leyes.

La desgracia en éstos y la enfermedad en aquellos, la impotencia de los unos y la debilidad de los otros, son necesidades que reclaman incesantemente la mano benéfica de la administración y los auxilios de la caridad. Pero como á veces los socorros se vuelven en daño de los socorridos ó no corresponden los servicios á las necesidades que se trata de satisfacer, importa mucho que los gastos de los establecimientos caritativos se ordenen con cordura y economía, que el espíritu de caridad reemplace al de negocio ó especulación, que el dinero de los pobres tenga siempre una inversión justa para que ellos participen del progreso en que marchan todas las esferas de la actividad de nuestro país.

XI

Pero, ¿cuál es entonces el rumbo de la beneficencia y cómo debe asistirse á los que reclaman los servicios caritativos? ¿No es evidente que una mala distribución de estos servicios, agotando las fuentes de la caridad ó distrayéndola de su verdadero objeto, da un golpe terrible á la salud y al progreso del cuerpo social? ¿No es un hecho que el dejar de socorrer la miseria ó el socorrerla por me-

dios poco cuerdos, sin la debida comprobación y vigilancia, sin orden, método ni economía, son caminos igualmente expuestos á dejar sin satisfacción esa imperiosa necesidad de servir á los desgraciados y aliviar sus infortunios? Sin duda que el mejor de los auxilios es el que presta la caridad individual, que es la mas irreprochable y la más santa, la que mejor estudia las necesidades verdaderas y las distingue de las ficticias, pues sólo nace del corazón y considerando á la humanidad como una sola familia, proporciona el socorro á las necesidades y cauteriza con ternura las llagas de la miseria. Esa caridad está expuesta á menos errores, va derecho al sufrimiento verdadero, inspira pudor y reconocimiento á los favorecidos, no los coloca bajo la tutela forzosa de los gobiernos, y el deber de la Junta es excitarla y fomentarla por cuantos medios estén á su alcance.

Sin embargo, la caridad aislada es insuficiente, porque se escapan á ella muchas miserias. Por eso se necesita recurrir á la asociación y organizarla á fin de que se preste á una tendencia común y á un servicio permanente. Tal es el objeto de las asociaciones caritativas modernas que atienden al infortunio y se proporcionan á su extensión con una eficacia que nunca alcanzaría la caridad particular. Por medio de estas asociaciones los recursos aumentan y el bienestar se extiende. Ellas coinciden también con los auxilios pecuniarios del Estado y de los Municipios y así disponen de más riquezas y más medios de organización. Pero al lado del individuo como de su acción hay un principio con el cual debe contarse siempre y es el de solidaridad, porque la sociedad es un organismo vivo y el Estado que la representa es también una persona moral y una especie de individualidad colectiva, á quien

la sociedad misma encarga de cumplir lo que ella no podría hacer por sí sola. Este es el objeto de la Junta y el motivo de su varia composición. Felizmente, entre nosotros no hay derecho á la asistencia, sino que hay una obligación moral de socorrer á los desvalidos y de admitirlos en los hospitales, hospicios ó casas de huérfanos, y eso se hace en toda la medida de los recursos con que se cuenta para socorrerlos.

Es sabido también que bajo el punto de vista caritativo cada edad tiene su parte de males difíciles si no imposibles de evitar. Por eso la mejor división de la beneficencia es ayudar al hombre en sus tres edades: *infancia, edad madura, vejez.* Para la primera están las casas de huérfanos, cunas y salas de asilo; para la segunda los hospitales; para la tercera los hospicios. La Junta de Beneficencia deberá cuidar de cada cual de estos establecimientos mejorando sus servicios, aumentando sus rentas y haciendo que las comisiones que de ellos se encarguen los hagan servir á su verdadero objeto.

XII

Mas, para llenar bien su cometido, el Consejo Superior de la Beneficencia no sólo debería *contraer su atención* al buen servicio de los actuales establecimientos caritativos, sino empeñarse en la fundación de otros que hacen gran falta, atendida nuestra población y las necesidades cada día mayores de los menesterosos en esta capital. Bastante se ha hecho y se hace con las casas de Expósitos y de Maternidad que hoy tenemos; pero se han menester también Casas de socorro y de convalecientes y, sobre todo,

un Hospital de incurables, cuya falta se nota desde muchos años y hasta ahora no ha podido atenderse por la escasez de fondos. De grande importancia sería también la creación de Juntas Parroquiales, compuestas del cura de cada parroquia ó su teniente y de cuatro ó cinco vecinos celosos y caritativos, para atender á las necesidades particulares de la caridad en el territorio de su distrito y cuidar de la colecta de limosnas, de las suscriciones voluntarias, del reparto de socorros domiciliarios y de recoger á los desamparados; de promover la vacunación de los niños pobres y de hacer que se conduzcan á los asilos respectivos todos aquellos infelices que no tengan domicilio ó no puedan ser socorridos en sus propias casas; y, por último, que se encarguen no sólo de excitar la caridad y de servir al vecindario de su parroquia en las epidemias ó adversidades públicas, sino principalmente de mejorar la hospitalidad y de hacer cada día más provechosos y fecundos los socorros de la beneficencia.

Todos lo saben, la dirección de los establecimientos caritativos no es el objeto preferente y más elevado de la caridad, pues para llenar bien su objeto ésta tiene que cumplir todavía una misión más humana y filantrópica: la de socorrer á los indigentes de tal modo que sólo sea conducido á las casas públicas el que por ningún otro medio pueda ser asistido en la suya propia, y el de suministrar á los enfermos pobre en sus mismas casas los socorros ó medicamentos necesarios. Tarea es esta de la mayor importancia y á ella cooperan aquí con el mejor éxito nuestras juntas de matronas caritativas, que tienen ya en Santiago establecimientos bien asistidos, como el de las *Hermanas de la Caridad*, en la calle de este nombre, á donde ocurren diariamente centenares de menesterosos

en busca de medicinas ó de alimentos para ellos y sus familias.

El celo de nuestras señoras jamás se ha desmentido, y con su fortuna y sus esfuerzos personales ó los de sus relaciones, ellas han prestado en este punto servicios utilísimos. Pero sus recursos muchas veces no bastan á las necesidades y será forzoso ayudarlas en tan santa obra con los nuevos arbitrios que habrá de sumistrar la reforma proyectada en las rentas de la beneficencia, tanto más cuanto que ellas son las llamadas a evitar en este pueblo la vagancia y la mendicidad suministrando los socorros con verdadero conocimiento de las necesidades y de la conducta de las personas que lo soliciten.

Esta distribución de socorros domiciliarios es cosa de la mayor importancia, porque en todas partes se sabe que ellos son la mejor manera de ejercer la caridad, como que los hospitales, hospicios y casas de expósitos no se consideran generalmente sino como auxilios suplementarios de la beneficencia pública. En efecto, los socorros que se dan en su domicilio á los que sufren tienen sobre los servicios caritativos de otra especie ventajas sociales y económicas que saltan á la vista, y que justifican la preferencia que se les atribuye en los pueblos más adelantados, donde sólo se recibe en los hospicios ú hospitales á los infelices proletarios que carecen de casa y de familia, pues á todos los que cuentan con estas ventajas se les atiende en su propia morada y allí se procura que utilicen los cuidados de la caridad, sería por esto muy de desear que nuestro patriótico *Instituto de Caridad Evangélica*, que actualmente atiende bajo esa forma á millares de enfermos y menesterosos, colocándose bajo el amparo de la administración pública y funcionando á la sombra del Consejo

Superior de Beneficencia, logre de esa manera incrementar sus recursos y extienda más cada día el influjo de su bienhechora actividad.

Iguales si no mayores servicios prestan en esta capital otras instituciones independientes de la beneficencia, como la *Sociedad de Socorros Mutuos*, la de *Hermanos Cristianos*, etc. I todos esos esfuerzos del espíritu público no son otra cosa que la caridad ilustrada, tratando siempre de aliviar la desgracia, pero obrando en escala más dilatada que la limosna que envilece sin atacar el origen del sufrimiento y de la indigencia. El hospital, en efecto, cura la enfermedad proveniente de los desórdenes ó abusos de apetitos tal vez desenfrenados; pero el socorro á domicilio (como lo decía hace años el que esto escribe, en un escrito análogo al presente), adaptándose á la necesidad verdadera y sin deprimir el carácter moral de los individuos, previene la incontinencia y los malos hábitos y con menores recursos produce mayores beneficios, oblíga á los menesterosos á trabajar por salir de su mala situación y rompe así la tradición de miseria en que han nacido y vivido con sus familias largo tiempo.

XIII

¿Y cuántas mayores ventajas no podrían obtenerse todavía de una reorganización de la beneficencia sobre bases más generales y generosas, con una misión más conforme á las necesidades de esta populosa capital? ¿No son conocidos los prodigios que está obrando hoy la caridad en todos los pueblos modernos? ¿Por qué Santiago no ha de tener una beneficencia tan opulentamente atendida y

servida como la de Lima? ¿Acaso se ignoran los magníficos frutos alcanzados hoy en los Estados Unidos, como en Inglaterra y Francia, por las instituciones caritativas? Si hay en Chile sociedades de instrucción primaria que con honra y gloria trabajan por *enseñar al que no sabe*, ¿acaso se han juntado nunca cuatro personas para producir, con su influencia ó sus dineros, alguna obra que refluya en beneficio de los menesterosos, que vista á los desnudos, cure á los enfermos y consuele á los tristes y desvalidos como lo ordenan las obras de misericordia? ¿No es cierto que todo esto lo hemos olvidado un poco, ateniéndonos á lo que hicieron nuestros antepasados y, fiando, por lo demás, no en la eficacia de nuestros deberes colectivos, sino en el cuidado de la administración pública, que queremos lo hagan todo de su propia cuenta?

Nadie desconoce que hay en Santiago mucha y muy excelente caridad. Sabemos todos que hay directores y administradores de hospitales, hospicios, casas de huérfanos y de locos, de dispensarías, escuelas ó establecimientos de refugio para niños y viudas pobres, etc. Sabemos que por nuestras calles pululan los mendigos que viven de la caridad de los paseantes, que se dan limosnas y se socorren en secreto dolencias de toda especie, porque abundan aquí las personas generosas que derraman buena parte de su fortuna entre los necesitados. Pero, ¿tenemos acaso alguna sociedad para cuidar de los enfermos incurables? ¿Tenemos juntas que atiendan á la beneficencia parroquial? ¿Tenemos algo hecho para combatir la embriaguez, que cunde como una lepra en nuestra extensa capital? ¿Por que no se fundarían aquí sociedades de Temperancia á la sombra del Consejo de Beneficencia Pública, que podrían servir también para esparcir libros morales y religiosos en el pue-

blo, para educar á los pobres hijos de mendigos y á los ciegos y sordo-mudos menesterosos, para fomentar las Cajas de Ahorro y enseñar el camino de la economía y del orden á nuestros infelices rotos ó á nuestros obreros y artesanos que en su mayor parte lo desconocen por completo?

Está bien visto todo lo que puede aquí la caridad, y ahora poco presenciamos lo que hizo el vecindario para remediar el mal de las inundaciones, como el de los terremotos ú otras plagas de las que suelen agobiarnos. A pesar de los adelantos materiales y del encarecimiento de la vida en Santiago, se ve que el egoismo no es el vicio que domina entre nosotros, pues que sobran recursos para socorrer á los menesterosos, como abundan los capitales que se consagran á la mejora de los templos, institutos monásticos, cofradías y sociedades religiosas de todos los nombres, el Carmen, San Agustín, San Francisco, la Soledad, Santo Domingo, Hermanos de ánimas, etc. Y más todavía, sábese que el público de Santiago, dando expansión á sus sentimientos religiosos, no sólo se afana por socorrer la miseria de los infelices, sino que invierte, á juzgar por las obras piadosas hoy en construcción, más de un millón de pesos por año en satisfacer puramente esas necesidades del espíritu.

XIV

Y bien! Todos sabemos que el alma del cristianismo es la caridad. Amar á Dios y al prójimo, tal es, para el cristiano, la ley de las leyes; pero este segundo amor, que no es sino la consecuencia del primero, parécenos que debe siem-

pre ejercitarse con arreglo á las necesidades del país en que se vive y á las exigencias de la época.

¿Qué caridad más sublime que la que trabaja por la rehabilitación moral de los criminales y por la enseñanza de los huérfanos pobres á quienes se alimenta y se habitúa desde niños á la práctica del bien?—Esas son las formas del sentimiento cristiano realmente ilustrado, pero no son de hoy. Son ya formas antiguas para nosotros, y después que, gracias al Gobierno y al viejo marqués de Montepío, tenemos Penitenciaría y Casa de Expósitos en Santiago, pocos síntomas hay que prueben que en la época moderna hayamos adelantado mucho á ese respecto.

Mientras tanto, nuestros hermanos del Norte de América, con la poderosa actividad de su espíritu público, se ponen cada día al nivel de la Europa en materias de beneficencia, y un viajero inglés que acaba de visitarlos nos dice: «Una de las principales faces de la historia moderna de este país la forman hóy las munificentes donaciones y legados para objetos públicos de caridad y de educación. No sólo es común en los ricos capitalistas dejar por testamento una porción de su fortuna para dotar instituciones públicas, sino que los individuos durante su vida hacen grandes donaciones de dinero para los mismos objetos. Yo he visto una lista de legados en el sólo Estado de Masachussetts, que montaba nada menos que á seis millones de pesos.» (*Lyell Travelers.*)

Y aquí es de preguntar ¿si se podría entre nosotros presentar algo parecido y hecho con fines análogos? Lejos, muy lejos de eso! Sin las antiguas fundaciones del tiempo de la colonia, la República no tendría hospitales (salvo el de San Vicente de Paul y el de parturientas) asilos de huérfanos ni casas de caridad; esto es, careceríamos casi

por completo de esas fundaciones que son el resultado primario de la civilización y la necesidad más imperiosa de los pueblos modernos. Entretanto, estamos viendo todos los días testamentos en que se nombra al alma heredera de millares de pesos, como si las almas pudiesen llevar á la otra vida lo que los cuerpos tuvieron en ésta, ó como si con la muerte quisiéramos realizar el adagio de que «*la caridad bien entendida comienza por casa.*» Pero, es evidente que esa indiferencia aun de las personas más opulentas y más llenas de sentimientos de humanidad, nace sólo de la dirección errada que se da aquí de ordinario al justo deseo de agradar á Dios, deseo santo y noble, pero que en nuestros tiempos nunca se manifiesta más dignamente que cuando sirve al alivio de los desgraciados y á la mejora de los pueblos. ¡Qué de bienes no podrán hacer en este punto los señores Obispos y el Clero si desechan su quimera de *la caridad oficial!*

XV

O yo me equivoco mucho, señores, ó este es un punto gravísimo y que debiera por sí mismo recomendarse entre nosotros á la atención de los legisladores, jueces, abogados, sacerdotes, curas de almas y demás personas encargadas de dar dirección á los sentimientos públicos ó privados que se relacionan con la beneficencia. Los progresos de la economía política han detenido en todos los pueblos modernos el extravío de las edades pasadas, y, enseñando el buen uso de la riqueza, condenan el abuso de esos fideicomisos para el alma, que absorben el trabajo y los capitales y detienen el progreso de las naciones. Y es

particularmente al sacerdocio ilustrado al que toca en estas materias guiar la conciencia pública por caminos más productivos de bienes para el mayor número, pues no hay duda que su sola cooperación á la grande obra de la beneficencia y de la caridad haría avanzar grandemente las instituciones que con ellas se relacionan. Por lo mismo que la religión es toda espiritual, por eso mismo no debe dejarse embotado su órgano propio, sino que debe hacerse que los actos que de ella emanan sirvan ante todo á mejorar la condición de nuestros prójimos desvalidos. Ese es nuestro deber primario y el objeto de la caridad bien entendida. Y si á los legados benéficos y á las munificentes donaciones de los testadores acaudalados, añadiese la ley un gravamen siquiera del 5 por ciento sobre las herencias líquidas de los que mueren sin herederos forzosos, ¿cuánto más no ganaría la beneficencia general y cuánto no mejoraría en cantidad y en calidad el servicio de los pobres?

«Las ideas cristianas de nuestra época, nos dice una memoria universitaria del señor Sarmiento, han tomado formas poco suntuosas y poco personales, pero han penetrado más hondamente en el fondo de la sociedad. En lugar de afeitar los deslices ordinarios que han de renacer como la barba, los cristianos todos se consagran hoy á estirpar las causas del vicio educando á las poblaciones. La limosna que socorre la necesidad del momento sin curar la incapacidad de trabajar, se ha convertido en ese vasto sistema de escuelas de pobres que cubre hoy los estados modernos y organizádose en contribuciones para su sostén. La prueba es que donde las escuelas abundan, escasean los mendigos, porque se ha cegado la fuente de la miseria. Pero ni aun la limosna dada al necesitado *exo-*

nera del deber patriótico de ayudar á la mejora moral y material de nuestros conciudadanos desvalidos como partes de la humanidad sobre la cual debe extenderse nuestra benéfica acción.»

Es por eso que en el actual estado de cosas debemos todos propender á que la caridad cristiana y el espíritu público de la clase educada de Santiago, ensanche la esfera de su acción y la dirija á curar de raiz los males que se lamentan, propendiendo por medio de sociedades y de juntas parroquiales, de la prensa, la magistratura, el clero y la juventud ilustrada á ayudar al Consejo Superior de la Beneficencia y contribuyendo, también al aumento de los recursos de la caridad mediante los arbitrios que se han indicado en la «Memoria sobre Rentas» ú otros que puedan escogitarse en adelante.

XVI

Mas, para alcanzar ese resultado, ¿qué debe hacerse? Yo pienso que, ante todo, debe reconstituirse desde luego la Junta actual de Beneficencia, constituyéndola en un «*Consejo Superior*» más numeroso y con más latas atribuciones, que represente, si es posible, todos los intereses sociales y centralice en sus manos la dirección general de todos los establecimientos caritativos;—que les imprima una marcha adelantada y uniforme y que haga compatible un mejor servicio con una mayor economía en sus gastos ordinarios;—que por medio de celosas comisiones y sub-comisiones penetre en los detalles administrativos de cada establecimiento para que todos llenen lo mejor

que se pueda el objeto de su institución;—que ponga en un orden perfecto la contabilidad general y particular de la beneficencia, empezando por reorganizar la Tesorería del ramo en términos convenientes;—que incremente sus rentas para atender á las necesidades cada día mayores de este centro del servicio local;—que, para el efecto, excite el espíritu público, y ponga en juego todos los medios que conduzcan al logro de tan elevado propósito;—y por último, que autorizado competentemente por el supremo gobierno, acometa desde luego las reformas propuestas, para movilizar los capitales y aumentar los recursos que han servido y deben servir en adelante á mejorar la condición de nuestra beneficencia pública.

Es un dolor y bien grande, el de tener que rechazar á los enfermos de nuestros hospitales y dejar de enjugar las lágrimas de los infelices que ocurren en busca de los auxilios de la caridad. Si para ello faltan fondos, preciso es buscarlos y cada corporación, cada individuo, cada municipio, así como el Estado, cuando llegue el caso, deben hacer en favor de la desgracia todo aquello que sus recursos les permitan. Uno de nuestros colegas, el Dr. Murillo, lo ha dicho muy bien: «Si todos los dolores no pueden ser consolados, se hará lo posible por disminuir algunos. Si no se obtiene el todo, forzoso será conformarnos con una parte. Pero la centralización de los establecimientos de beneficencia en Santiago es de una indisputable necesidad y de una reconocida conveniencia. Una administración central de supervijilancia y dirección es siempre celosa y económica. Así lo han comprendido casi todos los países europeos y así lo practican. La multiplicidad de sociedades y de direcciones aumenta los gastos y hace más dispendiosos los servicios, al paso

que la unificación permite á todos los establecimientos auxiliarse mutuamente y servirse con desinterés.»

Y ahora, en cuanto a la misión del Consejo Superior de que se trata, el mismo colega continúa: «Que haya un motor único para poner en movimiento el variado rodaje de la asistencia pública, una sola fuerza previsora que la dirija, un pensamiento que la presida, una voluntad que la rija, un sistema bien escogido, no puede nunca dejar de ser convenientísimo. No debilitemos en variados centros las escasas fuerzas de nuestra beneficencia. Concentrándolas con el fin único del bien, obtendremos economía en los gastos y socorros y auxilios mutuos, que sirvan para levantar á los establecimientos que languidecen y para dar una mejor distribución á los asilados, distribución que hoy es imperfecta como es público y todos nosotros hemos tenido ocasión de observarla y deplorarla.» Yo me adhiero de todo corazón á estas ideas y he tratado de servirlas al formular el proyecto que viene á continuación.

XVII

Una vez que se constituya bajo esta nueva forma la Junta actual de Beneficencia, nadie duda que el primero de sus cuidados debe ser el de aumentar las rentas que hoy no bastan ni aun para cubrir las necesidades del servicio deficiente que se prestaba en otros tiempos. Según la comisión lo ha visto en la Memoria que le presentamos con el señor Balmaceda sobre un nuevo plan de rentas, las entradas ordinarias de San Juan de Dios, San Borja, Casa de Expósitos, Cementerio y Hospicio, sólo fueron el año

pasado de 285,839 pesos 31 centavos, al paso que los gastos ordinarios y extraordinarios han subido en el mismo año á 455,040 pesos 21 centavos, lo que ha dejado un saldo á cargo de esos establecimientos de 169,200 pesos en sólo la última anualidad, y esto es insostenible, pues, ó el servicio se suspende, ó si se continúa no puede pagarse sino echando mano de los capitales de cuyo producto han vivido hasta hoy aquellas caritativas fundaciones.

Para mayor claridad, hé aquí un estado de las entradas y salidas de la beneficencia en 1876. Basta confrontar el total de unas y otras para comprender que la situación actual es desastrosa.

GASTOS ORDINARIOS Y EXTRAORDINARIOS

Hospital de San Juan de Dios	$ 112,380 31
Id de San Borja	94,258 27
Casa de Expósitos	110,156 44
Cementerio	31,568 02
Hospicio	70,677 25
Asignaciones fiscales	35,999 92
Total	$ 455,040 21

ENTRADAS ORDINARIAS

De San Juan de Dios	$ 52,535 29
De San Borja	48,938 37
De la Casa de Huérfanos	80,504 48
Del Cementario	29,986 00
Del Hospicio	38,075 67
De asignaciones fiscales	35,800 00
Total	$ 285,839 81
Diferencia para igualar	169,200 40

Como se ve, los gastos han excedido a las entradas en 169,200 pesos 40 centavos los mismos que han quedado para el año corriente como saldo contra la beneficencia, ó han tenido que cubrirse con el capital fijo de los establecimientos caritativos, cuya renta habrá de disminuir este año y los venideros en tanto cuanto producía el capital de que se trata.

XVIII

Para salir de esta angustiosa situación, y más todavía, para poner los servicios de nuestra beneficencia á la altura de las necesidades de la época, y que sean tan eficaces como son en otras capitales de América, debemos desear que los auxilios fiscales se mantengan y marchen unidos con la ayuda popular, para que así pueda ensancharse la esfera de acción de la caridad, aumenten sus obreros tomándose entre los hombres distinguidos de todas las clases sociales, y pueda la obra caritativa adquirir toda la fuerza que debe esperarse de una labor común, que á todos interesa y que, según las veleidades del tiempo y de la fortuna, puede ser útil al primero como al último de nuestros compatriotas. Y es por eso que, después de proponeros la reconstitución de la Junta Directiva, vuelvo yo á insistir como sobre un punto de partida forzoso para esa reforma, en la necesidad ineludible de incrementar las rentas actuales de la beneficencia con la venta de la hacienda de Choapa y de las pequeñas propiedades urbanas que le pertenecen; la transferencia de censos á su favor en arcas del Estado; la enajenación por hijuelas de la chacra de la Providencia; el establecimiento de salas para

pensionistas en los hospitales; la reorganización del Cementerio y planteación de un buen servicio de pompas fúnebres, y, sobre todo, la aplicación de los productos del ramo de rifas ó de suertes para el solo cuidado de la asistencia pública.

No se me ocultan, como no se ocultarán á ninguno de vosotros, las graves observaciones que escritores y pensadores del pasado y del presente siglo han formulado contra las loterías, tontinas ó juegos de suertes en que toman parte las masas populares. Sin embargo, y para decir por completo la verdad, tampoco debe olvidarse que ecónomistas notables y hombres de la más alta reputación y moralidad, han sostenido el ramo de suertes como medida no sólo tolerable sino buena cuando su producido se aplica por entero á gastos de beneficencia. Es noble y generoso el que aventura una pequeña suma de dinero, seguro de perder desde luego su mitad, sólo por contribuir al alivio de la desgracia ó traer algún pequeño bienestar á infelices que sucumben por la enfermedad ó el hambre.

Sobre todo, y á vista del desamparo de algunos de los servicios de nuestra beneficencia, ¿sería desacordado hacer aquí un ensayo que permitiera conocer en breve las ventajas é inconvenientes del negocio, y que, en todo caso, siempre serviría para indicar siquiera uno de los caminos del ahorro á nuestros trabajadores pobres? Es sabido que en Lima, donde la acción de la beneficencia es poderosa y fecunda, ese solo ramo, administrado por la Junta Directiva, produce para los servicios de la caridad pública una renta de 100 á 120,000 pesos anuales, sin haber nunca dañado ostensiblemente al trabajo ni á la moralidad de la población; lo que prueba una vez más que la caridad arde en todos los corazones y que las clases populares y aún

las gentes acomodadas, gustan de arriesgar pequeñas sumas en busca de una espectativa de lucro probable con tal que la pérdida sirva de consuelo y reparación para los menesterosos.

Y ahora, para concluir con este punto, permitidme citaros, en apoyo de mi personal opinión, la de un ilustre publicista americano, (Sarmiento, *Memoria sobre educación común*, pág. 31.)

«Errores de una moral que tiene siempre la desgracia de extraviarse en sus aplicaciones (dice este escritor), han hecho en algunos países abolir la lotería pública. Las masas trabajadoras derrochan infaliblemente cuanto llega á sus manos siempre que no tienen alguna aspiración. Esta es una verdad pasada en axioma. La lotería pública satisface la más alta de las necesidades del espíritu, la esperanza aunque remotísima de ser feliz, esperanza que sin ella abandona para siempre aquel que gana sólo un salario. La lotería pública es una suscrición voluntaria de un pueblo entero, a dos reales cada individuo, para crear una fortuna que no existia y que una vez acumulada rara vez se disipa. «Cuidad los peniques, dice un adagio inglés, que las guineas se cuidan solas.» La lotería, en fin, sin la violencia febril de los juegos de azar, mantiene el espíritu alerta meses enteros aguardando un resultado, é introduce por la primera vez en el pensamiento la idea de contar con el porvenir. El vulgo nada espera, esa es su desgracia! Por eso yo no trepido en aconsejar el restablecimiento de la lotería pública para destinar su provecho á fomentar la instrucción (ó á curar al enfermo y dar de comer al hambriento, que también son obras de misericordia). Si hay quien repute inmoral el más metódico y desapasionado juego, será esta una contribución impuesta

al juego para estirpalo por la educación. Mas, para las muchedumbres ignorantes la lotería es una caja de ahorros. En la Habana y el Brasil los esclavos primero se privan del sueño que de guardar una peseta para la lotería. Libertarse es el pensamiento de toda su vida. En los Estados Unidos, Lima, Buenos Aires, Montevideo, El Janeiro, etc., todos los blancos pagan esta contribución mensual al acaso, como pagan el seguro de sus habitaciones, para estar á cubierto de un mal posible. Tan immoral es lo uno como lo otro: lo primero se hace por la esperanza de adquirir y lo segundo por el temor de perder. La probabilidad de un incendio, como la de sacarse una lotería, son perfectamente iguales.»

XIX

En vista de esta y otras opiniones y de la situación angustiosa de nuestra beneficencia, puede, pues, la Comisión, no de una manera definitiva sino por vía de ensayo, proponer al supremo Gobierno que se establezca en Santiago el ramo de suertes por tres años, siendo administrado en todos sus detalles por el Consejo mismo y destinándose su producto á mejorar los servicios de la caridad pública en esta capital.—Al efecto, me permito recordaros que la ley francesa de 21 de Marzo de 1836 que abolió las loterías, exceptúa en su artículo 5.° *las de objetos muebles cuyo precio se dedique á obras de beneficencia*, y que entre nosotros y para fines análogos la administración ha otorgado muchas veces permisos aun para la rifa de bienes inmuebles.

Algo semejante podría ensayarse ahora en provecho de nuestros indigentes y valetudinarios, mendigos ó enfermos, á quienes se cierran las puestas de los establecimientos de caridad por falta de recursos para servirlos. Y aparte de este gran resultado, conseguiríase también, por ese arbitrio, fomentar el espíritu de ahorro y contener la imprevisión, que es el origen principal de la miseria y del abandono en que viven aquí el gañán y el roto, el artesano poco diestro, el obrero disipado y la casi totalidad de nuestros trabajadores pobres. A este respecto conviene, señores, no echar en olvido un hecho elocuente que acabo yo de saber por un distinguido caballero peruano, y es que, á pesar de las loterías mensuales que se tiran en Lima, la gran Caja de Ahorros fundada allí por la Junta directiva de la Beneficencia, tiene hoy mayor número de imponentes que el que suman las cuentas corrientes de particulares en todos los bancos del Perú.

Hay más todavía y es que, con la educación incompleta de nuestros proletarios, no basta aconsejarles la economía y el orden cuando no se les presenta la ocasión de practicarlos, ni menos aun reprocharles ó reconvenirles porque se hacen víctimas inconscientes de la imprevisión ó de la miseria. ¿De dónde nace el que sean casi todos imprevisores ó miserables? ¡Ah! Basta pensar un momento en esta triste cuestión para comprender que ellos no son culpables sino más bien dignos de lástima, porque si la pobreza les exige la previsión, su ignorancia los arrastra al vicio y al derroche sin misericordia. Sólo sabe prever el que tiene realmente un porvenir y cuando éste falta, los reveses de la suerte, la carencia de trabajo, la enfermedad y, más que nada, el abandono y la disipación completan la pérdida de toda perspectiva como de toda esperanza.

El esclavo no mira nada delante de sí, ni piensa en el día de mañana, porque su destino está fijado y su vida será hoy la misma que ayer. Pero aun en pueblos libres como el nuestro la falta de educación hace que sobren para los menesterosos situaciones iguales á la del esclavo. Antes de condenarlos, vengamos, pues, en su ayuda. Si deseamos el alivio de los pobres y de los enfermos, sin abrigo y sin pan, no nos limitemos á darles consejos; prestémosles el apoyo eficaz y generoso que todos los pueblos cultos otorgan hoy al infortunio y á la miseria.

XX

Por eso es, señores colegas, que al venir á proponeros la reorganización de la beneficencia, mediante un Consejo Superior independiente y que reuna en un centro de acción común todos los servicios de este importante ramo de nuestra sociabilidad, he cuidado particularmente de que lo constituya un crecido número de hombres distinguidos en todas las carreras y en todos los círculos sociales: treinta individuos más ó menos notables, salidos del Parlamento y del Consejo de Estado, del Municipio, la Iglesia, las Finanzas, la Universidad y, más todavía, de entre los vecinos acaudalados que, por su filantropía y la honorabilidad de su carácter, quieran y puedan consagrarse con desprendimiento al socorro de sus semejantes desvalidos. Yo espero que así la obra de que nos hemos ocupado en esta Comisión quedará bien establecida y producirá en breve sazonados frutos. Porque, vosotros lo sabéis sin necesidad de que yo venga á recordároslo: en la economía de la sociedad y en las miras de la Providencia, la fortuna

y el poder no son un simple favor; son una santa y noble misión que tiene por objeto mitigar el dolor y mejorar, en cuanto sea posible, la existencia de nuestros prójimos desgraciados.

En efecto, los hombres notables por su posición ó su carácter, los poderosos y los ricos, los altos empleados públicos como los jóvenes que han de influir en los destinos de la patria por su ilustración ó sus talentos, todos quedan por este medio investidos de un honroso patrocinio. Como en materias de caridad Santiago es Chile, á todos nos toca, desde ahora en adelante, fundar la grande alianza de la fraternidad chilena y ejercer, en una escala cada dia más extensa, el noble ministerio de la Beneficencia Nacional. El poderoso y el rico egoísta, son mensajeros infieles, como dice la Escritura. Según la ley y los profetas, el rico y el poderoso no sólo deben ser los protectores de los pobres, sino su guía y su sostén para distribuir el pan á los unos y el remedio á los otros, para sostener á los que caen y aliviar á los que gimen. ¡Felices aquellos que comprendan y utilicen tan digna como elevada tarea!

Cumpliendo ahora el encargo que se me confirió en la sesión última tengo la honra de proponer á mis colegas de esta comisión la siguiente

Ordenanza del Consejo de Beneficencia

TÍTULO I

FORMACIÓN DEL CONSEJO

Art. 1.° La dirección superior de la beneficencia pública en Santiago estará á cargo de un Consejo, compuesto de

treinta miembros titulares que serán: un senador y un consejero de Estado, dos individuos de la Magistratura, cuatro diputados, doce vecinos de probada filantropía, dos regidores municipales, dos eclesiásticos, dos médico-cirujanos, un arquitecto, un ingeniero y dos abogados, siendo además miembros natos el Intendente de la provincia y el médico en jefe de hospitales.

Art. 2.° Será Presidente de este Consejo el que sus miembros elijan á pluralidad de votos el día de su instalación.

Habrá también un vice-presidente elegido del mismo modo y que reemplazará al Presidente en los casos de ausencia ó imposibilidad.

Cuando ambos falten presidirá el miembro de mayor edad entre los presentes, y funcionará como secretario remunerado el que lo es actualmente de la Junta de Beneficencia.

Art. 3.° Las sesiones del consejo tendrán lugar una vez por semana, serán públicas y no podrán celebrarse sin el *quorum* de ocho, es decir, uno sobre el cuarto de los miembros de número, siendo decisivo en caso de empate el voto del Presidente.

Las discusiones se regirán por un reglamento especial que el Consejo mismo dictará y aprobará para su gobierno.

Las actas de cada sesión, así como los informes sobre proyectos ó trabajos de la beneficencia, se darán semanalmente á luz en el *Diario Oficial*.

Art. 4.° El nombramiento de los consejeros se hará por tres años, la primera vez por designación de S. E. el Presidente de la República, y las siguientes por elección que hará el mismo Consejo en reunión general, celebrada con

mayoría absoluta, en la última sesión del tercer año de ejercicio.

Los miembros de número son indefinidamente reelegibles, así como los que sirvan los cargos de Presidente y Vice.

En caso de muerte ó imposibilidad de algún miembro para seguir funcionando, el Consejo elegirá por mayoría de votos al que deba reemplazarle.

Art. 5.° En la última sesión del tercer año el Consejo se renovará según queda dicho: La mayoría absoluta de sus miembros designará los que deban quedar en funciones ó elegirse de fuera entre las categorías designadas; y el resultado de la sesión, consignado en el acta respectiva, se elevará al Gobierno para su conocimiento, indicándole los nombres de los consejeros salientes y el de aquellos con que se haya acordado reemplazarlos.

Art. 6.° El cargo de Consejero de la Beneficencia es voluntario, gratuíto y honorífico, y no es incompatible con el ejercicio de ningún otro puesto público.

Los miembros del Consejo son iguales en consideraciones y prerogativas, no habiendo entre ellos otra distinción que la del oficio que sirvan y el mayor ó menor celo con que lo desempeñen.

Todos ellos son jefes directos de los establecimientos de misericordia, y es de su competencia cuanto se relacione con el régimen, disciplina, mejora y fomento de los servicios que corran á cargo de la caridad.

Art. 6.° No pueden ser consejeros:

1.° Los deudores de la beneficencia ó los que tengan con ella juicio pendiente;

2.° Los empleados en sus establecimientos, salvo que sean médicos ó cirujanos; y

3.° Los que, siendo nombrados ó elegidos, renuncien el puesto ó dejen de asistirlo durante seis meses sin dar aviso ni alegar motivo que excuse su ausencia.

Art. 7.° El Consejo de la Beneficencia depende inmediatamente del Ministerio de lo Interior y por su órgano se comunica con el Gobierno, pero ello no priva al Intendente y demás autoridades locales del ejercicio de las atribuciones particulares que les estén encomendadas por la ley.

TÍTULO II

MISIÓN DEL CONSEJO

Art. 8.° La dirección superior de la beneficencia comprende el servicio completo de los hospitales, hospicios, casas de huérfanos y de insanos, cementerios, casas de maternidad, dispensarias de medicamentos ó de socorros á domicilio, y en suma, la inspección, cuidado y supervigilancia de todos los establecimientos que vivan de recursos suministrados por la caridad pública.

Como atribución general toca, por tanto, al Consejo intervenir en todo lo relativo al servicio de la beneficencia en sus diversos ramos y dictar cuantas medidas sean necesarias para la cumplida eficacia de su acción.

Art. 9.° Los asuntos sobre que haya de deliberarse en el Consejo se anunciarán anticipadamente, sea en el acta de la sesión última y al levantarse ésta, ó bien por oficios de secretaría si no hubiese podido hacerse en aquel entonces.

Art. 10. Todo miembro tiene derecho de iniciativa para proponer á la deliberación del Consejo los negocios que

crea convenientes al mejor servicio de la caridad y se tratará de ellos cuando lo acuerde la mayoría ó según su mayor ó menor urgencia.

Art. 11. Si el asunto propuesto fuese complicado, pasará en informe á la comisión á que por su naturaleza corresponda. Si fuere sencillo y claro, incumbe al autor de la moción explanarla y sostenerla.

Art. 12. Cualquier consejero puede pedir reunión extraordinaria del Consejo siempre que tenga algún asunto urgente que someter á su consideración y para el efecto bastará que dé aviso de palabra al secretario.

Art. 13. Las sesiones comenzarán por la lectura y aprobación del acta de la sesión anterior, se leerán en seguida las comunicaciones recibidas, luego las solicitudes ó notas particulares que hayan entrado en secretaría, y concluído ésto se procederá á discutir y resolver los negocios en tabla.

Art. 14. En la primera sesión del mes de enero y después de acordar los trabajos que hayan de ejecutarse en las diversas secciones de la beneficencia, el Consejo examinará la cuenta general de gastos del año último así como el presupuesto para el año corriente, aprobándolos ó modificándolos en cuanto sea necesario con previo conocimiento de la comisión de rentas.

Art. 15. El Presidente firma las actas, comunica los acuerdos del Consejo y expide á su nombre los despachos, nombramientos, órdenes ó notas oficiales que hayan de expedirse en el desempeño de los trabajos de la beneficencia.

Nombra también las comisiones que se necesiten para el examen de asuntos nuevos ó para los beneficios, traslaciones, permutas, loterías, ventas, rifas, suertes ó recur-

sos extraordinarios que arbitren los consejeros ó propongan los particulares para incrementar el fondo con que debe atenderse á las necesidades de la caridad pública.

TÍTULO III

ATRIBUCIONES ESPECIALES DEL CONSEJO

Art. 16. Las atribuciones especiales del Consejo serán:

1.ª Dictar los reglamentos á que haya de sujetarse cada institución de beneficencia para llenar el objeto a que esté destinada.

2.ª Administrar con rigorosa economía las rentas generales é incrementarlas según sea posible, crear nuevos recursos para las exigencias cada día mayores de este importante ramo y cuidar de que las inversiones de fondos se hagan todas con el acierto que exige el empleo del dinero de los menesterosos.

3.ª Vigilar cuidadosamente sobre el lleno de las funciones del Administrador responsable de cada establecimiento de beneficencia y hacer que las comisiones encargadas de inspeccionarlos y de atender á su gobierno económico llenen su cometido ó sean reemplazadas por otras que cumplan mejor ese cargo filantrópico.

4.ª Organizar convenientemente la Tesorería, fiscalizarla y distribuir las obligaciones de sus empleados de manera que la contabilidad de la beneficencia vaya con el día, que en ningún caso se eche mano de los capitales para cubrir gastos ordinarios, y que se tenga constantemeate razón exacta no sólo de los fondos en arcas, sino de los recursos y gastos que demande cada establecimento para atenderlos según el rango que le corresponda.

5.ª Centralizar y refundir los intereses de la beneficencia en un fondo común para que así se administren con más economía, para que sean mejor atendidas las necesidades de cada establecimiento, para que se auxilien y ayuden los unos á los otros y para que, mediante este sistema de asistencia mutua, pueda suministrarse recursos á todos ellos en proporción á la importancia de sus servicios.

6.ª Visitar los establecimientos de caridad sea en cuerpo ó por medio de sub-comisiones cada vez que lo crea oportuno el Consejo, bien sea para mejorar sus servicios internos ó bien para autorizar las modificación que exija su buena administración.

7.ª Aprobar ó reprobar los procedimientos de las diversas comisiones administrativas y cambiar, completar ó modificar su personal cuando así lo exija el mejor servicio de la institución.

8.ª Nombrar las personas filantrópicas que han de formar las Comisiones Especiales que deben encargarse de la inspección económica de cada establemiento de caridad y nombrar asimismo las Comisiones Parroquiales, compuestas del cura y tres vecinos de cada parroquia del departamento, para que cuiden y vigilen los diversos servicios de la hospitalidad en el territorio de su jurisdicción.

9.ª Pasar un informe anual al Supremo Gobierno, por el Ministerio de lo Interior, dándole cuenta de su desempeño durante el año, detallando el movimiento general de la beneficencia, sus entradas y gastos, número de personas asistidas, modificaciones que requiera el servicio futuro, medios de obtener mayores recursos y, por fin, un resumen verídico de todo aquello que se relacione con la mejora parcial ó general de la beneficencia pública.

TÍTULO IV

DE LAS COMISIONES

Art. 17. Para facilitar el cumplimiento de su cometido, el Consejo se dividirá en cuatro Comisiones, á saber: 1.ª de Rentas y arbitrios; 2.ª de Hospitales y lazaretos; 3.ª de Policlínicas, oficinas de vacuna, dispensarías y socorros á domicilio; 4.ª de Asilos de huérfanos, hospicios y casas de insanos.

Art. 18. Constituído así el Consejo, la beneficencia queda colocada bajo el patrocinio inmediato de la administración pública y de la caridad particular, cuenta con las subvenciones fiscales vigentes ú otras que le acuerden el Gobierno ó los particulares, y se confía en cada establecimiento caritativo á un Administrador á sueldo y personalmente responsable ante el Consejo.

Sin embargo, las operaciones directivas de la beneficencia, como las reformas en materia de administración, reglamentos de servicio, nombramientos de empleados, fijación de sus obligaciones, etc., todo queda bajo la dirección y vigilancia del Consejo Superior.

Art. 19. Cada establecimiento dependiente de la beneficencia pública, á más de su ecónomo ó administrador especial, estará colocado bajo la respectiva Comisión del Consejo Superior, pero su dirección inmediata correrá á cargo de dos sujetos de notoria filantropía y nombrados por el Consejo, quienes vigilarán á los empleados y dependientes, velarán sobre la observancia de los reglamentos y ejecutarán, de acuerdo con la Comisión directiva, todas

las reformas ó modificaciones que conduzcan al mejor servicio.

Art. 20. La Comisión de Rentas tendrá bajo su inmediata dependencia el personal de los empleados de la tesorería y los nuevos recursos que pueda crearse la Beneficencia; formulará los reglamentos de contabilidad y hará efectivas, con acuerdo del Consejo, las responsabilidades por pagos y gastos indebidos ó por el mal uso de los capitales de la institución, que deben siempre mantenerse incólumes, salvo el caso de desembolsos urgentes é ineludibles, los que deben ser aprobados por las dos terceras partes de los consejeros asistentes á la sesión en que se acuerden.

Art. 21. Las Comisiones de Hospitales, Policlínicas, Socorros domiciliarios y Asilos de huérfanos ó de insanos, llenarán cada cual el cometido que su título indica, y en las materias que sean de su resorte ejercerán la misma supervigilancia que en las suyas ejerce la Comisión de Rentas, procediendo en todo según lo aconsejen los intereses de la caridad y sin otra sanción que la de su conciencia y el fallo del juicio público.

Art. 22. Á pesar de lo dispuesto en el título anterior, cada cual de los miembros del Consejo podrá y deberá visitar los establecimientos de beneficencia cuando lo tenga á bien, sin que obste el no formar parte de la Comisión de que dependan esos establecimientos, y los empleados en ellos deberán recibirlos y atenderlos, darles razón de los asuntos sobre que los interroguen y ejecutar sus órdenes siempre que las dieren de acuerdo con los administradores especiales.

TÍTULO V

DISPOSICIONES GENERALES

Art. 23. Siendo el objeto principal de esta Ordenanza mejorar y aumentar los servicios de la caridad y cuidar de la cumplida inversión de los fondos de la beneficencia, el Consejo tratará desde luego de que se fijen y uniformen en lo posible los reglamentos de las casas caritativas colocadas bajo su guarda, á fin de que las mejoras ó reformas que hayan de hacerse en ellas queden planteadas cuanto antes.

Art. 24. Las actas en que se consignen los acuerdos del Consejo serán firmadas por el Presidente ó Vice y el secretario, se conservarán en un libro especial y servirán de base para la Memoria que, al fin de cada año, debe elevarse al Gobierno sobre la marcha y progresos de los establecimientos caritativos.

Art. 25. Los fondos que ingresen á la Tesorería de Beneficencia y no hayan de destinarse á gastos ordinarios ó extraordinarios del año, no podrán darse en préstamo á particulares ni á instituciones de crédito, sino que se invertirán en cédulas de la Caja Hipotecaria ó del Banco Garantizador de Valores, las que se comprarán por propuestas cerradas que se pedirán por los diarios con una semana de anticipación.

Art. 26. Á todos los capitales hoy prestados á interés ó que se recauden por cualquier título en adelante, debe dárseles idéntica inversión, y lo propio será con el producido de los bienes raíces ó derechos de la beneficencia cu-

ya venta acuerde el Consejo con aprobación del Supremo Gobierno.

El Tesorero queda personalmente responsable de toda colocación de fondos hecha en otra forma.

Art. 27. El precio de compra de las letras ó bonos hipotecarios y el de su enagenación, en caso de ser ésta necesaria para cubrir gastos urgentes, deben ser aprobados por el Consejo á pluralidad de votos.

Art. 28. Por el hecho de instalarse el Consejo Superior que establece el art. 1.° de esta Ordenanza, cesan las funciones de la actual Junta de Beneficencia, cuyos servicios y experiencia deberán utilizarse en la nueva institución.

Santiago setiembre 1.° de 1877.

NUESTRO ENEMIGO EL LUJO

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras)

Sobre pocas materias se ha moralizado y legislado con mayor variedad que sobre el lujo, pero tal ha sido la anarquía de las doctrinas, que hasta ahora no se sabe fijamente en qué consiste esa pasión, hasta dónde su desarrollo es un bien, ni hasta dónde sus estragos son un mal para la sociedad. Bajo estos aspectos puede decirse que el lujo, tan antiguo como la historia del hombre, es todavía una cuestión nueva y cuyo objeto no está bastante definido, ni circunscrita su extensión, ni fijados los términos que deben servir como punto de partida para resolverla científicamente. ¡Y ay de las cuestiones que por tocarse con las preocupaciones populares ó porque se ligan con los principios de la sociabilidad, caen bajo el dominio de la discusión pública sin haber sido de antemano estudiadas ni resueltas por la ciencia! Ellas tienen la desgracia de quedar sustraidas al fallo de la razón y entregadas á los excesos de la pasión ó á las extravagancias del empirismo, y en tal caso la ciencia se detiene, los argumentos se re-

piten, las críticas y los encomios se confunden y los hechos mutilados parecen, según la justa frase de un sabio, «*cobardes testigos prontos á declarar en pro ó en contra de la verdad.*» Consagremos, pues, un momento al examen de esta vieja cuestión y tratemos de penetrar por el análisis sus causas y sus efectos, porque ella es de viva actualidad y entra de lleno en el cometido de la sección sociológica de esta Academia, destinada por sus estatutos «á estudiar los fenómenos científicos en conformidad con los hechos demostrados por la ciencia ó por las leyes de nuestro desarrollo social!».

I

Y desde luego, ¿qué es lujo?—La vaguedad de las acepciones que se dan á esta palabra es por sí sola una causa de confusiones y de dudas. Stewart dijo que era *el uso de lo superfluo;* Say, *el uso de lo caro;* Montesquieu, *el consumo de lo que no se necesita para vivir;* Droz, *el derroche ostentoso y el gasto inmoral.*—A pesar del respeto justamente debido á tan grandes maestros, yo me atrevo á creer que todas esas definiciones son inexactas ó por lo menos incompletas, pues lo barato y lo caro, lo necesario y lo superfluo son indudablemente términos relativos á la fortuna de los individuos ó al estado de la sociedad; y hasta la ostentación y la inmoralidad de ciertos gastos, que pueden reputarse como de lujo en tales circunstancias, podrían muy bien considerarse de otra manera en circunstancias diferentes. Humildemente hablando, yo creo que sería más exacto entender por lujo, *el gasto excesivo y de pura ostentación,* porque este es el carácter distintivo y

peculiar del lujo propiamente dicho, al menos del lujo moderno.

En efecto, ya se trate de los individuos ó de los pueblos, el lujo, moral ó económicamente considerado, no puede significar otra cosa que exceso de gastos de capricho y falta de producción equivalente, merma del capital reproductivo y consiguiente empobrecimiento para lo futuro; ó en otros términos, derroche del dinero para ostentar y consumir improductivamente mayor cantidad de riquezas que las que crean el trabajo y los ahorros. Cuando la labor ó la economía del hombre reproducen los valores consumidos, no cabe decir que se gasta lujo. El crecimiento regular y simultáneo de las necesidades individuales ó populares, tampoco puede decirse que sea un progreso del lujo, porque si la producción basta para satisfacer esas necesidades, el lujo no existe ó por lo menos no es un mal. Hay mayores comodidades, la vida tiene más exigencias, cunde la civilización y con ella el espíritu de igualdad y el deseo natural de progresar; pero la inteligencia y el trabajo retribuyen con usura los esfuerzos del hombre; el capital incrementa y cada necesidad nueva queda satisfecha con la creación de un producto equivalente. En estos casos no hay lujo, porque no hay excesos en los gastos respecto de las entradas; los consumos, aunque fuertes, no son improductivos; ni hay empobrecimiento, porque la industria y el trabajo aumentan la riqueza á la par con las necesidades de la existencia.

Tan cierto es esto, que los mismos maestros ya citados, viendo que sus definiciones no satisfacen, las amplifican, y Say nos dice, por ejemplo: «que el lujo de los vestidos no consiste en que sean caros, buenos y cómodos para el que los usa, sino en que sean desproporcionados á su caudal

y estén hechos como para deslumbrar á quien los mira.» Así es que según este escritor, el lujo no tiene por fin la utilidad, la comodidad ni el ornato sino la admiración de los demás, siendo su objeto deslumbrar no por el uso de las cosas más útiles sino de las más raras y de mayor precio, como que son éstas las que mejor sirven para satisfacer la vanidad de quien las usa.—Pero el precio elevado de las cosas tampoco constituye el lujo, pues lo que para mí es caro puede no serlo para tí, lo que para Pedro es inútil tal vez es para Juan indispensable. Un caballero á quien conozco, come de ordinario ostras y trufas y bebe vino del Rhin y Champagne, y, como es rico, nada le impide darse un gusto semejante; pero si ésto lo hiciese un pobre artesano cercenando el sostén de su familia, es indudable que gastaría en ello un lujo y de la peor especie.

Esta misma acepción da al gasto de lujo el célebre profesor Baudrillart, que distinguiéndolo en bueno y malo y anatematizando este último por el daño que trae á la moral de los pueblos, acaba por afirmar «que la multiplicación caprichosa de las necesidades facticias y la vanidad son hoy la causa verdadera de esta pasión y como el signo distintivo de nuestra época.» También Montesquieu había ya señalado ese mezquino sentimiento como causa determinante del lujo y condenándolo con toda la fuerza de su lógica, decía: «Cuanto mayor es el número de hombres que están juntos, más y más crece en ellos el deseo de distinguirse por vanas fruslerías. Si el número es tan grande que la mayor parte de ellos no se conocen unos á otros, crece el anhelo de hacerse notar por ser mayor y más difícil la esperanza de lograrlo. La pasión del lujo alimenta esa ridícula esperanza. Cada cual toma los distintivos de

la condición que precede á la suya; pero á fuerza de querer distinguirse, todos se hacen iguales y nadie se distingue.»

II

Mas, sea lo que fuere del sentido de la palabra, el hecho es, señores, que basta abrir los ojos para conocer que el espíritu de igualdad, base fundamental de la sociedad moderna, crea y desarrolla cada día más en los individuos y en los pueblos cierta vanidosa emulación por aparentar y hacer figura;—un grande amor por las satisfacciones materiales y un deseo ardiente de distinguirse, no tanto por obras grandes y buenas como por la ostentación de cosas caras, á veces de poca ó ninguna utilidad y á veces de pura fantasía, pero que dan al vulgo una alta idea de la riqueza, cultura y generosidad de los que las poseen. Este hecho, que es como la resultante de nuestro modo de ser actual, explica por sí solo nuestra marcada afición al lujo. El mal que crece con los adelantos democráticos y así puede llegar á ser una calamidad, porque convierte los vicios privados en vicios públicos y porque fomenta las bajas pasiones hasta merecer los anatemas del legislador y del filósofo. Pero no por eso deja de ser uno de los elementos constitutivos de nuestra vida de hoy, plausible ó vituperable, según los casos; que puede extenderse por la pasión ó modificarse por las costumbres, que, como hecho sociológico fatal, es indispensable tomarlo en cuenta por su influjo en la marcha de un país nuevo y de civilización incipiente como el nuestro.

Conocida así la causa, yo creo que, sin necesidad de

profundas investigaciones, se descubre también que el lujo, sea cual fuere la acepción en que se le tome, cuando no destruye los capitales y agota los gérmenes de la producción, trae al menos como resultado el consumo de toda ó casi toda la renta, y entonces no crece la riqueza en proporción á las necesidades, faltando en consecuencia uno de los elementos de la producción y viniendo en pos de esta falta los vicios y la miseria. Por eso ha dicho Say, hablando de los efectos de esta pasión insensata: «Un país que declina por causa del lujo excesivo ofrece durante algún tiempo la imagen de la opulencia. Es lo propio que se ve en la casa de un disipador que se arruina. Pero este brillo ficticio no dura y como agota los manantiales de la reproducción, es seguido infaliblemente de un estado de opresión y consunción política, que no se cura sino por grados y por medios de todo punto contrarios á los que han servido para su aniquilamiento.» Lo que importa tanto como decirnos, que los estragos de esa lepra social que se llama *el mal del lujo*, no se curan sino por el trabajo largo y serio, la economía bien entendida y el orden en el consumo y los gastos.

III

Temeroso, señores, de abusar de vuestra indulgencia, yo no quiero entrar en muy minuciosos detalles sobre el tema que vengo á tratar ante vosotros; pero creo decir una verdad conocida de todos si asevero que de algún tiempo á esta parte son realmente extraordinarios los progresos del lujo en nuestro país. En efecto, después de las bellezas del suelo y del cielo de Chile, ¿qué cosa llama tanto

la atención del extranjero que nos visita como el lujo deslumbrador que advierte en todos los órdenes de la vida de nuestra sociedad elegante? Dónde se ven en América vestidos, coches, joyas, estatuas, cuadros, objetos de gusto y de arte, ni adornos y menajes de casa más numerosos y espléndidos? ¿Qué artículos de esta especie hacen falta entre nosotros? Las tiendas y almacenes de Santiago y Valparaíso ¿no rebosan en las preciosidades más exquisitas de gusto y de fantasía? ¿Qué pueblo español de este continente consume tanto como el nuestro en mercaderías francesas, ó más propiamente en artículos parisienses, que son todos ó casi todos de fausto y ostentación? Nuestro comercio en este ramo ¿no es el doble que el de la España ó la Bélgica, la Suiza ó el Piamonte, limítrofes de la Francia y que tienen tanta mayor riqueza y población que Chile? Y bien miradas las cosas y guardada la proporción respectiva, ¿no es mucho mayor el lujo de Santiago que el de Buenos Aires ó Lima, Montevideo ó el Janeiro, Florencia ó Bruselas, Munich ó Madrid, sino muchísimo mayor que el de París, Berlín y Londres, si se atiende, como es lógico, á los vastos recursos y á la densa población de esas grandes capitales?

No obstante esta observación, que confirman mis recuerdos de viajes y que aunque vaga y general es para mí una verdad evidente, la estadística comercial de 1869, haciendo por vía de ensayo un estudio comparativo de los consumos de lujo en nuestro país, arribaba á muy diversos resultados y concluía por asegurar que ellos probaban nuestra rigorosa economía y alta moralidad. Para el efecto dividió la importación total de mercaderías extranjeras en 18 órdenes, de los cuales asigna 11 á la importación de los artículos que llama *necesarios* y 7 á la de los

superfluos; y calculando cuánto por ciento corresponde á cada uno de estos órdenes en el consumo general y suponiendo á Chile una población de 1.900,000 habitantes, concluye por afirmar que entre nosotros el consumo *necesario* llega á 82 % y el *superfluo* sólo á 18 %;—que el consumo total de mercaderías extranjeras es de 14 $ 33 centavos por habitante y que de esta suma 11 $ 77 cts. son el valor de artículos *necesarios* y sólo 2 $ 56 cts. el valor de los *superfluos;*—que en aquellos corresponden á vestuario, alimentación y gastos domésticos el 58 % ó sean 8 $ 39 cts. por habitante;—que el consumo industrial es un 18 % del consumo total de efectos extranjeros y corresponde á 2 $ 65 cts. por habitante, consistiendo todo él en máquinas é instrumentos para la industria y en materias elaborables, cuyo uso y aplicación da ejercicio á nuestros industriales;—y en resumen, que con un gasto total, en aquel año, de $ 27.232,218 resultaron de consumo necesario $ 22.372,411 y de consumo superfluo sólo 4.859,807 ó sean 82 % del primero y sólo 18 % del segundo. Para mayor claridad hé aquí el resultado:

CONSUMO SUPERFLUO

Vestuario de lujo	2.164,735
Golosinas y licores	1.460,084
Tabaco	732,041
Juegos varios	98,052
Perfumería	103,196
Menaje de lujo	152,808
Bellas artes	148,891
Total del consumo superfluo	$ 4.859,807
Id. del „ necesario	$ 22.372,411
Total de ambos consumos	$ 27.232,218

IV

Sin desconocer la curiosidad y la novedad de este estudio estadístico, único publicado hasta ahora entre nosotros y que me haya sido dado consultar, es preciso convenir en que sus conclusiones distan mucho de ser la expresión de la verdad, tanto por el exceso y disminución de los valores sobre que se han basado los cálculos, como por la imposibilidad absoluta que hay para determinar los usos á que puede aplicarse cada artículo de consumo de los que nos vienen del extranjero. En efecto, ¿cuáles son entre los artículos importados los realmente *necesarios* y cuáles los *superfluos?* ¿Dónde están la pauta ó el criterio que han servido para separarlos?—En la última entrega de la estadística que tengo á la mano, veo que entre los superfluos se hace figurar una muchedumbre de artículos que son no sólo necesarios sino indispensables para el consumo atendidas la riqueza y cultura de nuestro país, al paso que entre los artículos necesarios veo figurar otros muchos que por el objeto á que se destinan podrían pasar muy bien á la categoría contraria. Sirvan como ejemplo las alpacas, el acero, los arneses, artículos para modistas, brocato, cachemira, camisas, cacao, etc. El consumo de estos objetos y otros análogos, ¿debe considerarse como superfluo y de lujo ó bien como necesario para la vida? Quién se atrevería á asegurarlo? ¿Y cómo ni por qué medios podría hacerse de ellos una calificación acertada? Creéis que pueda someterse á reglas fijas el uso de las cosas que se compran y se venden? Los encajes y las joyas, que figuran entre los artículos de lujo más reconocidos, ¿no

se adquieren y hasta se encargan á Europa para embellecer á las damas y también para servir á objetos piadosos, como el adorno de las imágenes de nuestros templos?

No, señores; el procedimiento seguido por la estadística es deficiente á toda luz, el trabajo ejecutado por su medio carece de base y antes que revelarnos la realidad de los hechos, podría inducirnos en errores gravísimos. Á nadie se le oculta la dificultad que hay para formar una estadística exacta de lo que se llama *el lujo*, pero esta dificultad se hace insuperable cuando para computarlo se principia por distinguir lo *superfluo* de lo *necesario*, términos esencialmente vagos y relativos, no sólo á la fortuna de los particulares, sino al estado de la sociedad en que viven y á la naturaleza y circunstancias de los consumos. Aunque la aduana separe, unos de otros, esos artículos, hay entre ellos muchos que se confunden bajo una sola denominación, v. g., los *artículos para modistas* que acabo de citar, que son de varias especies y se importaron el año último por valor de 279,446 pesos, como hay otros que para las facilidades del despacho aduanero se incluyen en la nomenclatura de *surtidos*, v. g. los muebles, la ropa, el calzado, la joyería, la cristalería, etc. Y este inconveniente que hay para formar estadísticas especiales, como la de que hablo, lo tienen todas las aduanas y principalmente aquellas que agrupan mayor número de artículos en cada nomenclatura de su tarifa de avalúos. La República Argentina, por ejemplo, comprende todas sus importaciones en 130 artículos, al paso que las nuestras alcanzan á 760, como que pagamos casi por completo al extranjero todos nuestros consumos de necesidad y de gusto y aún los reproductivos. Lo más que la estadística puede decirnos es la calidad, cantidad y valor de las mercaderías introduci-

das, pero de ninguna manera puede asegurarnos su necesidad ó superfluidad, ni menos el carácter y circunstancias de su consumo, que es lo que verdaderamente constituye lo que se llama el gasto de lujo. Fuera de que, en el cuadro trascrito arriba, ya se ha visto que sólo figuran como artículos de lujo el vestuario, las conservas alimenticias, las bebidas fermentadas, el tabaco, la perfumería y los muebles. Pero siendo así, ¿en qué rango deberán colocarse los carruajes y las joyas, los artículos de moda y de gusto, los adornos de casa y de mesa, objetos que todo el mundo considera como de verdadero lujo desde que no son en lo absoluto indispensables para la vida?

V

Soy el primero en alabar el interés y la importancia cada día más considerable de los trabajos que viene publicando nuestra oficina de estadística comercial; pero es ciertamente una lástima, señores, que la estadística no pueda decirlo todo. Ella omite las virtudes al lado de las faltas que señala. Anota las importaciones, pero aunque las clasifique prolijamente, no puede detallarnos los consumos. Pasa en silencio los vicios desde que no caen bajo la sanción de las leyes, pero no toma en cuenta la caridad, la piedad, ni los buenos instintos del corazón, cosas todas que se le ocultan por completo. Pero que no nos cuente que el lujo está sólo en el consumo del tabaco y los licores, las golosinas y el vestuario, y que sólo los que gastan plata en estas cosas son lujosos. Nó: los gustos que constituyen esta pasión no consisten en consumir tales ó cuales artículos que la estadística puede calificar de *super-*

fluos cuando en realidad son *necesarios* ó vice-versa, sino que se manifiestan por consumos exagerados y peligrosos como los que absorben la subsistencia de las familias, por gastos inmorales, de vanidad ó de fausto, y muy principalmente por la intemperancia que nunca como ahora ha alcanzado en nuestro país un límite tan alto.

Ya se ha visto que en el cuadro de nuestra estadística comercial los licores, que se tienen como artículo superfluo y que con ese carácter figuran entre los consumos llamados de lujo, se introdujeron el año 69 por valor de 774,739 pesos. Pues bien, señores: «la importación de aguardientes, cerveza y vinos hecha por Valparaíso el año de 1873 se ha elevado á la ingente suma de 1.844,652 pesos, que con la internación de licores finos y el despacho de aduana de los demás puertos debe pasar en toda la república de 2.200,000 pesos, habiendo de consiguiente un aumento anual de medio millón de pesos en el consumo de esta sola mercancía. Esa importación ha producido al fisco, por derechos, la suma de 300,000 pesos; pero la riqueza nacional ha disminuído en más de tres millones de pesos á que asciende el precio de plaza del artículo.» [1]

Lo que la salud y la moral habrán perdido con esta enorme introducción de bebidas alcohólicas, no hay, señores, para qué decirlo; pero bueno es dejar constancia del hecho, siquiera para que se vea hasta qué punto falla la verdad de la estadística cuando nos asegura que nuestro consumo superfluo alcanza sólo al 18 por ciento del consumo general. Ya se ve que un solo artículo llega al tercio del consumo aquel. Nótese además que esa introducción viene aumentando de día en día y que el vicio nos invade

1. *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, núm. del 1.º de abril de 1874.

ya á tal punto que, si el mal no se detiene, dentro de poco no tendremos nada que envidiar á los pueblos más intemperantes. Y si al presupuesto de los licores se agrega el del tabaco, tan usado entre nosotros, cuyo consumo la estadística estima en 732,041 pesos ó sea en sólo 2 pesos 7 centavos por habitante, cuando en rigor es más del duplo de esta suma, tendremos que las dos formas constitutivas del lujo verdadero, *sensualidad y vanidad costosas*, están representadas en nuestro país en proporciones exorbitantes, á la vez que el gusto de los caros objetos de fantasía aumenta en nuestra clase rica, excitando los apetitos sin freno, estimulando la pueril emulación, desarrollando pasiones mezquinas, que merman la riqueza á la vez que el bienestar y la moralidad del pueblo.

VI

Fácil me sería entrar por mi parte en otras consideraciones, compulsando de diversa manera los datos de la estadística, formar juicios distintos sobre el alcance social de las mercaderías importadas para nuestro consumo interno. No lo hago por no fatigar vuestra atención y porque creo imposible arribar á conclusiones científicas, exactas en la cuestión compleja de que vengo ocupándome. Grande es el vuelo que ha tomado estos últimos años nuestro movimiento comercial, y es sabido que la renta aduanera ha crecido en proporción; pero no es menos cierto que día por día crecen también los gastos suntuarios y aumenta el de los artículos de lujo que absorben el valor del trabajo nacional. La importación y los consumos suben de mes en mes, pero ni la una ni los otros sirven al

desarrollo de las industrias. No hay economía ni hay ahorros; y desde que la *producción* no crece en la medida de las necesidades, éstas paralizan por completo la riqueza y la prosperidad de nuestro país.

Sin que sea menester confrontar y descomponer los estados de aduana, *el aumento de las necesidades facticias y la sensualidad y la vanidad costosas*, hé ahí, señores, el lujo verdadero, apoyado en cifras cuya notoriedad no puede contestarse y que justifican la idea de que el ahinco de los goces y lo ilimitado del orgullo son los distintivos de esta época. Por eso los que observan nuestra sociedad se sorprenden de la baja que, respecto de los tiempos pasados, se nota en el nivel de las ideas y hasta de los sentimientos generales. La molicie ha invadido los hábitos del mayor número y si el pobre gana para embriagarse el domingo y remoler el *San Lunes*, la clase opulenta no quiere sino gozar por todos medios y tratar de aumentar su riqueza á toda costa. La juventud misma hace alarde de una vocación precoz por el gusto caro y los placeres fáciles. Siento decirlo, pero el deseo de estar lo mejor posible y en todas las circunstancias posibles es para muchos el único estudio y el pensamiento constante de su vida. Nadie se interesa ya por la *política*, *ni el amor* al bien público: la patria, las glorias del arte y, hasta la dulce sociabilidad, parecen adormecidas. Faltan evidentemente estímulos que den impulso al desarrollo intelectual y moral, el corazón se muestra sordo al llamado de las nobles emociones, y la vida regalada, el agio por toda ocupación y los hábitos de ocio y de molicie continua ciertamente que no son las palancas mejores para levantar y retemplar nuestro carácter nacional.

VII

A pesar de estas tristes perspectivas no puede negarse que el lujo, entregado a los caprichos de la pasión y del sentimiento individual, hoy como siempre encuentra aquí y en todos los pueblos que se dicen cultos tantos partidarios como detractores. Si éstos lo miran como una plaga social, aquellos sostienen que es un gran bien, desde que activando los negocios y desarrollando las industrias hace felices á los individuos y á los pueblos. Voltaire decía "que si el lujo arruina á los pequeños estados, enriquece y hace prósperos á los grandes;" La Fontaine agregaba, "que la república no tiene por útil sino al hombre que siembra los beneficios desparramando su fortuna." Desgraciadamente, señores, nada es tan falso como estas aseveraciones, porque salta á la vista la enorme diferencia que hay entre los consumos productivos é improductivos, y nadie ignora que los del lujo son de esta última especie. Cien pesos invertidos en una sementera ó en alumbrar un salón de baile, dan naturalmente para la sociedad como para el individuo muy diversos resultados. En uno y otro caso el capital se ha empleado en el pago de un servicio; pero de las luces de baile nada queda, al paso que el gasto de la siembra ha creado una fuerza reproductiva dos ó tres veces mayor que el capital invertido en realizarla. Por eso se ha dicho y con sobrada razon, que es falso que el lujo imprima movimiento ni actividad á los negocios, como lo sostuvo hábilmente el fisiócrata inglés Hume, pues al contrario tiende á reducirlos, como que destruye sin vuelta los capitales y anonada su poder

productivo. Y tampoco es cierto que aumentando las necesidades el lujo fomente el gusto del trabajo, porque en realidad *sólo* excita al derroche y á la avidez de las riquezas bien ó mal *adquiridas*, que en lo general y, salvo pocas excepciones, los *más lujosos* son de ordinario aquellos que deben su fortuna á la herencia ó á la casualidad.

Otro error que conviene combatir es el que hace estribar el lujo en el uso de tales ó cuales artículos de comodidad ó de gusto y que no son necesarios para la vida, porque, lo repito, esas distinciones nada significan, pecan por su vaguedad y son falsas y contradictorias, pues casi todas las cosas buenas y todos los inventos que hoy sirven á la felicidad de la existencia se han considerado en su principio como superfluidades inútiles. El historiador Salustio se muestra tan prevenido contra las cosas superfluas, que el gusto de la pintura es á sus ojos un vicio tan reprensible como la disipación ó la ebriedad. Courcelle cita el ejemplo de individuos llevados á la horca por haberse atrevido á usar camisas, que hoy son indispensables hasta para los gañanes, pero que se creían en otra época objetos superfluos de gran lujo. Los moralistas romanos del tiempo de los emperadores, cuando Lúculo hacía servir en su mesa un plato de lenguas de canarios de valor de 4,000 pesos, no emplearon invectivas más fuertes contra los refinamientos gastronómicos que las que los partidarios de la sencillez lanzaron contra los tenedores, cuando estos inocentes utensilios empezaron á usarse en las comidas. Dándolo, célebre escritor veneciano, habla de la mujer de un Dogo que se atrevió á servirse de tenedores de plata en lugar de comer con los dedos, y dice «que por este crimen *contra natura* exhaló durante su vida el fé-

tido olor de un cadáver.» Los mismos clamores se oyeron, según Garnier, al inventarse en Francia las chimeneas y los colchones. Las naranjas de España é Italia parecieron á otro notable escritor, Hurico de Hutten, «un refinamiento lleno de peligros.» Tiempos ha habido en que hasta el comercio de importación fué considerado como superfluo siempre que no se limitase al mero cambio de objetos de primera necesidad, y así fué como muchos gobiernos prohibieron el tabaco, los licores, la exportación de la moneda, el uso de la seda y de las joyas y hasta de los coches, ya por creerlos innecesarios ó ya para defender á los nobles contra la influencia igualitaria de las riquezas nacidas del trabajo y de la industria.

VIII

Pero sea lo que fuere de la verdad mezclada al error que ha inspirado estos anacronismos, es un hecho que no sólo las exigencias de la vida, sino que los progresos de la sociedad aprueban en millares de casos el uso de las superfluidades más notorias, y admiten en el rico y hasta exigen de la fortuna la representación exterior que ordinariamente la acompaña. La caridad y la abnegación, ¿quién no lo sabe? son plantas preciosas que conviene difundir y cultivar, son nobles y generosas virtudes que enaltecen á la criatura y la acercan al Criador, pero no son obligatorias para todos. Son el lote voluntario y altamente recomendable de unas pocas naturalezas escogidas, pero antes que una escuela del progreso, si no se pone cuidado, ellas pueden convertirse en la rémora del adelanto material y con menos provecho para la moral del

que á primera vista pudiera imaginarse. Sin hacer aquí memoria de la paradojas de Rousseau, premiadas, como sabéis, por una academia de Francia, no sería difícil encontrar, en alguna época de la historia, pueblos ó congregaciones humanas que hayan tenido un cierto grado de civilización y moralidad sin un gran desenvolvimiento de la riqueza y de la industria. Pero nadie ignora que esas son excepciones raras y demasiado transitorias, pues generalmente hablando, la ausencia de toda superfluidad y de todo lujo, antes que á un período de cultura, ha acompañado más bien á un estado de miseria y postración en los individuos y en los pueblos.

Es por eso que me parece otro error y bien grave el sostener que la inmoralidad sea la esencia del lujo, porque éste puede ser bueno ó malo según sea moderado ó excesivo; y si en el caso de un disipador crapuloso implica falta de moralidad, en mil otros casos, que son los ordinarios, significa simplimente el uso de ciertas comodidades ó delicadezas de elegancia, que son de suyo muy honorables, y á las que ninguna persona ilustrada dejará de prestar su aprobación. ¿Por qué ha de ser odioso ni vituperable lo que se llama el *lujo del rico?* ¿Por qué han de estigmatizarse las *industrias de lujo* si el que las gasta tiene como hacerlo? ¿Por qué ha de reprobarse el *lujo público* de un gobierno ó de un municipio que marchan en plena prosperidad? En tales casos no hay mal para la sociedad ni para los individuos. Pero esos casos son la excepción y desgraciadamente ellos no quitan, sino que por el contrario, procuran con el ejemplo la existencia de otros casos que constituyen lo que se llama el mal lujo moderno: esto es, el loco empeño de aparentar y de sobreponerse á los demás, el gusto ficticio por los goces de-

senfrenados y ruinosos y el consumo excesivo y sobre todo desproporcionado con la fortuna que se tiene.

Dada una situación así, es claro que si esas tendencias del mal lujo se generalizan, como sucede entre nosotros, ellas producen, tanto en lo moral como en lo físico, resultados que constituyen para las familias y para la sociedad una verdadera decadencia; y es inevitable que bajo el influjo de esa pasión egoísta, «que no admite rival y que se excede no sólo en los goces sino en los cálculos, como lo observa justamente el economista Baudrillar, todo lo que hay de desinteresado y noble, de tierno y elevado en las relaciones sociales se altere y se abata de la manera más sensible. Y ¡ay de la vida cuando se apagan la luz del deber y la voz de la conciencia! Si los hombres no sienten otras emociones que las del placer y del medro, de la representación exterior y del brillo facticio, ni piensan sino en supeditarse unos á otros por el gasto y la ostentación, ¿qué cabida pueden tener en los espíritus las ideas generales y generosas, que son las más grandes y fecundas y que se adhieren á un sentimiento cualquiera, llámese caridad, patria, religión, ciencia ó arte?» Sin duda, señores, que estos sentimientos no perecen, pero se enfrían y se materializan; y ciertamente que cuando una buena parte de la sociedad vive sólo del agiotaje y la especulación, sacrificándolo todo al dinero que da goces y da éxito y entregada a cuanto lisonjea los sentidos ó encanta la vanidad, hay sobrados motivos de alarma para los que deseamos el bien, y más aún, para el legislador ó el mandatario que deben cuidar, ante todo, del desarrollo y mejora de la moralidad del pueblo.

IX

Yo no hago aquí la fisiología del lujo, hablo sólo de sus efectos económicos y sociales. Pero una prueba palpable de la existencia del de mala calidad la tenemos, señores, en los hechos graves que diariamente presenciamos, en el desquilibrio de la renta y los consumos, en el aspecto general de nuestra sociedad elegante y en los fuertes gastos de la clase menos acomodada que trata de igualarla, pero más todavía en la disminución de los matrimonios de gentes de calidad, el aumento de las necesidades generales y la carestía cada vez mayor de los objetos indispensables para la vida. Y nada más natural, porque si es cierto, como decía Franklin, que *más cuesta alimentar un vicio que muchos hijos*, también es verdad que los gastos de ostentación y el vano propósito de igualarnos unos con otros van haciéndonos la existencia cada vez más embarazada y exigente. Para la inmensa mayoría, el matrimonio ha venido á ser un verdadero objeto de lujo y por eso se retrocede ante las obligaciones que él impone, sin estimar en lo que valen las alegrías ni los goces de la familia.

¿Podrá creerse que los matrimonios calculados durante un decenio, en todas las parroquias del departamento de Santiago, no alcanzan sino á tres y medio por mil habitantes en el año? ¿Se creerá que de esos muy contados enlaces no llegan nunca al 2 por ciento los de personas acomodadas ó de condición notable? ¿Y se creerá todavía que de esos matrimonios tan reducidos una cuarta parte deja de realizarse, después de corridas las proclamas y obtenidas las dispensas de la curia, porque los contrayen-

tes pobres desde que cuentan con ese requisito se dan por satisfechos? ¿Para qué buscar entonces pruebas más concluyentes? Quién podrá negar que las necesidades facticias y la vanidad, que son el origen verdadero del lujo malo, son también un obstáculo poderoso para el incremento de las familias y la mejora de nuestro pueblo?—¿Y por qué sucede esto?—Porque hoy es menester, ante todo, que cada cual satisfaga sus necesidades de egoísmo y de representación. Padres y madres, pretendientes y pretendidas, hoy nadie quiere bajar sino subir constantemente en la móvil escala de los goces y del fausto, mayores ó menores según la fortuna y el rango, más ó menos excesivos según la indiscreción ó cordura de los individuos. El vicio que cuesta caro ó por lo menos el gasto de placer y de satisfacción personal, marchan paralelos hoy con la fortuna que se tiene ó se desea y con el ahinco de figurar á toda costa.

Es cierto que en medio de esta situación, que los partidarios del lujo llaman feliz y próspera no obstante la crisis general que nos agobia, muchos objetos se multiplican y abaratan hasta hacerse accesibles á la mayoría, cuyos recursos han aumentado con el desarrollo de la producción y el incremento de la fortuna general. Tampoco puede negarse que hoy vivimos con mayor comodidad que antes y que el bienestar que la clase trabajadora ha alcanzado con el alza de los salarios es manifiesto. Pero no es menos cierto que en nuestras ciudades todas y principalmente en Santiago las dificultades de la vida han aumentado extraordinariamente. Todo ha encarecido aquí, desde la carne hasta la sal, desde la habitación y el vestuario hasta el último de los menesteres domésticos. Todo sube con imprevista rapidez y no hay renta ni salario que no dismi-

nuyan ante el precio elevado de los consumos. Y en este encarecimiento de la existencia es incuestionable que el lujo y los crecidos gastos suntuarios tienen una responsabilidad tanto más esencial cuanto que los moderados sufren por los fastuosos, los inocentes pagan por los culpables y todos, mal que les pese, tienen que soportar las exigencias de esta situación anómala que obliga á cada cual á someterse y á gastar como los demás, cueste lo que cueste y suceda lo que suceda.

X

Es un hecho, sin embargo, que Chile no puede enriquecerse ni alcanzar un progreso estable si no produce en relación con sus necesidades y sus consumos. Desde el momento en que su producción crezca con relación á esas necesidades, el precio medio de sus productos consumidos debe disminuir, porque no puede haber crecimiento en la producción ni en la fortuna pública sin que haya al mismo tiempo baja en el precio de consumo de los productos. Todas nuestras empresas industriales, mineras ó de comercio, fabriles ó agrícolas, no pueden tener sino un objeto,—aumentar la cantidad producida y disminuir por ese aumento los gastos de producción,—por manera que la disminución de los precios de consumo que resulte del aumento de productos venga á acrecer á la vez el bienestar de los productores y consumidores, que es lo que constituye la prosperidad general.

Si así no fuese, ¿por qué resultado positivo podríamos reconocer el progreso de las industrias ni la utilidad verdadera que rinden nuestros grandes trabajos privados ó

públicos? Nada más que por la baja de los costos de producción ó del precio medio de las cosas consumidas. Y bien, ¿cuál es el resultado que nos han dado, al menos hasta hoy, los millones gastados en estos últimos años? Un encarecimiento general de todos los artículos de consumo á la vez que del trabajo manual; un alza enorme en el precio de todas las cosas; una subida de más de 50 por ciento de todas las exigencias de nuestra vida material y social. Este hecho es patente como la luz. Para estar en la lógica, preciso es entonces confesar que si esas obras han traído beneficios reales, no es la generalidad de los ciudadanos la que ha ganado con ellas, porque, al contrario del resultado que habrían debido producir, la vida es hoy mucho más cara entre nosotros de lo que era antes que esas obras se ejecutasen. Y una de dos: ó esas grandes obras,—ferrocarriles, telégrafos, diques, muelles, almacenes de aduana, palacio legislativo, palacio de la industria, palacios particulares, parques, hoteles y casas espléndidas y que simbolizan nuestro progreso,—no han producido hasta ahora efectos útiles para la nación, pues que ella gasta en vivir el doble que antes, ó bien esas obras han dado provechos reales y entonces los que las han ejecutado han absorbido todas sus ventajas, puesto que para el público no ha resultado ni disminución de impuestos ni baja en el precio medio de las cosas necesarias para la existencia.

Nó, señores! No nos engañemos de propósito deliberado y busquemos la causa de este fenómeno en su verdadera fuente. Yo entiendo que donde quiera que la democracia se convierte en elemento preponderante, ella se recomienda por su laboriosidad y su economía, que forman contraste con los hábitos de pereza y rutina que fueron la herencia de nuestra sociedad de otro tiempo. Pero, ¿qué sucede hoy

en Chile? Ya no tenemos una plebe viciosa y pordiosera que viva á expensas de los ricos;—el inquilinato desaparece para abrir el campo al trabajo pagado;—la clase industrial se muestra cada vez más activa y laboriosa;—la clase obrera, elevándose al bienestar por el ahorro;—la propiedad cada día más repartida en las ciudades y en los campos;—la necesidad de la instrucción y el sentimiento de la independencia y de la dignidad personal cada vez más generalizados.—Hé ahí los rasgos principales que constituyen una superioridad incontestable de nuestro modo de ser actual sobre el antiguo: hé ahí lo que podría llamarse el triunfo verdadero de la democracia, que da á este país vitalidad y orden en el interior y valimento y consideración en el extranjero.—Pero si con todas estas ventajas suprimimos de nuestra existencia esa luz solitaria de la conciencia moral, esa fuerza interior que se compone de las creencias y de las costumbres, de la dominación de nosotros mismos y de nuestra conservación material é intelectual, no decaeremos sacudiendo el yugo del trabajo y de la actividad para entregarnos á los excesos del lujo y de la disipación? ¿Qué aprovechan á nuestras familias ni á la sociedad esos gastos fantásticos y de pura emulación, que devoran las fortunas y á veces hasta la honra, por el vano deseo de aparentar y hacer figura? ¿Cuánto más no ganarían la prosperidad y el orden si se restableciese desde luego en Chile el equilibrio perdido entre los consumos y la producción?

XI

Desgraciadamente, señores, esta propensión al lujo que tanto crece en nuestro país no es de hoy, sino que data de un tiempo en que teníamos harto menos recursos que al presente. Un escritor francés, M. Parisot, la citaba ya con sorpresa hace 20 años, y hablando del comercio que sus compatriotas hacían entonces por Valparaíso, decía: «No puede menos de reprocharse á nuestros negociantes el que la mayor parte, casi la totalidad de los cargamentos que mandan á Chile, sean sólo de objetos de lujo y fantasía, en lugar de artículos menos preciosos, pero cuidadosamente confeccionados, de un precio más módico y apropiados á la gran masa de los consumidores, pues por más que los ricos de Chile sean lujosos, es la masa aquella la que ofrece á las especulaciones comerciales el campo más vasto y los beneficios más seguros.» — Parece, pues, que la vanidad es de tiempo atrás como el rasgo prominente de nuestro carácter y que el chileno la lleva á donde quiera que vaya.—Sir Robert Peel decía que en Inglaterra de cinco individuos cuatro gastan toda su renta y sólo uno economiza; pero que en Francia había observado que de 40 familias 39 hacían economías ó por lo menos se empeñaban en no consumir jamás el todo de sus entradas. Yo pienso que de Chile ó más bien de Santiago puede justamente decirse lo contrario, porque aquí la inmensa mayoría consume harto más de lo que produce, y vive, como vulgarmente se dice, sobre la renta del año venidero. Al menos yo he podido notar muchas veces que cuando un extranjero, en circunstancias dadas,

gasta como cuatro, un chileno gasta como diez;—y como el exceso de gastos trae situaciones embarazosas y difíciles, debe esperarse que los futuros fisiologistas del lujo nos pinten con caracteres que hagan llorar y hagan reir de nuestra incorregible vanidad.

Tal vez será de la esencia de nuestra democracia chilena el cambiar la igualdad, que en su sentido legítimo es una verdad y un bien, por un conato ardiente de equipararnos con los que tienen mayor fortuna que nosotros. Este deseo, que á veces toma serias proporciones (cuando los padres de familia se arruinan por figurar), y á veces formas ridículas como cuando exceden sus recursos por dar á sus esposas é hijas carruajes, muebles de seda, ricos vestidos y palcos en el teatro, no es entre nosotros una excepción ni el único ejemplo de lo que se llama *el lujo malo*. Es al contrario una tendencia general y arraigada, un gusto fijo, una pasión que domina sobre todo entre las gentes de mediana fortuna: es algo que constituye una especie de enfermedad social y que podría llamarse «el furor de hacerse notar en el número harto crecido ya de los felices y los ricos.» Y dada esta perversión del sentimiento democrático y conocida nuestra debilidad por distinguirnos ó más bien por igualarnos los pobres con los acaudalados, nada más natural que el que esa lepra se extienda, porque la pasión del lujo domina más que las otras y de ordinario arrastra aún á los que se creen cuerdos á los más locos y censurables extravíos. Decidme, señores, ¿á qué otra causa sino á las crecidas inversiones del lujo se debió la crisis del 61? Y la que venimos atravesando desde hace catorce meses ¿por qué persiste y se ahonda y es hasta una amenaza para las fortunas más sólidas, sino porque se ha roto el equilibrio entre la pro-

ducción y el consumo, esto es, porque el país no produce ni con mucho lo necesario para saldar la fuerte importación que nos hace el extranjero?—Desde los venturosos tiempos de California, que iniciaron nuestra prosperidad comercial, ¿cuándo han sido mayores ni más exagerados el fausto y la ostentación que en estos últimos años?

XII

Es bien sabido que de todos los ramos del comercio, los que se refieren á la exportación de los productos nacionales y á la importación de productos extranjeros, son los que tienen un significado más esencial para la estimación de las tendencias industriales y mercantiles del país, para establecer su legislación aduanera y para calcular el mayor ó menor desarrollo de la riqueza pública. Hagamos, pues, con todo laconismo, un resumen comparativo de lo que han sido en el año último esos dos ramos fundamentales de nuestro comercio general, y tendremos que, según los documentos oficiales, son como sigue:

I.—Importación total de 1873, según el valor calculado por las aduanas	$	37.928,427
Derechos, comisiones y gastos que no bajan por término medio del 33⅓ por ciento		12.642,809
Precio efectivo de la importación	$	50.571,236
II.—Exportación en 1873 de productos nacionales		36.903,937
Id. de mercaderías nacionalizadas		1.906,334
Precio corriente de ambas	$	38.810,271
Diferencia en contra de la exportación	$	11.571,236

Y es claro que esta fuerte suma, si no en el todo, al menos en su mayor parte, forma un saldo anual á cargo del país, merma considerablemente su fortuna y no puede pagarse sino con una mayor producción ó con empréstitos sucesivos. Y, ahora, si queremos saber la cuota porque figuran en esa enorme diferencia nuestras importaciones de objetos de reconocido lujo, tendremos que se han introducido el año de 1873:

Por sederías	$ 1.020,775
Licores	1.437,651
Joyería	815,163
Perfumería	121,447
Muebles	938,536
Adornos para vestidos, etc.	482,134
Conservas alimenticias, dulces y golosinas	300,997
Tabaco y cigarros	1.076,238
Varios artículos de gusto	191,965
Suma	$ 6.384,906

XIII

Nadie niega, señores, que el que tiene una fortuna legítima y libremente adquirida puede emplearla como quiera, pero también es indudable que el uso que de ella haga puede ser bueno ó malo, favorable ó adverso para la sociedad, y que en este punto son tanto más necesarios los preceptos de la moral cuanto que la ley positiva es completamente muda. Y dado este silencio de la ley, ¿os parece que la moral pública y la economía social deban

aprobar esos consumos personales extravagantes y ruinosos? Esos gastos de puro lujo, que para ser mejor comprendidos llamaré yo de fausto desproporcionado y de loca ostentación, ¿dejarán de ser nunca una barrera opuesta al progreso y á la moralidad del país? Y sin desconocer la laboriosidad ni la caridad que tanto honran á nuestros compatriotas, sin negar los sacrificios que hacen á la beneficencia y al desarrollo de las industrias, ¿podrá dudarse, en vista de lo expuesto, que para nosotros los gastos puramente personales son los más considerables y que entre ellos los de aparato y fausto ocupan el lugar más prominente?

Según la estadística comercial, nuestra importación de mercaderías francesas el año pasado fué de $ 7.851,014, lo que da más de una quinta parte del comercio general á las solas mercaderías venidas de Francia, que, como sabéis, consisten principalmente en telas finas y vestidos confeccionados, carruajes, vinos y licores de calidad, muebles y menajes de casa, tapices, grabados, encajes, pinturas, objetos de arte y otros artículos que son no sólo de moda y de gusto, sino de lujo muy real y verdadero. Si este gasto, que viene aumentando año por año, fuese sólo de los ricos ó se cubriese en el consumo general con una producción equivalente, nada habría que decir, porque el amor al bienestar y á la comodidad de la vida no sólo es legítimo sino que sirve de base á la civilización; como que estando combinadas en nosotros la naturaleza carnal y la espiritual y siendo un conjunto de cuerpo y de alma, necesitamos para el bien de nuestro espíritu de ciertas satisfacciones cuya base es la materia; necesitamos cierta clase de alimentos, habitaciones, vestidos y hasta pasatiempos, y si nos privamos de ellos, nuestro cuerpo está expuesto

á las enfermedades y el alma misma corre peligros de no llenar bien la misión que le es propia. Los filósofos dicen que el hombre no es otra cosa que *una inteligencia servida por órganos;* y si esto es verdadero como un axioma, por lo mismo que el alma tiene como agente al cuerpo, por eso mismo la religión y la moral, la ley social y la ley económica nos obligan á cuidar de este cuerpo y á hacer en su obsequio cuanto pueda conducir á conservarlo y perfeccionarlo.

Sin embargo, señores, preciso es no olvidar que no se puede consumir sin producir y que, aún produciendo lo bastante para pagar nuestros consumos, cuando el amor al bienestar degenera en sensualismo, contraría la marcha de la civilización y detiene sus progresos, porque debilita los resortes del alma y despoja al hombre de la fuerza que necesita para avanzar en la carrera de la vida. Esta es una verdad demostrada, y así como una población de sibaritas sería inconciliable con la felicidad de los individuos y con el poder del estado, así tampoco podría darse una gran nación, ni menos una nación feliz, con hombres que carecieran de los elementos del bienestar material. Un pueblo miserable difícilmente dejará de ser un pueblo bárbaro. Lo que recientes exploradores acaban de contarnos de los habitantes de la Tierra del Fuego no es una novedad, pero es un hecho que, después de mil otros, viene á demostrarnos cuánto influyen la desnudez y la ignorancia en la grosería de los instintos y hasta en la ferocidad de las costumbres.

XXIV

Pero sin práctica del buen vivir y de saber asociar las honestas satisfacciones del cuerpo y del espíritu, el cultivo de las ciencias, las letras y las artes, el amor del confortable y de todo lo que embellece la vida moderna son incompatibles con las privaciones y la miseria, también es innegable, señores, que las enseñanzas de la moral y de la sociabilidad condenan con sobrada justicia los abusos de la riqueza y la extravagancia de los gastos personales y de ostentación que prueban tanta falta de cordura como demasía de egoísmo y vanidad. Vosotros lo sabéis mejor que yo, todos estos son los corolarios obligados del *lujo malo*; pues cuando se gasta más de lo que se produce, el hombre y las familias empobrecen, la moralidad decae, los caracteres se debilitan, el trabajo honrado carece de estímulos y á medida que el pequeño número de los poderosos consume sin término, la fortuna de las clases menos acomodadas se evapora por imitarlos, y las privaciones de la muchedumbre se aumenta, como que los medios legítimos de adquirir, aún en los países más opulentos, nunca bastan á satisfacer las exigencias de una caprichosa fantasía.

El canciller Bacon decía que «el lujo es como la hidropesía del cuerpo social» y agregaba que «las miserias más grandes son las que se ocultan bajo el lujo de las naciones.» La importancia de este escritor desvaneció el aserto del filósofo de Ferney, que sostenía «que todos los que hablaban contra el lujo no eran otra cosa que *pobres de mal humor*»; pero no ha bastado para hacer aceptar su calo-

rosa recomendación de las leyes suntuarias como remedio del mal que se trata de reprimir. Esas leyes, señores, jamás han producido el efecto que se buscaba y con los progresos de la industria y de la libertad individual, que rechazan por completo la intervención del Estado en la vida de los ciudadanos, lo que hoy hacen los gobiernos es imponer al lujo las cargas pecuniarias, que no tienen carácter represivo, pero que en forma de impuestos se convierten en una de las fuentes más principales de las rentas públicas. Por eso no debemos pedir nosotros que en Chile el gobierno intervenga en estas materias. Debemos, sí, tratar de que las entradas fiscales incrementen impulsando la importación reproductiva del fierro, la madera, las máquinas, etc., y recargando el derecho de los artículos llamados de lujo, principalmente los muebles, las sederías, cigarros, licores, y gravando estos artículos con derechos *ad valorem*, pues no hay razón para que, por ejemplo, el Burdeos Laffitte que vale 10 pesos botella, pague el mismo derecho que el vino del artesano, ni para que el cigarro hamburgués que fuma el pobre se estime de igual manera que los Imperiales de Cabañas que son el goce de los opulentos.

Lo que nuestro país necesita sobre todo, es nivelar su producción y sus consumos, pues cuando este equilibrio no se rompe el hombre mejora de suyo; disminuye sus necesidades facticias y aumenta el poder de su trabajo futuro con el socorro de los frutos de su trabajo anterior; la sociedad se enriquece y en recompensa de su labor asegura cada año una suma más y más considerable de objetos que contribuyen á la prosperidad general. Todo chileno entonces podrá dar satisfacción á mayor número de necesidades, la miseria y el vicio serán atacados en su origen

y el progreso social se operará como por sí propio y sin grandes esfuerzos. Esta es una verdad experimental, señores, y ella prueba que la riqueza y el bienestar suponen en los individuos como en las naciones dos virtudes principales: el amor al trabajo y el deseo del ahorro que sólo se adquieren á la sombra benéfica de la libertad y de la moral. La libertad es como ingénita para nosotros, porque por ella nacimos y con ella vivimos bajo la república; es peculiar á nuestra naturaleza y es como una herencia de que gozamos por privilejio; mas, para los individuos como para los pueblos, la libertad es también una dignidad á la que no se llega sino por el orden, el trabajo y la virtud.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras).

I

Pocas sociedades humanas han realizado los progresos que Chile en los últimos veinte años. Sin embargo, de algún tiempo á esta parte nuestra situación económica no es buena. He consultado sobre ella á distintos individuos y sus respuestas han sido unánimes. Comerciantes y hacendados, industriales y agentes de cambio, empresarios ó simples trabajadores, todos se quejan del malestar general de los negocios. Las transacciones están adormecidas y los consumos disminuyen á la vez que las importaciones. No se compran títulos públicos sino con fuertes descuentos. Las acciones de las sociedades anónimas todas están depreciadas y cotizándose, algunas, no sólo por menos del capital pagado, sino con merma de lo que valdrían si se liquidaran. Tenderos y almaceneros no venden este año la mitad que en el pasado. Son raras las colocaciones de dinero como los negocios á plazo. Las revistas del mercado siguen tristes y la industria y el comercio, en grande

ó en pequeño, todo sufre por consecuencia de esta situación que pugna con la decantada prosperidad de nuestro país.

Estos hechos, de que todos, más ó menos, venimos siendo testigos y víctimas, prueban la existencia entre nosotros de una perturbación económica, que si no es terrible y profunda, no por eso deja de dañar visiblemente al progreso y actividad de la nación. Mientras tanto, es evidente que no hemos empobrecido por malas cosechas, broceos de minas, ni contrastes financieros. Las industrias siguen todas más ó menos prósperas porque hoy como ayer producimos y exportamos bastante. La renta pública no ha sufrido detrimentos grandes ni pequeños, y las fortunas particulares tampoco han mermado por atrasos ni quebrantos. Por causas diversas pero accidentales se ha operado una especie de parálisis en la marcha normal de los negocios, y el crédito se ha restringido en muchos casos, más por prudencia que por necesidad. En resumen, hay falta de confianza en el estado de la plaza y hay inseguridad en el éxito de las operaciones comerciales é industriales; pero ningún trastorno serio, ninguna pérdida verdadera, ninguna perturbación grave ha tenido que sufrir durante un decenio de riqueza nacional.

Para confirmar estas verdades basta tener ojos y un poco de memoria de los hechos, como basta abrir la estadística para comprender que la producción y el consumo, los capitales y las rentas, los cambios y la industria en sus múltiples manifestaciones, todo, en fin, lo que constituye nuestra existencia económica, ha marchado desde 1862 en progreso más ó menos rápido, demostrándose con ello que la prosperidad de este país puede desalentarse algún tiempo, pero no interrumpirse todas sus esferas, porque no

nace de accidentes transitorios sino que es un efecto lógico de causas normales y permanentes.

¿Dónde está entonces el origen de nuestro malestar actual? ¿Viene de accidentes extraños ó procede de nuestros propios errores y desaciertos? ¿Será constante y fecundo nuestro progreso material si no marcha paralelo con la honradez y la moralidad de los negocios?—Yo creo, señores, que estas son cuestiones de viva actualidad y de grandísima importancia, porque á todos nos afectan y porque los hechos económinos á que ellas se refieren se imponen por sí solos y ocupan en nuestra sociedad un lugar que, nada, ni la política, ni los códigos, ni la igualdad de fueros ó la desigualdad de las excomuniones episcopales pueden atreverse á disputarles.

II

Todo el que ha estudiado un poco los negocios y la historia sabe, señores, que una situación tal como ésta no es nueva en países prósperos como el nuestro. Así es que el mal no está tanto en el fenómeno mismo cuando se presenta sino en sus efectos, que de ordinario se exageran por debilidad ó por falta de conocimiento de los hechos, hasta producir pánicos que trastornan el buen sentido y convierten perturbaciones pasajeras en reales y verdaderos desastres. Ocurre en estos casos lo que en las epidemias que suelen asolar á los pueblos, que doblan sus estragos donde quiera que el miedo paraliza la acción corporal ó domina á los espíritus. Por eso, aún cuando no se traigan á la situación alivios esenciales, siempre es útil presentar las cosas como son en sí; siempre es bueno que

los ciegos y los ilusos abran los ojos y se dispongan á aprovechar en el porvenir la experiencia adquirida en el presente.

Desde luego tenemos delante una verdad consoladora y de todos conocida, y es que la perturbación que hoy se sufre, no reconoce entre sus causas determinantes ninguna que signifique una pérdida verdadera. Con motivo de una repentina restricción del crédito, el agiotaje ha concluído y han subido los descuentos por la escasez del capital acumulado. Los valores fiduciarios se han deprimido porque la necesidad de liquidarlos acrece su oferta á la vez que la desconfianza reduce su demanda. Los grandes negocios aleatorios y las ganancias fantásticas han desaparecido. Han mermado por consecuencia los gastos de aparato, y la farsa y la exageración han hecho su tiempo. Pero la renta y los valores efectivos quedan en pie, los productos y los consumos tienden á nivelarse cada dia y recobran más y más el equilibrio que, en mala hora, les habían hecho perder la fiebre del agio y el ardor endémico de la especulación.

III

Los pueblos tienen mala memoria y por eso no es extraño, señores, que las prosperidades del último decenio nos hayan hecho olvidar los estragos de la crisis de 1861, que hoy estamos viendo renovarse. Todos saben que hasta entonces el crédito, de que tanto se abusó desde el 58 al 60, estaba limitado á las pequeñas sumas que los prestamistas particulares ofrecían á la industria. El capital comprometido en el quebranto de ese año no alcanzó á seis

millones de pesos; pero, cinco años más tarde, pasaba ya de doce millones el valor circulante en billetes y certificados de depósito. Después de otro quinquenio, esto es, á fines de 1871, ese capital se cuadruplicaba. Los valores puestos en circulación por medio de los bancos pasaron desde entonces de cuarenta millones de pesos, sin contar todavía los cheques, vales y letras de cambio que tanto papel hacen en la circulación y, sin incluir, tampoco, los catorce millones emitidos hasta esa fecha en cédulas de la Caja Hipotecaria y en billetes de los bancos Garantizadores de Santiago y del Sur.

Este rápido desarrollo del crédito donde poco antes no se conocía, prueba que en sólo un decenio y por el intermedio de nuestros establecimientos bancarios, se ha puesto al servicio de la especulación en todas sus formas una suma de cerca de *sesenta millones de pesos*, suma que ciertamente no era exigida por las necesidades industriales ó comerciales, y que no guardaba proporción con esas necesidades ni con los valores ahorrados y los capitales verdaderamente disponibles. Atendida la producción y los consumos del país, por más evidente que haya sido el desarrollo de su comercio y sus industrias, nadie podrá afirmar con fundamento que las ganancias y las economías de menos de diez años hayan bastado entre nosotros á capitalizar y poner en disponibilidad tantos millones.

Por eso fué que los resultados de una tan grande oferta de capitales no se hicieron aguardar. Aumentados los depósitos en los bancos fué preciso bajar el interés y prorogar los vencimientos, aceptar repetidas renovaciones, no investigar la verdadera responsabilidad de los deudores y cerrar los ojos ante los riesgos de pérdidas como ante las especulaciones más aventuradas, todo ello dentro de la

misma lógica, todo con el objeto de buscar colocación á esa suma enorme de valores ofrecidos más y más baratos mediante la competencia de los establecimientos de crédito.

IV

Aquello fué como el jubileo de las riquezas. Las industrias nadaban en la opulencia; vendíanse los frutos antes de llegar al mercado; habían vuelto para nosotros los venturosos tiempos de California y de Australia. Y, como era natural, se empezó á negociar en todo y para todo, y de ahí provino la formación, en sólo dos años, de 178 sociedades anónimas, con objetos más ó menos parecidos y el aumento del capital de todos los bancos, que, para emitir más papel duplicaron sus acciones y pidieron á sus accionistas cuotas de millones, que los mismos bancos les facilitaban á bajo interés. Obrando así y no correspondiendo la industria ni los capitales al giro violento que se les daba, no pudo menos de sentirse en breve una perturbación en la marcha normal de los negocios, gracias sobre todo á esa rivalidad que arrastraba á unos y otros prestamistas á favorecer la creación de valores fiduciarios destinados al agio, ofreciéndose á diestro y siniestro capitales baratos no sólo para asegurar la propia clientela sino para atraerse la de los vecinos.

Pero mediante esa loca facilidad del crédito cuyas resultas estamos pagando, el país se ha enriquecido; sólo hemos visto fundarse industrias nuevas y compañías cuantiosas que no tenían razón de ser, y que murieron antes de establecerse ó á poco de establecidas, probándose así

que la utilidad en ellas no estaba en el negocio que se recomendaba, sino puramente en el dinero de los accionistas y en la sencilla credulidad del público. Así era como los agentes y vendedores de acciones ó promesas de acción perseguían á todo el mundo para enriquecerlo. No hubo empleado subalterno ni pobre dependiente ó industrial que dejara de hacerse accionista. Y en esa fiebre de especulación, en que todos se engañaban y explotaban, todos han perdido, hasta los científicos, pero mucho más los inocentes, que como por efecto de un procedimiento mágico guardaron el papel y vieron pasar su dinero al bolsillo de los prestidigitadores.

V

Yo no formulo aquí cargos contra nadie, señores, apunto sencillamente las premisas de la situación. Pero es innegable que durante esa anarquía del crédito.—1870 á 1872,—los nueve ó diez bancos de esta capital,—que servirían mejor al público fusionándose en uno todos los de segundo orden,—prestaron con garantías ó sin ellas y á veces sobre simples giros ó cheques sumas muy superiores á la verdadera responsabilidad de sus clientes. Como era de esperarlo, esa facilidad de obtener fondos á bajo interés elevó todos los valores y hasta los imaginarios, y combinándose esta ganancia con los gruesos dividendos de las sociedades, las riquezas de Caracoles y la Florida, el carbón del sur y los salitres del norte, la agricultura del centro, los palacios en construcción por todas partes, las grandes obras públicas y el trabajo de vastas líneas de ferrocarriles y telégrafos, sobrevino la fiebre que

causó una revolución no sólo en los papeles, sino en los valores todos y hasta en el metálico, como que la plata y el oro en ese tiempo no fueron bastante rápidos para corresponder al furor de la especulación.

La sed de la ganancia fácil y vertiginosa dominó á los hombres y elevó á cientos de miles de pesos las transacciones diarias sólo entre Valparaíso y Santiago. Todo negocio iba bien, en todos se utilizaba; no faltó quien dejara de ganar jugando al alza. Pero en medio de esta locura universal vino un intervalo lúcido. Meditóse un momento y se vió que todo aquello no era sino una farsa peligrosa. Los señores dispensadores del crédito se dieron entonces cuenta de su situación, pesaron su responsabilidad, comprendieron el riesgo que corrían los capitales que administraban; y, temerosos de una catástrofe, por la subida del cambio, la creciente exportación del numerario y la necesidad de mantener la reserva metálica para la conversión de sus billetes, en un mismo día suspendieron los préstamos y trajeron la repentina cesación del agiotaje, la desconfianza de los capitales, que comenzaron á ocultarse, la baja de todos los títulos fiduciarios y la merma consiguiente, no sólo en los valores caprichosos ó de mera estimación, sino hasta en algunos de los valores reales que constituyen la fortuna positiva del país.

VI

Nada más lógico que este procedimiento, que ya se retardaba demasiado que era conforme no sólo á los preceptos de la ciencia sino á los dictados del más simple sentido común. Porque nadie ignora, señores, que los negocios co-

merciales ó industriales y aun los de mera especulación deben, ante todo, no exceder á los capitales disponibles y conformarse al estado y circunstancias de los pueblos. Si es cierto que el espíritu de empresa multiplica los productos y realiza prodigios ayudado por la asociación, también es innegable que este progreso no se opera sin dolorosas compensaciones, porque no se vende todo lo que se quiere, ni los capitales aumentan á nuestro antojo, sino que, ó se retiran de industrias en actividad, ó se sacan del ahorro, y en uno ú en otro caso ni se prestan gratis ni cuando se emplean sin provecho dejan de ser causa de sufrimientos y aun de ruinas.

El olvido de esta verdad rudimental es tal vez la causa principal de la situación que atravesamos, porque la necesidad de moderar la especulación restringió el crédito y produjo la dificultad de renovar los vencimientos, puso coto á las cuentas corrientes, y los deudores, obligados á vender para pagar, tuvieron forzosamente que hacerlo quebrando el precio. Tratóse entonces de finiquitar esa masa enorme de papeles que no guardaban proporción con el capital acumulado. Crece la oferta, pero no hay demanda. Los premios caprichosos desaparecen y hasta los descuentos sobre el capital entregado ya no bastan, porque ha entrado la desconfianza y nadie compra, y desde ese momento la crisis estalla, comienzan á sentirse los conflictos y sacrificios precursores de toda liquidación.—Por fortuna los bancos han hecho esta vez lo contrario que los prestamistas de 1861.—A nadie han urgido, se han renovado sin dificultad los vencimientos, las garantías se han mejorado y los compromisos han venido liquidándose paulatinamente, con provecho mutuo de los acreedores y deudores y aún del público.

VII

Raro es el que piensa que este fenómeno deje de prolongarse todavía por algún tiempo y que sea puramente un mal aislado y circunscrito. Todos lo derivan de accidentes transitorios pero más ó menos graves y generales, como pérdidas en negocios de salitres y minas de plata ó de carbón, desenvolvimiento exagerado de empresas superiores á nuestros recursos, multiplicación de sociedades anónimas y de instituciones bancarias creadas sin objeto útil, abusos del crédito, grandes obras públicas sin carácter remunerario y, más que todo, excesos de la especulación.

Siempre es natural que los que sufren no busquen en sí mismo sino en los otros las causas de su dolor. Puede que las apuntadas sean ciertas, en su mayor parte, pero las pérdidas efectivas no lo son, porque es evidente que las minas de plata y de carbón y salitres han dado ya al país mucho más de lo que le cuestan. Caracoles, por sí solo, ha producido medio millón de pesos mensuales en todo el curso de este año, y sin las dificultades de explotación y el monopolio del rescate de sus metales daría el doble. Pero es un hecho que entre los intereses del país y las diversas esferas de su acción productora existe un lazo de solidaridad de que es imposible sustraerse. Solas, ó combinadas, las causas aquellas producen donde quiera los mismos efectos, pero verificado el mal, no queda otro arbitrio que vencerlo y tratar de que no se repita en adelante. Violadas como lo han sido las leyes económicas, es en vano querer sustraerse á la pena que esa violación trae

consigo, como sería temeridad querer servirse del auxilio del poder público para perseverar en la ruta que ha podido conducirnos al abismo.

La creación de los bancos y de las sociedades llamadas á dar vuelo al crédito y al espíritu de empresa en nuestro suelo, si por un lado nos han traído las ventajas de la innovación y la perspectiva del enriquecimiento público, no han podido dejarnos de hacer sentir por otro los inconvenientes y peligros que traen anexos. Y el menor de estos peligros no ha sido la duplicación del capital fiduciario, ni el exceso de ardor con que se incrementó el agiotaje, sino la obstinación con que durante dos años se ha embrollado y oscurecido, como de propósito deliberado, la sana noción del valor de las cosas. Ahí, más que en otra parte, está el origen verdadero del mal que lamentamos, porque al lado del capital serio, que se defiende por sí mismo y resiste á todos los embates, se ha creado un capital fantástico que se aceptó algún tiempo á título legal, pero que se minoró desde el primer anuncio del pánico y sigue deprimiéndose más y más á medida que la opinión se ilustra y se estima cada cosa en lo que vale.

Ese capital efectivo y realmente disponible, que se forma por el ahorro acumulado, y constituye lo que se llama la riqueza flotante del país, eso es lo que ahora hace falta, porque se le han dado inversiones excesivas y desproporcionadas con las verdaderas necesidades de la industria. Y esa falta es la que con razón restringe el crédito y embaraza la marcha de los negocios, porque los valores no se multiplican á nuestra voluntad, y los que teníamos disponibles no han podido sustraerse de su destino sino rompiendo la dependencia estrecha en que viven las industrias y la especulación, el trabajo y los cambios.

VIII

Desgraciadamente, señores, no es sólo Chile el que hoy sufre por causas semejantes. Todos los pueblos donde el crédito hace algún papel han padecido iguales ilusiones, todos han tenido que devorar por causas parecidas, angustias y contrariedades más ó menos largas. Si antes hemos visto en crisis á Inglaterra y Estados Unidos, Francia y Alemania, por las fábricas ó los bancos, los atrasos comerciales ó los excesos de la especulación de todo género, hoy vemos acá, en América, al Brasil y á las repúblicas del Plata, á Bolivia, el Perú y el Ecuador atravesando iguales vicisitudes, que pasarán aquí como allá, así que los negocios vuelvan á su estado normal de verdad y sinceridad. Por fortuna, ya no hay quien ignore que el fenómeno es transitorio y peculiar de los pueblos prósperos, (porque los pueblos pobres viven en crisis permanente) y no teniendo otro resultado final que hacer cambiar de mano los valores caídos, éste cesa con la reducción de los malos negocios y desde ese momento todo cobra mayor vigor y actividad que antes.

Pero de esta escuela de la experiencia donde las lecciones cuestan caro, como decía Franklin, nuestro país debe sacar un aprendizaje utilísimo, y es, que, reconociendo las ventajas reales que procura el uso prudente del crédito, no debe cesarse de premunir á los individuos y á las sociedades contra las ilusiones funestas que sobre él imperan. Esas ilusiones, que nacen de una falsa noción de las cosas, están arraigadas en muchos espíritus y por eso vemos con frecuencia hombres ilustrados, diaristas, banque-

ros, negociantes, que ponderan el poder maravilloso del crédito sin querer darse cuenta de sus peligros. Perturbaciones como la actual no son para ellos más que «sufrimientos pasajeros e interrupciones momentáneas del crédito, porque no se operan, según dicen, sino donde el crédito existe, puesto que no puede perderse lo que no se tiene y que, cuando las crisis se verifican, el sacudimiento es tanto mayor cuanto que el uso del crédito ha sido más vasto.»

Vosotros, señores, lo sabéis como yo, este es un error y bien lamentable, porque los abusos del crédito privado ó público han sido en todas partes la causa principal de los trastornos económicos que pesan sobre los pueblos más ricos y los flagelan como la peste ó el cólera. Pero otro error más grave aún es sostener que el crédito crea las riquezas ó los capitales de que dispone. Nó: el crédito no tiene ningún poder productivo directo, ni puede constituirse verdaderamente sino por la confianza, esto es, por la certidumbre de que toda obligación contraída se cumpla con puntualidad. Es una institución utilísima, pero que carece de las facultades mágicas que algunos se imaginan. Talvez sería más justo decir que su enorme poder es una arma de dos filos. Si se usa para producir, sus resultados por lo regular son excelentes, pero en el caso contrario sólo conducen al empobrecimiento y á la ruina. Más claro: el crédito no opera sino trasmisiones ó dislocaciones de los capitales existentes. Por eso es que favorece á la sociedad cuando los recursos de que dispone se emplean de una manera más productiva, pero cuando sucede lo contrario, la perjudica y la daña. Sobre todo, señores, si la base del crédito no es otra que la confianza, ¿podrá ser nunca bueno ni sólido el que se presta para negociar en obje-

tos de valor instable? ¿lo será cuando se otorga para el agio y la especulación en valores de bolsa ó títulos fiduciarios?

IX

Sucede, por otra parte, que todo el que tiene crédito, sea suyo propio ó fiado por otros, lo emplea ordinariamente en comprar productos ó medios de producción y con ello aumenta la demanda de esos objetos y por consiguiente eleva su precio. Así hemos visto que las facilidades otorgadas para obtener préstamos á corto interés y á largo plazo, aumentaron entre nosotros el número de adquirentes como la cantidad de sus ofertas, y subió á la cotización de todos los papeles pero sin que aumentase un ápice su valor. Y nada más lógico: porque toda extensión del crédito trae como efecto inmediato el dar facultades de adquisición á los que no las tenían. Mas con esto no se hizo sino excitar á los especuladores á formar empresas nuevas ó aumentar el capital de las antiguas por la esperanza de fáciles ganancias. Los precios se elevaron en proporción de la abundancia del metálico y de la posibilidad de procurárselo, y creyéndose todos más ricos y gastando en la medida de sus grandes provechos, llegóse á dar al país todas las falsas apariencias de una actividad y una prosperidad extraordinarias.

Pero todo crédito dispensado sin cordura tiende forzosamente á colocar en igual línea á los que ofrecen como á los que no ofrecen garantías, desde ese momento se investiga mal la responsabilidad de los deudores así como su posición y sus cualidades personales. Los imprudentes que

tienen poco ó nada que perder son los primeros en lanzarse á los azares de la fortuna, ellos son los que logran de las exageraciones del crédito cuando los hombres previsores se alejan de la vorágine, como que los elementos productores, vuelvo á decirlo, no son ilimitados y la parte empleada por los unos mal puede ser utilizada por los otros. Por eso es, señores, que las especulaciones violentas que se exageran mediante la facilidad de los préstamos, tienden necesariamente á colocar los negocios en una mala vía y por eso es, también, que la actividad ficticia provocada por los excesos del crédito, termina por quebrantos y pérdidas siempre que se absorbe el capital acumulado y llega la hora de liquidarlo.

X

Otro resultado de los excesos del crédito ha sido para nosotros el encarecimiento de la vida no sólo en la capital sino en el último de nuestros villorrios, la multiplicación de los gastos suntuarios y los desbordes funestos del lujo, que ha cundido y desparramádose como una lepra en el seno de nuestra insipiente sociedad. El salario y los servicios todos han doblado su precio y las dificultades de la existencia han subido de punto, principalmente para las clases poco acomodadas. Todo ha encarecido aquí: desde la habitación y el vestuario hasta el último de los menesteres domésticos: todo ha subido con increible rapidez y no hay renta ni sueldo que no hayan bajado ante el precio elevado de los consumos. Pero á medida que se ganaba en todo, en todo se gastaba, y la facilidad de las ganancias á la vez que la prodigalidad de los consumos llegaron como

á producir el menosprecio del trabajo, porque nadie quería asegurar un pequeño peculio de laboriosidad y economías cuando encontraba á cada paso cambistas, agiotistas y arbitristas que por concebir una mala sociedad ó hacerla aceptar á los incautos se convertían de repente en millonarios.

Yo creo por esto que, ahora ó nunca, habremos de sacar provechosas conclusiones del nuevo ensayo de esa arma poderosa pero falaz que se llama—*el crédito!* Gracias al neologismo de esta palabra nos hemos dejado arrastrar por peligrosas ilusiones, imaginándonos que las quimeras de la esperanza ó los arrebatos de la ambición ocupan el lugar de la ciencia; que el crédito puede extenderse á medida del deseo, porque cambia con la riqueza de los tiempos, y que enseñanzas como las de la crisis del 61 no son otra cosa que apocamiento y rutina. Hoy sabemos, por nuestra propia experiencia, cuántas ideas y hechos contradictorios y perjudiciales á la sociedad pueden caber dentro del crédito, que usado con cordura es útil y fecundo, pero que otorgado sin conocimiento de causa ó para fines poco productivos, no trae otro resultado que la pobreza y el trastorno de los principios económicos. Es tiempo ya de proclamarlo en alta voz y rezar el *mea culpa*, á fin de salir del equívoco y no salir comprendiendo en una misma palabra el mal y el bien, la verdad y la falsía, la locura y el juicio.

XI

Si yo no me equivoco mucho, las precedentes observaciones explican lo que hoy sucede y prueban que la demasiada extensión dada al crédito, excitando las empresas aleatorias, promoviendo el agiotaje, afectando á este pe-

ligroso giro una gran parte del capital que vivificaba el comercio, la agricultura y los cambios, ha dado un mal rumbo á la actividad industrial del país y alejándolo de las vías conocidas y prácticas; ha trastornado el orden natural de los negocios y creando seis veces mayor suma de valores de papel que la que necesitábamos, ha roto el equilibrio de la producción, ha fomentado los consumos improductivos y ha venido á convertirse en la causa eficiente de la perturbación que atravesamos. Se ha especulado, gastado, negociado sobre la base de un capital efímero, y, llegado el día de finiquitarlo, se ha reducido su valor á la mitad de lo que se calculaba, tal vez á menos, porque muchos de los títulos papeleros han desaparecido completamente, desde que se ha visto que el crédito no forma los capitales.—Mientras tanto, ni la riqueza verdadera ni las fuerzas productivas de la nación han decaído en lo menor. —Valores creados por la fiebre, se han marchado con ella. —Como se sacude el polvo de un vestido, así ha volado lo inconsistente, lo ficticio; pero los valores reales, el crédito efectivo se encuentran cada día más vigorosos y fecundos.

Esto que ha pasado ante nuestros ojos no es sino una nueva prueba del contagio de los malos ejemplos, así como de nuestra inexperiencia en el manejo de un instrumento tan delicado como el crédito. Por causas parecidas y con fines análogos, se ha querido hacer aquí lo que se ha hecho en grandes centros comerciales europeos ó americanos, y el resultado de la transgresión de las leyes económicas ha venido en breve. La abundancia del dinero y la facilidad para tomarlo en préstamo en vez de estimular las industrias, no han hecho sino favorecer el agio y la especulación febril. Pero á los negocios papeleros que

fracasaron han sucedido naturalmente otras especulaciones que todavía quedan en pie y agravan la situación. De la misma manera que antes se jugaba al alza de los valores fiduciarios, ahora se juega á la baja de esos mismos valores, y al alza del dinero y de todas las mercancías. Pero esto pasará también, porque contra los excesos de esa nueva especulación el público está menos desarmado de lo que se cree: reduce sus ofertas y sus consumos y esto sólo hará que pronto se restablezcan los precios verdaderos.

Tal es, señores, la historia de todas las especulaciones exageradas que no toman en cuenta el estado de la sociedad, ni sus recursos, ni las exigencias de la producción y del consumo á que deben conformarse para ser realmente útiles. Pero, sea lo que fuere, el hecho es que perturbaciones como las que hoy sufrimos nunca son estériles, porque si traen angustias y cambios en las fortunas, también traen fecundos aprendizajes para los individuos y los pueblos. Aprendizaje material, porque descubren la fuerza de resistencia del país, purifican las transacciones y consolidan la confianza en los hombres y en los negocios, apartando los elementos malsanos que dañaban al comercio ó á la especulación honrada. Aprendizaje intelectual, porque enseñan á todos, individuos ó colectividades, el progreso que los principios de la economía social hacen en la opinión pública y en la acción de los gobiernos. Aprendizaje moral, en fin, porque á los gobernantes, como á los banqueros y dispensadores del crédito, los obligan á ser muy ilustrados y enérgicos para no seguir los consejos que la ignorancia y el miedo sugieren en casos semejantes.

XII

Ahora, señores, en cuanto al término de esta situación, yo creo que él sólo vendrá cuando los malos negocios papeleros acaben de liquidarse, cuando se nivele el capital con la renta efectiva y se equilibre la depreciación de los títulos fiduciarios con el alza del interés que ha traído la escasez del circulante. Toda otra esperanza me parece quimérica. En vano los bancos ó los prestamistas particulares irán prorogando los vencimientos para que se realice sin mayores sacrificios. Al fin habrá que vender para pagar y entonces (salvo algún acontecimiento extraordinario, como un gran alcance en las minas, ó la venida del oro de Londres), la baja cotización del papel no dejará de traer pérdidas considerables á sus tenedores. Pérdidas reales y efectivas para los que lo compraron por subido precio y con premio exagerado; pero pérdidas que no disminuirán la riqueza nacional, porque en el cambio de valores sólo desaparecen los ficticios, creados para el agio y la especulación. Los vendedores pierden, pero los compradores ganan y el capital verdadero del país queda como antes.

Lo que no dejará de venir, por consecuencia de esta depreciación del papel fiduciario, será una cierta baja en el valor de la propiedad y en el consumo general, en el precio del salario, como de los servicios todos y hasta en la venta de productos nacionales ó de mercaderías extranjeras. La confirmación de este temor ya estamos viéndola. En los tres últimos meses, los tenedores y almaceneros no han comprado ni vendido la mitad de que vendieron y compraron en los mismos meses del año pasado, y peor

será en los siguientes si continúa la baja de los frutos agrícolas. Las importaciones de artículos de lujo han disminuído como en 40 por ciento, y aunque no en tamaña escala, también ha bajado la producción mineral. Ya se sabe como están hoy no sólo Chañarcillo y la Florida, sino toda la costa de Bolivia y el Perú, donde tanto operaban la industria y el capital chileno. La perturbación que la guerra franco-prusiana trajo á nuestra industria cobrera tampoco ha cesado. Por fortuna, las últimas noticias de Europa nos muestran el cobre a £ 79 tonelada, lo que no podrá menos de aumentar la explotación de este artículo que cubre casi la mitad de nuestras importaciones.

Yo pienso también que los trabajos suntuarios y las grandes obras públicas emprendidas desde hace dos años, no han dejado de contribuir poderosamente a esa actividad artificial y á sus malos efectos sobre la situación económica de hoy, porque esas empresas alejan los capitales de colocaciones más útiles y urgentes, y de ahí resulta un déficit en la producción y un desequilibrio en las industrias y el salario, que cuando sube repentinamente el pobre lo pierde tan pronto como lo gana. No hay duda que un vasto ferrocarril, un muelle ó dársena y grandes almacenes de aduana en Valparaíso, son bienes efectivos para el comercio y el tráfico de ese gran puerto; pero también es indudable que ese gasto, como el del ferrocarril del sur y el de los palacios de la exposición y del congreso, importan un sufrimiento para otros trabajos tal vez más provechosos y que se ven privados de los recursos que estaban alimentándolos.

Por eso, señores, os decía poco há que no puede desmentirse la estrecha solidaridad que une las funciones esenciales de la vida industrial,—el trabajo y el cambio. Para

que la armonía entre estas dos funciones sea completa y esté exenta de perturbaciones, sería menester que las necesidades fuesen invariables ó que cada variación viniese acompañada de un cambio proporcional en los productos, lo que es poco menos que imposible. La extensión de las necesidades como de los progresos económicos rompe á veces esta armonía hasta en los pueblos más prósperos. Y por eso lo que conviene es que á las causas naturales de perturbación no se junte esta otra causa, que nace de la actividad artificial impresa á los negocios ó de una mala distribución del crédito.

XIII

Otro de los motivos á que se atribuye la tirantez de la situación, así como la restricción de los préstamos y de las cuentas corrientes en los bancos, es la escasez del numerario por la subida rápida del cambio. Según los estados de nuestra Casa de Moneda, el metálico acuñado en 1873 subió á 2.022,000 pesos y en los diez meses corridos del 74 ha sido de 1.541,741, ó sean 3.564,437 pesos desde el 30 de diciembre de 72 hasta esta fecha. Yo no dudo que una buena parte de esa suma, al menos la plata (que en 22 meses de amonedación figura por 1.957,817 pesos) ha debido salir del país por el alza del cambio que ha llegado últimamente al 44¼; pero atendida la existencia metálica en arcas públicas y en la circulación ordinaria, no entiendo que esto agrave la reducción de nuestros recursos ni influya sensiblemente en la situación comercial porque pasamos.

Todos lo sabemos, señores, la plata no sale sin necesi-

dad sino en cambio de géneros ó mercancías, pero su exportación no significa pérdida desde que se da en pago de productos equivalentes. La plata no es más ni menos que el trigo, la lana, el cobre, artículos que siguen el alza ó baja del mercado, porque están sujetos á las alternativas de la oferta y la demanda, y el país que los produce no empobrece porque salgan de sus fronteras. Lo que puede empobrecer á Chile y traerle crisis más ó menos dolorosas, no es la exportación de sus productos ó de su metálico, sino las malas cosechas ó la mala política, los trastornos económicos ó la perspectiva de guerras desvastadoras, las especulaciones erradas ó aventuradas, las grandes inversiones en trabajos poco remuneratorios y el lujo, sobre todo el lujo, que es el cáncer que corroe y aniquila nuestra riqueza nacional.

Yo os he dicho otra vez que, según la Estadística comercial, nuestra importación de objetos de reconocido lujo fué el año pasado de $ 6.384,906 y que como una quinta parte de nuestro comercio general lo forman las solas mercaderías venidas de Francia, que son casi todas de moda y ostentación. Si ese gasto, que aumenta considerablemente de un año á otro, fuese sólo de los ricos ó se cubriese en el consumo público con una producción equivalente, nada habría que decir, porque el amor al bienestar y á la comodidad de la vida sirve de base á la civilización; pero cuando se gasta más de lo que se produce, el hombre y las familias empobrecen, la moralidad decae, los caracteres se debilitan, el trabajo honrado carece de estímulos, y las privaciones y la miseria pública aumentan, porque los medios de adquirir, aún en los pueblos más prósperos, nunca bastan á satisfacer las exigencias locas del aparato y la fantasía.

En efecto, señores, vivimos en una época en que por causas diversas y especialmente por las excitaciones de la vanidad, las necesidades personales incrementan y se hacen cada día más y más costosas, y esto no ha podido menos de contribuir mucho á la reducción de nuestros recursos, así como al estallido de la perturbación económica que experimentamos. Yo pienso que después de los abusos del crédito, ésta ha venido á ser su causa más determinante, porque es bien sabido que la producción y los consumos son el barómetro que marca el verdadero estado de la riqueza nacional. Pues bien: la importación total del 73 fué de 37.928,427 pesos y la exportación de 36.903,937 pesos, lo que dejó á nuestro cargo el saldo de 1.025,490 pesos, que si se aumenta con los fletes, comisiones y gastos pagados al extranjero, resultará ser por lo menos de cuatro millones de pesos en sólo ese año. Y ya se comprende que tamaña diferencia en contra de la exportación ha mermado en otro tanto la fortuna del país, pues cuando la producción falta no puede sino pagarse con empréstitos sucesivos, ó con disminuir nuestros consumos, lo que sería mucho más cuerdo.

XIV

Sucede también que nuestro presupuesto de gastos públicos ha venido subiéndose extraordinariamente en estos últimos años, no sólo con el gran costo de las obras acometidas en Valparaíso y Santiago y el ferrocarril á Angol, sino con el 25 por ciento del aumento de sueldos á los empleados y á la vez los intereses y amortización de los últimos empréstitos. De ahí el déficit de este año y otro

mayor para el entrante, que se saldará con el empréstito recientemente votado ó con una agravación en los actuales impuestos, lo que de seguro dificultaría la reposición de los negocios en un término más próximo. Para evitar un mal semejante, yo creo que el gobierno debe ser mui parco en decretar gastos nuevos y empeñarse mucho en nivelar el presupuesto; debe imprimir una estricta economía á los servicios públicos y, estudiando la situación financiera en cuanto sea de su resorte, debe cooperar por cuantos medios pueda á que ella se mejore y el equilibrio se restablezca cuanto antes. Así la crisis no será tan sensible, porque restringidos sus efectos al papel y quedando en salvo la riqueza pública, la discreción en los gastos, la prudencia en el uso del crédito y la cordura de las especulaciones honradas, harán que la producción se vivifique y la prosperidad vuelva pronto á lo que fué últimamente.

Como para agravar los malos efectos de esta situación, se ha dicho también por los diarios y hasta por interpelación en las cámaras, que el derecho aduanero, fuente primordial de nuestra renta pública, ha disminuído merced á las dificultades del comercio, principalmente en la aduana de Valparaíso. Pero esto no es verdad, porque comparados los diez meses corridos de este año con el producto de los mismos meses del año anterior, queda un saldo á favor del presente de 46,864 pesos 92 centavos, como aparece del estado publicado por la contaduría de aquella oficina en los diarios de anteayer.

XV

No obstante, señores, si la marcha de los negocios se ha entrabado por todas aquellas causas, bueno es recordar otra vez que no estamos más pobres, porque no han disminuído nuestros capitales verdaderos, ni han mermado tampoco en lo menor las sólidas garantías de nuestros establecimientos de crédito. Según el balance de los bancos publicado la última semana, queda en todos ellos un saldo de 35 por ciento después de solventada su deuda para con el público. La proporción entre su metálico y su circulación fiduciaria es mayor que el 40 por ciento, cuando nuestra ley bancaria, así como la de Europa y Estados Unidos exigen sólo el 33 y 33/100 por ciento para responder á la conversión de los billetes. De esos establecimientos los tres más principales, el Banco Nacional, el de Valparaíso y el de Edwards y Ca., arrojan de sus balances de octubre el siguiente resultado en números redondos:

NACIONAL

Adeudado al público.....	$	24.500,000
Fondo responsable.....		29.500,000
Saldo sobrante.....		5.000,000
Billetes en circulación.....		2.300,000
Metálico, etc.....		4.462,000
Diferencia.....		2.162,000

VALPARAÍSO

Adeudado al público.....	$	5.558,000
Fondo responsable.....		12.400,000
Saldo sobrante.....		7.000,000
Billetes circulantes.....		784,000
Metálico, etc.....		1.055,000
Diferencia.....		271,000

EDWARDS Y CA.

Adeudado al público.....	$	4.738,843
Fondo responsable.....		7.556,958
Sobrante.....		2.818,115

Inútil es decir que tal situación es espléndida y así lo es también la existencia metálica que pasa de *cinco millones de pesos* y que llega con los cheques y billetes ajenos á 6.370,000 pesos, suma superior con mucho á la exigida por la necesidad de la reserva y la conversión del papel circulante. Y ahora, en cuanto á la pequeña baja que los depósitos de estos bancos han tenido en los últimos meses, no puede saberse si ella proviene de la exportación del numerario ó de colocaciones recientes, ó de que el todo ó parte de esa diferencia se encuentre en arcas de particulares, sea porque no les convenga invertirla ó bien porque no la requieran el estado de la plaza ó las necesidades del comercio.

XVI

Pero si la solvencia de los bancos es completa y su situación holgada, no sucede lo propio con el crédito y los negocios que viven bajo su amparo, porque la faz de éstos no es buena, y puede empeorarse si se combina con cualquiera circunstancia adversa ó si no se adoptan medidas que la mejoren. Sin ser utopista y sin pretender que se burle la sanción inevitable de los errores económicos, yo pienso que algo puede y debe hacerse para remediar esta situación ó al menos para que se reduzcan sus malos efectos. Y este deber creo que es ante todo de los bancos mismos que han sido sin quererlo como su causa eficiente, desde que, convirtiendo la confianza en sistema y dando al crédito un vuelo excesivo, desarrollaron el agiotaje y nos trajeron á pesar suyo el diluvio de papeles que ha sido hasta ahora imposible liquidar. Yo no les hago cargo por ello, ni puede en rigor culparse á nadie de un hecho social en que todos hemos tenido más ó menos participación.

Pero dejando comprobado el hecho tal como yo lo comprendo, declaro desde luego que, á mi humilde entender, el remedio está en pocas manos. Los verdaderos dispensadores del crédito, en nuestros centros comerciales de la capital y del vecino puerto, no pasan de tres. Ellos son los que disponiendo de la fuerte masa del capital acumulado acometen los grandes negocios, amplían ó restringen los préstamos, suben ó bajan la tasa del interés por depósitos ó descuentos, establecen el cambio sobre Europa, compran ó venden letras y pastas con ese objeto, tienen, en

fin, su mano sobre la compuerta para subirla ó bajarla según las circunstancias del mercado y según el aumento ó disminución de sus reservas metálicas. Pues bien, señores, esa fuerza que es tanto más poderosa cuanto mayor es su esfera de acción, puede hacer el bien ó hacer el mal. Es un arma de doble alcance, que, manejada en buen sentido, puede contribuir admirablemente al progreso general, pero que, en el caso contrario y sobre todo en situaciones como la presente, puede traer á la sociedad sufrimientos prolongados. Lo que importa es dirigirla al bien y yo no dudo que los ilustrados y respetables ciudadanos á quienes cabe la honra de tener esa fuerza á su disposición se apresurarán á realizarlo.

XVII

Liquidándose como van las malas especulaciones y los papeles de valor efímero, lo que falta ante todo es restablecer la confianza en la moralidad y honradez de los negocios que viven del crédito. La situación todo lo ha puesto en transparencia; las responsabilidades son hoy bien conocidas; los juegos de la febril especulación ya no existen.—En estos casos se sabe que la fortuna constituída por valores efectivos se moviliza fácilmente representándose por cheques, certificados de depósitos y demás títulos fiduciarios que se negocian ó descuentan.—Se sabe que esos valores, emanados de la confianza merecida, reemplazan la moneda desde que se representan por billetes bancarios, que nadie convierte entre nosotros aún cuando tengan la calidad de convertibles.—Se sabe que los bancos mismos, que en caso de un serio contraste económico de-

ben ser las primeras víctimas son los más interesados en ayudarse unos á otros, y en cooperar todos juntos al pronto término de esta situación anómala.—Y, por último, se sabe que los pueblos más altamente colocados en la escala del crédito se dan por muy bien servidos cuando el metálico figura en un 5 por ciento de sus transacciones ordinarias, y que en Chile figura la moneda en cantidad harto mayor y puede, por tanto, darse aquí mucho más campo á la circulación fiduciaria.

Sin pensar ni remotamente que el gobierno deba intervenir para que la riqueza ó el poder del Estado vengan al reparo de esta situación, pero creyendo que el empréstito de nueve y medio millones que acaba de acordarse contribuirá poderosamente á mejorarla, yo me permito solamente apuntar esas indicaciones, llamar sobre ellas la atención de los prestamistas y recordar un hecho histórico á nuestros grandes dispensadores del crédito. Es sabido que en la gran crisis última de Hamburgo los banqueros y negociantes más notables se reunieron para deliberar sobre las medidas que debían adoptarse, á fin de facilitar la liquidación y no privar de auxilios al crédito merecido, y que *unánimemente acordaron* abrir por suscrición un fondo de garantía para el pago de todos los títulos regulares ó de *valor reconocido*. Al cabo de una hora juntaron 22 millones, el comité directivo empezó á funcionar al instante, y aunque eso no impidió la realización de la crisis, la medida adoptada evitó muchos males y produjo los más benéficos resultados para el comercio y las industrias. —¿Por qué no haríamos nosotros igual cosa en Chile? ¿Sería imposible restablecer la confianza merecida y bajar el interés por depósitos y descuentos?

Lo que prueban esas medidas, señores, es que todas las

grandes cosas de los pueblos se sostienen recíprocamente y que en casos tales la bella palabra de la religión y de la moral: *sursum corda!* debe ser la de todos los hombres patriotas, banqueros, prestamistas, gobernantes, especuladores ó grandes industriales, la de todos los que se hallen altamente colocados para poder impedir el atraso, aunque sólo sea accidental, de nuestro país. Démonos cuenta verdadera de la situación y cooperemos todos á mejorarla, cada cual por su lado y todos juntos cuando el interés colectivo así lo exija, porque en asuntos de esta especie sin la unión y el buen espíritu no se alcanza nada de grande ni de serio. Para que la confianza y el crédito adquieran la superioridad de los años últimos y para que las industrias recobren su vuelo, es preciso que salgan de la rutina y que, conformando su acción á los dictados de la experiencia, del trabajo y de la honradez, queden dignas de su pasado y seguras del porvenir.

LOS BANCOS Y EL TRABAJO NACIONAL

Por más que el señor Alberto Gandarillas proteste que, en su artículo de ayer, no hay un "espíritu sistemático de pura contradicción", yo tengo el sentimiento de creer lo contrario, porque veo que saca de su quicio la cuestión debatida en mi artículo de anteayer para contraerse a otra cuestión enteramente distinta de la que yo he tratado.

Y la cosa es bien clara. Yo he hablado sólo de la lucha funesta en que viven, desde años atrás, los bancos *Nacional* y *Valparaíso* y al hacerlo me he dirigido al buen espíritu de los accionistas de ambos bancos para pedirles que en la triste situación actual, consulten sus intereses recíprocos y procedan á fusionarse cuanto antes, en vez de seguirse dañando entre sí por los negocios aventurados ó de pura hostilidad, por las colocaciones peligrosas de los capitales que administran y los excesivos gastos que encarecen el servicio bancario y tanto perjudican á los accionistas y, á sus deudores, como al país.

Lejos, pues, de abogar por el monopolio de esos bancos, ni menos por la usura, he dicho, al contrario, muy categóricamente, que la competencia, que es tan benéfica para

las operaciones del crédito, está entre nosotros perfectamente asegurada por la gestión de varios otros bancos como aquellos, todos de emisión ó de préstamos y descuentos, y todos consagrados al mismo negocio, sirviendo al público de idéntica manera.

Dada esta circunstancia, me parece evidente que una sociedad anónima como la que formarían los bancos *Valparaíso* y *Nacional*, una vez fusionados, lejos de ser para el país un monopolio y de gravar á los industriales con fuertes intereses que hagan el trabajo estéril y hasta imposible, daría, al contrario, mayores facilidades al crédito por el acopio de fuertes capitales y por la notable economía que habría de traer la reducción de los gastos administrativos, en sueldos, emisiones, edificios, sucursales, remesas, etc., economías todas que, abaratando el servicio bancario, aprovecharían no menos á los accionistas que á los deudores de esos bancos que hoy se trata de fusionar.

Esto es bastante claro y explícito para que dé lugar á dudas ni á contradicciones y sólo tiende á demostrar las ventajas palpables que debe traer la fusión de esos bancos, cuando la guerra en que viven no ha producido hasta aquí otros resultados que dañar al uno y al otro, gravar á los accionistas con desembolsos inútiles, reducir los negocios, angustiar á los deudores, dificultar los préstamos y perjudicar gravemente al público cuyo interés supremo consiste en que no haya en Chile trabajos ni capitales infecundos.

Hé ahí la única tesis que yo he tratado en unas pocas líneas, tachables de todo lo que se quiera, menos de falta de lógica. Pero el señor Gandarillas, no por espíritu de contradicción, sino de proteccionismo extemporáneo, empéñase en presentarme como el abogado del monopolio y de

la usura, nada más que porque trato de poner en claro los intereses de una sociedad anónima, en vez de poner mi pobre pluma al servicio del interés supremo del trabajo nacional.

La cuestión es bien diversa. Mas, por desgracia, como la plantea el señor Gandarillas, es bien compleja y no puede resolverse con buenas palabras ni con patrióticos deseos. En efecto, no basta decir: «Protéjase ante todo el trabajo nacional. Así todos tendremos ocupación y ganaremos la vida, nos emanciparemos del extranjero y contribuiremos poderosamente á la prosperidad del país.»

Tal deseo no sólo es bueno sino excelentísimo. Todos lo tenemos y el que esto escribe tanto como el que más. Todos querríamos hallar en el proteccionismo ó donde quiera que fuese el remedio de la pobreza y de los males que hoy afligen á nuestro país y que son como su necesaria consecuencia.

Pero ¿querrá usted decirme, señor Gandarillas, cuáles son los medios prácticos de realizarlo? ¿Dónde están las industrias que deban protegerse para salir de la postración en que estamos? ¿Dónde los capitales que, en medio de la escasez y de la angustia presente, puedan consagrarse á esa obra de sabia y de justa reparación?

Nadie desconoce que sea un gran bien para los individuos y los pueblos el tener industrias fáciles y numerosas y trabajo abundante y bien retribuido. Decir ésto no es más que decir una verdad vulgarísima. Mas lo que importa no es decirlo, sino determinar esas industrias y ver el modo de protegerlas con buen éxito, aumentando los capitales reproductivos que tanto necesitamos.

Ese es el objeto actual de los estudios de una comisión nombrada poco há y á ese objeto le ruego á usted que coo-

pere con su inteligencia y sus conocimientos en pro de la obra que hacemos á favor del trabajo chileno. Pero, ante todo, lo que conviene es demostrar la practicabilidad y ventajas de las medidas que se aconsejen para que no haya una gran suma de tiempo y de riqueza tristemente perdidas para la nación.

Cierto y ciertísimo es que nuestra clase obrera, por lo mismo que es la más numerosa y la más pobre, es la más acreedora á la consideración y á las simpatías del gobierno y de la sociedad. Pero los demás productores, que á la vez también son consumidores del trabajo obrero, ¿acaso no tienen derecho á la protección social? ¿Cree usted que deba servirse á los unos á espensas ó con daño de los otros?

Yo pienso que nó, porque si los buenos procedimientos de todo trabajo y de toda industria tienden á poner la producción al alcance del mayor número posible de consumidores, no puede ser bueno ni provechoso para la riqueza un procedimiento que arriba á resultados inversos, esto es, que encarece los productos y dificulta su adquisición con ventaja de unos pocos y con daño de muchos.

Yo deseo tanto ó más que usted que las industrias y el trabajo prosperen y que se les otorgue, para el efecto, toda la protección que sea posible. Pero si esa protección se otorga genéricamente y sin estudio ¿no es claro que la producción se estacionaría y que Chile quedaría condenado al aislamiento ó á la estagnación de sus riquezas? Y no es claro entonces que lo que conviene proteger y á lo que conviene consagrar las fuerzas y la inteligencia, el trabajo y los capitales chilenos, no es á otra cosa que al fomento de las industrias en que podamos, al cabo de algún tiempo, competir y aun vencer á los productores extranjeros?

Por lo demás, bien sabe usted que, aunque partidario del libre cambio en teoría, yo soy y he sido siempre enemigo del libre cambio al revés, y que he clamado porque se estudie y plantée cuanto antes entre nosotros un sistema de cuerda protección, para que todo trabajo produzca y toda inteligencia se ejercite útilmente, mas no para que la riqueza se decrete y se crée en nuestro suelo como por ensalmo, pues que ahora y siempre me ha parecido esencialmente estrafalario y quimérico tal procedimiento.

Convengo perfectamente con usted en que las sociedades bien organizadas son un todo armónico, en que el bienestar del pueblo es bienestar y holgura para todas las clases sociales, y en que la miseria del pueblo llega luego á convertirse en pobreza y angustia hasta para las clases más acomodadas.

Pero, de que la pobreza sea una tristísima cosa y hasta una calamidad pública, ¿se deduce acaso que ella se remedie con sólo decretar la protección al trabajo? ¿Cómo practicaremos esa protección? ¿La dará el gobierno ó la dará el país? ¿Se extenderá á todas las industrias ó solamente á aquellas en que podamos sobresalir? ¿Qué capitales las sostendrán? ¿Serán los pocos nuestros ó los que puedan obtenerse del extranjero?

Cuestiones son éstas que urge estudiar y resolver pronto y bien; y ya que usted solicita mi apoyo á fin de *establecer el trabajo amparado por la ley*, yo le pido á usted el de su clara inteligencia para resolver esas dificultades, que son la base de las medidas que deben adoptarse en el particular y recomendarse por la comisión y por la prensa toda al congreso y al gobierno.

Por mi parte, le aseguro á usted que nada me preocupa tanto como la situación de nuestras clases pobres y que,

así como en vez pasada le ofrecí mi cooperación para comprar una imprenta y sostener un periódico que popularizase las ventajas de la protección, ahora le ofrezco el pobre auxilio de mi pluma y de mis cortos recursos como accionista en broceo, para alcanzar esos resultados y ver como mejorar nuestra condición á la vez que la de los trabajadores y la del país.

LA LUCHA BANCARIA

Y SUS CONSECUENCIAS

I

Cada vez que se ha tratado en los diarios de la fusión de los Bancos *Valparaíso* y *Nacional*, hemos visto que se acepta esta idea por el lado de la conveniencia de los accionistas, pero que se la objeta calorosamente so pretexto de que la fusión destruye la competencia que es la garantía de los buenos servicios del crédito. Nosotros pensamos que en semejante objeción no hay justicia; y por eso y porque la idea nos interesa, como el triunfo de la verdad, vamos á permitirnos decir sobre ella algunas palabras.

Desde luego, para los que han estudiado la marcha de esos Bancos y seguido el curso de sus negocios como la alza y baja de sus acciones, es un hecho notorio que si la fusión de ambos se recomienda y hasta se impone como medida salvadora de su estado actual, también es innegable que la competencia cruda y la guerra latente en que ellos han vivido estos últimos años, son la causa principal,

tal vez única, del estado embarazoso en que hoy se encuentran.

Al decir ésto no queremos hacer cargos á nadie, pues todos hemos pecado económicamente y todos debemos entonar el *mea culpa*. Consignamos sólo un hecho y somos los primeros el reconocer el celo de las administraciones y su empeño por hacer buenos negocios y repartir á los accionistas fuertes dividendos. Pero es innegable que la competencia de que hablamos, no ha sido ni podía ser el mejor auxiliar de esos propósitos. Al contrario, parécenos evidente que ella ha motivado no pocos abusos del crédito y traído para ambos Bancos dudosas colocaciones, grave aumento en los gastos y pérdidas no pequeñas de valores comprometidos en cuentas corrientes ó en préstamos y descuentos de difícil cobro.

II

En efecto, sin las necesidades facticias creadas por una loca competencia, ¿tendrían hoy el *Valparaíso* y el *Nacional* hasta 20 sucursales?

Á lo más tendrían seis, y así se habrían ahorrado las catorce restantes, cuyo costo probablemente no bajará de 140,000 pesos por año. Sin la obstinada lucha bancaria, ¿se habrían fundado tantas oficinas que no corresponden á la importancia de los negocios y algunas de las cuales ni siquiera cubren sus gastos? ¿se tendrían en el centro principal de ambos bancos, á más de las dos oficinas jefes, otras dos sucursales costosas con el sólo efímero objeto de facilitar la colocación de los pequeños ahorros? ¿Se cotiza-

rían hoy las acciones de esos bancos sólo al 55 ó 65 por ciento de su capital pagado?

Ciertamente que nó. Y por eso, aún cuando nadie desconozca que la competencia surte por lo regular efectos útiles, tampoco puede negarse que ella traiga en ocasiones inconvenientes graves, sobre todo cuando se trata de instituciones de crédito fundadas por sociedades anónimas y como negocio meramente remuneratorio, para aprovechar la emisión y los capitales acumulados en préstamos al comercio ó á las industrias, pero con el objeto promordial de atender al interés de los accionistas que consagran al servicio de la institución su tiempo y su fortuna.

III

En un estado de riqueza y bienandanza general, cuando abundan las ventajosas colocaciones del dinero á la vez que el precio de los productos del trabajo, no hay duda que es benéfica y moral en sus efectos la competencia franca, ó si se quiere la lucha abierta entre instituciones de igual naturaleza, que tratan de prestar al país idénticos servicios. Cada cual se esfuerza entonces por obtener ventajas permitidas, ó por lo menos razonables, y nada más natural ni más benéfico que esta lucha fecunda para los individuos y los pueblos.

Pero, cuando la sociedad está atormentada por la pobreza ó por los males más ó menos profundos que son su inevitable consecuencia, todos saben que entonces el giro del capital se dificulta y que como cada negocio es un peligro, su colocación provechosa se convierte en cuestión de ser ó no ser, en cuestión de vida ó muerte, que obliga á

cada institución competidora á perecer en la contienda ó á triunfar á todo trance sobre sus rivales, cueste lo que cueste.

En tal caso creemos nosotros que la competencia, lejos de ser un bien, es perjudicial y hasta ruinosa para los prestamistas como para sus deudores, para los banqueros como para el país. En cortejo natural vienen con ella los abusos de la especulación á la baja, las liquidaciones judiciales de concursos y el triste espectáculo de los negocios desastrosos. Y cuando esa competencia, en época normal y de sabia cordura, debiera ser la base del orden económico y el regulador de las múltiples relaciones de la industria y del crédito, en épocas desgraciadas y de angustia ella no trae á la sociedad otro resultado que la perturbación general de las fortunas y el caos.

Por eso y conocida como hoy lo está la situación de nuestro país, pensamos que dos instituciones de igual naturaleza y fundadas con capitales y objetos idénticos, dos grandes bancos, como el *Nacional* y el *Valparaíso*, que tienen el mismísimo giro con una estrecha y hoy muy reducida esfera de acción, no pueden coexistir en buena armonía, ni pueden menos de hostilizarse entre sí y hacerse recíproco daño, sin que mejoren en cantidad ni en calidad los servicios que prestan al público; pero sí con la certidumbre de que se maleen los negocios, bajen los dividendos y se menoscaben gravemente el prestigio y los intereses de ambos.

IV

Todos sabemos demasiado que la concurrencia, en materia de crédito como de industria, es una condición necesaria para que el consumidor sea bien servido. Mas cuando se tiene, como tenemos en Chile, asegurado ese beneficio por la existencia de varios bancos de emisión ó de préstamos y descuentos, es una verdad patente que dos establecimientos bancarios iguales en fuerza y que se hagan tenaz guerra, no pueden sobreponerse el uno al otro sino con sacrificios mutuos y por procedimientos más ó menos tortuosos, que redundan de ordinario en daño de los negocios y que usurpan muchas veces para el que abusa el favor debido sólo al mérito verdadero.

Así es como se ve frecuentemente y se ha visto en todo pueblo acreditado y activo que en esa ardorosa solicitud del favor público, los más diestros y los que más prometen, son á menudo los que se sobreponen á los más circunspectos ó más dignos. Pero aún entonces, los malos efectos de la competencia desacordada no se hacen esperar y pronto se notan en el triste resultado de los negocios generales, en las pérdidas cuantiosas y frecuentes y en los gastos cada día más considerables de los establecimientos competidores, que no obstante de perseguir la fortuna á todo trance, sólo se ve que marchan al desprestigio y á su ruina más ó menos próxima.

Estas son, si se quiere, meras observaciones genéricas. Pero concretándolas á los Bancos *Nacional* y *Valparaíso*, fácil es ver que suprimida la competencia, el solo ramo de los gastos de administración que ha aumentado tanto y

tan sin provecho para ambas instituciones en los cuatro últimos años, bajará á la mitad de lo que es actualmente desde el día en que la presión se lleve á cabo, y esto es, no sólo sin mengua del buen servicio, sino con ventaja manifiesta de los accionistas, interesados naturalmente en que cesen los desembolsos inútiles y en que los capitales negociables tengan todos un destino reproductivo.

V

De los datos numéricos publicados hace poco por los diarios y de estudios hechos últimamente, resulta en efecto, que esos gastos de administración han subido, en ambos bancos, á la suma de 548,831 pesos 29 centavos, desde el 1.° de julio del año pasado hasta el mismo día del año actual. Atendido el trabajo, así como la situación que hoy alcanzan los negocios, fácil es comprender que semejante gasto es excesivo; pero, verificada la fusión, pueden los accionistas quedar seguros, según cálculos de todo punto fidedignos, de que en esos gastos debe hacerse una economía anual de 269,177 pesos, suma que aumentará en igual proporción las ganancias del negocio ó sea el fondo para dividendos.

Mirado, pues, este asunto bajo su aspecto financiero y terminada la guerra bancaria que tantos daños ha traído al *Valparaíso* como al *Nacional*, no pueden ocultarse ni al más simple sentido común las ventajas fundamentales que la fusión debe traer á los accionistas de ambos bancos así como al desarrollo del crédito y á la marcha próspera de la negociación en lo futuro. Suprimida la competencia y con sólo reducir á 10 millones de pesos el capital efec-

tivo del Banco fusionado, puede considerarse como un hecho cierto que los dividendos repartibles no bajarán en adelante del 14 % anual, después de liquidadas y castigadas las carteras y de restablecidos los negocios todos á un perfecto estado de arreglo y seguridad.

Otra ventaja, no menos digna de tomarse en cuenta, será la referente á la disminución de la responsabilidad que hoy pesa sobre los accionistas, y que es realmente enorme y abrumadora. De los estudios hechos sobre este punto resulta que, realizada la fusión y disminuído el capital, así como las acciones que entrarían á tener doble valor, la responsabilidad efectiva de los accionistas quedaría reducida á un 60 % menos que al presente, lo que no puede dejar de ser para los interesados y hasta para el público algo muy tranquilizador y muy satisfactorio.

VI

Y si aquellos son, en resumen, los tristes resultados de la lucha bancaria y estos últimos los beneficios de la unión, hé ahí por qué decíamos al comenzar este ligero artículo, que la competencia ó concurrencia, que tan buenos servicios presta al desarrollo general del comercio y de las industrias, aplicada á los bancos dispensadores del crédito suele no traer otros efectos que la perturbación de los negocios, las liquidaciones violentas, y tal vez hasta la ruina de poderosas y fecundas instituciones á que está vinculada la prosperidad del país.

LA INCONVERTIBILIDAD

DE LOS BILLETES BANCARIOS

En presencia de la ley del 23 de Julio que ha decretado por un año el curso forzoso de los billetes bancarios, muchas personas se preguntan cuáles van á ser los resultados de esta medida sobre la riqueza y el crédito del país, y hemos visto que los hombres más conocedores de estos negocios están contestes en asegurar que esa medida podrá ser, á la vez, ó de muy grande ó de bien pequeña trascendencia.

Será lo primero si la ignorancia, el agiotaje ó la mala especulación alzan todas las cosas, para forzar la depreciación del papel de los bancos y poner en hostilidad á los unos con los otros. Será lo segundo, si el público se persuade de que esa medida á nadie perjudica y que, estando bien garantido el contra-valor de los billetes, ella es la única que ha podido tomarse para salvar los intereses privados y públicos de una catástrofe verdadera é inevitable.

Nada más natural que la alarma que en los primeros momentos causó la inconvertibilidad entre algunas gentes

desprevenidas ó poco conocedoras de las perturbaciones del crédito; pero felizmente todo se ha calmado desde que el público pudo darse cuenta de la dificultad de convertir los billetes bancarios por la creciente extracción del metálico á causa de la subida del cambio y de la falta de retornos con que cubrir nuestras importaciones.

A juicio de los que observan la marcha del comercio y las industrias en sus relaciones estrechas y complicadas con las instituciones de crédito, la medida aquella se había impuesto como una necesidad ineludible de nuestros negocios internos, como una exigencia imperiosísima, que ya no era dable desatender sin peligro de la tranquilidad y aun de la fortuna general de la nación. ¿Qué sería al presente de nosotros con una gran crisis bancaria? ¿Dónde estaríamos hoy si el pánico y la liquidación violenta hubieran estallado el 24 de este mes?

Afortunadamente para todos, el acuerdo ya está hecho y el mal está conjurado. Lo que falta es que la ley se depure de los defectos que se le han notado desde el día en que se dictó, que ella se cumpla sin daño del país ni de las instituciones de crédito, que todos nos demos tranquilamente razón de lo que sucede, y que, mediante la armonía del congreso, del gobierno y de los bancos, y merced al recto juicio de los hombres de negocios y al buen sentido peculiar de nuestros compatriotas, veamos cómo dominar esta penosa situación, restableciendo el equilibrio entre la circulación y el crédito, entre las rentas y los gastos, el comercio y los cambios, cosas todas que están íntimamente relacionadas con la medida de que se trata.

Demasiado sabemos todos que la ruina de las tres cosechas últimas y las pérdidas de sociedades anónimas, la baja del cobre y el broceo de las minas de plata, la depre-

ciación del carbón de piedra y la falta de los recursos que antes nos traían los salitres del norte, el retiro de fondos extranjeros colocados en negocios chileños y otras varias circunstancias combinadas y largas de enumerar, nos han obligado á pagar en metálico buena parte de nuestras importaciones y que, para ello, se echó mano del oro en el año 76, de los pesos fuertes en 77 y últimamente hasta de la moneda menuda que servía para nuestros cambios y transacciones internas.

Como era natural, esto disminuyó considerablemente la reserva de los bancos. Cada día mermaba más y más el metálico existente en caja y el público comenzaba á apercibirse de ello. No bastaba la seguridad que todas las gentes ilustradas tienen de la perfecta solvencia de nuestras instituciones bancarias. Sea para el consumo ó bien para colocarse á firme, el hecho es que se retiraban no pocos depósitos, y era menester devolverlos en dinero ó en nuestro escaso papel fiduciario.

Conocida esta situación y vista la dificultad de cobrar en el acto á todos los deudores, no quedaba otro arbitrio que la inconversión de los billetes bancarios por un corto tiempo, ó bien dejar que cundiese la desconfianza y que, en un día dado, el público obligase á los bancos todos á cerrar sus puertas, por la imposibilidad absoluta de pagar en metálico lo que ellos tienen invertido en valores de primer orden, en cuentas corrientes, escrituras hipotecarias y documentos de crédito muy bien garantidos y perfectamente respetables.

¿Qué hacer en semejante extremidad? ¿Dejar producirse el pánico y aceptar de buen grado todas sus terribles consecuencias? ¿Dejar prolongarse esa situación desastrosa y resignarse á sufrir una catástrofe general que deprimiría

todos los valores, hundiría en el polvo á millares de familias y sería algo tan grave como la ruina del país? ¿O bien pedir al congreso que promulgase una ley salvadora y que á nadie perjudica en sus derechos, de una ley que exime á los bancos por un año de convertir sus billetes, pero que los obliga á garantirlos cumplidamente con fondos depositados en el tesoro público, á la vez que á pagar al gobierno un 4% de la emisión, en compensación de la garantía que él les presta de que se convertirán en metálico una vez terminado el privilegio?

La respuesta á estas preguntas es bien clara. No ha podido hacerse otra cosa que lo hecho y con ello no sólo se han salvado las instituciones de crédito, sino la masa general de la nación, que habría sido la más perjudicada en el caso de un pánico ó de un quebranto bancario. Porque, en verdad, si la extracción de la moneda no ha podido evitarse por el alza del cambio y la falta casi absoluta de retornos, ¿que otra salida tenía el conflicto? ¿No sabemos todos que, cuando se debe y hay que pagar al extranjero, es inútil prohibir la exportación de la moneda? Y si los billetes bien garantidos son tan buenos y tan seguros como el metálico, ¿dónde está el perjuicio que pudieran recibir el gobierno ni el público por la no conversión? ¿No han tenido esos billetes curso legal y no están perfectamente admitidos, desde hace doce años, por los particulares y las oficinas del Estado? Y entonces, ¿por qué dejarían de aceptarse en iguales condiciones, hoy que tienen por la nueva ley doble y triple garantía? ¿No es una verdad palpable que ellos han adquirido exactamente el mismo crédito que el circulante metálico y que han de prestar al público los mismos servicios que la moneda acuñada de oro ó plata?

Por eso es de creer que, si no hay espíritu de agio, ni hostilidades bancarias, ni propósitos anti-patrióticos en los hombres de negocios, nada se innovará, las transacciones seguirán su marcha acostumbrada y ni el público, ni los particulares tendrán que sufrir si obran con tranquilidad en vez de dejarse dominar por alarmas tan injustificadas como injustificables.

Quienes habrán de aguantarse en esta situación serán los que tengan que pagar en el extranjero, porque el cambio subirá hasta el punto á que llegó en Julio de 1876, y quien sabe si aún más por la escacez de retornos. En este supuesto, lo importante será que los bancos hagan lo posible por conservar el poco metálico que aun tienen para facilitar las transacciones internas, y que los tenedores de billetes ó los que necesiten moneda se pongan en guardia contra los especuladores, que quieran deprimir el papel y hacer su negocio dando en cambio menos por lo que vale más.

Recuérdese que en situaciones aún más graves, los Estados-Unidos durante su guerra separatista de 1865, y la Francia después de sus desastres de 1870, ocurrieron también al curso forzoso de los billetes de banco y han dado el envidiable ejemplo de mantener su papel fiduciario al mismo nivel de la moneda metálica.

Pero, ante todo, lo que se necesita es mirar las cosas con elevación y patriotismo, darse cuenta de los objetos verdaderos de la ley para corregir sus notables imperfecciones, y tratar de que los bancos, ligados como lo están con el comercio y las industrias más vitales de nuestro país, marchen en perfecto acuerdo, ya que sus intereses son completamente armónicos y que el menoscabo que

sufra cualquiera de ellos ha de refluir necesariamente en daño de los otros.

Está visto que el objeto primario de la ley del 23 de Julio no ha sido otro que asegurar para dentro de un año la conversión del billete bancario y garantir de esa suerte al país contra el peligro del papel moneda del Estado. Pero, si esos objetos se han alcanzado impidiéndose la depreciación de los billetes, los gravosos sacrificios impuestos á los bancos, la desigual situación en que se colocan unos respecto de otros y la tirantez de sus relaciones recíprocas, así como la reducción de sus negocios con el público, hacen que esa ley exija una pronta y sustancial modificación para que, en vez de servir al provecho de dos grandes capitalistas, que no tengan circulación de billetes *ó no adeuden* fuertes depósitos á la vista, pero que tampoco tienen la responsabilidad de los millares de accionistas de los otros bancos, sirva para mejorar el estado general estableciendo una circulación fiduciaria semejante á la que se planteó por la ley de 1865.

Esta, y no otra, debe ser la obra inmediata del congreso y del gobierno. Y si las situaciones graves no pueden salvarse sino por medidas radicales y oportunas, por la cohesión de los esfuerzos y por el patriotismo en los propósitos; ya que todos estamos convencidos de la perfecta solvencia de nuestras instituciones de crédito y ya que los bancos están tan íntimamente ligados con el interés común; lo que se ha menester es que esa ley se modifique cuanto antes, en términos que concilien los intereses del crédito con el mantenimiento de la fortuna particular y pública, amenazadas por injustísimas alarmas.

EL GOBIERNO Y EL EMPRÉSTITO

El congreso y la prensa siguen tratando del empréstito demandado recientemente por el gobierno y que es á toda luz *indispensable*, porque está destinado á pagar deudas urgentes y porque los tres millones de pesos á que él se refiere, forman parte de la autorización concedida al Ejecutivo, el año antepasado, para levantar un crédito de siete millones y concluir nuestras obras públicas en curso.

Piensan algunos que debe ese empréstito contratarse en el extranjero, para aumentar los capitales reproductivos y abaratar el interés. Pero como esto es largo y de éxito dudoso por lo menos, nosotros creemos que debe negociarse en el interior para dejar bien puesta la palabra gubernativa, para llenar nuestro compromiso con el banco que ha servido nuestra deuda externa en época difícil y para no apelar locamente á nuestro crédito público en momentos inoportunos.

Antes que toda otra consideración, para nosotros realmente secundaria, debe no olvidarse que el crédito de la nación es algo tan delicado y sensible como la honra de la mujer de César. Salvémoslo de toda sospecha aun

cuando sea temeraria, y no vayamos á exponerlo á la desconfianza, á los recelos y al pánico de que se halla hoy poseído el mercado europeo contra los empréstitos americanos.

Con la baja enorme de la plata y el desconcierto financiero de muchos gobiernos de Europa y de América, todos los negocios de dinero hoy están en mal pie y el cambiarlos no pende de nuestra voluntad. A principios de este año, nada habría sido más fácil que proveernos, en París ó Londres, de los fondos que ahora necesitamos y aun de muchos más. Pero al presente la cosa ha variado de un modo muy desfavorable.

La pérdida por compra de letras es enorme; nuestro numerario ha salido en su mayor parte por las exigencias del cambio; apenas queda el preciso para nuestros negocios internos; y la actividad de las industrias, como el aumento de la renta fiscal, se ha convertido en parálisis de las unas y baja enorme de la otra por la forzosa disminución de los consumos y la liquidación de los malos negocios comerciales.

Todo lo que ayer se veía color de rosa, ha venido á tomar hoy un tinte lúgubre y sombrío, gracias á la desconfianza y al pánico que siembran, á juicio de hombres observadores la especulación con oro y letras y hasta el interés, poco patriótico sin duda, de ahondar las dificultades del cambio, para medrar á la sombra del desconcierto y del miedo que esta situación produce en espíritus poco avisados ó poco previsores.

Nadie ignora ya, gracias al telégrafo y á la avidez de los negocios, que nuestros bonos públicos han bajado en Inglaterra como el 4%, á consecuencia de la depreciación general que hoy sufren allí todas las deudas extranjeras.

Y si esta baja fué anterior al desequilibrio actual, ¿cuánto más no bajarán ahora si enviamos á Londres mayor cantidad de bonos en solicitud de un nuevo empréstito chileno?

Las razones apuntadas en este sentido por *El Deber*, en su número del 18 de Julio, nos han parecido *incontestables*. Y al referirnos á ellas y al aceptarlas, de acuerdo con hombres muy entendidos en la materia, esperamos confiadamente que nuestra comisión legislativa, consagrada desde hace días al estudio de este negocio, les preste toda la atención que merecen al tiempo de emitir su informe.

En efecto, si huímos del empirismo y deseamos que no se altere ni se perturbe la misión tutelar del gobierno, fuerza será convenir en que éste nada puede ni debe hacer para cambiar la situación del comercio y de los cambios con la ayuda del crédito público. Ese es un punto que para nada debe tomarse en cuenta al tratarse del empréstito.

Lo que hoy se sufre (dígase lo que se quiera en contrario) no es más que el efecto natural de la violación de ciertas leyes económicas, de ciertos principios rudimentales de la ciencia mercantil; y tratar de eludir su sanción, es algo como pretender que se confundan el bien y el mal, la verdad y la mentira, la seriedad y la farsa, la locura y el juicio.

No le toca al gobierno hacer sacrificios estériles. Sea cual fuere la parte que á él le quepa en nuestra situación económica y aún cuando haya gastado demasiado y comprometídose locamente en obras poco remuneratorias, su deber no es sostener con el artificio situaciones artificiales, sino dejar que los negocios por sí solos recobren su nivel

natural, y que el trabajo y los ahorros, la producción y los consumos, la importación y las exportaciones, todo vuelva á su estado normal de verdad y moderación. Ahí, y sólo ahí, está el bienestar efectivo de un pueblo honrado y laborioso como el nuestro!

Piensan algunos que se recomienda y aún se facilita el empréstito exterior por la sencilla razón de que tenemos crédito interno, como que se ofrecen al gobierno tres millones al 92 de tipo y con 8% de interés y 2 de amortización. Mas si eso prueba la solidez de nuestra solvencia, porque se sabe dentro del país que tenemos riqueza y progresos verdaderos, ¿sucederá lo propio en Europa, hoy que la desconfianza pone allí en baja hasta las deudas de los países más acreditados y más respetables?

Se cree que dar dinero á Chile al 80% de emisión y al 5% de interés, será un negocio expléndido para el capital británico, cuyo descuento fluctúa entre el 3 y el 4%, atendida la abundancia de los capitales. Hombres bien entendidos dudan mucho de esa verdad, y creen que si acudiésemos á la Bolsa de Londres, hoy que se nos juzga allí comprometidos por la crisis comercial y las dificultades del cambio, hoy que los ingleses lamentan su antigua confianza y se alarman con sobrada razón por el estado de sus deudores de Sud-América, sería muy de temer que nuestros bonos no encontrasen tomadores ni aún á condiciones harto más onerosas, como al tipo de 75 con interés del 6%.

Lo peor es que, si se intenta la negociación, el mal ya no tendrá remedio y el empréstito habrá de levantarse á cualquier costo, puesto que se trata de saldar con él compromisos urgentes y de cubrir, sobre todo, el interés y la amortización de nuestra deuda externa.—Pero, aún obte-

niendo el préstamo en aquellas condiciones, ¿qué habríamos ganado con la pequeña diferencia? ¿Librar al comercio de la pérdida actual del cambio y ahorrar un 15% de sus giros á los negociantes ó compradores de letras? ¿Y por qué habría el gobierno de responder de la baja de la plata, del exceso de las importaciones, ni de los abusos de la especulación mercantil, únicas causas verdaderas del alza de nuestros cambios sobre Europa?

Si la pérdida que hoy sufre el Estado por la compra de letras es evidente, tampoco deja de serlo el que esa pérdida es paulatina y sólo durará dos ó tres meses, mientras se restablece el equilibrio en los cambios y el metálico acude al llamado que aquí le hacen el comercio y las industrias, lo que sucederá bien pronto.

Adviértase también que los giros que el Estado tendrá que comprar, en estos dos ó tres meses próximos, no llegan á un millón de pesos. Siendo así, no es de temer su competencia con el comercio, que necesitará seis veces mayor suma; y si la obtuviera sin sujeción á las expiaciones del cambio, luego volvería á una situación análoga á la presente; la crisis reaparecería y aún más profunda con el exceso de las importaciones y el furor de la especulación desacordada y febril.

Nó, no puede eludirse así la sanción de las leyes económicas, ni es conforme á la buena administración el servir á una de las esferas sociales con daño de las otras, porque si el comercio se cree con derecho á que el gobierno le abarate sus descuentos ó el pago de sus deudas en Europa, el consumidor pedirá á su turno que la mantención y el vestuario le cuesten menos, el minero que se libren sus metales del derecho de exportación y los agricultores que se les exima del impuesto territorial. ¿Podría el Estado

complacerlos á todos? Y si lo hiciese, ¿á qué se reduciría la fortuna pública?

Dejémonos, pues, de pensar por ahora en empréstito extranjero y de interesarnos en que el gobierno se haga vendedor de letras para que cese su competencia con el comercio y éste utilice con la modicidad del cambio. Y si, según lo dice el ilustrado redactor de *El Ferrocarril*, »no debemos sacrificarnos á los nervios de nadie, ni al miedo de nadie, desde que sabemos que los cimientos de nuestra casa son sólidos y están bien á plomo,» todo lo que hay que hacer es tener calma, volver á nuestras antiguas labores y estar seguros de que la situación de hoy mejorará tan pronto como se nivelen las cosas, que la importación y los consumos, el comercio y las industrias, el trabajo y los cambios recobren su antigua cordura, que es cuestión de poquísimo tiempo.

EL NUEVO EMPRÉSTITO

SU TRASLACIÓN Y SU INVERSIÓN

I

Todo el que conozca un poco la marcha de los negocios y la constitución económica de nuestro país, no podrá negar que la traída y la inversión de los fondos del reciente empréstito anglo-chileno han provocado, ó por lo menos abierto el campo á una serie de graves cuestiones que convendría estudiar y dilucidar entre nosotros, pero que no sería posible debatir someramente ni tratar tampoco con debido detenimiento en artículos de diario. Por eso, en un breve trabajo que leí y dí después á el «Círculo de amigo de las letras» yo no hice otra cosa que indicarlas y llamar sobre ellas la consideración de nuestros hombres de Estado, á fin de que las mediten y trabajen.

Respecto á los daños inmediatos sufridos con la traída del oro de Londres, considerándolos *irremediables*, todos nos habiamos dicho ya lo que el romano: *quod factum est, bene factum est*. Pero la efectividad de las cuestiones aquellas, la lógica que liga las unas con las otras que son

como su consecuencia necesaria, los argumentos que las apoyan y los hechos que han venido ya á patentizarlas y que vendrán más tarde á convertirlas en dificultades serias para el país, son cosas evidentes, que no pueden revocarse en duda. Sea por efecto de la marcha ordinaria de los negocios, por imprudencia de los particulares ó descuidos de la administración pública, lo cierto es que esas dificultades existen, que se presentarán en mayor escala más tarde y que á cualquier gobierno inteligente y previsor no le sería imposible asignarles remedio.

Cuando se trata de acontecimientos recientes, cuyo resultado puede someterse al análisis lógico y aún si se quiere reducirse á números si los hechos traen la *convicción*, las cifras llegan hasta obrar en los espíritus con todo el poder de la *evidencia;* y cualquiera que sea entonces el objeto con que se trate de negar ó desnaturalizar esos acontecimientos, es preciso aducir para ello pruebas y testimonios irrecusables, porque de otra suerte no será posible hacer que cambien sin causa opiniones ya formadas. En semejantes casos, para obrar sobre la razon privada ó pública no basta decir: «*me parece que en tal cálculo hay algo de exageración, en este avalúo creo que hay también algo de abultado.*» No señor: un cálculo exagerado se contesta con otro cálculo justo, cierto y documentado, si es posible, como un principio falso se hace caer por por tierra combatiéndolo con el raciocinio y desmostrando el error á la luz de la verdad.

Afortunadamente para los pueblos, la verdad económica no es como la verdad política, que escritores y estadistas pervierten y falsean á su antojo; no es como Jano, una diosa de dos caras, ni es tampoco una vana teoría de prestidigitación pública de las que hoy se dan y toman

como moneda corriente. En hechos claros y que están al alcance del simple sentido común, la verdad económica brilla luminosa como la historia y justiciera como el fallo de la posteridad.

Digo ésto á propósito de los artículos que, con el epígrafe que encabeza estas líneas se han publicado en los números 1485 y 1489 de este diario. Por el poco interés que despiertan las cuestiones abstractas, yo creía que hubiera pasado desapercibido el pequeño trabajo que, con ese mismo título, publiqué hace dos meses en la *Revista del Pacífico;* pero ya veo que me engañaba, pues el caballero que me honra con una refutación tan ilustrada como circunspecta, asegura «que él ha llamado la atención de las personas amantes del país». Sea enhorabuena y ya que *El Ferrocarril* ha franqueado sus columnas para esta discusión económica, que aunque grave por el asunto ha de interesar á bien pocos de sus lectores, permítame también á mi turno servirme de ellas para sostener algunas de mis opiniones combatidas por el articulista mencionado.

Empieza este señor por tachar de exagerados mis cálculos sobre la pérdida que ha sufrido el país, por haberse hecho venir los fondos del empréstito, en lingotes de oro, antes de necesitarse para el fin á que están destinados. Yo niego la exageración: creo que mis cómputos, más que por hiperbólicos, pecan por diminutos y no tengo embarazo alguno para afirmar que el daño sufrido por esa causa ha sido mui grave: él importa al Estado una pérdida efectiva de más de medio millón de pesos y entiendo que para demostrarlo no se necesitan muchas ni muy serias investigaciones.

Hasta la publicación de la Memoria de Hacienda de

este año, la cantidad venida de Inglaterra en pastas de oro montaba á 2.800,000 pesos, y nadie duda que para traerla hemos tenido que pagar flete, seguro, comisión, embalaje, embarque y gastos menores y que perder además los intereses en 150 días y la merma en la amonedación. Todo ello importa, sobre la cantidad aquella, un 8 por ciento de pérdida real en esta forma:

Flete pagado á la Compañía de Vapores.....	$2\frac{1}{4}\%$
Seguro de mar y guerra y comisión de corretaje.....	$1\frac{3}{4}$ "
Embalaje, embarque y gastos menores.....	$1\frac{1}{2}$ "
Intereses perdidos en dos viajes de mar y tiempo de amonedación.....	$2\frac{1}{2}$ "
Total.....	8 %

Que deducido de $ 2.800,000, hace la suma justa de *doscientos veinticuatro mil pesos.* Y este cálculo, repito, está lejos de ser exagerado; más bien es diminuto, pues al hacerlo no he tomado en cuenta la comisión de compra, que creo no se pagó á la casa prestamista, ni tampoco la merma en la amonedación, que constituye una verdadera pérdida, á pesar del mayor valor empírico y arbitrario que damos en Chile al oro amonedado.

Para considerar este negocio en su doble importancia yo he calificado ese 8 por ciento, ó sean esos 224,000 pesos, como una *pérdida positiva* que el país ha tenido que sufrir. Pero hay además una *pérdida negativa,* aunque no menos cierta, resultante de las ganancias que ha dejado de sacar el Estado por no haber vendido letras sobre Londres en vez de traer los fondos á Chile en barras ó lingotes de oro. Yo he calculado esta pérdida en 308,000 pe-

sos; y con perdón de mi honorable contendor, le aseguro que tampoco encuentro en ese cálculo la exageración que se le imputa, sobre todo si he de juzgar de los resultados del negocio por el estado presente del cambio entre esta plaza y la de Londres

Para que cualquiera se convenza de esta verdad, me basta repetir que si el Gobierno, en vez de hacer venir en pasta el oro del empréstito, hubiese girado letras sobre el banco inglés por los 2.800,000 pesos que ha hecho traer en metálico, á más de haber ahorrado el pago de fletes, seguro, comisión de corretaje, merma en la amonedación y la cesación de intereses en 150 días que tardaron la orden de envío, la compra y remesa del oro y el tiempo necesario para acuñarlo, habría al contrario utilizado una cantidad considerable por el muy alto precio que han tenido los cambios en este último tiempo. Estoy persuadido de que esa utilidad no puede estimarse en menos de 12 por ciento sobre la suma girable, incluyendo los 45 días del viaje de las letras y los 90 del plazo del giro; y esto aparte de la anticipación que los tomadores habrían hecho al Erario del valor de las libranzas recibidas, lo que importaría un doble rédito durante cinco meses sobre toda la suma porque hubiera podido girarse.

Hace un año que el cambio entre Chile é Inglaterra fluctúa entre 44 y 43, lo que da por término medio una diferencia de $10\frac{1}{4}$ por ciento en favor de la moneda inglesa. Suponiendo ahora que en los 135 días del plazo de las libranzas ganasen sólo el 1 por ciento los fondos depositados en la casa de los señores Baring ó en el banco de Londres, siempre resultaría para Chile un provecho de $11\frac{1}{4}$ por ciento sobre el total importe de sus letras; y si se agrega á ello el doble rédito que el valor de estas letras

hubiera producido en Santiago durante los 5 meses de la anticipación, nadie dudará que ese cómputo de un 12 por ciento raya más en exiguo que en hiperbólico. Y esta no es sólo una creencia mía, es la opinión de hombres muy entendidos en negocios de cambio. Por consecuencia, repito, en vez de perder 224,000 pesos en los dos millones y ochocientos mil pesos que se han hecho venir en pastas de oro, girando sobre Londres pudiera el Estado haber ahorrado esa suma, y haber utilizado además 308,000 pesos con sólo el interés del tiempo del giro y la fuerte ventaja del cambio. Ambas partidas, esto es la pérdida *positiva* de que hablé antes y la *negativa* que acabo ahora de patentizar, componen la suma líquida de *quinientos treinta y dos mil pesos*, los mismos que el país ha perdido evidentemente por la prisa de hacer venir en metálico el oro del empréstito.

Si estos cálculos no son ciertos ni fundados, muy fácil debe ser rectificarlos. La primera partida consta de datos que se encuentran en las oficinas de gobierno y la segunda se apoya en el testimonio de comerciantes respetables. Combátanse, pues, victoriosamente y con documentos esos cálculos y yo me apresuraré á reconocerlo y á confesar mi error con franqueza y lealtad, porque ni me gusta profetizar desgracias, ni es tanta mi falta de patriotismo que deje de sentir los yerros de la administración, aún cuando no tenga yo la fortuna de estar de acuerdo con ella sobre los medios de realizar el bien público.

II

Aparte de los cargos de exageración que dejo contestados, pero sin negar los daños sufridos por la traslación del empréstito, el articulista que pretende rectificar mis opiniones en este particular me objeta todavía: «que la pérdida que yo he considerado como positiva y estimado en un 8 por ciento sobre los 2.800,000 pesos venidos de Londres, *está compensada con la diferencia que existe entre el valor que nuestra moneda tiene en el cambio y la ley del oro que se recibió de Inglaterra.*»

Este es un error manifiesto y muy extraño en el que demuestra conocer los principios económicos y aún dice «haber consultado el negocio con las personas que en él han intervenido más de cerca.» Sabiendo lo que la ciencia entiende por la palabra *valor*, me admira que se haya tomado por tal el aumento empírico y arbitrario que da la ley chilena al oro amonedado. Cree el articulista que la liga puesta al metal al tiempo de acuñarlo constituye una verdadera ganancia para Chile; y así dice «que el 7 por ciento utilizado en la amonedación ha bastado y sobrado para cubrir los costos de la traída del oro.» Pero esa liga, señor mío, no aumenta un ápice el valor real del oro, que es el mismo en Londres que en Santiago: lo único que aumenta es su peso y la estimación caprichosa que damos aquí á ese oro después de amonedarlo.

Teoría es ésta que ni siquiera necesita demostrarse. El valor es un término relativo, pero que no muda al antojo de los particulares ni de los gobiernos. Por eso todo cambio, compra ó venta se hacen siempre estableciendo el va-

lor de las cosas que se venden, se compran ó se cambian. Lo que un producto cualquiera pierde en estima lo ganan sus productos antagonistas; y como no hay realmente una medida infalible de los valores, de ahí resulta que el oro, por ejemplo, cuyo precio nominal es mayor en Chile que en Europa, no se toma sino en cambio de una cantidad de mercancía mayor que la que representa, ni se recibe tampoco en retorno de nuestras importaciones, sino que en lugar suyo se extraen la plata, el cobre, las lanas ó cualquier otro artículo comerciable, cuyo precio nominal se acerque *más al precio* verdadero. En vano la ley chilena dará á la onza el valor de 17 pesos 25 centavos y al cóndor el de 10 pesos fuertes. Como el cóndor y la onza, por la liga que llevan, valen menos que esta suma en plata, por eso el exportador prefiere siempre la moneda de plata á los cóndores y las onzas: por eso la plata sellada se extrae quedando el oro en el país, y si algo sale como artículo de retorno, es solamente en forma de barra ó en polvo y comprado por su valor efectivo, mas no con el recargo de la liga que le da tan sólo un mayor valor meramente nominal.

Esa ganancia del 7 por ciento obtenida por el Gobierno en la amonedación del oro venido de Londres no es, pues, una ganancia, es simplemente una quimera, una fantasía del legislador que creyó enriquecer al país é impedir la extractación del oro aumentando su valor; y esto, cuando el producto que sirve de agente principal en los cambios y como término de relación de los valores comerciales no es ni puede ser otro que la plata, artículo de producción nacional y que aumenta paulatinamente, mientras que las minas de Australia, California y Rusia arrojan cada año en todos los mercados del mundo enormes cantidades de

oro. De lo contrario, si la opinión emitida por el articulista fuese cierta, no habría nada más facil que elevar á las nubes la fortuna de Chile!!! Baste saber que si el Gobierno, en vez de acuñar moneda de oro con liga de 7/100, la hubiese hecho con sólo 500/1000 de fino, habria utilizado nada menos que un 50 por ciento sobre todo el oro del empréstito; y así los 7 millones tomados á la casa de Baring, por el hecho sólo de venir á amonedarse en Chile, habrían realizado el milagro de los panes del Evangelio, transformándose por la simple amonedación nada menos que en 14 millones de duros!!! Error y error evidente! No sólo no hay en eso una ganancia para el Estado sino que hay en la amonedación del oro, como en toda amonedación, una pérdida real y positiva, que el año pasado en el oro mismo del empréstito y sólo *por mermas* subió á la suma de $ 4,333.65.

Cree también el articulista que en lo que yo he llamado *pérdida negativa* ó sea en la ganancia que dejamos de obtener por haber traído el oro en pasta en vez de girar letras sobre Londres, hay todavía exageración;—«porque era natural (dice) que el cambio no se hubiese sostenido entre 44 y 43, girándose por sumas tan fuertes; y si el cambio bajaba, entonces en vez de un 11 no se habría obtenido ni siquiera un 8 por ciento de beneficio.»—Pero, en respuesta á tal argumento, ahí están los hechos. Desde hace un año el cambio fluctúa entre 44 y 43 lo que hace la diferencia aproximativa de $10\frac{1}{4}$ por ciento en contra de la moneda chilena. En este tiempo las letras han tenido y tienen todavía mucha demanda. Casas compradoras de los giros del Gobierno se sabe que han hecho sobre ellos considerables beneficios. El Gobierno mismo, si ha tenido en este año que tomar letras para cubrir los dividendos

del antiguo y del nuevo empréstito, habrá debido resignarse á perder en el cambio nada menos que 63,870 pesos sobre la suma de 638,700 pesos que anualmente se remite á Londres; lo que justamente equivale al 10 por ciento de diferencia que ha sido la base de mi cálculo. Por último, á esa diferencia de precio entre las monedas chilena é inglesa, á esa ventaja enorme del cambio que habría quedado en favor nuestro, hay que agregar aún dos partidas no insignificantes: el interés que el dinero ganaba en Inglaterra hasta el día del *pago* de las *letras* y la *anticipación* de fondos hecha por los tomadores de éstas en los 50 días del viaje de mar y los 90 del plazo de giro.

La demostración de esta pérdida es bien fácil y su resultado es mayor aún que el que yo he calculado, si se atiende al estado actual del cambio entre esta plaza y la de Londres. Pero fijemos esa diferencia del cambio en sólo 10% y veámosla en números:

Ganancia de 10% en $ 2.800,000 que pudieran girarse sobre Londres.....	$ 280,000
Intereses de esa suma en Europa durante el plazo de giro y viaje de las letras, 1%....	20,800
Id. sacados en Chile de la anticipación de los *fondos en igual tiempo*, 2%.....	41,600
Total.....	$ 342,400

Es cierto que el cambio pudo bajar algún tanto girándose por fuertes sumas. Pero ¿qué prisa debió tomarse Chile para trasladar sus fondos cuando no había de necesitarlos sino después de muchos meses y aún de años?— Vendiendo sus libranzas al precio corriente y conforme á las necesidades del comercio, su ganancia era segura, evidente, infalible, y la baja no se habría hecho sentir, ni

nuestra moneda de plata se habría exportado:—no se habría irrogado un grave daño al país por puro atolondramiento:—no se habría dejado, como se dejaron, sin remitirse oportunamente, en dos trimestres continuos, los dividendos de intereses y amortización del antiguo y del nuevo empréstito:—no habríamos dado marjen á las tan feas cuanto falsas imputaciones que se hicieron entonces á nuestro gobierno en Inglaterra;—no habría bajado un 15 por ciento la cotización de los bonos chilenos con notable perjuicio de los prestamistas que tuvieron confianza en nuestro crédito;—no se habrían monopolizado, ni por consiguiente encarecido, los cambios sobre Europa;—no se habrían perturbado, por éstas y otras causas, los negocios interiores del país;—y finalmente, llegado el vencimiento de los préstamos hechos á los particulares con el oro venido de Londres, como sólo es el numerario lo que entre nosotros ha aumentado más no los capitales que van á situarse en los ferrocarriles de Valparaíso y del sur, no habríamos tenido, como tendremos por consecuencia forzosa de los préstamos aquellos, los conflictos de todas las industrias, el alza del descuento, la dificultad para los pagos y retornos y toda esa larga cadena de sufrimientos que traen siempre consigo las crisis monetarias y comerciales.

Yo no tengo ni he tenido jamás la pretensión de hacer al gobierno responsable de estos contratiempos; pero si esos son los resultados que se obtienen de la acción gubernativa, *mucho más eficaz y bienhechora que el ilusorio espíritu público de que hacemos uso en las publicaciones literarias*, al decir de mi ilustrado contendor, confieso que todos harán más justicia que yo á las medidas económicas de la administración, porque nada hasta ahora me con-

vence de que esos y otros acontecimientos que estamos viendo desarrollarse dejen de tener una influencia poderosa sobre la economía de nuestro país. Sin tomarlos en cuenta de otra suerte que como simples asuntos de estudio y por su conección inmediata con el negocio del empréstito, yo me he limitado á estimar en un 11 por ciento ó sea en 308,000 pesos lo que ha dejado de ganar el Estado por no haber girado letras sobre Londres. Y, dígase lo que se quiera, después de considerar este asunto yo quedo más y más persuadido de la verdad de cuanto tengo expuesto, y no dudo que si el articulista lo consulta con hombres competentes, reconocerá que abundo en razón y que ese cálculo es más bien diminuto que hiperbólico.

Crée todavía el articulista que esa pérdida está por otra parte compensada con la diferencia entre el interés que nosotros pagamos á los prestamistas ingleses y el que pagan al Estado los particulares. Mas si puede haber en esto algo de verdad, también es cierto que esa pretendida compensación no disminuye en un sólo centavo la pérdida aquella, que yo he calificado de *negativa* aunque es muy real, verdadera, evidentísima. Nadie reprobará que el gobierno haya prestado en Chile á un mayor interés los dineros traídos de Londres, sobre todo por mientras no se necesitan para la obra de los ferrocarriles. Pero ambos beneficios eran perfectamente compatibles y ambos han podido, sin pérdida ninguna, obtenerse con provecho mutuo de la nación y de los particulares. Nó: el mal no ha estado allí: ha estado en la impremeditación y ligereza con que el gobierno decretó la traída de los fondos. Si hubiera tenido algo de paciencia, habría vendido á buen precio sus letras sobre Inglaterra y habría ahorrado al país

un fuerte gravamen; no habrían estado, como están hasta hoy, repletas de oro las arcas de la Moneda; pero habría tenido mayor suma que prestar á la agricultura dándola con un interés aún más módico habría contribuído así doblemente al alivio del comercio y de la industria.

Después de hablar de la forma en que se han trasladado á Chile los dineros del empréstito, pero sin dejar de convenir en la pérdida que por ello hemos sufrido, el caballero que se ha encargado de rectificarme consagra su segundo artículo á manifestar la utilidad que reportará al país invirtiendo esos fondos en la continuación de los ferrocarriles. Sin diferir mucho de las ideas del escritor en algunos puntos, hay otros, sin embargo, en que mal podríamos estar de acuerdo. Él ha creído proceder con método preguntándose: «¿Los caminos de hierro són ó nó necesarios? ¿Son suficientes los recursos del país para llevarlos á su conclusión, sin perjuicio de la industria y del comercio? ¿Interesa á Chile la terminación de esos caminos hasta el punto de reclamar los auxilios que hoy se les otorgan?»

Para resolver estas cuestiones, que no ha tocado sino someramente, el articulista ha entrado á considerar por separado la empresa del ferrocarril de Valparaíso á Santiago y la de este pueblo al sur, hasta la fecha del contrato celebrado con el señor Meiggs. Pero, aparte de que la historia de ambas vías no resuelve á mi juicio ninguna de las cuestiones aquellas, yo quiero excusarme de seguir al escritor en esa senda demasiado larga, y que nos llevaría por los mismos medios á diversas conclusiones. Nadie duda hoy día que con un poco más de contracción y celo los trabajos habrían marchado con mayor acierto y que habría sido posible prever y aún evitar las tristes circunstancias que han cambiado el aspecto del negocio. De-

jemos, empero, la historia de los acontecimientos que han precedido ó seguido á la inauguración de esas obras hasta traerlas al estado que hoy tienen. No urguemos el asunto; y si el país está comprometido á llevar á buen término esas obras, limitémonos á hacer votos porque ellas se prosigan sin los yerros ni dificultades que al presente.

Yo creo que la cuestión, sacada de las teorías históricas y traída al terreno de los hechos, ha debido proponerse en esta otra forma: «¿Són ó nó los ferrocarriles *indispensables* para Chile, en el estado actual de su riqueza y de su industria? ¿Á cuánto montan nuestros capitales inactivos, únicos que en rigor han debido *consagrarse á este género* de negocio? ¿Qué cantidad de capitales flotantes podrá anualmente inmovilizarse en el país sin dañar á la industria ni á la producción y sin turbar en su fuente misma los canales de la fortuna pública? ¿Cuánta suma de los millones prestados á particulares con el oro venido de Londres podrán éstos devolver cada seis ó nueve meses, sin que por su falta decaigan las transacciones, padezca el crédito ó sufran los empleos reproductivos á que hoy están destinados esos fondos?»

Colocada la cuestión de esta manera, lógica y consecuente con nuestras circunstancias, yo no dudo que sus resultados sean diversos de aquellos á que ha creído arribar mi ilustrado contendor. Porque en verdad, los ferrocarriles que son la sola necesidad y el único negocio de pueblos como Inglaterra, Francia y los Estados-Unidos, que ven satisfechas todas sus otras exigencias, que poseen un sistema completo de vías de comunicación, cuyos puertos están todos habilitados, las costas defendidas, la industria en su apogeo y que cuentan con una inmensa reserva de capitales acumulados y sin colocarse: en esos pueblos

donde todas las necesidades reales y aún facticias se encuentran ampliamente satisfechas, donde los obreros y el material superabundan y donde la continua construcción de ferrocarriles ha creado hábitos de trabajo y una esperiencia tan general que ha llegado á hacerse como del dominio público: en pueblos tales, repito, los caminos de hierro son precisos, no sólo para el inmenso acarreo de mercaderías y de hombres, sino que son también indispensables para su desarrollo y son además la única ocupación que pueden dar á sus economías y el mejor y el más útil empleo de su actividad y de esa fiebre de especulación que los devora.

Pero, en Chile, sucede todo lo contrario, porque estudiadas nuestras necesidades públicas, examinada nuestra situación y conocido el poder del país en hombres, capitales é industria, nosotros no somos sino el reverso de esta medalla. Por eso he dicho más de una vez que, en mi humilde sentir, los ferrocarriles todavía *no son indispensables para nosotros.* La forma misma de nuestro territorio, larga y angosta faja de tierra fincada entre el mar y los Andes, está diciéndonos en alta voz que lo que más necesitamos es fomentar nuestra marina, habilitar nuestros puertos y multiplicar las buenas y fáciles vias de comunicación entre la cordillera y la costa. Aún mirado nuestro territorio *á vuelo de pájaro,* como lo dice el articulista, yo creo siempre que la gran necesidad de Chile no es un vasto ferrocarril que ligue á Valparaíso con Santiago y Aconcagua, sino la de tantos caminos carreteros cuantas son nuestras provincias para conducir por todos ellos nuestros productos de la cordillera al litoral, único mercado seguro para el extranjero y única plaza para nosotros de cómodo y ventajoso expendio. Una vía sola

por buena que sea es insuficiente, porque la justicia administrativa requiere para el fomento de nuestra producción tantas vías, si es posible, cuantos son nuestros departamentos productores.

Y no se diga que para ello habrían dificultades insuperables, porque hasta ahora no se han hecho sino superficiales reconocimientos de nuestro territorio. El centro no habría dilatado ni enriquecídose á expensas de las extremidades. Pero ¿quién no se forma idea del impulso que tomarían en Chile las propiedades todas, el comercio, la producción, la industria y la riqueza en sus mil ramificaciones, si los 7 millones del ferrocarril de Valparaíso, que tal vez subirán á 12 en su último término, se hubiesen invertido en una red de comunicaciones carreteras que ligasen á toda la República conforme á una ley de caminos hábilmente combinada y realizada? Y fuera de esto, la ocupación de Arauco y la colonización de las tierras australes, la inmigración europea, la habilitación de puertos, la educación del pueblo, la construcción de muelles, hospitales, cárceles de detención, casa de huérfanos, salas de asilo y el fomento de la marina y del comercio nacional, etc., etc., ¿no son todos trabajos de mayor urgencia y de provecho más inmediato que los ferrocarriles en embrión? ¿no es necesario, forzoso y justísimo acometerlos y continuarlos todos á la vez, por cuanto sus beneficios los reportará el país entero, mientras que de las vías férreas, construídas por el Estado y costeadas por los contribuyentes, no reportarán ventajas directas sino ciertas provincias y determinados individuos?

Estas y otras muchas que omito son las razones que me hacen creer que los recursos del país son de suyo insuficientes para llevar á cabo esas obras, sin perjuicio de la

buena administración pública, que aconseja *comenzar por el principio* y no empezar por las cornizas la primera obra de ingenio civil que habrá hecho el país después de su independencia. Sobre todo, es menester no dañar con esa obra las fuentes productoras de la riqueza nacional, y principalmente la agricultura y el comercio, ya que se ha tratado de servirlos con el oro del empréstito; y esta es otra causa más para sostener que las necesidades generales del país deben anteponerse á la construcción de costosas vías férreas, mucho más si los auxilios que se otorgan á éstas han de salir del capital que fecunda y vivifica la fortuna pública.

Para convencerse de la justicia de esta observación basta recordar que los ferrocarriles chilenos deben continuarse con los dineros dados en préstamos á los particulares. Y conociendo un poco el estado de nuestras plazas y recordando los apuros que se pasaban no há mucho con el pago de los dividendos de la masa decimal, harto más exiguos, yo no dudo que el vencimiento de los préstamos aquellos ha de poner al país en terribles conflictos, porque todo desenvolvimiento extraordinario del trabajo y de la industria y toda inmovilización repentina de los fondos que están sirviendo al tráfico interior, alteran y cambian necesariamente las condiciones normales del desarrollo de la riqueza social. Por eso yo creo que en el interés de la clase trabajadora como en el de los capitalistas y del Estado debe considerarse como un mal todo negocio y procedimiento económico que tienda á dislocar los capitales flotantes ó fijos y sus relaciones con el trabajo y los salarios. Y por eso repito que si nadie debe aflijirse por ver aumentar entre nosotros el fondo de los valores industriales, muebles ó inmuebles, sería sin embargo de desear,

en bien de la nación, que el tránsito de la escasez á la abundancia, de la falta de regulares caminos carreteros públicos y vecinales á la posesión de vastas y costosas vías férreas, fuese un poco más seguro y menos doloroso en sus efectos: porque para inaugurar en Chile la era de los caminos de hierro (que estarán muy lejos de ser caminos de oro, como algunos piensan) nadie puede convencerme de que sea necesario, preciso, indispensable tener que atravesar una crisis como la que han pasado la Francia y la Inglaterra con igual motivo, y los Estados-Unidos con el abuso de su papel-moneda.

Aparte de estas consideraciones generales, no debe tampoco olvidarse que en el ferrocarril de Valparaíso, principiado en 1852, aún no se sabe á punto fijo la vía que debe seguirse: hasta ahora continúa detenido donde lo estaba hace cinco años, y á pesar de la compra de las acciones hecha á la par por el Gobierno, todavía el crédito de la empresa no se levanta. La bancarrota se ha creído rescatada con el empréstito, el empréstito queda prestado á los particulares, la dirección nueva de la obra no remedia las viejas dificultades, nacidas principalmente de la falta de hombres especiales, y los ingenieros y empleados de la línea siguen andando de cerro en monte y de monte en cerro sin saber por dónde andará al fin ese camino que tantas pérdidas y sacrificios cuesta al país.

Pero sea como fuere, los fondos del empréstito habrá luego que invertirlos en proseguir los trabajos, para lo cual se tendrá que sacarlos de poder de los deudores fiscales; y como el dinero no desciende á la caja de éstos milagrosamente, será preciso que las circunstancias del mercado les permitan verificar sus pagos sin paralizar sus negocios ni dejar exhaustas las fuentes de la produc-

ción. Y si no está aquí el busilis del asunto, por lo menos habrá de convenirse en que ésta será una de las no pequeñas dificultades que han nacido de la traslación y colocación de los caudales del empréstito.

Comprometido el Gobierno á llevar á término la obra de los ferrocarriles, pero no contando para el efecto sino con esos fondos, parece que ha de serle indispensable estudiar el negocio y tratar de prevenir el mal, más bien que de remediarlo cuando haya sucedido. Investíguese, pues, la mejor inversión de esos fondos y el método que en ella debe seguirse para que los progresos de la obra marchen en armonía con el estado económico del país; pero trátese, sobre todo, de discurrir algún medio que concilie el interés de los deudores con los intereses generales del Estado. De lo contrario, fácil es prever que el adelanto y mucho más la terminación de esa obra, de cuyo buen éxito pende en gran parte el porvenir del país, no podrá realizarse sin sufrimientos gravísimos para la agricultura, el comercio y la industria.

A pesar, pues, de cuanto expone sobre los antecedentes de la empresa el ilustrado articulista, nadie duda que éstos y muchos otros percances de la obra se habrían evitado si cuando se trató de poner mano en ella se hubiesen estudiado detenidamente, sin vanidad gubernativa ni orgullo nacional, los diversos sistemas que entonces se propusieron; porque ni entonces, ni ahora, ni nunca podrá desconocerse que habría sido infinitamente más seguro, más económico y más favorable á nuestros intereses privados y públicos, el haber encomendado la obra á compañías de capitalistas extranjeros, mediante la garantía de un cierto interés sobre los fondos que se invirtieran. El país habría con esto reportado la doble ven-

taja de colocar mejor sus capitales reproductivos y librarse de comprometer su porvenir con una deuda de cerca de ocho millones!!! Habríase evitado también la inconveniencia y aún si se quiere la injusticia de ejecutar por cuenta del Estado, es decir, de los contribuyentes todos, una obra de utilidad puramente local, obra que, acertada, imprimirá al centro de la República un impulso poderoso, pero que si se yerra habrá de traernos terribles dificultades y que en uno ó en otro caso no interesará á la mayoría de los ciudadanos, ni guardará equilibrio con la producción, ni la riqueza, ni aún con las necesidades crecientes del comercio y la industria del país. Y por último, vista como ya lo está la paulatina inversión de los fondos del empréstito, habríase tenido tiempo de reconocer que, consagrando á esa obra nada más que los 638,700 pesos que anualmente pagamos á Inglaterra por intereses y amortización de nuestra deuda exterior, podría ella haberse terminado en pocos años sin perturbar la producción, ni comprometer nuestro crédito en el extranjero, ni gravar nuestras rentas, sólo con haber empleado prudentemente nuestras economías y nada más que con echar mano de los *recursos nacionales disponibles.*

APÉNDICE

ARTÍCULOS LITERARIOS

LA EXPOSICIÓN Y EL ARTE

(Conferencia hecha en la Academia de Bellas Letras)

Los que durante tres meses han visitado los vastos salones que circundan el palacio de la Quinta Normal y visto de un golpe tanta diversidad de objetos artísticos, y oído sobre ellos, juicios tan extraños y opiniones tan divergentes, que, si algo probarían sería, cuando más, la relatividad de los gustos, no habrán dejado de preguntarse alguna vez: Pero ¿qué cosa es el arte y cómo ha estado representado en nuestra Exposición?

Mas si el visitante ha visto aquello con el vivo interés de un aficionado á las bellas artes, conocedor sagaz y algún tanto erudito en la materia, ha debido volverse á preguntar con cierta extrañeza: ¿Y por qué ha faltado aquí el celebrado arte antiguo y sólo ha figurado el moderno? ¿Será igual la misión de ambos ó la del último habrá cambiado con el progreso de los tiempos? Las altas regiones de la metafísica trascendental y los oráculos que los sabios derivan de su estudio ¿serán hoy, como eran antes, la ley general de las cuestiones artísticas? Si toda obra humana da la medida de la inteligencia que la pro-

duce, ¿no será lo mejor y lo más cuerdo, tratándose de objetos artísticos, determinar bien esa medida y clasificar conforme á ella las producciones del arte? Vista la marcha rápida así como los cambios incesantes del progreso, ¿podría sólo el arte haber quedado estacionario? ¿Vivirá hoy con nueva vida ó los artistas modernos tendrán que considerar siempre al pasado como modelo del porvenir?

He aquí, señores, los tópicos sobre que vengo á hablaros no para enseñaros lo que sabéis mejor que yo, sino para fijar de algún modo las ideas tan vagas y, á veces tan erróneas, que se tienen sobre el arte, para cooperar siquiera en este sentido á la difusión y propagación del gusto estético entre nosotros y para que se conserve y se utilice lo más posible la memoria de las bellas obras exhibidas en nuestra reciente fiesta internacional.

I

La palabra *arte* parece venir del griego "arète" que significa virtud y poder, etimología tal vez incompleta, pero que da el sentido fundamental y característico del vocablo. En su acepción genérica, *el arte* es como la antinomia de *la ciencia* y sólo expresa el conjunto de procedimientos por cuyo medio produce el hombre alguna obra, sea para asegurar su conservación ó su bienestar físico; sea para crear ó despertar en sí mismo ó en los otros algún goce intelectual ó moral. Nace de ahí la división tan conocida de *artes liberales* y *artes mecánicas*, denominaciones genéricas que encierran cuanto concierne á los negocios artísticos.

Frutos puros de la imaginación ó la fantasía, las artes

liberales se dirigen sólo al espíritu, de donde nace lo que se llama *bellas letras* que dan su nombre á esta Academia, ó bien á los sentidos, á la vez que al espíritu, y entonces tenemos las que se titulan *bellas artes*. A su turno las artes mecánicas, alma y vida del progreso material del mundo, mejoran y multiplican cada día las máquinas y los instrumentos útiles á la industria y á la producción, y de ahí el cuidado que hoy se presta á las escuelas y conservatorios de artes y oficios, como á las exhibiciones comerciales é industriales, etc.

En este momento nosotros hablaremos sólo de las bellas artes, no en su sentido dilatado y vastísimo, sino únicamente en cuanto se refieren á la pintura y á la estatuaria. Mas, desde luego se presenta una dificultad y es la de saber si la belleza, alma del arte, se encuentra en todo lo que agrada ó sólo en el reflejo de lo ideal y en el esplendor sublime de lo verdadero y de lo bueno. Escritores distinguidos hacen consistir lo bello sólo en el orden y la armonía y, otros, en la perfección. Hay quienes buscan el carácter de lo bello en lo conveniente y otros en lo útil. Muchos, al contrario, oponen lo bello á lo útil y dicen que lo bello siempre es desinteresado, cuando en lo útil impera de ordinario el egoísmo. Filósofos y moralistas se han perdido en este largo debate sin llegar jamás á ponerse de acuerdo en las conclusiones.

Sin embargo, no puede dudarse que si se toma la belleza como todo el mundo la comprende, esto es, con relación al defecto subjetivo que produce sobre nosotros, no sólo es bello lo que agrada sino principalmente lo que encanta y excita los sentimientos de amor y admiración en nuestra alma. Y ésto se confirma no sólo por la observación sicológica sino hasta por los diccionarios de las

lenguas modernas que nos dicen: «Es bello lo hermoso y perfecto en su línea,» ó bien «aquello cuyas proporciones, formas y colores se admira y encanta.»

Lo innegable, entre tanto, es que la belleza existe dentro y fuera de nosotros y que para estudiarla y comprenderla se ha creado la estética, ciencia del sentimiento, teoría de lo bello, filosofía del arte, que tienen por base la abstracción y la contemplación mental artística, como que el arte es la creación de la belleza por medio de la inteligencia: es la traducción sensible del estado del espíritu hecha de una manera perfecta y bella, mediante la actividad del alma filosóficamente dirigida, y son tan provechosas sus manifestaciones, que «hasta puede establecerse, como lo dice Lastarria en su *Política positiva*, que el arte estético es la representación viva del pensamiento científico de la sociedad.»

De aquí nace el que las obras de bellas artes no sean, como las de las artes mecánicas, descubrimientos sucesivos y empíricos del espíritu humano, sino que se presente con un carácter de necesidad absoluta, porque tienen su origen en el alma misma del hombre, que desde que adquiere conciencia de su sér, ama, admira, adora, hace todo género de esfuerzos por expresar su amor, su admiración ó su respeto.—La pintura y la escultura, como la poesía y la música, tienen todas su germen en las expansiones delicadas del alma; pero si su nacimiento ha sido contemporáneo del hombre, su desarrollo y sus progresos han sido lentísimos. ¡Qué de dificultades para encontrar sus leyes y sus reglas! ¡Cuánta distancia entre los ídolos groseros de los salvajes y las estatuas bellísimas de las mujeres y los dioses de la Grecia! ¡Qué largo intervalo

entre las notas discordantes de la campaña pastoril y los cantos sublimes de Rossini y de Verdi!

II

Yo creo que para formarse idea verdadera del arte es preciso, ante todo, recordar que la vida humana tiene dos focos: la vida real y la vida ideal.—La primera, que se refiere sólo á las cosas de este mundo y une nuestro destino al de nuestros semejantes. La segunda, que es como la perfección de aquélla y nace sólo en los espíritus elevados anhelosos de ciencia y de progreso, del amor á lo bello y á lo bueno. La primera satisface á los que limitan su existencia á las alegrías modestas de la familia y al servicio de los intereses de su patria ó de la humanidad, al paso que la segunda nace en el hombre de un instinto de mejora tan superior y de un gusto tan vivo de perfección, que corren los días y los años buscando y rebuscando, en la vida, la armonía y la belleza absolutas que nos acercan á Dios.

Aristóteles, que opinaba que «el alma no es otra cosa que una inteligencia servida por órganos», ha definido bien al hombre diciendo que «*es por excelencia un sér sociable.*» Pero por más atractiva y necesaria que sea la vida social, es indudable que ella tiene sus horas de desencanto y de fastidio, y entonces es cuando nacen en los hombres esas aspiraciones á la vida ideal y á la investigación de la verdad y de la belleza estéticas, que son como la esencia del arte verdadero.

Los griegos antiguos, maestros sublimes en esta materia, decían, según cuenta Ghebart, que antes de venir á

este mundo nuestra alma había vivido en el cielo, al lado de todas las maravillas divinas, siguiendo el coro de los ángeles y de los bienaventurados y comprendiendo y admirando el infinito. Así es que esta alegría religiosa que experimentamos cuando un rayo debilitado de la belleza soberana se desliza entre las sombras de nuestra vida real, este sufrimiento melancólico que sentimos al ver las imperfecciones que nos rodean, son como otras tantas reminiscencias de nuestra vida pasada en las regiones eternas. Y desdeñando entonces los bienes terrenales y la felicidad de los sentidos, como recogida el alma dentro de sí misma, ella se abandona á la contemplación de las grandes leyes que reglan toda justicia, toda belleza, toda verdad. De allí proviene, según los maestros, el amor al arte.

También Platón ha expresado por una fábula ingeniosa el retiro del alma del artista en los dominios de la vida ideal. «Al nacer las musas, dice, se apoderó de algunos hombres un amor tan grande por los placeres del alma, que siempre cantando y soñando con la belleza, se olvidaron de comer y de beber y murieron dulcemente y sin dolor. De ellos han nacido las cigarras, estirpe privilegiada de las musas, que viven sin sentir el hambre y que no alimentándose nunca, cantan desde que nacen hasta que mueren, y luego, volviendo al Olimpo, llevan á cada cual de los dioses el número de sus adeptos.»

Parece, pues, que el arte, á juicio del más ilustre de sus expositores, tiene por condición el desprendimiento de la vida real y la práctica de la vida superior del alma. El primer artista ha debido ser entonces el hombre que, juzgando la existencia monótona y vulgar, se ha esforzado por dar á la concepción de su espíritu una forma perceptible á los sentidos, como el primer pintor ó escultor ha

sido el que, buscando cuerpos más proporcionados, cabezas más inteligentes, actitudes más graciosas y simpáticas, con un lápiz ó un cincel inexperto bosquejó cierto día en la madera ó en la piedra el animal ó la casa, el dios ó la diosa, el hombre ó la mujer perfecta, que vió en los sueños de su ardiente fantasía. Así el Giotto, uno de los pintores de Italia, siendo pastor hacía su retrato y el de sus queridas ovejas, así también Zanonni ha esculpido en el mármol «*El futuro artista*», que copia la cabeza de su perro y que, por la gracia de sus líneas y la morbidez de sus contornos, es una de las joyas de nuestra Exposición.

III

Mas, ¿debe acaso el artista, para expresar el ideal, olvidarse de la realidad? Si el escultor ó el pintor no abren los ojos sobre modelos vivos, ¿podrán dotar á sus personajes de fuerza y belleza verdaderas?—Otra vez aquí el arte griego, por boca de Platón, viene á darnos una teoría cuya exactitud es incontestable:

«Para inspirar al artista en la investigación del ideal, ha dicho, el verdadero método consiste en elevarse siempre de las bellezas reales y como por otras tantas escalas hacia la belleza sin mezcla, pasando siempre de un cuerpo bello á dos, y de dos á todos los bellos cuerpos que se conozcan. En fin, más allá de las bellezas sensibles y al través de las cosas intelectuales, las instituciones humanas y las ciencias puras, el pensamiento del poeta artista alcanzará la ciencia suprema y reposará en el goce inefable de la belleza inmortal.»

Conviene, empero, advertir que el ideal no es un sér

puramente imaginativo y sólo accesible á la lógica abstracta de los metafísicos, sino que existe en la naturaleza, ó más bien en la naturaleza misma, bien que purificada y ennoblecida. «Cada individuo, ha dicho Ghebart, es un ejemplar más ó menos degenerado de un tipo en sí mismo regular y perfecto. Para dejar ese tipo en su pureza primitiva, apártense las imperfecciones que la raza, el clima, la educación y los mil accidentes que la vida orgánica le han ido imprimiendo poco á poco. O más bien, en el hombre tal como aparece, trátese de descubrir al hombre como debe ser, si nada se ha opuesto al desarrollo libre i armónico de su alma y de su cuerpo, y entonces, partiendo de la belleza imaginaria, llegaremos á la naturaleza y á la verdad positivas y completas.»

Pero adviértase también que la naturaleza humana, que el arte reconstituye, no puede estar sólo en el cuerpo, sino acompañada de algo que revele la acción del alma, como que del alma sola saca nuestro cuerpo su movimiento y su vida. La belleza del hombre consiste en la unión de un cuerpo bien proporcionado y de una alma inteligente y virtuosa; pero la perfección del alma predomina siempre y hasta hace olvidar las incorrecciones corporales ó del rostro. Como prueba, véase, en la pintura, el retrato del fabulista *Esopo*, magnífico á pesar de sus defectos corporales, y véase, sobre todo, el *Sócrates* de Magni, clásica estatua venida á Chile de la Exposición de Viena, en que la nariz aplastada y la cara de Sileno del sabio y del filósofo revelan sin embargo un semi-dios por la virtud y la inteligencia.

La ley soberana del pintor y del estatuario consiste, pues, en expresar la vida invisible del alma por medio de la vida del cuerpo; pero esa ley no se aplica sólo á la re-

producción del hombre por el color ó por el mármol, sino que puede decirse que es como el resumen y el objetivo de todas las artes plásticas. I eso se ve no sólo en las buenas obras de escultura y pintura de historia ó de costumbres, sino hasta en el paisaje, que pintado á la manera de los grandes maestros Pusino, Ruidael, Salvator Rosa ó Claudio de Lorena, no sólo copia lo visible, sino que deja ver al espectador inteligente todo cuanto concibe en su más caprichosa fantasía. Sucede, sin embargo, que el espíritu del hombre se modifica y renueva con los tiempos, y por eso tenemos que, con los cambios continuos y trascendentales de la civilización, el ideal de los artistas antiguos no es ya ni puede ser el de los modernos. Vamos á demostrarlo.

IV

Dos son siempre las fuentes que inspiran y vivifican las obras del arte humano: una es la inteligencia; la otra es la materia. Toda la moral platónica, hasta en lo relativo á las concepciones artísticas, tiende á la dominación de ésta por aquélla, esto es, tiende al aniquilamiento de la vida sensible en provecho de la razón. De ahí es que en semejante sistema el bien del hombre y su felicidad están sólo en la contemplación filosófica, cuando replegada el alma dentro de sí misma y extraña á toda emoción, á todo placer, á toda tristeza, sólo adora y piensa en la verdad inmortal.

Tal concepción es bella, sin duda, pero sacrifica una parte esencialísima de la vida humana, y en ese solo hecho demuestra que un ideal semejante es superior á las fuerzas

de la humanidad. Siendo la sensibilidad declarada indigna, resulta que el arte jocoso, satírico, amable, voluptuoso, esto es, aquel que trata de mover el alma en cualquiera de esos sentidos, debe ser proscrito; porque siendo el arte una reproducción de la naturaleza, desde que él nos presenta como ideal los lados débiles ó imperfectos del hombre, necesariamente nos desagrada y es peligroso y corruptor, porque nos aleja de la moralidad, que es nuestro supremo bien.

Pero contra este espiritualismo excesivo, conviene observar que el arte y la moral son dos concepciones muy diversas del espiritismo, que implican la una como la otra ideas y verdades diferentes. Indudablemente que la moral y el arte suponen una aspiración á cierto ideal, y que el moralista, como el artista, se apoderan de la naturaleza para corregirla, trasformarla y embellecerla. Queriendo mejorar al hombre, el moralista debe minorar ó aumentar en él ciertas pasiones para establecer en sus deseos y voluntades esa subordinación y ese equilibrio que son la condición indispensable de la paz y del orden interno.

Por el contrario, el artista que busca la expresión más justa y más natural de la vida, lejos de destruir la verdad, recomponiéndola, hace salir de la sombra sus rasgos primitivos, agranda las medidas y dobla la intensidad de las pasiones humanas. El moralista aparta al hombre del placer y atempera su orgullo. El artista se interesa en sus costumbres y hasta en sus instintos, y lo comprende y lo acepta todo en el alma humana, hasta el mal mismo, que, como todos sabemos, es un elemento seguro de la vida terrenal, que en vano intentarían destruir moralistas ó filósofos.

Realmente, la vida completa del espíritu, del corazón

y de los sentidos, la vida humana con todas sus alegrías y aflicciones, sus grandezas y sus debilidades, sus opulencias y sus miserias, sus aciertos y sus errores, sus virtudes y hasta sus crímenes, tal es el dominio legítimo del arte, que se empequeñece y se daña cuando ajusta á una ley moral el vuelo del alma, bello sobre todo porque es libre y porque puede, con sólo mover sus alas, elevarse hasta Dios ó perderse en esas regiones oscuras y tristes, donde el alma culpable busca en vano la paz que no merece!

Mirado bajo este aspecto, el arte no es, señores, otra cosa que la manifestación de una belleza que existe en lo absoluto, independiente del espíritu, que no la inventa ni la crea, pero al cual ella se impone y queda subsistente ante los ojos del artista, aún en medio de las sensaciones que haya hecho nacer dentro de su alma. Pero como el arte se mezcla á nuestra vida para embellecerla y encantarla, resulta que por este lado interesa á la moralidad, es un principio constante de las acciones y emociones humanas, y en tal carácter, el arte voluptuoso es menos perfecto que el arte casto y puro, porque en vez de elevar nuestra alma la perturba y la inclina á una vida menos noble que la del pensamiento.

La regla estética se acerca en este punto á la teoría de Platón. Mas, como se sabe que hay dos puntos de vista espirituales y distintos en materias artísticas, es muy claro que no debe proscribirse el arte voluptuoso en homenaje al casto, esto es, no debe sacrificarse Praxiteles á Fidias, Jordaens á Rembrandt, Rubens al Correggio, sino que en igualdad de méritos, debe preferirse, (por ejemplo, en nuestra exposición) el escultor del *Sócrates* ó del *David*, al de la *Eva* y la *Bacante*, el *Primer Amigo* y la *Mariposa* de Barzaglia, á la *Mujer adúltera* de Magni y la

Amante celosa de Romani, en tanto que alma humana no sea bastante perfecta ó bastante insensible para gustar sin conmoverse de todos los géneros de la belleza y de las gracias.

V

Siendo tan vasto el objeto del arte, su marcha es paralela siempre con la de la sociedad y por eso vemos que surge ó decae en ciertos períodos históricos, según progresa ó retrocede la marcha social. Comienza por levantarse en Grecia y Roma y produce las obras portentosas que después de 2,000 años son todavía modelos admirables, monumentos vivos del genio humano, cuyo estudio pasma á los artistas y sirve al mundo de perpetua enseñanza. Vienen en seguida la decadencia greco-romana y la postración de la Edad Media y con ellas el torrente de luz artística desaparece. Las tinieblas invaden la historia; el oscurantismo servido por las preocupaciones, deja sólo ver los estragos de guerras sangrientas. El ideal de la belleza se pierde. Durante largos siglos el arte carece de intérpretes, y en sus altares desiertos, lejos de rendirse culto á lo bello y á lo verdadero, sólo se ve pagar tributo menguado al desenfreno de las malas pasiones.

Un estado tal no podía ser eterno. Llega el siglo XV y con él la época del renacimiento de las ciencias y las artes por el trabajo y la paz. Cesan las atrocidades de la barbarie; la civilización recobra sus derechos; descúbrense pueblos y continentes; luce, de nuevo, radiante el sol del arte y los grandes nombres de Miguel Ánjel y Rafael, de Vinci y Ticiano, Benvenuto y Rubens alumbran al mundo

con el brillo de sus obras inmortales. Y, aunque después de dos siglos de progreso continuo, vuelve á reaparecer la decadencia que ha durado en Europa hasta fines del XVIII, la prosperidad del arte puede creerse asegurada desde entonces, y, dándose la mano con los progresos de la filosofía y la sociabilidad, ha ido á inspirarse en los modelos eternos de la antigüedad clásica, á la vez que en los sentimientos de lo noble y de lo bueno, que son la fuente de la belleza y la verdad estética, creando genios como los de Cánova y Torwaldsen, Ingres y Ary Scheffer, David, Tonerani, Vernet, Bartoloni, Induno, Barzaglia, Bompiani y tantas otras celebridades que son hoy en la pintura y la estatuaria el orgullo del arte contemporáneo.

Es indudable, empero, que cada época marca con un sello especial las manifestaciones de su espíritu, estableciendo como un equilibrio entre las faces de su progreso científico y artístico. Si es cierto que la naturaleza y la realidad nunca cambian, el ideal, sin embargo, varía con la civilización, y es preciso que el artista, como el sabio, produzcan de una manera conforme á las exigencias de su tiempo. Las obras de arte griego antiguo son tan célebres justamente porque expresan con suma perfección el estado social de la Grecia pagana. Si así no fuese, es seguro que no valdrían, á pesar de toda su belleza, la mitad de lo que valen.

Mas, por querer imitarlos en sus cualidades y hasta en sus defectos, por el empeño de aplicar el estilo griego á obras de asuntos modernos, se cayó, señores, en el amaneramiento y en la convención estereotípica, que han sido la plaga del arte en los dos últimos siglos. Vosotros lo sabéis tanto como yo. En la pintura como en la estatuaria ese sistema no ha producido, en doscientos años, sino

obras incompletas, sin gracia ni movimiento, sin espontaneidad ni originalidad que han muerto á poco de nacer. Pero de la necesidad del cambio y del ahinco hacia el progreso, ha nacido en Europa y especialmente en Francia y Alemania, Italia y España la escuela apellidada *realista*, que desde medio siglo acá ha hecho una verdadera revolución en la marcha de las artes, pues á pesar de los excesos cometidos en su nombre, á vista de lo que hoy produce y de las bellísimas obras que ella ha exhibido en nuestra Exposición, no puede menos de tenerse gran confianza en la eficacia y fecundidad de sus doctrinas.

En efecto, es un hecho que las tendencias realistas de la escuela moderna no son sino el indicio de una vuelta legítima á las tendencias antiguas del arte puro. Y esas aspiraciones primitivas, rechazadas, casi ahogadas en su origen por el clasicismo, muertas en artistas de poca fe antes de su desarrollo, hoy se desenvuelven felizmente y se muestran en estrecha relación con las necesidades de los pueblos y de los hombres de esta época, tan ansiosa de luz como de sinceridad, buscando en todo la observación y la lógica, queriendo para el progreso de la ciencia, la manifestación comprobada de hechos precisos y concretos, y tratando, á toda costa, de restituir al arte sus privilegios de representante genuino de la belleza y la verdad.

VI

Los que por amor al arte ó por el influjo que sus progresos tienen en el progreso, siguen con interés la marcha de la pintura y la estatuaria en Europa, no han podido

menos de observar que durante todo el curso de este siglo, de generación en generación, artistas más valientes y atrevidos los unos que los otros, á veces con mano firme y á veces vacilante, han tratado siempre de reanudar allí, á fuerza de estudios pacientes y nobles investigaciones, la hermosa cadena artística que parecía rota en sus primeros anillos. Cierto es que Rafael y Buonarotti, Andrea del Sarto y Veronesse, Canova y Torwaldsen no se reproducen ni se repiten cada día. Pero las artes modernas, por lo mismo que más generales y fecundas que las antiguas, son menos exigentes y más modestas y se contentan con satisfacer las exigencias comunes de nuestra época, para lo cual no han menester genios extraordinarios ni dotes sobrenaturales. Y, ciertamente que, en ello hacen bien, porque tratar de imponer á cada pueblo ó á cada temperamento local un ideal colectivo en materias artísticas, sería una grande y noble aspiración, pero no por eso dejaría de ser un intento tan desmedido como estéril.

»Sin desdeñar las sublimes aspiraciones clásicas, fuente inagotable de admiración y de estudio, los artistas modernos (acaba de decirnos el profesor Rossi) han entrado en la vía de representar objetos y adoptar argumentos más conformes al genio y al espíritu de nuestro tiempo, reproduciendo la naturaleza en sus formas más familiares y sencillas. Sobre la magestuosa y severa simplicidad greco-romana, hoy domina el sentimiento y la gracia pulida y correcta. Los griegos levantaban templos soberbios á sus dioses legendarios, al paso que nosotros rendimos culto al hogar y dignificamos las virtudes de la familia. En vez del atleta vencedor en el estadio, ó del gladiador agonizante sobre la arena del circo, cuya última palabra es para el César á quien divierte, nosotros reproducimos los

idilios de Pablo y Virginia ó eternizamos á la madre velando sobre la cuna de su hijo y meditando hondamente en el porvenir que le aguarda. Y quien quiera penetrar más adelante verá todavía en esos sencillos cuadros familiares algo más profundo. Esos amantes niños son la elevación del alma por el amor y aquella madre vigilante y preocupada es la edad actual que prepara el porvenir á los que vienen.»

Hé ahí, señores, lo que caracteriza eso que podría llamarse la resurrección artística del siglo XIX; mayor conformidad con el espíritu de la época y más independencia en el arte; mejores sentimientos y aspiraciones y menos tiesura é inmovilidad en los personajes, reproducidos por la tela ó el mármol. No por eso puede avanzarse que en este tiempo pintores y escultores estén obligados á tales ó cuales asuntos, sino que obedecen á su inspiración y pintan ó esculpen al capricho de la moda ó al antojo de los aficionados y del público. Menos aún podría decirse que haya al presente series de coloristas ó de dibujantes, de escultores ó pintores clásicos, originales por la invención ó imitadores y reproductores de lo antiguo. Pero lo que no puede negarse es que entre los que hoy gozan de cierta celebridad, se nota una noble independencia y una libertad de factura que conducen diariamente al individualismo, que es una de las bases del adelanto artístico, desde que despierta las calidades invertidas y pone en juego la imaginación que es su elemento primordial.

Buen número de cuadros y estatuas de las exhibidas en nuestra exposición confirman esta verdad. Desgraciadamente faltaba allí lo antiguo; las obras buenas expuestas todas eran modernas; no hubo escuela determinada que confrontar ni comparar; nada de lazos y de vínculos

entre los artistas; faltó la cronología, y, franceses ó italianos, alemanes ó belgas, chilenos ó peruanos, todos estuvieron allí mezclados y confundidos. Se notó, sí, un cúmulo de imitaciones ó reproducciones que se presentaban como originales, y era de sentirlo por la habilidad que los autores habían puesto en su ejecución. Preciso es sin embargo que el entusiasmo por los maestros no sea tan absoluto ni exclusivo. Debe ser ese entusiasmo como la estela luminosa que marque el rumbo al artista joven, pero que no le sirva como un manto para cubrirse por completo.

En efecto, cuando se siente admiración por un pintor ó escultor y se le estudia en sus obras, yo creo que se hace bien de interrogarlo para saber cómo ha expresado tal ó cual pensamiento. Pero una vez hecho ésto, parece que el artista con talento debe entregarse á su sola inspiración. Entonces le será posible hacer una buena estatua ó un buen cuadro y los que lo vean no dirán que se parece á tal ó cual obra conocida del maestro antiguo, sino que dirán que el maestro mismo ha podido ejecutarlo, que no es una copia ni una imitación servil, sino que reproduce el fondo sin la forma, que representa la naturaleza y la verdad y que basta mirarlo para que el pensamiento del artista llegue al alma del espectador.

VII

Desde que las artes expresan fielmente los diversos estados de la civilización, no hay duda que sería un contrasentido querer someterlas hoy al ideal de las artes de otros tiempos. Los antiguos, nadie lo ignora, eran materialistas puros hasta en sus concepciones más refinadas,

pues la belleza corporal valía tanto entre los griegos que lo dominaba todo, siendo superior á las leyes, á la moral, al pudor y aún á la justicia, como lo prueban cien historias que nos ha legado la sensual admiración de aquellos pueblos. Sábese, por ejemplo, que en dos ocasiones, la bella Frinea se presentó desnuda ante los atenienses reunidos en los juegos olímpicos y, que, perseguida por no sé qué delitos, su abogado no tuvo más que desnudarla ante el tribunal para hacer triunfar su causa. Sábese que dos de las Venus más célebres, una de Praxísteles y otra de Apeles, no son sino retratos de esa mujer, tomados del natural, pero sin ninguna de las idealizaciones que la crítica impone á los artistas de nuestro tiempo. Sábese, en fin, que hasta el Areópago de Atenas, al tener noticias de que la bella Aspasia estaba en cinta, mandó sacrificar la vida del hijo para conservar la belleza típica de la madre, que no era sino una célebre cortesana. Mas ¿á qué reproducir otras anécdotas de esa historia? ¿No sobra con imaginarse á toda una gran corte de justicia, á todo un tribunal de sabios y de ancianos, reunidos para decretar un aborto forzado por temor de que el parto comprometiera la armonía de las líneas del cuerpo de una mujer galante?

En las artes modernas sucede todo lo contrario. Aunque ellas busquen también la representación de la belleza, no pueden, sin embargo, emanciparse de la necesidad que las empuja á buscar, ante todo, la expresión de la verdad moral y el sentimiento de lo bueno y de lo útil. El artista de hoy, aunque quiere someterse al papel subalterno de copista, no puede copiar sino lo que vé, y los hábitos sicolójicos dominan hoy á todas las inteligencias. Por eso la expresión de cada cuadro ó estatua moderna puede no ser la expresión de la belleza típica, pero es siempre la

representación de una idea verdadera, provechosa, civilizadora y, todo esto, unido á la gracia y la armonía del conjunto y los detalles de la obra, es lo que constituye su mérito artístico.

En la pintura y en la estatuaria de hoy lo que se busca no es tanto el poder con que el artista reproduce la carne y los músculos del cuerpo; no es la vida que les imprime por el movimiento ó por el gesto y hasta por la inflexión de la mirada ó la construcción del semblante: es aquella exaltación constante del alma, que imprime á la estatua ó al cuadro, el carácter de la vida moral y que parece como un soplo del pensamiento i la vida. Ved, si no, en la sala izquierda de la exposición el *Filoctetes* del pintor David, y cerca de allí contemplad otra vez el *Sócrates* de Magni, cuerpos y cabezas realmente admirables, manifestaciones bellísimas del arte clásico moderno, que revelan á la primera mirada el calor de la vida y el movimiento sereno de la inteligencia.

En el *Filoctetes*, la situación desesperada del guerrero valiente y abandonado se muestra hasta en su apostura violenta, que con la cólera del semblante y la contracción de los músculos del cuerpo, da su carácter al cuadro y pinta al vivo la verdad del hecho á la vez que la realidad del personaje histórico. En el *Sócrates*, la actitud solemne y reposada del filósofo revela la concentración del pensamiento, y sus facciones acusan como la meditación atormentada del sabio, que deja esta vida para echarse por la fuerza de las cosas en las profundidades del infinito. Los pintores y los escultores griegos supieron expresar ciertas pasiones y reprodujeron maravillosamente la belleza y la gracia en las líneas y contornos. Pero de todos los cuadros y estatuas suyas que hoy se ven en los museos

de Europa, ¿dónde están las que descubran más claramente que aquéllas ese trabajo del pensamiento y esa vida pura del alma?

VIII

El partido que hoy se saca de esos dotes sublimes, es lo que da su verdadera importancia al arte contemporáneo, y la posesión completa de esas dotes es lo que ha hecho la celebridad de ciertos artistas de la época y lo que hace que Miguel Angel, por ejemplo, á pesar de sus 300 años de fecha, sea todavía un genio completamente moderno y muy superior, en sentir de los críticos, á todos los grandes artistas de la Grecia, incluyendo aún á Fidias y Praxísteles, que tuvieron el insigne honor de dar su nombre á su siglo. «Todas las obras del Buonaroti, dice Eugenio Veron, tienen su marca personal y como el sello profundo de su genio; pero lo más notable es que, en cada cual de ellas, él tuvo siempre la conciencia de lo que pensó y de lo que hizo. Jamás se encerró en esa pretendida belleza ideal, cuya región abstracta ha estrechado como en un molde de hierro, el genio de los artistas. El vive con su tiempo, sufre y goza con él y expresa siempre poderosamente sus miserias y sus grandezas.»

Todo el mundo conoce la historia de su famosa estatua de *La Noche*, representada bajo la figura de una mujer dormida. El poeta Strozzi le hizo sobre ella un soneto en que decía: «Esa noche que ves durmiendo en tan dulce actitud, fué un ángel escultado en esta piedra. Aunque parezca que duerme, él vive. Si no me crees, despiértalo y él te hablará.»—El genio del grande artista, atormentado

por las miserias de su tiempo, respondió en un sexteto:—«Me gusta dormir y más aún ser de mármol. Cuando imperan la vergüenza y el crimen, no ver y no sentir es una felicidad. Ea! no me despiertes.... habla quedo.»

No cabe duda de que ese mismo sentimiento fué el que le inspiró su célebre *Juicio final*, gradioso fresco de la capilla Sixtina que todo el mundo conoce reproducido por la litografía ó el grabado. *El Cristo vengador*, que desde lo alto precipita á los culpables con un gesto violento y terrible, es como una protesta viva contra los crímenes de los grandes de esa época. Y la prueba de que tal actitud no le era exigida sólo por la naturaleza del asunto es que, poco antes, Miguel Angel había hecho una estatua del Cristo que presenta idéntico carácter. Hay allí algo de las cóleras del Dante contra las ambiciones rivales que en aquel entonces destrozaban la Italia. Por eso el grande artista está tan lejos de la melancolía ideal como del rebuscado sensualismo. Vive demasiado por la inteligencia para poder satisfacer con otra cosa que el pensamiento, y, al mismo tiempo, esa inteligencia es sobrada activa y trascendental para que pueda complacerse en el reposo egoista de la meditación tranquila.

La posesión de todas esas dotes superiores y la constante elevación de sus propósitos, se comprueba desde la primera mirada que se da á todas y á cada una de las obras de aquel inmortal artista. No hay una sola que no sobresalga entre todo lo moderno y que no sea como una revelación de su talento genial y de su espíritu eminentemente vigoroso y creador. «Su genio inmenso, ávido de progreso y descontento del presente, ha dicho en otra parte Mr. Verón, recuerda al mundo las promesas de la felicidad futura. Gusta sobre todo de representar á los

profetas, las sibilas, los adivinos del porvenir, que llevan en su espíritu el grande enigma que entonces atormentaba á la Europa. Su *Moisés* mismo, tan tranquilo y tan solemne, ha nacido del propio pensamiento y lleva idéntico sello. Lo que él representa es al jefe de los hebreos conduciendo su pueblo á la realización de sus altos destinos. Es el que los ha salvado de la servidumbre, asegurándoles su libertad. Es el fundador del poder de los judíos y el legislador cuyas prescripciones deben reemplazar para siempre la patria y la nacionalidad. Moisés personifica todavía el pensamiento del artista, pero siempre el pensamiento fecundo y en actividad, nunca el pensamiento egoísta y mudo.»

Á pesar de las diferencias del carácter como de la naturaleza de su genio, la obra del divino Rafael, no obstante estar dominada casi exclusivamente por el sentimiento religioso, marca también de una manera admirable ese progreso del arte moderno sobre el antiguo, el arte que llamaré cristiano en oposición al arte pagano, por efecto de esa constante exaltación del alma que *imprime á la pintura ó á la estatuaria* la noble elevación del espíritu y la fuerza de la vida moral.

Toda la obra del famoso pintor de Urbino confirma esta observación, pero más particularmente sus madonas bellísimas, incomparables, que se ven en los museos de Europa y que todos conocen por el grabado. Ellas son como el último término de ese progreso ascendente, y establecen de una manera radical la diferencia que separa el espíritu moderno del antiguo en materias artísticas. En todas ellas la investigación y el estudio de la expresión moral, reemplaza y hasta ofusca la brillantez y el atractivo poderoso de la representación física. Y si qui-

siera insistirse en que el arte moderno no ha podido representar la belleza de los cuerpos como lo hizo el arte griego, yo diria: Mirad esas madonas de tipo encantador, mirad las ninfas primorosas del Correggio, que parece que se mueven y respiran, mirad las Venus del Ticiano ó las estatuas de la Magdalena ó la Eva de Canova, y decidme si alguna de estas obras inmortales es, ni en un solo punto, inferior á las diosas del paganismo, á esas célebres producciones del arte griego, que los adoradores de lo antiguo califican de *inimitables*.

IX

La vida intelectual y la preocupación moral, la enseñanza de lo bello unido siempre á lo útil y á lo bueno, hé ahí, señores, en breves palabras, lo que nos distingue de los antiguos y lo que constituye el progreso indisputable del arte moderno, que algunos niegan deliberadamente, porque se obstinan en cerrar sus ojos ante la luz de los hechos. En efecto, si se mide la elevación de las artes por la suma de inteligencia que demuestran las producciones del artista, yo no sé por qué los mármoles de la villa Borguese, por ejemplo, y aún entre nosotros la *Lectura* de Magni, el *Abel moribundo* de Miglioratti, el *Globo de jabón* ó la *Mariposa* de Barcaglia, *Los Niños* de Zanoni ó de Dalnegro, *El primer amigo* de Barsaghi ó *El primer fruto* de Rossi, pueden considerarse inferiores á las buenas esculturas griegas.

Si, al contrario, el ideal del arte está únicamente en la proporción de los cuerpos, la blandura de las líneas y las gracia ó magestad de los contornos, no hay duda que la

Venus de Milo ó la de *Médicis*, en la tribuna de Florencia, son superiores á todo lo moderno. No obstante, la belleza geométrica nunca podrá ser superior á la belleza intelectual.—Si lo fué en otro tiempo, ya no lo es, porque nadie se atreverá hoy á sostener que el progreso de las artes pueda consistir en otra cosa que en el desenvolvimiento continuo de la libertad, la inteligencia y la virtud. Sobre la belleza física, que sólo consiste en la gracia de las proporciones, estará siempre la belleza intelectual, que no es sino la expresión exterior de la grandeza de los sentimientos y del noble desarrollo del espíritu.

Los artistas antiguos, dominados por el materialismo puro y cediendo á las exigencias como á las costumbres de su tiempo, se *ocuparon* sólo en buscar la belleza física, y la encontraron á fuerza de trabajos pacientísimos, sirviéndose hasta de sesenta modelos para llegar á hacer una Venus como la de Fidias. Los modernos buscan de preferencia, la moralidad y revelan en ello un progreso intelectual evidente, que se manifestará con mayor poder á medida que las artes, saliendo de la tradición materialista, expresen los sentimientos, los deberes y las nobles pasiones que animan la vida de hoy, y no nos representen sólo la belleza de los cuerpos, tema obligado de civilizaciones que murieron, sino más principalmente los encantos del saber y la práctica de la virtud, el amor del trabajo y de la caridad, de la familia y de la patria, que son el alma de la civilización de nuestro tiempo.

Vosotros no lo ignoráis, señores: Esa noble y útil tendencia es la gloria verdadera del arte contemporáneo, que no admite ya ideas absolutas como entre los griegos, ni tiene un tipo á que ajustar sus obras, cualquiera que sea la cultura intelectual ó moral y aún á despecho de las in-

fluencias de las épocas. Porque se ha visto que el valor de los principios inflexibles no puede igualarse al respeto de las nobles ambiciones especulativas, ni á la constante elevación del artista, obligado á representar ante todo la sociabilidad de su tiempo y á servirla con el deseo de perfección que hoy exige la cultura de los espíritus, así como la incesante variedad de los gustos. Las bellas obras de nuestra Exposición lo prueban demasiado. El arte de hoy, según ellas nos lo representan, es más humano y más modesto, se conforma mejor con las exigencias populares, trata de satisfacerlas con la audacia del talento y la elevación de los propósitos, y sabe, por su propia experiencia, que la sujeción á un ideal colectivo en materias artísticas no hace otra cosa que cortar el vuelo á la noble independencia del espíritu, que es el *desideratum* del mundo. Por eso el artista del día necesita su credo especial, ideas precisas acerca de las exigencias sociales, principios de elaboración conformes al criterio de lo grande y de lo bello, y el que no posea estas cualidades, por más ilustrado que sea, no podrá nunca merecer el título de artista en la verdadera acepción de esta palabra.

X

Grandes y multiplicados serán los beneficios que ha de traernos nuestra Exposición Internacional, que durante tres meses ha sido el encanto de los chilenos así como de los extranjeros que la visitaron. Yo no hablo aquí de manufacturas, ni de minerales preciosos, ni de industria, comercio, producciones, máquinas agrícolas ú otras que han de servir poderosamente y desde luego al desarrollo

material de nuestro país. Hablo sólo de la pintura y la estatuaria, y ciertamente que, entre los beneficios aquéllos, no será de los menores, ni de los más estériles, la creación del sentimiento estético chileno y la generalización del buen gusto en cuestiones de bellas artes. Es un hecho que los salones del palacio consagrados á ese ramo especial, contenían realmente obras notables que honran á los artistas que las han producido como al pueblo que las posee, y que, estimadas en su verdadero valor, prueban las preciosas conquistas que hemos realizado y el camino enorme que Chile, á pesar de su adelanto todavía incipiente, ha recorrido en breves años, gracias á su crédito y á los rápidos progresos de la instrucción, de la riqueza y del comercio.

Como el conjunto de esas obras es tan heterogéneo y tan extenso, no es fácil emitir á su respecto una opinión acertada, ni sería posible seguir en ese estudio genérico las nomenclaturas nominativas del catálogo general. Bástenos decir que si no eran allí innumerables los objetos que, con el imán poderoso del arte puro, atraían sin quererlo la vista del espectador, en cambio eran muchas, y bien estimables, las obras tanto extranjeras como nacionales, que figuraban honrosamente en ese gran certamen artístico universal. Fuera de algún raro objeto exhibido tal vez por complacencia, puede asegurarse que la mayor parte de lo que allí se ha visto era bueno y digno de figurar en Exposiciones europeas análogas. En cuanto á cuadros y estatuas, el conjunto, ó diré más bien la mayoría de lo que se ha exhibido, era más ó menos igual ó bien aproximativo á la masa de estatuas y cuadros que hemos visto figurar en 1869 en las Exposiciones anuales de París, Munich y Londres. Creemos, por tanto, que nuestra

exhibición artística ha estado á la altura del país, y que el jurado que presidió á la admisión de esos objetos ha obrado en conciencia y con justicia, y debe por ello felicitársele.

Ahora, si se quiere hacer un recuerdo de los salones de bellas artes, echar una ojeada retrospectiva á sus muros cubiertos desde la techumbre al suelo, y fijarse sólo en las obras más recomendables de escultura y pintura que allí se han expuesto y que han obtenido premios de parte de los jurados, fácilmente se nota que había algunas de relevante mérito, otras sólo de méritos relativos, pero todas, ó casi todas, más ó menos capaces de representar el estado y las tendencias del arte moderno europeo y americano. Y si respecto de algunas obras particulares se cree que hubo tal vez demasiada indulgencia, esa misma será una lección para los que olvidan el peligro de la mediocridad vanidosa, loca por llamar la atención y que se satisface sólo con exhibirse al lado de artistas afamados ó que gozan de cierta celebridad.

XI

Empezando desde luego por las obras de nuestra escuela nacional (á todo señor, todo honor), para cumplir con el tema de esta conferencia tendría yo que repetir á la Academia lo que ya le he dicho detenidamente en otra sección, con motivo de las pinturas y esculturas expuestas por los artistas chilenos, justamente apreciados por los conocedores, y que han merecido ya premios y distinciones honrosas de parte de los jurados y del público.

Tendría para ello que volver sobre mis juicios y los de

la prensa de esta capital acerca de las estatuas, bustos y medallones del señor Plaza, y en especial sobre su gran grupo *La independencia de Chile*. Volvería á recordaros los bellísimos paisajes de Jarpa y Smith, y *El bosque con agua*, de Orrego Luco; el gran cuadro del joven Guzmán, titulado: *Ultimos momentos de Valdivia*; *La Santa Felicia y sus hijos en las catacumbas de Roma*, por Carmona; *La batalla de Maipú*, por Tapia; *La Laura*, por Ortega; *La libertad de América*, por Campos, y, sobre todo, la hermosa tela histórica del señor Caro representando *La abdicación del general O'Higgins*.

Para no repetir sobre esos juicios, expresados antes de ahora por los diarios, sólo agregaré que casi todas esas obras, no obstante ciertas imperfecciones de detalles en una ú otra, son de largo y fecundo aliento, están por lo general bien concebidas y ejecutadas y prueban, cual más, cual menos, que nuestra escuela chilena marcha en buena senda y debe dar con el tiempo sazonados frutos.

Debo, empero, añadir una palabra sobre dos cuadros exhibidos últimamente por nuestro compatriota el señor Lira, *La entrada del bosque* y *Después de la serenata*, ambos de ejecución firme y discreta y graciosos de colores y de formas. En el último, particularmente, la simpatía de la idea y la belleza de los personajes hacen olvidar cierta frialdad y sequedad en el fondo. La joven amante es una figura encantadora, á la vez real y fantástica, y de un efecto verdaderamente prestigioso. Su lindo y vaporoso traje blanco da relieve á la persona y parece convertirla en una aparición grande y bella como el ideal antiguo. ¿Por qué su brazo levantado para acariciar al amigo no guarda la proporción debida con el arrogante cuerpo? ¿Por qué no se nota más y mejor el sentimiento de satisfacción y de di-

cha en el semblante del venturoso Trovador?.... Pero si he de concluir, paso por alto muchos y muchísimos objetos artísticos chilenos que merecerían especial mención, prometiéndome recordarlos más tarde.

XII

Respecto á las escuelas italiana y francesa, alemana y española, enumerar sus obras recomendables ó recordar siquiera las que llamaron la atención por algún título, demandaría también detalles y apreciaciones técnicas que alargarían demasiado este ligero estudio. No es posible, sin embargo, dejar siquiera de mencionar el bellísimo cuadro titulado: *Los mártires cristianos en tiempo de Nerón*, por Zucoli, brillante página de la historia romana antigua, escrita por un hábil artista moderno. Ni se puede tampoco pasar en silencio delante de *La Ragazzaglia*, ó escena de muchachos jugando al naipe, por Kirschmayer, tela agradable por la composición, sobre todo por el colorido, que es hermosísimo, á pesar de una falta real en la perspectiva ó el plano de los personajes, que aún sin quererlo hacen recordar á *Los niños de Murillo* en la Nueva Pinacoteca de Munich.

Iguales sino mayores elogios merecen por la concepción y ejecución el gran cuadro de *Taso en el convento de San Onofrio*, por A. Guerra; *La Lesbia* y *El Eco del pensamiento*, de Bompiani; la linda *Marina borrascosa*, de Marzorati; los dos enormes pero finos paisajes de efecto de sol, *Ruinas de Pesthun* y *Lagunas pontinas*, por el célebre profesor Vertuny; los preciosos *Interiores de Saltelli*; el bellísimo *Efecto de luna*, Chwala, y el *Descanso de ára-*

bes en el desierto, por Molnaar. Los dos *Grandes paisajes*, de Corot y su discípulo Villers, no obstante ser un poco convencionales y débiles de color, algo como la azúcar que se deshace en el agua. Varios *Cuadros de costumbres*, del célebre Induno, profesor milanés. Tres *Grandes vistas de Suiza*, por Humbert. *El vecino de enfrente*, linda escena de puertas adentro, por Zucoli. Dos *Arquitecturas modernas*, por L. Bisi. Dos bellísimo paisajes romanos, *La trilla* y *La marcación del ganado*, por Tiratelli. Dos *Cuadros pompeyanos*, por Maldarelli; *Una emboscada*, o sea la muerte del licenciado Vargas, por Vallés; y finalmente, para terminar alguna vez esta larga nomenclatura, *Los últimos momentos de María Stuardo*, por Zasso, cuadro que tiene para mí las cualidades todas de una bella obra histórica y artística.

Faltaría empero a la equidad si no citase todavía los *Grandes rebaños de ovejas y vacas*, por. F. Chaigneau; las *Vísperas Sicilianas*, por Monticelli; el *Invento del grabado*, por Finiguerra; *Galileo ante la inquisición*, por Lodigiani; un bello *Paisaje francés con agua y árboles*, por Genix, y más particularmente, á *Edgardo y Lucía*, por Voly, dos figuras magníficas que tienen todo el encanto de la fantasía y de la verdad en el arte. Como obras de mérito efectivo tampoco pueden dejar de recomendarse los bustos preciosos de *Atenas*, por Cordier; de *Tamar*, por Argenti, y el del célebre repúblico *Mazzini* cuando era triunviro romano, por el afamado profesor Espertini de Florencia.

Pongo aquí punto a la enumeración, porque hablo sólo de mis principales recuerdos, y si continuara, es seguro que no concluiría pronto. Quedan todavía por mencionarse muchos cuadros de verdadero mérito, y más de treinta

estatuas que no he tenido ocasión de citar en el curso de este estudio, pero que son tan buenas como las que he visto figurar en otras exposiciones. Quedan también todos los cuadros pequeños, entre los cuales podrían enumerarse bastantes, porque los hay tan bellos cual *Los lectores de Kauffman*, así como acuarelas y miniaturas de Meissonier, Fortuny, de Dreux y otros artistas no menos célebres. Pero es difícil estimar esas obras según su importancia positiva, como es ardua cosa distinguir en ellas el mérito verdadero de los efectos felices del pincel, accesos de imitación ó fugaces inspiraciones, que son muchas veces obra del acaso y por lo común obra sin consecuencia para el progreso del arte. Fuera de que, en esta materia es facilísimo equivocarse, porque en la pintura sucede como en las letras: «*Hay sonetos que valen más que un largo poema.*»

XIII

El resultado práctico de esta rápida excursión artística es que nuestro pueblo, que ha visto y estudiado durante algunos meses los progresos universales en la Exposición, parece tener el sentimiento de lo bello y que su vida material y moral, tan bien equilibrada hasta el presente, ha de encontrar de hoy más, en el cultivo esmerado de las artes, la expresión que conviene a nuestro desarrollo estético. Vosotros sabéis, señores, que el arte no florece sino cuando la lengua que habla expresa justamente los pensamientos del alma popular. Y ciertamente que Chile, que á la sombra de la paz y del progreso, promueve una Exposición internacional y la utiliza por el trabajo y la ins-

trucción, no puede ya dejar que queden estériles los bellos elementos de fuerza y de poder que ella nos ha procurado con rara munificencia.

¿Qué de asuntos y de temas para trabajos artísticos no hay en nosotros ni en nuestro alrededor? ¿Qué de dramas antiguos y de hechos nuevos no claman aquí por la brocha del pintor ó el cincel del estatuario?—Palacios y monumentos públicos y particulares que decorar, grandes acontecimientos de la vida moderna, civil, religiosa y política que reproducir por los medios del arte: el lado plástico de nuestras costumbres populares que cambian cada día y que tanto importa dar á conocer á la posteridad, sea como mero dato histórico ó bien como escala sucesiva del progreso general de nuestro país.

Cualquiera de estas tareas ¿podrá ser inferior al talento de los artistas chilenos? Las pruebas que ellos han dado en nuestra Exposición ¿no son una garantía de su audacia y de sus triunfos artísticos futuros?—La vitalidad del realismo moderno es poderosa y fecunda, y desde que los estudios que se le refieren en la pintura y la estatuaria, llevan á Europa á nuestros compatriotas Caro y Plaza, Carmona y Arias, Guzmán y Orrego Luco, Jarpa y Lira, Ortega y Campos, si ellos persisten en la investigación de lo que es verdadero y elevado, el arte chileno tendrá de seguro, y en breve tiempo, buenos intérpretes, tendrá su carácter propio, uniéndose y fecundándose todos esos elementos para realizar la alianza de lo ideal y lo real, que es en lo que consiste el progreso efectivo del arte contemporáneo.

Es cierto que visitando los salones del palacio de la Quinta Normal y sobre todo en los días de gran concurrencia, aún tratándose de obras de verdadero mérito,

muchas veces hemos oído decir á los espectadores: «Esto no es artístico;» «aquello no me agrada;» «eso otro es contrario á los principios del arte.»—Tal diversidad de opiniones no es extraña en un país donde todavía no está bastante generalizado el sentimiento estético, y ella no ha debido desalentar á nuestros compatriotas, porque solamente prueba que hay aquí como en todo el mundo quienes tienen del arte ideas erróneas, y que, no sólo no son buenos todos los gustos sino que los hay malísimos y hasta perversos.

En verdad, el gusto estético sólo es obra del estudio y del tiempo y no se forma en un día ni en unas cuantas visitas á una Exposición de Bellas Artes. Fuera de que del buen ó mal gusto de todo un pueblo no deben ni pueden decidir las ideas del vulgo sino las de las jentes ilustradas y cultas. En Chile, como en todas partes, el vulgo es ciego y mal apreciador de las cosas que no conoce ni ha podido estudiar en teoría ni en práctica y nada más natural.

Por eso la diferencia entre una nación ilustrada y otra que no lo es del todo, no consiste en que la primera tenga buen gusto y la segunda lo tenga malo, sino en que en la una el gusto esté más propagado que en la otra, ó en otros términos, que en la una haya más y en la otra menos personas de gusto cultivado y fino. Si no se clama y protesta abiertamente contra el mal gusto vulgar, esto debe atribuirse á otras causas que, aunque remotas, no por eso influyen menos en la necesidad de disculparlo, sobre todo en pueblos nuevos y de civilización todavía incompleta como el nuestro. No obstante, aunque la luz de la civilización no tenga un movimiento tan rápido como la del sol, es un hecho experimental que cuando una vez ha ra-

yado sobre un pueblo, ella se difunde por todo su suelo hasta los más lejanos horizontes. Y, una de dos, ó Chile habría de ser la excepción desdorosa de esta regla, ó yo conozco muy mal á mi país cuando digo y sostengo, que nuestros compatriotas poseen el sentimiento de lo bello, y que, de hoy en adelante, el cultivo y el gusto por las obras de bellas artes han de encontrar aquí la expresión que más cuadre á nuestro desarrollo estético.

XIV

Yo creo, por otra parte, que lo que artísticamente es bello, tarde ó temprano necesariamente se reconoce como tal y lo estiman todos, aún sin ser aficionados ni maestros, porque es un atributo de toda belleza el agradar á los que la miran con ojos sanos y buen sentido. No digo lo propio del tecnicismo del arte, ni de las dificultades vencidas en la concepción ó la ejecución, las actitudes ó expresiones, las líneas ó los colores de una estatua ó de un cuadro, porque esto requiere conocimientos especiales y nadie que carezca de ellos puede ser justo apreciador en méritos de esa especie.

Pero en lo general, toda obra buena de pintura ó escultura ¿qué otra cosa es sino un camino buscado y encontrado por el artista para llegar hasta el santuario elevado del pensamiento? Si ello es así, claro está que mientras más luminoso y despejado sea ese camino, será más hermoso, y el mérito de la obra será tanto mayor cuanto que se halle más al alcance de los que la observen, sean vulgares aficionados ó peritos notables. Porque las obras artísticas más perfectas son siempre las más comprensibles

y nadie es profano para gustar de ellas; todo el mundo las aprecia desde que las ve y basta contemplarlas y estudiarlas para admirarlas y sentirnos como arrastrados á adorar el talento y amar á Dios.

De esta generalidad y como simplificación del gusto, que no es fácil definir ni sorprender, pero que obra siempre por vías indirectas y ocultas, nace la influencia marcada que las artes tienen en la marcha general de la civilización. El alma enternecida ó sobreexcitada por las maravillas artísticas, encuentra en sus mismas emociones el vigor y la fuerza intelectual que elevan al hombre y lo impulsan á buscar una vida superior á la presente. Por esa tendencia constante hácia lo mejor, marca ya por sí sola un adelanto. Ella se ve en la instrucción y en el trabajo general, en la riqueza y la industria, en el comercio y en el tráfico, en la producción y los consumos, en la ciencia y las letras, en la sociabilidad y en las costumbres, se vé, por fin, en todo cuanto concierne al modo de ser actual de nuestro país. Ella es el honor y el peligro de nuestra época, pero es también la virtud y como el ahinco verdadero del progreso, que por el hecho mismo de ser paralelo en todas las esferas de nuestra vida nacional, mal podría sólo en el arte quedar estacionario é infecundo.

Nó, señores, tal parálisis no se realizará, porque ella sería ilógica y absurda. El progreso de las artes y su influjo en la civilización contemporánea son un hecho evidente y luminoso para quien quiera que contemple con espíritu sincero la marcha de nuestro país. Ese hecho es para nosotros la obligación, sentida en años atrás como una necesidad y aceptada al presente como un deber, de marchar en todas direcciones hácia un ideal, no sólo de

adelantos y enriquecimientos materiales, sino también de belleza y de verdad, de felicidad y de perfección intelectual y moral, científica y artística. Ese ideal aunque momentáneamente lo desfiguren las preocupaciones ó la ignorancia, nadie lo niega ni lo desconoce por completo: es la luz que alumbra á todo sér racional y que sirve como base al sentimiento artístico. Tócanos á nosotros recogerla, concentrarla y fortalecer sus rayos vivificadores. Tócanos cultivar la razón y la voluntad para seguir esa luz con constante energía. Tócanos, en fin, desenvolver nuestras facultades inteligentes y libres para realizar esa obra santa y elevada del progreso. Nada hay que pueda dispensarnos de esa tarea, porque, en las artes como en toda otra esfera social, el progreso es el triunfo de la razón y de la libertad sobre la naturaleza y la fatalidad.

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA

I

En uno de sus últimos decretos el laborioso ministro señor Amunátegui, decia como primer considerando que la instrucción debe ser práctica. La verdad y justicia de este aserto no pueden ponerse en duda, porque la práctica es lo que hace más provechosa la instrucción. Pero, ¿qué relación se nota en Chile á este respecto entre esa palabra y los hechos? ¿Cuáles son las medidas adoptadas hasta aquí para que la enseñanza de nuestras escuelas y liceos dé resultados prácticos? ¿Dónde está la practicabilidad de los métodos, ni la especialidad de los establecimientos, ni las ventajas que los educandos hayan obtenido de lo que se llama por el ministro enseñanza práctica? Hé aquí un punto que ha llamado nuestra atención muchísimas veces, mas ahora con ese considerando del decreto de que hacemos mérito, y por ello es que vamos á decir algo á propósito de la educación y la instrucción consideradas entre nosotros bajo su aspecto económico ó sea por su lado práctico.

Cuando se habla entre nosotros de la necesidad de generalizar la instrucción y de difundir las luces, no se hace otra cosa que repetir una vulgaridad, porque nadie pone ya en duda las ventajas del saber, como nadie ignora que no puede haber en la civilización, que es simplemente el cultivo fecundo de nuestras facultades intelectuales, morales y físicas. Mas, para que la instrucción se convierta en una fuente de prosperidad y de bienestar para los individuos y pueblos de Chile, ¿qué se há menester? ¿á qué condiciones esenciales debe satisfacer la instrucción para producir ese resultado?

Es innegable que en el interés de la riqueza como bajo cualquier otro punto de vista, toda instrucción popular debe obedecer á una doble exigencia, debe ser general y especial á la vez. La primera puede decirse elemental, porque se limita á dar ciertos elementos de ciencia indispensables á todos los hombres, como la escritura, la lectura y el cálculo. Esa instrucción general abraza el conjunto de las facultades intelectuales sin cultivar ninguna exclusivamente, porque sólo se propone hacer del espíritu un instrumento que busque y encuentre la verdad, de manera que el individuo que la adquiera aprenda á observar con exactitud, á reflexionar con justicia y á conocer la razón de las cosas, cualquiera que sea el asunto á que su inteligencia se contraiga.

La instrucción general responde, pues, á una necesidad de todas las clases sociales, porque, aparte de las vocaciones que se determinan en el hombre y de las carreras que exigen una enseñanza especial, entre todos los miembros de la familia humana hay una grande y preciosa unidad que es preciso conservar y es la de la naturaleza, que se desarrolla en las ideas como en los sentimientos

que hacen la nobleza y la bondad de los pueblos y que les permiten sentirse idénticos á los demás de su especie en cuanto á las verdades esenciales de la existencia. Esa unidad es la que engrandece á los Estados y la que impide la diversidad de los sentimientos y de las costumbres que de otra suerte sería su rasgo fundamental. Y por esto es que la sociabilidad exige el desenvolvimiento progresivo de esa unidad que sólo se obtiene por la instrucción general, que en vez de individuos aislados produce hombres con creencias y opiniones comunes y con las mismas ideas y sentimientos, como que á cada época corresponde un cierto patrimonio intelectual y moral que forma el fondo común de la civilización.

II

Pero esta gran necesidad de la instrucción práctica, ¿se satisface acaso sólo con las letras? Es cierto que las letras tienen una parte muy principal en la instrucción del individuo, sobre todo á medida que se eleva su inteligencia por medio del estudio y de la reflexión. Mas, las letras y las ciencias que se estudian simultáneamente ó por separado, ¿bastan acaso á la instrucción del productor? Antes de ser el instrumento animado é inteligente que desempeña una tarea especial, el productor es miembro de la sociedad, es miembro ó jefe de una familia y en ese carácter necesita, ante todo, de la enseñanza moral y de ciertas nociones de economía social y doméstica, porque es difícil que esta época, con las excitaciones y las tentaciones que nos rodean, deje de ser dañoso á la sociedad un hombre que no tenga idea exacta de sus derechos y de sus

deberes. Una tal ignorancia de la moral social no puede producir sino el abatimiento de los caracteres ó las exigencias y las pretensiones más absurdas, porque la moral, en cuanto se toca con la sociabilidad y trata de nuestras relaciones con los demás hombres, es la única que puede infundir en los espíritus las luces que interesan á la salud del alma como al orden y al trabajo que cooperan á la formación de la riqueza general.

Los que conocen un poco la historia de la instrucción en Europa, saben bien los admirables efectos que en Alemania, Suiza é Inglaterra han producido desde hace un siglo las escuelas rurales primarias, y ello se debe á que esos establecimientos tienen un objeto esencialmente práctico, religioso y moral. Es la agricultura práctica la que se enseña á los campesinos y sus libros de lectura son la Biblia y las meditaciones morales, reflexiones sobre las maravillas de la naturaleza, historietas patrióticas de las que honran al hombre y á su país, y nociones elementales de artes y ciencias. Y así ha sido como la instrucción primaria dada en tales condiciones ha fortificado en esos pueblos los buenos instintos; ha mantenido el espíritu de familia á la vez que el amor á la patria y las buenas costumbres. ¿Por qué no podría darse en nuestros establecimientos una instrucción semejante?

Pero cuando no se enseña prácticamente ningún ramo y cuando los rudimentos de la moral y de la economía social faltan por completo, ¿qué sucede? Sucede que los conocimientos de la lectura y la escritura y el cálculo quedan estériles ó se pierden por completo, y que toda una masa de gentes que ignora las leyes del trabajo y la riqueza ó duda que tales leyes existen, se entrega al ocio y la disipación ó funda su esperanza en las revueltas y en

los planes de reforma más quiméricos, pidiendo protección para sus industrias y exclusión para las extranjeras, aumento indebido de salarios, persecución al capital ó á las máquinas, medidas aduaneras extravagantes, queriendo, en fin, con todo el encarnizamiento de su ignorancia, hacer experiencias sociales *in anime vili* y socavar el edificio social que empezaba á consolidarse.

Como el deber del gobierno es buscar la armonía, es preciso, pues, esforzarse en conciliar la instrucción general con la especial. Y sin entrar por ahora á la discusión de los medios más propios para operar esa conciliación, sólo diremos que, en nuestro humilde juicio, esas dos enseñanzas deben darse conjuntamente en las escuelas primarias y por separado en la instrucción colegial ó media. La razón es bien clara. Para las clases populares la educación primaria, haciéndose más práctica, responde por completo á las exigencias de la instrucción general i obligatoria. En las clases pobres, la escuela debe confundirse con el aprendizaje de una industria y la enseñanza de la moral social y económica, mientras que al paso que en la instrucción media debe darse á cada cosa su tiempo, asignándose á cada género de enseñanza sus escuelas y sus métodos, pero sin descuidar jamás el procedimiento que conduzca á obtener resultados prácticos.

III

Yo no vengo á hablar aquí de la instrucción bajo su aspecto técnico, ni menos á tratar de planes de estudios ni textos de enseñanza, que no conozco lo bastante para impugnarlos y en que mal puedo dar opi-

niones fundadas desde que no soy profesor con cátedra ni sin ella. Hablo sólo de la instrucción por su lado económico, pues nunca veo un jóven que ha concluido su carrera y que deja de utilizarla, sin hacerme la cuenta de lo que ha costado á sus padres ó al Estado la educación de ese jóven durante doce años de estudios. Ese gasto que es bien considerable yo creo que, por término medio, no baja de cuatro á cinco mil pesos en cada individuo. Y como los que salen con una carrera no pasan de la décima parte de los que estudian, resulta que la nación pierde en cada cien jóvenes muy cerca de medio millón de pesos, pierde un considerable capital en materias de enseñanza ó al menos no saca de ese capital el provecho que debiera esperarse. Veámoslo.

Para que un jóven estudiante alcance el título de bachiller en humanidades, necesita, á más de los primeros rudimentos de su educación, haber rendido exámenes de los ramos siguientes: Aritmética,—álgebra,—jeometría,—física,—química,—jeografía descriptiva,—cosmografía—francés,—latín,—gramática castellana,—literatura (primer año),—jeografía física,—historia natural,—id. romana,—id. de la edad media,—id. moderna,—id. sagrada,—id. literaria,—id de América y de Chile,—filosofía (primer año),—filosofía (segundo año),—catecismo,—literatura (segundo año), i fundamentos de la fe; en todo 24 ramos, que, á cuatro de estudio anual, exigen al menos un trabajo de seis años continuos, lo que nos parece de todo punto excesivo para la mayoría de los educandos, sea cual fuere la carrera á que se consagren.

En vista de esta larga lista de ramos de enseñanza obligatoria para un título profesional, cualquiera exclamará, como lo hacía últimamente y con sobrada razón uno

de nuestros más distinguidos escritores: *esta tierra de Chile es una tierra de sabios!* Pero «quien haya recorrido una ó más de esas clases, y conocido personalmente la definición de los textos y lo inadecuado de los métodos, (continúa el escritor), no podrá menos de reconocer que si este país no es un país de papagayos, no ha sido por falta de empeño en los encargados de conducirlo por los caminos de la sabiduría.» Y luego, pidiendo excusas por su rudeza á los caballeros que desempeñan clases en los colegios, á quienes el mal no puede achacarse por falta de competencia ni por falta de celo, sino á la naturaleza de la enseñanza oficial, recuerda á Montaigne, que burlándose de los profesores de su tiempo los llamaba con bien escasa galantería «*lourdes troupes de pedants*» que sólo se preocupan de llenar la memoria de sus alumnos dejando vacios su entendimiento y su corazón.»

En efecto, esta enseñanza, si por un lado es excesiva y sumamente costosa podrá por otro no ser conforme á las exigencias de la vida moderna, no forma la conciencia de los individuos por servir al desarrollo de su frájil memoria, ni los habilita sino muy á la larga y en raras ocasiones para sacar de su instrucción el provecho que debieran. Mucho podría decirse por comprobar esta verdad, si se pasara en revista las diversas clases que forman el curso de humanidades, base obligada según se sabe de todas las carreras científicas; pero la tarea es excusada por inútil, pues bastan los años de latín y de castellano teórico y las historias natural y política para comprender que los 9/10 de los que estudian salen del colejio sin ninguno de los conocimientos necesarios para la vida.

Y esto ¿por qué? Porque se pierde una enormidad de tiempo recargando la memoria con fechas y nombres pro-

pios y se descuida por completo la enseñanza práctica, que es la que produce hoy en todos los pueblos los mejores frutos.

¿Cuántos son los jóvenes que al recibir su título de bachiller en humanidades conocen siquiera los rudimentos del arte industrial, del comercio y los cambios de la agronomía, la física y la química aplicados á la industria? Pocos ó ningunos, pues lo que se aprende hay que olvidarlo por inútil ó embrollado, para estudiar en su lugar lo que es claro é indispensable, porque, como lo dice con conocimiento cabal de causa el escritor antes citado, «en nuestros estudios se descuida casi por lo general, por lo accesorio, la inteligencia por la memoria, lo útil ó lo preciso por lo que es de mera curiosidad ó de ridículo pedantismo. Y por eso es que para proceder con acierto á la reforma no hay más que un medio: averiguar cuáles son los conocimientos que el hombre necesita en la vida como precisos, como útiles ó como agradables á fin de asentar sobre esa gradería el plan de estudios conveniente.» *Vita brevis, ars longa:* tal creo yo que debiera ser el axioma inscrito en la puerta de los colegios y liceos nacionales y presente siempre ante los ojos de esos otorgadores de una instrucción quiméricamente universal, que tratan de enseñarlo todo á todos para que no aprendan nada bien ó salgan sólo eruditos á la violeta, partiendo para ello de una de estas dos hipótesis igualmente inexactas,—ó que sus alumnos tendrán sobrado tiempo y recursos para estudiar 12 años, ó que, cada ciencia, enseñada en pocas semanas, la recordarán y aprovecharán toda su vida.

IV

Yo creo que á pesar de las dificultades del problema es necesario hacer esfuerzos por conciliar la instrucción general con la especial y ese deber es principalmente del gobierno, ya que el Estado es entre nosotros el primer dispensador de la enseñanza pública. Desde luego la instrucción especial no existe aquí en muchos ramos y en los que existe es á toda luz insuficiente. La agricultura y la mineralogía, la marina y el ejército, los puentes y calzadas, las vías férreas, el comercio, la química industrial, la contabilidad, todas estas profesiones carecen entre nosotros de una enseñanza adecuada á las necesidades del país y á las circunssancias de los alumnos que á ellas se consagran. Más claro, la enseñanza industrial cuenta en Chile poquísimos establecimientos si éstos se comparan á los de la enseñanza general, que de ordinario es teórica y por lo tanto incompleta; y por eso es llegado el caso de preguntar, si ¿no serian nuestros establecimientos escolares más completos y más útiles conformándose un poco más á las variedades industriales, á las diferentes clases de producción y á las circunstancias de los productores que todos necesitan de una instrucción profesional? ¿cuántos bienes no produciría en las escuelas fiscales y municipales, la enseñanza de los rudimentos del arte rural en sus diversos ramos? ¿Y qué de beneficios no traería un establecimiento de ingeniería civil que abrace las especialidades del trabajo industrial, las artes mecánicas y químicas, la metalurgia y la construcción de ferrocarriles y edificios?

No puede ponerse en duda que fuera de la Escuela de

artes y oficios, la enseñanza industrial no tiene representación entre nosotros, ni es sombra siquiera de lo que las necesidades de la época y el interés de los individuos y del Estado querrían que fuese. Sin embargo, para apresurar los progresos de la industria no son las escuelas los únicos medios que convenga emplear. En Inglaterra todos saben que el progreso agrícola no se opera sólo por las escuelas y, no obstante eso, la instrucción tiene allí su parte muy principal en los desenvolvimientos de esa magnífica agricultura de que el país con razón se enorgullece. La ciencia de las reglas aplicables á esa industria y la explicación de las prácticas ya experimentadas y aprobadas, encuentra siempre allí su órgano en diarios agrícolas que los campesinos leen con avidez y promueven meetings frecuentes, que se hacen como escuelas de enseñanza mutua, en las que la educación se continúa siempre y tiene á los hombres al corriente de todos los adelantos de la industria. ¡Cuántos consumos de animales y sociedades de agricultura propagan la luz sobre todos los puntos de ese suelo! ¡Y qué de adelantos no ha traído allí á la agricultura ese sistema de enseñanza popular!

Respondiendo á esta necesidad vital para todo país agricultor que quiera mejorar sus productos y aumentarlos, vemos con gusto que el señor Ministro Amunátegui ha dado, hoy, 19 de Abril, un decreto mandando establecer en la Escuela Normal de Preceptores un curso teórico práctico de agricultura, al que asistirán los alumnos próximos á ser maestros de escuelas primarias y á desparramar esos conocimientos agrícolas por toda la República. El estudio se dividirá en dos partes: la parte teórica se enseñará en el Instituto Agrícola y la práctica en la Quinta Normal de Agricultura siendo el curso de dos años y ense-

ñándose en el primero la arboricultura y horticultura y en el segundo la zootécnica general y especialmente la veterinaria, la apicultura, la sericicultura y la crianza de aves de corral. Bravo! Se ha satisfecho con esto una imperiosa necesidad de nuestro país!

Pero el decreto del señor Ministro coincide con otro proyecto presentado al Consejo Universitario por el Decano de Medicina, sobre la conveniencia que habría para el país en formar comerciantes, «hoy que el vapor y la electricidad nos tiene en continua comunicación con los centros comerciales del universo.» Y realmente que esta es también una necesidad imperiosa, en cuya existencia están de acuerdo, no sólo los señores Amunátegui y Aguirre, sino la prensa y la sociedad entera, porque todos estamos hoy profundamente convencidos de que es preciso abreviar las carreras para que sean menos costosas y más productivas, formándose no tantos abogados y literatos, ingenieros y médicos, sino, también, agricultores, comerciantes, industriales y hombres de negocios, cuya cooperación no es menos útil al desarrollo de la riqueza y del progreso general de la república que la de los letrados y los sabios.

La mayoría de los chilenos se compone de trabajadores y éstos no tanto han menester el pan de la ciencia como el pan de cada día. El pan cuotidiano, he ahí, pues, lo que necesitamos á toda costa procurarnos. Lo demás es de super erogación; bueno es tenerlo, pero ello no es indispensable, y hoy con relación á las premiosas exigencias de la vida, hasta podría llamarse subalterno. Para que la ciencia sea realmente útil, es preciso que se pueda cultivarla ó aplicarla con cierta independencia, pues mal pueden dar buen empleo á sus conocimientos los sabios que

se mueren de hambre, y saber mucho sin poder aprovechar lo que se sabe suele ser dañoso á la sociedad, porque desata las aspiraciones desmedidas y forma hábiles holgazanes y pretenciosos caballeros de industria, tan enemigos del trabajo como del orden y de la moralidad.

Por eso es que ambas ideas de enseñanza agrícola y comercial son esencialmente provechosas y urge llevarlas á cabo cuanto antes. La agricultura y el comercio son las ocupaciones ordinarias de nuestro país, las que proveen á la subsistencia de las tres cuarta partes de nuestra población trabajadora.

Por eso fundar escuelas agrícolas, industriales y comerciales será un gran paso para los educandos y sus familias, y será, también, una ventaja para los preceptores de esos ramos, que en sus conocimientos comerciales y agrícolas encontrarán recursos que los saquen de su triste condición presente. Cuando la Escuela Normal y los Liceos nos hayan dado bastantes maestros de mecánica, de agricultura práctica y de comercio de buena ley, la instrucción que se dé será verdaderamente fecunda y hará que todos aprendan lo bastante para ganar la vida y aún para labrarse una fortuna, si el talento y las circunstancias les favorecen. Una instrucción semejante, que da independencia y bienestar con una carrera no puede perderse, como se pierde generalmente la de nuestras escuelas primarias rurales, donde la lectura y la escritura se olvidan por falta de ejercicio; y quien reciba esa instrucción, como ayer lo decía *El Ferrocarril* con sobrada justicia, no será un sabio, un erudito, ni un retórico, pero será un hombre útil, un brazo protector y un buen ciudadano. En suma: —un poderoso elemento, impulsador del progreso del país!

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REPARTICIÓN DE PREMIOS DE LA SOCIEDAD DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA EL 17 DE SETIEMBRE DE 1857.

Señores:

Hoy cuenta catorce meses de vida la *Sociedad de Instrucción Primaria*, pero en tan corto tiempo el ejemplo y las obras han probado que esta institución, recibida por algunos con recelo y por muchos con desconfianza y con temores, es ya no una planta letal, como se creía sino un arbol frondoso, arraigado profundamente en nuestro suelo y cuyos saludables frutos ha empezado á saborear la Patria.

Siete escuelas de hombres y cinco de mujeres funcionando con 1,002 alumnos de ambos sexos, que aprenden á leer y escribir, aritmética, geografía, higiene, dibujo lineal y religión, á más de la costura, bordado y obras manuales que se enseñan en las escuelas de niñas, son el resultado de los esfuerzos de la Junta Directiva, secundados por la inteligencia y actividad de los preceptores, por el celo de unos cuantos jóvenes ilustrados y por la pronta

cooperación de nuestros compatriotas y de una porción de distinguidos extranjeros, que se han inscrito como miembros contribuyentes de la Sociedad y le han brindado con dádivas generosas de dinero y de libros.

Como fruto de su primer aniversario y para celebrar al mismo tiempo nuestra gran festividad nacional, los alumnos de estas escuelas acaban de rendir sus exámenes; y en mi nombre y en el de mis colegas, los miembros de la Junta Directiva, que los han presenciado, yo me hago un deber de declarar que ellos han sido tan satisfactorios que han colmado nuestros deseos y excedido verdaderamente nuestras más lisonjeras esperanzas.

Esto prueba, señores, que la Sociedad de Instrucción Primaria, trabajando por la difusión de las luces en el bajo pueblo y empleando como medio la asociación, ha venido á responder á una exigencia de primer orden, á satisfacer una necesidad pública y generalmente sentida, á fijar la atención sobre el pensamiento más benéfico que las almas nobles pudieran alimentar. Sí, digámoslo sin una falsa modestia, esta Sociedad no sólo ha prestado un gran servicio, ha venido también á demostrar cuánto pueden los esfuerzos individuales combinados para promover la generalización de los conocimientos entre las clases menesterosas y llevar la luz de la verdad hasta esos pobres seres, hermanos nuestros, que habían sido hasta aquí los hijos desheredados de la República.

En efecto, señores, dar á la existencia de individuos incultos el sólido apoyo de la religión y de la ciencia: llevar el pan de la instrucción á las últimas clases sociales: hacer de toda mujer, por humilde que sea su condición, una fiel esposa y una madre amante, y de todo hombre, sean cuales fueren sus circunstancias, un trabajador inteligente y

un ciudadano honrado: esto es, sin duda, practicar de la manera más hermosa los preceptos del Evangelio y sembrar en terreno fecundo la rica semilla de la prosperidad nacional.

¿Ni cómo podría servirse mejor á la patria que trabajando por el adelanto de sus hijos? Vosotros lo sabéis, señores: el mal crónico de Chile, como el de todos los países de la América española, es la ignorancia. Todos los bienes de que carecemos como todos los males que lamentamos, son obra suya. La falta de conocimientos populares es el origen de nuestro atraso en todos los ramos, en la política como la industria y el comercio, en la literatura, las ciencias y las artes como en nuestra manera de ser doméstica y social; porque la ignorancia, señores, se encuentra en todas partes y adonde quiera que tendamos la vista; ella nos persigue desde la cuna á la tumba y es la pesada rémora que se opone á todos nuestros adelantos individuales y públicos, industriales ó científicos, políticos y económicos, sean cuales fuesen.

La *Sociedad de Instrucción Primaria* se ha apresurado á reconocer esta verdad. Ella ha comprendido que la ignorancia popular es la causa única que hay para que nuestro Chile, tan favorecido por la naturaleza, no sea ni con mucho tan rico y feliz, tan influyente y respetado como pudiera serlo; y una vez reconocida la fuente del mal, se ha puesto á la obra empezando á combatir de frente á ese enemigo de nuestra prosperidad y grandeza futuras. Sí, señores, lo que más necesita nuestro país es que la ilustración se generalice, que los rudimentos del saber se difundan en todas las clases sociales, pero principalmente entre la clase menesterosa, que es la más infeliz y la que forma la inmensa mayoría de nuestra poblacion.

Cuando ella tenga idea siquiera de lo que valen la libertad y la igualdad bajo nuestro sistema de gobierno, cuando cada hombre sepa lo que há menester para ser buen ciudadano y llenar dignamente los deberes de su estado, entonces lo tendremos todo: literatura, virtud, progresos materiales, libertades públicas; porque las ideas que despierta la educación son las que determinan los principios de conducta que dirigen el gobierno de la vida. El objeto de toda instrucción no es otro que el de hacer que los hombres aprendan y piensen, y así es que el origen de la moralidad como el de la industria y de la ciencia, está en el desarrollo de la inteligencia y en el cultivo de los sentimientos del *corazón* y las *dotes* del *espíritu*. La *ciencia*, como lo ha dicho en este lugar uno de mis apreciables colegas, sobre ser la fuente de la riqueza y del progreso social, es también «la nodriza de la virtud.» La instrucción no sólo crea la comodidad material, no sólo abre ante los ojos del espíritu el mundo risueño de la fantasía, no sólo entrega á los seres humanos el dominio de la naturaleza y les determina los principios que deben dirigirlos en el curso de su vida, sino que es también para el alma lo que el *alimento* es para el *cuerpo*: su salud y su vitalidad. Como sufre y padece el cuerpo en la costumbre desarreglada del vicio, así padece y sufre el alma en el estado de ignorancia y de embrutecimiento.

Lo general y profundo de esta convicción ha hecho, señores, que nuestra sociedad se felicite de haber encontrado, en lugar de los obstáculos que se oponen siempre á la marcha de toda empresa desconocida, una serie de manifestaciones espontáneas de simpatía y de generosos y nobles estímulos. Tratándose de cualquiera medida propuesta para fomentar la enseñanza ó incrementar nues-

tros fondos, no sólo la juventud ilustrada que nos ayuda con su celo y sus esfuerzos, sino también los profesores, los literatos, los sabios, los artistas, el clero, los hombres de caudal, las familias todas de Santiago, y muchos individuos de las provincias, nos han ofrecido sus servicios y su cooperación personal, secundando así las miras de la Junta directiva en favor de la educación del pueblo.

La participación del público en los resultados obtenidos ha sido, pues, *inmensa*, y sólo puede compararse á la importancia de la necesidad que esta Sociedad ha venido á satisfacer. Pero el hecho más significativo de esa benevolencia, que casi podria llamarse *nacional*, son las donaciones de que nuestra Sociedad ha sido objeto y la buena voluntad con que todos se han prestado á trabajar por su sostenimiento. Merced á estas muestras visibles de pública simpatía, sus necesidades han sido hasta aquí cumplidamente satisfechas, y después de cubierto sus gastos, esperamos todavía un incremento de suscriciones para el porvenir, contando desde luego con la experiencia adquirida y con una rica colección de libros de enseñanza que han bastado para proveer abundantemente á nuestras escuelas de ambos sexos. Honor y gratitud, pues, á los que conocen las ventajas de la educación popular y contribuyen á realizarla en Chile!

Los alumnos, por su parte, han correspondido satisfactoriamente á los esfuerzos de la sociedad y á la cooperación é interés manifestados por el público. El empeño y constancia de la mayoría sólo pueden compararse con sus adelantos. Muchos de ellos, casi todos, en un año de asistencia á las escuelas han aprendido corrientemente la lectura, escritura, higiene y aritmética, y algunos han adquirido además nociones de geografía y gramática caste-

llana, dibujo y principios fundamentales de religión. Entre éstos los hay en verdad sobresalientes, y la Sociedad se dispone á trabajar por colocarlos de una manera ventajosa, á más de conferirles desde luego el premio á que se han hecho acreedores por su constancia y aprovechamiento.

En todas las escuelas se observan accidentes dignos de recomendarse á la memoria, pero en las de hombres particularmente existen ejemplos que prueban todo el buen espíritu de nuestra clase obrera. Hay padres ancianos, que han concurrido con sus hijos desde largas distancias, sin faltar una sola noche ni aún durante la rigorosa estación del invierno, como hay también hombres inválidos que no pudiendo escribir con la mano derecha han aprendido a hacerlo con la izquierda. Pero lo digno de admirarse es la compostura y el orden que guardan todos durante las lecciones, y más aún los progresos hechos por algunos en las clases de dibujo lineal aplicado á las artes ú oficios que profesan, pues hay alumnos que formulan un edificio ó detallan sobre el papel algunas de sus partes con tanta inteligencia como pudiera hacerlo un hábil profesor del ramo.

De este modo, señores, ilustrando y enseñando al pueblo, es como los sentimientos de moralidad y economía se van difundiendo en nuestra clase proletaria. Así es como la religión encuentra un sólido apoyo que sostiene á los hombres contra el embate de las pasiones. Así es como se consolidan y estrechan las relaciones domésticas y como la felicidad de las familias se aumenta y adquiere consistencia y duración. Así es, en suma, como se despiertan y se desarrollan el amor al trabajo, el respeto á las leyes y el interés por la Patria, que en la hora del peligro puede

ya contar con soldados ilustrados que la defiendan con entusiasmo y con fe.

Pero ¡cuántos y cuán bellos resultados no debe producir entre nosotros la educación popular, empleando como medio la asociación y los esfuerzos combinados de los hombres inteligentes y patriotas! Ella convertirá el trabajo productivo en una necesidad tan imperiosa como saludable; aumentará los goces de la vida, despertando el deseo de prosperar y enriquecerse; impulsará el comercio, la industria y las artes útiles; estrechará los vínculos que ligan á los ciudadanos y al Estado; creará la ambición de fama y gloria; despertará el patriotismo y dará nueva vida al espíritu público adormecido; fomentará las grandes empresas que sirven al desarrollo de la riqueza nacional; provocará la reforma de nuestras instituciones; consolidará el orden público, librando al país de las convulsiones que entorpecen el curso regular y progresivo de la máquina social; permitirá que todo ciudadano goce pacíficamente de las conveniencias que endulzan la vida y del beneficio inestimable de una libertad racional; completará, en suma, la obra de nuestra independencia y emancipándonos del desgobierno y de la anarquía que nos trabajan, acabará por cimentar en la administración la verdad y la justicia, y por fundar en nuestra patria la República, que es la justicia y la verdad, el gobierno de todos y para todos!

Para alcanzar este resultado no sólo mediante las escuelas de nuestra Sociedad sino con las de los cabildos y del Estado, permitidme deciros que Chile, siguiendo el ejemplo de pueblos más adelantados, debería tener desde luego una noticia, un cuadro, ó si se quiere, un estado de todos los ciudadanos que no reciban instrucción elemen-

tal á domicilio ni en escuelas privadas ó públicas, para dictar en consecuencia una ley que haga desde luego de la instrucción primaria una *obligación nacional*. El aliciente de los derechos políticos, otorgado por nuestra Constitución y burlado por los interés de partido, no ha sido bastante hasta ahora para la satisfacción de tan vital exigencia.

La necesidad de tener guardias nacionales, ó la expropiación forzosa por causas de utilidad pública, no me parecen, ni con mucho, superiores á la necesidad de generalizar la educación en un Estado. Si la razón de utilidad pública basta al legislador para tocar la propiedad, ¿por qué la razón de una utilidad superior no bastaría para exigir á todo hombre, que reciba la instrucción indispensable, no sólo para ser útil, sino para no causar daño durante su vida á la sociedad ni á sí mismo? Una cierta instrucción en los ciudadanos es la cosa más necesaria en los pueblos; pero ella es urgente, indispensable, de todo punto vital bajo gobiernos que se dicen representativos como el nuestro.

Yo creo, señores, que resolver esta cuestión afirmativamente no sólo es librar á la sociedad de mil peligros, es darle la riqueza y el poder de hacer el bien; es armarla del derecho de velar porque la instrucción elemental, necesaria como el pan de cada día, nunca falte á ninguno de sus hijos. Es contradictorio, en mi concepto, proclamar la necesidad de la instrucción universal y suprimir el único medio que se presenta para realizarla, como es absurdo fundar una escuela en cada distrito ó en cada barrio de una ciudad sin obligar al vecindario á frecuentarla.

Suprímase esta obligación y se habrán creado escuelas dispendiosas, pero inútiles aún para los mismos á quienes

se destinan, para esos desgraciados huérfanos que siguen la senda del vicio tal vez por la ignorancia que apaga toda luz, que pervierte todo sentimiento; para esos desheredados del espíritu que no tienen otra madre que la nación que debe protegerlos contra la negligencia y la incuria de sus deudos.

Sin una ley semejante nunca habrá edad segura para que el hijo del pobre asista á las escuelas; ninguna garantía de asiduidad, nada de cierto ni durable en el porvenir de la educación ni de los educandos. La libertad, sí, la verdadera libertad nunca puede ser la enemiga de la civilización: ella es, al contrario, su principal instrumento, su columna, su sostén; y su mayor premio, como el de la libertad en el individuo, es servir á la mejora y perfección suya, de su familia y de la sociedad en que vive.

Si la educación del pueblo, voluntaria ó forzosa, es la primera de nuestras necesidades públicas, y si ella importa una cuestión de vida ó muerte para el porvenir de la Patria, preciso es, pues, que todos los chilenos ilustrados estudien los medios de satisfacer esa necesidad y de resolver esa cuestión con provecho del Estado. Si el Estado presta á la instrucción primaria un amplio y generoso auxilio, hagámoslo todos nosotros mayor y más fecundo, ayudándolo con nuestra diligencia y nuestro celo. En este terreno hermoso y verdaderamente santo, prestémosle todos, sin distinción de color ni de partidos, nuestra activa y eficaz cooperación. La instrucción del pobre, la educación del desvalido hijo del pueblo, es un campo neutral en que debemos darnos la mano todos los chilenos, sin distinguir esferas sociales ni creencias políticas, para realizar el pensamiento más noble, más patriótico y de más fecundos resultados: la enseñanza de todos, por todos y para todos.

Sin embargo, instruir á los niños en el mecanismo de la lectura, escritura y arimética, hacerles repetir maquinalmente reglas de ortografía ó de gramática ininteligibles para su espíritu, llenar su memoria de nombres de individuos ó de pueblos, esto exige sin duda pocos esfuerzos, aunque deja también muy poca utilidad un aprendizaje que aprovecha sólo á la memoria sin desenvolver las facultades del entendimiento. Pero servirse de la enseñanza de estas nociones elementales para cultivar la inteligencia de los educandos y formar su juicio, para habituarlos á observar y comparar, para ponerlos en aptitud de comprender el por qué de las cosas, la relación de las causas y los efectos, darse cuenta de lo que ven y oyen, y llegado el caso poder hacer una útil aplicación de lo que saben: hé aquí lo que debe proponerse toda buena instrucción elemental; pero esto no se obtiene por los medios ordinarios, sino merced á la consagración de los hombres inteligentes, tomando la educación del pueblo como fin y la asociación de las fuerzas individuales como el medio único de obtener un éxito favorable.

Para alcanzar ese fin, para formar el espíritu y el corazón de nuestras clases pobres, para inculcarles las nociones de lo justo y de lo injusto, infundirles amor al trabajo y hacerles practicar el bien y huir del mal, en suma, para mejorar la condición del hombre del pueblo, la misión del preceptor es inmensa y bellísima, pero es también la tarea más ardua y difícil que ha podido imponerse al individuo. En este punto, justo es decirlo, la Sociedad de Instrucción Primaria tiene mucho de qué felicitarse. La contracción y el empeño con que sus preceptores conducen la enseñanza, el celo que despliegan por el adelantamiento de sus alumnos, su desprendimiento y generosidad, el amor

con que tratan á los educandos, que más que discípulos parecen sus hermanos, les han merecido frecuentes y sentidos elogios de las comisiones visitadoras y de la Junta Directiva. Todos ellos han cumplido no sólo con sus deberes de maestros sino que se han mostrado los más ardorosos y estusiastas propagadores del pensamiento que anima á la Sociedad. ¿Y qué podré deciros de las preceptoras? Para revelar su mérito basta haber visto el resultado de los exámenes rendidos por sus alumnas, basta ver las bellas obras de mano aquí presentes y saber que, rivalizando en abnegación y en celo, los esfuerzos de algunas de ellas han excedido nuestras más lisonjeras espectativas.

Gracias á este buen espíritu y al celo perseverante y activo de mucha parte de la juventud ilustrada de Santiago, pero gracias sobre todo al patriotismo del vecindario y á la comunidad de intereses y de miras creada por nuestra asociación, los resultados prácticos, los beneficios palpables y positivos que ella ha producido en el corto período de su existencia, le permitirán en adelante seguir marchando con planta más segura y sobre terreno más sólido, al servicio de la importante causa de la educación del pueblo. Cosa grave y difícil ha sido el organizar convenientemente una enseñanza que hasta aquí no había tenido precedente entre nosotros. Era preciso dar el ejemplo, indicar la marcha que debía seguirse, experimentar los métodos y caminar de uno en otro ensayo hasta alcanzar el fin que se deseaba.

Este fin parece que se ha alcanzado. La prueba de los progresos hecho en el año está á la vista. Centenares de ciudadanos han presenciado los exámenes rendidos en la pasada semana y todos han quedado llenos de complacencia y de júbilo. Los trabajos de caligrafía y las obras ma-

nuales han satisfecho aún á los más exigentes. Los planos y figuras geométricas, obra de los artesanos que cursan las clases de dibujo lineal, muestran que los alumnos son conducidos por el conjunto de sus estudios á comprender lo que hacen. Ellos no copian servilmente un modelo colocado ante sus ojos sino que las nociones que han recibido los habilitan para diseñar el todo ó una parte de una obra cualquiera de su oficio ó arte. Todos se manifiestan persuadidos de que la instrucción es el único camino que conduce á la felicidad y de que el porvenir de Chile está vinculado á la educación de los hombres, en cuya inteligencia y esfuerzos ha cifrado la Patria su esperanza y su gloria.

Resta sólo que la juventud que se educa en los colegios se consagre á su turno á educar al pueblo; que la instrucción nacional obligatoria deje de ser como hasta ahora una quimera; que la ley fuerce á todo ciudadano á concurrir á las escuelas; que los hombres de fortuna, comprendiendo que el mejor medio de incrementarla es instruir al inquilino y al obrero, contribuyan con sus generosas erogaciones al sostén de la enseñanza popular. Si estas bellas esperanzas se realizan, si el espíritu de asociación sigue sirviendo al desarrollo de la grande idea de educar al pueblo, si logramos emancipar de su ignorancia á esas masas de proletarios, que son el baluarte de la nación en el día del peligro y sus audaces soldados en la avanzada del progreso material, habremos llenado un deber que la Patria nos demanda, procurándole buenos ciudadanos y virtuosos defensores, pero habremos hecho algo más todavía, habremos realizado la República por la civilización y consolidado el orden mediante la justicia y la libertad.

ESTUDIO LITERARIO Y POLÍTICO

SOBRE DON SALVADOR SANFUENTES

(Discurso pronunciado al sucederle en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.)

Señores:

Vivamente agradecido al honor que me habéis hecho llamándome á tomar parte en vuestras tareas y á ocupar el puesto de una alta reputación literaria, disculpadme si mis palabras no corresponden á lo que tenéis derecho de esperar del sucesor de un colega por tantos títulos ilustre. Al pronunciar aquí el nombre de don Salvador Sanfuentes, paréceme que yo renuevo un dolor público y agravo el sentimiento de la patria por la pérdida de uno de sus mejores hijos. Pero hágolo, señores, ante vosotros, que le lloráis aún, y pago este tributo de justicia ante la Universidad, la primera en reconocer que ese nombre no ha muerto con el que le llevaba, sino que vive y vivirá largo tiempo en la memoria de los hombres buenos.

Y en efecto, ¿cuántos y cuán bellos títulos se ha labrado mi antecesor, no sólo al recuerdo sino también al aprecio y gratitud de sus conciudadanos? Dotado de un talento vasto y comprensivo, ardoroso en el estudio y contraído

desde temprano al servicio de su país, nunca dejó de dar pruebas de virtud, inteligencia y laboriosidad. Muy joven aún, la rectitud y elevación de sus principios, la inflexibilidad en el cumplimiento de sus deberes y su respeto á los preceptos de la ciencia y del honor, bastaron á conquistarle la estima de cuantos le conocieron. Excelente hablista, poeta y literato notable, orador parlamentario ilustrado, magistrado integérrimo, administrador, historiador, publicista y ministro de Estado bajo dos gobiernos, fueron ciertamente timbres dignos de llamar sobre él la atención pública en Chile, como en cualquier pueblo que mire reflejada su propia gloria en la gloria de sus hijos, porque *siempre la gloria de los grandes hombres,* dice Guizot, *es la gloria de su patria.*

Sin duda que os admira, señores, la adquisición de todos estos títulos en una vida apenas de ocho lustros. A mí también me ha sorprendido, os lo confieso. No obstante, fácil es encontrar el secreto de esa universalidad en el hombre mismo y en las bellas cualidades de su corazón y de su espíritu. Y si no ¿cómo en años tan breves y entre tan diversas ocupaciones, el administrador, el magistrado, el estadista, tuvo tiempo bastante para consagrarse á la filosofía y la jurisprudencia y al estudio de la historia, las letras y las lenguas? En momentos siempre ocupados, en horas no robadas á sus deberes, sino al sueño, y á los placeres de la juventud; en una alma siempre activa y en su deseo de aprender y servir fué, señores, donde Sanfuentes encontró los conocimientos y laboriosidad de que ha dejado á su patria tantos testimonios. Poemas, dramas, leyendas y composiciones históricas, escritos políticos y jurídicos, memorias universitarias y trabajos académicos, confección de varios proyectos y reglamentos relativos á

la administración de justicia, al culto y á la instrucción pública y multitud de leyes dictadas en todos estos ramos: he ahí la tarea que, en su corta existencia, desempeñó tan cumplida como modestamente mi honorable antecesor.

La materia es abundante y el lugar no sería inadecuado para hacer aquí un análisis de esas obras; pero como este trabajo ha sido ya desempeñado por escritores competentes, yo me limitaré á recordaros que nuestro malogrado colega no sólo fué un hombre verdaderamente distinguido, que ocupó toda su vida en el servicio de su país, sino que ha sido también una clara inteligencia y un noble corazón.

De otro modo no podría explicarse esa existencia tan corta como bien empleada, tan laboriosa como útil, sea que miremos en el hombre al más fecundo de nuestros poetas, sea que le sigamos en su carrera de abogado, publicista, magistrado y administrador de la República. Presa siempre de penosas enfermedades y sufriendo, como Pascal, por la debilidad de su naturaleza física, casi podría decirse, que sólo subsistió por el espíritu, y así es que nunca dejó de robustecerlo con serios é importantes trabajos, desplegando una actividad infatigable en sus estudios científicos y en el desempeño de sus diversos empleos, extasiándose en el cultivo de las letras antiguas y modernas y escribiendo obras de largo alcance, tanto en medio de sus tareas judiciales como dentro de su oficina de Intendente ó en su gabinete de Ministro.

Ese hermoso concierto de facultades, esa bella armonía de gustos y sentimiento, es, señores, una cualidad rara en nuestros tiempos, así como son raros en toda época los grandes ingenios y mucho más cuando el espíritu de los

pueblos está ya pulido y desarrollado. Sucede entonces á las inteligencias cultivadas lo que á los bosques, donde los árboles aglomerados y altísimos no sufren que ninguno eleve su cabeza sobre los demás. Así, cuando el comercio de un país está en pocas manos, es fácil el monopolio, que levanta fortunas prodigiosas á la vez que difunde la miseria; pero cuando el tráfico es extenso, la comodidad y el bienestar son generales, las grandes fortunas son escasas ó se constituyen con suma lentitud. Por eso el talento de mi ilustre antecesor, brillando particularmente entre los que iluminan el horizonte de la patria, ha parecido aún mayor y más fecundo de lo que era de esperarlo; pues por lo mismo que la educación y la instrucción se han generalizado, por eso mismo se notan hoy día entre nosotros tantos menos ingenios superiores.

Pero si tales dotes fueron en gran parte obra de la naturaleza privilegiada de mi ilustre antecesor, no hay duda, señores, que contribuyeron poderosamente á desarrollarlas su contracción al estudio y el rumbo que supo dar desde temprano al cultivo de su espíritu. Se ha dicho, y con verdad, que las *Obras de Racine* y la *Araucana de Ercilla* despertaron el gusto poético de Sanfuentes, pero yo sé por habérselo oído á él mismo, que nada influyó tanto como la literatura latina en el progreso de su inteligencia y en sus cualidades de escritor. Así, y no de otra suerte, es como debemos darnos cuenta de la pureza de su estilo, de su recto criterio, de su acendrado gusto en materias literarias y de los justos títulos con que obtuvo en dos ocasiones el decanato de esta facultad, que fomentando los estudios severos, auxiliares indispensables de toda bella literatura, forma la verdadera disciplina del sér intelectual y moral, estudia las leyes eternas de la inteligencia,

á fin de dirigir sus pasos, y pone en ejercicio los resortes del corazón para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre.

Y realmente, señores, que esa literatura de la antigua Roma, que encubre una filosofía profunda bajo el ropaje de un hermoso estilo, que eleva la razón sin violentar jamás el sentido común, que adoctrina la memoria del joven y fortifica el carácter del hombre maduro, es digna de ser alabada sin reserva y recomendada como un recurso poderosísimo de cultura literaria. En ella aprendió nuestro ilustre colega á ser serio y concentrado aún en medio de las expansiones bulliciosas de la adolescencia. Las sublimes creaciones de Virgilio y las inspiraciones vivísimas de Horacio combinadas con el alma de Cicerón, de Salustio y de Tácito, cuyas obras son cursos de bellas letras, de política, de filosofía y de historia, eran para Sanfuentes acabados modelos literarios, en los cuales el talento se muestra simpre sagaz ó serio, atrevido y disciplinado, inspirado en ocasiones por la más elevada poesía, pero sin abandonar nunca la senda preciosa de la recta razón.

Mas, si salimos del aspecto de las formas para estudiar por un momento la faz moral y política de esa literatura, ¿cuál otra hay, señores, más estimable por la sabiduría, la elevación y la generalidad de sus doctrinas? Si Horacio es un tratado completo de filosofía práctica, y si Virgilio nos encanta con el prestigio de las virtudes modestas y sencillas de la vida privada, ó nos eleva hasta la altura de la epopeya templando el corazón con la magnanimidad y la gloria de sus héroes: si Tácito nos admira por la severidad de su estilo y la elevación de sus ideas, Cicerón, á su vez, populariza las nociones del desarrollo intelectual y da nueva vida y prestigio aún á las doctrinas abstractas

de la ciencia pura. Críticos ó moralistas, historiadores ó filósofos, el estudio de esos escritores no sólo eleva el pensamiento sino que ilustra la razón; no sólo nos inspira ideas de nobleza y dignidad, sino que nos da fuerzas para soportar los contrastes de la vida; crea en nosotros el amor al trabajo y al retiro y esa disposición particular del alma, que encuentra goces inefables cuando en medio de la soledad paseamos nuestra inteligencia por el mundo vasto y brillante de las ideas.

El estudio constante de los escritores latinos que Sanfuentes leía siempre en sus originales, nunca en traducciones, porque la individualidad de una lengua y de un estilo es tan incomunicable como cualquiera otra individualidad, y porque el pensamiento apenas se trasporta de una lengua a otra, pierde algo en su forma, su color y su armonía. El estudio de esos escritores, que nuestro sentido Decano hacía por efecto de su notable vocación literaria, tenía para él al mismo tiempo un objeto más elevado y más fecundo. Mi antecesor, señores, (vosotros debéis saberlo como yo) no fué nunca un hombre de partido. Ageno á los odios de bandería y acostumbrado, por la rectitud de su juicio y la nobleza de su alma, á reconocer el mérito donde quiera que se encontrase, él dió pruebas bien elocuentes de no haber nacido para figurar en gobiernos de círculo; y por eso, elevando su espíritu sobre las miserias de una política falsa y restrictiva, inspirándose en la armonía y el amor, nunca en la persecución ni en la venganza; guiado por miras de alto interés público y jamás por intereses antisociales ó exclusivos, hasta en los últimos momentos de su vida leía con pasión á Tácito y á Salustio, creyendo que ningún estudio podía ser más útil que el de tales escritores, hoy que, en materias de gobierno, campean tan

unidos, que aún parecen haber hecho causa común, el error y la verdad. Y no sólo pensaba que era imposible ser buen escritor sino que tampoco ilustrado estadista, sin el estudio de tales obras, porque el amor de la libertad y del orden llevado en ellas hasta la pasión, el lenguaje de la fuerza y el vigor de la idea, la finura de las observaciones, el tino y la sagacidad con que descubren los intereses que nacen de las diversas situaciones sociales, todo, señores, era para mi antecesor, en esas producciones admirables del humano ingenio, una fuente de lecciones de política elevada y positiva, tan agena á las declamaciones de la demagogia como extraña á la perversidad del despotismo.

En el alma noble de don Salvador Sanfuentes el labio y el corazón marcharon siempre acordes con sus afectos y su inteligencia. De ahí nace la perfecta armonía que reinó en todas ocasiones entre sus ideas y su conducta, entre su educación y sus principios religiosos y políticos, y por eso vemos también en todas sus obras, hasta en sus simples cartas, el sello de su individualidad: una probidad jamás desmentida y una filosofía llena de esperanza y de cordura; algo de grave y misterioso como el destino del hombre, elevado como nuestra fe y severo como el deber; lenguaje al alcance de todos los corazones honrados, que resuena en el fondo de nuestras almas como el eco de los sentimientos más dulces y más íntimos.

Pero nuestro sabio compatriota no sólo estaba dotado de una clara inteligencia y de un noble corazón: era también, señores, un artista verdadero por su educación y sus instintos. El arte no vive solamente de emociones y de esfuerzos en persecusión de la dificultad vencida: vive mucho más de sentimientos y de ideas.

Esos tipos que el artista concibe y por los cuales expresa no sólo lo que siente sino lo que comprende y lo que piensa, flotan vagos é indecisos en su espíritu, y sólo abstrayéndose de su obra por el poder de la reflexión, es como llega á contemplarlos y á revestirlos de una forma sensible, en una palabra, hacerse creador. El poder de la reflexión es, pues, un elemento esencial del arte, ó más bien es la esencia del arte mismo, y esa es la razón porque Sanfuentes, viviendo bajo nuestro hermoso cielo, poeta de corazón y de intuición, dotado de sentimientos tiernos y generosos, pero más que nada hombre esencialmente reflexivo, no pudo dejar de sentir la belleza exterior, ni pudo dejar de ser artista, porque en su naturaleza privilegiada sería imposible que hubiera dejado de encontrar goces inefables, contemplando y estudiando la perfección de la forma bajo todas y cualquiera de sus manifestaciones.

Y no sólo era el ilustre Sanfuentes un artista por vocación, era también, señores, un excelente dibujante. Pero el dibujo no juega en la pintura el principal papel, no es el elemento único é indispensable, porque el color es también un atributo esencialísimo y este arte de los colores, de la luz y las sombras, que es uno de los principales elementos de la pintura, ¿cómo pudo dejar de penetrar en el alma de vuestro sabio colega con su gusto vivísimo por la corrección del dibujo y la belleza de las formas? En una alma tan completamente desarrollada como la suya y que tenía delicadezas de sentimientos tan finos, tan puros, tan exquisitos, como lo prueban en mil partes sus poemas, dramas y leyendas, sólo por una aberración habría podido quedar en la atonía esa cuerda simpática de una de las revelaciones más espléndidas del arte humano. Mas él no

era, señores, un aficionado vulgar; era un maestro en la materia, particularmente en el paisaje, cuya reproducción le embelesaba porque lo había estudiado más á fondo; y no sólo conocía todas las escuelas y todos los grandes artistas antiguos y modernos, sino su historia y la crítica de sus obras, para lo cual cuidaba de leer hasta la última palabra de todas las cuestiones que interesaban á los progresos de la pintura. ¡Cuántas veces las opiniones de Sanfuentes en esta materia no probaron á sus amigos que si él era un pensador adelantado y un hábil escritor, era también un hombre sumamente instruído y de un gusto delicado y finísimo en cuestiones artísticas!

Afortunadamente para Chile, señores, ese gusto no se limitó en mi honorable antecesor al trabajo aislado de pequeños dibujos o paisajes, hechos por mera distracción y pasatiempo. Ese gusto está revelado de un modo harto más útil y fecundo en la creación de nuestra *Academia de pintura histórica*, obra exclusiva del señor Sanfuentes. Y á fe que la multiplicación de sus alumnos y la boga que han tenido algunas de las obras ejecutadas por éstos, si son un loor á los esfuerzos del ilustrado Ministro, son además una prueba elocuente del desarrollo del buen gusto y del progreso en que marchan entre nosotros la civilización y las artes que la embellecen y la completan.

Ni podría, en rigor, ser de otra suerte. Cuando un pueblo por sus propios esfuerzos y aún contrarrestando los obstáculos que se le oponen, mejora su condición intelectual, moral y material, incrementa su riqueza, multiplica los cambios, generaliza la educación y difunde el bienestar en todas las clases, mal pudieran las bellas artes quedar estacionarias y como segregadas del movimiento universal. En las vías de la civilización, el progreso es correlati-

vo y Chile no sería digno de la buena suerte que le cabe en lo material, no en lo político, si por cuidar del incremento de su riqueza y de su industria dejara de prestar atención al cultivo del arte, que no es otra cosa que la representación de la verdad y la fiel revelación de lo bello y lo bueno en el espíritu humano. Por la industria, sea cual fuere, el hombre no hace más que dar su ocupación y dirección á una vida que no es suya: pero el arte es la expresión de su propia vida ó mejor dicho su vida misma comunicándose á la humanidad y trabajando por eternizarse. Por eso la ciencia y la industria son tan distintas de las artes. Sin embargo, como el fin que se proponen es común desde que las unas y las otras sólo tienden á la mejora y perfección del individuo, de ahí procede la relación íntima que existe entre ellas y el paralelismo en que marchan, ya sea que progresen, se estacionen ó decaigan.

Felizmente para nosotros, señores, el tiempo en que los talentos artísticos estaban condenados á yacer en la oscuridad ó á morir en la miseria, parece haber pasado para siempre. La riqueza ha creado la necesidad del bienestar, la educación ha cultivado las inteligencias, la industria y el comercio han traído á nuestras playas los refinamientos europeos; nuestras relaciones con los pueblos que marchan al frente de la humanidad nos han infundido sus costumbres, sus necesidades facticias y hasta sus instintos, el cambio continuo de productos y de ideas ha creado en nosotros no sólo el apego á las satisfacciones de la vida y el amor á las ciencias y las letras, sino también al buen gusto, es decir, el gusto por lo verdadero, lo bello y lo bueno en materias artísticas. El impulso está dado, pues, y no podremos volver atrás. La riqueza podrá disminuir ó no continuar en un desarrollo tan rápido como en

el pasado; pero, creado ya el gusto, los que consagran su talento y su tiempo al cultivo de las artes en Chile, pueden seguir haciéndolo seguros de que su mérito no carecerá de generosos y nobles estímulos.

Nuestras academias de pintura y escultura, no sólo han producido ya algunas obras de mérito, sino que están formando jóvenes artistas que harán con el tiempo honor á su patria. Para complementar su educación profesional resta no sólo que el *Concurso de Roma*, establecido por sus leyes orgánicas llegue á ser una verdad y no como hasta aquí una vana promesa. Así los esfuerzos del Ministro Sanfuentes se verán más pronto coronados por el éxito, al paso que la venida de algunos profesores y los viajes por Europa de chilenos de gusto y de fortuna, seguirán estableciendo entre nosotros esa útil comunicación de las artes, que, no estando separadas como las letras por la diferencia de idiomas, forman entre los pueblos un vínculo más directo, un lazo más íntimo y fraternal, destinado á unir como en una sola familia á todos los que las cultivan. De hoy más en Chile, como en cualquier pueblo que se diga culto, nada podrá ser tan duradero y envidiable como el genio. Las leyes se olvidan, los gobiernos pasan sin dejar muchas veces ni siquiera un recuerdo; las costumbres cambian, las religiones mismas se modifican ó perecen; pero un verso de Homero ó del Dante, una estatua de Cánova y un cuadro de Vinci ó de Rafael, son eternos como la belleza y la verdad.

Mas, no sólo la pintura y la escultura chilena son deudoras de sus progresos á los esfuerzos de mi ilustre antecesor: lo son también, y en alto grado, la educación primaria, la Escuela Normal de Preceptores, que él arregló en su primer ministerio, pero más todavía la Escuela de

Artes y Oficios que instaló y fundó el año 1849, después de haber trabajado el plan de estudios y el reglamento que hasta hoy sirven de base para la enseñanza y orden interior del establecimiento.

Sin embargo, todas esas tareas y otras muchas en favor de la instrucción superior, del culto y de la administración de justicia, que él consideraba como la base del orden social, nunca bastaron á retraer su atención del estudio de nuestras vitales cuestiones de derecho público. El señor Sanfuentes miraba con razón este ramo de la ciencia como el primero y el más importante de todos. Por eso se le vió siempre tomar parte en todas las cuestiones de la prensa seria, así como en los debates parlamentarios de las legislaturas de que fué miembro, y si en ellos no lució por los ímpetus de una elocuencia arrebatadora, nunca dejó de hacerse notar por la solidez de sus razonamientos y la elevación de sus principios políticos.

Pero de todas las necesidades de este orden ninguna le preocupaba tanto como la reforma de nuestra ley electoral. Elevado al ministerio en 1858, su primer cuidado fué tratar de mejorar el proyecto presentado por el Ejecutivo á las cámaras de aquel año. Pero si sus esfuerzos quedaron estériles, desde que su propio decoro y la imposibilidad de hacer el bien lo obligaron á alejarse del poder, no por eso los que le conocimos dejamos de aplaudir la justicia y liberalidad de sus ideas. Yo tuve la complacencia de oirle expresarlas alguna vez y puedo asegurar que, en mi concepto, él había discurrido el medio más prudente y acertado de hermanar la libertad con las garantías necesarias al ejercicio del derecho de elección. En esta materia más que en otra alguna, él creía que era indispensable edificar, pero con solidez y moderación, atendiendo so-

bre todo á la naturaleza y circunstancias de nuestro país. En su sentir era urgente reformar esa parte de nuestra legislación y darle la coherencia que le falta con nuestras costumbres públicas, llenar sus vacíos, corregir sus imperfecciones, hacer del sufragio una verdad y acomodar sus formas y su espíritu al espíritu y tendencias de una sociedad que, después de cincuenta años de libertad constitucional, puede pasarlo muy bien sin anarquía como sin tutores, pedagogos, ni tiranos. ¡Hermosos principios en un gobernante chileno, que brillan con tanto mayor esplendor cuanto más oscuro es el firmamento en que aparecen.

La importancia de una buena ley electoral es, en efecto, un punto tan claro y sobre el que tanto se ha dicho, que en los pueblos libres pasa por una verdad implícita que todo el mundo conoce y comprende. Sin embargo, en la perversión sistemada de las ideas y de las palabras, hoy día tan en boga entre nosotros, no sólo el resultado del sufragio popular sino que hasta la misma soberanía de la nación se ha negado y desnaturalizado, sacándosela de su propia esfera para hacerla servir á intereses mezquinos y hostiles á la democracia y la república. Eso no significa para mí sino el abuso de los términos ó bien la elección y el cálculo de políticos humoritas, que en el estudio del problema social no buscan la verdad sino su conveniencia, y que á trueque de decir novedades agradables á los gobiernos, ostentan un lujo de verbosidad y erudición que hace alarde de acometer hasta contra los principios más óbvios de la razón humana. Pero en el republicanismo puro de Sanfuentes tales aberraciones eran otras tantas causas de desaliento y de amargura para su corazón. En su espíritu altamente ilustrado, nada encontraba menos cabida que el *gobierno por derecho propio*, ó sea la prero-

gativa de gobernar con un sistema caprichoso y establecido *á priori*, que es la base de los absolutistas. Y en efecto, cuando gobernantes obstinados, que disponen á su antojo de la fuerza pública no quieren tener *deberes* sino *derechos*, ni dirigirse por la opinión sino por sus intereses y los de su círculo, claro está que, aunque se viva en república, el pueblo deja de ser señor para convertirse en vasallo: la autoridad le ofende, por un contrasentido del sistema representativo popular, no puede cambiarla, ni aun usando de los medios que él mismo empleó para constituirla; y como vosotros estáis viéndolo, señores, es imposible que deje entonces de establecerse una funesta lucha entre la nación *soberana* y el ejecutivo *mandatario*.

Semejante situación jamás pudo convenir con la rectitud y la probidad inmaculadas de Sanfuentes, pues lo que él amaba sobre todo, lo que constituía su único, su verdadero ídolo eran la justicia y la libertad. Amábalas, considerándolas en sí mismas y en el santuario de su conciencia, como el primer principio del sér moral y como la fuente de donde nacen toda fuerza y toda virtud; amábalas también por respeto á los pueblos ahereojados, á la opinión pisoteada, al espíritu público degradado, al talento envilecido y á los corazones faltos de valor y de fe, cuando podrían obrar prodigios poniendo en movimiento los resortes del patriotismo y la legalidad: amábalas, en fin, porque sabía que todos los rasgos vergonzosos, en que tanto abunda la historia de su patria como la del extranjero, han correspondido siempre á las épocas de esclavitud políticas; y á pesar de su aparente frialdad y de su reserva, experimentaba por la libertad y la justicia ese amor ardiente y puro, bajo cuyo influjo la conciencia se inflama y hace juramento de profesar un odio eterno contra la opresión.

Aunque mi antecesor nunca hizo de la política su exclusiva ocupación, y aún cuando sus deberes de magistrado, le alejaron completamente de ella en estos últimos años, yo creo que él estaba llamado, no obstante su excesiva modestia, á ocupar algún día en su patria el más alto puesto por la solidez de su inteligencia, la nobleza de su carácter y la nunca desmentida rectitud y elevación de sus principios. Si en su corta existencia todo fué lógico y eslabonado, si nadie pudo notar jamás la menor contradición en sus ideas, si dominando con su clara razón los puntos culminantes del mundo político, llegó á encontrarse débil y no tuvo esos momentos de vértigo, ni uno de esos arranques fecundos y generosos, tan frecuentes en los hombres que alcanzan su altura; si profundamente impresionado de los peligros que amenazan á la libertad en medio del trastorno y las revueltas, no tuvo fuerza bastante para luchar con denuedo por el establecimiento de un orden legal que afianzara los derechos de los pueblos: en cualquiera de estas hipótesis y aún en todas ellas cábeme, empero, el placer de elogiar sin restricción y con entera justicia su claro talento, el vigor de sus generosas convicciones, su honradez y laboriosidad y la constante nobleza de su alma. Alejado por sus padecimientos de los círculos donde había lucido en primer término, puede decirse que para él la gloria y la felicidad sólo han empezado con la muerte. Después de haber ocupado en la república los puestos más distinguidos y cuando por su noble conducta estaba sirviendo de modelo en la magistratura superior, ha bajado al sepulcro, llevándose la simpatía de todos los hombres que saben gustar los frutos del entendimiento y adorar en las buenas acciones.

Y no es ciertamente, señores, la necesidad de llenar una

vana fórmula lo que me hace tributar aquí este ligero homenaje á su memoria: es la justicia con que todo Chile ha bendecido al hombre ilustrado y benéfico, al recto magistrado, al político liberal que sólo tuvo en su vida amigos y admiradores. Corta, demasiado corta fué aquella para su patria; pero el espíritu se detiene complacido en los esfuerzos de este hombre raro que, sin embargo de la brevedad de sus días, ha podido legar una serie de importantes servicios á su país y de hermosas producciones á las letras americanas. Yo que tuve la fortuna de conocerle de cerca no he podido, señores, pronunciar su nombre sin detenerme un instante en sus virtudes y sin saludar con mi débil palabra esa noble figura que brilló en nuestras tempestades políticas como una prenda de reconciliación y de paz; que sólo se mezcló á los partidos para suavizarlos y tratar de dirigirlos por la senda de la justicia, á la magistratura para enaltecerla, al gobierno de su patria para elevarlo y servirlo con las luces de su inteligencia y la bondad de su corazón.

SAMUEL DONOSO

Chile acaba de tener una grave é irreparable pérdida con la muerte del distinguido y por todos títulos estimable joven don Samuel Donoso, arrebatado á su familia y amigos en la flor de su edad, cuando la patria empezaba apenas á sacar de sus excelentes cualidades el fruto que prometían. Para evidenciar lo sensible de esa pérdida y como un débil tributo pagado á la amistad, no con el fin de ensalzar méritos públicos y reconocidos por todos, vamos á bosquejar aquí, en pocas líneas, esa corta pero privilegiada existencia, que ojalá tuviera en nuestra juventud bastantes imitadores!

Samuel Donoso y Vergara, primer hijo de la señora doña Salomé Vergara y de don Marcos Donoso y Cienfuegos, nació en Talca á mediados de 1831, y después de haber hecho en el colegio de aquel pueblo sus primeros estudios, vino á Santiago á continuarlos en el Instituto Nacional, donde terminó su curso de humanidades y empezó, siguió y concluyó con igual distinción las carreras de ingeniero geógrafo, abogado, físico y químico, sobresalien-

do siempre en cada una de sus clases y obteniendo al fin diplomas de capacidad para el ejercicio de todas esas profesiones. Con particular afición contrájose también al estudio de las matemáticas superiores, del derecho público y administrativo, de la legislación general y de la economía política, no sólo asistiendo á los cursos de esos diversos ramos, sino cultivando y ensanchando después, por continuas lecturas y prolijas observaciones, los profundos conocimientos que había logrado adquirir en todos ellos.

Pero poco, poquísimo tiempo, ha alcanzado Donoso á ejercitar una erudición tan completa y tan vasta como variada. Joven de inteligencia distinguida y con una aplicación y un buen criterio raros en su edad, se encontró desde temprano dotado de una modestia mayor aun que su talento, de una bondad á toda prueba, de una benevolencia instintiva y de una piedad tan sincera como ilustrada. Carácter ante todo honrado y bueno á pesar de las seducciones del genio y de los encantos de la gloria, desde su infancia hasta su muerte estuvo dominado sólo por el amor de la ciencia y de la verdad. Naturaleza ingénua pero elevada, alma acostumbrada á conocerse y á respetarse respetando y conociendo el derecho de los demás, su primer sentimiento y su constante anhelo fué siempre y por siempre el de la justicia en todos y para todos.

Su carrera, que apenas comenzaba, había sido hasta ahora más doméstica que pública. Padre amante de sus numerosos hermanos y amigo sincero y leal de sus amigos, la familia y la amistad guardarán eternamente la grata memoria de sus preciadas virtudes....

En el foro y en las letras Donoso ha dejado pocas pero

bellas muestras de lo que habría llegado á ser si el destino no hubiera cortado tan prematuramente su preciosa vida. Los abogados recuerdan con gusto sus excelentes trabajos jurídicos y la prensa ha publicado con elogios, bien que anónimos, algunos de sus bien pensados artículos sobre la organización del Banco Hipotecario y sobre las causas y remedios de la crisis comercial porque atravesamos. Otros muchos y sobre diversas materias publicó, pero siempre sin firma, dejando, además, varios trabajos inéditos. Con estilo severo con principios adelantados y vastos conocimientos en las ramas principales del saber, sus escritos, cualesquiera que fueren, no podían menos de convencer á los lectores desapasionados y de interesar á los que buscan en la fuerza del razonamiento el triunfo de la verdad. Consagrado de corazón al estudio y al cultivo de las ciencias, él era ya, bajo este aspecto, un hombre notable en la República por su profunda instrucción, á más de serlo por muchos otros títulos para los que conocíamos su alta probidad y la noble rectitud de su espíritu nunca desmentidas. En ese carácter él fué para con sus relaciones un modelo de bondad y abnegación. A un desinterés á toda prueba y á un pundonor y delicadeza extremados, él juntaba el tacto y el criterio más exquisitos y la urbanidad ingénua de otra época menos egoísta que la actual.

Su mismo amor á la ciencia hizo de Donoso un joven de ideas esencialmente radicales y adelantadas, y por eso uno de los ramos á cuyo estudio se contrajo más particularmente fué la química. Este nuevo astro elevado en el horizonte del saber y cuyo influjo se extiende hoy á todos los conocimientos humanos, llamó desde luego su atención y se consagró á estudiarla principalmente en sus aplica-

ciones á la mineralogía, persuadido de que en un país minero como el nuestro ella le enseñaría á descubrir, reconocer y distinguir los metales y á darles todos los destinos y elaboraciones convenientes. Estudióla en sus aplicaciones á la industria, faz en la cual ella ha operado un cambio considerable en los procedimientos de las artes, porque sabía que casi todas las innovaciones industriales han encontrado en la química moderna su origen, su antorcha y hasta su punto de apoyo. Y aunque consagrado á tareas de otra especie, nunca dejó de ensanchar en ese ramo la esfera de sus conocimientos, dedicándose á sus observaciones con tanta lucidez de espíritu y tal pureza de análisis, que ellas han dado á sus experimentos un carácter de certidumbre reconocido por su profesor y sus compañeros; á tal punto que pocas experiencias de la química contemporánea, sobre todo en sus relaciones con la industria mineral, han dejado de ser ensayadas y estudiadas con esmero por nuestro malogrado compatriota y amigo. Su muerte misma, ó por lo menos la debilidad orgánica que precipitó el fin de sus días, al decir de sus deudos, no tuvo otra causa que su asidua contracción á los estudios y experimentos químicos.

Desgraciadamente, la complexión física de Donoso no estaba en armonía ni con la fuerza de su inteligencia ni con las dotes de su alma bellísima, la debilidad de su voz le hacía fatigarse pronto por el uso del habla, así es que sus alegatos como abogado eran breves, y aún las frases de su conversación familiar tenía siempre que acortarlas por la misma causa. La sobriedad de su palabra de pensador y su gusto muy pronunciado por los altos estudios de jurisprudencia, economía, derecho público y matemáticas, tarde ó temprano habrían concluído por hacerle abando-

nar una carrera para la cual no había nacido y consagrarse únicamente á los trabajos de gabinete, á la discusión de los elevados problemas científicos y al estudio y resolución de las cuestiones de interés privado que había sido llamado á fallar como juez de derecho ó como árbitro.

Pero lo más notable en Samuel Donoso fué siempre su modestia superior á todo elogio, modestia ingénita y que, á pesar de su notorio talento y sus luces, le hacía creerse incapaz de cualquier trabajo serio. Pocos días antes de su fallecimiento, rogado por el autor de estos apuntes para que publicase ciertos estudios de derecho constitucional, se negó á hacerlo alegando su completa falta de mérito, y prefirió más bien traducir escritos extranjeros análogos, que creyó serían para el país de mucha mayor utilidad que los suyos.

No obstante, él era en lo privado y lo público lo que se llama un sabio, hombre de carácter y principios fijos, de ideas verdaderamente liberales, serio y circunspecto más de lo que requería su posición y sus años, y filantrópico hasta el extremo de consagrar su tiempo y sus ganancias profesionales todas al servicio de los establecimientos de caridad y de cuantos pobres reclamaban sus auxilios. A él se debe, en gran parte, el auge del instituto de San Vicente de Paul, con su casa de talleres para un centenar de niños huérfanos ó desvalidos, así como los progresos de la Sociedad de Instrucción Primaria de la cual fué y ha sido hasta su muerte uno de los más empeñosos directores. Así es como á pesar de la brevedad de sus días, él ha podido vincular su nombre á instituciones útiles, servir á los compañeros de profesión con sus consejos, á los menesterosos con la ayuda de su talento y su fortuna, á su familia toda con los cuidados más tiernos, á

la patria con sus ejemplos de noble desprendimiento y á los que le ocuparon como abogado ó como juez, con las luces de su inteligencia y la bondad de su corazón.

Todas estas dotes, no obstante sus pocos años, bastaron y sobraron para hacer de Samuel Donoso un joven notable entre los más notables de Chile. Por eso no sólo contaba ya con un buen crédito como abogado, sino que su rectitud, á la par que sus vastos conocimientos jurídicos, le habían atraído porción de graves negocios en que los interesados le nombraban árbitro de sus contiendas. Nuestro nuevo Código de Comercio, hoy en prensa, contiene también una buena parte de los estudios y observaciones con que el joven Donoso ayudaba en sus tareas al sabio jurisconsulto encargado de redactarlo, y el sentido duelo que éste ha hecho por su pérdida, basta para calcular el mérito de esa cooperación y la justicia con que hemos calificado su muerte como una desgracia verdaderamente *irreparable*.

Consagrado desde temprano á tan graves estudios y amando con verdadera pasión el cultivo de las ciencias y las letras, no es extraño que nuestro malogrado amigo hubiese podido unir una gran fuerza de alma á la posesión de los principios más rectos sobre la justicia, el derecho y la libertad de los hombres y los pueblos.

Breve, demasiado breve, ha sido para su familia, sus amigos y su patria la vida de Samuel Donoso; mas los hermosos ejemplos que él nos deja, conservarán su memoria y harán tal vez que su vida encuentre imitadores entre la generación que hoy se alza á la sombra del saber y de la libertad. En rigor puede decirse que esa vida apenas comenzaba porque ella no ha producido ninguno de

los sazonados frutos que prometiera á la República: ha sido un monumento inacabado, cuyas partes fragmentarias servirán sólo para hacernos más vivo el pesar de no haber logrado contemplarlo en toda la amplitud de su belleza y esplendor.

DISCURSO POLÍTICO

(1876)

Señores:

El objeto de esta reunión, tan numerosa como distinguida, no es otro que ponernos de acuerdo para designar á los ciudadanos que, por este departamento de Santiago, deben nombrarse electores del Presidente de la República para el próximo período constitucional. Pero, tratándose también de autorizar á esos ciudadanos para que se constituyan en Junta Directiva del partido de la alianza liberal y organicen la elección en este pueblo; para que se pongan al habla con nuestros hermanos de las provincias, á fin de que se haga en todas ellas un trabajo análogo; y para que por el esfuerzo combinado de todos y sirviéndonos de los recursos que nos dan la opinión y las leyes, aseguremos el triunfo popular y pacífico de nuestro candidato y vayamos á las urnas el 26 de Junio á demostrar con los hechos que no queremos nada con la intervención odiosa, ni con la represión; que nada tememos de la demagogia ni del fanatismo, y que el pais, por si solo, debe tener y tendrá, con la presidencia del señor Don Aníbal Pinto, un gobierno sincero de progreso y de libertad.

Esta lucha apasionada y ardiente en que nos vemos envueltos, ese frenesí de algunos espíritus, ese desencadenamiento y ese desborde de las pasiones políticas que desde algún tiempo contristan y avergüenzan á nuestro patriotismo, no son, señores, efecto sólo de la renovación de los poderes públicos, ni de la próxima elección del primer mandatario: son más bien el resultado lógico é inevitable de la pugna y del choque continuos en que viven, aquí como en todos los pueblos, los dos grandes y únicos partidos políticos posibles: el liberal y el conservador bajo todas sus denominaciones, ambos empeñados en la conquista del poder y ambos necesarios, no sólo para el equilibrio social, sino para asegurar la fiscalización continua y la marcha acertada del gobierno representativo.

Pero, ¿qué son, señores, y qué buscan en la política esos partidos? ¿Se ha dado la sociedad cuenta exacta de sus propósitos como de sus medios de acción? Vosotros lo sabéis: el ideal de toda política no es ni puede ser otro que la realización del bien común, y ciertamente que ningún partido se atrevería á reclamar los sufragios del país si no llevase inscritas en su bandera de combate estas palabras: *Prosperidad pública!* es decir, derechos y prerogativas iguales para todos los ciudadanos, protección y amparo iguales para los intereses de todos. Pues bien, señores! El partido liberal ó progresista á que nosotros pertenecemos, desparpajado y echado antes de ahora á todos los vientos, pero que hoy se unifica y se refunde en un sentimiento de cuerdo y elevado patriotismo, busca esa prosperidad pública en el único terreno donde debe buscarse, en la mejora progresiva y continua de las instituciones populares que establecen el derecho común sobre las bases eternas de la igualdad en la justicia y en la li-

bertad.—El otro partido, el conservador con todos sus matices, llamado también clerical porque saca del influjo del clero sus mejores fuerzas y porque mezcla siempre la religión con la política, busca esa prosperidad cifrándola ante todo en su propia dominación, en escalar ó en conservar el poder, pero sustrayéndose á la ley ineludible del progreso social y apoyándose en intereses más ó menos personales y mezquinos, en vez de apoyarse en los elevados principios de la conveniencia general, que son el único fundamento sólido de toda justicia y de todo derecho en las repúblicas.

Ante esta disyuntiva inevitable y fatal, nosotros, señores, no podemos ni debemos titubear. Nosotros, liberales nó por negocio sino de convencimiento y de corazón, que no buscamos ni aceptamos el apoyo del fanatismo ni de las preocupaciones, porque nos bastan el poder de la razón y la fuerza de la verdad demostrada ó demostrable, tenemos forzosamente que seguir el rumbo que marca en nuestro horizonte político la idea liberal, nacida al calor fecundante de la revolución de 1810. Tenemos que desear y ambicionar para nuestro país lo que desean y ambicionan hoy todos los pueblos que no quieren ir á remolque de la civilización del siglo ni dejarse tampoco arrastrar por el torrente de las aspiraciones democráticas. Tenemos que pelear con denuedo y energía la próxima batalla para vencer en la legalidad y el orden y para dar á nuestro país algo que no ha tenido hasta hoy día: una administración que viva nó de aplazamientos ni de contemporizaciones que siempre menoscaban los principios liberales y que, alejada de círculos y de aspiraciones más ó menos personales é indignos de nuestros adelantos, viva sólo para servir al interés general y tenga el oído siempre atento á la

opinión pública que es luz, progreso y felicidad para los gobiernos y los pueblos.

Los que anhelamos sinceramente el bien de nuestra patria, no debemos, pues, señores, en este nuevo y último combate, perdonar esfuerzo ni sacrificio para alejarnos tanto de la intemperancia gubernativa como de la demagogia, tanto de la anarquía como de la arbitrariedad.

Nada de grupos dominadores entre nosotros; nada de ambiciones desautorizadas, ni de persecuciones, ni de odios entre los hijos de la familia chilena; nada, sobre todo, de pretensiones teocráticas y exóticas que echan por tierra el dogma sagrado de la soberanía nacional que nuestros padres sellaron con su sangre. ¡No permita el cielo que nuestro hermoso Chile se fraccione y se divida, como la madre patria, en veinte partidos políticos distintos, en veinte opiniones contradictorias, que se dicen liberales sólo para engañar á los ignorantes ó á los incautos, pero que no sirven sino para abatir las fuerzas vivas de la nación, ó para retardar, ó tal vez para imposibilitar por largo tiempo las tan justas como benéficas aspiraciones de la democracia!

El pasado, señores, que representa el conservantismo político en sus colores diversos, vacila hoy por todas partes, y antes de consentir en transformarse como lo exige la época, se sacude y se derrumba al empuje de las necesidades del presente, pero más todavía bajo el peso de las indeclinables exigencias del porvenir.

Por eso es que triunfando sobre él como sobre la anarquía en la nueva campaña que se acerca, no haremos otra cosa que seguir la ley soberana de nuestro desarrollo nacional, que jamás nos dice—atrás!—sino—adelante! siempre adelante! hasta llegar á tener un gobierno á la altura

de las necesidades de la época y que sepa labrar y preparar la senda del progreso en lo futuro. Un gobierno, señores, que cultive y fomente los verdaderos intereses sociales y que, sin hacer alarde de libertades teológicas, separe como es debido la religión de la política; que deje á Dios lo que es del Dios inconmensurable y eterno, y al hombre lo que es del hombre, movido siempre por intereses transitorios. Un gobierno, en fin, que respete las creencias como las garantías individuales y generales y los derechos civiles y políticos, y, que, consagrado sinceramente al cumplimiento de la ley y sirviendo ante todo al interés común, restablezca y consolide en nuestra patria la economía y el orden y la justicia y, sobre todo, señores, LA MORALIDAD!

Para cooperar á este movimiento de libertad y de progreso en la paz y en la ley, no en la farsa ni en el desbarato de cuanto constituye la gloria de nuestro país, siempre sensato y siempre afortunado, los amigos de la candidatura del prestigioso ciudadano don Aníbal Pinto, cuya ilustración y cuyo patriotismo son la mejor garantía de sus aciertos futuros como gobernante, os piden, señores, que acordéis y propongáis los nombres de los electores que, por esta capital, deben concurrir á su elección, recomendada y resuelta ya por la Asamblea Liberal del 28 de noviembre último.

En tal concepto y reconocido yo al honor que me han hecho mis amigos pidiéndome que presida esta respetable reunión, cumplo con el deber de ofrecer la palabra á cualquiera de los señores aquí presentes, y doy, al mismo tiempo, las gracias al auditorio por la benevolencia con que se ha dignado escucharme.

INDICE

PRÓLOGO I
PREFACIO 1

Estudios económicos

Ojeada sobre la hacienda pública y medio de mejorarla, (1861)... 13
El carbón de piedra en Chile, (1862) 53
Los ferrocarriles chilenos y el Estado, (1863) 103
Las sociedades anónimas ó el crédito y la riqueza en Chile, (1872) 165
Los negocios y la crisis, (1873) 211
La crisis del cambio en Chile: sus causas y sus remedios, (1876) 243
La situación fiscal, (1878) 267
Condición de los trabajadores rurales en Chile, (1876) 303
Los obreros chilenos ante la protección y el libre cambio, (1877) 337
Reorganización de la beneficencia en Santiago, (1877) 377
Nuestro enemigo el lujo, (1874) 429
La situación económica, (1874) 463
Los bancos y el trabajo nacional, (1875) 493
La lucha bancaria y sus consecuencias, (1877) 499
La inconvertibilidad de los billetes bancarios, (1878) 507
El gobierno y el empréstito (1877) 513
El nuevo empréstito, su traslación y su inversión (1861) 519

Artículos literarios

La exposición y el arte, (1875)..... 541
Instrucción práctica, (1877)..... 577
Discurso pronunciado en la repartición de premios de la Sociedad de Instrucción primaria, por su vice-presidente, (1857)..... 589
Estudio literario y político sobre don Salvador Sanfuentes (1861) 601
Samuel Donoso, (1862)..... 617
Discurso político (1876)..... 625

FIN DEL ÍNDICE